


IN DEO SPERAMUS



LA AMÉRICA DEL SUD



THE MACMILLAN COMPANY
NUEVA YORK · BOSTON · CHICAGO
DALLAS · ATLANTA · SAN FRANCISCO

MACMILLAN & CO., LIMITED
LONDRES · BOMBAY · CALCUTA
MELBOURNE

THE MACMILLAN CO. OF CANADA, LTD.
TORONTO

LA AMÉRICA DEL SUD

OBSERVACIONES E IMPRESIONES

POR

JAMES BRYCE
Autor de "El Sagrado Imperio Romano," "La República Norteamericana," etc.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR
GUILLERMO RIVERA

CON MAPAS

Nueva York
THE MACMILLAN COMPANY
1914

Set up and electrotyped. Published February, 1914

A MIS AMIGOS

DEL

CLUB ALPESTRE INGLÉS

PREFACIO

Este libro es un archivo de observaciones hechas y de impresiones recogidas durante un viaje por la América del Sud occidental y meridional, desde Panamá hasta Argentina y el Brasil, por el estrecho de Magallanes. El carácter de su contenido va descrito brevemente en la Introducción que sigue, de modo que todo lo que tengo que hacer ahora es acusar reconocidamente los muchos favores que he recibido en todas las partes de la América Meridional que he visitado, y en particular de las siguientes personas: el Coronel Goethals, Ingeniero Director del Canal de Panamá, y otros oficiales del cuerpo de ingenieros de los Estados Unidos estacionados allí y el Coronel Gorgas, Director del cuerpo de médicos; los funcionarios de la Corporación Peruana (Peruvian Corporation) en Lima y de la Compañía de Ferrocarriles del Sur del Perú en Mollendo, Arequipa y La Paz; los de la Compañía del Ferrocarril Transandino en Chile y los de las compañías del Ferrocarril de Buenos Aires al Pacífico y del Gran Ferrocarril del Oeste de Argentina, en Mendoza y Buenos Aires, así como los del Ferrocarril Leopoldina en el Brasil. Ni tampoco debo dejar de expresar mi agradecimiento a los directores en Nueva York de la casa W. R. Grace y Cía., quienes me aconsejaron con respecto al viaje, y a mi amigo el Profesor Bingham de la Universidad de Yale, quien, conocedor de todo lo relacionado con Sud América por sus viajes y estudios me ha ayudado de varias maneras.

También debo expresar mis más sentidas y respetuosas gracias a los gobiernos de Chile y del Brasil, que

tuvieron la bondad de ofrecerme cuantas facilidades les fueron posibles para que yo viajase en sus ferrocarriles, y a los gobiernos del Perú, Bolivia, Argentina y del Uruguay por otras cortesías. A muchos estadistas y doctos de estas repúblicas, demasiado numerosos para nombrarlos a todos, así como a muchos de mis propios compatriotas de la Gran Bretaña y del Canadá, quienes se han establecido en esos países, me siento reconocido por su hospitalidad, por varios particulares y por informes de gran valor.

TABLA DE MATERIAS

TABLA DE MATERIAS

Página

CAPÍTULO III

EL CUZCO Y EL IMPERIO DE LOS INCAS

CAPÍTULO IV

EL LAGO TITICACA Y LOS ANDES CENTALES

CAPÍTULO V

LA PAZ Y EL DESIERTO BOLIVIANO

CAPÍTULO VI

CHILE

CAPÍTULO VII

A TRAVÉS DE LOS ANDES

CAPÍTULO VIII

EL ESTRECHO DE MAGALLANES

CAPÍTULO IX

ARGENTINA

CAPÍTULO X

EL URUGUAY

CAPÍTULO XI

EL BRASIL

CAPÍTULO XII

EL DESARROLLO DE LAS NUEVAS NACIONES

CAPÍTULO XIII

RELACIONES ENTRE LAS RAZAS EN SUD AMÉRICA

TABLA DE MATERIAS

TABLA DE MATERIAS

CAPÍTULO XVI

REFLEXIONES Y PRONÓSTICOS

LA AMÉRICA DEL SUD

LA AMÉRICA DEL SUD

INTRODUCCIÓN

El que en su niñez haya leído los libros de antiguos viajeros en los Andes, tales como el *Aspectos de la naturaleza* de Humboldt, o haya escudriñado tales relaciones de los pueblos americanos primitivos como se hallan en *La Conquista del Perú* de Prescott, debe haber anhelado visitar algún día los países que excitaran su imaginación. Ésta había sido mi experiencia, y a ella se unió posteriormente un gran deseo de saber las causas que han producido tantas revoluciones y guerras civiles en la América española y aun más tarde el conocimiento de que esos países, algunos de ellos apenas libres de un período de confusión, venían haciéndose factores crematológicos de gran poder en el mundo moderno. Así pues, cuando después de muchos años se me presentó la oportunidad de tener cuatro meses a mi disposición para un viaje a la América del Sud, los pasé en ver tanto como me fué posible en ese tiempo, y pude hacer algunas observaciones y formar ciertas impresiones con respecto a las siete repúblicas que visité. Estas observaciones e impresiones van contenidas en las páginas que siguen. Por supuesto, son meramente primeras impresiones, pero las impresiones causadas por viajes en una mente dispuesta tienen algún valor si son puestas a la prueba de estudio posterior y de sometimiento a personas que conozcan a fondo los países visitados. Yo he procurado poner a esa prueba estas impresiones mías y espero que sean de valor a los que desean saber algo de la América del Sud, pero que no han tenido tiempo de leer los muchos libros de viajes que se han escrito acerca de cada de uno de esos países.

Los principales puntos de interés que estas naciones tienen para los europeos y los norteamericanos pueden ser recapitulados como sigue:

1. El aspecto de la naturaleza.
2. Los habitantes, de los cuales los blancos son de origen español, excepto los brasileños que provienen de Portugal.
3. Los recursos económicos de los varios países.
4. Las probabilidades del desarrollo de la industria y del comercio.
5. Las reliquias de la civilización prehistórica.
6. La población india nativa.
7. Las condiciones de la vida política en las diferentes repúblicas.

Convendría que yo explicase hasta que punto y en que orden se trata aquí de estos asuntos.

Los once primeros capítulos del libro contienen una descripción del paisaje y de los fenómenos sociales y crematológicos que observé en las siete repúblicas del Panamá, del Perú, Bolivia, Chile, Argentina, del Uruguay y del Brasil, y en estos capítulos se tratan los tres primeros de los tópicos susodichos al describirse cada país separadamente. La naturaleza es lo que ocupa la mente del viajero en el Perú y en Bolivia, así como en la Argentina y en el Uruguay le interesa el desarrollo económico. En Chile y en el Brasil tiene que pensar en ambas cosas continuamente. Sobre la cuarta materia se ha escrito tanto por autores que han tenido conocimiento especial del asunto y que han escrito manifiestamente para la instrucción de los negociantes, que no me ha parecido necesario llenar este libro de tablas estadísticas, ni por cierto hacer nada más que indicar las posibilidades del desarrollo comercial o de la inmigración agrícola que parecen ofrecer los recursos naturales de cada país.

Solamente en el Perú y en Bolivia existen monumentos prehistóricos. Ví algunos de los más importantes e interesantes de éstos, y al describirlos he tratado de transmitir una idea del carácter de la antigua civilización peruana (si puede llamarse así propiamente), y del pueblo que la produjo. Esto lo hago en los capítulos III, IV y V.

Sólo en el Perú, Bolivia y Chile tuve la oportunidad de ver los indios nativos. En los dos primeros países forman una parte de la población total más numerosa que en cualquiera otro país (excepto el Paraguay); nominalmente son cristianos y viven una vida de asentados

agricultores. En Chile queda sólo una tribu considerable de indios, los afamados araucanos. En los capítulos III y IV se hallará una descripción de estos guerreros, así como de los quichuas del Perú y de los aimarás de Bolivia.

En los once capítulos descriptivos ya mencionados he procurado individualizar, por decirlo así, los principales países de la América del Sud para exponer los principales característicos naturales y humanos de cada uno de ellos.

Pero por marcadas que sean las diferencias que existen entre las varias repúblicas, todas tienen algo común que pertenece a la América del Sud, en distinción de la Europa y de la Australia. Hay también ciertas cuestiones generales que influyen en todo el continente y que se presentan a la mente del viajero, y que, por lo tanto, deben ser tratadas en términos liberales y generales. A ésas van dedicados los últimos cinco capítulos del libro. En un capítulo procuro indicar las causas que han dividido el vasto dominio hispanoamericano (incluyendo a Méjico y a la América Central), tal como era en el año de 1810 de nuestra era, en las diez y seis repúblicas independientes de hoy día, algunas de las cuales han llegado a ser verdaderas naciones con marcados rasgos nacionales, mientras que otras están para serlo. Otro capítulo trata de las relaciones entre la población blanca y los aborígenes en los países de habla española y entre los blancos y los negros en el Brasil, la única república donde éstos son numerosos. Es materia para estudio de mucho más interés, cuanto que esas relaciones son completamente diferentes de las que existen entre el elemento europeo y las razas de color en las colonias inglesas en la India, y en los Estados Unidos de América, y también porque la mezcla de razas que va efectuándose ahora en la América del Sud presenta problemas etnológicos y filosóficos de sumo interés.

En otro capítulo (Cap. XIV) se comparan brevemente las condiciones en la colonización y en el gobierno que determinaron la dirección del desarrollo crematológico y político en la América del Norte y en la del Sud respectivamente y se trata de las razones porque ha de considerarse este continente en relaciones más estrechas al primero que a Europa. ¿Existe en verdad eso que se

quiere describir con el vocablo *pan-americanismo,* o denota esta palabra más bien una aspiración que una realidad?

Muy poco se dice en este libro de la historia política de estas repúblicas y nada absolutamente de su política del presente. Es ése un asunto que no me convendría discutir aquí. Pero viajando por los siete países, al observar sus distintivos materiales y el carácter de sus habitantes y la condición de la erudición y de la educación entre ellos, así como al leer relaciones de la clase de gobierno que la soberanía española les proprocionó por casi tres siglos, me sorprendió la influencia que todos estos hechos debieron haber tenido sobre los gobiernos libres que los jefes revolucionarios trataron de establecer cuando se separaron de la madre patria. La historia de la América española desde el año de 1810 no puede ser entendida ni juzgada imparcialmente si no se consideran estas cosas. Han sido las condiciones fundamentales y determinantes de la vida política en esos países; y a ellas va dedicado el capítulo XV.

En el último capítulo (XVI) he tratado ligeramente de varias materias que se relacionan con territorios y habitantes sudamericanos en general para las cuales no pude hallar lugar pertinente anteriormente, y me he permitido hacer algunas conjeturas respecto al porvenir de los diferentes países, así como del continente entero. Estas conjeturas no son propuestas como predicciones, sino más bien como sugestiones de posibilidades que puedan servir para hacer pensar a otros.

Para que las opiniones expresadas, especialmente las que tienen que ver con las razas nativas y con las condiciones políticas, no sean consideradas indebidamente optimísticas, permítaseme refutar tal criticismo con algunas palabras sobre el optimismo en general.

Es más fácil ser pesimista que optimista, puesto que es más fácil destruir que construir. Había un dicho en la Edad Media—"todas las cosas se dirigen naturalmente hacia la inexistencia". Y Mefistóteles en el *Fausto* de Goethe nos dice que "todo lo que nace merece perecer". Si el pesimismo es fácil, tanta más necesidad hay de estar alerta en contra de él.

El deber de un viajero, de un historiador o de un filósofo es, por supuesto, de penetrar y de transmitir la verdad exacta, y cualquier propensión a aclarar u obscurecer la pintura debe ser censurada igualmente. Mas cuando no queda lugar para duda, y cuando se introduce lo que se llama ''el elemento temperamental'' del observador, sería más seguro adoptar una actitud optimista, pues sería probablemente más aproximada a la verdad. Todos estamos dispuestos a ver las faltas, más bien que los meritos, y al hacer esta observación no me olvido de los llamados ''críticos retumbantes'', porque para ellos la cuestión se resuelve a lo que diga el crítico, no a lo que vea, lo cual puede ser bastante diferente. Si esta máxima es verdad, se necesita especialmente cuando un viajero da su opinión sobre un país extranjero, pues la parcialidad que nos caracteriza y que favorece nuestras costumbres y nuestros rasgos nacionales nos hace juzgar los defectos de otras naciones con más severidad de la que juzgamos los que nos son conocidos. Como este elemento inconsciente a menudo contribuye a obscurecer el cuadro que pinta el viajero, para estar más seguro, debe éste en caso de duda añadir un poco de luz, logrando así un resultado más exacto. Además, cuando nos ocupamos de un país extranjero estamos dispuestos a fijarnos indebidamente en los defectos que realmente vemos y a olvidarnos de averiguar cual es, en fin, las cuestión importante, esto es, si las condiciones van empeorando o mejorándose. Lo que vemos ¿es un flujo o un reflujo? Aun al pensar en el pasado de nuestra propia patria, el cual conocemos mejor que el de cualquiera otro país, a veces al notar la aparición de nuevos peligros nos olvidamos fácilmente de cuantos otros peligros han desaparecido. Aun más común puede ser esta clase de error cuando consideramos un país cuyos defectos son más repulsivos que los de nuestro propio país y cuyas fuerzas recuperativas podemos pasar por alto o menospreciar.

Reflexiones de esta suerte me han hecho creer que la tendencia natural de los viajeros europeos o norteamericanos de juzgar a los hispanoamericanos por sus propias normas debe ser corregida, no sólo haciéndose cargo de la diferencia de intelecto y de carácter, sino también comprendiendo la historia de esos pueblos y sus difi-

cultades, muchas de las cuales se deben a causas ajenas a su propia voluntad, y que los han rodeado y enmarañado desde el momento en que sus antepasados desembarcaron en el Nuevo Mundo. El que compare esas dificultades, tales como aparecen hoy día, con las de hace un siglo hallará motivos, no sólo para dictámenes más benignos que los que han sido expresados por la mayor parte de los europeos, sino que también hallará causas para expectativas más agradables.

Sin embargo, yo no he osado dogmatizar ni sobre esta cuestión, ni tampoco en ninguno de los capítulos que tratan de las condiciones sociales y políticas de Sud América. Mi propósito ha sido más bien plantear cuestiones e indicar varias faces por las cuales se puedan atacar los problemas sudamericanos. El interés en estas nuevas naciones está basado principalmente en el hecho de que mientras que algunos de los problemas ya conocidos al Viejo Mundo han tomado nuevos aspectos, otros se presentan en la historia casi por primera vez. Algunos de ellos comprenden fenómenos del desarrollo y mezcla de la raza, para la investigación de los cuales los datos que poseemos no sun aún suficientes. Otros recaen sobre la capacidad no conocida aún de las razas europeas para trabajar y prosperar en los países tropicales. Puede que pasen muchos años antes de que la ciencia pueda revelarnos la mitad de lo que deseamos saber respecto a las posibilidades económicas de la región central del continente, para cuyo desarrollo no hay brazos disponibles al presente. El porvenir del templado sud es más cierto, pues allí se hallan también todas las condiciones materiales que contribuyen a la prosperidad en la América del Norte y en la Australia. Esos países serán el suelo de naciones opulentas y populosas y posiblemente de grandes naciones. Las más interesantes de todas las preguntas que sugiere un viaje por Sud América son las que tienen que ver con el desarrollo de esas jóvenes naciones. ¿Qué tipo de naturaleza humana desarrollarán? ¿Qué puesto ocuparán al fin entre las naciones del mundo? No tienen que temer la agresión de las potencias del hemisferio septentrional, y en su interior poseen recursos en abundancia. Su porvenir está en sus propias manos.

CAPÍTULO I

EL ISTMO DE PANAMÁ

La América del Sud está limitada en su parte septentrional por un istmo y en la meridional por un estrecho. Son éstas las dos entradas por las cuales se puede llegar a la parte occidental del continente, la cual se halla separada de las regiones central y oriental por una cordillera extensa y elevada. Atravesando el istmo Vasco Núñez de Balboa descubrió el Océano Pacífico; pasando por el estrecho siete años más tarde Magallanes descubrió que este mar es un vasto océano que se extiende hasta la costa de Asia. En tiempo del dominio español todo el comercio de la costa occidental pasaba por el istmo, pero cuando llegó la era de la navegación a vapor el mismo comercio empezó a pasar por el estrecho de Magallanes. Ahora el istmo también será transformado en estrecho y será vía para el comercio marítimo, la entrada principal al oeste.

Un istmo y un estrecho son para un geógrafo histórico y para un historiador geográfico las cosas más interesantes que tiene que considerar la ciencia de la geografía. El comercio, los viajes y las guerras navales se concentran en el punto donde un canal estrecho une mares extensos, mientras que la lengua de tierra que los divide interpone un obstáculo al comercio marítimo y lo desvía en otras direcciones. Puede llegar a ser un sitio a propósito para la marcha de un ejército y también proporciona una plaza fuerte central de donde pueden salir buques de guerra a amenazar las playas vecinas. Así pues, todo estrecho y todo istmo tiene gran importancia comercial y casi siempre importancia política también, pues las cuestiones de comercio han sido siempre y son ahora más que nunca elementos influyentes en los asuntos

humanos, mientras que el dominio de un canal navegable para las armadas, o de un paso por tierra para los ejércitos, podría ser de importancia suma en una guerra.

El hemisferio oriental tiene un istmo que ha sido importante para el comercio y para la historia del mundo casi desde el principio de la civilización. Es el istmo de Suez. Así también el hemisferio occidental tiene su istmo de suma importancia—el de Panamá. Es un punto de unión entre dos continentes y una valla entre dos océanos que, aunque de historia más corta que el de Suez, ha sido a veces de gran consecuencia para las maniobras del mundo durante los cuatro siglos pasados, y puede que lo sea aún en el futuro.

Hay algunos puntos de semejanza notables entre estos dos istmos. En su anchura tienen poca diferencia,—el de Suez tiene sesenta millas y el de Panamá cerca de cincuenta y cuatro. La línea más corta a través de cada uno se extiende de norte a sur. Los continentes unidos por cada uno son enormes. Cada uno se halla en tierra casi por completo despoblada, a lo menos hasta hace poco tiempo.

Sin embargo, hasta aquí no más llega la semejanza; y ahora tenemos puntos de contraste que son aún más extraordinarios. El istmo de Suez es liso como una mesa de un extremo a otro; el de Panamá está lleno de cerros altos que por lo general son escarpados. El de Suez es un desierto árido donde no hay ni un arrollo, ni siquiera un pozo, y por consiguiente ni árboles ni cosa vegetal alguna, excepto matas finas y espinosas. En algunos lugares Panamá tiene una caída de lluvia enorme, pues varía de ciento cuarenta pulgadas al año en la parte del norte a sesenta en la del sur, y además se halla cubierto por una selva tan espesa, que no solamente hay que abrirse camino por medio de ella, sino que hay que conservarlo libre cortando árboles a menudo, a causa de la naturaleza tan prolífica que procura siempre afirmarse en su derecho. Con su aire penetrante, seco y de desierto, toda la región de Suez es saludable y uno tiene que temer las enfermedades solamente en los parajes donde en años recientes se ha introducido la irrigación. Por siglos Panamá tuvo un clima tan mortal que aun los viajeros que iban de paso temían quedarse más de unas cortas

horas en cualquier lado del istmo. La fiebre amarilla, las intermitentes y las remitentes, y toda clase de enfermedades tropicales hallaban allí su albergue favorito.

Un contraste aun más notable, sin embargo, entre estas dos lenguas de tierra consiste en el papel que han representado respectivamente en los asuntos humanos. El istmo de Panamá en remotos días prehistóricos debe de haber sido el camino por el cual, después de muchos siglos, se trasladaron a las inmensas tierras de la América del Sud aquellas tribus errantes cuyos antepasados pasaron en sus canoas del nordeste de Asia por las Islas Aleutianas hasta Alaska. Mas su lugar en los anales del género humano durante los cuatro siglos que han transcurrido, desde que Balboa de la cima de un monte que descollaba sobre un bosque contempló las lejanas aguas del Mar Meridional, ha sido insignificante, comparado con el del istmo de Suez desde el principio de la historia. Sobre éste resonó el paso de los ejércitos de Totmes y de Ramsés al marchar en sus invasiones del Asia occidental. Por sus orillas huyó Israel ante las huestes de Faraón. Primeramente las fuerzas asirias, y luego las persas, se desparramaron por él para conquistar al Egipto; y por sus arenas condujo Napoleón sus regimientos hasta la Palestina en aquella aventura osada que cesó en San Juan de Acre. Por cuarenta siglos ha sido uno de los grandes caminos usados por los ejércitos, así como el canal abierto por medio de él es ahora una de las grandes vías del comercio marítimo.

Le ha llegado ahora el turno al istmo de Panamá, y es en verdad singular que el mismo de Suez ha efectuado ese turno, pues la construcción de un canal para buques del Mar Mediterráneo al Mar Rojo, y la vasta expansión del comercio que siguió a esto produjo el recuerdo de los antiguos designios discutidos ya en tiempo de Felipe II de España de taladrar el istmo americano. Así pues, la comparación de los dos istmos se hace más interesante que nunca, pues nuestra generación observará si el comercio y la política del mundo occidental serán influidos por esta nueva vía que se está abriendo, así como los del Mundo Antiguo han sido influidos por la hazaña de Fernando de Lesseps.

Se han escrito tantos libros y se escribirán tantos más

sobre la ingeniatura del canal de Panamá y sus posibilidades comerciales, que no hay necesidad de decir mucho sobre tales cosas en un escrito como éste. Pero como todo el mundo tiene curiosidad de saber algo de la región que atraviesa, y la tendrá aún mayor de aquí a dos años, procuraré transmitir una idea del aspecto material del istmo y de las impresiones que su pasado y su presente causan en la mente del viajero. Al conducir al lector a través de esta lengua de tierra, en primer lugar no le diré nada de las obras del canal que ví en construcción, pero sí le pediré que se acuerde de que su dirección es la misma que la del ferrocarril de Panamá, esto es, de norte a sur, y que el litoral en esta región se dirige, así en la parte del Pacífico como en la del Atlántico, de este a oeste.*

Cuando se acerca uno en el vapor por el Mar Caribe, procediente de Nueva York o de Europa, se ven pequeñas colinas que se elevan gradualmente desde la costa orladas con palmas y punteadas con casitas blancas escondidas entre los árboles. En frente, en una islita unida ahora al continente, se halla la ciudad de Colón, ciudad nueva, con una estatua de Cristóbal Colón ''protegiendo'' a una india de América, pero sin edificios de interés, y de poca historia, pués fué tundada hace sólo sesenta años para el término del ferrocarril. Los antiguos puertos fortificados, Nombre de Dios y Puerto Bello, donde solían anclar en tiempos pasados los galeones españoles, se hallan un poco más hacia el este. Detrás de la ciudad algunos montes más altos cubiertos de esos espesos bosques verdosos que son característicos de los trópicos, interceptan el panorama hacia el sud. No se ve ninguna depresión en el terreno. No hay nada que sugiera que más allá a una distancia de cincuenta millas se halla otro océano, y que aquí mismo el gran espinazo que atraviesa dos continentes por muchos miles de millas se asienta en un punto hasta sólo algunos centenares de pies sobre el nivel del mar.

Al desembarcar el viajero entra en un vagón del ferrocarril, y después de atravesar por tres millas la costa de la bahía somera de Limón, donde ha de terminar el ca-

* El lector hallará al fin de este volumen un pequeño mapa que le ayudará a comprender la topografía de esta región.

nal, viaja cuatro millas más y entra en el valle del río Chagres. Este es el punto (que describiremos más tarde) donde se está construyendo a través del valle el enorme dique de Gatún que lo inundará y lo convertirá en lago navegable. De aquí la línea sigue en la misma dirección general hacia el sud sudeste en la ribera oriental del río Chagres y paralela a su curso. El Chagres, corriente sucia y algo lánguida, tiene en la estación de la seca casi tanta agua como el Tweed escocés, y en la estación de las lluvias más que el Potomac, mucho más que el Shannon. Hay pocas estaciones en la ruta y al principio no hay ningunas moradas, pues el país estuvo despoblado hasta que se empezó la obra de construcción del canal. Se atraviesan muchos pantanos y por todas partes hay a cada lado un bosque obscuro y espeso. Los pantanos son tan hondos y tan esponjosos que ha sido imposible rellenarlos en algunos lugares, o poner sobre tierra más de un par de rieles. El bosque es tan espeso, los espacios entre los troncos de los árboles tan llenos de matas y las ramas tan bien unidas por plantas trepadoras hasta formar una pared de verde vegetal, que no se puede ver en la espesura más allá de unas cuantas varas, y no puede hacerse uno camino por ella a menos que no sea con la ayuda del machete,—ese cuchillo largo en forma de alfanje que usan en la América española. Casi no se puede ver una vereda que conduzca al interior del bosque, y a distancia de una o dos millas los gatos monteses y los monos, así como sus terribles enemigos, las boas y las serpientes, tienen el terreno a su disposición.

Después de veinte y tres millas de esta especie de campiña, hermosa cuando las ramas más salientes de los árboles se muestran ufanas con brillantes flores y orquídeas colgantes se mecen entre sus tallos, mas algo monótona de color en septiembre, el ferrocarril atraviesa y se aleja del río Chagres cuyo valle se dirige hacia el noroeste distante entre cerros más altos. La línea férrea continúa hacia el sud, elevándose gradualmente entre cuestas en las cuales se ha cortado la madera recientemente de manera que pueda uno ver el panorama circundante. Por todo el rededor hay como una especie de mar gruesa formada por montañas en miniatura—

las llamo montañas por sus declives escarpadas y sus cimas puntiagudas, aunque pocas de ellas llegan a más de mil pies de altura. Estas montañas se hallan tan próximas las unas a las otras que casi no se pueden hallar ni una docena de varas de terreno llano entre las bases de sus pendientes, y están dispuestas de manera tan irregular que parecen ser el producto de erupciones apartadas y de levantamientos de roca ígnea. Sus laderas están cubiertas y sus cumbres adornadas por una vegetación tan espesa que los ojos no pueden descubrir despeñaderos ni riscos si los hubiesen, y las cimas de todas ellas son prácticamente inacessibles porque no se han abierto aún senderos, con excepción de uno a una cumbre eminente. Ésta se eleva gallardamente hasta una altura de 1,200 pies, y ha recibido el nombre de Monte de Balboa, porque en esta región sólo de él—así se dice—pueden verse los dos océanos en la estación de buen tiempo. El intrépido Vasco Núñez de Balboa merece el honor de ser conmemorado así; pero es de temerse que dentro de poco la leyenda se arraigará entre los que viven aquí y será repetida a los que pasen por el canal, que fué de esta altura, y no de un pico en Darién a una distancia de sesenta u ochenta millas hacia el este, que el atrevido aventurero miró por primera vez la reluciente extensión del Mar Meridional.

Ya nos hallamos a más de la mitad del camino hacia el Pacífico y podemos detenernos para reconocer el paisaje. Aunque hay humedad por todas partes, no se ve agua en ninguna, pues no se puede percibir ninguno de los dos océanos, el Chagres está escondido entre los pliegues de las colinas, y los arroyuelos en los lechos de los valles son insignificantes. Pero por otra parte, la región es alegre y agradable con su verdor resplandeciente y sus variados contornos—país en el cual el hombre podría vivir contento, país que recuerda ligeramente los Trossachs de la Escocia a causa de sus pequeños picos escarpados y de la profusión de la vegetación. La exuberancia de la naturaleza es, sin embargo, mucho mayor que en cualquiera otro clima templado, y los árboles tienen esa levedad escasa característica de los trópicos, con copas que surgen como burbujas verdes al apacible aire azulado.

Aquí en un lugar llamado Culebra se halla la parte más alta de la travesía de océano a océano, 110 pies sobre el nivel del mar; y como fué aquí que se tuvo que hacer la cortadura más honda para el canal, la oficina general para el cuerpo de ingenieros se ha establecido en el mismo sitio. Luego se dirá más de la cortadura. El ferrocarril sigue una derrota tortuosa entre las colinas, rechinando aquí y allí al pasar por cortaduras en duras rocas ígneas, y después de algunas millas, bajando gradualmente, entra en un valle extenso cuya extremidad más lejana hacia el sud se halla descubierta, aunque protegida al este por un monte escarpado y por varias lomas roqueñas más distantes y visibles allá a lo lejos enfrente del horizonte. El monte es el de Ancón, y por un lado domina el canal de Panamá y por el otro la bahía en la cual entra el canal. Las lomas son islas que yacen en el Pacífico. Como ya nos hallamos completamente al nivel del mar, no vemos sus aguas hasta que el ferrocarril, después de pasar por la orilla de un nauseabundo pantano de marea, llega a la ciudad de Panamá, a una distancia de cuarenta y seis millas de Colón.

Como la parte del Pacífico es con mucho la más pintoresca del todo y se graba más facilmente en la mente del viajero, el que desee gozar del paisaje y abarcar la configuración de la tierra y del mar por aquí debe subir, si es andador ágil, hasta la cumbre del monte de Ancón, en las laderas del cual se hallan, elevándose por sobre la ciudad de Panamá, las oficinas del gobierno de los Estados Unidos y las quintas de sus funcionarios. El sendero que conduce a la cumbre del monte, a una altura de 600 pies, por pastos y espesuras es escarpado en todas partes y en algunas resbaloso también. Pero vale la pena hacer la subida, pues desde la cima se ve un extenso panorama digno de la grandeza histórica del lugar.

De esta altura airosa dirija el viajero la vista primero hacia el norte y mire aquel laberinto de bajas montañas selváticas por las cuales ha pasado en su viaje de Colón y que forman ahora la vertiente entre dos océanos. Tampoco de este lado puede notarse mejor que de otro ninguna depresión en la vertiente, ninguna abertura en la cordillera que indique que en este punto existe una vía fácil

del Atlántico al Pacífico. Los valles por los cuales pasan el ferrocarril y el canal están bien ocultos entre los pliegues de los montes que están tan juntos y son tan espesos que es difícil creer que se haya podido abrir un canal por entre ellos, e imposible decir por donde se está haciendo la cortadura.

El panorama es muy distinto cuando se vuelve la vista hacia el este por las largas y serpentinas bahías y los promontorios del golfo de Panamá. Allí la costa es llana por largo trecho y hay una sabana que se extiende hacia montes distantes en el interior. Más allá de esta sabana se levantan otras serranías hacia el sudeste, lindando con el Pacífico hasta que se pierden bajo el horizonte enfrente de las Islas Perlas. En alguna parte entre esas sierras se halla la altura a donde subió Balboa y de donde hizo su gran descubrimiento; en alguna parte por esas playas se halla también el lugar donde, vestido con su armadura, se metió a pasos largos entre las olas y tomó posesión del mar en nombre del rey de España. Mirando de este lado podría uno imaginarse que es más bien a través de esta llanura que podría abrirse un canal de un mar al otro. Y sin embargo, no es aquí, sino mucho más lejos hacia el sudeste, a larga distancia detrás de los montes, y en el golfo de Darién, entre el río Atrato que desemboca al Mar Caribe y el río San Juan que corre hacia el Pacífico, que se halla un punto aún más bajo donde unas cuantas millas de cortadura podría facilitar a un buque paso de mar a mar. Ahora, que se vuelva el viajero y mire hacia el oeste. Con sus ojos seguirá una larga cadena de montañas que se levanta a gran altura y prominencia desde la costa opuesta del golfo de Panamá, se dirige hacia el sudoeste y va a perderse bajo el lejano horizonte. Enfrente toman el sol en el mar un grupo de islas roqueñas. Exactamente al pie del monte Ancón, a su lado oriental, queda la pequeña ciudad de Panamá en su promontorio, conjunto de casitas grises con techos rojos y un fuerte español del siglo diez y ocho medio derruido que guarda la somera rada, mientras que al lado opuesto, en la base de las escarpadas laderas del monte, se halla la boca del canal.

El panorama que se extiende bajo este monte de Ancón es el más pintoresco de toda la región del istmo. La

parte del norte en Colón, aunque bonita con su abundante verdor, es ordinaria; pero hay aquí un paisaje que atrae inmediatamente la vista y la imaginación, pues se extiende sobre vastos trechos de terreno y una vasta expansión de agua, rico con su variado color, y une el pasado al futuro. Sobre esas llanuras uniformes del océano que los españoles, acostumbrados a su proceloso Mar Atlántico, llamaron el Mar Pacífico, Vasco Núñez de Balboa extendió la vista al proyectar aquella expedición al Perú que fué interrumpida por la cruel envidia de Pedrarias, el virrey español. Por ellas navegó a esas tierras meridionales el más afortunado, aunque no tan digno, Pizarro, quien en dos años conquistó un imperio más extenso que el que dominaba en el Viejo Mundo su soberano Carlos quinto. A través de estas aguas pasaron de un lado a otro las flotas que llevaron al sur ejércitos de aventureros a robar las razas nativas, y que a su vuelta trajeron los tesoros que mantuvieron las guerras de España en Europa y la ayudaron a preparar su ruina. A una distancia de tres millas se puede notar apenas entre los árboles la torre de la vetusta catedral de la antigua ciudad de Panamá derruida, donde las susodichas flotas acostumbraban a anclar hasta que el pirata inglés Morgan la saqueó y la destruyó en 1679. Y exactamente al pie del monte, al lado opuesto de donde se hallan estos vestigios del disipado imperio colonial de España, se va levantando el extenso dique que ha de proteger la boca del canal, y los vapores anclados en los muelles y los vagones al lado de ellos en los rieles presagian un comercio más vasto que el que se condujo jamás en el glorioso tiempo antiguo de España, pues estos buques y vagones sugieren el pasaje de gente de todas las nacionalidades por el nuevo canal, por estos bosques y por el mar hasta los confines de la tierra. Aquí, así como en el estrecho de Gibraltar y en el Bósforo, la naturaleza y la historia se han unido para deleitar la vista y para dar a la imaginación ensueños del pasado y confusas visiones proféticas del porvenir.

Con excepción de estos escasos lugares donde se ven moradas humanas—la pequeña ciudad española abajo, y las oficinas y almacenes que indican el principio de un nuevo puerto comercial, y algunas casas en las islas de

la bahía donde los habitantes de Panamá buscan aire más refrescante en el verano—el panorama aparece desierto, sin señales de vida apenas, y aún sólo algunos buques que motean el agua. La región ha sido siempre poco habitada y sus tribus nunca llegaron a alcanzar la semicivilización de los mayas del Yucatán, Honduras y de Guatemala al norte de ellos, ni de los chibchas de Bogotá al sud. De cualquier modo que sea, no existen vestigios del adelanto prehistórico en esta región, aunque se han hallado algunos en Costa Rica. Los aborígenes no eran numerosos, y después de venir los españoles fueron prontamente mermados por los ataques de los aventureros que vinieron tras el oro. Así pues, se sabe ahora de muy pocos de ellos, excepto en un lugar llamado San Blas, en la costa del Mar Caribe a unas cuarenta millas al este de Colón. Allí se ha mantenido una tribu de indios bien separada de los intrusos blancos, habiéndose conservado verdaderamente independiente de los virreyes españoles y también de los presidentes republicanos de Colombia. Estos indios son cortos de estatura, fuertes, buenos marinos y excelentes soldados, hombres de la misma estirpe que rechazó a los primeros pobladores que Colón estableció cerca de ellos en su segundo viaje, y tan celosos de su libertad y de sus propias costumbres que no permiten que un forastero de la raza blanca pase la noche en ninguna de sus aldeas. Se dice que todavía son paganos, y tienen sus hechizadores cuya eficacia es afirmada por una regla que termina la carrera profesional, así como la vida de cualquiera de ellos que deje morir siete pacientes uno tras otro. Estos indios vienen a Colón en sus canoas a negociar y se muestran hasta cierto punto amigables a los norteamericanos allí, pero con mucha menos efusión que la que mostraron sus antepasados a los ingleses en aquellos tiempos pasados cuando conducían a través del istmo a los filibusteros ingleses que iban a atacar a sus enemigos españoles en Panamá. Cuando en el año de 1698 llegaron los colonos escoceses en su desdichada expedición para fundar una colonia en Darién, los indios de San Blas los recibieron con brazos abiertos y les mostraron su buena amistad visitándolos abordo de sus buques y bebiendo mucho licor. Esta inclinación amable ha continuado hasta

nuestros días, pues se dice que en una de sus luchas contra los colombianos se declararon súbditos de la reina Victoria. Puesto que la república de Panamá tiene bastantes dificultades propias, obra con mucha prudencia no molestándolos.

De la misma manera que hay pocos indios en la parte más estrecha del istmo, hay también pocos blancos. Los españoles no probaron nunca poblar el país, aunque es verdad que fundaron ciudades aquí y allí en la costa para el comercio. No había ni oro ni plata que atrajese a los aventureros. El terreno estaba cubierto de matorrales y faltaban jornaleros nativos que pudiesen ser esclavizados y puestos a abrirlo y cultivarlo. El curso suspicaz del gobierno nacional excluía a los súbditos de todos los demas países, así es que la mayor parte de esta región se quedó agreste, inculta y en partes sin explorar. A través del istmo fué construido un camino empedrado desde la antigua ciudad de Panamá, la cual fué fundada por Pedrarias en su viaje al Pacífico en 1520, hasta Nombre de Dios que llegó a ser el puerto principal en el lado del Atlántico; y por este camino llevaban las recuas de mulas la plata que había llegado del Perú para ser embarcada para Cádiz o Vigo en aquellos grandes galeones que acostumbraban a asechar los piratas ingleses. En la costa del Atlántico se celebraba una vez al año una gran feria que duraba seis semanas y a la cual venían por mar negociantes de tierras lejanas. Casi todos los efectos manufacturados en el Perú y por toda la costa del oeste eran vendidos y comprados aquí. Casi nada más interrumpía la vida monótona de estas provincias remotas, con excepción de las hazañas de los corsarios ingleses que continuaban aquí la guerra del Protestantismo en contra de España para provecho de sus propios bolsillos. Sir Francis Drake, el menos mercenario y el más gallardo entre ellos, empezó sus hazañas estableciéndose en una ensenada en el lado del Atlántico, y después tomó a Nombre de Dios con un ejército sumamente pequeño y armó emboscadas a las recuas de mulas cargadas de plata que venían de Panamá, de cuando en cuando haciendo incursiones también en tales puertos como le era posible tomar con sus escasas fuerzas. En una de sus primeras expediciones se subió a un árbol

en la cima de un monte, y viendo de él el Océano Pacífico, se arrodilló y le rogó a Dios que le concediese vida hasta que pudiese navegar por aquel mar en un buque inglés—oración que fué muy bien cumplida cuando salió del estrecho de Magallanes y saqueó las playas del Perú en 1578. En el último de sus viajes murió en su buque en 1596 enfrente de Puerto Bello. Ochenta años más tarde Morgan, el famoso filibustero inglés, reunió un buen número de aventureros y de rufianes marinos, atravesó el istmo navegando contra el Chagres en pequeños botes, y después de un corto viaje por tierra embistió a Panamá, la cual tomó y saqueó, volviendo con su butín al Mar Caribe. La ciudad fué quemada, no se sabe con seguridad si por él o por los españoles, y desde entonces quedó desierta.

Treinta años después del saqueo de Morgan las posibilidades comerciales del istmo fascinaron a un escocés que tenía más del entusiasmo ordinario de los de su raza y menos de su acostumbrada cautela. Guillermo Paterson, el fundador del Banco de Inglaterra, condujo una colonia compuesta principalmente de escoceses, y bien provista de ministros de la misma nacionalidad, a un lugar cerca de Acla en el golfo de Darién en el extremo del Atlántico del istmo, a cien millas hacia el sudeste de Colón, con la intención de hacer de este establecimiento un gran centro de comercio entre ambos océanos. Sin embargo, habían partido de su patria mal pertrechados e ignorantes de las condiciones climatológicas. Muchos murieron de enfermedades; el rey Guillermo III no les prestó ayuda, y al fin los españoles atacaron a los que quedaban y los obligaron a rendirse. Después de esto nadie atacó a los súbditos del Rey Católico. El nuevo Panamá, establecido en un sitio mejor donde la rada es más honda, aunque no lo bastante para los vapores de hoy día, continuó disfrutando cierta prosperidad, pues era la entrada a la parte occidental de la América del Sud, ya que no había ni podía haber un pasaje por tierra por entre los bosques sin sendas y por las montañas feraces que están en la costa entre el istmo y el ecuador. Pero la decadencia y el menoscabo del imperio colonial de España, bajo el peor plan de gobierno concebido y administrado que el egoísmo y la estupidez se hayan

concertado a idear, disminuyó constantemente la importancia de la ciudad. No se hizo nada para desarrollar el país, que fuera de Panamá y de otros puertos se quedó un desierto improductivo. Ni la extinción del dominio de España, que se efectuó tranquilamente aquí porque el gobernador local no la resistió, causó diferencia alguna tampoco. Ocupada con luchas domésticas, la nueva república, llamada primeramente Nueva Granada y ahora Colombia, no tuvo ni el capital, ni la inteligencia, ni tampoco la energía para mejorar el país o para desarrollar las posibilidades comerciales del istmo. Era ésta una tarea reservada para los descendientes de la raza que había producido a Drake y a Morgan.

Así llegamos a los sucesos que han dado a Panamá su importancia de hoy día. En el año de 1846 Méjico se vió obligada a ceder a los Estados Unidos, para hacer la paz, los territorios que constituyen ahora los estados de California, Nevada, Arizona y Nuevo Méjico. Poco después se descubrió oro en California, y a esto siguió una gran invasión de pobladores. Para ello había necesidad de una ruta hasta San Francisco más corta y más segura que el viaje por el cabo de Hornos o la carretera desde el río Misuri por llanos y montañas. Los emprendedores americanos obtuvieron en 1848 una concesión del derecho de construir un ferrocarril a través del istmo. La línea se inauguró en 1855, y hasta que el gobierno de los Estados Unidos tomó posesión de ella había pagado sin cesar dividendos más subidos que cualquiera otro ferrocarril en el mundo (un promedio de 15 por ciento al año hasta 1895). No teniendo oposición, podía fijar la tarifa a su gusto. Buques de mejor equipo que los anteriores empezaron a hacer la travesía entre Panamá y puntos al sud, así como al norte también; y desde entonces, a pesar de su clima mortal, el istmo ha sido una vía universal. Aunque la instalación subsiguiente de ferrocarriles a través del continente norteamericano disminuyó el transporte de pasajeros del este de los Estados Unidos a California por Panamá, el transporte de mercancías continuó siendo el mismo; y como el comercio con la parte occidental de Sud América aumentó, el antiguo proyecto de construir un canal interocéanico tomó más cuerpo e indujo la proposición de plan

tras plan. Por fin en 1878, el éxito que Fernando de Lesseps había obtenido en Suez le animó a formar una compañía en Francia para construir un canal en el istmo al nivel del mar. Esta compañía, formada sin la necesaria investigación del coste y de las condiciones, fracasó en 1889, después de haber agotado sus fondos. Una segunda compañía que se formó en 1894 para continuar y concluir la empresa fracasó a su vez, y cedió todos sus derechos, juntamente con sus planos, al gobierno de los Estados Unidos, el cual, después de gastar provechosamente dos años en investigar el problema que había de acometer, empezó en 1907 la obra de cavar y construir compuertas que espera acabar en 1913. Por algún tiempo el gobierno de los Estados Unidos había procurado conseguir una concesión de la república de Colombia de la lengua de tierra necesaria para la construcción del canal, pero sin poder obtener estipulaciones que le pareciesen razonables. Entonces, en 1903 ocurrió una revolución en Panamá en contra del gobierno de Colombia, y la nueva república de Panamá que surgió de la misma, concedió a los Estados Unidos un arriendo perpetuo de un territorio de diez millas de ancho, siendo este el trecho de terreno por el cual había de pasar el canal proyectado. Esta franja de tierra—llamada ahora la Zona del Canal—tiene cuarenta y cinco millas de largo con una superficie de 448 millas cuadradas. El gobierno de los Estados Unidos es prácticamente supremo en ella—aunque se ha declarado no ser parte de los Estados Unidos según la Constitución—y la gobierna por medio de una comisión bajo el Ministerio de la Guerra, siendo además propietario de más de dos terceras partes del territorio. En correspondencia por el arriendo, los Estados Unidos han pagado una suma crecida a la pequeña república y le han garantizado su independencia. Con la franja de tierra susodicha ha adquirido también cuatro islas pequeñas consideradas importantes por su posición estratégica, las cuales yacen a poca distancia de la costa en el extremo del Pacífico del canal. La ciudad colonial con su fuerte pintoresco que domina el mar, sus plazoletas cubiertas de árboles, sus antiguas calles tortuosas y sus iglesias grandes y obscuras, está dentro de la zona del canal, pero es gobernada por su propio go-

bierno, y es la capital de esta república, la más pequeña de todas las repúblicas sudamericanas. La gente de la clase más pobre se ocupa en pescar y en estar sentada a la sombra, mientras que los ricos se ocupan de la política. No hay casi ninguna tierra cultivada en las cercanías, pero es de esperarse que en las tierras elevadas y ondulantes a algunas millas hacia el oeste se empezará pronto la cultivación de legumbres, frutas y lo demás que necesiten los vapores que acierten a pasar.

Del canal mismo deben decirse ahora unas cuantas palabras, las bastantes para transmitir una idea general preparativa a los que de aquí a dos años, cuando llegue la hora de su inauguración formal, serán abrumados con detalles.

Tendrá cincuenta millas de largo entre alta mar a ambos lados y sólo cuarenta entre baja mar. La menor anchura al fondo será de trescientos pies, y la menor profundidad de cuarenta y un pies, aunque la anchura y la profundidad son en la mayor parte de su extensión más de lo que indican estos guarismos. Su punto más alto sobre el nivel del mar será de ochenta y cinco pies en la superficie del agua y cuarenta en el fondo, de manera que la profundidad será de cuarenta y cinco pies, esto es, la cortadura será efectuada por medio de la colina que divide el continente hasta un punto a cuarenta y cinco pies sobre el nivel de los dos océanos.

La mejor manera de hacerse cargo de su índole es considerándolo como si consistiese de cuatro secciones que yo llamaré: (a) El nivel del Atlántico, (b) el lago, (c) la cortadura, (d) la sección del Pacífico (en dos niveles separados por una compuerta). El nivel del Atlántico es un canal derecho no interrumpido por compuertas y de ocho millas de largo desde alta mar en la boca de la somera bahía de Limón, un poco hacia el oeste de Colón, hasta Gatún, donde llega hasta el valle del río Chagres. Ahora bien, el río Chagres había sido considerado siempre una de las dificultades principales para la construcción de un canal. Ocupaba el fondo de aquella depresión natural por la cual debía construirse el canal según habían pensado todos los agrimensores desde hacía mucho tiempo. Pero la dificultad de ensanchar y de ahondar la madre del río hasta que llegase a ser un canal

servible era formidable, porque en la estación de las lluvias en los trópicos el río crece hasta un volumen indomable, a veces subiendo a más de cuarenta pies en veinte y cuatro horas. La dificultad fué por fin vencida y la corriente ingeniosamente utilizada con la construcción de una enorme represa en Gatún a través del cauce del Chagres, la cual, acorralando las aguas del río, convierte a éste en un lago. Este lago tendrá en el centro del cauce una profundidad de ochenta y cinco a cuarenta y cinco pies de agua, la suficiente para el vapor más grande. En la represa de Gatún hay tres compuertas de hormigón con una altura total de ochenta y cinco pies, por las cuales serán elevados los buques hasta el lago. Este llenará no sólo el valle del Chagres, sino también el cauce de los valles tributarios hacia el este y el oeste, de manera que cubrirá una superficie de 164 millas por todo y será moteado con muchas islas. La parte central y más profunda de este cuerpo de agua de casi veinte y cuatro millas de largo es la segunda de nuestras cuatro secciones del canal y será la más bonita, pues sus riberas se hallan cubiertas de espesos bosques. En el paraje llamado Bajo Obispo, donde el valle del Chagres, que se ha dirigido al sudeste hacia el Pacífico, se vuelve hacia el nordeste entre las montañas, la dirección del canal se separa del río enlagado Gatún y entonces entramos en la tercera sección que yo he llamado "la cortadura". Aquí el terreno es montañoso, de manera que para evitar la construción de más compuertas fué preciso cortar hasta muy profundo en la línea central del continente con su serranía roqueña que une las cordilleras del continente meridional con las sierras del norte. Después de una cortadura relativamente somera de cinco millas hacia el sud del lago, el paso es obstruido por una cuesta escarpada de 665 pies de alto, el Monte de Oro, que es la vertiente continental. Por aquí se ha labrado una incisión enorme, la cortadura de Culebra, de la cual hablaremos más adelante. Un poco más hacia el sud, a ochenta millas del lago, el terreno empieza a descender hacia el otro mar, y llegamos a la cuarta, o sección del Pacífico, la cual empieza en un sitio llamado Pedro Miguel. Aquí hay una compuerta por la cual se baja el canal treinta pies a otro lago artificial mucho más pequeño formado

por una larga represa construida a través del valle en un lugar llamado Miraflores, donde hallamos dos compuertas más por las cuales serán bajados los buques cincuenta y cinco pies hasta el nivel del Pacífico. Después se dirige el canal derecho al mar, tan somero aquí que se ha dragado un estuario para alta mar a una distancia de algunas millas y se ha erigido un dique o malecón a su extremo oriental para evitar que la corriente del sud obstruya el puerto con los aluviones. Desde Pedro Miguel hasta Miraflores hay casi dos millas, y desde las compuertas en este último hasta el Pacífico ocho, de manera que la longitud de esta cuarta sección del Pacífico, la cual a desemejanza de la sección del Atlántico tiene dos niveles diferentes separados por la represa y las compuertas de Miraflores, es de diez millas. En ella ha habido relativamente poca excavación de terreno por ser éste llano, pero sí ha habido mucho dragado, no sólo para la formación del estuario desde la somera bahía hasta afuera en el Pacífico, sino también para proporcionar espacio donde anclen los buques y donde carguen y descarguen sin estorbar el tráfico.

Así pues, el viajero del futuro tendrá mucho que ver en diez o doce horas del pasaje de océano a océano. La uniforme luz de la encendida aurora de los trópicos se irá esparciendo sobre los techados de las casas de Colón cuando se acerque por la mañana, que es cuando llegan los buques por lo común. Cuando del nivel del Atlántico haya subido su buque la grande escalera de las tres compuertas de Gatún, se deslizará gradual y suavemente sobre las aguas de un lago ancho que poco a poco se estrecha hacia su parte superior, lago encorralado por abundantes bosques de esa suavidad aterciopelada que se ven en los trópicos, con panoramas de islitas ceñidas de bosques que se extienden a derecha e izquierda entre los montes; todo lo cual es un cambio agradable del agitado Mar Caribe que ha dejado tras sí. Después, al pasar por la gran cortadura, las montañas se irán acercando a ambos lados cual escarpadas inclinaciones de yerba o matorral que se elevan a doscientos pies sobre él. Desde el nivel de la compuerta en Pedro Miguel mirará hacia el sud el ancho valle que conduce al océano lleno de la luz del sol poniente, y verá surgir las islas roqueñas por

entre las cuales tendrá que pasar a la inmensidad del Pacífico al anochecer. En Suez el pasaje de un mar al otro es por un desierto pesado y monótono de arena floja y de arcilla estéril. Aquí se halla uno por algunas horas en el centro de un continente verdoso, flotando por sobre aguas tranquilas, fuera del alcance de la vista de uno y otro océano, corto y agradable presente de tranquilidad entre un pasado tempestuoso y un porvenir tempestuoso también.

En estas cuarenta millas de canal (o cincuenta si contamos de alta mar a alta mar) las dos obras de ingeniería más notables son la colosal represa (con sus compuertas) en Gatún y la enorme cortadura en Culebra, cada una la obra más inmensa de su clase que pueda haber en el mundo. La represa tiene casi milla y media de largo; su base es casi de media milla de espesor y tiene 400 pies de ancho al nivel del agua del lago que ha de sostener. Cada una de las tres compuertas es doble, de manera uno de los dos pares puede usarse para buques que pasen de norte a sud y el otro para los que vayan del sud al norte. Cada una tiene una longitud utilizable de 1000 pies y una anchura utilizable de 110 pies. En longitud, espesor y anchura son bastante grandes para los buques de más tonelaje que había en 1911. Al que se halle dentro de una de ellas le parecerá, al mirar hacia arriba, que está en el fondo de una cañada roqueña, dentro de un "cañón de cemento". Nada menos que un temblor de tierra puede moverlas, y no hay antecedentes de temblores en esta región, aunque sí son bastante frecuentes en Costa Rica, a una distancia de doscientas millas. Las compuertas serán operadas y los buques serán remolcados a través de ellas por medio de fuerza eléctrica que será generada por el salto de las aguas del río Chagres en el derrame que las lleva del lago al Atlántico.

La gran cortadura de Culebra es interesante no sólo al ingeniero, sino también al geologista, pues es lo que él llama una "sección". Es la cortadura descubierta más profunda de todo el mundo y contiene singularidades curiosas por la inyección de rocas ígneas, al parecer recientes, entre las flojas capas sedimentarias, principalmente de arcilla y de blanda piedra arenisca de la última época terciaria. Se ha notado un resultado

gravoso debido en parte a esta mezcla y en parte a la friabilidad y la instabilidad no sólo de las capas sedimentarias, sino también de algunas de las rocas volcánicas, y es las resbaladuras y los deslizamientos de tierra y de rocas a lo largo de los costados de la cortadura hasta el propuesto cauce del canal. Este origen de gastos y de dilación fué siempre previsto por los que conocían el carácter del terreno y las fuerzas de las torrenciales lluvias tropicales, y por mucho tiempo fué considerado un tremendo inconveniente para la construcción de un canal al nivel del mar. Ha causado aún más gastos y dilaciones de lo que se esperaba. Pero ya ha sido vencido, aunque para impedir el peligro de daño en el futuro después que se haya completado la obra, los ingenieros se han visto obligados a dar a los costados de la cortadura menos inclinación de lo que se pensaba, de manera que la anchura de la cortadura en su parte superior es también mayor de lo que se había proyectado, y la cantidad del material excavado ha sido por consiguiente también mayor.* Para disminuir los aluviones se sembrará yerba enredadera y otras plantas propias para mantener la tierra en la superficie.

Durante el período de excavación la cortadura de Culebra presentaba un aspecto sorprendente. Dentro de las nueve millas de la cortadura se habían instalado doscientas millas de vías férreas unas al lado de otras, algunas en las partes más bajas en terraplenes donde funcionaban las dragas. En la parte más profunda, de menos de una milla de largo, había centenares de vagones de ferrocarril y trabajaban miles de hombres, algunos ocupados en preparar las cargas de dinamita para las voladuras, otros removiendo los escombros esparcidos por una explosión, otros operando las enormes palas movibles que excavaban los lugares más blandos del cerro o removían el material aflojado por las explosiones, los demás funcionando los trenes de vagones que eran continuamente formados y conducidos fuera de la corta-

* El punto de excavación más profundo en el Monte de Oro es de 543 pies sobre el nivel del mar y la elevación más alta de la superficie original por el centro de la línea del canal era de 312 pies sobre el nivel del mar. La profundidad vertical de la cortadura en el centro de la línea es, por consiguiente, de 272 pies, pues el fondo está a cuarenta pies sobre el nivel del mar.

dura por cualquiera de las extremidades, llevando el material excavado a donde fuese necesario en la línea del canal. Aquí y allí se veían bocanadas de vapor, algunas de las locomotoras, otras de los escapes de la tubería del aire comprimido que se usaba en dar fuerza a las dragas y que condensaba la atmósfera saturada de vapor.

Hay un no sé qué en la grandeza y método de esta empresa que podría tomar de tema un poeta. Jamás se han concentrado en nuestro planeta tanto trabajo, tanto conocimiento científico y tanta habilidad ejecutiva en una obra dedicada a unir más las naciones y a servir de provecho a la raza humana.

Y sin embargo, más interesante es el panorama que se presenta a la vista del visitador cuando al salir de la cortadura se dirige hacia el lado posterior del cerro occidental donde están las habitaciones de los obreros * y las quintas del ingeniero director y de sus principales ayudantes en la parte superior. El ingeniero director, el coronel Goethals, es el jefe no sólo del proyecto de construcción, sino también de la administración, y su energía, criterio, su facultad para hacer prontas decisiones son considerados como el elemento principal en el progreso de la obra y en la excelencia de la administración. Las casas, erigidas por el gobierno de los Estados Unidos, están ceñidas en todos los pisos por una fina red de alambre que deja entrar el aire sin dificultad, pero que excluye los insectos alados. Todos los hospitales han sido enredados con tanto ciudado que no puede entrar ningún insecto a llevarse la infección de un paciente. Todos los senderos y corrales saltan a la vista de limpios y de bien cuidados. No queda ni un charco de agua donde puedan procrear los mosquitos, pues todas las inclinaciones y los llanos han sido desaguados cuidadosamente. Aun en las inclinaciones que rodean las quintas en Ancón hay instalados pequeños desaguaderos de teja para llevar el agua de lluvia. Con el césped bien conservado y los ufanos macizos de jardín, el lugar tiene el aspecto de una aldea modelo. • Y todo

* Los obreros inexpertos que han sido empleados son por la mayor parte negros de las antillas de Jamaica y de Barbadas y algunos españoles, pero no chinos. Los expertos son de los Estados Unidos. Durante la obra de los franceses había muchos chinos, un gran número de los cuales murieron allí.

esto mismo se ve en las otras habitaciones de los empleados por toda la línea del canal, en Gatún, en Miraflores, en Ancón donde se halla el gran hospital y donde se han establecido las oficinas del gobierno civil que hace todo lo posible por sus empleados, lo mismo blancos que negros. Quizá en ninguna parte del mundo son los obreros tan bien tratados por la autocracia bienhechora, ni se toman medidas tan extensas y casi suntuosas para la comodidad y la diversión así como para la salud. Su éxito en evadir acusaciones de parcialidad o corrupción, así como en producir eficacia en el trabajo y la satisfacción de los obreros ha sido tal que algunas personas han derivado de él un argumento en pro de la administración pública de todas las grandes empresas. Al observador imparcial parece más bien un ejemplo de la eficacia que puede obtenerse poniendo todo el gobierno administrativo en manos de hombres cuya entereza de carácter y habilidad ha sido ya probada fuera de duda, que no han ascendido por métodos políticos y que no tienen nada que sacar abusando su poder. En tanto que se pueda deducir una máxima política de este caso, esa máxima recomienda no la colectividad democrática, sino autocracia militar.

A estas redes de alambre, desagües y precauciones sanitarias a que me he referido, más que a ninguna otra cosa, se debe el que, después que los franceses fracasaron dos veces en su propósito de construir el canal, la empresa de hoy día se vaya colmando de éxito. Los ingenieros franceses habían demostrado gran pericia y ejecutaban bien su trabajo. Con el candor generoso que es característico de verdaderos soldados y de verdaderos hombres de ciencia, nadie admite sus méritos más que los ingenieros americanos que han venido tras ellos. Pero no tenían los medios de combatir la fiebre amarilla y el paludismo que frustraban toda su habilidad y agotaban todos sus recursos. El descubrimiento efectuado mientras que las tropas de los Estados Unidos ocuparon la isla de Cuba, después de la guerra de 1898, de que la fiebre amarilla se debe a la picada de una clase de zancudos que llevan la infección de una persona enferma a una sana y que las fiebres intermitentes se deben a la picada de los anófelos, que de igual manera llevan el tósigo del

enfermo al sano, facilitó el llevar a cabo una campaña para la prevención de estas enfermedades entre los obreros del istmo.* Esto se hizo antes de empezar la excavación y con tal actividad que el istmo es ahora tan sano como cualquiera otra parte de los Estados Unidos. En el año de 1910 la proporción de la mortandad entre 50,802 empleados blancos y negros en la zona del canal fué de 10.98 por mil, en 1911 entre 48,876 fué de 11.02—una proporción extraordinariamente baja si se compara con el promedio en las ciudades europeas y norteamericanas. Entre los empleados blancos americanos y sus familias la proporción fué sólo de 6.01.* Los empleados blancos y sus familias son sanos y robustos, sin ese color amarillo obscuro y enfermizo que por lo común distingue a los habitantes de las regiones palúdicas. Y corroboro aquí lo que otros muchos visitadores me han dicho, esto es, que se puede pasar uno días y noches en el istmo sin ver, oír ni sentir un mosquito. El haber convertido uno de los lazaretos del mundo, un lugar con una reputación como la de los ''pantanos ponticos'' o la de Poti en el Mar Rojo o como la de la Sierra León misma, en un lugar tan saludable como Boston, o Londres, es una proeza de que puede enorgullecerse el cuerpo de médicos norteamericanos y que bien puede llenar de orgullo también a todos sus compatriotas; y el nombre del coronel Gorgas, el jefe del cuerpo de médicos, a quien por su incansable celo y cuidado se debe esta proeza, merece ser incluido en la lista de hombres famosos junto al del coronel Goethals, ingeniero director y presidente de la Comisión, quien ha dirigido y conduce a brillante éxito esta grandiosa empresa.

La aplicación práctica de la ciencia sanitaria en la zona del canal, después de lo que se hizo en la Habana, ha tenido otro efecto además de la construcción del canal por el istmo. Ha facilitado el establecimiento de europeos en muchas regiones tropicales que hasta ahora se consideraban habitables solamente por los naturales. Casi no es posible poner límites al efecto de tal ejemplo.

En tiempos pasados no se hubiera podido llevar a cabo

* Entre la población blanca de la zona, sin contar las ciudades de Panamá y Colón, la proporción fué más crecida, esto es, 16.47 en 1910 y 15.32 en 1911, pues la parte de la población que no se halla bajo dominio oficial no es tan observadora de las reglas de sanidad.

una empresa de tal magnitud; es decir, habría requerido tanto tiempo y un desembolso tan enorme que no habría sido atentado por ningún gobierno cuerdo. Puede que Faraón Neco, como dice Herodoto, haya construido un canal por el istmo de Suez con el trabajo de cientos de miles de sus súbditos, los cuales estaban acostumbrados a la obediencia absoluta, pero tal canal fué probablemente pequeño y somero y fué construido por terreno llano de arena y arcilla. Aquí fué preciso taladrarse una montaña y enfrenarse un torrente y las compuertas tenían que ser lo suficiente grandes para buques de mil pies de largo. Nada más que los nuevos elementos que los descubrimientos científicos han puesto en manos del ingeniero de hoy día—el vapor, la electricidad, los explosivos de mucha potencia, maquinarias capaces de levantar y poner en su lugar una sobre otra enormes masas de cemento—hubieran posibilitado esta obra. Y aun eso no fué bastante. La compañía francesa poseía tales aparatos y, aunque sus cálculos estaban basados en datos del todo insuficientes, no se ha dudado nunca de la aptitud y energía de sus ingenieros. Y la compañía fracasó completamente; y fracasó no sólo porque la obra resultó ser más dificultosa y porque las capas flojas, hundiéndose con los aguaceros, causaron resbaladuras y derrumbamientos mucho peores de lo que se esperaba.* Sin duda estas dificultades fueron superiores a sus fuerzas y gran parte del dinero prometido no llegó nunca al istmo. Pero fué elemento más terrible el que los frustró. Fué la Peste, la Peste que vino volando sobra las diáfanas alas del mosquito. Tan lejos estaban de reconocer a su verdadero enemigo, que cuando edificaron el hospital extenso y cómodo en Ancón pusieron en la parte afuera de las ventanas grandes macetas de flores donde se acumulaba el agua estancada y donde incubaban los mosquitos. Los ingenieros morían, también los capataces, y los obreros

* Encantados con el ejemplo del canal de Suez y sin realizar hasta que punto la diferencia entre el clima muy húmedo de Panamá y el clima absolutamente seco de Suez perjudicaría la construcción, los ingenieros proyectaron al principio un canal al nivel del mar. Si se hubiese llevado a cabo ese plan, el coste hubiera sido mucho mayor, pues la cortadura de Culebra debería haber tenido no solamente ochenta pies más de profundidad, sino también debería haber sido más ancha. Pocos de los que examinan la obra ahora parecen dudar que la decisión de construir un canal con compuertas fué muy cuerda.

perecieron por centenares. Y sin embargo, si se hubiese gastado propiamente todo el capital francés y medidas más sanitarias hubiesen reducido las condiciones pestilenciosas se puede dudar aún de que la compañía hubiera tenido éxito en la empresa. Hubiera sido necesario más capital, capital que tendría que haber sido conseguido bajo condiciones gravosas, y después cuando se hubiese gastado todo y se hubiese terminado la construcción del canal, las ganancias, después de haberse separado el coste de operación, no hubieran sido suficientes para pagar el interés ni siquiera de la mitad del dinero. El que se fije en esta obra maravillosa comprenderá que se puede llevar a cabo solamente por una nación que dispone de recursos tan abundantes que no tiene necesidad de considerar cuanto gasta, por una nación que puede pedir prestado cuanto quiera sin perjudicar mucho las cotizaciones de su deuda nacional.

Se cree que la construcción del canal habrá costado, cuando sea concluida, casi 80'000,000 de libras esterlinas ($400'000,000).* A esto se tendrá que añadir el coste de las fortificaciones que se piensan construir en Colón y en las islas que yacen en el golfo de Panamá enfrente del extremo meridional del canal, así como de los cuarteles para la numerosa guarnición que ha defenderlo. El visitador que ve las inclinaciones donde se han de edificar estos fuertes y baterías podría preguntar que cuál es el enemigo que se desea rechazar. ¿Cuál es la potencia naval que tiene enemistad nacional o bastante interés propio para meterse a arrostrar los riesgos de una guerra con un país tan populoso, tan rico y tan fuerte como los Estados Unidos? A esto se contesta que al presente no hay tal potencia naval y que no se puede indicar ninguna región de donde venga tal peligro; pero que es posible que en el futuro, de dirección desconocida, pueda levantarse algún enemigo no sospechado ahora contra cuyos ataques hay que prepararse con tiempo.

Cuando se haya inaugurado el canal y haya desaparecido ese interés que se siente en terminarlo dentro del tiempo nombrado, el interés que se siente en otra cuestión que se ha discutido por mucho tiempo será apenas menos

* El último cálculo presentado contiene la suma de $375'000,000. Se cree que las fortificaciones costarán cerca de $12'000,000.

vivo. ¿Qué diferencia causará este nuevo canal de océano a océano en el comercio del mundo y luego también, aunque probablemente no tanto, en la política del mundo? Y para meternos en asuntos de menos importancia ¿de qué provecho le será a las Antillas y a los puertos del golfo de Méjico y (en la política más que en el comercio) a los vecinos países de la América central y meridional? La parte política de esta cuestión es muy delicada para discutirse aquí, pero en cuanto a la comercial se puede decir algunas palabras.

A no dudar, la nueva vía llegará a ser una ruta importante para el tráfico de mercancías de los puntos del Atlántico de los Estados Unidos, y también de puertos europeos a los puertos del oeste de la América del Norte.

Será asimismo la ruta principal para toda clase de mercancías desde puertos europeos y también de la América del Norte para la costa oriental de la América del Sud hasta el Callao, y también desde los puertos del golfo de Méjico hasta Coquimbo o Valparaíso. Parece más dudoso que tenga efecto alguno en el tráfico de mercancías de Europa Valparaíso y otros puertos de Chile. Mucho dependerá, por supuesto, del peaje que se determine por tránsito por el canal, el cual, según el tratado de 1901 entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos será, como en Suez, el mismo para todas las naciones.

La cuestión más interesante, por ser la más importante, la más dudosa y complicada, es el efecto que el canal tendrá en el comercio de Europa en el Oriente, en el Japón, China, Nueva Zelandia y Australia. Es la más complicada porque en ella entran muchos elementos, algunos de ellos políticos así como comerciales. Aquí el canal competirá con el de Suez y (en cuanto a Australia en particular) con la ruta por el cabo de Buena Esperanza y competirá también con las líneas de vapores que hacen viajes entre Australia y Nueva Zelandia e Inglaterra por el cabo de Hornos. Desde Inglaterra a los puertos de Australia y del este del Asia, excepto los de Nueva Zelandia, la ruta por el canal de Suez será más corta que la del Panamá. Sin embargo, de Nueva York el itinerario por Panamá a Sidney, Auckland (en Nueva Zelandia) y Shanghai será más corto que el de

Suez, mientras que a Hong Kong y Manila será prácticamente de la misma distancia que el de éste.* Se supone generalmente que los derechos que se impongan en el canal de Panamá serán más bajos que en el canal de Suez. El comercio, como otras cosas, cambia más rápidamente en nuestros tiempos que en los pasados; y sin embargo, se pasarán muchos años antes de que se revelen completamente los resultados de la apertura del canal. Algunas de las consecuencias comerciales así como políticas debidas a la construcción del canal de Suez no fueron previstas del todo. Si algunos de los más notables peritos escribiesen en el año de 1914 sus respectivos pronósticos en esta cuestión, los sellasen y los depositasen en la biblioteca del Museo Británico y en la del Congreso para ser leídos en el año de 2000 de nuestra era, formarían en este último año un documento extraño.

Las impresiones principales que el paisaje del istmo causa en la mente del viajero han sido indicadas ya—el contraste de la selvatiquez y la soledad de la región con su maravillosa posición geográfica que hace mucho tiempo parecía predestinada a hacerla un centro de comercio y de populación, el contraste entre las ventajas presentadas por tal posición y el indolente olvido de las mismas por los gobernadores españoles, el contraste que uno ve hoy día entre la ocupada multitud de obreros en esta estrecha línea cavada en el bosque extenso y la naturaleza despoblada y virgen a cada lado, el contraste entre la obscura nube de la muerte que por cuatro siglos se extendió sobre ella y la solana de salud y energía que la ciencia médica ha vertido sobre ella.

Pero de todas las impresiones, la más viva es que aquí ve uno el último cambio, según se puede prever, de los más grandes que probablemente probará el hombre hacer en la superficie de la tierra. Túneles más largos que los que hasta ahora se han construido podrán ser horadados por medio de montañas o bajo estrechos de mar. Se podrán desvíar los cauces de ríos. Se podrán construir depósitos de agua más extensos que los que existen al presente para irrigar regiones áridas o para proveer fuerza eléctrica para las ciudades, y se edificarán puentes

* De Londres a Sidney por Suez hay 11,531 millas, por Panamá 12,525. De Londres a Auckland por Suez hay 12,638 millas, por Panamá 11,404.

que lleguen de un lado a otro de estrechos como el Bósforo, o se construirán ferrocarriles como el que se inauguró últimamente en el sud de la Florida por el mar sobre una hilera de escollos. Pero en ninguna otra parte quedan dos continentes que puedan separarse, dos océanos que sean unidos por un canal excavado por una cordillera de montañas.

Se refiere la historieta que cuando se discutió al principio el proyecto de construir un canal en Panamá, Felipe II de España fué disuadido por el argumento presentado por sus consejeros eclesiásticos que si el Dios Todopodeso hubiese deseado que los dos océanos fueran unidos, Él mismo los hubiera unido, de la misma manera que, según dice Herodoto, los habitantes de Knido fueron disuadidos por el oráculo délfico de hacer una cortadura en el istmo por el cual sus enemigos persas podrían avanzar por tierra para atacarlos. Si Júpiter hubiese querido que la región hubiera sido una isla, dijo el oráculo, él la habría hecho isla. Pero al llegar una época cuando las nociones comerciales y científicas de la naturaleza triunfaron de los eclesiásticos, pareció cierto que algún día tendría que construirse un canal aquí. Y se ha construido. Es la libertad más grande que se ha tomado el hombre con la naturaleza.

CAPÍTULO II

LA COSTA DEL PERÚ

La primera parte del viaje por la costa hacia el Perú es agradable cuando se hace en un vapor, pues el mar es plácido, la brisa del sud muy leve y, después de pasar por las islas pintorescas que yacen enfrente de Panamá, se ven a corta distancia aquellas Islas Perlas que en un tiempo rivalizaron con las Islas de Bahrein en el Golfo Pérsico como la pesquería de perlas más importante del mundo. Uno se sorprende de las dificultades que experimentaron los primeros aventureros españoles, Vasco Núñez de Balboa, y después de él Pizarro, en sus esfuerzos en llegar al sud, pero el motivo es que una fuerte corriente fluye hasta dentro del golfo, y que le era difícil a los toscos bajeles de aquel tiempo adelantar en contra de la corriente y de los predominantes vientos del sud. Pero la segunda mañana, cuando ya nos habíamos adelantado cuatrocientas o quinientas millas hacia el sud ¡cuál no fué nuestra sorpresa al hallar que la temperatura iba bajando y que el cielo se encapotaba a medida que nos acercábamos al ecuador! Hizo frío aquella noche y tuvimos que pedir mantas. ¡Nuestros ensueños de solearnos al apacible aire del mar se desvanecían! Entrábamos en una región de tiempo frío que continuó en nuestra travesía por miles de millas hasta el estrecho de Magallanes.

Todo el mundo sabe hoy día hasta que punto el clima, la flora, y la civilización de la Europa occidental se deben a la corriente del golfo. Pero es posible imaginarse que hay pocos que sepan que hay una corriente de mar al otro lado de América de igual extensión y volumen, y apenas de menos importancia en su influencia sobre el clima. La gran corriente del Antártico, o de Humboldt, como se le llama algunas veces en honor del ilustre Ale-

mán que fué el primero en observarla y explicarla científicamente, lleva desde el sud de Chile hasta alguna distancia al norte de Ecuador un vasto volumen de agua fría que enfría la atmósfera y la costa y con frecuencia cubre ambas con una manta de nubes. Antes de cruzar el ecuador el viajero se encuentra con este tiempo obscuro y desagradable que excitó la admiración de los primeros escritores españoles, quienes esperaban hallar una zona tan tórrida como la que habían hallado en el Atlántico. Poco más allá (durante medio año) ve uno el cielo completamente azul, con excepción quizá de una hora o dos cada día de viaje al sud hasta Valparaíso. El vaho y las nubes que este cuerpo de agua fría lleva consigo no da al sol, la deidad principal de los antiguos peruanos del interior, ninguna oportunidad en la costa, mientras que las neblinas son tan frecuentes que causan mucha ansiedad al navegante, y las nubes son tan espesas que, a pesar de que los grandes picos de los Andes a veces se hallan sólo a cincuenta o sesenta millas de distancia, apenas se les puede ver desde el océano.

Pero el clima fresco y nublado es sólo uno de los distintivos peculiares de la costa. Desde el istmo hasta que llega uno a corta distancia hacia el sud del ecuador en el golfo de Guayaquil predomina la ordinaria estación lluviosa del verano de los trópicos, y las lluvias abundantes proporcionan espléndidos bosque a las alturas en la costa de Ecuador y Colombia, los cuales serán algún día fuentes de riqueza para ambos países. Pero aquí o, para ser más exacto, cerca de los confines entre Ecuador y el Perú, próximo a la población de Túmbez donde desembarcó Pizarro, las condiciones climatológicas cambian repentinamente y empieza una región seca que se extiende por la costa hacia el sud hasta Coquimbo en el grado 30 de latitud meridional. La humedad nebulosa que los vientos alisios del sudeste traen consigo del otro lado del continente se convierte en su mayor parte en aguaceros que caen al lado del este de los Andes, y el resto es absorbida por el aire de las mesetas secas entre las cadenas paralelas de aquella cordillera, de manera que casi ninguna pasa al lado occidental de las montañas. La corriente antártica, enfriando el aire de las regiones más calidas en las cuales entra, produce

vapor en abundancia, pero no lluvia, pues en tierra hace más calor que en el mar. Así pues, aquella parte de la costa occidental de la América del Sud que yace entre el océano y la cordillera de los Andes desde Túmbez hasta Valparaíso, una distancia de dos mil millas, es seca y estéril. La anchura de esta franja de tierra varía de cuarenta a sesenta millas. Aquí y allí está atravesada por riachuelos que son alimentados por las nieves de los Andes hacia el interior con oasis de verdor en sus riberas. Fuera de esto la costa entera de este trecho de tierra es un desierto raso, de color moreno y de lóbrega esterilidad.

Antes de llegar a la región árida esperábamos hacer escala en la ciudad de Guayaquil, que es el puerto principal y el único lugar de importancia comercial en la montañosa república del Ecuador. Sin embargo, hubiésemos tenido que hacer cuarentena por orden del gobierno del Perú, debido a la manifestación en aquel puerto de la fiebre amarilla y de la peste oriental, y por eso tuvimos que pasar adelante sin hacer escala, pues la cuarentena nos hubiese retrasado ocho o diez días en nuestro viaje limitado. Ecuador dista de ser uno de los países sudamericanos más progresivos, y Guayaquil tiene fama de ser el lazareto del continente, rivalizando en la preponderancia y la virulencia de sus fiebres intermitentes con tales antros de enfermedades como Fuentesvilla en el río Pungüe en el sud de África, y con la costa de Guinea misma, añadiendo a las intermitentes la más rápida y más mortal, la amarilla, que ha sido prácticamente extirpada de los demás países de Sud América, excepto de las riberas del Amazonas. La ciudad está situada en un lugar malsano por naturaleza, entre pantanos en la desembocadura de un río, pero puesto que la Habana, Colón, Veracruz, Río Janeiro y aun Santos, en un tiempo el puerto más insalubre del Brasil, han sido purgadas y depuradas, nos parece que se ha llegado el tiempo de que se tomen medidas para mejorar las condiciones en una ciudad cuyo desarrollo es de tanta consecuencia para al desarrollo del Ecuador mismo.

Teniendo a la vista a gran distancia las sombrías montañas pardas al rededor del golfo de Guayaquil, aunque no el cono cargado de nieve del Chimborazo que

descuella sobre ellas, hicimos escala la próxima mañana en nuestro primer puerto peruano, la pequeña villa de Paita, y aquí obtuvimos nuestra primera impresión de esos desiertos sudamericanos que nos habían de ser tan conocidos. El pueblo consiste de una hilera de chozas construidas con fango cocido al sol que se llama adobe, y que es el material que se usa ordinariamente para edificios en los terrenos llanos, dos o tres casas consignatarias y tiendas y una estación de ferrocarril, pues hay uno que sale de aquí por campo arriba hasta la antigua villa de Piura. Una corriente de los Andes fertiliza el largo valle de Piura que produce mucho algodón de una calidad extremadamente fina. Hay también pozos de petróleo a corta distancia, y así Paita tiene algún tráfico, presentando además ancladero tan excelente como el mejor que pueda hallarse en esta parte de la costa. Desembarcamos y subimos a la cima de los riscos de capas blandas que se levantan escarpados del agua, y de allí examinamos más detenidamente la bahía y los montes de cumbres planas que se elevan hacia el interior a una distancia de quince millas o más. El sol había salido, el aire estaba diáfano y fresco y, aunque el terreno era un desierto tan verdadero como cualquiera que yo hubiese visto, con sólo algunas plantas achaparradas, espinosas y de tallos leñosos que llevaban una vida débil en las cavidades de la tierra, sin embargo, era estimulante pisar al fin el suelo de un nuevo continente y recibir una nueva impresión.

La primera impresión del Perú corresponde muy poco a la de una tierra rica sugerida por el nombre del país más conocido y más famoso en tiempos pasados que cualquiera otra parte del imperio colonial de España. No obstante, es un hecho extraño que la riqueza del Perú correspondía más bien a sus regiones estériles que a las fértiles y populosas. En los días de los Incas era lo contrario. Gobernaban un pueblo agrícola y, aunque tenían suficiente oro, para ellos no indicaba opulencia, sino material para adornos. Sin embargo, fuera de la agricultura, de la que hablaré más tarde, la riqueza del Perú consistía en tres productos naturales que pertenecen a las regiones más áridas. Estos son, el guano de las islas secas de la costa, los depósitos de salitre en la

provincia de Tarapaca y las minas de plata y de cobre. De estos tres el guano ya casi se ha agotado, pero mientras duró enriqueció no sólo el país, sino también una legión de aventureros militares. Las regiones salitreras han sido conquistadas por Chile y no parece probable que sean devueltas. Las minas de plata más productivas fueron apropiadas por Bolivia, en cuyo territorio están, cuando este país se declaró república independiente, y las minas que quedan en los altos Andes, sin duda de gran valor, aunque no determinado completamente, se hallan en manos de compañías y de sindicatos extranjeros. De poco provecho han sido estas mercedes de la naturaleza a los naturales del Perú, indios o españoles.

De Panamá a Paita los vapores directos se toman cinco días, y de Paita al Callao dos días más, de manera que el viaje entero es casi tan largo como el de Nueva York a Liverpool en vapores rápidos. Ésta es una de las partes menos agitadas del océano; es decir, son raros los temporales y desconocidos los huracanes como los del Mar Caribe. Sin embargo, hay una marejada bastante gruesa, y cuando ha habido una tempestad a algunas dos o trescientas millas hacia el oeste vienen olas largas que hacen difícil el embarque en la costa. Como el vapor se mantiene demasiado lejos para poderse ver los contornos de la costa, el viaje es algo monótono, especialmente en el tiempo nublado con que nos encontramos. Aquí en la corriente antártica no puede tener uno el placer de observar el diáfano centelleo de los peces voladores, pero se ven gaviotas que vuelan formando círculos al rededor del buque y los alcatraces que abundan en el puerto. Se ven ballenas que arrojan agua, las cuales en su viaje por aguas frías hacia el norte son cercadas y atacadas por sus enemigos los tiburones, mientras que dondequiera que ancle el buque a cargar o descargar las focas que juguetean entre las olas ocasionan un pequeño pasatiempo. Nuestra tripulación era chilena—pues los chilenos son los únicos sudamericanos a quienes les gusta el mar—y los pasajeros en su mayor parte naturales de las varias repúblicas en la costa, pues estos vapores proporcionan el único medio de comunicación entre el norte y el sud, pero por lo común hay algunos comerciantes ingleses y algunos americanos que

viajan al cuidado de sus bienes mineros, o que exploran para la construcción de ferrocarriles a través de los Andes. Hay mucha más variedad de la que uno halla en un vapor del Atlántico, pero mucha menos que en un vapor del Mediterráneo o del Mar Negro, en las cubiertas de los cuales puede uno ver los vestidos y oír los idiomas de siete u ocho naciones. Los hispanoamericanos no son muy expansivos con los extranjeros, pero al que hable su lenguaje están dispuestos a enterarle bien de los minerales y de las revoluciones—los dos productos principales de la costa del noroeste.

Casi siempre causa disgusto el navegar por una costa sin tener la oportunidad de examinar sus bellezas naturales o las poblaciones que la tachonan, pero aquí tiene uno el consuelo de que no hay nada que ver y no se puede ver nada. Las playas son pardas, rasas y despobladas, mientras que el techo de nubes que cubre el mar oculta las cumbres de los montes también, e intercepta el panorama de la cordillera cargada de nieve en lontananza. Las poblaciones son pocas en número y pequeñas, pues el terreno es estéril, excepto donde una de las corrientes andinas fertiliza un valle. Se podría suponer naturalmente que el país ha estado siempre en la misma condición en que se halla hoy día. Pero las ruinas de antiguas ciudades aquí y allí prueban que debe de haber sido mucho más populoso. Un censo hecho poco después de la conquista demostró que en el valle de Piura había 193,000 indios. En el año de 1785 el número de habitantes, en su mayor parte negros, no llegaba más que a 44,500. De estas ruinas las más grandes son las de una ciudad a menudo llamada Chimu, según el título del rey que reinaba en ella, cerca de la población de Trujillo, a la cual dió Pizarro al fundarla el nombre de su propia ciudad natal en Extremadura. Las ruinas cubren un espacio extenso y demuestran que los pueblos que habitaban allí y en otros valles de la costa debieron de haber hecho bastante adelanto hacia la civilización, pues las vasijas de barro y otros utensilios son de mejor estilo artístico que las otras reliquias que se hallan en Sud América. El reino del Chimu fué conquistado por los Incas un siglo antes de la conquista española y no se sabe nada de la raza, excepto que su lenguaje, llamado

mochica, era muy diferente del de las tribus de las montañas que estaban sometidas a los Incas. Sea que estos pueblos perecieron bajo la opresión española o que se marcharon cuando en la confusión que siguió a la conquista se permitió que se arruinasen las obras de irrigación que posibilitaban el cultivo de la tierra—la desaparición de la raza es uno de los muchos enigmas de la historia del Perú.

Mirando la desolada costa de sobre cubierta hora tras hora y acordándose de que la costa del Atlántico al otro lado del continente es en esta misma latitud una de las partes de los trópicos mejor irrigadas y más fértiles, se sorprende uno de las desgraciadas condiciones materiales que inutilizan una región cuyo clima, tan enfriado por la corriente del antártico, la hubiera preparado para el desarrollo de comunidades progresivas. Tales comunidades existían entre los súbditos del Chimu, pero estando limitadas a sólo algunos valles no eran bastante fuertes para resistir el ímpetu de las más numerosas tribus montañesas. Así pues, fué sólo en la meseta hacia el interior que pudo subsistir una nación. Con una caída de lluvia regular estas seiscientas millas de costa habrían formado una de las partes más fértiles de la América del Sud y la historia del Perú habría sido del todo diferente. La falta de lluvia ha proveído un resarcimiento de un producto que aunque no se puede usar en el mismo sitio ha sido útil a otros países y podría haber proporcionado al Perú el medio de desarrollar sus minas o construir ferrocarriles. Los excrementos de las multitudes de pájaros que frecuentan las islas roqueñas a lo largo de la costa, en lugar de ser llevados por la lluvia como en otras tierras, se han acumulado hasta formar esas grandes moles de guano que hace ochenta años se empezaron a llevarse y venderse en países europeos como el abono más eficaz. Los soberanos incaicos conocían su valor y se dice que protegían los pájaros. Desgraciadamente, esta fuente de riqueza nacional obtenida tan fácilmente provocó la codicia de los cabecillas revolucionarios y cada uno de ellos luchó por el mando, pues esto traía consigo el dominio de las entradas derivables de estos depósitos. Muy poco queda ahora y la república ha recibido poco provecho de todo ello. Al-

gunos de los depósitos más grandes estaban en las Islas Chinchas. Las islas son rasas y algunas hacen ver sus contornos escarpados y picos agudos que recuerdan a uno las islas que orlan la costa de Noruega cerca del círculo ártico.

La entrada al Callao, el puerto de la ciudad de Lima, la cual yace a siete millas hacia el interior y se halla a quinientos pies más de altura, tiene alguna grandeza. Una cadena de montes termina en el mar, formando un cabo prominente, y enfrente de él, aunque permitiendo una entrada de una o dos millas de anchura, se levanta una isla altísima, escarpada, rasa y parda como las islas del Mar Rojo, la cual reduce los largos oleajes del Pacífico y proporciona un ancladero relativamente tranquilo en la espaciosa bahía hacia adentro. La ciudad del Callao que consiste de oficinas de vapores, almacenes y tiendas que venden artículos que se necesitan en los buques, no presenta nada de interés, excepto las ruinas del fuerte de San Felipe, el último edificio donde se cernió la bandera de España en el continente americano. Así pues, el viajero se da prisa a ir a Lima por el ferrocarril o por el tranvía eléctrico.

Fuimos allí llenos de expectativas suscitadas desde hace tiempo por la fama de la ciudad que Pizarro fundó, y en la cual gobernó y murió, esperando hallar otro Méjico aún más pintoresco y verdaderamente más español. Por mucho tiempo fué la primera ciudad de la América del Sud, en la cual derramaron una riqueza fabulosa las minas de plata. Su virrey era el personaje más importante del continente, un potentado cuyo soberano remoto no podía intervenir en su gobierno muy a menudo, pues no había cable ni buques a vapor en esos días. Nadie más que el arzobispo podía oponérsele; ni tenía que temer a nadie excepto el Jefe de la Inquisición y el Director de los Jesuitas. La pompa que le rodeaba, las manifestaciones con que se celebraba su entrada eran como las de un emperador mogol.

Lima fué llamada por Pizarro la ciudad de los Reyes, esto es, de los Tres Santos Reyes, pero el nombre que lleva ahora, sinónimo del río Rimac, pronto predominó. Se halla situada en un valle ancho y llano, en ambas riberas del ancho cauce pedregoso del Rimac, gran parte

de cuyas aguas ha sido desviada para riego, y está protegida al norte por montañas escarpadas. Con excepción de los distritos donde este río ha posibilitado el cultivo, el llano es raso y forma parte del desierto costanero. La alta cordillera de montes ya mencionada protege la ciudad por el norte y se dirige por el noroeste hasta el mar. Hacia el este se ven riscos altísimos de los Andes, pero durante gran parte del año las nubes fluctúan tan bajas que los montes apenas forman parte del panorama, y los grandes estribos se pueden ver sólo raras veces.

Como en la mayor parte de las ciudades hispanoamericanas, las calles son estrechas y derechas, cruzándose unas a otras en ángulos rectos. Al principio se sorprende uno de hallar que las casas son extremadamente bajas, muchas de un piso y casi ningunas (excepto algunas residencias modernas en las inmediaciones) de más de dos, y de enterarse que son construidas de ladrillo o, más comúnmente, de cañas y junquillos enyesados con fango. Se dice generalmente en Lima que un ladrón no necesita nada más que una escudilla de agua y una esponja para ablandar el fango y una cuchilla para cortar las cañas. Pero el motivo para tal construcción es patente, si se recuerda uno de que ningún sitio en la costa occidental ha sufrido tanto a causa de terremotos. Así pues, con excepción de los conventos y de algunas de las iglesias más antiguas, todo parece moderno, insubstancial y también antipático, presentando poca variedad y poco adorno en la arquitectura, excepto el largo balcón de madera que por lo común se destaca sobre la entrada. El puente que se extiende sobre el Rimac es apenas digno de una gran capital. Las tiendas son pequeñas y ordinarias y sólo en una o dos vías públicas se ve pasar de un lado a otro una multitud de transeuntes. Uno puede ver aquí poco de la vida y animación y aun menos de la pompa que es propia de una antigua y famosa ciudad de gran poderío.

Y sin embargo, hay una excepción a esta medianía. Ésta es la gran plaza central. En una ciudad española, así como en una italiana, por lo común pregunta uno al principio por la plaza, pues la grandeza que pueda tener un lugar se halla allí. La Plaza de Armas de Lima

tiene mucha nobleza en su extenso espacio, hermosura en sus proporciones, en su fuente central, en las palmas, en los árboles florecientes y en las estatuas que la adornan, además de un caudal de asociaciones históricas en los edificios que la rodean. El más prominente es la Catedral con su suntuosa fachada, sus dos torres singulares, su interior espacioso, no interrumpido como la mayor parte de las grandes iglesias de la antigua España por un coro central, sus sitiales de coro primorosamente esculpidos y sus altares laterales en uno de los cuales hay un receptáculo de vidrio con huesos que según la tradición son los del terrible Pizarro. Este conquistador devoto hizo edificar la iglesia en 1540, pero los terremotos han causado tanto daño a las paredes que las que uno ve ahora son de fecha más reciente. En la esquina opuesta de la plaza se hallan las oficinas del gobierno, edificios relativamente modernos, bajos, sin ningún interés arquitectural. En la arcada descubierta que linda con ellos hay una losa de mármol blanco en el pavimento que marca el lugar donde Pizarro, herido de muerte por las espadas de sus enemigos, hizo la señal de la cruz con su propia sangre al morir. Todavía señalan el callejón por donde salieron los asesinos de una casa cerca de la catedral, donde habían estado bebiendo licor para darse ánimo, y atravesaron la plaza para atacarle en su palacio. También en la plaza frente a la catedral está el edificio municipal, del balcón del cual, casi cuatro siglos después que el poderío de los Incas había caído bajo el ataque de Pizarro, el general San Martín, El Argentino heroico que llevó las fuerzas revolucionarias a libertar el Perú, declaró a la multitud abajo que había llegado el fin de la dominación española en la América del Sud. Del antiguo palacio de los virreyes que también estaba enfrente de la plaza sólo queda la capilla, ahora profanada y usada como tesoro de archivos, cuyas primorosas paredes y techo, decorados con tejas pintadas del siglo diez y seis, recuerdan a uno el arte morisco de España. Hay más iglesias en abundancia—se contaban setenta y dos—y algunas de ellas son espaciosas y de estilo grandioso, pero todas son del mismo modelo y no hay ninguna que sea hermosa o imponente.

Pocas reliquias de la antigüedad quedan en ellas o en todo Lima. La biblioteca de la universidad, el centro de enseñanza más antiguo en América, en tiempos pasados administrada por los Jesuitas, quienes eran también los catedráticos, sufrió mucho a manos de los invasores chilenos cuando éstos tomaron la ciudad en la guerra de 1882. El antiguo salón de la Inquisición, donde celebra sus sesiones ahora el senado peruano, tiene un hermoso techo de cedro rojo obscuro primorosamente esculpido, obra digna de los mejores tiempos de España. ¡Qué escenas no debe de haber presenciado durante los tres siglos del dominio del Santo Oficio cuando el ánimo más templado en Lima temblaba al oír pronunciar este nombre! Y de las muchas admirables mansiones antiguas del tiempo colonial sólo se ha conservado una intacta con una hermosa galería al rededor de los cuatro costados de un espacioso patio y al frente un balcón con altas ventanas opulentamente decorado, joya de la arquitectura doméstica del siglo diez y siete, quizá la más perfecta de la América del Sud que haya sido respetada por terremotos, el fuego y la guerra. Queda tan poco que recordar con placer del tiempo de los virreyes y los inquisidores que bien podemos valuar tanto más estas reliquias de una destreza artística feneciente.

Me hallo obligado a confesar que las grandes expectativas con que vinimos a Lima fueron apenas realizadas. Los alrededores son mucho menos hermosos que los de Méjico y la ciudad misma no sólo mucho más pequeña, sino también menos majestuosa y con menos apariencias de capital. Es posible que nuestro aprecio haya sido disminuido por el mal tiempo. Se nos había dicho que las montañas presentaban un lindo aspecto; pero las nubes las encubrían todas menos sus bases; ni había luz de sol para iluminar la plaza. Durante más de la mitad del año Lima tiene un clima singular. Nunca hace frío bastante para tener fuego, pero por lo común hace lo suficiente para desear tenerlo. No llueve, pero no hay seca tampoco; es decir, no llueve bastante para que tenga uno que usar paraguas, y sin embargo lo suficiente para mojarle a uno la ropa. El mes de septiembre fué tan obscuro como el de noviembre en Londres y tan húmedo como el de febrero en Edinburgo, pues la niebla es de

esa clase húmeda y penetrante que en el este de Escocia llaman "haar". Siendo así el clima, nos sorprendimos de saber lo que la etiqueta del galanteo requiere de un galán limeño. Todo novio ha de demostrar su amor permaneciendo de pie por horas en la noche bajo la ventana de la casa donde vive el objeto de su cariño. En el desempeño repetido de este acto de devoción puede consolarse con una guitarra, pero en una atmósfera tan húmeda las cuerdas de la guitarra producirían música lánguida.

A pesar de sus terremotos y a pesar de su húmedo y lóbrego aire que desalienta al viajero que esperaba hallar un brillante sol, la ciudad de los Reyes conserva esa alegría festiva y ese don de goce social que la hizo famosa en tiempos pasados. Ni siguiera desastres políticos, ni revoluciones más frecuentes que los terremotos han embotado su facultad de divertirse. Poco antes de mi visita había habido un conato de revolución. El Presidente, persona excelente, inteligente y valiente, fué secuestrado de repente por una partida de insurrectos que lo arrastraron por las calles amenazándolo de muerte si no abdicaba, le dispararon algunos tiros, lo hirieron y lo dejaron por muerto hasta que sus propias fuerzas, habiéndose repuesto de su sorpresa y habiendo averiguado cuán pocos eran sus agresores, empezaron a dispersarlos en las calles y hallaron a su jefe bajo un montón de heridos. El general de los insurrectos huyó al otro lado de la frontera a Bolivia donde pocas semanas más tarde me lo señalaron, y donde estaba, según se creía, proyectando otra incursión a Lima. Tales acaecimientos perturban el sereno tenor de la vida peruana muy poco más de lo que una huelga de empleados de tranvías perturba a Filadelfia o a Glascow.

Lima retiene más del antiguo aire español que las más grandes capitales de las repúblicas del sud, Argentina, Chile y el Uruguay. Su corte del virrey fué por mucho tiempo el centro de la mejor sociedad en el continente. Su arzobispo era el más grande potentado eclesiástico en el hemisferio del sud. Las relaciones de Lima con España eran más estrechas que las de cualquiera otra parte a causa de sus familias más importantes, así como de las relaciones oficiales. La lealtad a la monar-

quía española era más fuerte allí. Fué la última ciudad de importancia en mantenerse firme a favor del rey de España por mucho tiempo después que los otros países al norte y al sud habían seguido el ejemplo de revolución dado por Méjico y Argentina. Y es también, con excepción del apartado y aislado Bogotá, donde se dice que unas cuantas familias han conservado su sangre europea menos inficionada por la mezcla con los naturales, el lugar donde se habla el castellano más puro y donde se estima más la descendencia española.

El que una ciudad tan antigua y tan famosa no tenga más del pasado que manifestar, el que el aspecto de las calles no sea más majestuoso, el que haya tan poco de ese gustillo de romance que encanta a uno en ciudades españolas como Sevilla o Ávila—estas cosas podrían esperarse en un centro de industria o de comercio que va perdiendo su antiguo encanto como Nuremberga o Venecia bajo el grosero contacto de la prosperidad material. Pero no hay aquí desarrollo de industria ni de comercio. Los limeños no son lo que un norteamericano llamaría ''progresivos'' o ''agresivos''. Los ferrocarriles y las minas del Perú se hallan por la mayor parte en manos de naturales de los Estados Unidos, el negocio de consignación en manos de los ingleses y de los alemanes y el negocio al detalle en manos de los franceses, españoles y otros de la Europa continental. Pero a esto pueden replicar los habitantes de Lima que hay más de una manera de ser feliz. Ellos gozan de la vida a su propio modo, con más libertad civil y mucha más libertad de cultos de la que tenían bajo los virreyes, y las revoluciones poco frecuentes—y ahora menos sangrientas de lo que acostumbraban a ser—son preferibles a un dominio permanente de inquisidores y oficiales enviados de España. Algún día Lima será arrastrada hasta el vórtice del progreso moderno. Pero Europa y la América del Norte se hallan aún a gran distancia, y entretanto los limeños con sus modales agradables y corteses y su gozo diario de la vida están bastante satisfechos de dejar al extranjero las minas y el comercio.

Del Callao hay dos días más de viaje por un mar frío, obscuro y revoltoso a lo largo de una costa gris y encapotada de nubes. Sin embargo, nos habíamos mudado a

un vapor más grande, pues en el Callao empieza el itinerario marítimo directo hasta Liverpool de la Compañía de Vapores del Pacífico (Pacific Steam Navigation Co.). Sus vapores, no tan grandes ni equipados tan lujosamente como los vapores del Atlántico que hacen viajes entre Europa y Nueva York, son buques excelentes capitaneados por cuidadosos capitanes ingleses.

La pequeña población de Mollendo sigue al Callao en importancia como puerto peruano, pues en ella empieza el ferrocarril principal del país, el del sud del Perú que asciende a los Andes, atraviesa la meseta central y se ramifica al norte hasta el Cuzco, y en el sudeste hasta la frontera de Bolivia en las orillas del lago Titicaca. Es la vía principal al interior del país. Desgraciadamente, no hay puerto en Mollendo, sino más bien una bahía descubierta donde los buques se balancean y cabecean en la marejada que es lo bastante gruesa a veces para que sea difícil y hasta peligroso desembarcar en botes. Se ha construido una especie de rompeolas que encierra a un pequeño puerto, pero aún a su abrigo el golpe de las grandes oleadas obliga al desembarcante a saltar a tierra apresuradamente y a echar a correr antes que le alcance la próxima oleada. No es posible imaginar lugar más triste que éste. Paita en su desierto era bastante triste, pero Paita recibía la luz del sol; y este lugar bajo una espesa bóveda de nubes era aún más lúgubre. Montes pardos y estériles se levantan precipitadamente desde la playa, proporcionando espacio para sólo una hilera de casas, pardas también como el risco. No se ve ni una brizna de hierba ni una gota de agua por muchas millas, excepto la que trae una tubería de un río lejano. Y sin embargo, aunque el lugar parecía tan lúgubre bajo el techado de nubes grises que se mantenían sobre la tierra y el mar, los habitantes lo hallan más llevadero de lo que lo hallarían si la luz brillante del sol fuese reflejada de la superficie del monte roqueño detrás de un terreno tan árido y tan desprovisto de árboles.

El ferrocarril se dirige al sud por algunas millas a lo largo de un trecho de arena entre los riscos, entre los cuales la marejada hace un estampido como de trueno profundo, después se aparta de la costa y sigue otra

dirección hacia las nubes, haciendo largos zigzags en su ascenso de las escarpadas laderas de la montaña y tomando aquí y allí por lo que apenas podrían llamarse cañadas, pues son más bien valles sin agua a los cuales un chubasco precipita un torrente de agua quizá cada nueve o diez años. La neblina se pone más espesa y más húmeda a medida que asciende el ferrocarril, y a causa del aire más fresco y húmedo empieza a haber un poco de vegetación, algunas flores, la mayor parte de ellas marchitas en esta estación, y arbustos pequeños y espinosos como los que por lo común se hallan en terrenos áridos. Hacia el sud en lontananza se ve de vez en cuando el valle de un río muy abajo donde el verde claro y el amarillo de las mieses en las riberas irrigadas son un cambio agradable de la monotonía de las cuestas pardas o negras por las cuales vamos subiendo. La curiosidad de saber lo que hay detrás de esas tristes montañas crece aún más. Por fin, después de subir continuamente por dos horas hasta una altura de más de mil pies el tren llega a lo que parece ser la cumbre de la cordillera, pero que en realidad resulta ser la extremidad de una meseta, y al salir a tierra plana pasa de repente de la niebla a la luz deslumbrante del sol y se para en un lugar llamado Cachendo. Nos apeamos, y ante nosotros se presenta un panorama como ninguno de los que hemos visto antes. Al frente, en dirección al este, se halla una llanura extensa de arena y de guijas con montones separados y lomas desmenuzadas de roca negra que se levantan aquí y allí rielantes a la luz del sol. Más allá de la llanura a una distancia de treinta millas hay una extensa línea de montañas grises y rojas con sus laderas desnudas y riscos atravesados por barrancos hondos y obscuros de manera que parecen llenos de sombras. Aun más allá de estas montañas, y a distancia de cincuenta o sesenta millas, se levantan tres montañas gigantescas que cierran la perspectiva. La que está más hacia el sud consiste de una larga línea de precipicios, coronados aquí y allí por agujas y torres de roca, de diez y siete mil pies de altura. Se llama Pichu Pichu. Sus laderas son demasiado escarpadas para poder retener la nieve, excepto en los barrancos que las señalan aquí y allí, pero más abajo, donde las inclinaciones son menos

abruptas, todas las hondonadas tienen una apariencia blanca a causa de la arena del desierto que el viento sopla hacia arriba. A su lado hacia el norte está un gigantesco cono de un color negro purpurino rayado cerca de su cumbre por capas de nieve, y más abajo con líneas de ceniza roja o gris y de lava negra. Éste es el Misti, un volcán no apagado aún, pues aunque no ha habido erupciones por algunos siglos, todavía salen del cráter tenues nubes de humo. Está casi solo, patentemente de origen mucho más reciente que la tercera mole grande, el Chachani, su vecino al norte, que aunque también de roca volcánica hace tiempo que ha perdido su cráter y se compone de tres grandes picos negros divididos por valles llenos de nieve. Éste y también el Misti tienen más de diez y nueve mil pies. No son, sin embargo, los montes más altos que pueden verse. Muy lejos hacia el norte descuellan dos gigantes blancos, el Ampato y (más hacia el oeste) el más grande Coropuna, cuya altura no determinada aún positivamente, podrá llegar a ser de más de veinte y dos mil pies, siendo así el rival del Illampu en Bolivia y del Aconcagua en Chile. Se eleva solitario de un páramo extenso y es un cono de cumbre plana apoyado en enormes estribos hundidos en la nieve y orlados con ventisqueros.* Estas cinco montañas pertenecen a la gran cordillera del oeste que al parecer se dirige hacia el norte a lo largo de una grieta volcánica hasta Ecuador y Colombia.

Fué ésta nuestra primera contemplación de los Andes, un panorama que puede verse en pocas partes del Viejo Mundo, pues en ninguna parte, excepto en Islandia, en el Tibet y en el Turquestán se levantan montañas cargadas de nieve desde desiertos secos. Y sin embargo, este contraste era sólo parte de la extraña apariencia fantástica del paisaje, paisaje desemejante al de los Alpes, los Pirineos o los Apeninos, desemejante al del Cáucaso o del Himalaya, desemejante al de las Montañas Roqueñas o al de la Sierra Nevada de la América del Norte. El primer plano de arena movediza y de rocas negras,

* Desde nuestra visita mi amigo el profesor Hiram Bingham de la universidad de Yale (E. U. de A.) ha ascendido el Coropuna. El promedio de sus observaciones da una altura de 21,700 pies. En la revista Harper de marzo de 1912 se hallará una narración interesante de su larga y penosa ascensión por las nieves.

la sensación de soledad y de espacio sin límites, espacio inservible al hombre, y una soledad que nunca podrá habitar, la grima de estas desnudas paredes de roca y cumbres de nieve no pisada ni hollada que se levantan de una tierra sin casas ni sembrados, ni flores, ni animales, con sólo dos líneas de acero que atraviesan el suelo del desierto, hubiera sido terrible a no ser por la riqueza exquisita y la variedad de colores. En el primer plano las rocas negras y el centelleo multíplice de los cristales de arena eran claros y distintos. Los matices eran más delicados en los montes rojos más lejos y la austera severidad de los precipicios en el lejano fondo fué cambiada en suavidad en la distancia. La luz del sol que caía sobre las líneas de hierro, y cuyas hondas de calor se agitaban sobre las rocas, parecía exponer en todos los montes más cercanos y en todos los despeñaderos lejanos matices varios, algunas veces en contraste, otras mezclándose los unos a los otros, para lo cual no podía uno hallar nombres, pues el color de rosa se confundía con el de lila y el violado con el morado. Dos meses más tarde habíamos de ver en los bosques del Brasil como el sol de los trópicos estimula una vegetación exuberante: aquí vimos cuánta belleza puede dar a la esterilidad de un terreno.

Esta pampa, o llano trecho de tierra, por el cual pasa el ferrocarril, es el primer escalón hacia el este y hacia arriba desde el mar hasta la grande meseta interior del Perú, y tiene una altura de cuatro a cinco o seis mil pies. Su superficie es en general llana, aunque interrumpida por cerros y montecillos de roca y moteada en toda su extensión por montones de fina arena gris u obscura compuesta de diminutos cristales brillantes. Estos montecitos de arena, llamados médanos, tienen por la mayor parte la forma de una lúnula muy semejante a la luna en su cuarto creciente, empinados en su lado convexo y de diez a quince y a veces hasta veinte pies de altura. Se mueven de un lugar a otro con el viento del sud que sopla fuerte y continuamente durante la calurosa parte del día, la convexidad de la lúnula siempre de frente al viento. A veces son arrollados hasta la línea férrea e impiden el paso de trenes; y cuando se teme esto se amontonan grandes piedras en la convexidad de la

lúnula y así el movimiento es detenido o la arena es esparcida. La poca vegetación que habíamos visto en los montes brumosos hacia la costa ha desaparecido aquí por completo bajo el rigor del sol—ni siquiera levanta su duro tallo un cacto. Todo es arena y rocas hasta que la línea, después de haber recorrido unas veinte millas a través de la pampa empieza a subir la segunda escalera de montañas hasta un nivel más alto que forma el segundo terraplén en el camino de la meseta central. La escalera es aquella línea de montañas rojas y grises que en nuestra previa descripción formaban el segundo plano en el panorama que vimos de Cachendo. Serpenteando por sus pasos, o a lo largo de sus laderas, el tren entra en un desfiladero hondo o cañón, en el fondo del cual, y entre paredes verticales de roca, se ve una corriente espumosa, y sube por un peñasco que ha sido cortado en la ladera del desfiladero. El cañón se ensancha un poco y en su fondo se ven lucientes lunares verdes de alfalfa cultivada con paciencia por los indios que la riegan por medio de pequeños arroyuelos que hacen salir de la corriente. Al fin la línea sale a tierra más descubierta y casi llana. Se ha subido al segundo terraplén o banco de la meseta peruana. Aquí, en una inclinación gradual, y en un grande anfiteatro cuyos lados al nordeste, al este y al sudeste son formados por los tres grandes picos del Chachani, del Misti y de Pichu Pichu, se halla Arequipa, la segunda ciudad en importancia en el Perú.

Está situada en una inclinación gradual, en ambos lados del río Chile, torrente que desciende de las lejanas nieves por un cauce ancho, somero y pedregoso, al cual debe la ciudad su existencia, pues fué la presencia del agua que permitía cultivar un pequeño oasis en el desierto en lo que se fijó el soldado Francisco Pizarro. Comprendiendo la necesidad que había de una fortaleza española entre la meseta del interior y la costa, escogió este lugar en la orilla del río, al pie del pasò que proporciona la entrada más accesible a la meseta. Como lo indica su nombre quichua, ya había sido antes un descansadero en uno de los caminos incaicos desde el Cuzco hasta el mar, en el cual, según se dice, los Incas mantenían una servidumbre de indios veloces para llevar pescado fresco al monarca en el Cuzco. Fué la sede de

un obispado, pronto se halló bien provista de iglesias y de conventos, y desde entonces se ha ensoberbecido, orgullosa de sus antiguas familias y de haber escapado la ocupación del victorioso ejército chileno al cual sucumbió Lima. El aire, como el de un desierto, es puro y de una frescura vigorizante. Aunque raro, pues la altitud sobre el nivel del mar es de más de siete mil pies,* no es bastante raro para atacar el corazón o los pulmones de la mayor parte de la gente de salud regular. El calor del sol es intenso y copioso, pues aquí se halla uno bastante más arriba de la región de las nieblas que proceden del mar; pero hay tan poco que hacer que nadie tiene que trabajar en las horas calurosas y, en verdad, nadie trabaja, con excepción de algunos indios y los dependientes de unas cuantas casas de comercio europeas. Las noches son de una frescura deliciosa. Del río se puede sacar bastante agua para los sembrados, jardines y fuentes, y si la autoridad municipal se ocupase de hacer limpiar la ciudad, barriendo las calles y removiendo la basura, y si se propusiese cuidarse más de los arrabales y plantar más árboles, no faltaría nada para hacer a Arequipa, a lo menos en cuanto a las apariencias, un lugar agradable donde vivir. La claridad del aire ha sido causa de que este lugar haya sido elegido para local de un observatorio astronómico mantenido por la universidad de Harvard para determinar las posiciones de las estrellas en el hemisferio meridional. Ni aun en Egipto, ni tampoco en los desiertos del África meridional, resplandecen las estrellas con lustre más brillante. Los observadores de Harvard establecieron y por algún tiempo mantuvieron dos estaciones meterológicas en el Misti, una cerca de la cumbre a una altura de 19,200 pies, la otra en un lugar que ellos llamaron Monte Blanco (de 15,700 pies de alto). A los que saben cuan reciente es en Europa la afición de escalar montañas les interesará saber que el volcán fué ascendido allá en el año de 1677, en cuya ocasión se exorcisó el cráter y se echaron reliquias sagradas en él. Los observadores construyeron también un camino de herradura, pues aunque la ladera que está al frente de Arequipa es empi-

* Según el informe del observatorio de Harvard la altitud es de 7,550 pies.

nada, no hay dificultad alguna en escalarla por el norte por un sendero tortuoso. Hay dos cráteres, uno reciente de un diámetro de 1,500 pies dentro de uno más grande cuyo diámetro es de 2,800 pies. No pude obtener informes sobre si había habido alguna erucción de lava o ceniza desde la conquista española, pero el humo en el nuevo cráter, siempre espeso, a veces aumenta lo suficiente para alarmar a los arequipeños.

La línea de nieve perpetua es excesivamente alta en esta región seca, así como lo es también en los picos igualmente secos del norte de Chile. En algunas montañas de 19,000 pies la nieve desaparece en el verano, excepto en las oquedades que no reciben el sol.

No pude menos de preguntarme si el encanto de la ciudad, con sus paisajes del surcado desierto hacia el oeste, donde baja el sol al banco de nubes que flota sobre el Pacífico, y los paisajes hasta los picos que la protegen al este, podría conservar su virtud después que fuese bien conocido, y también pensé sobre si durante los cuatro siglos desde que vinieron los europeos a morar aquí ha habido muchos que hayan sacado placer de la naturaleza maravillosa que rodea a la ciudad y si hallaron en la contemplación de estos paisajes extraordinarios algún cambio de la monotonía de la vida en una comunidad tan pequeña y tan solitaria. Las tres grandes moles montañosas que descuellan por sobre la ciudad, por su forma emblema de fuerza sólida e invariable, cambian continuamente de aspecto. La nieve se desliza en la estación de la lluvia y sube de nuevo cuando vuelve la seca. La salida y la puesta del sol presentan maravillas perpetuas de hermosura en el variante juego de colores en la nieve y las rocas. El Pichu Pichu con su larga hilera de precipicios grises resplandece al sol del oeste en todos los matices del rosado y del carmesí. Las cumbres negras del Chachani se vuelven de un color violado obscuro, mientras que las nieves entre ellas se ponen rojas. El ancho cono del Misti con sus corrientes de lava obscura y sus capas de ceniza parda o amarilla varía de un color de naranja resplandeciente hasta un morado obscuro, como si la montaña no fuese más que una inmensidad de color hasta su mismo centro. Detrás de ella, cuando llega el crepúsculo vespertino, sube al cenit

un bulto de color gris perlino mezclado tenuemente con la luz que va extinguiéndose en el ocaso. No hay que maravillarse, pues, de que esta cumbre solemne y majestuosa, de cuyas explosiones de fuego en tiempos pasados quedan aún las tradiciones, haya sido personificada y adorada por los indios que, aunque nominalmente cristianos, han conservado como otras razas gran parte de su antigua religión de la naturaleza que ve espíritus en todos los objetos notables. Su veneración de las deidades de las montañas persiste aún en secreto entre ellos, aunque raras veces en forma de sacrificios como en tiempos pasados cuando, según dice la tradición, se echaban en el cráter jóvenes de ambos sexos para pacificar el furor del espíritu del fuego. Un cronista jesuita refiere que en el año de 1600, cuando el volcán de Omate, más lejano hacia el sudeste, se hallaba en erupción violenta, vomitando lluvias de ceniza que caían al rededor de Arequipa, anublando el cielo, mientras que en el lejano cráter resplandecía una luz fantástica, los hechiceros indios se vistieron de rojo y ofrecieron a Omate sacrificios de ovejas y aves, suplicando al monte que no los abrumase. Y añade: "Estos hechiceros dijeron a los indios que habían hablado con el Diablo, quien les participó la cercana catástrofe y les dijo que Omate había pedido al Misti que se uniese a él para destruir a todos los españoles. Pero el Misti contestó que no podía ayudar a Omate porque se había convertido en cristiano y había recibido el nombre de San Francisco; y así Omate se vió obligado a acometer la empresa solo".*

De construcción más solida, con las paredes de sus casas de un espesor de cinco o seis pies, y situadas más lejos de la corriente de civilización, Arequipa ha conservado un aire de antigüedad y podemos decir hasta de dignidad superior al de la capital. Cuando uno mira hacia el nordeste desde la parte más baja de la ciudad hasta sus alturas, las muchas iglesias y conventos grandes y macizos aquí y allí forman un horizonte variado y de mucho efecto. Las huertas en la ribera más alta del río, hacia el noroeste, suavizan el montón de casas, y la

* Citado por Bandelier (Islas de Titicaca y Koati, p. 161) de un manuscrito en el archivo nacional de Lima. Omate es probablemente el volcán ahora conocido por lo común bajo el nombre de Ubinas.

piedra volcánica de que están construidas, suavizada por el sol caliente, tiene buena apariencia en contraste con la masa purpurina del Misti. Hay también algunos panoramas de calles pintorescos, pero uno echa de menos los colores flamantes de los vestidos de los aldeanos que se verían en una ciudad de la antigua España o Italia. Las mujeres en su mayor parte se visten de negro. La mantilla negra sobre la cabeza es absolutamente de rigor para la iglesia; en efecto, ni aun se permite que una visitadora europea entre en una iglesia de ninguno de estos países con sombrero o toca; ella también debe cubrirse la cabeza con una manta. Las casas son bajas, pues aquí también se temen los terremotos, y las calles pavimentadas irregularmente con grandes guijarros de lava dura y lisa. Corrientes de agua sacada del río pasan por muchas de ellas, mientras que otras van a regar los sembrados en las inmediaciones. Aquí y allí se ve una huerta cuyos árboles de un verde obscuro suavizan el resplandor de la luz. La plaza, menos espaciosa que la de Lima, es apenas menos notable con el gran edificio de la catedral que ocupa más de la mitad de un lado de la plaza, con arcadas llenas de tiendas en los otros tres lados y flores y arbustos plantados en el medio. Todo recuerda a uno el este del Asia o el norte del África,—las largas y bajas paredes de casa sin adorno alguno que cercan las calles, paredes en las cuales hay pocas y pequeñas ventanas, pues las estancias dan al patio; la concentración de las mejores tiendas en las arcadas que representan el bazar oriental; las azoteas planas donde se sienta la gente por la noche; el mucho polvo mordaz; la falta de vehículos con ruedas, pues todo el mundo monta, los más ricos a caballo y todos los demás en burro; los indios pobremente vestidos de apariencia salvaje como Bedaween aunque de color pardo rojizo en lugar de pardo amarillo. En lugar del camello está la llama, la bestia de carga natural del Perú, mucho más pequeña que el camello y más hermosa, pero no desemejante en sus grandes ojos brillantes y en el reposo de su largo pescuezo con la pequeña cabeza erecta echada un poco hacia atrás. Se parece al camello también en su firme resolución de no andar excepto a su propio paso fijado, ni a llevar carga de más de cien libras,

a la que está acostumbrada. La luz brillante también y el aire seco y penetrante son como la luz y el aire del este. Pero ninguna ciudad del oriente tiene a su alrededor un paisaje montañés como éste. Sería preciso colocar a Túnez y a Trabizonda en el valle de Zermalt para obtener una impresión como la de Arequipa tal como se halla circunvalada por bancos de nieve y por majestuosas torres de roca.

La cualidad oriental que sorprende a uno en estas ciudades hispanoamericanas del occidente quizás no se debe del todo a la influencia morisca transmitida por los colonos españoles. Condiciones sociales y climatológicas que se asemejan a las del norte de África y del sud de España han tenido mucho que ver con esto. La luz del sol y la sequedad requieren cierto sistema en la construcción de edificios, y el indio peruano se asemeja al árabe y al moro en cuanto a su indiferencia a la limpieza y a la comodidad. Aquí en Arequipa empieza uno a realizar que el Perú es aún, principalmente con respecto a la población, una tierra de aborígenes. Todo el trabajo más bajo es hecho por los indios, y la clase un poco más superior es por lo menos medio india por su sangre, aunque no distinguible de los descendientes de raza española en apariencia, ni en el carácter ni en las costumbres. El negro que aun abunda en Lima y en el Callao, aunque empieza a ser absorbido por la población blanca, no se ve más en Arequipa, pues no puede resistir este aire de las montañas raro y frío; y aun el zambo, mezcla de indio y negro que, según se dice, carece de las mejores cualidades de ambas razas, es un elemento insignificante. Aquí y en otras partes de Sud América es imposible determinar la proporción entre las familias de sangre española completamente pura y toda la población. Probablemente es pequeña, ni siquiera cinco por ciento en todo el país, pero tal vez sea mayor en Arequipa.

Por una parte la ciudad, aunque completamente española, es muy desemejante a una ciudad oriental. Está siempre y ha estado siempre impregnada de clericalismo. La catedral es un largo edificio macizo y hermoso, reedificado después del terremoto de 1868 con las dos torres de costumbre al oeste y un interior extre-

madamente espacioso y sencillo. Contiene un cuadro atribuido a Van Dyck. Hay solamente otra iglesia de interés especial, la llamada de la Compañía, esto es, de la Compañía de Jesús. En todas partes en la América del Sud los Jesuitas eran numerosos, ricos y poderosos hasta que fueron expulsados a mediados del siglo diez y ocho; y aquí como en muchas ciudades italianas y españolas sus iglesias son las más profusamente decoradas, así en el exterior como en el interior. La fachada del norte de ésta, construida de piedra arenisca de color gris rojizo, es una obra de decoración primorosamente labrada y maravillosa por su suntuosidad y las pinturas del siglo diez y siete, y las entalladuras en la madera del interior son raras, aunque no son hermosos ejemplares del gusto de aquellos tiempos. Hay muchas más iglesias y conventos, muchas más de las que son necesarias en una ciudad de treinta y cinco mil habitantes. Sus campanas resuenan todo el día y por todas partes se ven en las calles hábitos clericales. Lo que es aún más notable es que los hombres, así como las mujeres, son católicos de hecho y asisten a la iglesia con regularidad, cosa extraña en la mayor parte de la América española. La ciudad fué siempre un baluarte del clericalismo, y durante la larga guerra de la independencia se le consideraba el lugar más conservador del Perú. En efecto, lo es aún.

Pero si Arequipa parece anticuada y conservadora hoy día, cuando un ferrocarril que la une a la costa la separa de Lima por menos de tres días ¿qué no pudo haber sido hace dos siglos cuando probablemente una tercera parte de la población consistía de sacerdotes, monjes y monjas, y la Iglesia reinaba predominante?

Nadie puede imaginarse lugar más absolutamente separado del mundo exterior de lo que era éste. Era un oasis como Tadmor en el desierto. Un viaje de tres días por yermos desolados lo separaba de la costa, costa apenas poblada tampoco, y por detrás hacia el norte y al este sólo había soledades montañesas por donde vagaban pastores indios. El obispo y el jefe de los Jesuitas constituían la autoridad principal, pues hasta el gobernador y el alcalde se sometían a ellos. En ninguna parte del mundo puede hallarse hoy día nada que se asemeje a aquella uniformidad de opinión y de costum-

bres que reinó en esta pequeña y remota ciudad en el tiempo colonial, opinión y costumbres que se extendieron hasta el tiempo de Hume y de Bentham en Inglaterra, de Voltaire y de Rousseau en Francia y en verdad hasta el conocimiento de hombres que viven aún. El recuerdo de la existencia del Santo Oficio en Lima era apenas necesario para inculcar la sumisión completa de la palabra y del pensamiento en tal población. El viajero de hoy se sorprende de la tranquilidad y de la paralización de una de las más pequeñas ciudades del interior de la antigua España. Y sin embargo, una ciudad española, por pequeña o remota que sea, a lo menos está en Europa: hay otras ciudades a cortas distancias y la gente va y viene. Aquí no hay interrupciones en la monotonía de la vida, nada más sino intereses locales muy insignificantes que pudiesen ocupar la mente del hombre. Los únicos sucesos extraordinarios eran los días de fiesta y las procesiones religiosas, un terremoto de vez en cuando y una vez, treinta años antes de la guerra de la independencia, el terror de una insurrección de los indios de muy lejos allá en la meseta.

Y sin embargo, la vida no era del todo monástica. Había alguna erudición, en su mayor parte teológica. Había también mucha versificación: Arequipa hasta tenía fama por sus poetas. ¿De qué temas trataban sus musas? ¿Qué suspiros exhalaban las monjas en el interior de las paredes de sus conventos? ¿Qué clase de personaje era el obispo que marchaba en procesiones solemnes desde su catedral y a la vuelta detrás de los coristas que entonaban sus cantos? ¿No podría haber habido aquí ni siquiera el continuo encuentro de las pasiones humanas, y podía una influencia conservadora y convencional extinguir las posibilidades romancescas? Oí de buena tinta un cuento que demuestra que aun en Arequipa grave y estricta podía el amor salirse con la suya, y que los corazones de los majestuosos eclesiásticos podían derretirse de simpatía. Cuento la historia en las mismas palabras de mi informante.

En los antiguos tiempos coloniales vivía en Arequipa una familia poderosa que poseía grandes haciendas y ricas minas que habían heredado de sus antepasados entre los conquistadores. Ejercían autoridad en la

iglesia y en el estado. Cuando aconteció el incidente que se va a describir los principales de la familia eran dos hermanos, el mayor de los cuales administraba sus bienes raíces y el menor era obispo y gobernaba la iglesia. El mayor era viudo con dos hijos, un hijo varón y una hija. El gran convento de Nuestra Señora de los Dolores, fundado y dotado opulentamente por esta familia, tenía siempre como abadesa una de sus hijas, y en aquel tiempo la única hermana de estos dos hombres ocupaba este puesto. La familia, teniendo tanto poder en Arequipa, quiso conservar su supremacía y a este fin se decidió que la hijita del hermano mayor entrase al convento y con el tiempo sucediese a su tía como abadesa, mientras que su hermano debía casarse y heredar el caudal de la familia. La niña no tenía vocación para la vida monástica y se rebeló en contra de los planes que se propusieron para ella; pero el padre y el tío eran inexorables y después de luchar en vano fué obligada a ceder y tomar el velo. Su tía simpatizó con la pobre niña, tal vez porque tuvo ella la misma desgracia, e hizo los deberes religiosos de la joven hermana lo más llevaderos posible, permitiéndola dirigir el coro, pues tenía una voz encantadora, y dejándola que atendiese a los negocios del convento. Una de las principales ocupaciones de las monjas era bordar, especialmente la labor delicada en lienzo según modelos importados de España, y el inspeccionar este trabajo y encargarse de él era uno de los deleites principales de la joven. Ella misma lo mandaba al lavado y lo recibía a su vuelta, poniéndolo cuidadosamente en las prensas perfumadas con jazmines, y la lavandera era la única persona de fuera del convento (con excepción de su propia familia) a quien trataba. Esta lavandera resultó ser una mujer viva e inteligente y daba a la monja cuantas noticias del mundo obtuviera fuera del convento. Cuando la joven hermana había estado cerca de cinco años en el convento la abadesa cayó enferma y todos los antiguos remedios conocidos a las monjas no fueron para curarla. Se empeoró más y más y ya empezaban a pensar en administrarle el último sacramento de la iglesia cuando la lavandera sugirió a la sobrina de la abadesa que consultasen el hábil médico escocés que había llegado a Arequipa poco

antes. El consultar a un hombre y un herético horrorizó a las monjas, pero la lavandera urgió que se siguiese su consejo y por fin se apeló al obispo quien, considerando que se trataba de la vida de su hermana, fué instigado a dar su consentimiento. Sin embargo, la paciente aun así rehuso ver al doctor en persona, pero a la sobrina se le permitió que con un velo espeso tuviese una entrevista con él y le descubriese los sintomas. Aunque el doctor sabía que un juicio expresado bajo tales circunstancias era casi inútil, consintió en este arreglo. En efecto, a la hora señalada se presentó a la puerta del convento, conducido por la lavandera, y fué llevado a la antecámara de la habitación de la abadesa, pues una señora de tanta distinción como una abadesa no ocupaba una celda. Allí lo recibió la sobrina bien tapada y le describió la condición de su tía. Al preguntarle él si sabía tomar el pulso, ella replicó: ''No, no he probado nunca''. ''Si me pone Vd. los dedos en la muñeca, yo le enseñaré'' dijo él. Con timidez hizo ella lo que él mandó y contó las pulsaciones, y tan emocionado estaba a causa de la suavidad musical de su voz, que es posible que hubiese prolongado la lección, pues al fin dijo ella: ''Ya comprendo perfectamente y ahora iré a tomarle el pulso a mi tía'' y volvió después con un informe por escrito. Durante su ausencia el doctor había preguntado a la lavandera sobre los síntomas de la enfermedad de la abadesa y había deducido que sufría de un cáncer y no le quedaba mucho tiempo de vida. Pero la joven hermana le había hecho una impresión demasiado profunda para que él abandonase el caso sin más ni más y así ofreció ir a la mañana siguiente. Las visitas continuaron por varios días y al fin consiguió verle la bella cara a la hermana y tomarle el pulso. La lavandera no podía estar siempre presente y los narcóticos suministrados a la abadesa mitigaron su vigilancia. Conociendo que los días de la paciente estaban contados y que pronto acabaría su ministerio, comprendió que no había tiempo que perder. Los escrúpulos de la joven hermana fueron por fin vencidos. El amor ganó la batalla y ella prometió huir con su amante después de la muerte de su tía. Ayudado por la lavandera, él ideó un plan de escape. El convento estaba construido de piedra y las

celdas de las hermanas estaban abovedadas de una manera sólida, pues las casamatas y las puertas eran lo único que estaba hecho de madera. Habiendo obtenido un esqueleto en el hospital, el médico lo llevó a la casa de la lavandera, y ella lo llevó al convento en una canasta grande de ropa el día después de las exequias de la abadesa, y lo escondió en la cama de la joven hermana. Aquella noche la joven le pegó fuego a la cama y, sin ser notada, en el desorden causado por el humo y el tumulto, se escapó a la calle, donde la esperaba la lavandera para llevarla a su casa. Las monjas, espantadas, la buscaron en vano y cuando al fin hallaron algunos huesos quemados en la celda, creyendo en su ignorancia que eran los suyos, la lloraron por muerta y enterraron los huesos con todo el honor debido a su rango y dignidad. Entretanto la joven corría gran peligro, pues si hubiese sido hallada la hubiesen procesado por su traición a sus votos, y ella temblaba al pensar sólo en la mera posibilidad de que la sometiesen al antiguo castigo de ser enterrada viva. Era imposible quedarse por mucho tiempo en la casa de la lavandera y el doctor le suplicó que huyese con él hasta la costa, viaje a caballo arduo de setenta millas por el desierto. Repugnándole esta acción, insistió en tratar de ganar primero el perdón y la protección de sus parientes, y resolvió echarse a los pies de su tío el obispo que siempre le había mostrado cariño y que era influyente con el resto de la familia. Así pues, precisamente después de anochecer, se envolvió en su manta que la cubría la cara y el cuerpo y se coló en el palacio del obispo a quien halló rezando sus oraciones nocturnas y se echó a sus pies implorando su protección. Al principio él la creyó su espíritu ¿pues no había el mismo ejercido los ritos funerales sobre sus restos? y cuando descubrió que era ella en persona, en carne y hueso, se horrorizó y la separó de sí como si hubiese sido una víbora. Pero como ella continuaba allegándose a él, contándole su historia e implorando su piedad y protección, por fin él la escuchó y le dijo "espera un momento", salió del cuarto y volvió poco después con una bolsa que contenía dinero y joyas de la familia, esmeraldas, y se la puso en la mano. "Toma esto" murmuró "y escápate con tu amante a la costa. Yo me

ocuparé de que nadie os siga''. Ella encontró al médico con caballos a la entrada de la ciudad y los dos cabalgaron a través del desierto sin parar ni una vez, excepto para cambiar de caballerías y para comer algo, hasta que llegaron a la costa donde por suerte extraordinaria hallaron anclada una frigata inglesa. Apresurándose a ir a bordo contaron su historia al capitán, él inmediatamente llamó al capellán que los casó y pronto se hallaron navegando con rumbo a Inglaterra.

Pasó el tiempo y las colonias sudamericanas se hicieron independientes de España. Muchos años después el hermano de la monja fué a Europa en una misión pública. Antes de partir del Perú su tío el obispo le contó la historia de la vida de su hermana que había sido un secreto hasta entonces, y después de decirle donde podía hallarla (pues por medio de la Iglesia había velado por ella), le dijo que deseaba que se comunicase con ella. El sobrino hizo esto a su debido tiempo y su hermana fué finalmente dispensada y sus descendientes reconocidos y acogidos por sus parientes peruanos. Mi informante había visto a uno de estos descendientes llevar las esmeraldas contenidas en la bolsa del obispo.

CAPÍTULO III

EL CUZCO Y EL IMPERIO DE LOS INCAS

Ninguno de los países de la América del Sud ha sido separado de sus vecinos por la naturaleza, excepto Chile; sus confines del presente los deben a los sucesos históricos. Esto es principalmente el caso del Perú que, con excepción del lado del mar, no está separado de los contiguos países por ríos, montañas ni desiertos. Su territorio comprende regiones muy desemejantes en su índole, de cada una de las cuales conviene decir algo aquí.

La región del oeste que linda con los Andes y el Pacífico es en casi toda su extensión un desierto completo, estéril y despoblado, con excepción de donde los valles de ríos ya mencionados en el capítulo anterior descienden hasta el mar. La porción oriental que está en la parte más lejana de los Andes, y a la cual llaman la gente la Montaña, baja de los montes a un inmenso llano aluvial y está cubierto por un bosque tropical espeso sin sendas ni veredas, insalubre para los europeos e inhabitado, excepto donde algunas tribus indias, ninguna de las cuales está muy civilizada, y muchas son salvajes, han construido algunas poblaciones para el comercio en las riberas de los ríos. Es una región que en su mayor parte casi no había sido explorada hasta hace poco y que no se había considerado digna de ser explorada. De algunos años a esta parte la demanda de caucho ha atraído a los agentes de varias compañías mercantiles, los cuales han establecido puestos y estaciones dondequiera que los ríos dan entrada a los bosques, y mandan el caucho por el Amazonas para ser embarcado a Europa y a Norte América. Los indios tímidos e inocentes han sido secuestrados en algunos lugares y obligados a trabajar como esclavos por los rufianes que proveen el caucho a las compañías, miserables de parentesco al pa-

recer español e indio mezclado, los cuales han sido animados por la impunidad que les ofrece la distancia del gobierno central a cometer crueldades horrendas para con sus víctimas desamparadas. Es una región de riqueza natural sorprendente, pues los riscos de la cordillera andina están llenos de minerales; hay magnífica madera en el bosque y el terreno dondequiera que se hayan cortado los árboles y los matorrales exuberantes ha resultado ser extremadamente fértil y propio para el cultivo de toda clase de productos tropicales. El Perú oriental es materialmente una parte, por cierto no la más grande, de una inmensa región que comprende los distritos más hacia el este de Colombia y Ecuador al norte y de Bolivia al sud, así como una área aún más grande del oeste del Brasil sobre cuya región predominan las mismas condiciones climatológicas—mucho calor y mucha humedad, lo cual produce una vegetación tan prolífica que le es difícil al hombre contender contra las fuerzas de la naturaleza. Es éste en verdad el motivo por el cual esta comarca ha sido hasta el presente una selvatiquez cargada de una humedad superabundante, la falta de la cual ha hecho un desierto de las tierras a lo largo de la costa del Pacífico. Sin embargo, volveré a decir más de esta región y de su porvenir en un capítulo que sigue,* nombrándola aquí solamente porque es parte política del Perú, y puede llegar a ser en el futuro su parte más productiva. El verdadero Perú, el Perú de la antigua civilización india y del imperio colonial español, es la región central que queda a lo largo de los Andes entre estos remotos bosques del este escasamente habitados y los desiertos estériles de la costa del Pacífico.

El Perú central es por completo una tierra montañosa, y en efecto los habitantes lo llaman ''la Sierra''. Está atravesada por dos cadenas de los Andes (más o menos paralelas), las cordilleras oriental y occidental, que con sus riscos y serranías ramificantes cubren la mayor parte de su superficie. Comprende lo que se llama el Puno, una meseta relativamente llana de unas setenta a cien millas de ancho y cerrada por estos dos ramos. de las cordilleras. Entre las cordilleras principales y sus rami-

* Capítulo XVI.

ficaciones hay valles profundos formados por los cauces de cuatro o cinco ríos, los cuales, después de correr hacia el noroeste o el nordeste y de volverse por fin hacia el este, van a formar el poderoso Amazonas. Esta región de la Sierra tiene aproximadamente cerca de trescientas millas de largo (del noroeste al sudeste) y de cien a doscientas de ancho; pero de esta superficie sólo una pequeña parte es conveniente para la habitación fija. La altura media de la meseta es de diez a trece mil pies sobre el nivel del mar, y la de la región a propósito para pasto en las inclinaciones y cumbres de las serranías de diez a catorce mil pies—mientras que la línea divisoria de la nieve varía de quince a diez y nueve mil. Así como estas inclinaciones proporcionan apacentamiento a las llamas, alpacas y ovejas, y en algunos lugares favorecidos al ganado vacuno, también en las partes menos áridas y menos arenosas hay algún cultivo de la tierra. Pero los distritos más a proposito para la agricultura se hallan en los valles, especialmente en la parte que yace entre cuatro y diez mil pies sobre el nivel del mar, pues más abajo de los cinco mil pies las condiciones son las mismas que en los trópicos y se asemejan a las de los bosques del Amazonas. En estos valles el terreno, especialmente donde es volcánico, es extremadamente fértil, pero algunos de ellos son tan estrechos y sus declives tan empinadas que apenas es posible cultivarlos. Por lo tanto, nadie que haya estudiado los distintivos materiales de este país debe sorprenderse del hecho que mientras que la superficie del Perú es de casi setecientas mil millas cuadradas, se calcula que su población es sólo de cuatro millones seiscientas mil personas. Tal vez pueda sorprenderle aún más los informes que dan los historiadores españoles casi contemporáneos con la conquista de una población más numerosa, casi de diez millones, que existía en tiempo de los Incas. Si estos informes son correctos, esta disminución se comprende en parte por la matanza de los indios por los primeros españoles y por la tiranía ejercida por sus sucesores durante casi tres siglos, en parte por el hecho que los distritos cerca de la costa que eran cultivados antiguamente, según demuestran las obras de riego, son hoy estériles por falta de agua.

Fué en las alturas centrales a una altitud de ocho mil pies o más que surgió aquella civilización desarrollada por los antiguos peruanos; y su origen aquí más bien que en ninguna otra parte de la América del Sud tal vez se deba a las favorables condiciones del clima. Había bastante lluvia para proporcionar yerba para los animales y para posibilitar el cultivo, y bastante calor para que los hombres pudiesen vivir en salud, pero no lo bastante de ambas cosas para que la naturaleza fuese más poderosa que el hombre y que las aptitudes para el trabajo de éste fuesen disminuidas.

La temperatura y la lluvia eran casi las mismas que las de la meseta de Méjico, región más baja, pero más distante del ecuador; y fué bajo condiciones afortunadas del clima y de posibilidades agrícolas igualmente semejantes que las razas que poblaban estas alturas habían hecho notable progreso en la ciencia de la vida cuando llegaron los europeos. Este trecho central es hoy, con excepción de las riberas regadas de unas cuantas corrientes que desembocan en el Pacífico, la única parte del Perú donde puede mantenerse una población agrícola o pastoril. El resto del Perú depende de sus minas, en su mayor parte de plata o de cobre—fuente de riqueza dudosa, aún suponiéndose lo mejor. Es sólo en algunos valles, de los cuales voy a describir los más productivos, que la población agrícola ocupa una superficie extensa. Por lo regular cada comunidad se halla limitada a su propio valle y separada de los demás por montañas o por serranías altas y rasas en las que puede mantenerse sólo algún ganado lanar, y la mayor parte de las cuales son demasiado altas y yermas aun para pasturaje.*

No hay mejor modo de transmitir una idea del carácter de esta región, el verdadero Perú, sino describiendo el terreno por el cual pasé en ferrocarril desde Arequipa al lago Titicaca al este, y de allí al norte hasta el Cuzco, la antigua capital de los Incas. El ferrocarril sigue la vía directa de más importancia usada en caso de guerra y para el comercio en tiempos anteriores a la conquista. Es el Ferrocarril del Sud del Perú, la vía férrea principal del país. La sección desde Mollendo hasta la meseta

* A estas regiones yermas entre los valles se les da el nombre de ''páramos''.

en Juliaca fué construida hace muchos años, pero la extensión hasta el Cuzco había sido concluida y abierta al público sólo menos de un año antes de nuestra visita. Ambas secciones han sido construidas bajo la dirección de ingenieros naturales de los Estados Unidos, y la manera en que han vencido las dificultades de subidas extremadamente empinadas y de cortaduras por inclinaciones escarpadas reflejan mucho crédito en su habilidad. La anchura de la vía es la ordinaria. La línea pertenece a la Corporación Peruana (The Peruvian Corporation), una compañía matriculada en Londres, y bajo la enérgica dirección de ingenieros norteamericanos se está procurando hacer accesibles regiones en las cuales hace algunos diez años no había ni siquiera un camino para carros. Por supuesto, el tránsito de pasajeros es de muy poca importancia y hay trenes de pasajeros sólo una vez al día hasta Arequipa, y tres veces por semana hasta Juliaca y el Cuzco.

Dejando a Arequipa al lado del sudoeste, el ferrocarril culebrea hacia el norte y después hacia el este, pasando por una región escabrosa y solitaria a través de inclinaciones de montes roqueños taladradas por hondos desfiladeros, por algunos de los cuales descienden arroyuelos que son alimentados por los bancos de nieve a grandes alturas. Sigue la dirección de un cañón y dondequiera que haya terreno llano en el fondo se pueden ver verdes bandas de sembrados en la ribera de la corriente y algunas chozas indias; de manera que estas alturas, a pesar de ser frías y desoladas, no son tan completamente desoladas como la pampa más abajo. Mirando hacia atrás por sobre la ciudad que yace en su verde oasis rodeado por un desierto pedregoso, el panorama que se presenta a la vista es magnífico. A medida que continuamos subiendo vemos surgir al noroeste la mole del Ampato y de otros gigantes de la cordillera occidental con sus nieves espesas, mientras que al oeste, más allá de las montañas de color gris rojizo por las cuales habíamos subido desde la desierta pampa hasta Arequipa, se ve la arena brillante del desierto y aún más lejos, precisamente en el horizonte, se ve el banco de nubes extenso y bajo que cubre a la serranía de la costa. Aquí, a una altura de nueve o diez mil pies, puede uno

mirar por sobre la superficie blanca de estas nubes. Asentadas en el extremo occidental de la pampa, se extienden muy hacia afuera sobre el Pacífico, ocultándolo a la vista. Subiendo continuamente y viendo abajo en una hondonada la aldea de Yura, donde hay una fuente mineral cuya agua de efervescencia agradable se bebe por todo el Perú, el ferrocarril serpentea por el lado del norte del Chachani y por debajo de sus enormes precipicios negros. Detrás de él y del Misti, que por este lado así como por el que se ve desde Arequipa, parece un cono simétrico, y después de haber subido a una altitud de once mil pies, entramos en una región típica de las alturas peruanas. Había bastante yerba áspera tachonada de flores alpinas, algunas de género europeo. En las inclinaciones pastaban llamas y alpacas cuidadas por indios: había ovejas, un poco de ganado vacuno, y en un lugar creímos ver entre unas matas un grupo de vicuñas. Este animal se asemeja a la llama, pero es más pequeño, y como acémila es inútil por ser indomable. Vaga por los montes a una altitud de once a quince mil pies y produce la lana más excelente de Sud América, lana de un delicado color castaño claro, sedosa y suave como la piel de la chinchilla.

El paisaje era raro y silvestre, aunque no dejaba de tener una grandeza sombría. Abajo estaba el río Chile, el mismo que pasa por Arequipa y al cual habíamos vuelto después de nuestro viaje al rededor del Chachani. Corría por un cauce profundo que se había abierto entre murallas de lava negra: y las cavidades anchas y desnudas de más allá estaban llenas de antiguas corrientes de lava y de montes y montones de rocas esparcidos. Hacia el sudoeste el Misti y sus dos compañeros imponentes cerraban el valle, y en lontananza se veían grandes montañas, entre ellas un visible cono volcánico, todas de cumbres cargadas de nieve y confundidas con las nubes que se acumulaban, pues a esta altura son frecuentes las lluvias y las nevadas. El cono era probablemente el de Ubinas, el único volcán activo en esta región, que tiene una altitud de diez y seis mil pies.

Subiendo aún más hacia el este, el ferrocarril ascendió por sobre inclinaciones de menos altura hasta una serranía ancha, desolada y venteada en donde había

arroyuelos que brotaban de charcos en la yerba amarillenta y que corrían hacia el oeste hasta desembocar en el Pacífico, o hacia el este a la cuenca interior del lago Titicaca. Grandes pájaros blancos que parecían gansos silvestres revoloteaban por sobre nosotros. Aquí había algunas chozas de pastores indios cerca de los edificios de la estación, y también una cruz que señala la cumbre o parte superior del paso llamado Crucero Altó, el cual se halla a una altitud de 14,666 pies sobre el nivel del mar. Las alturas interceptaban el panorama al norte y las nubes lo obscurecían al este, pero al sud podíamos distinguir algunas de las cumbres altísimas de la cordillera occidental en cuya vertiente nos hallábamos. A ambos lados se oía el ronco trueno, y de las nubes negras en lontananza hacia el noroeste en la dirección de Coropuna salía un relampagueo continuo y brillante. A esta altura el terreno es relativamente raso y los valles someros y esto, además de la claridad sorprendente del aire, permite que la vista se extienda a grandes distancias. Esta tronada que oíamos y mirábamos nosotros sucedía probablemente a cien millas. La inmensidad misma del paisaje nos infundía respeto; trechos de tierra que no podrían ser recorridos sino después de muchos días de viaje, montañas de diez y ocho mil pies de alto separadas por valles desconocidos en los cuales nadie entra, montes y rocas esparcidos en confusión caótica como si la formación del mundo hubiese empezado apenas en esta región. Saliéndonos del vagón al aire penetrante, nos paseamos un poco esperando los síntomas del *soroche,* la enfermedad montañesa tan temida por los viajeros en los Andes, especialmente cuando vienen directamente de la costa a esta altitud inmensa, tan alta como el Matterhorn o los picos más altos de las Montañas Roqueñas. El aire era muy frío y parecía no llenar los pulmones. Pero no sucedió nada.

Desde el Crucero Alto el ferrocarril baja rápidamente por una distancia de dos mil pies pasando por dos lagos grandes en el seno de verdes montañas empinadas—me recordaron Loch Garve en Ross-shire—hasta que llega a un plano ancho, raso y desolado, parte, según parece, de la antigua cuenca del lago Titicaca que era antes más extenso de lo que es hoy día. Nos hallábamos ahora en

aquella meseta central que los habitantes llaman el Puno, la cual rodea el lago y cuya parte inferior está poblada y cultivada. En la grande aldea de Juliaca, de donde sale una línea férrea hasta el puerto de Puno en el lago más hacia el sudeste, el ferrocarril se vuelve hacia el norte, todavía en el llano que es cultivado en sus partes menos pantanosas. Los habitantes son todos indios, y sólo en una villa llamada Tirapata, que es una estación de abastecimiento para las minas en las montañas, podían verse algunos blancos. En lontananza hacia el nordeste, quizá a unas cien millas de distancia, podía distinguirse una aserrada línea de montañas, parte de la cordillera oriental que divide la cuenca del Titicaca de los valles del Amazonas. Por fin, empiezan a acercarse los montes, y el llano se transforma en un valle, estrechándose más y más a medida que viajamos hacia el norte, hasta que en un recodo repentino en el valle que presenta un nuevo panorama, pasamos por debajo de una torre de roca a una altitud de diez y seis mil pies, la cual es como una de las agujas del Monte Blanco aumentada infinitamente, y vemos enfrente de nosotros una magnífica mole montañosa deslumbrante con sus ventisqueros. De este lado se ven dos grandes picos de diez y ocho y diez y nueve mil pies de alto. El que está más hacia el este es una larga sierra cubierta de nieve que se parece al Lyskamm arriba de Zermatt; y detrás hay uno aún más alto que probablemente tiene veinte mil pies o más. Esta es la sierra de Vilcañota, el nudo central de la formación de montañas del Perú, pues en ella se unen ramos de las dos cordilleras oriental y occidental. Aunque muy escarpados, los picos más altos, mirándolos de una distancia de quince o veinte millas, no me parecieron ofrecer grandes obstáculos a un trepador enérgico y experimentado, no contando por supuesto la rareza del aire en esta inmensa altitud, obstáculo que aunque desatendible para algunos, para otros que por diferentes conceptos son buenos trepadores de montañas es un obstáculo de mucha fuerza. Como el ferrocarril pasa por muy cerca de estas espléndidas cumbres, facilita en extremo su exploración, pues en una región fría y poco poblada el transporte de coberturas calientes y de alimento es uno de los principales obs-

táculos. Ninguna de las cumbres ha sido escalada, por lo cual merecen la atención de trepadores ambiciosos.

Más arriba de la aldea de Santa Rosa el valle está poblado y forma una cavidad herbosa entre el grupo de picos de Vilcañota al este y una sierra más baja, aunque empinada, al oeste con montones de rocas a intervalos y de vez en cuando hasta vimos hileras de llamas cargadas, pues el ferrocarril no ha reemplazado por completo los modos antiguos de transportar.

Precisamente en el punto más alto de la garganta o paso de La Raya, donde termina el valle, a 14,518 pies sobre el nivel del mar, se ve el pico más occidental de la sierra de Vilcañota hacia el este detrás de un desfiladero profundo, la parte superior del cual está cubierta por un ventisquero. De este ventisquero desciende un torrente que en la parte llana del paso se extiende en un pantanito somero o laguna que los peruanos consideraban sagrada como la fuente del sagrado río Vilcamayu: y desde este lago el agua corre en parte hacia el sud al lago de Titicaca, en parte hacia el norte hasta el Amazonas y el Océano Atlántico. En él mirábamos en verdad una de las fuentes principales de aquella corriente inmensa, pues de todos los ríos que se unen para formar el Amazonas es éste uno de los más largos. Durante su curso hasta que afluye al río Marañón se llama primeramente Vilcamayu, luego Urubamba y por fin Ucayali. El paso mismo, un ancho estribo liso que se asemeja, si puede uno comparar cosas grandes con las pequeñas, a la hondonada y vertiente entre Dalnaspidal y Dalwhinnie que distingue el nivel más alto del Ferrocarril de las Montañas (Highland Railway) de Escocia, no deja de tener bastante interés histórico, pues ha sido un camino para ejércitos, así como para el comercio, desde los tiempos más antiguos. Por él pasaba el camino desde el Cuzco hasta la frontera meridional del imperio de los Incas. Por él pasaron de un lado a otro los conquistadores en sus campañas de subjeción y en las luchas terribles entre sí que siguieron, y fué de no menos importancia en la guerra de la independencia hace un siglo. Hasta que se inauguró el ferrocarril hace poco, miles de llamas cargadas de mercancías atravesaban el paso todos los años. Lo que se ve ahora no es nada más que un

camino de herradura bastante trillado y no pude descubrir vestigios ni averiguar que se hayan descubierto ningunos de la pared que, según se dice, hicieron construir los soberanos incaicos a través de él para defenderse de las tribus collaos al sud, ni del camino pavimentado que según dicen algunos autores antiguos hicieron construir para unir al Cuzco con las provincias del sud.

Si tal lugar formase parte de la Suiza o del Tirol, su belleza solitaria sería interrumpida por un hotel veraniego para turistas en busca de salud; ni puede uno imaginarse aire más agradable y penetrante que el de aquí, aunque podría ser insoportable para las personas de pulmones delicados. Así que nos hubimos alejado un poco de la cumbre los pulmones comenzaron a funcionar más libremente, pues el aire más denso y más caliente de las regiones más bajas viene juntamente con el viento del norte que encontramos al bajar. El valle aun plano y cubierto de yerba desciende rápidamente, y después de una o dos horas entramos en un clima muy diferente al de la meseta de Titicaca al sud. Después de viajar de seis a ocho millas llegamos a un lugar llamado Aguas Calientes a causa de las muchas fuentes minerales que brotan de la tierra en contigüidad, la mayor parte de las cuales son demasiado calientes para poder beberse y todas cargadas de hierro y azufre. Se dice que estos manantiales son eficaces en la curación de varias enfermedades, y así no hay que dudar que en Francia o Suiza se habría instalado un establecimiento de baños para su explotación. Al presente lo único que prueba que son usadas es una choza de madera sobre uno de los manantiales donde el jefe de la estación se está curando su reumatismo. Hay sólo dos casas además de la estación, pero en el monte más arriba obreros indios explotan minas de cobre y de antimonio.

Más abajo de este paraje el valle desciende aún más. Es todavía estrecho, pero el clima más cálido permite ahora el cultivo de la tierra, y los indios con su trabajo y paciencia, sacando provecho de cuanto terreno hay disponible, cultivan sembrados de grano y patatas en inclinaciones tan empinadas que parece casi imposible ararlas o cavarlas. Cuando uno pregunta el porqué de

esto, se le contesta que la rapacidad de los abogados que expulsan a los indios de los terrenos mejores más abajo los obligan a cultivar estas inclinaciones menos productivas. Las laderas de los montes son extremadamente rasas, pero como al mismo tiempo se pueden ver árboles frutales al rededor de las viviendas, es posible que la escasez se deba no a la altitud, sino al desmonte durante muchos siglos de todos los demás árboles para leña. Nunca he visto una región poblada—y en cuanto a este valle en particular una región muy poblada—que carezca tan completamente de árboles como el Perú. Aun en tiempo de los Incas parecía haber mucha escasez de madera. De los bosques tropicales más abajo se puede obtener bastante, pero el coste casi imposibilita el transportar leñas en mulas. Un tablón grande y sólido sería muy pesado para una llama.

A veinte millas más abajo del paso de La Raya está la villa de Sicuani, la cual tuvimos la suerte de visitar el día de mercado—en domingo—cuando los indios de muchas millas al rededor vienen a vender y a comprar y a divertirse. Esta villa es un buen tipo de las aldeas ricas del Perú con inmediaciones fértiles y bien pobladas. Las casas mejores, algunas de ellas de dos pisos, son de piedra, las demás de fango secado al sol—ese adobe que halla uno por toda la América española desde los pueblos de Nuevo Méjico hasta la Patagonia. Sus fachadas están pintadas con cal blanca o azul claro y esto con sus techos de tejas rojas presenta un colorido agradable a la vista. Las dos plazas, cuya superficie total es casi igual a la mitad de la villa, están llenas de indios y los hombres y muchas de las mujeres llevan el poncho distintivo, manta de lana tosca o algunas veces de algodón que llega hasta más abajo de la cintura y que es por lo común de color muy llamativo. A esto añaden las mujeres sayas chillonas de color rojo o purpurino, azul, verde o violado, de manera que se ven más colores en la multitud que en las casas mismas. En los sombreros se nota mayor variedad. Las mujeres usan grandes sombreros de fieltro redondos y algunos casi tan anchos como el de un cardenal, embellecidos con cintas doradas o plateadas; algunas los llevan cuadrados como las gorras colegiales de las universidades inglesas, aunque de alas más anchas.

Los sombreros de los hombres son más pequeños; en su mayor parte son de duro fieltro blanco y en su parte interior tienen gorras de tela muy ajustadas y de color flamante, por lo común rojo, y con alas a los lados para proteger las orejas y los carrillos del viento penetrante. Ensartas de cuentas brillantes completan el vestido dominguero de las mujeres y vimos pocas de ellas con adornos de plata. El método de hacer negocio parecía ser generalmente por cambalache, pues la gente del campo cambiaba los productos de las huertas o fincas por las provisiones o telas de los negociantes de la villa. La tela de algodón había sido hecha en su mayor parte de la planta peruana cultivada en los valles calurosos de la costa, mientras que la de lana, para mantas o sayas, venía de Inglaterra, pues ví en ellas los nombres de casas de Yorkshire. Además del maíz, nueces y pimientos y las naranjas que habían sido traídas del valle cálido de Urubamba de a una distancia de setenta millas al norte, los artículos de comercio más dignos de atención eran una especie de alga marina comestible traída desde la costa, y estrellas de mar secas, y sobre todo pequeños saquitos de hojas de coca, ese artículo que forma el estimulante de los indios más indispensable para él de lo que son el te, el café o las bebidas alcohólicas para los asiáticos o los europeos. Es el producto de un arbusto o pequeño árbol subtropical que crece en las inclinaciones más bajas de los Andes peruanos o bolivianos, y se vende a los indios en pequeñas cantidades, como que todas las ventas y compras parecían ser al por menor, pues hay entre los aldeanos muy poco dinero, aunque muy poca pobreza extremada. Los países sudamericanos son, al menos para el viajero, países de precios subidos, pero aquí vimos apetitosos platos de carne cocida con cebolla picada y patatas, y además un vasito de chicha (la bebida común del país extraída del maíz), todo por el precio de cinco centavos de los Estados Unidos. Es sorprendente que en una multitud tan densa y tan ocupada no se oyese más que un continuo susurro en lugar de la charla y la bulla que se oiría en Europa. Los indios quichuas son una raza relativamente callada, quieta, de buenos modales e inofensivos, excepto cuando se embriagan. Esta gente de Sicuani era de pequeña estatura, pues pocos tenían

más de cinco pies y medio, la cara de color pardo rojizo, las facciones regulares, mas pocas veces hermosas, pues aunque tienen la nariz a menudo bien formada, la boca es fea y sus labios no son relevados, aunque los tienen mucho menos gruesos que los negros; algunos tienen un pequeño bigote, pero sólo los mestizos tienen barbas. Entre las muchas diferencias en facciones que indican que ha habido una mezcla de razas, quizá hace mucho tiempo, es de notarse los dos tipos predominantes,—los de cara ancha, redonda, pequeña, de carrillos llenos, y los de cara larga y nariz aquilina. Todos tienen los ojos de color castaño obscuro o negro y el pelo largo, tieso, negro, algo grueso, y en todos se nota una mirada singularmente impasible y estólida como de hombres acostumbrados a siglos de monotonía y submisión. La impasibilidad es la distinción característica de los indios. El cafre es como un niño crecido; el chino es de una rara viveza sosegada y de perspicacia en la observación; los indostanos (y la mayor parte de los orientales) son sumisos, aunque vigilantes, como si procurasen tomar la medida de los blancos; pero el indio no tiene ninguno de estos característicos. En su obediencia no hay bajeza; es reservado, esquivo, aparentemente indiferentemente al *viracocha* * y a todas las cosas en general. Los más dignos de atención en la multitud eran los alcaldes de aldea indios, cada uno de los cuales llevaba como insignia de su cargo una vara o bastón con un clavo en la punta o con una cabeza grande y redonda ceñida por franjas de plata y cubierta en la parte superior por un estuche de plata también. Este funcionario, nombrado todos los años por la autoridad local, ejerce en su pequeña comunidad un poder incontestable corroborado por su facultad de encarcelar a los refractarios. Muchos aspiran al puesto con anhelo, de manera que los adinerados hasta ofrecen dinero para poder obtenerlo. Vimos a estos funcionarios pasar por entre la multitud y todo el mundo les abría el paso. Sin embargo, no hubo desórdenes que calmar; el sol reluciente brillaba sobre una multitud ordenada y

* Esta es la palabra de respeto con que un indio se dirige por lo común a un blanco de posición social superior. En la mitología incaica era el nombre de un héroe divino o semi-divino.—Era también el nombre de uno de los soberanos Incas.

jovial. Algunos grupos separados un poco estaban gozando de los acentos de una guitarra o de un acordeón o del verdadero instrumento nacional, la flauta del dios Pan, hecha de huecas cañas de diferentes tamaños, mientras que más arriba en la ladera los burros en que habían venido los campesinos más ricos y las llamas que habían traído sus productos esperaban pacientemente a que llegase la luz menguante que les haría volver en dirección a sus querencias. El único lugar interesante en Sicuani es la iglesia y la entrada arqueada a su lado. Es como cualquiera otra iglesia de aldea, de arquitectura insípida y de un interior triste. Pero fué en esta iglesia que en 1782 Andrez, el sobrino de Tupac Amaru, de descendencia medio vizcaina y medio incaica recibió absolución por la parte que había tomado en la grande insurrección de los indios bajo aquel caudillo, absolución que fué poco después seguida por su muerte a manos de españoles pérfidos; y fué en este arco (si es verdad la historia que nos contaron) que colgaron algunos de los miembros del cuerpo del desgraciado Tupac Amaru después de haber sido cruelmente destrozado por cuatro caballos en la grande plaza del Cuzco.

Más abajo de Sicuani el valle del río Vilcamayu revela paisaje tras paisaje de una belleza variada. Está por cierto aún más desprovisto de bosques que aquellos valles de los Apeninos centrales los cuales nos recuerda a veces, teniendo en cuenta por supuesto la diferencia de latitud. El único árbol alto es el eucalipto australiano que, aunque introducido sólo recientemente, es ahora común en las partes subtropicales de la América del Sud y ya hace figura en el panorama, pues crece rápidamente. Estos árboles de goma australianos se han desparramado por todo el mundo. Pueden verse por todo el África meridional y en las costas del Mediterráneo, así como en Méjico y también en los montes Nilghiri de la India meridional, donde han reemplazado las alamedas de árboles indígenas más hermosos.

En los trechos más anchos y planos del valle yacen juntas aldeas populosas, pues las llanuras regadas del valle aparecen prósperas con cosechas abundantes, y vale la pena cultivar las laderas de rico terreno rojizo, aunque no haya modo de regarlo. Aunque manchada

más que ninguna otra parte del Perú por la sangre vertida en batallas, la tierra tiene apariencia de paz y bienestar. Las montañas a los lados parecen consistir de rocas ígneas, pero sólo en un lugar pude hallar vestigios de acción volcánica reciente. A eso de quince millas más abajo de Sicuani se ven juntos seis o siete pequeños cráteres, la mayor parte de ellos al lado del nordeste del valle, y el más alto de mil doscientos pies sobre el nivel de éste; y las corrientes de lava que han brotado de dos o tres de estos volcanes son todavía tan recientes, la superficie tan fragosa y de un color negro tan intenso, que uno llega a opinar que no han pasado muchos siglos desde la última erupción. Las sierras más altas que rodean el valle, con sus despeñaderos en lo alto y con sus contornos redondos de rara hermosura abajo, pertenecen evidentemente a una época geológica más remota. Sus contrastes de roca obscura y de terreno rojo, con el sonriente valle plano en el medio, y los majestuosos picos nevados del grupo de Vilcañota que cubre el horizonte al sud, forman paisajes comparables en la viveza del color y en la variedad de la forma a los de los Alpes italianos. Son doblemente agradables para el viajero que pasa por las solitudes salvajes que yacen entre este lugar y la costa del Pacífico. Aquí, por fin, parece formarse una idea de lo que debe haber sido el Perú antes de venir los invasores, cuando un pueblo pacífico e industrioso trabajaba al servicio del Inca y del dios Sol. Ahora, es verdad, hay un ferrocarril y los edificios del paradero están techados con hierro encarrujado. No obstante, el aspecto del país debe de haber cambiado poco. Los habitantes son casi todos indios y viven y cultivan la tierra poco más o menos de la misma manera que hace cuatro siglos; sus aldeas se componen de las mismas viviendas de adobe con techos de yerba. Caminan detrás de sus llamas a lo largo de la vía férrea y tocan una gaita rústica al mismo tiempo; las mujeres lavan la ropa en la corriente, crecida a causa de la lluvia de la noche anterior, y en los lados de las cañadas que descienden de la sierra nevada no pisada ni hollada por el hombre la cual se halla detrás, puede uno vislumbrar pastos altos y empinados donde ni siquiera un

rapiñador español jamás plantó su pie, ni donde cura opresivo devoraba a su rebaño.

Dando vueltas por el largo cañón del Vilcamayu—largo en verdad, pues se extiende por más de quinientas millas antes de llegar al gran llano del Amazonas—y rechinando por profundas cortaduras de roca y por curvas pronunciadas por sobre el espumoso torrente, la línea por fin se dirige de repente hacia el Cuzco al noroeste, y nos despedimos del río. Con gusto hubiésemos seguido su dirección valle abajo hasta poder contemplar un paisaje aún más hermoso que el de las alturas, pues los bosques exuberantes a lo largo de la corriente contrastan con las cumbres nevadas de la cordillera oriental que descuellan allá arriba. Pero de aquí an adelante hay sólo caminos de herraduras y se viaja tan despacio que nos hubiésemos tardado una semana en llegar a la parte más bella de este paisaje. La renunciación de algo es la parte más penosa de un viaje.

Nuestro camino hasta el Cuzco yacía hacia arriba por un valle lateral cercado de verdes montes bien cultivados y tachonados de aldeas bien pobladas, cerca de una de las cuales se pueden ver las ruinas de un antiguo edificio grande cuya costrucción la tradición atribuye al Inca Viracocha. El valle apartado y remoto tiene apariencia de paz y de tranquilidad primitiva cual tierra donde nunca ha pasado nada. Por fin, cuando empiezan a acercarse las montañas, el término del viaje se presenta a la vista; y aquí bajo empinados montes que circundan un valle con aspecto de cuenca—lo que en el Perú se llama "bolsón"—se halla el Cuzco, la sagrada ciudad del Sol.

El Cuzco pertenece a esa clase de ciudades históricas que han sido en otro tiempo capitales de reinos y que retienen vestigios de su antigua grandeza, clase que comprende a Moscovia, a Krakau, Throndhjem, Upsala, Dublin, Edinburgo, Winchester, Aquisgrán, Bagdad, Toledo y Granada; clase de la cual acaba de salir la imperial Delhi para recobrar su rango de otros tiempos. Y el Cuzco fué la capital de un imperio más vasto que el gobernado por cualquiera de aquellos famosos centros de gobierno, núcleo de una religión y de un dominio que se extendía hacia el sud desde Ecuador por dos mil

millas y que comprendía casi todo lo que fuese medio civilizado en el continente sudamericano.

Todo viajero está acostumbrado a la experiencia de hallar que la realidad de un lugar en el cual se haya espaciado su imaginación es muy diferente de lo que se había figurado. Yo me había imaginado una ciudad cercada de muros y visible desde lejos en un plano alto, con una ciudadela en un monte solitario que descollara sobre ella. Pero el Cuzco está lejos de ser conspicua, con sus casas amontonadas allá en su bolsón en un lugar hasta donde descienden tres cañadas desde la meseta arriba y donde se encuentran sus torrentes; y no se ven ningunos edificios, con excepción de algunas torres cuadradas de iglesias, hasta que se halla uno en la entrada misma. La ciudad está situada en una pequeña inclinación, y sus calles son derechas, excepto donde el curso del torrente las obliga a desviarse, y muchas de ellas son demasiado estrechas para dos vehículos; pero como hay tan pocos de ellos, eso no importa. Están pavimentadas con piedras tan grandes y tan toscas que las madres de muchas cañadas montañesas son más uniformes, y en el medio hay un arrollo descubierto donde se deposita toda clase de inmundicias de manera que la ciudad de un extremo a otro está llena de una hediondez tan atroz que vale más no decir nada. Colonia, tal como la describió Coleridge hace un siglo, y las ciudades más hediondas del sud de Italia son fragantes en comparación. Las casas, sólidamente edificadas de piedra, tienen pequeños patios cuadrados y rodeados por toscas galerías de madera. Muchas tienen dos pisos con balcones al frente, también de madera, y algunas presentan hermosas entradas con el escudo de alguna familia española esculpido en la piedra del dintel. Una de ellas tiene las efigies de los cuatro hermanos Pizarro y se supone que fué habitada por el terrible Francisco mismo cuando vivía aquí. Pero los característicos notables de la ciudad son sus plazas. La plaza mayor, parte del inmenso espacio descubierto que ocupaba el centro de la antigua ciudad incaica, carece de los árboles y cuadros de jardín que tienen las plazas de Lima y de Arequipa. Mas su tamaño extenso, las tres iglesias interesantes que ocupan dos de sus lados, y la fortaleza de Sacsahuaman que la

mira con ceño fruncido, le dan un aire de dignidad. Las dos plazas más pequeñas, la llamada Cusipata y la de San Francisco, son menos regulares, pero son toscamente pintorescas, con arcadas en dos lados y viejas casas singulares de diferentes alturas, pintadas de azul y con balcones al frente, frágiles a causa de sus años. Las ciudades más antiguas del tiempo colonial español, por inferiores que sean a las antiguas ciudades de España en cuanto a sus refinamientos en el detalle arquitectural, tienen, sin embargo,para nosotros cierto encanto de rareza, hecho más intenso, en el caso de la ciudad del Cuzco, por la realización de todos los cambios que han presenciado.

La catedral, aunque no es hermosa, es majestuosa, con sus dos torres sólidas y su interior espacioso y solemne. Hay una pintura que según se dice es de Van Dyck—sea de él o no es buena—y un altar en el que comulgaba Pizarro y un raro cuadro que representa las ceremonias verificadas en la ordenación de monjes y monjas en el siglo diez y siete. Pero lo que más me interesó ver en la sacristía, entre los retratos de los otros obispos del Cuzco, fué uno del primer obispo, Fray Vicente de Valverde. Puede que sea solamente un retrato copiado, hecho por encargo más tarde, como los de los primeros papas en la basílica de San Pablo en Roma. Pero de buena gana lo supusimos copiado del natural, pues la severa cara rectangular de ojos crueles corresponde al carácter del hombre, una de las personas más notables en la historia de la conquista española, pues él es el ejemplo más perfecto que presenta la historia de un ministro de Cristo en quien había desaparecido todo distintivo de carácter cristiano, con excepción de la devoción a su credo.* Fué él el fraile que acompañó a Pizarro en su expedición, y estuvo de pie a su lado en la plaza de Cajamarca cuando aquél acogió como amigo al Inca Atahualpa. Cuando Atahualpa rechazó el requerimiento de Valverde de que aceptase el bautismo y reconociese a Carlos V como su soberano, Pizarro, cuyos hombres iban completamente armados y a quienes se les había mandado que se apoderasen del confiado Inca y que matasen

* Es justo decir que después de llevada a cabo la conquista Valverde parece haber protestado contra la sujeción de los indios a la esclavitud.

a su comitiva, titubeó o pretendió titubear y se volvió a Valverde para consultarle. "Yo te absuelvo" contestó el fraile. "A ellos, castellanos, yo os absuelvo". Con esto empezó la matanza de la sorprendida multitud; y miles perecieron en la plaza de la ciudad antes de que el manto de la noche cayese sobre tal carnicería.

Cuando el Cuzco fué tomada Valverde fué nombrado obispo de la nueva sede, el primer obispado en el Perú. En verdad, tuvo su recompensa. Pero no la gozó por mucho tiempo. Pocos años más tarde en un viaje a Panamá naufragó en la costa cerca de Túmbez, fué apresado por los indios salvajes de esa región y (según se cuenta) fué devorado por ellos.

De las otras iglesias la más hermosa en su exterior es la de la Compañía (de los Jesuitas) con su florida fachada al norte de piedra arenisca roja, obra de adorno ingeniada con gran artificio y ejecutada con primor y superior aun a la de la iglesia de la misma orden en Arequipa.

En cuanto al interior, hay más que admirar en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced, la patrona del Perú, pues tiene techos interiores ricamente decorados en ambos pisos de sus fascinantes claustros y una hermosa escalera que conduce al coro. Todas las iglesias más grandes tienen altares de plata, algunos de ellos muy bien esculpidos. Pero la obra más notable en la ciudad es con mucho el púlpito de la antigua y ahora apenas usada iglesia de San Blas. Se dice que es de una sola pieza, gloria y corona de un artífice indio, y es una maravilla de entalladura exquisita digna de la mejor ejecución de Italia o de España. Con mi poco conocimiento no lleno los requisitos para dar una opinión sobre el asunto, pero fué imposible no imaginarme que en este púlpito y en la primorosa ornamentación de las fachadas de las iglesias jesuitas que he descrito, pueden descubrirse pruebas de un carácter distintivo de invención artística que no era española, sino más bien peruana, y que ofrecen indicios de un don que bien cultivado hubiese reflejado mucho crédito sobre la raza india.

Nos ha parecido que vale la pena espaciarnos sobre los edificios eclesiásticos de estas tres ciudades peruanas precisamente porque hay tan poco en Sud América que

sea atractivo al estudiante de las bellas artes, aún menos que en Méjico. Aunque los dos pintores españoles más grandes vivieron después del tiempo de Pizarro, puede decirse que, por decirlo así, los mejores tiempos de la arquitectura española y del gusto a obras de arte iba pasando antes de que fuesen poblados estos países, y que fué raras veces que nada de valor fue traído de Europa o producido en América, ni siquiera en el Perú, el más opulento de los dominios coloniales de España.

Antes de que me vuelva del Cuzco español a la antigua ciudad, debo decir algo en cuanto a sus méritos como lugar de residencia. Su altitud (11,100 pies) y su latitud le proporcionan un clima libre de los extremos del calor o del frío, y para los que tengan pulmones holgados y un corazón sano es bastante saludable por todo el año. A fines de septiembre hallamos el aire fresco e invigorante. Por ofensivas que sean la basura y la hediondez, no parecen causar mucha enfermedad; los gases impuros son probablemente menos nocivos cuando son descargados al aire libre que cuando manan de desaguaderos cubiertos hasta las casas.* La campiña al rededor es hermosa, con alturas escarpadas que circunvalan un valle verde y fértil, aunque hay tan pocos árboles que hace falta sombra. Hay a cortas distancias muchos lugares de interés anticuario, aunque por supuesto son accesibles sólo viajando a caballo o en burro o mula, pues no hay más que un camino mediano, el que conduce valle abajo hasta el Vilcamayu. La buena sociedad, aunque pequeña y fuera de moda, enemiga de las ideas modernas e impregnada de clericalismo, es de modales simples y amables. No hay nación que pueda ser más cortés y más agradable que los peruanos, sean de pura descendencia española o sean, como la gran mayoría, descendientes de una mezcla con sangre india. Aunque se considera que el Cuzco, no menos que Arequipa, es un baluarte del moderantismo y del clericalismo, las tendencias modernas se dejan sentir de cuando en cuando. Poco antes de mi llegada había habido una sublevación de los estudiantes de la universidad contra

* Al imprimirse estas páginas primeramente en inglés (abril de 1912), me he enterado de que se propone hacer un esfuerzo para construir desaguaderos y limpiar en general la ciudad del Cuzco.

el rector, el cual era considerado "anti-progresivo"; y se había elegido como sucesor a un joven profesor norteamericano que hacía pocos años solamente que vivía en el Perú empleado en un trabajo del gobierno cuando fué elegido. Parecía estar en buenas relaciones con los funcionarios así como con los estudiantes.

La universidad es antigua, fundada en 1598, pero ni sus rentas ni el número de sus estudiantes son dignos de su antigüedad. Los que asisten desean instruirse en las carreras, en especial la abogacía y la medicina. En casi toda la América del Sud la demanda de enseñanza en la filosofía, las letras y la ciencia es en verdad limitada. Excusado es decir que el clero no recibe instrucción en estas instituciones laicas.

Aunque en sus edificios el Cuzco es esencialmente una ciudad española, en sus habitantes es india. El idioma quichua es el que se habla comúnmente y son los indios aborígenes los que dan a sus calles y plazas ese aspecto pintoresco que compensa su suciedad. Establecen sus pequeños puestos, algunas veces cubiertos de lona, a lo largo de las arcadas y en las plazas, y se están ociosos cerca de ellos con sus ponchos flamantes y sus sombreros de paja de alas anchas y aplastados, cuyo lado para el tiempo seco está cubierto con una especie de pana adornada con oropel, mientras que el del tiempo húmedo está cubierto con franela de color rojo. Las mujeres se asoman a los toscos balcones de madera en el primer piso de las casas y conversan con los ociosos abajo en la calle. Hileras de llamas cargadas pasan de largo, las únicas criaturas que trabajan. Apenas hay vehículos, pues los que no están obligados por la pobreza a andar a pie van la mayor parte montados en burros; y los únicos acontecimientos son los días de fiestas religiosas con sus procesiones, los cuales se suceden con tanta frecuencia que el hábito de la pereza tiene oportunidades sin igual para aumentar. Aunque los quichuas eran bajo los Incas una raza muy industriosa, y aunque todavía cultivan la tierra diligentemente, la atmósfera de la ciudad está impregnada de holgada ociosidad, inactividad y demora. La única fábrica con que nos encontramos fué una cervecería alemana,—por remoto que sea no hay lugar donde no se

encuentre uno con los emprendedores alemanes. No hay negocios tampoco, con excepción del de suministrar algunos artículos baratos a los campesinos de las inmediaciones. El mejor almacén es dirigido por un caballero italiano que ha llegado a reunir una interesante colección de antigüedades.

Ahora volvámonos del Cuzco de los últimos tres siglos y medio al del tiempo antiguo, y veamos lo que queda de la antigua ciudad del sol y de los Incas sus descendientes. Vale la pena hacer esto, pues aquí más que en ninguna otra parte de la América del Sud hay algo que ayuda al viajero a recordar una sociedad y una religión que por ser tan desemejante a la presente parece medio mítica. El que haya leído, como lo hemos hecho la mayor parte de nosotros en nuestra niñez, de las maravillas del imperio peruano que destruyó Pizarro, trae consigo al centro de aquel imperio una viva curiosidad y espera hallar muchos monumentos de sus glorias.

La realidad es desilusionante, y sin embargo causa impresión. Viendo un poco se aprende más que leyendo en muchos libros. Como nuestras expectativas habían sido excitadas, es justo presentar esta realidad con un poco de precisión en los pormenores. El interés en las ruinas consiste enteramente en lo que nos cuentan de sus constructores, pues no hay nada hermoso, nada verdaderamente artístico que merezca describirse. Los vestigios de los Incas * que pueden verse en el Cuzco, y en verdad en cualquier parte del Perú, son todos de una sola clase. Son todo murallas. No quedan ni estatuas ni pinturas. No hay ruinas de un edidicio completamente techado, ni templo, ni palacio; nada más que ruinas en su mayor parte fragmentarias. El escobón de la destrucción española barrió todo completamente. Todo lo relacionado con la antigua religión tenía que perecer; los curas y los frailes se ocuparon de eso. En cuanto a los demás edificios, a nadie se le ocurrió salvarlos. Aun en Italia, no mucho antes del tiempo de

* El nombre Inca pertenece propiamente a la dinastía o familia reinante en la monarquía peruana cuyas relaciones étnicas con sus súbditos conocemos muy poco, pero yo uso el vocablo aquí para denotar no sólo la dinastía, sino también la época de su reinado que, según parece, comprendió dos siglos (posiblemente más) antes de llegar Pizarro. La expresión ''El Inca'' quiere decir el monarca reinante.

Pizarro, hombre tan culto como el papa Julio segundo disponía a su voluntad de los edificios incomparablemente más hermosos de la antigua Roma cuando impedían sus planes de construcción.

Pero las murallas del Cuzco son notables. Son monumentos singulares no sólo de pujanza y de persistencia, sino hasta cierto punto también de habilidad, no en el arte decorativo, pues de esto apenas queda vestigio, sino de un alto grado de pericia en tallar y ajustar enormes bloques. La mayor parte de las calles de la ciudad moderna siguen la misma dirección de las calles del tiempo anterior a la conquista, y en muchas de ellas hay largos trechos de muralla de seis u ocho hasta diez y seis o diez y ocho pies de altura, tan distintas de los edificios españoles que no se puede dudar de su origen incaico. Son de diferentes modelos, cada uno de los cuales probablemente pertenece a una época diferente de la de los demás. La porción más común y al parecer la más moderna se compone de bloques muy grandes de una roca de color gris obscuro, sienita o traquita, todos de igual forma oblonga con su parte exterior, que es casi lisa y ligeramente convexa, sesgada hacia la juntura con otras piedras. Los bloques están ajustados con sumo cuidado, tan unidos los unos a los otros que no es exageración decir que raras veces puede insertarse un cuchillo entre ellos. Las murallas que forman se inclinan un poco hacia atrás, y en la mayor parte de los casos las piedras son más pequeñas en la parte superior que en la inferior. Dos muros de esta clase cercan una calle larga y ancha que se dirige hacia el sudeste desde la plaza mayor. Están bien preservados, y en algunos sitios soportan el peso de casas modernas construidas sobre ellos. Hay pocas aberturas para puertas o ventanas, pero una entrada alta proporciona un buen ejemplo de la puerta incaica, y sobrepuesta a ella hay una losa larga en la cual están esculpidas en relieve muy toscamente las figuras de dos serpientes. En otros lugares se hallan murallas de la misma índole, pero de bloques más pequeños y de hechura más perfecta. De aun otra clase es el mejor ejemplo, el muro del llamado Palacio del Inca Roca. Es lo que en Europa se considera un edificio ciclópeo, de bloques enormes de diferentes

formas, pero cada uno tallado con esmero y tan bien ajustado a las desigualdades de los bloques contiguos que todos están perfectamente unidos. Una piedra famosa presenta doce ángulos a los cuales se han ajustado otras piedras arriba, abajo y a los lados. Este modelo parece más antiguo, quizá por algunos siglos, que el descrito al principio. En ninguna de las murallas se ha usado mezcla ni ningún otro material de cementar; su firmeza consiste en el peso de los bloques y en la precisión con que han sido ajustados. La obra más bien acabada de todas puede verse en las ruinas del gran templo del Sol, en cuyo lugar y de sus mismas ruinas se ha construido la iglesia y el convento de Santo Domingo. Aquí, al extremo occidental de la iglesia, se halla lo que al parecer era el muro externo de la extremidad del templo. Es redondo, y cada una de las piedras cuadradas está tallada de manera que se ajusta perfectamente a la curva del muro. Ninguna de las piedras tiene la convexidad que se nota en las de las murallas descritas al principio, porque todas ellas han sido aplanadas y pulidas en su lado exterior de manera que formen una superficie uniformemente lisa y curva como si todas fuesen de un sólo bloque. No se puede imaginar obra acabada con más primor. Vale a lo menos tanto como cualquier cosa de su clase en Egipto y está en tan perfecta condición ahora como lo estaba cuando los españoles destruyeron la parte superior del templo.

La ciudad está llena de estos fragmentos de murallas. En rincones apartados yo descubrí algunos que soportaban pequeños cuadros de jardín terraplenados, otros en corrales y aún en pocilgas, y me pareció que había cuatro o cinco diferentes clases o modelos de tallados o de ajustes de piedras pertenecientes a distintas épocas.* Si todos los edificios erigidos desde 1540 pudiesen ser removidos sin alterar los más antiguos debajo de ellos, lo que queda sería suficiente para darnos un plano fundamental bastante completo de la ciudad incaica y nos ayudaría a concebir una idea de su índole. Pero no

* Un arqueólogo perseverante podría, examinando y retratando ejemplares de cada clase, determinar su sucesión cronológica y de esta manera esclarecernos en cuanto a la historia de la ciudad. El modelo más antiguo parecía ser el de la muralla del Inca Roca, muy semejante a las murallas de Sacsahuaman que van a ser descritas dentro de poco.

adelantaríamos mucho en nuestro deseo de saber cual era el verdadero aspecto de los grandes palacios y de los templos antes de que empezara la obra de destrucción. Los Incas hicieron construir espaciosos salones cubiertos, sabemos de uno de doscientos pasos de largo por cincuenta de ancho, pero no se sabe como estaban techados, pues por supuesto, ellos no conocían el arco. Al parecer no había sino poco o nada de esa forma avanzada del arte de ornamentado en diseño o de figuras de hombres o de animales que admiramos en las ruinas de Copán (en Honduras) o de Palenque (en el Yucatán) y en otros lugares de la América Central. Quizá el carácter sólido de las piedras volcánicas u otras duras piedras ígneas que los Incas usaron, tan diferentes de las piedras calizas relativamente plásticas de Palenque y Mitla, frustraron los experimentos de detallada decoración mural. Quizá el talento artístico de los peruanos no alcanzó a tanto. Su alfarería, sea sencilla o que represente las formas de criaturas vivientes, es por lo general tosca y las pinturas en vasijas de madera demuestran sólo una mediana facultad para el dibujo, aunque sí manifiestan esa exquisita percepción del color que es distintiva de la mayor parte del trabajo artístico de los aborígenes de América.

El Cuzco no tiene museo público, pero hay dos o tres galerías particulares. En una de éstas los objetos más interesantes que nos enseñaron fueron pinturas en tablas que representaban combates entre guerreros peruanos y sus enemigos, las tribus salvajes de los bosques orientales. Los primeros pelean con lanzas y tiene hondas para su arma arrojadiza, los últimos usan el arco, lo mismo que sus descendientes de hoy día. En esta colección había también arcos más altos que un hombre con flechas correspondientes en tamaño, armas formidables que algunos de los naturales de los bosques tienden con los pies, colocándolas horizontalmente, y con las cuales se dice que matan peces en los ríos, así como animales terrestres. Las flechas, los penachos de plumas, las toscas cabezas de pumas, gastos monteses y aves de rapiña demostraban en conjunto un gusto de barbarie y eran muy inferiores a las reliquias del arte egipcio o

asirio.* Las momias peruanas, de las cuales vimos ejemplares también, no están extendidas a lo largo como las de Egipto, sino que tienen las rodillas pegadas a la barba.

Aunque las murallas en el interior del Cuzco son en verdad grandiosas, parecen insignificantes cuando uno examina las más estupendas de la fortaleza prehistórica en el monte Sacsahuaman que se levanta directamente sobre la ciudad a una altura de unos seiscientos cincuenta pies. Las describo más detalladamente porque en años recientes se han estudiado mucho las murallas llamadas ciclópeas y otras murallas antiguas de Europa, tales como las de Tarragona en España, las de ciudades griegas como Tirinis y Naxos y las de ciudades volscas y latinas al rededor de Roma, de manera que puede ser que una relación de las estructuras más imponentes del Perú interese a algunos lectores. El monte, en medio de cuya ladera y en un terraplén se hallan las ruinas del palacio atribuido al Inca Manco Capac, es en su parte superior sumamente empinado, en algunos lugares hasta precipitoso, y domina un panorama admirable del conjunto de casas de techos rojos, de las largas calles derechas en algunas de las cuales pueden apenas distinguirse los contornos obscuros de murallas incaicas, de las tres plazas anchas con los indios y sus llamas que andan de un lado a otro como hormigas, del resplandeciente valle abajo y de las blancas cumbres del nevado Ausungate que traspasa la atmósfera en lontananza. Al rededor de la parte superior del monte se extendían muros de piedra y en el lado meridional quedan aún restos de ellos. Con su altura y solidez, y con la consistencia natural del terreno, la fortaleza debe de haber sido inexpugnable por este lado antes de la invención de la pólvora. Pero en el otro, hacia el norte, opuesto a la ciudad del Cuzco, el monte no sólo es menos empinado sino que tiene mucha menos altitud, pues tiene menos de cien pies de alto sobre el nivel del terreno a su pie. Aquí, desde luego, puesto que la naturaleza había hecho menos, el hombre tuvo que hacer más: y

* En el Museo de Historia Natural de Nueva York pueden verse buenos ejemplares de todas estas cosas.

por eso hallamos aquí murallas en una escala de grandeza incomparable.

Están construidas en tres líneas paralelas, una tras otra, y su longitud de casi un tercio de milla, así como la solidez de su construcción y el tamaño enorme de algunas de las piedras hacen de esta fortaleza uno de los monumentos más impresionantes de los tiempos prehistóricos que contiene el mundo. Todo esto demuestra que los que las hicieron erigir tenían una idea determinada, y una energía persistente en llevar a cabo esa idea, lo cual parece extraño en un pueblo primitivo,* pues la obra parece pertenecer a pueblos muy remotos, muy anteriores a los de los Incas históricos que fueron conquistados por los españoles.

Apenas menos notable que el tamaño colosal de estas fortificaciones es la destreza militar manifestada en su construcción. Su linea no es recta, como lo es la de la mayor parte de los muros de las antiguas ciudades griegas romanas y medioevales, sino que consiste de una serie de ángulos salientes y entrantes de manera que de cada ángulo saliente y de cada ángulo interior todo el espacio fuera y bajo el muro hasta el próximo ángulo surgente podía ser dominado por la guarnición. Esta disposición que aunque agrandó la longitud de la obra y requirió más trabajo para concluirla, aumentó inmensamente su eficacia defensiva, demuestra una habilidad apenas esperada en una raza relativamente pacífica y más versada en la ciencia del gobierno que en la de la guerra. Y sin embargo, fué quizá porque no eran guerreros tan sobresalientes como los aztecas y los iroqueses que los quichuas lograron idear medios para su defensa. Esparta fué la única ciudad griega de importancia que no estaba cercada de muros porque el valor de sus habitantes era considerado bastante protección.

En la cumbre del monte y detrás de estas líneas de baluartes hay ruinas de antiguos edificios, aunque nin-

* Hay motivo para creer que el Cuzco debe de haber sido habitado en tiempos sumamente remotos. En el año de 1911 el profesor Bingham descubrió en una hondonada estrecha, a menos de una milla de la ciudad, huesos humanos bajo un depósito de casajo amontonado y endurecido, que al parecer se remontan a una época anterior a la última glacial. Parece aún problemático determinar cuan remota es esa época en el Perú, pero debe uno considerar que han transcurrido muchísimos siglos. Este descubrimiento notable se está investigando ahora aún más.

guno de ellos tiene piedras tan enormes. Es difícil establecer para que se usaban tales edificios, pues toda porción de terreno sobre la que se ha edificado algo ha sido explorado repetidas veces en la busca de tesoros escondidos.

Todo el Perú está lleno de cuentos de cantidades fabulosas de oro de los Incas escondidas para salvarlas de la rapacidad de los conquistadores, y puede ser que algunas de las historias sean verdad, aunque apenas se ha hallado algún tesoro de esa especie desde hace más de un siglo. Pero la historia de que hay un pasadizo secreto por medio de la roca, desde el palacio incaico en la cumbre del monte hacia abajo y hasta el Cuzco, donde va a dar al templo del Sol, parece imposible a cualquiera, excepto a los naturales crédulos. Esta creencia en pasadizos subterráneos es común en todas partes del mundo. En Oxford se creía,—y quizá se cree aúnque hay uno desde la iglesia de San Pedro en la ciudad hasta el arruinado convento de monjas en la orilla del río en Godstow (prisión de la bella Rosamunda) a una distancia de dos millas. Se cree en Keruan (en Tunisia) que la más sagrada de las cisternas en aquella comunidad, la más sagrada de todas en África, conduce bajo tierra hasta el pozo Zem Zem en la Meca a una distancia de dos mil millas y más adelante hasta el otro lado del Mar Rojo. La busca de tesoros más persistente hecha por los peruanos es la de la cadena de oro que hizo hacer el Inca Huayna Capac, de bastante largura para poder ser extendida al rededor de la grande plaza del Cuzco, y la cual fué echada al lago para que no cayese en manos de los españoles. Todo el mundo cree que está aún en el fondo del lago que es muy hondo.

En frente de los grandes muros, y a eso de un tercio de una milla, se halla una loma roqueña llamada el Rodadero a causa de una rara mole convexa de dura roca ígnea sobre ella. La roca está alisada y tiene dos lomos proyectantes en su superficie. Cuanto se debe a la naturaleza y cuanto al ingenio del hombre que mejora su obra en esta inclinación singular por el cual les ha gustado deslizarse a tantas generaciones de chicos peruanos—ya se divertían en esto en tiempo de Garcilaso, poco después de la conquista—ha sido cuestión muy discutida. Pero aun

mucho más curiosos son los asientos tallados en la roca dura por toda la cumbre y en las laderas del monte, pues la entalladura ha sido ejecutada con mucho esmero y primor, los ángulos son perfectamente distintos y las partes planas completamente lisas. Lo más notable es una serie de trece asientos, uno en la parte más alta y más central, nueve más conforme se baja del primero a su lado izquierdo y tres a su derecha. Esto se llama el Trono del Inca, pero no hay crónica ni tradición auténtica de su objeto, ni de las personas que lo construyeron, ni del uso de los otros muchos asientos, escaleritas, nichos y cavidades entalladas en la roca de igual manera aquí y allí en derredor. En un lugar dos grandes bloques primorosamente labrados parecen ser fragmentos de una entrada destrozada por un terremoto, y a corta distancia hay raros pasadizos abiertos en las rocas, y ya en parte cerrados, que parecen haber sido una especie de laberinto. Al mirar el Trono del Inca la primera conjetura que uno puede formarse es que los asientos eran para los jueces de un tribunal. Otros asientos parecen más bien capillas para imágenes; pero no se han hallado fragmentos de imágenes. Todas estas entalladuras y alisaduras singulares parecen tan inexplicables que uno podría imaginárselas mero capricho de un gobernante antojadizo, a no ser por el inmenso trabajo que debe haberse requerido para llevar a cabo la obra de manera tan perfecta y con material tan sólido. Ningún escritor español del tiempo de la conquista nos da informes. Es un enigma cuya clave se ha perdido irreparablemente, pues no quedan ni inscripciones ni tradiciones.

Volviendo a la fortaleza de Sacsahuaman, es opinión general que fué erigida como obra exterior para defender al Cuzco de los ataques de las tribus bárbaras de los valles al este y al norte cuyas incursiones los indios tenían que rechazar frecuentemente. Parece, sin embargo, superfluamente enorme para defensa en contra de tales enemigos, sin añadir que hubieron podido descender al Cuzco fácilmente por los otros lados de las dos hondonadas entre las cuales se halla la fortaleza. Por consiguiente, es más probable que Sacsahuaman sea un fuerte muy antiguo, probablemente anterior al Cuzco,

o de todos modos anterior a la época de su grandeza. Puede que haya sido la primera capital de algún rey o dinastía muy antigua, y que en el tiempo próspero de la monarquía servía de ciudadela donde el soberano reinante guardaba sus tesoros y a donde podía retirarse en salvo en caso que fuese necesario.

No pretendo describir todas las reliquias de la antigüedad que pueden hallarse en el Cuzco o sus inmediaciones. Hay ruinas notables a corta distancia tales como las de Ollantaytambo y Pisac, y más abajo en el valle Vilcamayu en Macchu Pichu y Rosas Pata, así como otras aún más distantes en las alturas entre este lugar y Lima.* Pero lo que puede decirse del Cuzco puede decirse también de cualquiera otra parte. Las únicas ruinas que existen son de murallas, entradas de fortalezas o palacios; en algunos lugares también de templos. En todas éstas hay evidencias de enorme trabajo y de considerable habilidad mecánica, pero muy pocas pruebas de talento artístico. Los muros perfectamente bien tallados y pulimentados raras veces tienen ni siquiera los más pequeños ornamentos, con excepción de nichos. No hay cúpulas, pues no se conocían el uso del arco, y se hallan muy pocas columnas. A lo que podemos decir, el gran templo del sol en el Cuzco consistía sólo de patios cercados por altísimas paredes sin decoraciones en éstas, excepto placas de oro pegadas a ellas. Es verdad que los españoles destruyeron todos los edificios religiosos y muchos de los profanos, pero si hubiese habido templos cubiertos de ornamentos como los hallados en el sud de Méjico y en la América Central de seguro que habrían quedado algunos vestigios.

No obstante esta carencia de arte decorativo, las ruinas del Cuzco causan en el espectador una viva impresión, la impresión de la tremenda energía y voluntad de los que proyectaron estas obras, del labor bien adiestrado y pacienzudo en los que las ejecutaron. Sólo reyes despóticos que gobernasen como los de Egipto una

* Como las que se hallan en Choqquequirán descritas por mi amigo el profesor Bingham en su libro titulado ''A través de la América del Sud''. En 1911 él descubrió un edificio incaico en el río Pampaconas en un lugar que está a una jornada de quince días al norte del Cuzco y sólo a dos mil pies sobre el nivel del mar. No se sabía anteriormente que su poderío se extendiese tan lejos en esa dirección.

multitud de súbditos obedientes pudieron haber hecho construir una estructura como la fortaleza de Sacsahuaman. La nación que pudo erigir tales edificios y reunir tales tesoros como los contenidos en el templo del Sol, y que pudo conquistar y regir un dominio de una jornada de cincuenta días de norte a sur, debe de haber sido una raza poderosa y agraciada a su manera. Es difícil creer que fueron los progenitores de estos indios oprimidos y estólidos que uno ve hoy día vendiendo sus toscos efectos en el mercado del Cuzco. Es su antigua ciudad imperial, pero apenas hay uno que pase de obrero; y durante los tres siglos pasados pocos han salido de la condición vil a que los redujo la conquista.

La caída repentina de una raza entera es un acontecimiento tan raro en la historia que uno busca explicaciones. Puede ser que no sólo fué anihilada toda la familia real incaica en la guerra, sino que también sucumbieron todos los de la clase predominante, quedando solamente los campesinos que ya eran esclavos bajo los soberanos nativos. Pero nos inclinamos a creer que la terrible catástrofe que les sobrevino en la pronta destrucción de su monarquía, su imperio y su religión por conquistadores crueles, incomparablemente superiores en energía y conocimientos, debió de haber abatido no sólo el espíritu de la nación, sino también el amor propio de los individuos que la componían. Ya eran antes un pueblo dócil y sumiso, y ahora bajo una nueva tiranía mucho más austera que la de los gobernantes de su propia sangre cayeron en una indiferencia irremediable y no se acordaron más de lo que habían sido sus antepasados. La vehemencia de su lealtad a su soberano y a su dios fué causa de su impotencia, pues cuando ambos fueron destronados no les quedó nada a que recurrir, ni nada que ambicionar. En su comportamiento aborrecible los conquistadores obraron cuerdamente empleando expedientes crueles para violentar el amor propio del pueblo e imprimir el terror en sus pechos. No puede uno ir a la plaza mayor del Cuzco sin recordar la escena del año de 1571 cuando uno de los últimos de la estirpe de los Incas, joven inocente, apresado y acusado del crimen de sublevación por el virrey español Francisco de Toledo fué ejecutado en presencia de una

inmensa multitud india que llenaba la plaza. Al levantar el verdugo el arma mortífera, tal fué el grito de horror que resonó por toda la plaza que el verdugo vaciló y los eclesiásticos españoles más influyentes acudieron al virrey a interceder por el Inca. Mas resuelto a hacer un escarmiento, Toledo fué inexorable. El joven Inca, Tupac Amaru, fué decapitado, y su cabeza fué fijada en una pica y colocada al lado del patíbulo. Un Español que se asomó a media noche a una ventana que daba a la plaza se asombró de verla llena otra vez de indios, todos silenciosos e inmóviles, arrodillados en reverencia ante la cabeza del último representante de la sagrada dinastía.

Más de doscientos años después otro vástago más remoto de los Incas, José Gabriel Condorcarqui, que había tomado el mismo nombre de Tupac Amaru—ya he hablado de él en la página 76—se indignó al ver lo que el pueblo indio sufría a causa de las extorsiones así de los propietarios que los tenían de esclavos como de los codiciosos funcionarios españoles. Después de muchas demandas infructuosas se puso a la cabeza de un movimiento para obtener reparación a la fuerza, aunque sin repudiar la autoridad de la monarquía española, sino más bien procurando excitar a los indios haciéndoles presente la moribunda grandeza de los Incas. Esperando mejorar sus condiciones miserables, miles de aborígenes se atroparon bajo su estandarte. Pero estaban mal armados y aún peor organizados; la raza ya no tenía fuerzas para luchar, y en pocos meses el levantamiento fué reprimido después de una matanza terrible, el cabecilla fué vendido a los españoles, su familia secuestrada y todos fueron llevados al Cuzco prisioneros. Allí, por sentencia del juez español, un monstruo llamado Areche, le cortaron la cabeza al tío, al yerno y a la esposa de Tupac Amaru y después los ejecutaron ante sus ojos para que así, viendo la agonía, le fuese la muerte más terrible a él. Entonces, después que se le hubo cortado la lengua a él también, su cuerpo fué destrozado por cuatro caballos enganchados a sus cuatro extremidades. Todo esto sucedió en 1781 en vida de los abuelos de la presente generación. Dentro de veinte años después de eso empezaron las primeras conspiraciones contra la

autoridad de España que fueron el principio de la guerra de la independencia.

El Cuzco ha presenciado otros actos de horror y lucha. Paseándose uno por sus calles le viene a cada momento el pensamiento de cuanto ha pasado en un lugar donde hoy día no parece acaecer nada. Tal vez sea esta realización tan intensa solamente porque las crónicas de la ciudad contienen tanto horror; pero hay en verdad pocos lugares donde las mismas piedras parezcan más impregnadas de historia. Hace más de tres siglos el historiador Garcilaso comparó al Cuzco con Roma. Las dos ciudades no se asemejan casi nada más que en el hecho de haber sido ambas capitales de imperios que dejaron de existir hace mucho tiempo y de sedes de religiones que ya han desaparecido desde hace siglos. Pero en ambas es predominante esa sensación de una perspectiva en la historia que se remonta a tiempos muy remotos y que está llena de espectros de la antigüedad, Las largas calles y casas grises del Cuzco español que están desmoronándose, las antiguas murallas del Cuzco peruano que desafían el tiempo mejor que los conventos y las iglesias, elementos que presentan el contraste entre dos razas y dos civilizaciones, las plazas que son ahora demasiado vastas para la población mermada, la extraña realización de que aquí viven dos pueblos juntos en un lugar de donde se ha desvanecido la antigua vida y en el cual no ha entrado una nueva, la realización del extremo alejamiento del mundo moderno, todas estas cosas dan al Cuzco una melancolía extraña y propia de un sueño, una melancolía tanto más intensa cuanto que había poco en tiempos pasados que uno deseara ver restaurado. La antigua civilización tenía sus desventajas. Pero ¿valía la pena destruirla para erigir en sus ruinas lo que trajeron al Perú los conquistadores?

APUNTE REFERENTE A LA FORTALEZA DE SACSAHUAMAN

Los muros de Sacsahuaman están construidos en tres líneas paralelas, la más baja de las cuales se halla en tierra llana al pie mismo del monte; la segunda a unas seis varas detrás de la primera, y desde luego en la la-

dera; la tercera, aun más arriba, está a tres varas detrás de la segunda. El terreno detrás de cada muro ha sido rellenado y aplanado hasta formar una especie de terraplén soportado por el muro de enfrente. Estas tres líneas de muros se extienden hasta proteger toda la parte del norte del monte, de una largura de casi seiscientas varas, entre los puntos donde desciende precipitadamente a hondonadas profundas al este y al oeste, las cuales ofrecen una defensa natural. El muro exterior al pie del monte es el más alto, casi de veinte y seis pies; el del medio es de diez y ocho a veinte; el interior, que es el menos preservado, es poco menos alto que el segundo, quizá de unos quince pies. Las piedras en la línea exterior son las más grandes. Una tiene más de veinte y cinco pies de alto, catorce de ancho y doce de espesor. No son pocas las que tienen más de quince pies de alto y doce de ancho. En cada muro había tres aberturas o entradas, la mayor de las cuales es de doce pies de alto, y sobre cada una de ellas había una losa larga y plana. Los bloques, de dura piedra caliza parduzca, son todos o casi todos de tosca forma cuadrada o cuadrilonga, aunque a veces cuando la forma de uno es irregular, la irregularidad consiste en un ángulo entrante y la piedra contigua ha sido tallada de manera que tenga un ángulo saliente que encaje para que la estructura resulte así más bien unida. El frente de cada uno es un poco convexo y sesgado hacia el canto donde se une el bloque a los contiguos. Todos están encajados con tal precisión que aun hoy día casi no se ven ningunos insterticios, aunque el ajuste debe de haber sido aún más exacto antes de que el tiempo y los terremotos hubieran empezado a producir su efecto en la estructura. Su consistencia depende del tamaño de las piedras y de su ajuste, pues no se usó mezcla en ella. Cada muro se levanta un poco, quizá pie y medio, sobre el terraplén que está inmediatamente detrás, pero el nivel de éste debe de haber sido originalmente algo más bajo para que así los que defendían la fortaleza fuesen protegidos mejor por el muro enfrente de ellos en contra de los proyectiles tirados por los enemigos.

CAPÍTULO IV

EL LAGO TITICACA Y LOS ANDES CENTRALES

Desde el Cuzco, la más antigua de las ciudades americanas, y sus recuerdos mezclados de un pasado indio y un español, deseo que el lector me siga en su imaginación a una tierra de quietud antigua donde un pueblo primitivo, bajo el ímpetu de una naturaleza severa, y casi sin ser influido por todo lo que ha traído consigo la civilización moderna, vive aún la misma vida y conserva las mismas creencias de sus antepasados de hace muchos siglos. Me refiero al centro de la meseta andina donde en un país casi tan puro indio como cuando se rindió a Pizarro, se halla el lago Titicaca.

Desde que de muchacho había leído de una grande inmensidad de agua tierra adentro entre las dos cadenas de la cordillera, y casi tan alta sobre el nivel del mar como la cumbre del Jungfrau, había pensado en el aspecto de tales montañas y de tal mar, y había registrado libros e interrogado viajeros sin poder averiguar de ellos lo que yo deseaba saber. En toda la superficie de la tierra no hay otros cuerpos de agua dulce que se aproximen a éste en altitud, excepto en las mesetas del Asia Central, y ninguno de ellos, tales como los lagos Manasarowar en el Tibet * y el Sir-i-kul en los Pamires son tan extensos como este lago en el Perú. Ocupa la parte inferior de una inmensa concavidad somera entre las cordilleras oriental y occidental; y el terreno al norte y al sud es por mucha distancia tan llano que bien podemos suponer que la superficie cubierta por el agua fué en otros tiempos más extensa de lo que lo es ahora. Su largura al presente es de ciento veinte millas, su

* El doctor Sven Hedin afirma que la altitud del lago Tso Mavang es de 15,098 pies sobre el nivel del mar.

más grande anchura es de cuarenta y una millas y su área es casi igual a la del lago Erie. Su forma es sumamente irregular, pues hay muchas bahías cerradas y muchos promontorios salientes. Hay también muchas islas, dos de las cuales, famosas en la mitología peruana, voy a describir pronto.

Esta meseta central del Perú es una región singular. Como su altitud es de doce a trece mil pies sobre el nivel del mar el clima es siempre frío, excepto cuando está uno expuesto a los rayos perpendiculares del sol, pero varía de estación a estación relativamente poco y aunque nieva a menudo, la nieve desaparece pronto. En atmósfera tan rigurosa y con lluvia bastante escasa sólo pueden madurarse algunas cosechas, tales como de patatas (la planta es indígena de la América del Sud, donde hay también otras especies de plantas solanáceas) cebada, oca (oxálida tuberosa, especie de acederilla) y la quinoa (especie de quenópodo * comestible) así como de maíz, aunque éste puede cultivarse sólo en los lugares más calientes y mejor protegidos. Hay pocos árboles, y éstos achaparrados; en ninguna parte se ve un bosque. Hasta los arbustos son achaparrados, de manera que la leña es escasa y los habitantes de las montañas usan para cocinar el penacho de una grande planta de raíz leñosa llamada *yareta,* la cual crece en las altas montañas y, como la turba de Irlanda, arde mucho pero se consume pronto, y en las regiones más bajas usan la *taquia,* el excremento de la llama, así como el excremento del yak se usa de igual manera en el Tibet. A nadie se le ocurre encender lumbre para calentarse: pues aunque los naturales no parecen sentir frío, los blancos tiritan y se ponen ropa adicional. Le parece extraño al viajero el que continúe gente morando en una región tan desfavorable y que a corta distancia hacia el este, al lado opuesto de la cordillera oriental, haya valles cálidos y lluvia abundante que ofrecen mejores condiciones para la vida.

Esta región altísima que se extiende desde las cumbres nevadas del Vilcañota hasta La Paz en Bolivia, una

* En algunas partes de Méjico los indios usan como alimento las semillas de una especie de quenópodo. El hombre civilizado no se ha ocupado de averiguar que elementos utilizables pueden haber en algunas de las plantas de que se aprovechaba el hombre primitivo o salvaje.

distancia de más de doscientas millas, con sus extremos septentrional y occidental en el Perú, y los oriental y meridional en Bolivia, es, en verdad, un país puramente indio y se llama el Collao. En tiempos antiguos fué una de las cuatro divisiones del imperio incaico. Los habitantes hablan un idioma llamado aimará, relacionada al quichua que se habla más hacia el norte. En tiempo de los Incas había al parecer muchas tribus pequeñas, cada una con su propio idioma, pero sus nombres y sus tradiciones han perecido con sus idiomas, y con la insignificante excepción de un pueblo pequeño y primitivo llamado los urus (del que hablaremos luego), todos los aborígenes de los Andes superiores están divididos ahora en quichuas y aimarás. La diferencia moderna entre el Perú y Bolivia es puramente arbitraria y política. Los aimarás que moran al oeste del lago en el Perú son de la misma raza que los aimarás que viven al este en Bolivia.

Como en el Tibet, al cual se parece más a causa de su altitud y de su clima frío y seco, este extraño país no produce más de lo necesario para sus habitantes y no tiene nada que exportar, excepto la lana de la alpaca y minerales, y al presente no mucho de éstos, pues son pocas las minas que se están explotando. La población no aumenta, pero tampoco disminuye, y dondequiera que el terreno es propio para el cultivo, esto es, donde no sea demasiado pedregoso o pantanoso, es cultivado por los indios que viven aquí del mismo modo ordinario que lo hicieron sus antepasados. Ni es sólo en los fondos llanos de los valles que ve uno sus sembrados de patatas o de cebada. Las inclinaciones empinadas de los montes que se levantan del lago han sido terraplenadas también para allanar terreno para el cultivo, y cada trecho de tierra es soportado por una muralla de piedras desprendidas bien ajustadas. Estos andenes (así se llaman), que son comunes por todas las regiones montañosas del Perú, recuerdan a uno los terraplenes sembrados de viñas en la región del Rin, y como ellos son prueba de siglos de trabajo y de paciencia. Como no hay estiércol ni ninguna otra clase de abono, se deja el suelo en barbecho de cuando en cuando de manera que el espacio cultivado es siempre menos del que podría

esperarse del número de terraplenes. Aunque todos los agricultores son indios, la mayor parte del terreno pertenece a grandes propietarios que raras veces vienen a verlo por más de dos meses al año, y los labradores les pagan dándoles parte de sus cosechas o trabajando un número determinado de días en su hacienda o finca especial, la cual es administrada por su mayordomo, o quizá sirviéndoles personalmente por algunas semanas en las poblaciones donde viven. La vida de estos aldeanos es ordinaria y dura, aunque no tienen que temer a la miseria y su vida no es más escuálida que la de los lugareños de algunas partes de Europa. Sus casas son de fango bien endurecido al sol—el adobe común de la América del Sud—o quizá de piedras grandes toscamente puestas sobre fango que sirve de cemento; a menudo los animales domésticos se comparten el aposento de la familia, y las camas son una especie de tablado o diván de tierra levantado un poco del suelo a lo largo de las paredes de la choza. Apenas hay muebles, pues la madera es rara y costosa en estos lugares tan lejos de la costa a un lado y de los bosques al otro, pero los aldeanos han llegado a reunir bastantes bienes, entre ellos ricos vestidos y ornamentos que pueden exhibir los días de fiestas. Su vestido consiste de camisa y pantalones de algodón burdo y un poncho de gruesa lana; su alimento principal es patatas heladas y desecadas, pues así pueden ser conservadas en reserva, y también cebada; la chicha es su único regalo o el aguardiente cuando pueden conseguirlo; sus diversiones son las fiestas religiosas con procesiones por la mañana y bailes orgiáticos después; o peleas con los habitantes de los lugares vecinos. Y sin embargo, a pesar de esta escualidez y pobreza aparentes, los naturales de esta región están y han estado por mucho tiempo más adelantados en la ciencia de la vida que sus vecinos, las tribus medio nómadas de los bosques transandinos, los cuales se mantienen con lo que pueden matar con sus flechas o sus sopletes y viven constantemente aterrorizados por el jaguar y la boa y por los hatos de perros y pecaríes montaraces que son aún mucho más temibles. La agricultura y la vida asentada son siempre elementos del progreso material, y los aimarás hubieran probablemente salido de la especie de escla-

vitud virtual en que se hallan y de la que apenas ningunos salen, si no hubiesen caído bajo el gobierno de una raza extranjera y más fuerte que no simpatizaba con ellos ni les ayudó a elevarse.

Vuelvo ahora al lago mismo que llena el centro de esta meseta singular. Sus riberas al norte y al noroeste, que quedan en territorio peruano, son bajas y el agua somera, mientras que las de los extremos al este y al sudeste en Bolivia son por lo general altas y escarpadas con muchos promontorios roqueños e islas en frente de ellas. La mayor profundidad es cerca de seiscientos pies. Los frecuentes temporales y las repetidas olas gruesas hacen que la navegación sea arriesgada, tanto más cuanto que el agua es tan fría que, como en el Lago Superior también, el nadador se entumece tan pronto que tiene poca oportunidad de llegar a tierra vivo. A veces se acumula algún hielo en las bahías más someras, pero no dura mucho. Hay muchas aves acuáticas, gaviotas, somorgujos y flamencos y una especie de garza, además de águilas y falcones, aunque el gallinazo de las regiones más bajas no llega hasta aquí y ya no se ve el cóndor tan a menudo. Hay bastantes peces, pero al parecer sólo de dos géneros, y sus especies (se conocen ocho) se hallan casi todas sólo en este lago y en el Poopo, en el cual desagua. La escasez de la fauna y la flora parece natural si considera uno las condiciones desfavorables del clima. Entre las plantas acuáticas la más común es una especie de junco llamado totora, al parecer perteneciente o relacionada al género británico y norteamericano escirpo. Crece en agua de dos a seis pies de profundidad y se levanta varios pies sobre la superficie y de él, a falta de madera, construyen los indios sus embarcaciones, tejiéndolo y amarrándolo, pues es fuerte y boyante. En estos barcos que al parecer son frágiles, impelidos por velas del mismo material, cruzan el lago, a veces llevando en cada uno dos o tres hombres y una carga bastante pesada. Estas embarcaciones que no tienen proa ni popa, aunque sus extremos son altos, son más bien balsas que barcos y son dirigidas por medio de canaletes e impelidos por medio de los mismos cuando no hay viento. Su mérito consiste en que no pueden hundirse, de manera que cuando los destroza un temporal, los marineros

pueden mantenerse en uno de los haces de juncos de que se compone cada embarcación y así puede llegar a tierra, a menos que muera de frío. Dentro de poco tiempo se aniegan de agua y son inservibles, mas esto no importa, pues la totora cuesta sólo el trabajo de recogerla y el abasto es más que la demanda. Esta especie de embarcación primitiva era conocida en la costa del Perú también: los primeros exploradores españoles encontraron balsas de madera allí que llevaban mercancías de un puerto a otro.

Hoy día hacen viajes por el lago cuatro vapores pequeños, uno de ellos tres veces por semana, entre Puno, en el Perú, el término del Ferrocarril del Sur del Perú, hasta Guaqui en Bolivia, de donde hay un ferrocarril hasta La Paz. Al presente ésta es la manera más rápida de ir desde Panamá y la costa del Perú hasta la Bolivia central.

El agua del Titicaca es pura y de una claridad exquisita. Algunos dicen que es salobre, pero yo no pude probar el sabor salino. Muchas corrientes que dimanan de las montañas cargadas de nieve desembocan en él; y él mismo desagua al sud, por medio de un río llamado Desaguadero que corre apaciblemente por ciento veinte millas a través de la meseta boliviana, en la grande laguna somera de Poopo, o Aullagas, la cual fué en un tiempo parte del inmenso mar interior del cual Titicaca es el residuo más grande hoy día. Este lago de Poopo no tiene desembocadura al mar. Parte de su agua es absorbida por el sol caliente del desierto: el resto se hunde en la arena y desaparece.

Pasamos dos días navegando por el lago y visitamos las famosa capilla moderna de la Virgen de la Luz en Copacavana en tierra firme y la famosa capilla antigua de la Roca del Sol y del Gato Montés en la isla de Titicaca, cuyo nombre se le ha dado al lago también. Cuando las nubes grises cobijan los montes a poca altura el paisaje de esta tierra yerma debe de ser en verdad severo y triste. Pero nuestra visita tuvo lugar a fines de septiembre, en la primavera del Perú, cuando la escasa lluvia que hay entonces empezaba a refrescar la tierra después del invierno árido. El sol resplandecía en el cielo. Sólo se veían algunas nubes blancas muy arriba

en el aire o pegadas a las inclinaciones de los montes distantes; y la extensión de agua por sobre la cual nos adelantábamos era cual sabana de azul deslumbrante. Este color del lago Titicaca es extraño, pues no es intenso y obscuro como el océano tropical, ni opaco como el azul verdoso del mar Egeo que Homero compara con vino rojo obscuro, sino claro, apacible, cristalino, como el del cielo que cobija el lago. Aun en la resplandeciente luz del sol tenía ese brillo apacible que podemos ver en las grietas de un ventisquero; y las olitas relucían como brillantes.

La ribera peruana a lo largo de cual navegábamos era empinada y escarpada con promontorios que proyectaban al lago e islitas que lo orlaban. Muy lejos hacia el este a través del agua reluciente se levantaba la costa boliviana en sucesivos terrados pardos, lomas de cumbres planas donde se cultivaba el terreno, y más arriba cerros de un color gris azulado que se cambiaba en color lila a medida que los cerros se alejaban, mientras que aun más atrás, tenues aunque claros al nordeste, se veían los aserrados contornos de la cordillera nevada que separa la cuenca del lago de los valles que se extienden hacia el este y los bosques del Amazonas. Había algo misterioso y romántico en aquellas montañas muy distantes a cuyas inmediaciones han ido pocos europeos, pues se hallan en una región seca casi despoblada porque no vale la pena vivir allí,—

> ''tierra inculta que no ha pisado
> El hombre desde la creación del mundo''.

La sierra más cercana y más alta hacia el sudeste del lago, a la que los naturales llaman la Cordillera Real y los geógrafos la Sierra de Sorata, estaba casi cubierta por las nubes espesas que a esta hora—eran ya las diez y el sol hacía surgir vapores de los valles—iban reuniéndose sobre sus nieves y no fué hasta por la tarde que se revelaron sus inmensas proporciones. En el paisaje había toda clase de colores, juncos de color verde claro que cubrían las bahías someras, lava de un color negro intenso de un pico volcánico al oeste y una admirable variedad de amarillo, rosado y violado que se mezclaban en los montes distantes. Pero el matiz predominante

que parece abrazar todos los otros era de un azul gris de ese perlino distintivo que es el resultado de la proximidad de un gran cuerpo de agua apacible. El paisaje que se ve en un lago puede ser más impresionante que el que se vea en casi cualquier océano, pues del mar sólo se ve un panorama limitado, mientras que cuando se ven alturas distantes más allá de la extensión de un lago puede uno realizar la inmensidad del paisaje en todas sus partes. Desde aquí podíamos ver sierras de montañas a cien millas de distancia en dos direcciones diferentes y la vastedad era majestuosa.

La aldea de Copacavana, a la cual nos dirigimos primeramente, se halla un poco sobre el nivel del lago al pie de alturas roqueñas, más arriba de las cuales se levanta un volcán altísimo que según se dice estaba en erupción hace sólo n siglo. En los pulidos asientos de piedra, dos en cada lado de uno más alto que se llama el Tribunal del Inca, pueden hallarse vestigios de la antigüedad, así como también en los escalones entallados aquí y allí en la dura roca, todos de forma semejante a los de cerca del Cuzco descritos en el capítulo anterior, y cuyo uso no es menos desconocido. Otras ruinas y tradiciones en abundancia demuestran que este lugar era un centro notable de adoración en tiempo de los Incas. Había en él, nos dicen los primeros cronistas españoles, no sólo imágenes doradas y plateadas del sol y de la luna, sino también de otros ídolos más antiguos que pertenecían a un culto local más antiguo y de uno en particular que según decían tenía una cabeza como un huevo y un cuerpo sin extremidades todo rodeado de culebras. Cuando estos ídolos y sus templos fueron demolidos se erigió una iglesia en el mismo lugar, la cual llegó a ser famosa cuando más tarde pusieron en ella una imagen sagrada de la Virgen Santísima. Es la Santísima Virgen de la Candelaria, esculpida por un descendiente de los Incas, Francisco Tito Yupanqui, en el año 1583. Un fraile piadoso había observado que esta imagen despedía rayos de luz: a esto se siguieron algunos milagros y el resultado fué que se fundó un monasterio augustino al cual se dió cargo del santuario que llegó a ser el lugar más frecuentado por los peregrinos de toda la América del Sud. Aun de Méjico y hasta

de Europa venían peregrinos esperando poder curarse de sus enfermedades. La imagen tiene una altura de una vara y su cara es del tipo indio en el color y las facciones, aunque es menos morena que la imagen igualmente sagrada de la Virgen del Pilar de Zaragoza. Tiene puesta una corona de oro, con una aureola de oro también sobre la corona y bajo sus pies tiene una media luna y muchas joyas magníficas. La iglesia es espaciosa e imponente. El camarín o cámara sagrada donde está la imagen se halla detrás del altar mayor y es accesible por medio de dos escaleras cuyos escalones de piedra han sido muy gastados por las rodillas de los fieles. Los monjes augustinos fueron expulsados en 1826, después de la guerra de la independencia, pero recientemente algunos franciscanos se han establecido en esta casa demasiado grande para ellos, de manera que los anchos claustros son melancólicos y repercuten pocas pisadas. Sin embargo, todavía van allí grandes multitudes de indios dos veces al año, el 2 de febrero, la fiesta de la Candelaria, y el 5 y 6 de agosto. Dentro del recinto sagrado donde está la iglesia hay una cúpula altísima sostenida por columnas abierta a los lados de manera que puedan verse las tres cruces altas dentro de ella, y techada según una especie de estilo morisco con tejas de colores verde claro y amarillo de la misma clase que la África del norte ha tomado del Oriente. Al rededor de ella están las acostumbradas estaciones de peregrinación, y en las esquinas del patio arbolado, al cual se entra por una entrada alta, hay edificios cuadrados de ladrillo donde yacen los huesos de peregrinos. Las tejas relucientes de esta cúpula, con las igualmente decoradas media naranja y torre de la iglesia detrás, forman un grupo sorprendente cuya apariencia medio morisca parece extraña en esta tierra occidental. La escena en las grandes fiestas cuando la excitada multitud india hace resonar la iglesia y el patio con himnos en aimará, y cuando después del servicio religioso bailan los bailes del paganismo primitivo con mucho bullicio y brincos hasta bien entrada la noche, y concluyen con una especie de jiga es, según se cuenta, extraña y repugnante. Estos bailes se remontan al tiempo cuando este lugar era un centro de adoración de la naturaleza por los indios,

cuando las imágenes del sol y de la luna eran sacadas con pompa de la capilla y llevadas a las capillas en las Islas Sagradas.

A estas islas nos dirigimos después. Agradable en verdad fué el viaje a lo largo de la ribera del sud, pues pasamos por bahías someras donde el agua verde susurraba suavemente en los juncos y a través de las entradas de ensenadas que se introducían a grandes distancias entre paredes de roca, y de cuando en cuando se nos presentaban a la vista nuevas islas y vislumbrábamos a lo lejos nuevas cumbres nevadas que se levantaban detrás de los montes más cercanos, todo inundado por una luz de sol que tenía el resplandor del sol de los trópicos sin su bochorno.

Koati o Koyata, la isla de la luna, toma su nombre, según se dice, de Koya, la palabra quichua equivalente a "reina", pues la luna era la esposa del sol cuyo culto establecieron los Incas hasta los confines de su territorio. Tiene cerca de dos millas de largo y es una loma empinada cubierta en algunas partes de arbustos y de yerba; el resto está cultivado, pues las inclinaciones han sido esmeradamente terraplenadas hasta la cumbre. El grupo de ruinas más interesante se halla en una localidad hermosa a sesenta pies sobre la costa y en el más alto de cuatro terraplenes, sostenido por murallas. Una de estas murallas es del estilo acabado del Cuzco con sus bloques rectangulares bien tallados y ajustados. Probablemente se remonta al tiempo de los Incas. De los nichos en las paredes de sus piezas puede inferirse que el grande edificio arruinado más arriba tiene el mismo origen. El uso de tales nichos, comunes en las murallas del Cuzco, no ha sido determinado aún. La mayor parte de ellos son demasiado someros para aparadores o armarios y demasiado altos para imágenes, y sin embargo es difícil creer que fuesen solamente para adorno. Este edificio, de dos pisos al principio, es una colección de habitaciones pequeñas en su mayor parte y unidas por pasadizos estrechos. El inmenso patio cercado que está junto a él está ornamentado con nichos estucados. Las paredes se han conservado bien, pero todo el cielo raso y el techado ha desaparecido. Hay tan pocas aberturas que como en la mayor parte de las casas peruanas

es difícil comprender de que manera se admitía la luz. Probablemente se pasaban sin ella por tener calor, pues por la noche hace muchísimo frío, aún en el verano. Las entradas son a veces cubiertas por una sola losa, a veces por piedras planas que se destacan unas sobre otras hasta producir el efecto de un arco, aunque nunca se ha encontrado un verdadero arco en el Perú ni en ninguna parte del hemisferio occidental. Objetos de sacrificio desenterrados enfrente del edificio verifican la leyenda que este lugar fué una capilla de la luna madre, pero el nombre que ha llevado es el Palacio de las Vírgenes del Sol. Por consiguiente, puede ser que en conjunción con el altar haya habido uno de los muchos establecimientos donde los Incas guardaban las mujeres que les enviaban de tributo desde las provincias, mujeres que hacían hermosos tejidos y varios efectos necesarios al culto. Los primeros escritores españoles con la cabeza llena de monjas cristianas y vestales romanas las llamaron las vírgenes del sol, pero el nombre es completamente inadecuado, pues muchas de ellas eran concubinas del Inca reinante.

A cuatro millas de Koati y a dos de tierra firme yace una isla más grande y más sagrada llamada del Sol. Tiene diez millas de largo, en ninguna parte menos de una de ancho y es de forma irregular, pues está muy dentada por bahías. Una cadena de montes que en algunos sitios se elevan a más de mil pies la atraviesan de un extremo a otro y gran parte del terreno es demasiado empinado y pedregoso para ser cultivado. Hay muchos grupos de ruinas en ella y el origen y la índole de algunos han sido causa de disputas que no me parece bien considerar aquí, pues me propongo describir sólo dos. Uno de éstos es el llamado Fuente o Baño y Jardín del Inca. En la ribera hay dos edificios al parecer de fecha anterior a la conquista, y uno fué probablemente una residencia real. Los últimos investigadores más competentes dividen estas ruinas en dos clases: las de edificios que los indios llaman "chullpas" que representan el trabajo de una raza o razas más antiguas, y las de los que se atribuyen a los Incas, más grandes y mejor construidos y con los cuales deben contarse los cacharros, las armas y otras reliquias que indican una

civilización más avanzada. Muy cerca hay una escalera que sube del agua por una alameda y conduce a un paraje donde un arroyuelo, que viene por un canal del norte arriba, vierte sus aguas en un receptáculo esculpido en una piedra de donde continúa su curso susurrando hasta llegar al lago más abajo. El jardín terraplenado a cada lado está sembrado de flores, la mayor parte de las cuales son de las mismas especies de las que se ven en los jardines europeos o norteamericanos; pero las brillantes flores rojas del arbusto llamado "Flor del Inca" proporcionan un verdadero color distintivo, y el panorama por sobre el lago hasta las nieves lejanas no tiene su parecido en todo el mundo. ¿Cuánta de la belleza que podemos contemplar ahora fué vislumbrada por el desconocido monarca que ideó estos terraplenes? ¿Le pareció admirable este lugar por la magnífica perspectiva que domina? La mayor parte de los edificios llamados palacios en estas islas ocupan sitios que tienen vistas al lago y hasta la gran cordillera nevada, pero un sabio arqueólogo afirma que no se debe esto a la admiración per los indios de su grandeza, sino a su veneración de los montes como deidades poderosas, pues teniéndolos a la vista podían adorarlos más fácilmente y con más frecuencia.

A la vista habíamos tenido nosotros esta majestuosa cordillera todo el día. Su cumbre más hacia el norte, el Illampu, se halla a más de veinte millas de la ribera oriental del lago y a más de treinta millas de la Isla del Sol. Desde él se dirige la cadena hacia el sur y termina a cien millas de distancia con el gigantesco Illimani que domina la ciudad de La Paz. Todo el día vimos las nubes blancas levantarse y acumularse y formar fajas al rededor de los grandes picos, luego asentarse en las concavidades de los ventisqueros entre ellos, después disolverse o alejarse, aclarando alguna que otra nube por un momento, y luego posarse de nuevo, de la misma manera que ve uno los vapores que se levantan de la llanura lombarda formarse en nubes que flotan al rededor del Monte Rosa y lo cubren los días calurosos del verano. Empezaba a obscurecer cuando nuestra embarcación, después de costear la isla, ancló en la apartada bahía de Challa donde, detrás de un cabo roqueño, hay

una aldea india y un jardín con una cisterna de piedra como la del Baño del Inca. Desembarcamos y vagamos por el jardín, pareciéndonos sus gruesos árboles y su sombra murmuradora sumamente fascinantes en tierra tan rasa. Al salir de él, y mientras llegábamos a la costa, iba poniéndose el sol y, conforme se refrescaba el aire, las nubes que cubrían las montañas se enrarecieron y se esparcieron y por fin desaparecieron, descollando entonces la línea de cumbres que resplandecían de un color sonrojado a la luz del sol detrás y luego en pocos momentos se pusieron lívidas, y contra el cielo de color gris azulado obscuro parecían más lívidas aún a medida que siguió anocheciendo.

Temprano el día siguiente partimos a pie por el camino que, bien trillado por los pies de muchas generaciones de adoradores, conduce por las inclinaciones roqueñas de Challa hasta el Santuario de la Roca. Aquí no hay casas, pues este extremo de la isla es inculto y raso, ofreciendo sólo escaso pasturaje y pocas flores aromáticas, pero las pequeñas bahías donde murmura el agua en la arena y las escolleras pintorescas, así como la vasta expansión del lago más allá, contribuyeron a hacer nuestro paseo agradable. Nos sorprendimos de hallar aquí un lugar donde algún extranjero emprendedor había hecho un agujero y hallado una capa de carbón de piedra, pero no valía la pena explotarla. Apenas puede esto disgustar a nadie, pues aunque en estos sitios hace mucha falta el combustible, una mina de carbón con su chimenea no caería bien en el paisaje ni cabría en las asociaciones históricas. Después de andar menos de tres millas llegamos a un lugar donde las ruinas de una muralla atraviesan la isla, aquí apenas de una milla de ancho, y parecen separar la parte sagrada, a la que en tiempo de los Incas entraban la gente sólo para rendir culto a sus dioses. Un poco más lejos hay dos impresiones en la roca que parecen huellas gigantescas y que son, según la tradición india, las huellas del dios Sol y de la diosa Luna cuando se aparecieron aquí. Las impresiones son claramente naturales y se deben a que parte de la blanda piedra arenisca se ha descascarado y ha dejado una sobrefaz blanquecina, mientras que la parte más dura, la cual probablemente contiene más

hierro, pues es de color más moreno, ha sido menos dañada por los elementos. Luego, después de subir algunos escalones bajos que parecen ser antiguos, salimos a un espacio plano sembrado de yerba enfrente de una loma de roca de unos veinte y cinco pies de alto. Ésta es Titi Kala, la Roca Sagrada, el centro de la mitología más antigua de la América del Sud. Su frente, que da al sudoeste sobre este trecho de yerba, al parecer aplanado por medios artificiales, es escarpado, y presenta una faz que no es lo bastante uniforme y en la cual se ven venas de matices poco diferentes pardo o gris amarillento. En un punto estas venas están dispuestas de tal manera que forman algo así como un gato montés o una puma; y como ''titi'' quiere decir ''gato montés'' en el lenguaje aimará, y ''kala'' o ''kaka'' quiere decir ''roca'', se supone que éste es el origen del nombre Titi Kala que se ha extendido de la roca a la isla y de la isla al lago.*

La roca se compone de piedra arenisca de un color pardo amarillento claro algo dura y de la época carbonífera, y es de crucero pizarreño. El lomo del cerro es convexo y se puede ascender fácilmente. De él el terreno baja rápidamente al lago a unos trescientos pies más abajo. Con excepción de lo que tal vez sea una cortadura artificial en la cumbre, la roca parece conservar su estado natural, pues ni aun la concavidad cavernosa a su pie presenta señas del artefacto del hombre. Ni hay junto a ella al presente ningún edificio. Hay, sin embargo, vestigios de murallas que cercaban el campo enfrente de ella, especialmente al norte donde parece que había un cercado; y también a corta distancia otras ruinas antiguas. La única de éstas que está bastante bien preservada para que podamos conjeturar su objeto es un edificio de dos pisos algo intrincado que, aunque más pequeño y no tan hermoso, se parece al que ya he descrito de la isla de Koati. Se llama la Chingana, o Laberinto, y a no dudar se remonta a la época de los Incas, pues contiene nichos y otros característicos que son distintivos de la arquitectura de aquel período. Las numerosas piezas son pequeñas, mal alumbradas y

* Parece que al principio el lago se llamaba el lago de Chucuito, nombre de una antigua ciudad en su ribera occidental.

conectadas por pasadizos estrechos. En la parte superior de las murallas habían crecido algunas plantas florecientes y yo hallé penachos de brenea apiñados en los húmedos rincones. Todo el techado ha desaparecido. No hay nada que sugiera que ha sido esto un templo, así es que probablemente a lo más se componía de habitaciones para los subalternos que ayudaban en las ceremonias religiosas celebradas aquí y también quizá para las mujeres que eran mantenidas cerca de muchos santuarios y palacios para el servicio del dios Sol y de los Incas. No se puede identificar ninguna de las otras ruinas como templo, y así nos quedamos en la incertidumbre de si ha habido algún templo que fuese destruido por el celo de los conquistadores españolés o de si el culto del sol y de las divinidades locales era celebrado al aire libre enfrente de la Roca, cuya sobrefaz, según algunos textos algo dudosos, estaba cubierta de chapas de oro y plata. Enfrente de la Roca hay una piedra plana que según se ha conjeturado puede haber sido usada para celebrar sacrificios. Todos nuestros textos convienen en que el lugar era muy sagrado; y en él se pronunciaban oráculos que los españoles aceptaban como verdaderos, aunque los atribuían a los demonios que moraban en la roca. De las muchas leyendas relacionadas con el lugar sólo deben nombrarse dos. Una es que el sol, compadeciéndose del estado bárbaro y miserable de los hombres tomó aquí a sus dos hijos Manco Capac y Mamá Oclo y dándoles un pequeño cayado o varita de oro les mandó que marchasen hasta que hallasen un lugar donde al dar con el cayado en la tierra aquél habría de penetrar y quedarse en ella. Viajaron hacia el norte por muchos días hasta que la varita por fin se enterró en el Cuzco, donde en efecto edificaron una ciudad y fundaron su poderío y Manco Capac fué el primero de la dinastía incaica. La otra historia es que por mucho, muchísimo tiempo, hubo obscuridad total sobre la tierra y gran duelo entre los hombres hasta que al cabo se levantó el sol sobre la roca en Titicaca, la cual desde entonces fué sagrada y se convirtió en lugar para sacrificios y oráculos. Otras tradiciones que difieren de éstas más o menos en sus pormenores, convienen en hacer de Titicaca la patria original de los Incas, y una de

ellas nos recuerda singularmente una historia mejicana, pues contiene en ella un gran maestro extranjero en quien los españoles identifican al Apóstol Santo Tomás.* En estas historias, algunas de las cuales fueron puestas en escrito por exploradores españoles, o por buscadores de fortunas en tiempo de la conquista o copiladas más tarde por eclesiásticos doctos, y algunas sobreviven todavía con variaciones grotescas en la memoria de los lugareños, podemos distinguir tres puntos importantes—primero, la veneración de la Roca como objeto de culto; su relación aproximada al culto del sol; y tercero, su conexión con los soberanos incaicos del Cuzco. Es opinión plausible que desde tiempos antiguos anteriores a los Incas, la roca fué una ''huaca'', u objeto sagrado, (en efecto, un fetiche, esto es, un objeto ocupado por un espíritu), para las tribus primitivas de la isla y de las riberas del lago, de la misma manera que la roca partida de Delfi fué sagrada para los griegos, o la Piedra Negra que ellos llamaban la Madre de los dioses para los adoradores frigios de Cibele, como tal vez la Piedra de Tara—quizás también la Lia Fail o Piedra de Coronación de Escone y ahora de la abadía de Westminster—fué sagrada para nuestros antepasados célticos. Cuando los Incas establecieron su poderío sobre la región al rededor del lago hicieron de este lugar un santuario del sol, siguiendo su curso determinado de añadir la religión imperial del culto del sol—pues el sol era su progenitor celestial—a la religión primitiva y a la propiciación de los dioses locales que observaban sus súbditos. Fué así que los emperadores romanos añadieron la veneración de la diosa romana a la de los dioses locales del África y del Asia occidental y le erigieron grandes templos, como el de Pergamos, entre y por cima de los antiguos. Si es verdad, según la leyenda, que los Incas

* Santo Tomás, según una leyenda antigua, predicó el Evangelio en la costa de Malabar y así pues los eclesiásticos españoles al venir a Méjico y al Perú y al oír historias de una deidad sabia o maestro semidivino que hacía tiempo se presentó entre los naturales, decidieron que debió de haber sido el Apóstol, teniendo aún presente la idea de una unión entre el Asia oriental y estas nuevas tierras en el Occidente.

En la antigua ciudad de Tlascala en Méjico he visto una pintura que representa a Santo Tomás predicando a los naturales bajo la apariencia de la deidad mejicana Quetzalcoatl, la serpiente emplumada. Santo Tomás está pintado como medio serpiente, medio pájaro, pero con cabeza humana.

fueron originalmente una tribu de los collas de la meseta que abandonaron su suelo patrio para ir al norte a conquistar al Cuzco, parece tanto más natural que hayan glorificado este santuario por ser una morada antigua de su raza.

La isla parece haber sido abandonada y el culto prohibido poco después de la conquista. No se construyó nunca una iglesia cristiana cerca de ella como pudiera haberse hecho si se hubiese creído necesario para enajenar el afecto de los naturales a las ceremonias que aun se celebran allí. Lo que los primeros cronistas españoles nos dicen de la devoción que se le rendía está ampliamente comprobado por los ornamentos religiosos y los muchos objetos relacionados con el culto que han sido desenterrados cerca de la Roca, incluyendo hasta ponchos de lana de labor y color extraordinarios y también estatuas doradas de hombres (o dioses) y de llamas, pues la llama es un animal sagrado como lo es el toro en Egipto. Los indios nativos se aproximan a la roca aún con temor. El relámpago y el trueno, así como el sol y los espíritus locales eran reverenciados y a menudo se ofrecían sacrificios de niños. Parado en este lugar solitario piensa uno en lo que debe de haber presenciado en tiempos antiguos ¡Qué bailes extraños y qué turbulento rugido el de los tambores y de las gaitas, y qué cantos y gritos aun más turbulentos los de los frenéticos adoradores! ¡Qué gritos los de las víctimas en el ara del sacrificio! Ahora todo es silencio y nada, excepto las ruinas desmoronadas del Chingana, nos recuerda el pasado. No se oye otro ruido que el susurro de la brisa a la vuelta del risco y el chapoteo de las olitas al estrellarse contra la playa guijosa más abajo. No hay viviendas en sus inmediaciones. Las verdes islas distantes, una de las cuales, según se dice, fué inundada con la sangre de las víctimas humanas, están todas desiertas. Las villas en la ribera boliviana al este y en la peruana al oeste están bastante lejos para poder verse, mientras que al norte la vasta expansión de azul reluciente se extiende hasta que el azul del cielo se baja hasta unirse con ella.

Despidiéndonos de la Isla del Sol nos embarcamos hacia el sur por el estrecho de Tiquina, de sólo media

milla de ancho, que une el lago principal con el golfo más somero a su extremidad al sudeste llamado el lago de Vinamarca. En cada lado del estrecho, entre alturas cuyas rocas ígneas parecen indicar acción volcánica, están las pintorescas aldeitas indias de San Pablo en la ribera del sudoeste y de San Pedro en la del nordeste. Era día de mercado y las balsas llevaban a los indios de regreso a sus casas. Ya he hablado de estas embarcaciones a manera de balsas, hechas de haces de totora atados, y provistas de un pequeño palo con una vela también de enea. Había sólo pasajeros en las que vimos, pero la enea es tanto más ligera que el agua que las embarcaciones pueden soportar bastante peso. A menudo se transportan en ellas grandes bloques de piedra para construcción. A cada lado había un indio remando con canaletas. Se adelantaba despacio, pero en este país nadie se da prisa; el tiempo es lo único que sobra en Bolivia.

Nos habíamos acercado más a la gran Cordillera Real, la cadena de nieve y hielo no interrumpida que se dirige al sud desde la aldea de Sorata casi hasta la ciudad de La Paz, y podíamos distinguir mejor los varios picos y los desfiladeros que los separan y también los brillantes ventisqueros que se extienden por sus cavidades hasta muy abajo de la línea de perpetua nieve. Pueden verse ocho o nueve moles, la más alta y más hacia el norte de las cuales es el Illampu, que tiene 22,000 pies de alto, y los demás cada uno entre 19,000 y 21,000 pies.

El Illampu consiste de dos picos y es la montaña que los europeos y en los mapas llaman Sorata por el pueblo de ese nombre a su pie hacia el norte. De los dos picos el más grande está cubierto de nieve y los naturales lo llaman Hanko Uma * y el otro, un poco más bajo, roqueño, es el Illampu mismo. Esta montaña, que es la más alta de la cordillera y que probablemente con la excepción del Aconcagua es la más alta en el hemisferio occidental, fué ascendida por Sir Martin Conway, quien ha descrito su subida y otras aventuras en Bolivia en

* Sir Martin Conway dice que la altitud del pico más alto, Ancohuma (Hanko Uma), es de 21,490 pies, su promedio de observaciones; otros dicen que es más.

un libro * muy interesante, pero halló la última inclinación, precisamente poco más abajo de la cumbre, tan movediza a causa del estado pulverizado de la nieve que se vió precisado a volverse atrás. Que yo sepa, ninguna otra cumbre de esta cordillera, a menos que se cuente el Illimani como parte de ella, ha sido ascendida. Al final de ella la espléndida pirámide de Kaka Aka, llamada también Huayna Potosí, parece tener casi unos 21,000 pies. Más allá de ésta la cordillera baja un poco hasta que vuelve a elevarse a cincuenta millas hacia el sud con la cumbre nevada del Illimani de más de 21,000 pies. Parece que los aimarás no tienen nombres especiales para la mayor parte de estos picos y cuando se les pregunta dicen que es Kunu Kollu (montaña nevada.)† Sucede lo mismo en muchos otros países montañosos. Ni en las Montañas Blancas ni en las Roqueñas ni en las Cascadas parecen haber dado los aborígenes nombres particulares a más que unas pocas cúspides separadas. Los nombres no eran necesarios, pues raras veces se acercaban a las grandes alturas. En cambio, en Irlanda y en Escocia todo monte tiene su nombre gaélico porque los pastores tenían ocasión de recorrerlos. En las montañas Tatra de la Hungría septentrional los únicos nombres de cada una son los que llevan las aldeas a su pie. Aquí el trecho de terreno al pie de la cordillera está despoblado; nadie tiene motivo para acercarse a él a menos que no sea un cazador dando caza a alguna que otra vicuña.

La Cordillera Real no tiene origen volcánico, aunque es posible que algunas rocas en ella sean de erupciones recientes. Ninguna de las cumbres más elevadas presenta la apariencia distintiva de un volcán, y mi amigo Sir Martin Conway me ha participado que todas las rocas que él vió parecían ser granito y gneis o micacita o quizá capas paleozoicas muy viejas. Esta región ha sido explorada muy poco. Debe de haber algunos pasos de ventisqueros magníficos por ella.

El panorama de este lago de Vinamarca tiene como

* ''Subidas y exploraciones en los Andes bolivianos'', 1901.

† Por lo que toca a estos nombres véase el excelente libro de Mr. Bandelier ''Las Islas de Titicaca y de Koati'', capítulo primero, y sus eruditas notas.

fondo grandioso la Sierra Nevada, pero el primer plano es diferente al de Titicaca, pues las riberas son en su mayor parte bahías bajas y someras cubiertas de plantas acuáticas sobre las cuales revolotean bandadas de aves lacustres, mientras que los montes son más uniformes en sus contornos que los del gran lago, aunque más raros y de matices más variados, pues al norte se levantan moles blancas de roca volcánica y al sudoeste montes rasos de un color rojo obscuro. Aquí se halla el lugar donde desemboca el río Desaguadero y un poco más hacia el este está el puerto de Guaqui de donde sale el ferrocarril que conduce a La Paz. Aquí nos pasamos una noche en la que hizo muchísimo frío, y con el fresco de la mañana salimos para la capital de Bolivia. Hacia el sud hay un valle al descubierto entre pedregosas lomas de cumbres planas que proporcionan poco pasturaje con grupos de chozas indias a los lados; pasadas algunas millas vemos grandes bloques de piedra diseminados por sobre un vasto espacio de tierra casi plana. Son éstas las últimas ruinas que he de nombrar y hasta cierto punto forman el grupo más notable de edificios prehistóricos, no sólo en los países andinos sino que en todo el hemisferio occidental. No pienso describirlas, pues son muy numerosas y su condición muy caótica, pero sí procuraré transmitir una impresión de los objetos más importantes. Este lugar es Tiahuanaco o Tiahuamacu, según lo llaman los indios de las cercanías.

La configuración del terreno y las ruinas de lo que parece haber sido un antiguo muelle para el desembarque indican que en tiempos remotos las aguas del lago llegaban hasta cerca de este paraje, aunque ahora se hallan a una distancia de cinco millas. Ya he observado que la índole de las riberas del norte y del oeste del lago Titicaca, así como las tradiciones indias de que algunos lugares que ahora se hallan distantes eran antiguamente accesibles por el agua parecen indicar que el lago ha retrocedido desde tiempos históricos y que posiblemente esté retrocediendo aún. Las ruinas están diseminadas sobre un espacio muy vasto, pero las más interesantes se hallan en un trecho de cerca de media milla cuadrada y el resto son en su mayor parte bloques separados y dispersos a los cuales es difícil atribuir fin u objeto de-

terminado. En este trecho hay tres grupos de ruinas que merecen atención especial. El primero es un inmenso montón de tierra cuadrilongo, de unos cincuenta pies de alto, con costados empinados soportados por murallas de piedra. Se le ha dado el nombre de la Fortaleza, pero no se ven ahora vestigios de baluartes de defensa y es posible que haya sido erigido para palacio o más probablemente con algún motivo religioso. No parece probable que haya sido una eminencia natural. No hay ruinas en él de ningún edificio grande y sólido, y en el medio hay ahora un hoyo lleno de agua el cual, según se dice, fué hecho por los que en tiempos antiguos excavaron este lugar en busca de tesoros y por los que en tiempos más recientes lo han hecho con fines arqueológicos. Sus proporciones vastas y el esmerado entallamiento de las piedras colocadas a lo largo de sus bordes son prueba del mucho trabajo que costó.

Un poco más abajo de este montón de tierra y entre dos pilares de dura roca diorita se hallan las ruinas de una ancha escalera con escalones de piedra arenisca largos, bajos y bien tallados. Estos conducían hasta un terraplén donde es posible que haya existido un templo. Las proporciones de la escalera y de los pilares son excelentes y no dejan de producir un efecto majestuoso. No quedan fragmentos del imaginado templo, pero hay en el terraplén muchas figuras de piedra, algunas de las cuales han sido halladas en él, y otras traídas desde abajo y colocadas allí, cabezas de animales, cóndores y otras aves, pumas y peces, todo entallado distinta aunque toscamente. Aun más notable es una cabeza humana colocada sobre un pillar cuadrado o pedestal. Está muy deteriorada, y con razón, pues los soldados bolivianos la han usado como blanco; mas aunque la ejecución fué torpe, hay cierta dignidad en la cabeza. Otras dos figuras humanas terriblemente mutiladas están situadas en la entrada del cementerio de la aldea, a una milla de distancia. Se dice que el estilo de estas dos se asemeja en algo a las notables figuras colosales que se han hallado en la Isla de Pascua, a dos mil millas al oeste de Chile, y que son evidentemente el producto de alguna raza que habitó aquella isla en tiempos de los cuales no quedan crónicas.

El objeto que más llama la atencion, sin embargo, es la entrada monolítica esculpida que ahora existe por sí sola, pues el edificio de que formaba parte ha desaparecido. Está labrada de un sólo bloque de roca traquítica de color gris obscuro y tiene diez pies de alto, mientras que la puerta misma o abertura tiene cuatro pies y medio desde el suelo y dos pies y nueve pulgadas de ancho. Su coronamiento ha sido destruido no se sabe si por un rayo, según dicen los indios, o con la caída del edificio, o por los extirpadores de idolatría españoles. Hace treinta años estaba en el suelo. La fachada está cubierta de primorosas entalladuras en bajo relieve ejecutadas con exactitud y delicadeza admirables que deben su preservación casi absoluta a la extremada dureza de la piedra. Estas entalladuras representan la cabeza de un dios o de un rey rodeado por muchas figuras arrodilladas con cabeza de animal, algunas humanas, otras de puma y otras de cóndor, aquél el cuadrúpedo y éste el ave de rapiña más grandes de los Andes. El trato es convencional y el simbolismo enigmático, pues no tenemos ningún indicio de la religión profesada por la gente que construyó estos monumentos. La asociación de las formas de animales con las deidades es cosa muy conocida en muchas de las mitologías antiguas—figuras humanas tenían cabezas de animales en Egipto, y toros y leones tenían cabezas humanas en la Asiria—de manera que uno puede suponer algo semejante en la mitología peruana. Pero estas esculturas no se asemejan a nada en Sud América ni en el Viejo Mundo, y tienen poca semejanza con algunas de las figuras en los templos de la América Central.* Este portal esculpido, el único recuerdo de un arte y de una religión que se desvanecieron hace mucho tiempo, quizás también de una raza que ha desaparecido desde hace mucho tiempo, causa una impresión que permanece clara y viva en la mente, pues uno se lo representa en la imaginación como la única voz solitaria desde la obscuridad de un pasado irreparable.

* Tienen alguna semejanza a la piedra tallada hallada en Chavín en el norte del Perú, y representada en la página 34 del libro ''Los Incas del Perú'' por Sir C. Markham. En una sepultura cerca de Lima también se halló últimamente un tejido textil con un diseño semejante al de esta piedra.

Por todo el fondo llano del valle hay esparcidos grandes bloques labrados, algunos de la piedra arenisca que se halla en las capas subyacentes, otros de andesita, probablemente traídos en balsas de a una distancia de muchas millas (cuando quizá el lago extendía sus aguas a estos lugares). Yo medí una piedra maciza que yacía en el suelo cerca de la escalera y hallé que tenía treinta y cuatro pies de largo y cinco de ancho y su espesor desde la tierra era de pie y medio. No era posible averiguar cuanto de la piedra estaba enterrada. Sin embargo, pocas son las piedras que quedan hoy esparcidas en un trecho de más de una milla de largo si se comparan con las que han sido llevadas durante los siglos pasados. La iglesia y muchas de las casas en la aldea han sido edificadas con ellas. La catedral y otras edificios en La Paz han sido construidas con ellas también, y durante los últimos diez años han sido llevados por los constructores del ferrocarril quinientos trenes cargados de ellas para construir puentes, estaciones y otras cosas por toda la línea. Da lástima pensar que esta destrucción de los monumentos prehistóricos más notables en el hemisferio occidental haya sido consumada en nuestra época.

No hay nada que demuestre que haya existido jamás una ciudad en Tiahuanaco. Puede ser que haya sido simplemente un santuario o quizás una fortaleza real y un templo combinados. Si hubo una población de la clase baja debió de haber vivido en chozas de adobe que habrían de desaparecer pronto sin dejar vestigios. La aldea de hoy día consiste de tales chozas con piedras de las ruinas usadas para las fundaciones. Sin embargo, el tamaño de la iglesia y sus decoraciones tan ricas y su hermoso altar de plata indican que el lugar era antiguamente más importante de lo que lo es ahora. Aun se hallan en la tierra cacharros y pequeños ornamentos, aunque si jamás hubo tesoros enterrados hace ya mucho tiempo que se los llevaron. Me interesó mucho una punta de flecha de obsidiana que me enseñó un indio, pues es prueba de que los antiguos habitantes usaban arcos y no estaban satisfechos, como lo parecían estar

los peruanos del Cuzco, de sus hondas como armas arrojadizas.*

El valle es fértil y gran parte de él es cultivado, pero en esta estación, antes de que empezasen a brotar de la tierra los sembrados, parecía muy triste. Los montes pardos a su rededor son también rasos y sin rasgos característicos y obstruyen la vista de la cordillera nevada y del lago. El aspecto melancólico de este montón de ruinas, donde casi no ha quedado una piedra sobre otra en un lugar donde deben de haber trabajado asiduamente y adorado a sus dioses muchos miles de hombres, es a causa de este contraste tanto más triste. Nos recuerda las descripciones de los profetas hebreos de la desolación que iba cayendo sobre Nínive.

La tradición aimará con sus vagas historias de gigantes que erigieron la mole y la murallas, y de una deidad que en su disgusto transformó a los constructores en piedras y por un momento obscureció el mundo entero no tiene nada más que decirnos que lo que indica el aspecto del lugar, esto es, que aquí moraba una raza que tenía mucha destreza en la cantería y que eran los súbditos de soberanos que tenían gran poder sobre los braceros, y que esta raza se ha desvanecido sin dejar otros vestigios. Todos los investigadores y observadores convienen en un detalle. Cuando los primeros conquistadores españoles vinieron a esta región les llamó la atención la diferencia entre estas obras y las de los Incas que habían visto en el Cuzco y en otras partes del Perú. Los indios, a quienes interrogaron sobre esto, les dijeron que los hombres que construyeron estos edificios habían existido antes, mucho antes de sus propios antepasados. Quienes fueron estos constructores, de donde vinieron, como, cuando y por donde desaparecieron—de todo esto no sabían los indios más que los mismos españoles o que nosotros hoy día. El espacio de tiempo entre el período de grandeza de Tiahuanaco y la conquista se manifiesta también por medio del hecho que los soberanos incaicos no consideraban este lugar sagrado de igual modo que la capilla en Copacavana o las islas en el Titicaca, y

* Sin embargo, es posible que esta punta de flecha haya sido traída de la ribera al nordeste de Titicaca. El profesor Bingham me ha dicho que estas puntas de obsidiana pueden hallarse a veces en el cascajo aurífero de aquella región.

al presente no conserva santidad alguna para los indios de las cercanías. Para ellos no tiene más importancia que las Pirámides para un árabe nómada o Stonehenge para un labrador de Wiltshire. La única cosa que las murallas tienen en común con las del Cuzco y sus inmediaciones es la excelencia de la cantería. El estilo de construcción es diferente, pero el entallamiento mismo es de igual manera exacto y regular. Esta arte parece haberse desarrollado temprano entre las razas de la meseta, indudablemente por el motivo que a falta de madera sus esfuerzos artísticos se dirigieron hacia la excelencia en la cantería.

Uno se forma la impresión aquí, como en otras partes del Perú, que la semicivilización, si así puede llamarse, de estas regiones es sumamente antigua. Parece que fijamos la vista en una perspectiva cuyos límites no acertamos a conjeturar, perspectiva que comprende muchos siglos durante los cuales ha sido esta región el suelo patrio de pueblos que ya han salido de la simple barbarie en que se hallan aún los naturales de los bosques del Amazonas. Pero es posible que nunca lleguemos a saber cuantos siglos se tomó el curso de esta salida y cuanto tiempo más transcurrió desde entonces hasta la conquista española.

Es posible que mucho tiempo después de la colonización de América por medio del estrecho de Behring algunos inmigrantes se hayan encaminado hasta aquí a través del Océano Pacífico. Se cree que la semejanza entre las figuras en la Isla de Pascua y las de Tiahuanaco han sugerido tal posibilidad. En ninguna otra isla del Pacífico hay figuras que se asemejen a éstas.

Ni las investigaciones arqueológicas, ni tampoco las pesquisas históricas indican la existencia de influencia externa que afectase las razas sudamericanas. Podemos suponer con bastante razón que entre ellas, así como en Europa, el contacto y la mezcla de diferentes estirpes y tipos de carácter y cultura produjeron el adelanto. Pero este gran factor en el progreso del género humano que tuvo tanto efecto en el Asia occidental y en la Europa, y a la falta relativa del cual es probable que se deba la detenida civilización de la China, era mucho menos conspicuo en la América del Sud que en los países del Mediterrá-

neo. Imagínese uno cuanto debe Europa no sólo a la mezcla de linajes de los cuales provinieron los pueblos italo-helénicos, sino también a la influencia que emanaba de Egipto y de las naciones del Asia occidental. Piense uno en lo que debía la Italia a la Grecia y después al Oriente y en lo que las naciones modernas de Europa deben al contacto de tipos raciales en la literatura, en el arte y en el pensamiento tales como el céltico, el ibero, el teutónico y el eslavo. ¡Cuán diferente fué la suerte de los peruanos encerrados entre un océano inaccesible al oeste, un desierto al sud y las tribus salvajes de bosques montaraces al este! Hasta ellos no llegaron ideas desde afuera ni pudieron aprovecharse de ninguno de los inventos que habían estado produciendo los habitantes del Viejo Mundo. No se hallaban en relaciones ni siquiera con los más adelantados de otros pueblos americanos, como los de Bogotá ý del Yucatán, pues había por medio un vasto espacio, muchas montañas tenebrosas y un mar alborotadizo.

Como después de estas ruinas no ví otras en Sud América, pues no se hallan ningunas en la Bolivia meridional, ni en Chile, ni en la Argentina, me ha parecido éste el lugar más a propósito para apuntar tales pensamientos sobre la civilización antigua de la América del Sud, tales como se presentan a la mente del viajero al ver sus ruinas y al leer lo que dicen los libros de historiadores y de arqueólogos. Gran parte del interés mostrado por el mundo moderno en el Perú y Bolivia es el resultado del interés inspirado por esta antigua civilización. Es un capítulo sin igual en la historia del género humano.

La impresión más distinta y más repetida causada por estas ruinas es que la época cuando el hombre empezó a salir de la simple barbarie en estos países debe de extenderse hasta muchísimos siglos atrás en el pasado. Tenemos datos muy escasos para poder computar la duración del procedimiento por medio del cual alcanzó una especie de civilización o de sus varios grados. En el Viejo Mundo el temprano uso de la caligrafía por algunos de sus pueblos nos permite poder remontarnos hasta tiempos muy antiguos. Los documentos que se han extraído de Egipto, de Babilonia y de la China representan crónicas de quizás tres o cuatro mil años

atrás—algunos dicen que más—antes de la era cristiana, y en los de Egipto y de Babilonia tenemos a lo menos indicaciones de las razas que vivieron en el Asia Menor y a lo largo de la costa del Mediterráneo. Pero ninguno de los pueblos americanos progresó hasta inventar ni siquiera un sistema ordinario de escritura, aunque en Méjico y en el Yucatán se usaban figuras hasta cierto punto para preservar el recuerdo de ciertos acontecimientos. Aquí en la América del Sud donde carecemos de la ayuda de escritura o de figuras, nuestros únicos datos para lo que puede llamarse historia prehistórica son primeramente, las ruinas de edificios, sean fuertes, palacios o templos, y, en segundo lugar, objetos artísticos tales como entalladuras, ornamentos u objetos religiosos, utensilios de madera o cacharros y sus pinturas, armas de guerra, y tejidos de lana o algodón como ponchos o vestidos de momias. Estas reliquias abundan más en el Perú que en ninguna otra parte del hemisferio occidental, con excepción de que en el Yucatán y en algunas partes de la América Central los templos arruinados han sido preservados mejor que en el Perú. Las reliquias peruanas se hallan no sólo en la meseta andina, sino también en aquellas regiones de la costa septentrional del Perú donde los ríos posibilitaron el cultivo de la tierra. Allí se han obtenido muchas cosas excavando los antiguos cementerios y templos en la ruinas de la ciudad de Chimu, cerca de Trujillo, y más hacia el sud en Pachacamac, cerca de Lima; y aun se hubiera obtenido mucho más a no ser por el daño causado por generaciones de buscadores de tesoros quienes fundieron todo el oro que hallaron y destruyeron casi todo lo demás.

Los efectos hallados en la costa difieren en estilo de los hallados en las altas regiones andinas y entre éstos hay diferencias marcadas entre los que se hallan en el Cuzco, y por lo general en el norte del Perú, y los hallados en las tumbas y sepulturas en la región del Titicaca. Sin embargo, todos tienen una semejanza típica y forman un distinto grupo arqueológico algo más aproximado al arte mejicano y centroamericano que a cualquier cosa en el Viejo Mundo. Ejemplares de todos ellos pueden ser estudiados en los museos de Europa y

de la América del Norte tan propiamente como aquí en el sitio mismo, donde las colecciones no son ni tan numerosas ni están tan bien arregladas. Los objetos hallados en la costa, en Chimu y en Pachacamac, tal vez demuestren más fertilidad en la invención, más soltura en el procedimiento y más buen humor que los otros; pero los más notables de todos son las esculturas de Tiahuanaco.

En el tejido se había alcanzado una destreza considerable. Se han hallado hermosos ponchos de lana, al parecer destinados para ser usados como vestimentas religiosas, con diseños de color proporcionados y de una lana de finura exquisita. Las colgaduras y los bordados de Chimu son prueba de buen gusto y de destreza en la ejecución. El cobre, el metal usado principalmente en el Perú, era extraído y fundido en grandes cantidades; y la reducción del mineral de la plata era también conocido, y sin embargo la edad de implementos de piedra para fines pacíficos o de guerra no había pasado por completo. Como no se había descubierto aún un material cementador, las paredes eran reforzadas ajustando las piedras cuidadosamente o empalmándolas con grampas de metal. En Tiahuanaco se ven ejemplos de este último método.

El arte peruano en su conjunto, como se ve en los cacharros y en las figuras y entalladuras, es inferior en la elegancia de su forma y en el refinamiento de ejecución al arte de Egipto y también al antiguo griego, como por ejemplo el del período miceniano. Ni tampoco hay nada que demuestre aquella facultad de dibujar la figura humana y de diseñar ornamentos como los que exhiben los derruidos templos del Yucatán.

El grado de excelencia más notable que parecen haber alcanzado los peruanos se manifiesta en la construcción de edificios. La falta de madera les hizo dedicar sus esfuerzos en el uso de la piedra, y de esto resultaron monumentos que merecen ser comparados con los de Egipto y que en solidez superan con mucho a los de la América del Norte. Poco queda de los templos para poder formarnos un juicio de sus trazos en general o de sus adornos. Pero su obra de sillería es admirable y demuestra no sólo un alto grado de habilidad manual,

sino también la observancia de una norma rígida de eficiencia en todas sus partes, mientras que la destreza manifestada en el trazado de las fortificaciones para fortalecer toda línea defensiva y para aprovecharse de los característicos del terreno hubiesen honrado a los ingenieros militares del siglo quince.

Pero en ciertas cosas la raza era también extraordinariamente inepta. Ni las tribus quichuas ni los súbditos del soberano de Chimu en la costa del Pacífico parecen haber demostrado más facultad de invención que los aimarás, los cuales echaron sus balsas de enea en el lago Titicaca, pues a la llegada de los españoles aun no usaban nada más que pequeñas canoas en los ríos y balsas toscas en las cuales avanzaban penosamente a lo largo de la ribera con ayuda de una vela ordinaria, aunque los caribes de Venezuela, mucho menos adelantados en otras cosas, mantenían un comercio activo en grandes canoas navegantes por toda la región de las Antillas desde la desembocadura del Orinoco hasta la península del Yucatán.

Los pocos cantares que han sido preservados no celebran acontecimientos ni proezas como los romances de Europa, sino que son en su mayor parte simples cantinelas relacionadas con la naturaleza y la agricultura. Tenían, en cambio, dramas que eran representados, y entre ellos una obra notable que, preservada por largo tiempo por medio de recitaciones, fué redactada en el siglo diez y siete por el Doctor Valdez, cura español de Sicuani, y la cual se considera generalmente como obra de autor nativo, aunque probablemente retocada con el gusto español. Esta obra es el llamado drama de Ollantay. Tiene una simpleza pura y una especie de gustillo romántico que indica que en el carácter de esta raza había algo además de su laboriosidad prosaica.

A falta de la literatura acude uno a la mitología de una raza para determinar su carácter imaginativo; y a su religión para formarse una idea de su facultad de pensar en lo abstracto. Por ambas partes los peruanos parecen haber sido tan inferiores a los primitivos celtas y teutones, como lo eran superiores a los negros con su ingenuo animismo y sus fábulas pueriles, aunque chistosas. Hay motivo para dudar que los eclesiásticos españoles

tuvieron razón para considerar que el culto del dios terestre Pachacamac era parte de una creencia en un dios supremo, creador del mundo. Pero no hay que sorprenderse de que con el culto del sol, la luna y las estrellas coexistiese el culto de los antepasados y también una especie de fetichismo que reverenciaba a los espíritus y temía su presencia en todos los objetos. Tal mezcla, o más bien tal coexistencia sin verdadera mezcla de diferentes especies de conceptos religiosos es semejante a las muchas mezclas en el antiguo mundo helenoitálico, así como también en la China de hoy y en otras partes del Oriente. Existía un culto de los espíritus de los progenitores de la familia y de la tribu, de varios objetos naturales más o menos notables, o más bien de los espíritus que moraban en ellos, de animales, como por ejemplo la bestia más fuerte y el ave de rapiña más grande, la puma y el cóndor, y de la sumamente útil llama (devoción compatible con el sacrificio del animal) y también un culto de las plantas y especialmente del maíz y de la potestad que lo hacía crecer, la Madre del Maíz. Por sobre todas estas prácticas preferidas por las clases bajas, descollaba el culto del sol, la luna y las estrellas (en particular las Pléyadas), el cual representaba una esfera de ideas más alta y que sin embargo estaba relacionado con las supersticiones más primitivas acerca de la naturaleza, por el conocimiento de que el sol evocaba la vida de la tierra y por el descubrimiento de que algunas constelaciones se asemejaban a los animales sagrados de la tierra. Ni son éstos los únicos puntos en que hallamos semejanzas a las religiones del antiguo mundo. El Perú rivalizaba con el Egipto en el esmero que se tomaban los naturales para preservar los cuerpos de los muertos en momias * y éstas, secadas tan hábilmente que no ofendían los sentidos, eran a veces colocadas en sus habitaciones. Los quichuas ejercían la ciencia de la adivinación por el vuelo de las aves (como los diaques de Borneo) y por el examen de las entrañas de las víctimas como lo hacían los romanos hasta el fin de su república. Hacían pronunciar oráculos por medio de rocas o ríos como los

* Los habitantes primitivos de las islas Canarias, que al parecer eran de estirpe berberisca, también preservaban sus muertos en momias.

griegos, y la "Huillca", por medio de la cual hablaba el espíritu, podía a veces, a semejanza de la Pitonisa délfica, ser encaminada a la contestación deseada. Hombres, y en particular niños, eran sacrificados (aunque no en tan grandes cantidades como en Méjico o entre los fenicios). Si existía el canibalismo en el Perú era raro, aunque se halla entre algunas de las tribus más salvajes del Amazonas.

El que no haya nada que sea tan pertinaz en el carácter del hombre como sus supersticiones puede atribuirse tal vez al hecho de que la vida es regida más por la emoción y la costumbre que por la razón. Los peruanos no pelearon por su religión que, a decir verdad, no era incompatible con tales ceremonias religiosas como las que imponían los frailes. Se sometieron al bautismo con esa pasibilidad rara que distingue a casi todas las razas sudamericanas. Echaron a los lagos o enterraron todo el oro de los templos que pudieron sacar antes de que los españoles cayeran sobre ellos, pero hicieron pocos esfuerzos para defender sus imágenes y lugares sagrados. Con todo, bajo un cristianismo de nombre sólo, por no decir degradado, continuaron por mucho tiempo ejerciendo sus antiguos ritos y hasta aun hoy día la brujería y la devoción a los huacas locales (lugares u objetos sagrados) son marcadas en el vulgo. Estas supersticiones primitivas que existieron por mucho tiempo antes de que se hubiese establecido el culto del sol de los Incas ha sobrevivido a éste por largo tiempo. Si todos los habitantes que hablan español abandonasen el Perú y Bolivia, y si estas regiones fuesen separadas del resto del mundo y aisladas, es posible que el culto pagano, mezclado con algunas palabras y costumbres cristianas, llegase a ser dentro de veinte generaciones la religión de los países andinos, del mismo modo que las tribus del Cáucaso que fueron convertidas al Cristianismo cuando el poder del imperio romano se extendía en el Oriente hasta Tiflis no han retenido, después de doce siglos, nada más que la costumbre de ayunar en Cuaresma y el uso de la señal de la cruz. El culto de la naturaleza aun se mantiene firme, aunque a no dudar en forma muy extenuada, en todos los países de

Europa.* La costumbre y la emoción son los característicos más universales y más arraigados en la naturaleza humana, hallándose presentes cuando la razón es endeble, y agarrándose al alma con más fuerza que cualesquier convicciones intelectuales. Los sentimientos religiosos pueden mantener a los hombres en antiguas creencias y prácticas mucho después que se hayan olvidado del origen y de los motivos para tales creencias.

Al comparar a los indios de los Andes con los de la meseta de Anahuac, y en particular con los aztecas, los primeros parecen ser un pueblo menos vigoroso y menos fuerte y distintamente inferior en la guerra. Los norteamericanos en general, contando no sólo a los mejicanos sino también a tales tribus como los sioux, los comanches y los iroqueses, amaban la guerra y eran tan feroces y tan valientes en ella como cualquiera otra raza que se haya conocido en el mundo. Los sudamericanos, con excepción por supuesto de los araucanos de Chile, los charruas del Uruguay y quizá también los caras de Quito, eran muchísimo más pacíficos. Aun pueden ser soldados fuertes cuando son bien mandados, y no temen la muerte. Pero demostraron poco del valor y de la tenacidad de las pieles rojas del norte. Aun descontando la sorpresa y el terror inspirados por los caballos, las armas de fuego, las armaduras y la fuerza física superior de los invasores españoles, hombres escogidos y algunos de ellos veteranos de las guerras de Italia, la resistencia de los peruanos fué extraordinariamente floja. Mentalmente eran también inferiores. Los españoles creyeron a los mejicanos más inteligentes. Ninguna de las dos razas había hecho el gran descubrimiento de la escritura alfabética, pero los de Anahuac con sus figuras semi-jeroglíficas se habían aproximado más que los peruanos con sus "quipus", cuerdas de varios colores anudadas. En cambio, el gobierno de los

* Bastante prueba de este argumento puede hallarse en el libro "La rama dorada" de J. G. Frazer. En Cornwall y en la Irlanda aun se rinden ofrecimientos a pozos sagrados. Una vez me encontré con un francés que creía que algunas personas eran convertidas en lobos y que decía que conocía a uno; y me recuerdo que, cuando muchacho, me aconsejaron los campesinos en las cañadas de Antrim que me cuidase del espíritu del agua que (bajo la forma de un toro) infestaba el río en el cual estaba yo pescando.

Incas y su civilización de un tipo más pacífico representaba un sistema de administración más desarrollado y más bien establecido que la organización militar de aquellos pueblos aliados que eran gobernados por los aztecas de Tenochtitlán (ciudad de Méjico). Estos no hacían más que exigir tributo y demandar pertrechos de guerra de las tribus que habitaban a su rededor en la meseta mejicana y también entre la meseta y el golfo, mientras que los Incas no sólo ejercían una autoridad incontestable en mil millas al sur del Cuzco y casi otras mil al norte, sino que habían ideado en su propio dominio del interior del Perú un plan de gobierno cuya elaboración es prueba suficiente de la aptitud política de los gobernantes. Aun si no tomamos en cuenta mucho de lo que se ha dicho por escritores primitivos sobre el ''socialismo del estado'' establecido por los Incas, parece probable que se esforzaron más por regularizar las actividades productivas de sus súbditos que en cualquiera otra nación del mundo antiguo o moderno. Se dice que funcionarios públicos regulaban la distribución y el cultivo de la tierra y que los productos eran divididos entre el Inca, el servicio del sol y el cultivador o la familia a que pertenecía. De esta manera el ''socialismo del estado'' estaba reforzado por la ''religión del estado'', y como todo el mundo tenía el privilegio de rendir culto a sus huacas locales, así también como al sol, no había que temer herejía o disidencia. Los Incas mantenían caminos, algunos de los cuales, según se dice, estaban pavimentados,* y tambos o descansaderos y un servicio de mensajeros rápidos cuyas hazañas en el correr pasmaban a los españoles. Hacían hacer planos en relieve de sus ciudades y en algunas descripciones se nos dice que adornaban sus paredes con los retratos de pasados soberanos. Según declaración general de los primeros escritores españoles, el país era pacífico y tranquilo. Han sido acusados de algunos vicios, incluyendo el de la embriaguez, pero el robo y la violencia eran sumamente raros. Es verdad, la obediencia fué cultivada con demasiado buen éxito, pues

* Es probable, sin embargo, que las primeras descripciones de los españoles de la excelencia de estos caminos es exagerada, pues son pocos los vestigios de ellos que pueden hallarse hoy.

fué ésta la causa de que después de algunas explosiones irregulares de resistencia se rindiesen a un puñado de invasores.

La astucia política de los Incas, patente en su método de trasladar a nuevas tierras las tribus conquistadas, tal como lo hacían los reyes asirios, y reemplazarlas por colonos de lealtad más conocida, fué tal vez más evidente en el éxito que tuvo su proyecto de basar su poder imperial en el culto del sol, haciendo el soberano el mismo papel en la tierra que aquel astro en el cielo, y rodeando sus órdenes y su persona con una santidad casi igual. El Inca era más amado por sus súbditos que ningún monarca europeo o asiático ha sido por los suyos, más de lo que era amado el Micado en el Japón o el Zar por los lugareños de Rusia hace un siglo.

Cuando la invasión española se desató como un vendaval sobre el Perú, fué natural que el trono de los Incas fuese derribado y con él el antiguo culto del sol. Pero los conquistadores destruyeron al mismo tiempo, con la irreflexiva insolencia de la fuerza y la avaricia, todo el sistema de la sociedad y del gobierno. Algunos de ellos, al escribir sobre esto veinte o treinta años más tarde, expresaron su pesadumbre. La miseria reemplazó a la prosperidad; las virtudes que el pueblo poseía iban desvaneciéndose, y su espíritu estaba irreparablemente quebrantado. La esclavitud a que fueron sometidos los lugareños por los conquistadores no era paternal como lo había sido la de los Incas, y era más rigurosa, pues el nuevo amo era un extranjero antipático y duro de corazón. No había nadie que protegiese al indio, con excepción de alguno que otro sacerdote compasivo; y aun cuando llegaba a escucharle el virrey o cuando le era posible presentar su apelación al Consejo de las Indias en España, el opresor en el sitio mismo podía frustrar siempre los esfuerzos benévolos. No se puede determinar hasta que punto se extinguió el pueblo a resultado de estas nuevas condiciones, pero si parece indisputable que los valles de la costa (que ya iban decayendo a causa de las guerras frecuentes), fueron pronto despoblados; y en lugar de los ocho millones que

enumera el virrey Toledo en su informe de 1575,* en 1794 había sólo 608,000 indios y 244,000 mestizos en las siete intendencias del Perú (sin contar a lo que es Bolivia al presente).

El interés descomunal del asunto—de una religión y de una constitución política que se asemejaban en tantos pormenores a las de los países del Viejo Mundo y que sin embargo se desarrollaron por completo independientemente de ellas—me ha atraído a esta digresión, pues lo que yo pensaba hacer era describir únicamente la impresión que me causaron las ruinas del presente y lo que parecen decirnos de las facultades de la raza que las han dejado como monumentos. Son mucho más escasas que las ruinas de las civilizaciones egipcia y asiria, y eran tan inferiores a ellas en su grandeza material y su cualidad artística como lo era la raza intelectualmente inferior no sólo a los griegos, sino también a nuestros primeros antepasados célticos y teutónicos de los primeros cinco siglos de la era cristiana, quienes no habían construido más que pocos edificios y no habían adelantado tanto como los súbditos de los Incas en cuanto a una sociedad definida y a la riqueza. Con todo, las ruinas peruanas son testimonio de dos elementos de firmeza en la raza americana. Uno de estos elementos es la aptitud de concentrar sus esfuerzos en cualquier plan propuesto y de llevar a cabo cuidadosamente y con fiel exactitud cualquier empresa emprendida. El otro es cierta amplitud y ánimo en la concepción que halló expresión no sólo en los proyectos de grandes edificios, sino también en el sistema administrativo por medio del cual aseguraron sumisión por sobre una vasta superficie, extendieron su lenguaje a muchas tribus diferentes y les inculcaron el mismo culto y, a lo menos hasta cierto punto, un sólo estilo de sociedad. El que un pueblo que carecía de tantas ventajas propias de los pueblos del Viejo Mundo llegase a efectuar todas estas cosas demuestra la cualidad natural inherente en a lo menos

* No es posible determinar el territorio comprendido en esta enumeración y probablemente era un cálculo aproximado; sin embargo, no queda duda de que la población a mediados del siglo diez y seis era mayor que en el siglo diez y ocho.

algunas de las razas indígenas en el hemisferio occidental.

¿Progresaba esta civilización del Perú—y podemos hacer esta pregunta con relación a la de Méjico—cuando la conquista española arrastró con todo de repente e irreparablemente? ¿Poseía más posibilidades de desarrollo que la hubiesen permitido, si hubiera sido preservada, hacer una contribución importante, o en el arte, en la industria, o en el adelanto intelectual, al progreso general de la raza humana? ¿O había logrado la proporción exacta de su extensión de igual manera que la civilización de Egipto cuando conquistaron los persas aquel país, o que China hace muchos siglos? Es ésta una cuestión que no podemos resolver con el escaso conocimiento que hasta ahora hemos alcanzado de la era de antes de la conquista del Perú.* Si el viaje de Cristóbal Colón hubiese ocurrido cuatrocientos o quinientos años más tarde, los peruanos y los mejicanos podrían haberse elevado a un nivel de inteligencia igual al de los pueblos europeos por más inferiores que hubiesen sido cuando se trataba de guerra. Pero después del descubrimiento de América era cosa segura que la invasión de Méjico y del Perú no podría dilatarse; y no bien se desparramaron las razas del Viejo Mundo con su enorme superioridad entre las del Nuevo Mundo, la civilización más endeble no pudo menos de sumergirse tan completamente que no quedó ni nada ni poco que pudiese haber sido recibido e incorporado en la civilización de los invasores.

Este sumergimiento completo es lo que sorprende a uno con tanta eficacia en el Perú y en Méjico; quizá con más eficacia en el primero que en el segundo. Los aborígenes fueron vencidos inmediatamente. En el Perú y en Bolivia son ellos los que constituyen la mayoría de la población. Pero no han contribuido en nada a la vida moral, intelectual o política de estos dos países. Aun en su arte y en sus industrias no han proveído nada

* Todavía queda muchísimo que hacer en Méjico y en el Perú, quizá más en el último que en el primero, para examinar a fondo las relaciones de los primeros escritores españoles y las ruinas que existen de edificios y sepulturas y objetos hallados en ellos o cerca para poder establecer los fundamentos de una historia sistemática de las antiguas civilizaciones nativas.

más que artífices esmerados, aunque conservaron su antigua aptitud en la cantería que ejercían por mandato de sus patrones españoles. Con efectos negativos y perniciosos han afectado la política, evitando el desarrollo de una clase agrícola blanca y proporcionando reclutas para los ejércitos alistados por aventureros militares. La separación entre el antiguo Perú de los Incas y el nuevo Perú del tiempo colonial fué tan completa como repentina. El antiguo Perú no sobrevivió en nada en el subsiguiente, pues el espíritu de la raza estaba muy abatido para poder ofrecer nada. Sólo queda ahora la obediencia de la oprimida gente del campo y su lealtad conmovedora a sus supersticiones primitivas. Algunos males antiguos se desvanecieron y otros nuevos aparecieron. Se puso fin a los sacrificios humanos, pero luego se empezó a quemar herejes.

CAPÍTULO V

LA PAZ Y EL DESIERTO BOLIVIANO

Por dos siglos después de la conquista española Bolivia fué parte del Perú, y no tiene ni fronteras naturales ni ningún distintivo material que la distinga de los vecinos países, el Perú al noroeste y la Argentina al sudeste. Es una fracción natural cuya separada existencia nacional se debe a dos acontecimientos. Después que por mandato del rey de España en 1769 fueron expulsados los Jesuitas del Paraguay, país que habían gobernado con notable éxito por muchos años, el gobierno español se convenció de que se iba haciendo cada día más difícil el regir desde Lima su vasto imperio del sudeste situado al este de los Andes, pues se iba exponiendo más y más al contacto con las naciones europeas que se comunicaban con él a través del Océano Atlántico. Así pues, en 1776 establecieron el virreinato de Buenos Aires, destinando para el mismo todos los países del Río de la Plata mientras que para las regiones del sudeste de lo que hasta entonces había sido el Perú alto establecieron una autoridad gubernativa con el centro de su audiencia en Chuquisaca. Luego vino la guerra de la independencia. Cuando concluyó la lucha con la batalla decisiva de Ayacucho en 1824 y se rindieron las ciudades de Lima y del Callao, los triunfantes jefes de la revolución determinaron conservar independiente del Perú esta región del sud que había estado bajo la audiencia de Chuquisaca, y formar de ella una república diferente situada entre el Perú y la Argentina. A este nuevo estado se le dió el nombre de Bolivia en honor de Simón Bolívar el libertador, quien era venezolano. Desde entonces ha quedado independiente, aunque en una desastrosa guerra con Chile perdió un gran trecho de territorio en la costa del Pa-

cífico. Con excepción del Paraguay, es ahora el único país de Sud América que se halla en el interior, y de igual manera que no tiene confines naturales por ningún lado, sus habitantes no tienen cualidades características ni distintivos que los distingan claramente de otros pueblos. Difieren muy poco de los peruanos de los Andes, pues son de igual mezcla de sangre india y española, y viven bajo las mismas condiciones materiales.

Bolivia incluye varios distritos de diferentes característicos. Casi toda la parte occidental del país es un desierto con algunas ciudades mineras aquí y allí, desierto cerrado por las cordilleras casi paralelas de los Andes. La parte del sudeste es una meseta o más bien una continuación de mesetas que yacen al lado del este de la Cordillera Oriental y que poco a poco se bajan hasta esas inmensas planicies en los confines de la Argentina, del Paraguay y del Brasil de las que fluyen ríos hacia el norte hasta desembocar en el Amazonas y hacia el sud hasta formar el Paraná y el Río de la Plata. Gran parte de esta región es demasiado seca o escabrosa para el cultivo o siquiera para pasto, y sin embargo, una parte extensa de ella sirve para un fin u otro y es suficiente para mantener una población agrícola así como la que gana su pan en las minas. El tercer distrito o del nordeste, es parte de la gran región baja y selvática del Amazonas las Selvas que se extienden hacia el este desde las pendientes de la Cordillera Oriental y que está habitada aún, con excepción de algunos caseríos de gente blanca, solamente por indios salvajes. Así es que en la enorme superficie total de Bolivia, de 605,000 millas cuadradas, hay sólo 2'000,000 de habitantes y la mayor parte de ellos son indios, salvajes en los bosques, semicivilizados en otras regiones. La población blanca, calculada en 200,000, la mayor parte de la cual tiene sin embargo sangre india, se halla casi totalmente limitada a unas cuantas ciudades, una de las cuales, La Paz, tiene más de 25,000 habitantes. Santa Cruz de la Sierra, a gran distancia en las tierras bajas del este, y Chuquisaca, que ahora se llama Sucre, Cochabamba y Potosí con su admirable montaña de plata, tienen algunas familias de pura sangre española. Oruro y Uyuni en el desierto son pueblos mineros con

la población mezclada que siempre se reune en tales sitios. La Paz, la ciudad más grande y virtual, aunque no oficialmente, la capital, tiene 50,000 habitantes, la mayor parte de los cuales son indios. Estas seis poblaciones se hallan a grandes distancias unas de otras y entre ellas hay pocos habitantes, casi todos indios. Hasta construirse el ferrocarril desde Uyuni hasta La Paz por Oruro, la comunicación era lenta y difícil. Cualquiera puede comprender que obstáculos al progreso crematológico y político ocacionan tales condiciones.

El viajero que se acerca a La Paz por el lago Titicaca—ha sido ésta la ruta de costumbre desde la costa—sube despacio por los montes rasos en medio de los cuales se halla Tiahuanaco hasta que sale a un plano inmenso que se extiende hacia el sud hasta formar el horizonte en lontananza, y que está limitado en el oeste por rasas montañas ondulantes y en el este por la más alta Cordillera Oriental. Aquí en el sitio más triste que puede uno imaginarse, a unos 13,000 pies sobre el nivel del mar, el ferrocarril de Guaqui, el puerto en el lago Titicaca, se une con el ferrocarril de Antofagasta, el puerto de Chile en el Pacífico, a unas cuatrocientas millas al sud, y hasta aquí va convergiendo ahora un tercer ferrocarril, el que se está construyendo para unir a La Paz con Arica en la costa del Pacífico, a unas cien millas hacia el oeste. Desde este punto llamado Viacha, el camino se vuelve al este hacia la cordillera, y el ferrocarril sube despacio en curvas extensas por la meseta polvorienta y sin arbustos en cuya yerba escasa pacen ovejas. No se ve ni siquiera una casa, y la inclinación uniforme parece continuar hasta el muro de montañas en lontananza. ¿Dónde estará La Paz? se pregunta el viajero. Dentro de poco, sin embargo, ve hileras de llamas y de burros y caminantes a pie que caminan por la ladera hasta un sitio donde de repente desaparecen y no se ven más. Luego se llega a un lugar donde el ferrocarril mismo parece llegar a su término entre algunos cobertizos. Se baja del tren y camina unas cuantas varas hacia el este y de repente se detiene sobresaltado en el borde de un abismo abierto. Directamente bajo él, a unos mil quinientos pies más abajo, una ciudad de color gris con techados rojos llena el fondo

de una barranca y sube por las laderas en ambas riberas del torrente que fluye por ella. Todas las calles y plazas, todos los patios y jardines se hallan trazados a su vista como si fuese en un mapa, y hasta le parece a uno oír el rechinamiento de los vehículos por sobre los empedrados como si viniesen débilmente a través del aire raro.

A menudo había oído describir La Paz como que estaba situada en una grieta honda de origen volcánico debida a un desplome repentino en el curso de una erupción o tal vez a un terremoto. Tal suposición parecía natural en una región de terremotos y de volcanes. Pero no quedan vestigios aquí de acción volcánica, sea erupción o rompimiento. Esta barranca ha sido ahuecada al parecer por la acción del agua. La meseta inclinada hacia la cual sube el ferrocarril desde Viacha es un depósito aluvial inmensamente espeso o es un depósito lacustre de tierra y cascajo sin duda formado en la época cuando toda la región entre las cordilleras oriental y occidental eran parte del lago Titicaca, el cual era antes mucho más grande que ahora. El torrente que desciende de las nieves de la Cordillera Real al norte se ha abierto camino por este depósito y así ha formado la ''quebrada'', que es la palabra usada en el oeste de la América del Norte para describir barrancas formadas por corrientes. Los lados de la cañada son todos de tierra, sumamente dura, y en algunos sitios escarpada, pero no se puede ver ninguna roca y mucho menos roca ígnea.

¿Cómo fué que los primeros pobladores escogieron tal lugar? Al parecer por que al principio se halló oro en la tierra a lo largo del río y los españoles pusieron a los indios a lavarlo. Esta industria se abandonó hace tiempo, pero el sitio, poblado primeramente en el año de 1548 o por ahí, cuando las guerras civiles entre los conquistadores fueron terminadas con la captura y ejecución de Gonzalo Pizarro, y llamado Nuestra Señora de la Paz, era recomendable para ocupación continua porque tenía una corriente copiosa y perenne, por su posición resguardada y porque se hallaba situada a la entrada de una hondonada en la cual hay un camino que conduce por las riberas del río hasta los bosques

en el este. Se cree que por esta barranca el lago Titicaca vaciaba antiguamente sus aguas sobrantes al Atlántico. No hay otro lugar en muchas millas a la redonda que se halle tan bien protegido de los vientos furiosos que soplan por la meseta. Allí no hay planta que crezca a más de tres pies sobre la superficie de la tierra. En la barranca abajo se cultivan flores y hasta se pueden hacer crecer árboles que ofrezcan alguna sombra y que proporcionen ramos donde puedan cantar los pájaros.

Del borde de la barranca—se llama "El Alto"—bajan tranvías eléctricos hasta la ciudad por un camino que se vuelve aquí y allí en zigzags por la superficie de la pendiente que es casi escarpada. La línea ha sido instalada con mucha destreza, y como los carros son ligeros y están provistos de frenos fuertes, la bajada es completamente segura aunque la rasante es empinada. Por supuesto que tal ferrocarril no puede llevar mercancías de mucho peso; pero no hay, ni es posible que haya por largo tiempo, mucho tráfico de mercancías muy pesadas. La nueva línea que ha de conectar a la ciudad con Arica en la costa tendrá su estación terminal al extremo del sudeste de la barranca hacia cuya parte la bajada es algo más fácil.

La Paz tiene la distinción de ser la capital más alta del mundo, pues se halla situada a 12,470 pies sobre el nivel del mar, a 2,000 pies más de altura que Quito y a 5,000 más que Méjico. La que más se aproxima es Lasa en el Tibet que está a una altitud de 11,830 pies. La temperatura anual media es de 50 grados Fahrenheit. El aire penetrante que es distintivo de esta altitud es puro y vivificante, pero sin embargo hay desventajas. Nunca tiene uno calor, excepto cuando se halla precisamente bajo la luz del sol, y no hay fuegos, en verdad casi ni hay hogares, debido sin duda en parte a que no hay que quemar, pues el país carece de árboles y el carbón se halla muy distante. Los habitantes se acostumbran a estas condiciones y tiritan en sus ponchos, pero el viajero no se siente cómodo después de la puesta del sol y llega a comprender fácilmente la causa del culto del sol en tal país. Tan raro es el aire que los que tengan pulmones débiles o tóraxes encogidos no pueden vivir aquí. Un ataque de pulmonía es muy fatal, pues

no hay bastante oxígeno para mantener a tensión la función de los pulmones, y la única esperanza que tiene el paciente es que se le lleve inmediatamente a la costa por ferrocarril. La opresión de la respiración y de la palpitación del corazón son los síntomas más comunes del "soroche" o "puna", la llamada enfermedad de la montaña, que predomina en toda la meseta a un altura de más de 10,000 pies, aunque algunas personas sufren de ella en lugares aún más bajos. Los síntomas menos frecuentes son la náusea y el vómito, fuerte dolor de cabeza y desorden general del aparato digestivo. Algunas naturalezas, por supuesto, son más expuestas a sus ataques que otras, pero todos los que proceden de tierras bajas experimentan dificultad en violentos esfuerzos físicos, tales como los de correr cuesta arriba o de levantar cosas pesadas. Antes de partir de la costa preguntamos si había algún remedio preventativo y nos dijeron que los medicamentos valían poco o nada y que el mejor profiláctico era el abstenerse de fumar, beber y comer. Yo cumplí sólo la segunda de estas instrucciones, pero ninguno de nosotros sufrió absolutamente de nada, ni aún en alturas de más de 15,000 pies, con excepción de que resultó ser deseable al subir montes el caminar más despacio de lo que lo acostumbrábamos a hacer en nuestras tierras y de que al acostarnos por la noche exhalábamos algunos respiros muy largos y muy profundos antes de dormirnos. Los conocidos ingleses y norteamericanos en La Paz nos dijeron que el jugar una partida simple de lawn tennis era muy dificultosa porque el esfuerzo de pasar de un lado a otro del campo cansaba los pulmones; y supimos de gente que habiendo venido en asuntos de negocios, después de algunos meses decidieron que les era conveniente volver a la costa por un intervalo de descanso. Los indios nativos, estando avezados a todo ello, no parecen sufrir de la rareza del aire más de lo que sufren del frío, y en tiempo de los Incas efectuaron hazañas extraordinarias corriendo velozmente por largas distancias.

El motivo porque la altitud sobre el nivel del mar afecta nuestros órganos respirativos en algunas montañas más que en otras no ha sido averiguado completamente. Sir M. Conway es del parecer que la rareza

del aire se siente más en regiones secas, como aquí en los Andes centrales y en Colorado, donde yo mismo me recuerdo haberla hallado mayor obstáculo para el esfuerzo físico a una altura de 8,000 pies que en los Alpes a 15,000 pies. Otros afirman que es más rigorosa en tiempo húmedo y lluvioso que en tiempo sereno. Podría uno sugerir que se siente más en una meseta, o en una ancha mole de montañas altísimas, que en una cordillera angosta, donde hay una abundancia de aire más denso abajo a corta distancia, el cual sube del valle. Esto explicaría el porque los trepadores de montañas casi no padecen de enfermedades en los Alpes. Las experiencias que yo he tenido en los Himalayas y en América, así como en las cordilleras de la América del Norte y del Hawaii, apoyan esta opinión.

En La Paz aprende uno muy pronto a subir despacio, pues como la ciudad está situada en terreno muy irregular, inclinándose rigorosamente a ambos lados de la corriente que la atraviesa por una madre ancha y pedregosa, todas sus calles son empinadas, con excepción de las que se extienden a lo largo del fondo del valle paralelas a la corriente. Todas están pavimentadas toscamente de manera que el paseo en coche no es agradable hasta que no sale uno fuera de la ciudad a avenidas suburbanas bien conservadas. Aun menos agradable es el cabalgar hasta que uno no se haya acostumbrado a confiar que el amaestrado animal local se mantenga firme en los guijarros grandes y lisos. En una ciudad como ésta, donde no vivió nunca gente rica y donde ninguna iglesia tiene santidad particular, no puede uno esperar hallar ese atractivo, tan común en antiguas ciudades españolas, que proviene de la variedad del detalle arquitectural en los edificios. Pocos de éstos tienen en La Paz aire de antigüedad, pocos tienen nada pintoresco en faldones, puertas ni ventanas. Lo mismo sucede con las iglesias. Algunas tiene un interior más espacioso, otras una fachada más ornada, otras torres más majestuosas, pero todas son del estilo invariable de a fines del siglo diez y seis y del siglo diez y siete con semejantes ornamentos macizos y charros en la nave y en el coro. Las iglesias de los frailes son a menudo de mejor calidad que las otras, y aquí la de San Francisco con su her-

moso frente y con sus establos primorosos nos agradó más que la catedral. Hay unas cuantas casas buenas, algunas de las cuales pertenecieron, según la tradición, a antiguos gobernadores, con balcones a galerías al rededor del patio, y con entradas que tienen encima escudos de armas, pero el patio es triste, pues a menudo resulta ser un depósito de aire. La plaza central, donde por lo común espera uno hallar lo mejor que exista en una ciudad, es muy pequeña, pero arreglada con gusto. A un lado de ella están las oficinas del gobierno y a otro el edificio de la legislatura, el cual no sería malo si no tuviese un chapitel de cinc. Los mercados son los lugares más interesantes porque aquí, así como en los puestos descubiertos de la plaza de San Francisco, y aun más en los grandes pasillos cubiertos del mercado principal (muy semejante a un bazar oriental o al Suk de Túnez), ve uno no sólo las variadas frutas, raíces y granos, escaso producto de la meseta y de los valles cálidos más cercanos, además de las telas tejidas o bordadas por la industria nativa, sino también a los naturales en toda su variedad de trajes. El indio lleva sombrero de fieltro y el mestizo, que pertenece a una clase social más alta, usa uno de paja. Aquél lleva siempre, y éste a menudo, un poncho de lana de variados colores por sobre su áspera y sucia camisa de lana y sus pantalones cortos y holgados. El blanco, o el mestizo de la clase alta que se considera blanco, lleva chaqueta de tela europea y por lo común a causa del frío una capa o sobretodo; ésta es la marca distintiva de pretensión social. Las mujeres nativas son vistosas en sus muchas faldas pesadas de lana de colores brillantes. Los colores de naranja y el rosado son los preferidos. Aunque estas indias son fuertes y firmes, da que pensar como es que pueden sus talles soportar tres, cuatro y a veces cinco de estas piezas de tela tejida sólidamente.

Así es que aunque no hay mucho que pueda ver o hacer el turista, ni que pueda admirar el estudiante de las bellas artes, sin embargo, La Paz es un lugar pintoresco con un distintivo tan peculiar que se construye para sí un nicho en el templo de la memoria y se queda allí por ser tan diferente de otros lugares. La extraña irregularidad de las toscas calles empinadas con riscos

de tierra parda que se levantan a sus extremos, el torrente alborotoso, los indios de apariencia salvaje con sus vestidos medio embellecidos, las manadas de llamas graciosas con sus largos cuellos encorvados y sus extraños ojos límpidos, la situación singular de la ciudad en este abismo profundo que no es obscuro porque los rayos verticales del sol brillan sobre él todo el día, y en particular la magnífica mole nevada del Illimani que descuella contra el cielo de azul zafíreo con ventisqueros que parecen colgar por encima de la montaña, aunque se hallan a una distancia de cuarenta millas, y con sus tres cumbres de nieve que se ponen de color muy rosado a la puesta del sol—todos estos elementos hacen a La Paz un lugar encantador, uno de esos lugares que se presentan a la mente pronta y vivamente cuando piensa uno en ellos.

Las inmediaciones de la ciudad, demasiado desnudas y ásperas para poder ser hermosas, tienen una grima fantástica que se aproxima a la grandeza. Una linda alameda entre hileras de eucaliptos, el único árbol que parece prosperar aquí, y que resiste la helada mejor que en Inglaterra, quizá porque Bolivia tiene un aire seco y un sol fuerte que reproducen mejor las condiciones de su suelo natal australiano, conduce a un parque público de donde se alcanza una vista espléndida de las alturas al rededor y del valle abajo. Los precipicios de tierra dura que la cierran han sido divididos aquí y allí en altas pirámides de tierra como las que puede ver uno cerca de Botzen en el Tirol y, de igual manera que éstas, han sido formadas sin duda por la acción de la lluvia en las partes más blandas de los riscos. Detrás de la muralla de tierra oriental se remontan los estribos y los contrafuertes de la cordillera, agrestes cañadas rasas que suben hasta la vertiente de la cadena, en la parte superior de una de las cuales está el paso que conduce abajo a la montaña. Me recordó algunos de los escondrijos entre los Alpes nóricos detrás de Gastein, pero es de más vasta extensión y más triste, como lo son por lo común los panoramas andinos. Dejando la ciudad a otro lado viajé hacia el sud siete u ocho millas por el camino que baja al desfiladero, por una ruta larga y tortuosa, a través del corazón de la Cordillera Oriental bajo

el costado meridional del Illimani, hasta que llegué a la tierra de oro y el caucho, de los caimanes y de los jaguares. En los rincones resguardados en la parte baja de la ciudad había jardines llenos de bambú y de arbustos florecientes, y a menudo veíamos hileras de llamas, mulas y burros que venían camino arriba cargados con frutas tropicales y otros productos de las Yungas, que es así como se llama esta región. Más abajo el paisaje es austero y desagradable, con grandes moles de roca que coronan inclinaciones que se levantan empinadas hasta tres o cuatro mil pies sobre el valle, pero aquí y allí donde había espacio para el cultivo al lado del río un pedazo de terreno sembrado de alfalfa de color verde claro mitigaba la monotonía del color pardo y negro—país extraño con estos contrastes marcados de calor y de frío, de verdor y de sequedad. El aire era ya más caliente, y después de treinta millas llegamos a la región de las lluvias y de los insectos y fiebres de los trópicos.

En la ciudad hay poco que pueda hacer el viajero, excepto andar por el mercado y comprar alfombrillas hechas de la caliente lana de la vicuña, deliciosa en su blandura, y las más fina y costosa de las pieles andinas. Ni hay mucho que ver, con excepción del museo que contiene una colección interesante de minerales, muestras de maderas, animales disecados y toda clase de curiosidades, tales como armas indias y varias clases de artefactos. El caballero que parece tener la parte principal en la dirección (el señor Ballivian) es un docto historiador y arqueólogo de gran reputación que pertenece a una de las antiguas familias de La Paz. Tales conocimientos no son comunes en Bolivia, y sin embargo hay pocos países que ofrezcan un campo más ancho y más atractivo al naturalista y al estudiante de etnología.

La asamblea legislativa estaba en sesión y yo fuí invitado a sus juntas. Ambas cámaras consisten de pocos miembros, en su mayoría de abogados como casi todas las legislaturas sudamericanas, pues el derecho es la profesión que conduce a la política y que concuerda con ella. En esta ocasión las actuaciones eran insípidas y los discursos de un tono convencional. Los miembros hablaban sentados, costumbre que, aunque general en estas repúblicas, no se aviene a la manifestación de esa elo-

cuencia sonora que es parte del temperamento hispanoamericano. Entre los ciudadanos de importancia que tuve la suerte de conocer ninguno me causó más impresión que el veterano General Pando, quien ha sido presidente de la república y que podría haberlo sido otra vez si no fuese que por su patriotismo ha preferido dedicar su energía a la organización del ejército boliviano, el cual por ser tan pequeño necesita ser tanto más eficaz. No hay nadie en el país que sea más respetado y en quien confíen más los habitantes.

Hay un puñado de residentes extranjeros, hombres de negocio alemanes y empleados de ferrocarril ingleses y norteamericanos, los cuales forman una comunidad agradable. Se dice que la mejor escuela es la dirigida por una misión norteamericana, la cual se dedica más bien a la educación que a hacer prosélitos. Hijos de buenas familias católicas asisten a ella.

Cuando uno se da cuenta de que La Paz es en realidad una ciudad india, no le sorprende que sean tan pocos los habitantes cultos de descendencia española. El aimará es el lenguaje que se habla por las tres cuartas partes o más de los habitantes. Tiene una población indígena más numerosa que cualquiera otra ciudad del mundo, aunque el tanto por ciento de indios en Asunción, capital del Paraguay, es posiblemente más grande. Este es un lugar oportuno para hacer una breve descripción de su condición presente, puesto que ya se ha dicho algo en el capítulo anterior de lo que fueron antes de la conquista.

Aunque la mayor parte de los habitantes de La Paz y del Cuzco son indios, las ciudades andinas más grandes son españolas en su apariencia y es sólo en los distritos rurales que puede verse y estudiarse al indio. Casi todo el terreno, con excepción de algunas haciendas en la costa donde emplean algunos negros o chinos, es cultivado por los indios, y las llamas y las ovejas son cuidadas por ellos. En verdad, no hay ninguna otra industria para ganarse la vida, con excepción de la minería, pues en estos países no existen todavía fábricas en grandes proporciones. Aficionados a la tierra, y viviendo por lo común en pequeñas aldeas que, fuera de los trechos fértiles del valle Vilcamayu, raras veces

se hallan a cortas distancias unas de otras, los indios han conservado las creencias y las costumbres de sus antepasados aún más que los lugareños de Rusia o del imperio turco. Su organización primitiva, el "ayllu", o familia, compuesta, como la de los romanos, o tal vez más bien como la de los griegos, de personas que fundaban su descendencia en un progenitor considerado común a todos, perdura aún en Bolivia, aunque en años recientes se la ha confundido con una nueva especie de organización, la de los arrendatarios o jornaleros de una finca. La tribu consistía de un cierto número de ayllus, pero aquella división ha perdido su importancia a causa de la desaparición del cacique o jefe de tiempos antiguos. En toda comunidad agrícola india hay dos oficiales. Uno de ellos es el "Ilacata" cuyos deberes son administrativos, incluyendo la división de terreno todos los años entre las personas que han de cultivarlo y también el recibo de las cosechas del terreno común y la superintendencia de los trabajadores públicos. El otro es el "Alcalde", quien combina facultades ejecutivas y judiciales, mantiene el orden en la comunidad, ajusta las disputas insignificantes y toma el mando en la guerra si hay necesidad de guerrear. El aldeano, aunque libre según la ley, es virtualmente parte de la finca y, aunque votante por ley, casi nunca ejerce su privilegio, pues el gobierno se toma la molestia de exonerar a los ciudadanos rurales y aún a los urbanos de un deber que pocos de ellos están habilitados para cumplir. En algunos lugares son oprimidos por los propietarios—esto es de esperarse donde existe una gran diferencia de raza y de habilidad—aunque sin embargo mucho menos que en los tiempos coloniales, pues ha habido algunos levantamientos indios, y ahora poseen más armas de fuego que antes. El número de ellos es tan preponderante que si se levantasen unidos en contra de las clase alta y hallasen un buen caudillo las consecuencias serían fatales. Así es que el temor a un disturbio impide el abuso del poder. Se dice que los que poseen bienes raíces lo pasan tan mal con los abogados o los prestamistas como los arrendatarios con los propietarios.

Casi no hay ningunos instruidos. En la isla de Titicaca con una población de más de 300 personas había

hace algunos años sólo un hombre que sabía leer. De un población de 2'000,000 en Bolivia sólo había 30,000 niños en las escuelas. Como los habitantes están tan esparcidos es difícil proveer instrucción para todos; ni parece tampoco que los aborígenes aprecian la educación, pues están tan satisfechos con su suerte que no tienen idea alguna de otros placeres que los que proporcionan las ferias y las fiestas y los que provienen del uso del aguardiente en las mismas y la hoja de coca siempre, la cual es para el indio el primer requisito para su vida. Nunca le falta su bolsa que contiene un manojo de hojas, las cuales mastica (por lo común con un poco de arcilla) mientras anda o trabaja, y de las cuales deriva una sustentación que le permite soportar el cansancio sin alimento por largo espacio de tiempo. La hoja masticada no tiene sabor ni es estimulante directamente agradable, úsese así o en una bebida. Yo la he probado de ambas maneras sin haber podido descubrir ningún resultado, excepto el de mitigar el hambre. Masticada, como la usan los indios, la hoja no tiene el efecto muy deletéreo de la cocaína, la cual es una esencia concentrada; en verdad, si tuviese ese efecto, hace tiempo que los aborígenes de la meseta habrían desaparecido.* Probablemente existe algo en las condiciones materiales de su vida que hace a la coca relativamente, o del todo, inofensiva. No parece ser usada mucho por los blancos y en las regiones bajas por nadie absolutamente. Por lo tanto, es posible que en su forma más benigna, esto es, masticada, sea considerada como un estimulante conveniente para los que se ejercitan continuamente en grandes alturas.

Lo que se ha dicho hasta aquí tiene que ver en general con los aborígenes de las altas regiones de los Andes, pero hay dos principales divisiones de ellos cuyos característicos no son del todo iguales. En tiempos muy primitivos había probablemente muchas tribus diferentes y en cada valle se hablaba un dialecto diferente. Esto sucede aún en la región de la "Montaña" (los bosques al pie del lado oriental de los Andes), donde tribus en territorios contiguos son absolutamente diferentes en

* Es posible que su uso inveterado haya contribuido a dar a los aimarás ese entorpecimiento impasible que caracteriza a la raza.

el lenguaje y en el aspecto. La conquista de los Incas con su gobierno igualador y unificante destruyó la mayor parte de estas diferencias. Había un lenguaje llamado ''mochica'' hablado por los habitantes de la costa de Chimu, esa raza de cuyo talento artístico hablamos en el capítulo anterior, el cual parece haber sido muy diferente del idioma de la meseta. Ha desaparecido ya, pero dichosamente queda aún una gramática escrita por un sabio eclesiástico. Hay también otra lengua distinta que se habla aún por una tribu semisalvaje, llamada los urus, que habitan, aunque son pocos, las lagunas juncosas del río Desaguadero cerca del extremo del sudoeste del lago Titicaca. Con estas excepciones, los españoles parecen haber hallado a su llegada sólo dos idiomas predominantes en el Perú y correspondientes a las dos divisiones de razas, los quichuas a la cual al parecer pertenecían los Incas, y los aimarás. Estos últimos poseían todo el Collao, esto es, la región al rededor del Titicaca y al sur de él al rededor de La Paz. Los primeros ocupaban los valles del norte del Perú y las regiones de la costa al sud de Lima y parte de lo que es ahora la Bolivia meridional al rededor de Oruro y de Uyuni. Como estos dos lenguajes son del mismo tipo se supone generalmente que las razas quichua y aimará son consanguíneas. Los que conocen a las dos dicen que los quichuas son más apacibles y menos enérgicos. Los aimarás, según declaran los observadores europeos así como los peruanos también, son más ásperos en sus modales y de disposición más adusta y más vengativa. Ambas razas son de igual manera sigilosas y sospechosas de los blancos, y para tal actitud tienen razón que les sobra. Las impresiones de un forastero carecen de importancia, pero a mí me pareció, al notar la cara y las acciones de los indios que vimos, que aunque ambas razas son menos inteligentes y tienen menos dignidad personal que los indios de Méjico, los aimarás parecían ser más tenaces y menos alegres que los quichuas. Podríamos esperar hallar poca animación en aquéllos hacia quien la naturaleza vuelve su austero rostro en estas alturas azotadas por el viento. Mas sin embargo, el islandés cuya lejana isla se halla rodeada por un océano triste, es de índole animada y alegre.

Los quichuas, así también como los aimarás, tienen esa impasibilidad y despegadura notables que pertenecen a los pueblos americanos y que en el Viejo Mundo uno halla sólo en algunas razas del este de Asia. Aunque tienen mucha constancia, carecen de iniciativa. Son soldados formales y pelean bien bajo jefes blancos o mestizos, pero raras veces se sabe de un indio puro que lleve a cabo nada o que ascienda por medio de la guerra o de la política, o en ninguna profesión, por sobre el nivel de su clase. El mejicano Suárez, el vencedor de Maximiliano y del clero, era indio de pura raza. Desde la época de los jefes araucanos Lautaro y Caupolicán, la América del Sur no ha producido ningún natural que les iguale. La curiosidad y la ambición son desconocidas en el carácter de esta raza. Aunque hay bastante sangre india en peruanos y bolivianos de prominencia, de suerte que debe de haber habido mucha mezcla entre las dos razas en tiempos pasados, y aunque en verdad no existe distinción social (excepto en tres o cuatro ciudades), entre los blancos y los mestizos cultos, los casamientos entre puros indios y puros europeos son muy raros.

El indio de la meseta es aun sólo semicivilizado y menos que medio cristiano. Conserva su culto primitivo de la naturaleza que agrupa a los espíritus que moran en las montañas, los ríos y las rocas con los de sus progenitores, reverenciándolos y aplacándolos a todos bajo el nombre de "achachilas". En una ceremonia su hechizador invoca al Dios cristiano para que favorezca la construcción de una casa o cualquier empresa que emprenda, y al mismo tiempo invoca a los achachilas, aplacándolos con ofrecimientos y enterrando la ofrenda que se hace al espíritu de la Tierra.* De igual manera conservan los bailes ceremoniales del paganismo y tienen secretas hermandades de bailes cuyos misterios el blanco no puede conocer. Su ética es, en teoría y práctica, la misma de hace cuatro siglos. Ni ama ni aborrece al blanco, sino que le teme, y el blanco no le ama a él ni le aborrece, sino que le desprecia, aunque hay, a lo menos en Bolivia, un poco de temor mezclado con este desprecio. No son las relaciones sociales ni las políti-

* El señor Bandelier hace una descripción interesante de tal ceremonia. ("Las Islas de Titicaca y de Koati".)

cas lo que los mantienen juntos, sino la necesidad que tiene el blanco de los trabajadores indios y la fuerza de la costumbre que ha hecho que éstos se hayan sometido a pagar arrendamientos. Ni los blancos ni los indios mencionan nunca la conquista. Los primeros no veneran la memoria de Pizarro; para los segundos la historia es demasiado confusa y distante para causar efecto alguno en su mente. Y lo menos notable del asunto no es que el mestizo no forme el enlace entre las dos razas. Este prefiere hablar español, idioma que el indio raras veces comprende. Se le considera parte de la raza superior, la cual constituye para fines sociales o políticos, aunque no por fuerza del número, la nación peruana o boliviana.

En ninguna capital me he sentido tan separado del resto del mundo, cuyas partes europeas, asiáticas y norteamericanas se hallan tan bien enlazadas, como en La Paz. Tal vez se sienta uno tan aislado en Quito y en Bogotá, pero apenas más que en La Paz. El hallarse encerrado entre dos cadenas de montañas altísimas y dos desiertos, y el vivir en el fondo de una cañada, aunque se halle uno tan alto sobre el nivel del mar como si estuviese en la cumbre de las Montañas Roqueñas o de la Jungfrau, son condiciones extrañas para una morada. Si embargo, es éste un lugar donde puede uno meditar mucho, pues nuevas experiencias originan nuevos pensamientos y la soledad nos ayuda a continuarlos. Así es que fué con sentimiento por todo lo que dejábamos atrás, excepto el clima, que partimos de La Paz una mañana temprano para continuar nuestro viaje al sud, despidiéndonos difícilmente del achachila * del majestuoso Illimani al cual habíamos ofrecido oraciones de admiración todos los días a la salida y a la puesta del sol. Después de subir al borde de la Barranca en el tranvía eléctrico nos tomamos una hora en ferrocarril para llegar por la meseta descubierta hasta Viacha, de donde sale una línea que conduce hasta Titicaca y por el lago hasta Mollendo, y otra en construcción cuando pasamos por allí que en 1913 llevará pasajeros por la cordillera occidental hasta Arica en la costa del Pacífico. Como de aquí en adelante ésta será la vía más directa desde

* El espíritu de la montaña.

la costa hasta La Paz, es posible que Viacha llegue a ser algún día un centro ferroviario de importancia como Crewe, Chicago o Colonia. Al presente es indeciblemente yerma y triste y se halla en un desierto polvoriento y sin árboles. Pero el viajero del futuro que tenga que esperar aquí para cambiar de tren, mientras que se pasea de un lado a otro preguntando cuan atrasado está el tren que ha de tomar, podrá deleitarse mirando el incomparable paisaje que le ofrece la gran Cordillera Real, la cual traspasa el cielo al nordeste y termina al sur en la pirámide nevada de Huayna Potosí, al rededor de cuyas laderas se reunen las nubes que se levantan de los húmedos bosques del este a diez y seis mil pies abajo.

En Viacha nos subimos a los vagones del ferrocarril de Bolivia a Antofagasta, el cual pertenece a una emprendedora compañía inglesa, y nos dirigimos hacia el sud a través de un plano ancho ondulante que parecía un desierto árido, pero que resultó ser un pasto para manadas de ovejas y de llamas. Aunque la tierra parecía seca—era a fines de septiembre, cuando apenas empezaban las lluvias del verano—había bastante forraje y aquí y allí había arroyuelos que proporcionaban bebida para los animales. Podían verse también algunos de aquellos edificios antiguos redondos de piedras sin mezcla que los naturales llaman "chulpas" y que parecían servir de tumbas más bien que de capillas. Aquí y allí había aldeas, grupos de toscas chozas de fango, a veces con una iglesia rasa y fea demasiado grande para el lugar y que probablemente debía su tamaño al celo de algún Jesuita o Augustino del siglo diez y siete. Al principio la vista hacia el oeste de la cordillera occidental, por la cual se está construyendo con dificultad la línea hasta Arica, fué interceptada por bajas montañas pardas, pero dentro de poco se hunden y uno ve en lontananza a través de la llanura un grupo de magníficos picos nevados que al parecer, por su forma y aislamiento, han sido antiguos volcanes. Sahama, el más alto, cono piramidal de proporciones hermosas, a juzgar por la cantidad de nieve que soportaba parecía tener no menos de 21,000 pies de alto. Nadie ha subido hasta su cumbre aún. En esta cadena oriental la línea de la

nieve es más alta que en la Cordillera Oriental porque ésta última recibe más humedad. Hacia el nordeste la gran Cordillera Real que uno admira desde Titicaca ha desaparecido ya detrás de las bajas cadenas que atraviesan la llanura y se ve el Illimani sólo de vez en cuando por sobre las cumbres de los montes más cercanos. Al este, sin embargo, más hacia el sud que el Illimani, se presenta a la vista una nueva línea de nieves a una distancia de unas cien millas y la cual sin duda forma parte de la Cordillera Oriental. A cada lado se extiende una ancha llanura, pero en un lugar la línea continúa por algunas millas por una cadena de montes de roca negra (de apariencia volcánica) y sigue el curso de una corriente que dentro de poco se desvía hacia el oeste hasta perderse en unos pantanos. Además de los manojos de áspera yerba arracimada y de algunos arbustos pequeños, hay en los lugares más húmedos un poco de forraje—es sorprendente ver como las llamas hallan que comer en lo que parece terreno raso—pero el terreno es más y más estéril a medida que la línea continúa hacia el sud. Dentro de poco dejan de verse las aldeas indias; y hacia el oeste se ven extensos llanos que son cubiertos por el agua en la estación de las lluvias. Por fin, un grupo de altos montes señala la situación de Oruro, ciudad minera vieja y famosa, de cuyas minas una que ha sido explotada por centenares de años antiguamente cedía segundo puesto en la producción de plata sólo a Potosí. En los montes se explota el cobre y el estaño, así como la plata, y de la minería depende la prosperidad de la villa que hoy tiene unos veinte mil habitantes. Las largas calles angostas con humildes casas de un piso de adobe cubierto de mezcla, y sólo unas cuantas residencias mejores en las que viven hombres de negocio y mineros extranjeros, dan escasa idea de la antigua importancia del lugar, pero hay una plaza grande y algo hermosa al rededor de la cual están los edificios del gobierno y una arcada bien construida que contiene varias buenas tiendas. Al lado de la grande iglesia hay dos campanas enormes que han sido el orgullo de la ciudad por mucho tiempo, pero las cuales tienen que permanecer en tierra por ser demasiado pesadas para la pequeña estructura en el techo de la iglesia en la cual

cuelgan las campanas que se usan ordinariamente. Hacia el este, más allá de un llano estéril de una anchura de unas ocho o diez millas, la meseta es limitada por una cadena de montes, y más allá de ellos el terreno baja hacia la frotera argentina, de manera que después de de un viaje de uno o dos días uno puede pasar de esta tierra seca de días abrasadores y noches glaciales a una tierra de un suave aire húmedo y de árboles gigantescos.

Oruro era el término del ferrocarril que se extendía hasta aquí desde la costa del Pacífico, y de aquí hacia el sur la anchura de la vía es de sólo dos pies y medio. Va a ser ensanchada, sin embargo, pues el tráfico va aumentando y la compañía prospera.

Después de los alemanes, la gente más ubicua del mundo son los naturales de Aberdeen, de manera que apenas me sorprendió encontrarme aquí con uno en la persona del médico principal del lugar quien, luego que hubimos hablado de nuestros amigos en las riberas del lejano Dee, me dió muchos informes sobre las condiciones sanitarias de Bolivia. Describió a Oruro como lugar más agradable para residencia de lo que indicaba su exterior algo melancólico. Había alguna gente agradable, pues la minería, aunque no mejora a la clase obrera, por lo común atrae a un lugar hombres de aptitud superior y a veces de conocimientos científicos. Aquí como en cualquiera otra parte en Bolivia los extranjeros, incluyendo algunos chilenos, poseen las minas, mientras que los negocios se hallan principalmente en manos de los alemanes. El trabajo manual es ejecutado por los indios, que aquí hablan quichua, y cuyo número no aumenta, porque, aunque sus familias son grandes, la mortandad entre sus niños es muy subida, y también por los mestizos, que aquí se llaman "cholos" por lo común, los cuales serían buenos trabajadores a no ser porque son muy dados al uso del aguardiente que pueden obtener muy fácilmente. Hay, sin embargo, algunos mestizos chilenos y algunos ingleses que son importados para las clases de trabajo más preferibles.

A unas veinte millas hacia el sud está la gran laguna llamada Aullagas o Poopo—son éstos nombres de aldeas en sus riberas—la cual es alimentada por el río Desaguadero. Este lago singular que posee el mismo interés

de una cantidad desvaneciente, tiene cincuenta y tres millas de largo y veinte y cuatro de ancho, en ninguna parte tiene más de nueve pies de profundidad y en su mayor menos de cinco, y es salado, turbio, con un fondo de fango negruzco y está lleno de peces que son demasiado pequeños para que valgan la pena ser cogidos. Como los de Titicaca pertenecen a una especie que no se halla en ninguna otra parte. Como tiene un volumen tan pequeño en proporción a la area superficial que expone a un sol fuerte y a un aire sumamente seco, pierde por evaporación todo el agua que recibe del Titicaca por medio del río y probablemente un poco más, pues parece que va retrocediendo. Cuando el Titicaca, que también va bajando, tenga aún menos agua, el Poopo desaparecerá por completo y este llano será una extensión de sal resplandeciente.*

A medida que uno continúa el viaje hacia el sud el país es más y más árido y en Uyuni, la próxima villa de importancia, es un verdadero desierto donde sólo se ven arbustos muy achaparrados en la arena y entre las piedras. Esta región despoblada será pronto un punto convergente de ferrocarriles, pues es aquí que la presente línea desde La Paz hasta Antofagasta en la costa del Pacífico será empalmada con el nuevo ferrocarril que será construido para proporcionar una ruta directa y rápida desde la Bolivia central hasta Buenos Aires en el Atlántico. Se espera que para 1916 se habrá construido desde Uyuni hasta Tupiza cerca de la frontera argentina y así, cuando se haya hecho el empalme, habrá un ferrocarril directo a través del continente desde el Río de la Plata hasta Arica en la costa del Pacífico. Hasta aquí Bolivia ha sufrido mucho a causa de la falta de comunicación, así es que cuando La Paz se halle a veinte y cuatro horas de un océano desde Arica y a setenta u ochenta del otro desde Buenos Aires su comercio de exportación debiera recibir un gran ímpetu. La única fuente de riqueza de esta parte desierta y altísima de Bolivia es sus minerales. La cordillera occidental es particularmente rica en cobre y en plata y la oriental en oro y estaño. Un tercio de la producción de estaño

* Estos detalles los he tomado del libro del Dr. Romero "Los lagos de los altiplanos", traducido del francés del Dr. Neveu Lemaire.

de todo el mundo proviene de Bolivia. Además de la plata que se halla en varios lugares,—la gran montaña de plata en Potosí es explotada aún—se cree que los estribos orientales de los Andes peruanos y bolivianos contienen oro en abundancia, el cual sería extraído mucho más extensivamente del cascajo, y quizá también de los riscos roqueños, a no ser por la extrema dificultad en llevar maquinaria por inclinaciones escarpadas y bosques sin caminos. Fué de estas regiones de los Andes orientales que los Incas obtuvieron aquellas cantidades fabulosas de oro que excitaron la codicia de los españoles. Pizarro recibió de Atahualpa una cantidad calculada en números redondos en $3^{1}000,000$ de libras esterlinas ($\$15^{1}000,000$) por su promesa de perdonarle la vida—promesa que rompió tan pronto como le fué entregada la mayor parte del dinero. Y sin embargo, los cronistas españoles contemporáneos afirman que lo que los españoles obtuvieron desde el principio hasta el fin fué mucho menos de lo que los indios enterraron o echaron en los lagos cuando ya no pudieron defenderlo. Mas por grande que sea la riqueza mineral de las alturas bolivianas, la futura prosperidad de la república depende al fin menos de ella que del desarrollo de los recursos agrícolas y pastoriles de la parte oriental. Las minas son una fuente de riqueza transitoria; enriquecen a los capitalistas extranjeros más bien que a la nación; no ayudan a reconstituir un cuerpo inteligente y asentado de ciudadanos responsables.

No es solamente por la industria y el comercio que Bolivia debe recibir bien el advenimiento de los ferrocarriles. Esta república es la menos coherente y hasta cierto punto la peor unida de todas las repúblicas sudamericanas. Los europeos y los norteamericanos no saben sino muy poco de ella y no aprecian debidamente las dificultades contra las cuales ha tenido que luchar. Imagínese uno un territorio tan extenso como los imperios alemán y austriaco juntos, con una población más pequeña que la de Dinamarca, cuatro quintas partes de la cual consisten de indios salvajes o semicivilizados, y los pocos habitantes de linajes europeo o mestizo esparcidos por acá y allá en una media docena de ciudades, ninguna de las cuales tiene más de un corto número de ciu-

dadanos de estos linajes que puedan llamarse aptos. Un monarca enérgico con un ejército pequeño, pero eficaz y movible, podría gobernar tal país, pero a la propia administración de un gobierno republicano se presentan dificultades evidentes, pues una de las cosas indispensables de tal gobierno es que la minoría de ciudadanos competentes, sean muchos o pocos, tengan fácil comunicación unos con otros y que sean capaces de entenderse y de formar la opinión pública. Hasta ahora esto ha sido difícil, a causa de la falta de ferrocarriles, pues Santa Cruz, Cochabamba y Sucre (Chuquisaca) han estado a un viaje de varios días unas de otras y todas de La Paz. Estas ciudades se conocen muy poco entre sí y se tienen envidia. El antiguo elemento español colonial en ellas considera con desagrado a La Paz, más grande y más india. Sucre es la capital legal, pero ni ella ni otra ciudad tiene el tamaño ni la posición central que la podrían hacer una fuerza unitiva. Apenas hay inmigración, y el aumento natural de la población es insignificante, de manera que los lugares inhabitados no son poblados, aun cuando las condiciones son propicias. Por lo tanto, cualquier cosa que ayude a aumentar la prosperidad material de Bolivia y a unificar a sus habitantes será un beneficio público.

Como los medios de comunicación son las necesidades más urgentes de estos países, causa satisfacción saber que además del ferrocarril desde La Paz hasta Buenos Aires es posible que se construyan otras tres líneas antes de mucho. Una tendrá su principio en Tirapata (al norte del lago de Titicaca), atravesará la Cordillera Oriental y terminará en el río de la Madre de Dios. Otro unirá al Cuzco con el ferrocarril existente desde Lima hasta Oroya, ferrocarril maravilloso que llega a una altura de más de 15,000 pies. La tercera línea será una continuación del ferrocarril de Oroya a través de los Andes hasta los bosques del Perú oriental.

Uyuni es más pequeño que Oruro y también menos atractivo. Tiene una enorme plaza desocupada y cuatro calles anchas con casas de adobe. Hallándonos a unos 12,500 pies sobre el nivel del mar, en una atmósfera seca y sin nubes, donde la radiación del calor es inmensa tan pronto como se pone el sol, nos encontramos con que

hacía tanto frío bien entrada la noche que el agua se helaba en nuestro coche-cama, mientras que el calor del día reflejado del suelo del desierto no es menos intenso. Hay una mina famosa en Pulucayo en la cadena de montañas al este—a unas diez millas de Uyuni y a mil quinientos pies sobre la ciudad. Subimos hasta ella por un pequeño ferrocarril y nos sorprendimos de ver vegetación cuando ya habíamos ascendido algunos centenares de pies sobre el llano tórrido. Una cosa notable era una planta semejante al cacto, con pelos blancos sedosos, la cual levantaba sus extremidades espinosas hasta unos diez pies y terminaba en racimos de brillantes flores carmesíes. El cuerpo de oficiales de la compañía francesa que exploraba la mina nos recibió con hospitalidad y nos explicó los procedimientos de extracción y la manera como se usa la electricidad en su trabajo. Aquí se hallan plata, cobre, cinc y plomo todo junto; y se hacen tiros de mil pies de profundidad desde las largas galerías que son abiertas hasta muy adentro en la montaña, una de las cuales se extiende hasta Huanchaca al otro lado. Para alojar a los trabajadores, todos indios o cholos,* se ha levantado una población de seis o siete mil personas. Se les ha edificado una iglesia, una escuela y un pequeño teatro, y como sus constituciones robustas pueden soportar el frío y el aire raro parecen alegres y satisfechos. El contraste entre los aparatos refinados de la ciencia moderna y la tosquedad del hombre semicivilizado no nos pareció nunca más marcado que cuando vimos esta maquinaria y estos trabajadores.

De esta altura de unos catorce mil pies se puede mirar por más de cien millas sobre el desierto y ¡qué desierto! Muchos podemos recordar el pavor y el misterio que sugería en nuestra mente de niño la palabra "desierto" en el Antiguo Testamento. Cuando un pequeño lee del desierto de Sahara se lo imagina terrible y mortífero. Después que ha crecido y que ha viajado fuera de Europa, el único continente que no tiene desiertos, y ha visto los desiertos de Egipto, o el Kalahari en el sur de África, o los desiertos de la India, de Arizona, o de

* El nombre "cholo" quiere decir en particular el hijo de mestizo e indio, pero parece usarse comúnmente para significar a un campesino de aire indio notable.

Islandia, llega a realizar que gran parte de la superficie de la tierra está desierta y que los desiertos, aunque espantosos, pueden tener una hermosura y hasta cierto encanto que les es propio.* Al hombre práctico tal vez no parezca esto suficiente causa decisiva para su existencia, pero esto es una cuestión secundaria y la filosofía desde el tiempo de Bacon ha dejado de investigar las causas decisivas. De los desiertos que he nombrado los del norte de Arizona son quizá los más hermosos, pero esta alta meseta del sud de Bolivia, aunque muy diferente, no es menos notable.

Precisamente en el medio está situada una brillante extensión blanca. Era una grande ciénaga salina, cuyos cristales de sal relucían como plata, pues en esta estación parece estar seca, aunque bastante blanda para engolfar y sepultar en su insondable fondo a cualquier viajante extraviado que se aventure a atravesarla. Más allá de ella hacia el noroeste y el norte el desierto de arena se extendía hasta el horizonte, mientras que en el sudoeste y el sud había largas cadenas de montañas aserradas que se extendían aquí y allí a través de la vasta extensión, como si hubiesen sido formadas en un mapa de relieve, pues parecían estar muy cerca y muy juntas, aunque se hallaban a unas cincuenta millas de distancia. Algunas estaban coronadas o rayadas con nieve, lo cual indica en esta tierra árida una altura de diez y siete mil pies.

El esplendor de tal panorama consiste no sólo en el placer sensual que derivan los ojos de la cadena de montañas con sus delicados matices y con la primorosa precisión de sus formas, apenas menos variadas que los matices, sino también en la impresión formada en la imaginación. La inmensidad y la complexidad de esta naturaleza indican la vasta escala de la obra de las fuerzas naturales y el inmenso espacio de tiempo que se han tomado en tal obra.

Volviendo al ferrocarril en Uyuni, partimos por la tarde en dirección al sud a través del desierto, que es aquí absolutamente plano, y que se halla a unos 12,000

* En un libro por el señor Van Dyke del colegio Rutgers (en Nueva Jersey), intitulado ''El Desierto'', puede hallarse un admirable estudio de los paisajes de los desiertos.

pies sobre el nivel del mar. Montes roqueños que se levantan aquí y allí como islas corroboraron nuestra impresión de que esta región fué en épocas remotas la madre de un grande mar interior, más grande que el lago Superior en Norte América, el cual se extendía desde aquí hasta los picos de Vilcañota al norte del lago Titicaca y que incluía, además de éste, la laguna salada de Poopo y la blanca ciénaga salada que vimos desde las alturas de Pulucayo. Fuerzas subterráneas que, como se sabe, han estado obrando recientemente en todas estas regiones, pueden haber cambiado los niveles, y las alteraciones de éstos pueden haber resultado en turno en cambios de clima, los cuales, reduciendo la caída de lluvia, han sido causa de que se seque el mar interior, de igual manera que el Gran Lago Salado de Utah y el mar Aral se están secando ahora. Mirando hacia el este podíamos ver nubes espesas que cobijaban las cordilleras orientales, lo que indicaba que más allá había valles humedecidos por las lluvias que traen los vientos alisios del muy distante Océano Atlántico. Dentro de poco llegó la hora más encantadora del día, cuando el austero color gris de las alturas hacia el sud se suavizó en lila y la luz de un amarillo claro del sol poniente irradió la llanura. Por la noche hizo un frío intenso y a la mañana siguiente la tierra estaba aún helada en el hondo paso obscuro donde se había parado el tren.

Estábamos ahora precisamente al otro lado de la frontera chilena, en el centro de la Cordillera Occidental, entre algunas de las montañas volcánicas más altas del continente. A un lado empieza su larga ascensión a la mina de cobre de Collahuasi una línea de ferrocarril, la más alta del mundo. Al otro lado se levantaba por encima de nosotros la gigantesca mole negruzca del Ollagüe con pedazos cubiertos de nieve y con vapor que subía en espirales de una grieta a corta distancia abajo de la cumbre. Calculamos que su altitud es de 19,000 pies. La mina de Collahuasi se halla casi a 16,000. Al lado de nosotros estaba algo que parecía ser un lago helado y que relucía cuando el grato sol empezó a asomarse por sobre las cumbres y a calentar nuestros cuerpos fríos. Aunque la altitud es sólo de 12,000 pies, este paraje es especialmente frío y el único lugar en la línea

que está expuesto a terribles nevadas. Habíamos llegado al más pequeño de los dos famosos lagos de bórax, parte de los cuales consiste de agua que contiene bórax en solución, mientras que el resto es fango cubierto de ese material precioso. No tienen ni afluentes ni desaguaderos. Este lugar, y uno semejante en el Perú, no lejos de Arequipa, proveen al mundo de gran parte del bórax usado, y el resto proviene de California, de Siberia y del Tibet donde son iguales las condiciones de falta de lluvia que impiden que el depósito sea lavado del terreno. Poco después llegamos al lago más grande que tiene doce millas de largo y de dos a cinco de ancho, y nos detuvimos a observar el procedimiento de acumular y de preparar el mineral. Un extremo del llamado lago está seco y consiste de una capa fina de una tierra blanquecina que cubre el bórax, el cual tiene tres pies de espesor. Después de excavado se desparrama el mineral en la tierra al rededor de la fábrica, y es después calcinado en los hornos hasta que forma una masa blanca de cristales que son empaquetados en sacos y mandados a la costa para ser exportados a Europa y allí convertidos en el bórax comercial. En este lugar solitario y triste a unas cincuenta millas de la aldea más cercana, hay empleados un gran número de trabajadores. Cuando pregunté qué usaban para hacer fuego en los hornos me mostraron un largo cable de alambre que pasaba por el aire desde la fábrica hasta un punto muy alto de la ladera opuesta al Ollagüe. Por este cable pasaban cajas pequeñas que contenían bultos de una especie de planta muy dura y muy firme con flores blanquecinas tan inconspicuas que son por lo común confundidas con una especie de musgo.* Esta planta crece en abundancia en las inclinaciones entre ocho y catorce mil pies de altitud y sus espesos soportes duros tienen que ser cortados con picos. Como es muy resinosa arde con una llamarada violenta, pero tan rápidamente que se tienen que echar grandes montones en el fuego para que continúe ardiendo siempre. Casi nada más crece en las montañas, pero son habitadas por las pequeñas chinchillas

* Se llama ''yareta'' y recuerda a uno un poco (aunque es más grande y más dura) las ''querlerias'' de las alturas escocesas.

cuya piel de color gris claro de una suavidad exquisita se vende a precios subidos en Europa.

Desde este punto en adelante el paisaje es de una grandeza incomparable. Dudo que haya en los Andes ningún otro lugar donde se sienta de igual manera el pavor y el terror que se siente cerca de un volcán. El ferrocarril pasa por el lado del lago de bórax y después sube despacio a lo largo de un peñasco arriba, desde donde uno mira la superficie tranquila del lago, donde en algunas partes de agua visible de un color verde blanquecino se ven reflejados los riscos y las nieves de los picos que descuellan en lo alto. El hondo valle obscuro tiene tantas vueltas y revueltas que en algunos lugares es difícil determinar donde se halla la salida. Arriba de él se halla una hilera de volcanes de diez y siete a diez y nueve mil pies de alto cada uno. Sus cumbres son de roca negra, y sus superficies, de las que salen aquí y allí riscos negros, son inclinaciones de ceniza y rescoldos que muestran esos extraños y horribles contrastes de colores que se hallan a menudo en el reino mineral cuando la vegetación y la atmósfera no han tenido tiempo de cambiarlos. En algunos de estos picos parece que un lado entero del cráter ha sido volado por una explosión que ha dejado desnudo el muro opuesto de la concavidad, pues los colores son exactamente los que se ven en cráteres como los del Etna y del Hekla, aunque aquí son más vivos porque hay tan poca lluvia que lave su brillantez. Uno de estos cráteres volados que forma la superficie de lo que se llama, a causa de la variedad de sus matices, ''el jardín de la montaña'', muestra casi todos los colores del espectro, amarillo claro y color de naranja, rosado y morado y un rojo de ladrillo que raya en el pardo obscuro. Una loma que se destaca de su frente es en una declive de color blanco amarillento y en la otra de carmesí brillante. Pero la intensidad de estos colores aumenta más bien que reduce la tristeza del panorama. Parece que se le permite a uno ver un laboratorio de la naturaleza abandonado, en el cual hornos que ya se han apagado o que arden en rescoldo, derritieron la lava y engendraron el vapor que levantó a ésta hasta el borde del cráter y la arrojó en corrientes ígneas. Aquí donde existe un silencio sepulcral, en un

tiempo las llamas iluminaron la obscuridad de las nubes de ceniza que se levantaban con el vapor que brotaba desde el centro de la tierra, y moles de roca candente volaban al cielo, mientras que las explosiones hacían temblar la tierra abajo.

En el medio de este camino angosto que conduce por entre los abismos purpúreos de la cordillera llegamos a Ascotán, la parte más elevada del paso, a 13,000 pies sobre el nivel del mar, desde donde el valle, volviéndose hacia el noroeste, empieza a bajar hasta el Pacífico.. El majestuoso portal por el cual mira uno hacia el desierto occidental está protegido por dos altos volcanes que se hallan juntos, San Pedro y San Pablo. Este último hace ya tiempo que se apagó, pero el San Pedro todavía humea o emite vapor de su cumbre. Un monte rojo cerca de su base ha arrojado de su cráter en tiempos muy recientes una inmensa corriente de lava, por una cortadura de la cual pasa el ferrocarril, y que, dividiéndose dondequiera que hallara un obstáculo natural, ha extendido sus largas lenguas negras hasta muy abajo en el valle del río Loa. Detrás de la mole de San Pedro surgen de la tierra manantiales que son alimentados por la nieve en la cumbre, y que bajan a formar una corriente verdosa transparente que se ha abierto camino por medio de la roca en un cañón espléndido por sobre el cual pasa el ferrocarril. Se ha sacado provecho del río construyendo varios depósitos grandes desde donde salen tuberías hasta la costa que llevan agua no sólo para las salitreras abajo, (de las que diré algo pronto), sino para los puertos de Antofagasta y de Megillones, a ciento cuarenta millas de distancia, pues todas estas regiones carecen de arroyos o manantiales.

De aquí salimos de las montañas a la resplandeciente luz del sol, y enfrente de nosotros vimos largas serranías que se replegaban unas detrás de otras hacia el lejano Pacífico. Caminando con ruido desapacible y con rapidez por la inclinación abajo, y pasando por empalmes de donde salen ramales que suben hasta minas muy arriba entre los montes, nuestro tren llegó por fin a Calama, la primera aldea chilena, donde riachuelos que tienen su procedencia en el Loa forman un oasis de maíz verdoso y de alfalfa, y dan vida a unos cuantos arbustos que

vivifican el desierto. El anochecer es siempre la hora más agradable en los trópicos, y lo es aún más en un desierto, pues, en lugar del insoportable resplandor de la tarde, empiezan a caer sobre las rocas y sobre la tierra suaves luces que iluminan su aridez. Nos cupo la suerte de tener a nuestra vista a esta hora del día un lejano panorama de los Andes, tan atractivo como los paisajes por los cuales habíamos pasado fueron pavorosos. Nos hallábamos ahora a alguna distancia hacia el oeste de la cordillera y podíamos verla extenderse en una larga línea aserrada desde San Pedro al sud. Esta línea es la Cordillera Occidental que desde aquí hasta el estrecho de Magallanes es el axis principal de los Andes y que pasa por sobre la gran fisura telúrica que al parecer lo ha formado, a lo largo de la cual han obrado las fuerzas eruptivas. Los más cercanos y más majestuosos eran los conos macizos de San Pedro y de San Pablo; y desde ellos se podía trazar sin interrupción la línea de las nieves por el aire claro y diáfano, distinguiéndose pico tras pico hasta que desaparecían bajo el horizonte a unas noventa millas de distancia.

Vistas de cerca, como vimos el Ollagüe y los otros volcanes que se levantan arriba del lago de bórax, estas montañas serían pavorosas y terribles como aquéllas, y sus inclinaciones nos parecerían un caos de rocas echadas abajo, carbones pardos y grandes desmoronamientos de ceniza que indicaran las endurecidas fuerzas de la naturaleza que habían estado trabajando. Pero vistas de lejos eran de una hermosura primorosa con una variedad exquisita de formas gallardas, con precipicios purpúreos y sus coronas de nieve rosadas bajo la luz uniforme del ocaso. Así es que el tiempo parece mitigar los horrores y los quebrantos del pasado a medida que éste retrocede, e incidentes que a los que vivieron entre ellos parecían terribles, y a los que sobrevivieron dignos sólo de ser olvidados, para los hombres de generaciones más recientes llegan a ser románticos, materias para los poetas y los pintores, y glorias que sean recordadas por los oradores.

Precisamente donde se pierde de vista la cordillera en lontananza al sud forma allí el muro occidental del gran desierto de Atacama que por mucho tiempo fué un

nombre terrible para los españoles. No es a menudo que encuentra uno en estos países objetos naturales que estén unidos con acontecimientos bastante importantes para figurar en la historia. Pero fué en los tristes y secos yermos de este desierto que Almagro, al principio amigo y compañero de Pizarro, luego su rival y enemigo, y por fin su víctima, perdió la mitad de sus hombres y por poco perece él mismo en su marcha a Chile desde el Perú por lo que es ahora el norte de Argentina. La empresa fué pasmosa aún en aquella época de aventuras, pues el ejército de Almagro era pequeño, no existía posibilidad de que fuesen socorridos y las tierras a donde marcharon eran completamente desconocidas, región de desiertos y montañas. Pero la empresa fué nefasta. Las tribus de Chile eran más bárbaras que las del Perú; él se aventuró más allá de las regiones de la civilización y del oro, y a consecuencia volvió conquistador manivacío.

CAPÍTULO VI

CHILE

Con excepción del Egipto, no hay en el mundo país de tan extraña configuración como Chile. Egipto tiene setecientas millas de largo y no tiene en ninguna parte, fuera de la Delta, más de doce millas de ancho. Chile tiene casi tres mil millas de largo, en ninguna parte más de ciento treinta de ancho, y en la mayor parte de su longitud mucho menos. Aun Noruega, cuyas figura y costa se asemejan más a las de Chile, no tiene sino mil quinientas millas de costa, y en su parte meridional tiene doscientos cincuenta de ancho. Gran parte del territorio chileno es un desierto estéril; gran parte de lo que no es desierto está en verdad despoblado. En regiones extensas la población es escasa. Y sin embargo, Chile es el país más unificado y el que tiene más sentimiento nacional de todos los países hispanoamericanos.

Chile no es más singular en la forma de su territorio que en sus condiciones materiales. Al este está limitado de un extremo a otro hasta el estrecho de Magallanes por la cordillera de los Andes, cuya altitud asciende por término medio en las regiones del norte de catorce a veinte mil pies y en las del sud de cinco a nueve mil, aunque algunos picos tienen más de lo indicado aquí. Paralela a la cordillera, y geológicamente más vieja, hay a lo largo de la costa una cadena cuyo promedio es de dos a tres mil pies, y entre la base de ésta y el océano no hay casi ningún terreno uniforme. El espacio entre esta cadena de la costa y la cordillera es una larga depresión de veinte a treinta millas de ancho, en partes montañosa, en otras extendida en llanos, y sin embargo en todas tan estrecha que la cadena de la costa a un lado así como los estribos de los Andes al otro se hallan a la

vista de los habitantes que moran entre ellos. Esta depresión larga y angosta es Chile, de igual manera que la tierra cultivable a cada lado del Nilo es Egipto; y en ella moran todos los habitantes, con excepción de los que se hallan en las pocas ciudades marítimas.

Puede parecer extraño que un país de esta configuración, que tiene tres mil millas de largo y sólo tres millones trescientos mil habitantes, sea tan conspicuo por su homogeneidad, su unidad y su patriotismo. Cuando la diferencia entre el Chile territorial, el del mapa, y el verdadero Chile aparece evidente en la mente del viajero, su sorpresa desaparece. La república consiste de tres regiones diferentes. La del norte, desde la latitud 18° meridional hasta Coquimbo en la latitud 30° meridional, es un desierto árido; parte de ella desierto de salitre lucrativo, la mayor parte, como Atacama, de ningún valor. La del sud, desde Puerto Montt en la latitud 42° meridional hasta la latitud 54° meridional, es un archipiélago de islas arboladas con una franja angosta de montañas arboladas detrás, ambas partes caladas por perpetuas lluvias y habitadas sólo por algunos indios nómadas, con plazas comerciales de blancos aquí y allí. La parte central es la única que está bien poblada y es una región estrecha de unas setecientas millas de largo, en su mayor parte montañosa, pero con valles que por lo general son fértiles y un clima excelente. Esta parte central es el verdadero Chile, el hogar de la nación.

Al centro de Chile volveré dentro de poco. Entretanto, podemos dedicar unas cuantas páginas al distrito del norte que, aunque es un desierto, tiene un valor crematológico enorme, y es, en verdad, una de las principales fuentes de riqueza natural en los dos continentes americanos. Ésta es la región que proporciona salitre a los agricultores de todo el mundo, y se halla aquí en abundancia porque este país carece en absoluto de lluvia. Las lluvias habrían lavado el precioso mineral hace tiempo y lo habrían arrastrado hasta el Pacífico.

A los campos de salitre se entra dos o tres horas después de haber salido de la meseta boliviana por la Cordillera Occidental descrita en el capítulo anterior. Estas salitreras son un desierto duro, región de bajos

montes pederegosos, secos y estériles, sin un arbusto, sin una brinza de hierba. Fuentes de fertilidad para otros países, deben permanecer ellos mismos para siempre estériles. Toda el agua es bajada por tuberías desde la parte superior del Loa, la corriente que se forma en las laderas del volcán de San Pedro ya nombrado. Apenas puede uno distinguir en lontananza su cumbre rayada de nieve. Pero el desierto es animado. Por todas partes hay vías férreas angostas que se dirigen de aquí a allí, con largas líneas de vagones que pasan por ellas llevando terrones de roca. Hay grupos de hombres que rompen con picos la tierra o que llenan los vagones. De algunos sitios donde se vuela la roca con dinamita se levantan bocanadas de humo y de polvo. Aquí y allí edificios con maquinaria y altas chimeneas de hierro son las oficinas donde se pulveriza la roca, se lava y se hierve después, y donde la masa líquida es vaciada, colada y secada hasta que se convierte en un polvo blanquecino, el cual es embalado en sacos y enviado a la costa para la exportación. El mineral se halla en una capa que está a un pie bajo la superficie y que tiene un promedio de tres pies de espesor. Es de color gris obscuro y muy duro. Un producto accesorio que se halla también en bastante cantidad es el yodo, el cual es separado y puesto también en venta. Se dice que la demanda es menor que el abasto.

Cada oficina—éste es el nombre que se da a los lugares donde se reduce y se prepara el mineral—es el centro de una salitrera más o menos grande y las más grandes y más modernas están provistas con casas para los administradores y los trabajadores, pues cada una es una especie de aldea en la cual la compañía proporciona todo lo necesario para los obreros que son en su mayor parte ''rotos'' chilenos, fuertes campesinos con un poco de sangre india. En la América del Sud ve uno bastantes aldeas mineras aisladas en desiertos, pero aquí toda una región extensa que no puede proporcionar sustento para el hombre es muy activa con su población industriosa.

Como el aire es seco y puro (con excepción del polvo) en altitud tan grande, que es de tres a cinco mil pies, el clima debe ser sano. Pero es imposible imaginarse un

lugar más triste donde vivir, y el terreno de donde ya se ha extraído el mineral es abandonado inmediatamente.

Estos campos de salitre se extienden sobre una área muy extensa en las provincias del norte de Chile, pero algunos distritos, en los cuales se supone que existe el mineral, no han sido explorados completamente, y en otros muchos en los cuales se sabe que existe el mineral también las capas son relativamente de inferior calidad, de manera que no es posible calcular cuanto queda que debe ser explotado y cuanto tiempo se tomará en extraer el todo al paso que se va haciendo al presente. Se nos dijo, sin embargo, que según podía suponerse el abasto durará casi dos siglos, dentro de cuyo período de tiempo pueden acontecer muchas cosas en la esfera de la agricultura científica. Los derechos de exportación exigidos por el gobierno chileno producen grandes ingresos anuales y son en verdad el soporte principal de la hacienda pública de la república, pues facilita el que las contribuciones públicas sean bajas.* Hay algunos que declaran que esto no es un beneficio puro, pues disminuye los motivos para economía en la administración. Los depósitos de guano del Perú resultaron ser un foco de daño más bien que de provecho, pues vertiendo en el erario cantidades que excitaron la codicia de aventureros militares aumentaron el número y la frecuencia de las revoluciones. No hay que temer tal peligro en Chile; mas sin embargo, siempre existen alicientes concomitantes con la posesión de bienes que un hombre o una nación no ha ganado por su esfuerzo. Como el salitre es parte de la riqueza del país que algun día se concluirá, parece conveniente gastar lo que produce en mejoras permanentes que añadan a la riqueza permanente de la nación, tales, por ejemplo, como ferrocarriles y puertos. Gran parte de ella se está gastando, en verdad, en la construcción de ferrocarriles, y mucho en la fundación de una plaza fuerte naval y de muelles en Talcahuano.

Entre los campos de salitre y el mar hay una franja de desierto completamente inútil atravesada por aquella cadena de montañas que se eleva a todo lo largo de la

* En los treinta años desde 1880 hasta 1909 el Tesoro chileno recibió 82'637,000 libras esterlinas (cerca de $412'000,000) por derechos de exportación de salitre.

costa en el lado occidental de Chile y del Perú. Su paisaje es marcado y a veces notable, pero su extrema esterilidad y color pardo le quitan su atractivo, excepto el que le proporciona la luz del sol por la mañana y al anochecer revelando matices delicados en las inclinaciones lejanas. Aquí se divide la línea del ferrocarril, dirigiéndose un ramal a Antofagasta y el otro al pueblo de Megillones, más pequeño, pero con una bahía mejor protegida. A este último nos dirigimos nosotros. Intereses locales egoistas han efectuado, de igual manera que en toda la costa, la selección de Antofagasta como principal término de la línea; y aunque ya se confiesa que Megillones hubiese sido lugar más a propósito, se ha gastado tanto dinero en la construcción de edificios en aquél que se considera que es demasiado tarde para hacer un cambio ahora. La bahía de Megillones, protegida por un promontorio altísimo al sud, y dominando un panorama de cadena tras cadena de montañas que se extienden hacia el norte, tiene una curva preciosa y es animada por muchas focas que ladran y se revuelcan en las largas oleadas lentas del Pacífico. La playa es excelente para baños, pero el agua es tan fría que los Ingleses que manejan el ferrocarril y los talleres de maquinaria, y los cuales conservan su afición nacional al agua salada, hallan ésta a propósito, aún en la estación más calurosa del año, sólo para zambullirse en ella y salirse inmediatamente. Aunque las lluvias son sumamente raras, puede uno suponerse, por las barrancas en los montes, por las cuales parecen haber bajado torrentes, que de vez en cuando hay aquí tormentas desatadas, o que el clima ha cambiado desde que los montes y los valles tomaron su forma presente.

Antofagasta, donde desembarcamos en nuestro viaje hacia el sud por la costa, es un lugar más bullicioso que Megillones, pero menos atractivo, pues no tiene playa curva ni un espacio de terreno plano hacia el interior, hallándose apabullada entre tristes montes polvorientos y la costa roqueña. El desembarque en la marejada es a menudo difícil y a veces peligroso, pero como es el puerto principal de la región salitrera del sud tiene un gran comercio de exportación y la comunidad nativa es

agradable, además de que hay una colonia alemana y una inglesa.

Casi a quinientas millas más hacia el sur se hallan los pueblos de La Serena y Coquimbo, el primero una tranquila antigua ciudad española, situada a alguna distancia de la costa para que estuviese protegida de los merodeadores ingleses y holandeses que eran visitadores frecuentes y temibles en estas playas, después que Sir Francis Drake dió el ejemplo en su famoso viaje de 1578, cuando navegó de un lado a otro de la costa saqueando ciudades y apresando buques. Coquimbo es un lugar más moderno, con un puerto bastante bueno, y que prospera con el comercio que le aseguran las minas en las cercanías. Es una tierra árida, aunque ya empieza a haber alguna lluvia y aquí, por lo tanto, comprendimos que nos despedíamos del desierto en que habíamos entrado en Paita a unas mil quinientas millas al norte. Sin embargo, había poca verdura en los montes hasta que llegamos el día siguiente a un puerto mucho más importante, la capital comercial no sólo de Chile, sino de toda la América del Sud occidental y ahora el término de un ferrocarril transcontinental a Buenos Aires.

Este puerto es Valparaíso, donde el viajero que ha estado reflexionando entre las ruinas prehistóricas y los volcanes de Bolivia se halla de nuevo en el mundo moderno bullicioso. El puerto está lleno de buques de todas procedencias—buques de cabotaje que navegan entre el Callao y Panamá, buques de vela así como de vapor de San Francisco y otros de Australia, la mayor parte de ellos con cargamentos de carbón de piedra, además de otros vapores que han venido de Europa por el cabo de Hornos o por el estrecho de Magallanes. El llamado puerto es en verdad una bahía descubierta, pues no hay protección hacia el norte, y cuando se desata un vendaval de este lado, lo que sucede a menudo, los buques que no han tenido tiempo de salirse a vapor corren el peligro de ser impelidos sobre la playa, pues el agua se hace más honda desde la tierra tan rápidamente que no pueden anclar a bastante distancia. ¿Porqué no se construye un rompeolas? Porque el agua es tan profunda que el costo de un rompeolas que sea bastante largo para proporcionar suficiente protección sería

enorme. A algunas millas al norte hay un puerto mejor protegido, pero como aquí se hallan todas las casas de comercio y los almacenes, además de la clase trabajadora y sus moradas, no se ha considerado seriamente la idea de remover la capital y el término del ferrocarril.

Visto del mar, Valparaíso es pintoresco y tiene un marcado carácter distintivo, aunque la sequedad de los montes y la claridad de la luz nos recuerdan indistintamente una de esas ciudades españolas o italianas que relucen en las empinadas costas del Mediterráneo. Se parece a Mesina en Sicilia en que es muy larga y muy angosta, pues en ella, así como en la ciudad siciliana, las alturas que se levantan precipitadamente de la costa dejan poco espacio para las casas, y la parte más baja de la ciudad tiene menos de la cuarta parte de una milla de ancho. En esta franja angosta están todas las casas de comercio, los bancos, las oficinas consignatarias y los talleres, así como las casas de la mayor parte de la clase más pobre. En las colinas arriba, las cuales se levantan empinadas a doscientos pies o más, está la ciudad alta que consiste principalmente de las residencias de la gente más rica. Sus quintas, entremezcladas con jardines, presentan un efecto primoroso, vistas desde abajo, y paseándose por las callejuelas que conducen a las alturas hacia al interior ve uno paisajes encantadores por toda la línea de la costa al norte. La comunicación entre la ciudad baja y la alta es efectuada por medio de tranvías de engranaje.

Cuando yo hice mi visita, la ciudad estaba medio demolida, reconstruyéndose después de un terrible terremoto. La ciudad baja había sufrido más, pues como en Mesina y en San Francisco, los edificios costruidos en blanda tierra aluvial fueron derribados en mayor número y más fácilmente que los que habían sido construidos en fundación roqueña. Se estaba aprovechando la ocasión para ensanchar y enderezar algunas de las calles principales y para extender los distritos más pobres atestados. Las irregularidades del lugar entre una costa sinuosa y los estribos que sobresalen de los montes hacen el plano de la ciudad menos uniforme y rectangular que en la mayor parte de las ciudades hispanoamericanas, y aunque no hay nada antiguo y poca variedad

arquitectural, sin embargo, los colores vivos de las casas que son pintadas con cal azul o blanca, el paisaje de las alturas roqueñas que se ven al extremo oriental de todas las calles, y del mar que reluce al occidental, dan a la ciudad baja un aspecto distintivo, mientras que la ciudad alta tiene sus jardines empinados, sus grupos de árboles y el extenso panorama de la bahía y de los promontorios que sobresalen en lontananza.

Pero Valparaíso es quizá más pintoresco cuando se le ve desde un buque anclado en la bahía, especialmente cuando sus casas blancas y sus montes, los cuales enverdecen por algunas semanas en la primavera, se presentan a la vista de uno que venga de los desiertos áridos de Bolivia y de la región del salitre. En frente se hallan los vapores transatlánticos y los mástiles altos de los clípers australianos; más cerca de la costa se mecen en la marejada los buques más pequeños; a la ciudad alta se le ve prominente en sus alturas sobre la baja, y aun más atrás se ven pastos altos y montecillos roqueños. En lontananza al nordeste se cierne, cual nube blanca en el horizonte, la mole nevada del Aconcagua, la cumbre más alta de toda la América.

A unas cuantas millas al norte de Valparaíso se halla el lindo suburbio residencial Viña del Mar, más allá del cual se precipitan las rocas al mar, contienendo aquí y allí trechos de playa arenosa en las cuales se rompen las grandes oleadas verdes. La amapola de California de un amarillo obscuro que cubre los campos tan espesamente al rededor de San Francisco, es de igual manera común aquí. De los montes se extienden cañadas arboladas; y en el fondo de una de éstas el club de sports más importante ha construido un hipódromo y un campo de polo, donde vimos el gran mundo reunido en estas diversiones que son aquí tan populares como en Europa. (La América del Sud no ha proporcionado al mundo aún un juego particular como los indios norteamericanos proporcionaron el "lacrosse" y la India oriental el polo.) Todo parecía muy bonito en el verdor fresco de octubre, pero todo el mundo tiritaba; pues aunque en el verano hace un calor insoportable, la primavera es menos agradable de lo que se espera en esta latitud. Valparaíso tiene vientos que

son fríos, bajen de los Andes nevados al este, o vengan de la corriente antártica al oeste. Es un lugar donde hace mucho viento y en el verano hay mucho polvo, pero comparado con la triste aridez de Mollendo y Antofagasta merece su nombre de Valle del Paraíso.

A pesar de los terremotos y de los vendavales del norte, Valparaíso continúa siendo el centro de comercio más floreciente en el lado occidental de su continente, el único rival sudamericano de San Francisco, Seattle y Vancouver. Es también el centro del comercio de cabotaje de los chilenos, la única nación hispanoamericana que ha demostrado afición y talento para la marinería. Nos sentimos trasladados al mundo moderno cuando vimos una Bolsa, pues desde que salimos de Nueva York no habíamos pasado por una ciudad que tuviese ese conocido instrumento de la civilización. Además de las acciones, se ofrecen muchas oportunidades para especular en las variaciones repentinas y violentas de los cambios con Europa. Las casas comerciales son en su mayor parte inglesas y alemanas y entre las casas chilenas hay algunas que tienen nombres ingleses. Los europeos de otros tiempos pronto se establecieron aquí permanentemente y sus descendientes de la tercera y aun de la segunda generación son patrióticos chilenos. Algunos de los jefes de casas inglesas me dijeron que los jóvenes que vienen a ellos de Inglaterra no son, por lo general, tan aptos como los de hace treinta años, ni como los jóvenes alemanes que son enviados a trabajar en casas alemanas. ''Se interesan menos en su trabajo''—me dijo mi informante—''y no lo hacen tan bien; sus actividades en las escuelas en Inglaterra han consistido principalmente en jugar o en leer sobre la vilorta y el football, y no en ocupaciones que requieren esfuerzo mental, y así cuando vienen aquí y se hallan con que no hay vilorta ni football se descuidan y pierden el tiempo en lugar de pasar sus noches, como los jóvenes alemanes, estudiando el idioma y las condiciones crematológicas del país''. Cuanta verdad hay en esto no tuve medio de indagar, pero no es Valparaíso el único puerto extranjero donde se dice lo mismo.

A cincuenta millas al interior, en línea recta, pero a mucha más distancia por ferrocarril, se halla Santiago,

la capital de Chile y la cuarta ciudad en Sud América por su población.* Con excepción de Río de Janeiro, no hay ciudad en el mundo que tenga una situación más notable. Situada en el gran valle central de Chile, domina a un lado un valle fértil hasta las inclinaciones arboladas de la cadena del litoral, y al otro da hacia la cadena gigantesca de la cordillera que se eleva a diez y nueve mil pies arriba, surcada por profundas hondonadas en las cuales se derraman ventisqueros con desiertos nevados atrás. En Santiago, lo mismo que en Innsbruck, ve uno el panorama de una larga calle derecha cerrada al extremo por montañas altas que la coronan de blanco, de igual manera que el mar corona de azul las calles de Venecia. Pero aquí las montañas son dos veces más altas que las de la ciudad tirolesa y nunca se quitan su ropaje de nieve. De dondequiera que se pasee uno a pie o en coche por la ciudad, en el hermoso parque público, o en el extenso terreno descubierto del hipódromo, siempre tiene a la vista estos bancos de hielo, sean coronados por nubes, o reluzcan contra un cielo ardiente.

El interior de la ciudad no ofrece mucho al viajero. Hay una larga vía ancha y hermosa, la Alameda, ornamentada con estatuas y cuatro hileras de árboles, así también como varias plazas que son pequeñas en comparación con las de Lima y de Arequipa, pero que son arboladas con mucho gusto. Hay una catedral del estilo ya conocido, espaciosa y de buenas proporciones, con las acostumbradas torres al oeste y el acostumbrado altar de plata. Hay excelentes oficinas de gobierno, y un magnífico edificio para el cuerpo legislativo. Las calles son angostas, y las casas pocas veces altas, pues aquí hay que tener en cuenta los terremotos también. Todo parece moderno, lo que podría esperarse de un lugar que fué pequeño y pobre hasta a fines del siglo diez y ocho y que ha crecido rápidamente durante los últimos sesenta años a consecuencia de la prosperidad general del país. La atmósfera es de prosperidad y de seguridad. El contraste es, en verdad, grande entre la antigua Lima y la aun más antigua Cuzco, o entre La

* Las tres ciudades más grandes son Buenos Aires, Río de Janeiro y San Pablo.

Paz, arrebujada en su barranca bajo las montañas, como un buho en un desierto, y esta ciudad moderna, animada, vehemente y activa, donde tranvías atestados pasan por calles atestadas, y la gente se da prisa para ir a atender a sus negocios o a su política, precisamente de igual manera que los habitantes de la Europa occidental o de la América del Norte. Santiago es una verdadera capital, el centro de una verdadera nación, el lugar donde se halla concentrada toda la energía política de la nación, compartiendo la comercial con Valparaíso. Aquí no hay negros vagabundos, ni indios impasibles, pues toda la población es chilena, aunque un examen detallado demuestra que hay cierta diferencia entre el linaje europeo y el menos puro. Mucha sangre nativa corre en las venas del "roto" chileno.

Santiago tiene poco que sea de interés por su afiliación histórica o arqueóloga, ni siquiera esqueleto de su fundador (como el de Pizarro en Lima), pues Pedro de Valdivia fué apresado y muerto por los indios araucanos a centenares de millas de distancia de aquí; ni tiene Santiago tampoco un palacio de la Inquisición, pues en el siglo diez y siete era un lugar demasiado pequeño para que necesitase la maquinaria del Santo Oficio para proteger su ortodoxia. Hasta el tiempo de la guerra de la independencia fué una apartada ciudad provincial. Pero la naturaleza le ha proporcionado un paraje al cual pueden ligarse asociaciones históricas. Cuando Valdivia, uno de los tenientes más aptos y más osados de Pizarro, fué enviado aquí para completar la conquista de esta parte más meridional del dominio de los Incas, de donde había vuelto Almagro desengañado en su busca de oro, su ojo de militar se fijó en una roca empinada que sobresalía en el llano en la ribera de un torrente que descendía de los Andes. En esta roca estableció (en 1541) un tosco fuerte y después de someter a los indios vecinos continuó marchando al sur, a regiones que los Incas no habían conquistado nunca. Después de algunos triunfos, un levantamiento repentino de los indios lo hizo volver atrás y tuvo que refugiarse en el fuerte en esta roca que ahora se llama Santa Lucía. Sitiado por muchas semanas y reducido al último extremo de hambre, resistió con esa temeridad terrible de que han dado tantas

pruebas los españoles desde los días de Sagunto hasta los de Cortés en Méjico, y desde los de Cortés hasta los de Palafox en Zaragoza. Sin embargo, los indios no sabían conducir un sitio y al fin Valdivia fué socorrido. El fuerte permaneció allí y bajo él, pasando los años, creció la ciudad.

La antigua acrópolis, o monte fortaleza, es un cuadro común en la India, en Grecia, en Italia y también en la Europa occidental. Gualior y Triquinópoly, Acrocorintus y Taormina, y en Inglaterra la antigua Sarum, Durham, Exeter, Shrewsbury y hasta Londres mismo, son ejemplos, en los últimos cuatro casos la fortaleza habiendo llegado a ser el germen de una ciudad. Pero que yo sepa, Santa Lucía, bajo la cual se ha levantado Santiago, es el único ejemplo de importancia en las dos Américas de una fortaleza de esta especie construida por los europeos. El monte, de poco más de doscientos pies de alto, es mucho más bajo que los Montes Castillos de Edinburgo y de Stirling, y el espacio sobre él es más pequeño. Es más bajo aun que la Roca Castillo de Dúmbarton, a la cual se parece. Como estas tres, es una mole de dura roca ígnea, de forma tan irregular, que parece indicar que es un fragmento de una antigua corriente de lava, y la mayor parte de sus lados son tan precipitados que puede ser defendida fácilmente. Los edificios que la afeaban han sido casi todos demolidos y se ha dedicado para parque público, habiéndose plantado árboles. Al rededor de él se han plantado hoy alamedas, con un sendero hasta la cumbre escarpada, y se ha levantado una estatua a Pedro de Valdivia, el único monumento a los conquistadores que me recuerdo haber visto en la América española, pues los hombres de aquel grupo famoso no han sido glorificados mucho por sus descendientes coloniales. Todas las tardes nos paseábamos hasta la cumbre para disfrutar del panorama admirable del valle y de los últimos rayos del sol que coloreaban las nieves andinas. Desde el monte de San Cristóbal, cuya cumbre está coronada por una estatua colosal de la Virgen, y cuya base se halla a media milla de la ciudad, se puede ver un panorama más extenso aún.

Chile, de igual manera que el resto de la América del Sud, es un país de grandes haciendas, pues los prime-

ros conquistadores recibieron concesiones de terreno, muchas de las cuales no han sido divididas aún en fincas más pequeñas; así es que existe una aristocracia hacendada como la de Inglaterra en el siglo diez y ocho, mientras que los campesinos cultivan la tierra como labradores o arrendatarios y la clase media consiste de tenderos o de artífices expertos en las ciudades. Los propietarios principales pasan el verano en sus quintas y el invierno y la primavera en Santiago, que tiene así un buen mundo agradable, con mucho talento y conversación entre los hombres y alegría y conversación entre las mujeres, un buen mundo más ilustrado y más en consonancia con el moderno que los de las otras repúblicas más hacia el norte, y de atmósfera más animada. Santiago ha sido siempre el centro de la política y del buen mundo de Chile y de esta manera ha contribuido a unificar la nación y a crear un tipo de carácter chileno. La envidia de los lugareños en contra de la capital, lo cual ha sido causa de muchas luchas en otros países, se ha sentido siempre menos aquí. Santiago está a la cabeza; la influencia de Santiago no permite que se pruebe federalizar la república. Aunque la ciencia y las letras no han andado al mismo paso que la conquista y la prosperidad, hay una universidad floreciente y un excelente museo situado cerca del jardín zoológico y botánico. La última y la presente generaciones han producido escritores de talento y entre los muy pocos investigadores de hoy día hay que contar uno de los más bien educados historiadores y bibliográfos de la América española, el señor José Toribio Medina. Sin embargo, la tendencia del genio chileno ha sido, en general, hacia la guerra y la política. El desarrollo material del país por medio de ferrocarriles, la explotación de las minas y la extensión de la agricultura, por importantes que sean, no preocupan el pensamiento de los hombres aquí tanto como en Argentina ni, en verdad, como en la mayor parte de los países modernos. La política ocupa el terreno aquí de igual manera que lo ocupó por todo el siglo diez y nueve en Inglaterra y en la Hungría, quizá los países más políticos del Viejo Mundo.*

Ya que hemos nombrado estos dos países, se nos viene

* Algunas personas dicen que Chile es gobernado por cien familias.

a la mente otro punto de semejanza. Los chilenos, raza de jinetes, son sumamente aficionados a las carreras de caballos. Las de Santiago despiertan muchísimo entusiasmo y son causa de muchas apuestas, no sólo en la ciudad, sino también en Valparaíso, pues los sportmen de esta ciudad que no pueden ir a la capital se reunen en su casino y apuestan durante cada carrera, los pormenores de éstas siendo anunciados por teléfono a cada momento y las apuestas sucediéndose con la misma frecuencia que si los caballos se hallasen a su vista en el hipódromo.

Chile es el único país en Sud América que puede jactarse de no haber tenido revolución en vida de ningún hombre de hoy día. En el año de 1890 hubo una guerra civil, pero esta lucha difiere materialmente de las conocidas revoluciones militares de las otras repúblicas. El presidente Balmaceda se había desavenido con el cuerpo legislativo, pretendiendo que podía imponer contribuciones sin su consentimiento, y fué vencido después de una lucha terrible en que la armada se puso del lado del Congreso, pues el dominio del mar es de importancia en un país con un litoral tan extenso como el de Chile. Los chilenos son tan extremadamente cuidadosos de su crédito monetario que ambos Balmaceda y sus antagonistas del Congreso, cada partido pretendiendo ser el gobierno legítimo, ofrecieron a los tenedores de bonos pagarles interés sobre la misma deuda pública mientras durase la lucha.

Al tiempo de mi visita había, además del partido conservador, cinco partidos políticos o divisiones del liberal. El Presidente había muerto repentinamente mientras que viajaba por Europa, y los grupos liberales que formaban la mayoría del congreso se reunieron para elegir un candidato que presentar como su sucesor. Las discusiones y las votaciones en sus reuniones continuaron por varias semanas, pero nunca hubo amagos de violencia; y los chilenos dijeron a sus visitadores con orgullo justificable que aunque había en la ciudad y en sus cercanías doce mil soldados, ningún partido temía que cualquiera otro probase pedir ayuda del ejército. Chile es también el único país sudamericano que se toma un interés tan culto en su mecanismo electoral que hace

bastante tiempo ideó y adaptó un sistema de representación proporcional que parece dar satisfacción y que por cierto merece ser estudiado por investigadores científicos en otros países. Bajo este sistema presencié una elección en Santiago. El resultado era sabido con anticipación, pues había habido un arreglo entre los grupos liberales por el cual se aseguraba el triunfo de los candidatos en que habían convenido, y así había poca agitación. Todo parecía funcionar fácilmente.

Lo que yo había visto del aspecto de la naturaleza en las inmediaciones de Santiago aumentó mi deseo de saber algo del sud de Chile, región poco visitada por viajeros, pero la cual está llena, según se dice, de los primores que hacen el paisaje de las regiones templadas más atractivo, a lo menos para las personas nacidas en la zona templada, que todas las grandezas de los trópicos. Así pues, partimos para el sud, el gobierno chileno habiendo provisto de buena voluntad facilidades en todos sus ferrocarriles.* Todas las líneas, con excepción de la que atraviesa los Andes hasta Argentina, pertenecen al gobierno. Desde Santiago hasta el estrecho que separa la grande isla de Chiloé del continente, una distancia de 650 millas, se extiende aquella larga depresión mencionada al principio del capítulo, la parte del norte de la cual contiene casi toda la población, así como también la mayor parte de la superficie cultivada de la república. El ferrocarril que la atraviesa de un extremo a otro es el camino de hierro principal del país, y envía ramales que se extienden hacia el oeste hasta los pueblos situados en la costa o cerca de ella, y como pasa en general por el medio del valle, tiene sus admirables panoramas a un lado hacia los Andes y al otro hacia la cadena de la costa.

Viajando hacia el sud, puede observar uno cuatro cambios en las condiciones materiales. La lluvia aumenta continuamente. En Santiago es sólo de quince pulgadas al año; en Valdivia, 440 millas al sud, es siete veces más voluminosa. Con esta lluvia abundante las corrientes son más copiosas, la campiña más verde, la yerba más

* Para acompañarnos en nuestro viaje fué comisionado un distinguido oficial del ejército, cuya presencia aumentó mucho el placer de nuestro viaje.

lozana y los árboles más altos. Las montañas son más bajas, no sólo los Andes, sino también la cadena de la costa. La línea de la nieve es también más baja. Cerca de Santiago está a unos 14,000 pies sobre el nivel del mar; en Valdivia está a poco menos de 6,000. Estas cuatro condiciones cambian por completo la índole del paisaje. Es menos majestuoso, pues no se ven aquí cumbres tan enormes ni bancos de nieve tan extensos como los de las cercanías de Santiago, pero es más accesible, con un aire más grato y una vegetación más pródiga. Comparada con las regiones al norte de Chile, la diferencia es tan grande como la que hay entre el verdor de Irlanda y la esterilidad del Sahara.

Desde Santiago hasta Osorno, témino meridional de nuestro viaje, había primor por todas partes, en los campos y en las praderas que atraviesa el ferrocarril, en las agrestes quebradas que bajan de los Andes, en los paisajes fugaces de las montañas nevadas cuandoquiera que las deja ver alguno que otro blanco entre los montes más cercanos. Pero tengo que limitarme a hablar sólo de algunos detalles.

La larga depresión entre los Andes y la sierra de la costa, la cual forma la mejor parte de Chile, está atravesada por una serie de ríos grandes y torrentosos que bajan de las nieves andinas y que, abriéndose paso por entre las aberturas de la cadena del litoral, llegan hasta el mar. El primero de éstos es el Maule que era el confín meridional del dominio de los monarcas incaicos. Después, viajando hacia el sud, se halla el más grande Biobio, en cuyas riberas lucharon los españoles por casi un siglo con los araucanos hasta que, perdiendo toda esperanza en su triunfo, desistieron y consideraron el río el confín de su imperio. Es el más grande de los ríos chilenos, con una corriente ancha e impetuosa, pero es demasiado somero para la navegación, y la ciudad comercial de Concepción que está situada un poco más arriba de su desembocadura usa el puerto de Talcahuano para su comercio.

Aquí se halla uno ya en terreno bien regado, pero antes de describir el paisaje de esta región deleitable debo decir algo de los pueblos del litoral que son muy diferentes de los del norte de Chile y del Perú. Con-

cepción, fundada por Valdivia para reprimir a los indios, es una pequeña ciudad atractiva con una plaza grande y calles anchas que son limpias y bien conservadas. En verdad, comparadas con las de España e Italia, las ciudades más grandes de Sud América son superiores en su limpieza, así como lo son inferiores en su belleza arquitectural. El Cuzco es la única que es desagradable a la vista y al olfato. La actividad alegre y la animación de Concepción son acrecentadas por la belleza del ancho río, en cuya ribera del norte está situada, y a ambos lados del cual y enfrente de montes arbolados se hallan muchas quintas preciosas con jardines, la mayor parte de las cuales pertenecen a las colonias alemana e inglesa que viven aquí en amistad social y en activa concurrencia en los negocios. Estos últimos han arreglado un campo de "golf" magnífico a algunas millas hacia el océano y han contagiado a algunos chilenos con su afición al juego escocés. Aunque no es tan grande como Valparaíso, la ciudad ha jugado un papel más importante en la historia chilena, pues fué la capital militar en la frontera meridional en la parte de Araucania y el centro de la población enérgica y guerrera de esta región. Las principales familias era el único grupo aristocrático capaz de oponerse al más grande grupo aristocrático de Santiago, como en verdad lo hicieron después de la realización de la independencia. No había bastante riqueza en ese tiempo para construir iglesias ni mansiones majestuosas, pero el lugar tiene apariencia de dignidad y es más chileno que Valparaíso y menos cosmopolita.

Talcahuano, que posee el puerto natural mejor de Chile, ha sido constituida la plaza fuerte naval de más importancia en Chile que depende de la eficacia de su armada, tan necesaria para proteger un litoral tan extenso. Se cree que un enemigo que posea una armada más fuerte tendría a Chile en su poder hasta que se termine el ferrocarril logitudinal que va a ser instalado a todo lo largo del país paralelo a la costa. Se ha construido un puerto naval y muelles y baterías que dominan la entrada al puerto. Desde las alturas ve uno al otro lado de la extensa bahía el sitio de una antigua ciudad española que fué abandonada porque se hallaba expuesta

a los saqueos de los piratas ingleses y holandeses de los siglos diez y seis y diez y siete. Desde entonces no han aparecido buques europeos hostiles * en estas aguas, aunque hubo bastantes batallas navales en tiempo de la revolución y en los de la guerra entre Chile y el Perú y hasta en los de la guerra civil entre Balmaceda y el Congreso.

Vale la pena nombrarse otros dos lugares en la costa de Chile. De Concepción sale un ferrocarril que atraviesa el Biobio por sobre un puente de tres cuartas partes de una milla de largo y se extiende hacia el sud hasta los puertos de Coronel y de Lota. El litoral, en partes roqueño, y en partes lindado por llanos cubiertos de yerba detrás de playas arenosas, es sumamente pintoresco; y si fuese en las partes pobladas de la América del Norte o en Europa se hallaría lleno de casas veraniegas y animado por niños. Pero su vegetación y su aspecto general son diferentes de los de las costas del Atlántico de esos dos continentes y recuerdan a uno más bien la costa de California. En Lota los montes se levantan escarpados desde el océano y una isla grande que se halla a grande distancia presenta variedad al panorama océanico. Aquí, en una elevación detrás del pueblo, hay un jardín de interés y hermosura singulares que yo deseaba ver en particular, porque había excitado la admiración de mi amigo el difunto Juan Ball, el distinguido botánico y viajero, quien lo había descrito en sus "Apuntaciones de un naturalista en Sud América", publicado en 1887. Ocupa toda la cumbre de un monte que cae casi precipitadamente hasta la costa y fué establecido por un rico chileno, propietario de una mina de carbón y de una fundación de cobre cerca de allí, quien hizo construir una quinta magnífica y, ayudado por un activo jardinero irlandés, ideó un parque con gusto admirable, reuniendo y plantando una gran variedad de árboles y de arbustos y disponiendo los senderos de manera que proporcionasen paisajes deliciosos de la costa y hasta el mar. En el curso de un viaje hay pocas cosas de que uno se acuerde con placer más que de los parques y jardines que unen oportunidades para estudiar la flora

* Con excepción de cuando algunos buques de guerra española bombardearon a Valparaíso en 1866.

de un nuevo país al goce de la belleza natural. Este lugar es en particular interesante porque demuestra como en un clima benigno y húmedo pueden crecer árboles y arbustos de regiones subtropicales al lado de los de la zona templada. Su profusa variedad de árboles, muchos de los cuales veíamos por primera vez, permanece aún en mi mente al lado del recuerdo de los jardines de las Islas Escili y de los de la Isla Valencia en la costa de Kerry, y del famoso parque en Cintra (cerca de Lisboa), los dos primeros de los cuales tienen condiciones climatológicas de igual modo favorables. El paisaje en Lota es más bonito que el de ninguno de esos otros lugares y, aunque está desfigurado por el humo de la fundición establecida aquí para aprovecharse de la proximidad a la mina de carbón, debe recordar uno que sin la mina y la fundición su propietario no hubiese tenido dinero para hacer construir el parque y el jardín.

A unas doscientas millas al sud de Concepción un río grande desemboca al mar por un valle ancho y descubierto y se junta con la marea en un lugar donde Valdivia, el teniente de Pizarro, a quien ya he nombrado como el primer español que penetró en esta región salvaje, construyó una fortaleza y le dió su propio nombre. Su fuerte fué desde entonces el centro principal de autoridad española, y a veces el único, en todo este país, y fué continuamente sitiado y reducido a la última extremidad por los indios guerreros, pero fué casi siempre socorrido porque era accesible por mar desde los puertos del Perú. No quedan ya vestigios de la antigua fortaleza ni tampoco casas antiguas, pues en esta parte de Chile tan espesamente arbolada las casas son construidas de madera y los fuegos son en proporción numerosos y destructivos. Uno muy terrible en 1909 destruyó la mitad del pueblo. A mi llegada estaban ocupados reconstruyéndola y mejorándola, pues se está preparando el terreno para el cultivo y hay actividad en el comercio. Las circunstancias recuerdan a uno el oeste de la América del Norte, aunque la población aumenta y los recursos naturales se desarrollan mucho más despacio. Hay una colonia alemana, por supuesto con una cervecería grande, la industria principal del lugar, y una colonia mercantil inglesa algo más pequeña. La ciudad

se extiende a lo largo de ambas riberas de la corriente ancha, por la cual navegan pequeños vapores hasta el puerto de Corral a unas doce millas más abajo. Aquí también se han explotado los recursos del terreno. Una compañía francesa ha erigido una grande fundición para fundir el cobre que es traído de los puertos del norte de Chile. Todos los aparatos metalúrgicos más recientes han sido introducidos y bastante gente se ha establecido ya allí. La población es, sin embargo, indígena. Aquí falta esa invasión de inmigrantes de Europa que es lo más notable de la América del Norte dondequiera que se construyan ferrocarriles o grandes fábricas o se establezcan nuevas industrias. Hasta hora no ha valido la pena para atraer a los trabajadores italianos o eslavos de Europa. Aquí en Corral nos familiarizamos con una parte interesante de la historia. Hay a ambos lados del puerto antiguos fuertes que dominan no sólo el puerto y la salida al mar, sino también paisajes espléndidos de la tierra risueña y las montañas arboladas. En su condición presente estos fuertes parecen remontarse hasta la última parte del siglo diez y siete o principios del diez y ocho. Ahora son monumentos arruinados y yerbosos de un imperio desvanecido. Erigidos para proteger a los colonos contra los ataques de los ingleses y los holandeses, sucumbieron mucho después a un aventurero inglés que mandó a los colonos contra la autoridad de España. Hace menos de un siglo (en 1817) presenciaron uno de los hechos más brillantes de Lord Cochrane, quien entonces peleaba por los chilenos, y quien con las tripulaciones de sus pocos buques los tomó por asalto, persiguió a los españoles hasta Valdivia y al día siguiente recibió la rendición de esta ciudad, última plaza fuerte de éstos en tierra chilena. Los servicios de este Escocés son de grata memoria aquí, lo mismo que los de dos hombres de descendencia irlandesa, O'Higgins y Lynch. Los tres han adquirido fama semejante a la de Lafayette y Rochambeau en los Estados Unidos.

En estos puertos vimos la parte comercial de la vida urbana chilena, parte en que el extranjero juega un papel importante, sea de administrador de fundiciones que pertenecen a capitalistas europeos o sea de repre-

sentante de alguna casa comercial inglesa o alemana. Temuco, situado en un distrito puramente agrícola, que suministra sus necesidades y es mercado para sus productos, es de un carácter diferente y da una idea de lo que en Chile equivale a la aldea de Inglaterra o de la América del Norte. Es un lugar moderno, pues esta región era casi toda india hasta hace treinta años, se extiende sobre un gran espacio de terreno y recuerda a uno más bien un pueblo húngaro o ruso que uno del oeste de Norte América, pues en las calles anchas y sin pavimentar no se han plantado árboles y las casas de un piso han sido en su mayor parte barbadas. El aire era apacible y húmedo, a cada lado se extendían lozanas praderas verdes y, aunque había indicios de progreso y de bienestar, nadie se daba prisa. El campo es ameno. Al oeste hay montes arbolados pintorescos, centinelas de la cordillera de la costa, y al este se ve un panorama de los Andes a veinte o treinta millas de distancia, con sus cumbres nevadas que se levantan detrás de una mole de bosques de un verde obscuro. Fuimos convidados a comer por los oficiales del regimiento acuartelado aquí, presidiendo el comandante, que era también gobernador del distrito, y conocimos un buen número de personas compuesto de los oficiales y de sus esposas, unos cuantos funcionarios y algunos de los hombres de negocio más prominentes. Aquí, lo mismo que en todo Chile, el buen mundo es más moderno y menos eclesiástico en sus sentimientos que los que el viajero conoce en las repúblicas más hacia el norte. Escuchando el discurso fácil y bien expresado con que el comandante brindó a sus huéspedes tuvimos nueva ocasión de admirar los recursos de la lengua castellana que, como la italiana, quizá aun más que ésta, parece prestarse más naturalmente que la inglesa o la alemana a la oratoria florida.

Mientras que en el Perú y en Bolivia la mayor parte de la población indígena permaneció diferente de sus amos españoles, en Chile la unión empezó temprano y continuó sin interrupción hasta que, con excepción de en un distrito, las dos razas se mezclaron. Un cierto número de familias, incluyendo la mayor parte de la aristocracia, han permanecido puras; pero muchas más se mezclaron con los naturales, y los campesinos de hoy

pertenecen a esta raza mezclada. Como en otras partes de la América española, el hombre de raza impura se considera blanco y aquí con mucha más facilidad, pues en todo el país hay muy pocos indios de pura sangre. Los aborígenes de esta región estaban menos adelantados en los medios de la vida que los del Perú, pero eran mejores guerreros y de espíritu más arrojado. Con los blancos han hecho una buena mezcla; el "roto" chileno es robusto y vigoroso.†

El único distrito en que ha persistido una raza india pura es en el que se halla Temuco, pues ésta es la tierra de los indios araucanos a que ya me he referido, raza que en verdad merece el epiteto de famosa, pues fué el único pueblo indígena en el hemisferio occidental que resistió con éxito a los intrusos europeos. Yo me había imaginado que esta gente vivía en lugares apartados en montes selváticos y que eran altos y fornidos como los gigantes de Patagonia que Magallanes había visto al otro lado de los Andes. Pero los mapoches *—éste es el nombre que se dan ellos mismos—son, en verdad, hombres de baja estatura, aunque fuertes y robustos, de cara ancha, algo semejantes a los tipos del este de Asia. Su país forma parte de aquella depresión ancha y larga que constituye el valle central de Chile, tierra fértil que, aunque a no dudar era en un tiempo más arbolada que ahora, era probablemente aun en tiempo de la invasión de Valdivia una sabana en parte descubierta. Hay, y al parecer ha habido siempre, tan pocos animales que los naturales deben de haber vivido del cultivo de la tierra, pues no tenían, por supuesto, ni ganado vacuno ni lanar. Aunque menos civilizados que las tribus que vivían al norte de ellos, las cuales habían recibido parte de la cultura material del imperio incaico, se habían levantado de la condición salvaje y se hallaban a lo menos tan adelantados como los algonquins o los dakotas de la América del Norte. Habían formado una especie de confederación guerrera de cuatro tribus, semejante a la "Casa larga" de las cinco naciones iroquesas.

† La palabra "roto" parece haber sido al principio menospreciante como lo indica su derivación. Ahora simplemente denota una persona de la clase pobre y es lo contrario de "pelucón", de la clase rica.

* Ésta es la variación del nombre que me dieron en Temuco. Otras personas los llaman "moluches" o "maluches".

Cada tribu tenía una familia principal en la cual la jefatura era hereditaria, pero si el hijo mayor no era competente para el puesto, el hijo segundo u otro podía ser elegido por la tribu en su lugar. En caso de guerra escogían jefes de valentía o talento especial, de igual manera que, como dice Tácito, lo hacían los alemanes de su tiempo. Sus armas eran la lanza, probablemente una especie de azagaya, y el hacha de piedra y una porra de madera con una cabeza de piedra fijada a ella. Cuando Valdivia, después de haber conquistado las tribus más al norte, y de haber reforzado su ejército con contingentes de ellos, atravesó el Biobio y entró en territorio araucano, los jefes de la confederación convocaron una asamblea general de todos los guerreros—una especie de "ágora" homérica—y después de una discusión que duró tres días resolvieron oponer resistencia. En las primeras batallas tuvieron muchas pérdidas a causa de las armas de fuego y los caballos de los españoles. Valdivia los derrotó y marchó a través de su país hasta el lugar donde fundó (como ya se ha dicho) la ciudad que aun lleva su nombre. Después de algunos años volvió con un ejército más numeroso esperando continuar su conquista. A cien millas al sud del Biobio los araucanos lo atacaron. Su ataque no pudo ser atajado por la fusilaría,—el alcance de las armas de fuego era muy corto entonces—la fuerza invasora fué aniquilada y Valdivia fué tomado en fuga del campo de batalla. Mientras procuraba salvar su vida prometiendo que se alejaría por completo de Chile, un viejo cacique lo mató con una porra.

Desde ese tiempo en adelante la guerra duró más de sesenta años con interrupciones poco frecuentes. Los araucanos inventaron gradualmente tácticas que redujeron las ventajas que los españoles tenían con sus armas de fuego. Obtuvieron caballos y, como los comanches de Arizona y los basutos del sur de África, aprendieron a usarlos en la guerra. Tuvieron jefes como Lautaro y Caupolicán de talento igual a su valentía. Cuando no podían resistir una invasión española se retiraban a sus bosques y tan pronto como se retiraba el enemigo atacaban los fuertes y hacían incursiones hasta el otro lado de la frontera. Cansados de esta guerra continua y al

parecer sin esperanza, los españoles por fin consintieron en un convenio por el cual el río Biobio fué fijado como confín. Durante su viaje arriesgado por el Pacífico en 1578 Sir Francis Drake tuvo ocasión de desembarcar en la costa chilena. Los araucanos, viendo hombres blancos que venían en buques, los creyeron españoles, y los atacaron. Si hubiesen sabido que la cuadrilla de Drake, siendo los enemigos de sus propios enemigos, hubieran sido de buena gana sus amigos, se hubiera efectuado una alianza ventajosa para ambos partidos y que hubiese sido aprovechable a los sucesores ingleses y holandeses de Drake. En vista de tal contingencia los españoles establecieron como parte de su tratado que los araucanos no ayudarían a los enemigos marítimos de España. De vez en cuando se empezaban nuevas guerras, pero siempre concluyeron de la misma manera y así Araucania continuó independiente hasta mucho después de la revolución de Chile contra España.

Para mediados del siglo diez y nueve la raza había empezado a perder sus antiguas costumbres guerreras. Enfermedades que habían tomado de los blancos disminuyeron su número y minaron su energía, mientras que el trato pacífico con los colonos había mitigado su antiguo odio. Así es que cuando Chile, cerca de 1881, afirmó su autoridad y el pueblo de Temuco fué fundado en medio del país araucano, el propósito de resistencia que tenían algunos de los jefes fué abandonado por consejo de otros que conocieron que sería inútil bajo circunstancias tan diferentes de las del siglo diez y siete. De manera que se puede decir todavía de esta raza valiente que aunque han consentido en ser chilenos, son aún la única raza nativa del continente que no ha sido vencida. Aunque no ha habido muchos matrimonios entre ellos y los colonos españoles, la contienda prolongada tuvo un efecto notable en el carácter de los últimos, pasando a los chilenos un vigor áspero y una facultad para la guerra algo semejantes a los que dió a los españoles su lucha continua con los moros en la Edad Media. La primera parte de la contienda ha tenido el honor raro de ser el tema de un poema épico que está clasificado entre los mejores de la Europa moderna, el poema titulado

"Araucana" * de Alonzo de Ercilla, quien peleó él mismo en contra de Caupolicán. Al presente no parece haber ningún sentimiento de enemistad entre los mapoches y los chilenos. La gente culta entre estos últimos parecen sentir cierto orgullo, de igual manera que los araucanos también, en su historia romántica, cada clase recordándose que sus antepasados pelearon valerosamente.

No es posible decir con seguridad el total de la raza mapoche cuando vinieron los españoles. El cálculo de 400,000 parece exagerado para un pueblo que no tenía ganado vacuno y que no cultivaba la tierra en grande escala. Aun hoy día, aunque algunos calculan que la población sube a 140,000, otros dicen que no llega a 50,000. Desgraciadamente, no cabe duda que van disminuyendo a causa de las enfermedades, en particular las tuberculosas, que pasaron a ellos de los blancos, y que los padres van pasando ahora a sus hijos. Para su provecho se han hecho leyes especiales y se ha nombrado un funcionario llamado el Protector de los Indios, pero algunas de las leyes, tales como la que limita la venta del aguardiente, son observadas casi tan bien como en otros países que conocemos mejor. El sistema gentilicio casi ha desaparecido, pero las comunidades locales en que están agrupados los habitantes veneran a las cabezas de las antiguas familias y a menudo echan de menos el tiempo cuando los caciques administraban simple y pronta justicia.

Esparcidos por una área extensa viven en aldeas de chozas de yerba o de madera, estas últimas menos provechosas para la salud, y viven del cultivo de la tierra o de la ganadería, aunque algunos emigran al norte a buscar trabajo, siendo considerados allí excelentes obreros. La costumbre observada por los caciques cafres de destinar una choza aparte a cada esposa no parece ser observada aquí, pero como las chozas son grandes, cada esposa, si hay varias, tiene su propio hogar. Algunas familias tienen grandes haciendas; algunas poseen grandes manadas de ganado vacuno y lanar las cuales en ciertas estaciones del año son conducidas a través de los Andes a los pastos de Argentina.

* La primera parte fué escrita en Chile, cuando su autor peleaba, en 1558, y fué publicada en 1569.

Mientras duraron las guerras no se pensó naturalmente en convertir los araucanos al Cristianismo; y aunque en intervalos de paz se aventuraban entre ellos algunos frailes, permanecieron casi por completo paganos hasta el establecimiento del dominio de Chile en 1882. Su religión es una variación del culto de los espíritus que se halla entre casi todos los pueblos primitivos. Sus ceremonias tienen por objeto impedir el desagrado de los espíritus, alcanzar de ellos buen tiempo o lluvia (según se crea necesario) y arrojar demonios dañinos del cuerpo. El sacerdocio—si se puede llamar así—no es hereditario y es limitado a las mujeres. Las que desempeñan los oficios de hechiceras o de magas son escogidas cuando son jóvenes por las viejas hechiceras e instruidas en los ritos complicados. Se escoge un árbol de condición sagrada especial y en él se labra una especie de escalera a la cual sube la hechicera para ejercer las ceremonias. Cuando muere el árbol se continúa reverenciando el tronco y en ocasiones ceremoniales se le ornamenta con ramos verdes. No pude averiguar si se reverenciaban otros objetos naturales fuera de los árboles, ni hay nada que demuestre que el culto incaico del sol ni el de la sagrada hostia se han extendido hasta estas tierras al sud. Ya van desapareciendo rápidamente las antiguas creencias y costumbres. Muchos de los mapoches se han convertido en cristianos; bastantes son protestantes, convertidos por la misión sudamericana inglesa, y los demás son católicos romanos. Tienen fama de ser gente bastante inteligente, y de ser accesibles al trato cuando se les trata con justicia, elemento estimable en la población y que los estadistas chilenos deben procurar conservar si se pudiese impedir la venta del licor y si se pudiesen extirpar las raíces de las enfermedades hereditarias.

La ocupación de gran parte del valle central chileno por los araucanos explica el porque la población de la región al sud de ellos no ha crecido sino lentamente. Al presente no comprende tribus indias hasta que uno atraviesa el canal de Ancud hasta Chiloé y las otras islas a lo largo de la costa. A estas regiones vinieron pocos pobladores de Europa hasta que cerca de la mitad del siglo pasado el gobierno chileno fomentó una inmigra-

ción de Alemania, la cual continuó por muchos años en escala moderada, pero después de eso cesó por completo. Procediendo hacia el sud desde Valdivia se encuentra uno, así en los pueblecitos como en los distritos rurales al rededor de ellos, muchos fuertes labradores y obreros alemanes y pulcras señoritas alemanas que parecen ser naturales del Odenwald mismo. Pasamos una noche en Osorno, nuestro punto de viaje más meridional, el cual es un pueblo bonito y al parecer floreciente, y comimos en casa de uno de los ciudadanos alemanes más importantes, hombre de muchos conocimientos literarios, aplicado en particular al estudio de Roberto Burns, cuyos poemas nos recitó, y al de Tomás Moore, de cuyas canciones había traducido algunas al alemán. Después un grupo de los vecinos alemanes con mucha hospitalidad nos llevaron a su club, en el cual tienen un salón de conciertos y una bolera exactamente igual a la en que me acuerdo que de estudiantes jugábamos en Heidelberg en 1863, casi al mismo tiempo que los padres de estos apreciables alemanes estaban emigrando a Chile. Allí nos dieron champaña, acompañamiento seguro de toda función social en Sud América; pero debió haber sido cerveza bávara. Esta es la única parte de la América del Sud occidental a donde han emigrado de Europa bastantes pobladores, pues la mayor parte de los ingleses, alemanes, franceses y españoles que encuentra uno en los centros comerciales y mineros son negociantes visitadores que no piensan establecerse. Es diferente al otro lado de los Andes, pues allí la inmigración italiana ha sido numerosa y lo es aún.

Relativamente son pocos los inmigrantes que entran en Chile ahora, lo que indica probablemente que se supone que la superficie del terreno aprovechable para la agricultura, pero que no se ha ocupado aún, no es muy extensa. A mí me pareció que el país que atravesábamos estaba lejos de ser ocupado, aunque en materia como ésta la impresión de un viajero que pasa no vale mucho. De todas las partes del Nuevo Mundo no hay ninguna que me parezca más a propósito para el hombre a quien le guste la vida del campo, que no tiene prisa en hacerse rico y que puede establecerse en una tierra donde no se habla inglés. El suelo del sud de Chile es suma-

mente fértil, adaptable para la ganadería y también para el cultivo. El clima es sano y agradable sin extremos de calor o frío. Húmedo sí lo es, pero no más que en parte de nuestra costa occidental.

En el verano el sol es caliente, pero no abrumador, y el aire es apacible e invigorante, pues el océano envía brisas del oeste que refresquen el género humano.* No hay animales dañinos, ni mosquitos, ni culebras ni otros reptiles venenosos, excepto una araña que se halla en los maizales, cuya mordida es desagradable, aunque no peligrosa. No parecen conocerse las fiebres intermitentes, azote de la mayor parte de las nuevas regiones que apenas empiezan a cultivarse. Hay venados en los bosques y bastantes peces en los ríos raudos y transparentes. Al inglés que tiene afición a la caza no le faltarán zorras que cazar; el jugador de golf norteamericano hallará llanos herbosos cerca del mar que sólo tienen que ser preparados un poco para el juego. Aunque el país está remoto, apartado, y es sosegado, el poblador debe de tener poca dificultad en obtener las provisiones que quiera de Europa, pues aun desde Osorno se halla sólo a cuarenta horas de Santiago, mientras que Santiago está ahora a dos días de Buenos Aires y Buenos Aires a diez y siete de Europa.

Acaso el encanto del paisaje chileno sugiere que el país, considerado como morada para el emigrante, es más propicio de lo que podría creer uno a quien gustase tanto la vida en los llanos sin límites de Manitoba como a la vista de una sierra nevada. Quizá, también, este encanto del sud de Chile con sus pastos verdes y plácidos, sus bosques escabrosos y sus corrientes relucientes nos pareció aun mayor en contraste con los tristes desiertos del Perú y de Bolivia, por los cuales acabábamos de pasar. Quienquiera que en su niñez se haya acostumbrado a amar los paisajes de un país templado nunca puede estar satisfecho con los de los trópicos a pesar de su luz relumbrante y de la exuberancia de su vegetación. Estas tierras son magníficas sólo para visitarlas, pero no tan buenas para vivir en ellas, pues el esfuerzo

* Ἀλλ ἀεὶ Ζεφυροῖο λιγυπνείοντας ἀήτας
Ὠκεανὸς ἀνίησιν ἀναψύχειν ἀνθρώπους.
—*Odyss.* IV.

físico es menos agradable, los bosques son impenetrables y las montañas, por lo tanto, menos accesibles, y el calor continuo es debilitante, además de que por todas partes se hallan insectos, y de que en muchas debe uno guardarse siempre en contra de las fiebres. Nada puede ser más grandioso que los paisajes que habíamos visto en los Andes, ni nada más hermoso que los que habíamos de ver dentro de poco en el Brasil. Mas de todas las diferentes regiones de la América del Sud que visitamos, el sud de Chile es la que en mi parecer descuella como la mejor para establecerse uno.

Dos excursiones, una al mar y la otra a los montes, nos proporcionaron ejemplos de dos clases diferentes de paisajes. De los muchos ríos caudalosos que bajan de los Andes a través del valle central no hay ninguno que sea tan hermoso en su parte inferior como el Río Bueno. Durante el transcurso del tiempo se ha abierto por medio de las duras rocas de la cadena del litoral un cauce tan hondo que la marea sube hasta el pueblecito de Trumajo a cuarenta millas de la costa, y desde este pueblo pueden navegar pequeños vapores hasta el banco en la desembocadura. En uno de estos pequeños buques que se procuró un amigo mío pasamos un día navegando hasta el banco y de vuelta al pueblo. Los montes a cada lado, en partes colgando escarpados sobre la corriente y en partes inclinados donde había una cañada, estaban cubiertos de selvas lozanas. Era un día brillante en octubre, que en cuanto a la estación del año corresponde a nuestro abril, y el sol hacía relucir en el renaciente follaje de estas cañadas una inmensa variedad de matices verdes, los árboles nos eran desconocidos, y los intersticios entre ellos estaban cubiertos con enredaderas que colgaban de las ramas como festones. Por sobre el agua volaban patos silvestres y otras aves acuáticas que se levantaban en manadas al acercarse nuestro vaporcito, y en las espesuras se oían periquitos verdes. A medida que va acercándose al mar el río se extiende hasta formar un ancho charco profundo bajo una media luna de riscos escarpados y al extremo de esto se ve el banco, un trecho de arena al cual van a romperse con furor las grandes olas del Pacífico. Hay un faro y unas cuantas casas cerca de un

pequeño prado llano en las riberas, donde la yerba es tan verde como en Irlanda y las flores tan abundantes. De intensidad especial es la aulaga, al parecer de la misma especie que la nuestra, y, si es posible, más profusa en sus flores que la de la costa de Cornwall, de la cual es el ornamento principal. He visto pocos trechos de costa más pintorescos que éste donde se junta el negruzco río apacible y la espuma relumbrante del mar bajo rocas cubiertas de suaves bosques.

A nuestro regreso le sucedió algo a la maquinaria, y más de una vez tuvieron que amarrar el vaporcito a la orilla del río hasta que se arreglase lo que se había descompuesto. Esto nos proporcionó ocasiones para desembarcar y explorar las riberas. En algunas partes el bosque era demasiado espeso para poder penetrar por entre los arbustos y las enredaderas sin un machete. En otras, donde podíamos deslizarnos por debajo de los árboles o subirnos hasta las rocas por medio de las ramas, nuestros esfuerzos fueron premiados con una variedad exquisita de nuevas flores y de helechos. Estos últimos son en particular lozanos en esta tierra húmeda; y sus frondas largas que caían hasta el río tenían con frecuencia siete u ocho pies de largo. Era éste un bosque primitivo, tan silvestre como desde el principio, pues sólo en dos o tres lugares se habían construido casas en planicies cerca del río en las cuales se había despejado un poco el terreno; y los montes son tan altos y tan roqueños que la región probablemente permanecerá solitaria e inexplorada por muchos años aún.

La otra excursión que hicimos fué hacia los Andes. A lo largo del camino de hierro no hay paraje más bonito que Coillelfu, donde un río torrentoso, ancho y brillante como el Tay de Escocia, pero con agua más transparente y verdosa, se abre paso desde la base de los montes y corre a las praderas del valle central. Aquí ha construido una compañía francesa un pequeño ramal de ferrocarril para bajar leña de los montes, y también con la esperanza de continuar la línea muy lejos valle arriba, hasta Argentina, por algún paso para llevar ganado de un lado a otro. El director, un Francés cortés de la tierra vascuence de Bearne, nos llevó por esta línea a través de una continuación de paisajes bonitos a lo

largo del río hasta un paraje donde obtuvimos caballos y caminamos siete u ocho millas más por el bosque, subiendo y bajando cerros hasta que llegamos a las riberas del lago Riñihue. En algunos lugares el bosque era demasiado espeso para poder penetrar sin abrirnos paso cortando enredaderas, pero en otros era bastante abierto para proporcionar paisajes misteriosos, entre los troncos altos, y efectos deleitables cuando la luz del sol llegaba hasta un claro. En su mayor parte los árboles son siempre verdes, pero pocos o ningunos coníferos, pues en Chile es sólo en las regiones más altas donde florecen los coníferos típicos tales como el bien conocido "araucaria". Aquí hallamos por fin esa flora árborea característica de la América del Sud que habíamos esperado ver, un bosque donde todo lo que vimos era nuevo, diferente de los de la América del Norte y de Europa, no sólo porque la variedad de los árboles era más extensa que en estas regiones, sino también porque tantos de ellos tienen flores brillantes en sus ramas más altas donde la luz del sol las alcanzan. Nos dijeron que en pleno verano abundarían más las flores, pero las que vimos eran bastante numerosas y bonitas, algunas blancas, otras carmesíes o de color escarlata, otras amarillas, unas pocas azules. La sombra parecía encendida con las flores de una enredadera y más abajo, erectas a lo largo del sendero, por dondequiera que penetraba la luz del sol, había largas hileras de dedaleras blancas y rosadas, de una especie que se asemeja mucho a la nuestra, mientras que un zuzón leñoso, de ocho a diez pies de alto, mostraba una umbela extendida de color amarillo. Las calceolarias, tan comunes en el Perú, no parecen hallarse en estas regiones meridionales. La mayor parte de los árboles tienen hojas pequeñas, pero dos, uno llamado el "lengüe" y estimado por su corteza y otro que se parece a un laurel, tienen un follaje grande de color verde obscuro. Era un bosque silencioso, con excepción del guirigay de los periquitos y del arrullo poco frecuente de una paloma torcaz; ni tampoco vimos ningunos cuadrúpedos, salvo dos grandes zorras de color pardo rojizo que huyeron camino adelante al vernos. Los gatos monteses son contados, y la puma, el animal de rapiña cuya esfera de actividad es la más extensa

en el hemisferio occidental, casi nunca se halla aquí. El aspecto del bosque es menos grandioso y solemne que el de los grandes bosques de madera rojiza en California o que el de las honduras sombrías de los bosques que cubren la Cordillera de la Cascada en los estados de Oregón y de Wáshington, donde el abeto Douglas y el gigantesco "cedro"* descuellan a tal altura sobre las veredas que apenas puede uno alcanzar a ver la luz del sol por entre sus ramas más altas. Ni puedo decir que fuesen los paisajes más hermosos que los que pueden verse aún en los pocos bosques antiguos que quedan en Inglaterra con sus robles hereditarios y sus hayas extendidas. Pero sí había aquí un característico singular que daba una idea de la vitalidad lozana de la naturaleza; la profusión de plantas parásitas que cubrían los troncos de los árboles, los caídos así como los vivos, algunas de ellas plantas florecientes, pero las más helechos y musgos, en especial pequeños helechos membranosos como los que se hallan en las rocas húmedas y sombreadas del oeste de Escocia y en las montañas de Killarney.

En el lago de Riñihue nos embarcamos en un vaporcito y navegamos algunas millas por sobre sus aguas verdes de una claridad exquisita. Está rodeado por montes empinados de dos a tres mil pies de alto, y a su extremo superior, donde se vuelve hacia la cadena central de los Andes, hay ventisqueros que descienden de entre altas cumbres nevadas. Mirando a través del verdor subido del bosque, interrumpido aquí y allí por riscos roqueños, el paisaje hasta estas cumbres relucientes era atractivo no sólo por su color y su forma sino también por el misterio—ese algo misterioso inexplicable que es propio de tierras poco conocidas. En regiones como Escocia, los Alpes o Noruega, tiene uno tradiciones históricas y la realización de un extenso pasado humano que acrecienta la belleza de los montes, las alamedas y las corrientes. Aquí tiene uno el encanto de una naturaleza intacta y casi inexplorada. El viajero por el sud de Chile se siente como si fuese un descubridor, tan poco visitada es esta región, pues en los lugares apartados de estas montañas hay mucha belleza agreste que

* Tuya gigantesco.

no ha sido descubierta aún. A lo largo de toda la ribera del Riñihue, de doce millas de largo, no hay, fuera de una o dos casas en el lugar donde nos embarcamos, ningún vestigio de seres humanos. Otros lagos semejantes, muchos de ellos más grandes, se hallan esparcidos por una superficie de unas cuatrocientas millas de largo y cincuenta de ancho a ambos lados de la cordillera, el argentino y el chileno, región de bosques casi por completo inexplorada y despoblada, con excepción de algunos indios nómadas, y que se halla precisamente casi en la misma condición que cuando surgieron los Andes. Ya se llegará el día, quizá dentro de menos de un siglo, cuando los habitantes de una Argentina populosa, cansados de la monotonía sin interés de sus pampas sin límites, hallarán en esta selvatiquez de lago, río y montaña un lugar de descanso y recreo en la canícula, de igual manera que los norteamericanos de los estados del Atlántico lo hallan en las Montañas Apalaches, y los del oeste en las magníficas cadenas a lo largo de la costa del Pacífico. Superior a las primeras por tener cumbres nevadas, e igual a las segundas por su clima y su belleza pintoresca, y de más interés para el naturalista a causa de sus volcanes activos y de su flora notable, esta región de lagos de los Andes meridionales es un complemento, cuyo valor no han alcanzado a realizar aún los sudamericanos, al caudal de belleza de nuestro planeta.

CAPÍTULO VII

A TRAVÉS DE LOS ANDES

Por más de dos mil millas las repúblicas de Argentina y Chile están divididas por la gigantesca barrera de los Andes. La altitud continua de la cordillera es tan grande, tan poco es el trato comercial que puede haber a través, y son tan contados los puntos por los cuales pueden atravesar aun a pie viajeros que no son montañeses experimentados, que las comunicaciones entre los que viven a lados opuestos de la cordillera han sido siempre limitadas. El contraste entre los dos lados es marcado. Por ochocientas millas al sud del ecuador las inclinaciones orientales de la cordillera andina tienen abundancia de lluvia, mientras que la meseta central es seca y las declives al oeste son un desierto sin agua. Pero en las tierras que quedan al sud del trópico de Capricornio, más allá de la región de los vientos alisios, sucede precisamente lo contrario. En este distrito meridional de los Andes, la parte del oeste es la seca y la del oeste la húmeda porque predominan vientos del oeste que traen nubes de lluvia que derraman su humedad en las alturas a que llegan primero y luego no tienen nada que dejar en el lado argentino de la cordillera. Esta gran cadena divisoria que contiene el trato entre dos pueblos en sus lados es el factor dominante en la vida crematológica y política así como en la geografía física en la parte meridional del continente. Ha sido causa de que estos dos pueblos vecinos, el chileno y el argentino, tengan diferentes costumbres, diferentes caracteres y diferente historia.

La falta de comunicación frecuente a través de las montañas aumentó porque como el lado oriental era estéril, estaba a consecuencia escasamente poblado, de modo que había poca gente que tuviese necesidad de atravesar

las montañas mientras fuesen dificultosos los caminos, pues era poco el alimento o el abrigo que se podían obtener por los pasos. A mediados del siglo diez y seis, sin embargo, Mendoza, el gobernador español del Perú, fundó en el lado argentino la ciudad que aun lleva su nombre. Situada al pie de las montañas, en las riberas de una corriente que desciende de los ventisqueros del Aconcagua, es un lugar muy húmedo en tierra seca, y poco a poco su población aumentó. A medida que empezó Argentina a llenarse de pobladores en la segunda mitad del siglo diez y nueve y a medida que empezaban a instalarse ferrocarriles más y más hacia el interior desde la costa del Atlántico, el proyecto de construir un ferrocarril a través de los Andes empezó a formarse en entendimientos emprendedores, en particular después que fueron construidas las líneas de Brenner y Cenis a través de la cadena principal de los Alpes. Por fin una compañía inglesa construyó un ferrocarril hasta este pueblo de Mendoza y no faltaba nada más que taladrar la zona de la región montañosa. Esto, sin embargo, no era cosa fácil. La zona no es, en verdad, muy ancha. La cordillera, que en la latitud de Antofagasta es el borde occidental de una meseta alta, se ha reducido aquí a una sola loma muy alta, cuyas cumbres tienen una altura de 18,000 a 23,000 pies. Hay lomas más bajas transversales que se extienden a ángulos rectos de la cordillera principal, al oeste hacia el Pacífico y al este hacia el llano argentino, pero como estas lomas tienen un promedio de sólo treinta y cinco millas de largo en este lado y veinte y cinco en aquél, la distancia entera entre la llanura en el lado oriental y la del occidental no es más de setenta millas, lo cual es menos que la anchura (entre Lucerna y Arona) de la cadena menos alta de los Alpes por donde la atraviesa el ferrocarril de San Gotardo.

Sin embargo, la serranía central de la cordillera es alta en toda su extensión y sus inclinaciones son tan empinadas que las acémilas pueden pasar por muy pocos pasos y eso sólo durante los meses del verano. Entre estos pasos, el que por mucho tiempo, probablemente desde antes de la conquista, ha sido usado más es el paso de Uspallata, así llamado por un lugar a unas quince millas al oeste de Mendoza, en el camino de he-

rradura que se extiende desde esta villa hacia las montañas. A medida que aumentó la población, en lugar del camino de herradura se hizo uno carretero. Por fin, en 1887, empezó a construirse un ferrocarril por el largo y tortuoso valle de río que conduce desde Mendoza hacia la cordillera principal, mientras que en el lado de Chile se construyó otro ferrocarril por el valle más corto que sube hasta la base occidental de la misma serranía.

Después de eso se paró el trabajo de construcción por mucho tiempo y los pasajeros continuaban atravesando la serranía a pie o en mula o en vehículos que caminaban laboriosamente por el camino empinado que conducía a la cumbre. Por fin, se taladró un túnel por medio de la loma y la línea completa fué abierta al público en 1909. El túnel tiene sólo dos millas y media, mucho más corto que los que atraviesan los Alpes en el Simplón, el San Gotardo y el Cenis. Pero su altitud sobre el nivel del mar (12,000 pies) es mucho más grande y el paisaje a lo largo del camino es más encantador. Si hay otra línea principal de ferrocarril en el mundo que atraviese una región tan notable, no ha sido descrita aún. Hasta que no se construya una de Kashmir hasta Kashgar, o sobre o bajo el paso Karakorám, parece que esta línea andina probablemente retendrá el record.

Para describir la línea de Uspallata debe empezarse desde Valparaíso. Desde este puerto hasta el empalme para Santiago en la estación de Llai Llai, el país es montañoso, algo seco con pastos y prados undulados a lo largo de las corrientes y espesuras de árboles pequeños o achaparrados—región muy semejante a la del sud de California; con excepción de que no hay robles ni árboles coníferos. Más allá los montes continúan siendo más altos; hay rocas con trechos de flores brillantes y se ven de cuando en cuando paisajes de la gran cordillera por entre los claros de los valles. En un bonito lugar llamado Santa Rosa de los Andes empieza el ferrocarril transandino propio, y cambiamos a un vagón de vía más estrecha.

Este ferrocarril transandino, uno de los pocos que no pertenecen al gobierno chileno, es de vía estrecha, y en su construcción hubo dificultades poco comunes aun en ferrocarriles montañeses, no sólo porque las declives

eran muy empinadas, sino también porque los valles que llegan hasta la cadena central son, especialmente en el lado chileno, sumamente angostos. Para construir túneles en zigzags, como los del ferrocarril de San Gotardo en Suiza, hubiérase requerido una suma por completo desproporcionada a los réditos que habían de esperarse del tráfico. Por lo tanto, se creyó necesario adoptar el sistema de ruedas dentadas; y en partes de la línea donde la declive es demasiado empinada para una locomotora ordinaria se ha instalado entre los rieles una barra dentada y la locomotora, provista con una pieza correspondiente, sube con esta ayuda. Esto naturalmente reduce la rapidez del tren al ascender estas partes empinadas, la mayor parte de las cuales se hallan al lado chileno, e inevitablemente reduce el poder de la línea para llevar el tráfico. Por consiguiente, no hay mucho tráfico de mercancías pesadas en esta línea.* Pero para los pasajeros que desean ahorrarse tiempo y un viaje por mar, la ganancia es enorme, pues mientras que el tránsito de Valparaíso a Buenos Aires por el estrecho de Magallanes se toma once días, el viaje por tierra por el ferrocarril transandino puede hacerse en cuarenta horas. La operación ordinaria de trenes había sido interrumpida en el invierno antes de nuestra visita por las fuertes nevadas, pero la construcción de guardaaludes que iba efectuándose entonces probablemente ha vencido estas dificultades ahora.

Los viajeros pasan la noche en Santa Rosa para tomar por la mañana temprano el tren que sale tres veces por semana de Mendoza y atraviesa las montañas en doce horas. Desde el hotel en el paradero podíamos ver por entre un largo valle angosto tremendos picachos de roca negra a treinta millas hacia el este. ¡Qué bien resaltaban contra el luciente sol de la mañana detrás, y algunas nubes blancas suspensas sobre ellos! De una ojeada se convence uno de que ésta es una de las grandes cordilleras del mundo, de igual manera que al oír las primeras notas de una sinfonía al punto sabe que es un gran músico el que la toca.

* De Argentina se exporta mucho ganado a Chile, pero por aquí, así como en los pasos del sud de Chile, puede ser conducido por sobre las montañas, aunque alguno va por ferrocarril.

Hacia arriba por este valle se dirige el ferrocarril, dejando a ambos lados pequeñas alquerías rodeadas de álamos erectos, los cuales florecen bien aquí, aunque el árbol no es indígeno, sino traído de Europa. Los campos, regados desde la impetuosa corriente abajo, están sembrados de maíz lozano; sauces llorones se inclinan sobre los arroyos, por el frente se arrastran y suben parras y los pastos relucen con flores primaverales. Hay un camino carretero paralelo al de hierro y por él ve uno mejor que en las ciudades el verdadero "roto" chileno (aldeano de sangres española e india mezclada), con su chaqueta mal acabada y su camisa de algodón, sus pantalones anchísimos y sus botas provistas de grandes espuelas, su sombrero de fieltro o de paja de copa baja y de ala angosta, y en sus espaldas el grueso poncho, tejido en casa, distintivo de la América del Sud. Con él va siempre su caballo, pues todos son jinetes, un animalito robusto con muchas mantas, silla de lomo puntiagudo y un bocado pesado.

Ocho o diez millas más adelante el valle se estrecha, y en su fondo no se ve más que el torrente, y en partes trechos de algunas varas de yerba en una ribera o en la otra. Los muros de roca empiezan a subir más empinados y los árboles son reemplazados por arbustos. En un lugar llamado el "Salto del soldado" el tren marcha por una meseta en la roca a lo largo de un desfiladero, sobre el cual casi se tocan los riscos convergentes y cierran el paso a la claridad, oyéndose al mismo tiempo el torrente que brama abajo. De la parte del sud desciende una corriente bastante grande, el Río Blanco, pero fuera de ésta no hay cañadas laterales. En la ribera del norte se levantan inmensos precipicios negros, a seis o siete mil pies sobre el río. Pequeños arroyuelos, tal vez la descendencia de nieves invisibles hacia el interior, caen despacio de roca en roca y algunos se desvanecen en el aire cuando una ráfaga de viento del oeste los empuja.

Por fin, habiendo desaparecido la vegetación, se presenta enfrente, a través del valle, una gran serranía negra que parece impedir nuestra marcha adelante. Sin embargo, en su superficie empinada puede uno ver pronto una especie de camino que serpentea hacia arriba

en zigzags. Este es el antiguo camino de herradura por el cual subían los viajeros hasta el paso, el cual se halla aun más atrás. El lugar al principio del camino, donde hay unas cuantas casas, es Juncal, el único paraje donde se paraba a descansar el viajero antes de emprender el tremendo paso de las montañas. Aquí, en la base de la gran serranía, se encuentran dos cañadas que se descubren en lados opuestos. La cañada al norte es corta y desciende rápidamente de un semicírculo de terribles picachos negros, cuyos huecos están llenos de nieve y hielo. La cañada al sur es larga, angosta y casi llana; es una hendidura profunda que se extiende hacia el centro de las montañas hasta el lado occidental del enorme Tupungato, cuyos ventisqueros alimentan la corriente de la cañada. Por este valle meridional sube el ferrocarril, volviéndose a un ángulo recto de su previa dirección hacia el este, continúa por el algunas millas, después atraviesa y se separa del torrente, se vuelve hacia el norte y monta por una meseta estrecha recostada en la ladera de la gran serranía negra de Juncal ya nombrada. La inclinación que sube arriba de la línea, así como la que se halla abajo hasta el valle, tiene una empinadura terrible. La declive de la línea es empinada también, y la locomotora, resollando, sube penosamente con la ayuda de la rueda dentada y pasa por túnel tras túnel hasta que por fin sale, a dos mil pies sobre Juncal, a una oquedad ancha rodeada de agudos picachos, los del norte marcados con bancos de nieve y los del sud de roca desnuda, pues el sol ha derretido la nieve en sus laderas que miran al sol. El fondo de esta concavidad está cubierta de enormes piedras que han caído de los peñascos y en su extremo oriental hay un pequeño lago cuya superficie estaba cubierta de hielo. A este lago se le ha dado el nombre raro de lago del Inca. Es difícil imaginarse un paisaje más terrible por su desolación tétrica. Comparados con este lago helado, los de ventisqueros de los Alpes suizos, como el Marjeleu en el ventisquero Aletsch, son apacibles y risueños. La luz fuerte del sol y el brillante azul del cielo parecían ennegrecer más las rocas, y hacer resaltar su completa desnudez sin que haya ni siquiera un musgo ni un líquen que varíe la monotonía. Desde el lago el ferrocarril, si-

guiendo otra curva más extensa, sube otra inclinación y entra en otra concavidad más alta, en donde se para al pie de un monte empinado. Aquí un grupo de chozas de hierro encarrujado, más feas que de ordinario en tal paisaje, marcan el principio del gran túnel en un paraje a 10,486 pies sobre el nivel del mar. En el invierno se halla todo bien cubierto de nieve, y ahora, en octubre, se veía aún en algunos trechos y hacía mucho frío, con excepción de cuando nos hallábamos al sol. De los aleros de los techados de cinc colgaban grandes cerriones.

Dejando para otra página más adelante una descripción de la parte superior del paso y de la estatua colosal del Cristo que ha sido colocada allí, describiré la ruta, tal como la siguen los viajeros, por el túnel a la Argentina valle abajo hasta los llanos de Mendoza. El túnel abierto por entre dura roca andina bajo un monte de mil quinientos pies más de alto, tiene casi tres millas de largo, y el pasaje por él se toma diez minutos. El aire es fresco y exento de esa sensación de pesadez de que se quejan los viajeros en el San Gotardo. El duque de Wéllington acostumbraba a decir que el oficio de un general en tiempo de guerra consistía principalmente en adivinar lo que había al otro lado del monte. El que atraviesa un monte a pie o a caballo ve que el paisaje a su rededor cambia poco a poco y se halla más o menos preparado para el panorama de lo que hay más allá y que se puede ver desde la cumbre. Pero cuando uno es conducido en la obscuridad por el centro mismo de una cadena de montañas las expectativas son más vivas, y la repentina presencia de un nuevo panorama es más asombrosa. Así es que cuando, después de hallarnos algunos minutos en la obscuridad, salimos de repente al lado argentino, el contraste fué notable. Este valle oriental es más ancho, los picos se levantan en curvas más escarpadas y más lisas, y sus laderas se hallan cubiertas de aludes de arena y de cascajo negros, mientras que sus cumbres forman una línea de precipicios rasos, no menos altos que los del lado chileno, pero que contienen menos nieve. El aire es más seco y el aspecto de la naturaleza no es, en verdad, menos lozano, pues no habíamos visto ni un arbusto ni planta de ninguna clase desde que pasamos Juncal, sino más abrasado y de una

esterilidad más aterradora. Había mucho más color, pues a cada lado del largo valle que se extendía delante de nosotros hacia el este las declives de los montes que se suceden inclinándose en la misma dirección relucían en ambos lados con muchos matices amarillos, pardos y grises. Una gran cumbre plana de color rojo subido que frisaba en el morado cerraba el valle en lontananza. Las montañas directamente sobre esta concavidad superior de la cañada—se llama las Cuevas—aunque tienen de diez y nueve a veinte mil pies de alto, no son tan imponentes por su altura, pues el fondo de la concavidad mismo está a diez mil pies sobre el nivel del mar, sino por sus contornos grandiosos, las laderas del medio y las más bajas hallándose cubiertas de bancos inclinados de ceniza gris y de arena negra, de miles de pies de largo, mientras que al extremo de la cañada hacia el noroeste cuelgan ventisqueros de los despeñaderos que se hallan a lo largo de la cadena central, la frontera entre dos países. En presencia de tal majestuosidad casi se olvida uno de la desolación aterradora del paisaje.

Desde las Cuevas el tren desciende rápidamente hacia el este, siguiendo el torrente por entre una confusa masa de gigantescas piedras que se han desprendido de los peñascos arriba y, después de siete u ocho millas, pasa por la entrada de una cañada lateral por la cual desciende un torrente más caudaloso, el cual lleva las aguas de las nieves que se han derretido en los ventisqueros del Aconcagua. La enorme mole de esta montaña, la más alta de todas las cumbres del hemisferio occidental, se puede ver a quince millas de distancia situada a través de este valle lateral. Es una serranía larga de nieve, formada en dos medias naranjas, con un tremendo precipicio de roca negra hacia el sud en la parte superior del cual se halla un peñasco coronado de nieve endurecida. Los pedazos de hielo que caen alimentan un ventisquero abajo, de igual manera que una mole semejante de hielo arriba de un precipicio parecido forma un pequeño ventisquero miles de pies más abajo en las laderas del monte Ararat. La cumbre del Aconcagua tiene casi veinte y tres mil pies de alto, y el valle en este lugar tiene unos ocho mil. Es sólo en los Himalayas y en los Andes que puede uno ver de a corta distancia un

pico que se eleve a quince mil pies del punto de observación, y yo dudo que se halle otro aun en los Andes mismos que se pueda observar de tan corta distancia y que tenga tal majestuosidad. Fué ascendido por primera vez en 1897 por un Inglés, Mr. Vines. La empinadura de las inclinaciones nevadas ofrecía menos dificultad que la rareza del aire, la violencia del viento y la intensidad del frío, además de otras fatigas que son propias de la vida de campo en esta región desolada donde el trepador, lejos de provisiones, tiene que esperar día tras día a que haga tiempo bastante estable para poder llevar a cabo un atentado que es muy peligroso, excepto bajo condiciones climatológicas favorables.*

Poco más abajo de este lugar se llega al paraje llamado el Puente del Inca. Fenómenos naturales extraordinarios llevan el nombre de los Incas en estos países de igual manera que en Europa llevan el nombre del diablo. Fuentes de agua caliente de algún valor medicinal, las cuales brotan de la tierra, han sido aprovechadas en un establecimiento balneario al que acuden algunos visitadores en el verano. Hay verdadera rareza natural en la especie de puente que ha formado el torrente abriéndose paso bajo una mole detrítica cuya parte superior ha sido unida y endurecida por los depósitos minerales de los manantiales de manera que constituye un camino firme sobre el río que brama abajo. El lugar es, sin embargo, indeciblemente solitario y triste, desnudo y desabrigado, demasiado estéril para que pueda crecer nada, excepto algunos pequeños arbustos espinosos. Por sobre él sopla ese terrible viento del oeste que viene del Pacífico por la tarde y que azota este valle helado por las alturas nevadas que ha atravesado.

El viaje valle abajo desde este punto presenta un paisaje semejante al cual sería difícil hallar uno en cualquiera otro ferrocarril. Es como si atravesase uno un volcán extinto, pues todas las rocas son volcánicas, de diferentes épocas y colores, lavas negras y grises, amarillas y rosadas y capas blanquecinas y azuladas de tufa y de ceniza endurecida, y en partes largas fajas de cas-

* En el libro de Mr. E. A. Fitzgerald, ''Los altos Andes'', se hallará una descripción de la ascención y de toda la región, aunque el autor fué imposibilitado de llegar a la cumbre por haberse enfermado.

cajo o de arena negruzca que bajan desde la base de los precipicios arriba. En un lugar bajo uno de estos precipicios se ve una hilera de agudos picachos negros, algo semejantes a agujas en miniatura, que al parecer son parte de una antigua capa de lava que se ha desmoronado, dejando erectas sus porciones más duras. Estos picachos se llaman los Penitentes por una semejanza imaginaria a pecadores vestidos de negro cumpliendo su penitencia de rodillas o de pie.* No pude notar vestigios de cráteres distintos ni, a decir verdad, de fenómenos volcánicos recientes en el valle, y estoy por creer que hace muchos siglos que se ha extinguido aquí el fuego subterráneo. De la existencia en tiempos pasados de ventisqueros y de la acción del agua en grande escala hay bastantes indicios en los restos de grandes morenas y en las masas aluviales, por las cuales las corrientes han abierto profundas hendeduras en toda la extensión del valle. Sus muros montañosos son tan altos y tan empinados que no pueden verse las montañas nevadas detrás. Pero en un lugar donde desciende del sud una cañada estrecha, se ve al extremo de un largo panorama y a treinta millas de distancia la grande pirámide obtusa del Tupungato.† El Tupungato tiene 22,000 pies de alto con seis mil de ellos cubiertos de nieve, y entre los Andes meridionales es inferior sólo al Aconcagua y al Mercedario.

A unas treinta millas más abajo del túnel el valle se extiende hasta formar el pequeño llano de Uspallata limitado al lado opuesto u oriental por una cadena de montes de cumbres planas a través de las cuales conducía hasta Mendoza el antiguo camino de herradura y carretero. Esta cadena que se extiende paralela a la cadena principal de la cordillera y por lo tanto en ángulo recto al valle por el cual habíamos venido cambia el curso del torrente hacia el sur, obligándolo a abrirse camino hasta las tierras bajas por medio de un ba-

* Este nombre se aplica en los Andes por lo común a agudos picos de hielo erectos en la superficie de los ventisqueros andinos, y les cae mejor, pues los penitentes van vestidos de blanco. La semejanza en la forma, sin embargo, ha sido causa de que se use el nombre para estas torres negras también.

† Fué ascendido por primera vez en 1897 por Mr. Vines. La altitud del Aconcagua varía de 23,200 a 22,425 pies. El Mercedario tiene 22,300 y el Tupungato 22,015.

rranco hondo o cañón. El ferrocarril sigue la dirección del río. A nuestra llegada a Uspallata el sol poniente iba enrojeciendo las nieblas que colgaban sobre los picachos al noroeste, ora escondiendo, ora descubriendo los bancos de nieve que llenaban sus huecos más altos. Los secos montes del este relucían de un color morado bajo los rayos del sol, y este color iba volviéndose violado cuando el tren se precipitó hasta el fondo del cañón a lo largo de las riberas de la corriente tempestuosa. Aquí nos hallamos al punto en paisaje diferente. Las rocas eran de granito rojo y gris y había bastantes arbustos para dar un aspecto de verdor a las laderas. Aunque el paisaje era severo y agreste parecía risueño y sosegado en comparación con la tristeza aterradora de la región volcánica arriba. Anocheció antes de que hubiésemos llegado al llano argentino y cuando pasamos por entre las propicias luces de Mendoza hasta el hotel en la hermosa plaza, nos fué difícil creer que cuatro horas antes nos hallábamos en el Valle de la Desolación entre el Aconcagua y el Tupungato.

Mendoza debe su existencia a estas dos montañas. Se halla en un oasis regado por el torrente que baja las aguas de las nieves que se derriten en los montes, mientras que el resto de esta parte de la Argentina es una región casi completamente sin lluvias, donde yerba gruesa y en partes matorrales cubren terreno que es apenas propio para pasto y aun menos para el cultivo. En este paraje, no obstante, la continua corriente del río del ventisquero es suficiente para llenar muchas acequias por las cuales se lleva agua a sembrados y viñedos que cubren una superficie extensa, proporcionando así verdor y fertilidad. Fué a causa de la buena situación que Mendoza, cuando era virrey del Perú, escogió este lugar allá en 1560 como la primera colonia española a este lado de las montañas. Por mucho tiempo permaneció una avanzada pequeña y aislada, útil sólo como descansadero en el camino de Chile a la costa del Atlántico. Pero no fué nunca abandonada y, aunque ha sufrido por muchos terremotos y fué arruinada no menos que en 1860, en estos últimos años ha recuperado y ha llegado a ser un centro comercial próspero.

Se halla situada en la gran pampa, precisamente en

el lugar donde las últimas declives de aquella baja cadena plana a que me he referido se reunen en el vasto llano apenas interrumpido, el cual baja poco a poco hacia el este y que se extiende por seiscientas millas desde aquí hasta Buenos Aires. Como por temor a los terremotos las casas son bajas y las calles anchas, la ciudad cubre un extenso territorio en proporción a su población de 45,000 habitantes. La calle comercial principal es muy hermosa con sus hileras dobles de altísimos álamos de California y una fresca corriente de agua rojiza del ventisquero que mana por debajo de ellos. En la grande plaza, donde hay plantados árboles ordinarios, hay una estatua colosal de San Martín, el libertador de la Argentina y de Chile, y muy recientemente se ha abierto un parque con un lago artificial en la ladera del monte. Todos estos adornos se deben al río Mendoza (el que baja del Aconcagua) y a otras dos corrientes más pequeñas cuyas aguas combinadas han sido usadas diestramente no sólo para hermosear la ciudad, sino también para regar un grande espacio de terreno al rededor. La mayor parte de éste está sembrado de viñas, pero también hay toda clase de árboles frutales, en particular melocotones, peras y cerezas que son expedidas por ferrocarril a las ciudades del este. La cultivación de las viñas está en manos de los italianos, que se han establecido aquí en grandes números y han traído consigo su destreza en la fabricación del vino. En un establecimiento dirigido por un caballero italiano de Lombardía nos interesó ver como la ciencia química y las invenciones mecánicas han cambiado los métodos de esta industria, la más antigua de todas las industrias humanas. Hacía treinta y cinco años que había visto en la región del vino de Oporto del Duero el antiguo lagar apenas modificado, si en verdad lo había sido desde el tiempo de Virgilio, quizá desde el tiempo de Isaías o aun desde el tiempo de Noé, con los antiguos métodos simples de entonelar el vino y de conservarlo todavía en uso. Ahora todo es obra de fábrica, ejecutada de la misma manera que la de una fundición o la de una fábrica de tejidos por medio de toda clase de métodos y aparatos científicos. El vino que se hace aquí es de calidad ordinaria destinado para la clase más pobre de la población argentina, la cual, afortunada-

mente, no ha dejado sus costumbres sudeuropeas por la afición moderna a licores más fuertes. Casi todo el país es provisto desde Mendoza porque la Argentina oriental está muy mal adaptada para la viticultura. Los viñedos, entremezclados con prados de alfalfa de un color verde azulado claro, embellecen el oasis, aunque las viñas por la mayor parte se enredan en palos preparados para esto y no suben a los álamos o a los morales como en el norte de Italia. El terreno al norte, así como al sud, de la esfera de irrigación es una selvatiquez estéril, con excepción de a lo largo de las riberas de algunas corrientes que descienden de los Andes, y al este también es árido por un gran trecho sin producir nada más que la algarroba, que sirve para leña y para nada más. Viajando aun más hacia el este, llega uno a una región donde el clima húmedo proporciona bastante yerba para pasturaje y desde allí, a medida que se acerca al Atlántico, entra más y más en esa región prodigiosa de sembrados de trigo que están enriqueciendo el país.

Aquí en la Argentina nos hallamos al otro lado del monte en el sentido social así como material, y pronto nos hallamos tratando de descubrir las diferencias entre los chilenos y los argentinos, pueblos de un mismo origen y que son vecinos, aunque separados por una cadena de montañas altísimas. Dos puntos de contraste son aparentes. Chile es, con excepción siempre de Santiago y de Valparaíso, un país sosegado que va desarrollándose lentamente. Pero en Mendoza, aunque una de las ciudades argentinas más pequeñas, ya se nota esa animación y ese bullicio que son propios de Inglaterra, Alemania o la América del Norte. El valor del terreno va subiendo. Por entre los viñedos en las inmediaciones de la ciudad se están construyendo ramales de ferrocarril. Las calles principales están atestadas y hay una apariencia general de ''expansión'' y de prosperidad. Además, en Chile la población es estable y relativamente homogénea. Los alemanes que se hallan en algunas de las pequeñas ciudades meridionales se han establecido y se han naturalizado completamente. Pero aquí en Argentina los italianos que inmigran diariamente van formando un elemento conspicuo por su aumento continuo y que contribuye eficazmente a aumentar la riqueza del

país, pues la mayor parte de ellos son gente inteligente y trabajadora de Lombardía y del Piamonte. El describir con exactitud las diferencias entre los verdaderos argentinos, esto es, los de descendencia española, y los chilenos, no es cosa fácil para un visitador extranjero que pasa, ni puede él juzgar si el chileno tiene razón en asegurar que él es más franco y más sincero y el argentino que él es con más perfección un producto del siglo. No obstante, uno recibe la impresión de que el argentino, teniendo por lo común más medios, está siempre más dispuesto a divertirse. En ambas naciones la cortesía castellana ha perdido algo de su primor, pero los que conocen a las dos dicen que el cambio ha contribuido a que los chilenos de las clase menos educada sean más rudos hasta el punto de ser bruscos, y a que los argentinos no observen cumplidos ni ceremonias. El argentino próspero gana dinero rápidamente y lo gasta pródigamente; el chileno retiene la frugalidad de la antigua España, y mientras que aquél es más animado, éste es más formal.

Situada al borde de un desierto monótono y lejos de las demás ciudades, Mendoza parece probablemente un lugar deprimiente en que vivir, y sin embargo tiene atractivos para los que cuentan con un circunambiente natural. Al extremo de las calles que dan hacia el oeste se ven paisajes de las distantes montañas de colores intensos; y el hombre que va de un lado a otro por entre la multitud a cumplir sus tareas diarias se recuerda de la belleza de una lejana naturaleza solitaria. Y además hay que tomar en cuenta el panorama de los Andes desde las afueras de la ciudad al sudoeste. Es éste un paisaje grandioso, en particular a la salida del sol, cuando su luz, a la misma altitud, enrojece la larga línea de las blancas nieves que se extiende hacia el sur por más de cien millas, desde donde el cono del Tupungato, que descuella sobre sus vecinos, es el primero en tomar los rayos del sol. Es semejante al panorama de los Alpes desde Turín, y aun más grandioso, pues no es sólo la altitud lo que fija en la imaginación el encanto de la vastedad y del misterio, sino también la inmensa longitud de la cordillera andina que se dirige hacia la lejana Patagonia

hasta que sus picos más distantes desaparecen bajo el horizonte.

Otro paisaje igualmente notable es el que se puede ver de toda la pampa desde las partes altas del nuevo parque. Hay algo en un llano sin límites que al mirarlo inspira más asombro aún que el paisaje más grandioso de una montaña. Este último es limitado, aquél causa una emoción viva en la mente con la realización de lo infinito, al contemplar uno que la tierra y el cielo se reunen en un punto que no puede determinar. En este llano hay poco color y poca variedad de aspecto, con excepción de la que proporcionan las nubes al pasar. Pero su uniformidad parece hacerlo tanto más solemne.

Por sobre ese llano quedaba nuestro rumbo más corto hasta Buenos Aires y Europa a lo largo de una línea de ferrocarril que se extiende por cientos de millas sin una curva, ni una subida ni un puente, continuando siempre hacia el este hasta el mar. Pero el viaje es pesado y polvoroso por una campiña monótona, la cual consiste al principio en su mayor parte de un desierto, después de pastos y por fin de sembrados de trigo, pero que es siempre plana como una mesa, probablemente el llano más ancho y más completamente plano de todo el mundo. Y teníamos tanta más razón para no seguir esta ruta, puesto que era objeto principal de nuestro viaje el ver el estrecho de Magallanes, esa gran ruta marítima de océano a océano cuyo descubrimiento y pasaje fueron hechos menos importantes sólo que el viaje de Cristóbal Colón. Así es que, partiendo de Mendoza antes del amanecer, pasamos por los rodeos del cañón de granito y, pasando luego por el pequeño llano de Uspallata, nos dirigimos por el largo valle volcánico de la Desolación que conduce al paso, hallándolo no menos extraño ni terrible de lo que nos había parecido dos días antes. Cuando llegamos al extremo argentino del túnel en las Cuevas, dejamos el tren para ascender y atravesar la cumbre del paso que se halla a mil quinientos pies más arriba y por la cual tenían que caminar a pie o a caballo todos los viajeros hasta que se construyó el túnel. El monte consiste de roca volcánica friable, descompuesta en una especie de cascajo grueso, y es empinado a ambos lados, en particular en el argentino. El camino que,

aunque escabroso, es aun transitable por ligeros vehículos, probablemente no lo será por mucho tiempo, pues nadie atraviesa el monte ahora, a menos que no sea alguien que quiera ver la estatua en la cumbre.

Nos procuramos mulas, pues en este aire raro conviene no hacer esfuerzo físico, yendo en mula cuando se pueda, y como no hay vegetación no había por consiguiente grupos de plantas montañesas. Pero más de una vez tuvimos ocasión de pensar que nos habríamos sentido más seguros yendo a pie, pues por ir a campo travieso por entre los rodeos del camino nos hallamos en vertientes tan inclinadas que era extraño que las bestias pudiesen mantenerse firmes. Había entrado ya la tarde, de modo que un furioso viento del oeste soplaba con fuerza por sobre esta abertura entre las lomas altísimas a los lados, y con dificultad podían las mulas resistir su fuerza y nosotros mantenernos en la silla. De haberse caído hubiera rodado uno centenares de pies, pues no había nada a que pudiese agarrarse ni la bestia ni el jinete.

La Cumbre es un monte aplanado de menos de un cuarto de milla de un lado a otro, con torres de roca que se levantan a cada lado, donde hace un frío tremendo, sin que haya abrigo alguno contra la ventolera penetrante. Hay una pequeña choza de piedra, pero estaba casi llena de nieve. Todo esto nos hubo de recordar los desventurados viajeros de tiempos pasados sorprendidos aquí en una nevada ofuscante lejos de todo socorro humano. Se nos vino a la mente también el recuerdo de la arriesgada marcha de aquel destacamento del ejército argentino de San Martín que en 1817 atravesó el paso en la expedición de aquel héroe para librar a Chile del yugo de España, mientras que el resto de sus fuerzas había tomado el camino, igualmente difícil aunque menos alto, del Paso de los Patos al norte del Aconcagua. El paso de los Alpes por Aníbal y por Napoleón fué por serranías de sólo la mitad de la altitud de éstas y muchísimo más cercanas a habitaciones humanas.

El panorama al oeste hasta Chile mirando abajo hacia las insondables profundidades del valle que conduce hasta Santa Rosa, con enormes agujas y torres de roca

de diez y nueve mil pies de alto a ambos lados, aunque grandioso y pavoroso, es menos extenso e imponente que el que se ve hacia el este hasta la Argentina. El Tupungato al sud y el Aconcagua al norte son encubiertos ambos por las montañas más cercanas, éste último por el gigantesco Tolorsa, cuyas inclinaciones coronadas de peñascos descienden en curvas de belleza singular hasta el valle de las Cuevas. Pero al este se hallan las dos grandes cadenas que rodean el valle, de contornos menos pronunciados que los de las montañas chilenas al oeste, donde la lluvia y la nieve van desmoronando las rocas más blandas, dejando los riscos en pie semejantes a grandes dientes, pero de colores más intensos y más variados.

En la cima plana del paso se halla situado el Cristo de los Andes, imagen de bronce de doble el tamaño natural, colocado en un pedestal de piedra labrado toscamente en la roca de la montaña. La imagen, de frente al norte, para que mire así a los dos países y los bendiga con su mano derecha levantada, es empequeñecida por la vasta altitud de los picachos al rededor y, aunque su posición es majestuosa y su cara compasiva, apenas se aviene a la idea que tiene uno de lo que debiera ser una figura semejante. Raramente llega una representación moderna del Redentor a tener la majestuosidad y la simpleza que sabían darle los pintores y los escultores de la Edad Media y del principio del Renacimiento.* Pero cuando considera uno las circunstancias y el sentimiento que causaron la colocación de esta estatua aquí y el significado que tiene para ambos pueblos, no puede uno menos de ser impresionado profundamente. Entre Chile y Argentina había existido una disputa larga y amarga sobre la línea fronteriza a lo largo de los Andes, disputa que más de una vez casi resultó en guerra. Por fin se decidió someter la disputa al arbitrio de la Reina Victoria de la Gran Bretaña. Ella y su sucesor nombraron una comisión que examinase los documentos que tenían que ver con el asunto y que hiciese medir la frontera. Después de muchos años de investigación detenida se

* La representación más exquisita que yo he visto es una imagen de Cristo en mosaico en la ábside de la catedral normanda en Céfalu en Sicilia.

rindió una decisión y se fijó una línea fronteriza en la cual convinieron ambas naciones. En agradecimiento por su evasión de lo que podría haber sido una contienda larga y funesta hicieron fundir esta imagen del metal de cañones y levantaron aquí este monumento de paz y de benevolencia, sin igual por su situación y su objeto, para que sea testimonio perdurable entre ellas.

Bajamos por el lado opuesto del paso a pie contra la fuerza del furioso viento, cortando al través por entre rocas desmoronadas y evitando los empinados bancos de nieve. En Caracoles, el paradero al término chileno del túnel, el director del ferrocarril, un joven ingeniero norteamericano de trato agradable y animado que nos había acompañado hasta la cumbre y a quien debíamos mucho por sus atenciones en todo nuestro viaje, ofreció llevarnos por la primera y más empinada parte de la bajada hasta la estación de Río Blanco en un tranvía descubierto. A este tiempo se aproximaba ya la puesta del sol, pero dentro de poco saldría la luna, y así acogimos la sugestión de bajar por este medio de locomoción menos conocido, y partimos al anochecer, sentados en un banco bajo, de espaldas los unos a los otros para afirmarnos mejor, mientras que nuestro amigo el director se sentó al borde del pequeño carril y agarró el mango del freno. Bajamos rápidamente por la primera declive empinada hasta el Lago Helado a tiempo que el color de naranja vivo del cielo iba cambiándose en un gris apagado y acerino, después hasta el borde de la serranía que se levanta hasta Juncal, a lo largo de la meseta angosta labrada en la roca, precipitándonos por la declive empinada y entrando y saliendo fuera de túnel tras túnel. Éstos eran apenas más negros que la noche misma, pues la luna se hallaba aún escondida detrás de los picachos. Por fin salió por sobre los riscos hacia donde el torrente baja de detrás del Tupungato y durante el resto de nuestro viaje de veinte y seis millas podíamos ver a su luz el terreno a corta distancia delante de nosotros, lo bastante para saber si había caído de arriba alguna piedra en la vía. Hacía un frío picante, pero en este aire seco y penetrante puede uno soportar el frío mejor que en la húmeda Inglaterra, y pronto lo olvidamos, interesados en observar como el carril au-

mentaba o disminuía en rapidez según que la mano diestra en el freno lo aflojaba en camino recto o lo apretaba al acercarnos a un recodo peligroso. Dos veces antes había hecho yo bajadas semejantes, una vez por abajo el ferrocarril himalayo desde Darjiling hasta Siliguri y la otra por el triste desierto del paso Bolán en Beluchistán. Pero éstas habían sido en la claridad del día. Para experimentar las emociones de un viaje semejante en su completa plenitud debe hacerlo uno a la clara luz de la luna, pasando de ésta a las sombras de negros peñascos y viceversa a medida que va rodando el vehículo por las resonantes líneas de acero.

Como es aquí que me despido de los Andes, me parece lugar a propósito para hacer algunas reflexiones sobre sus paisajes comparados con los de los sistemas montañosos que nos son más conocidos a la mayor parte de nosotros, tales como los Alpes y el Cáucaso y los Himalayas en el Viejo Mundo y las Montañas Roqueñas y la Sierra Nevada en el Nuevo. Sin embargo, es sólo de las partes central y meridional y en gran parte de la occidental que puedo yo decir algo aquí, pues no tuve tiempo de visitar los valles que descienden hasta los bosques del Perú oriental y de Bolivia. Pero antes de que trate del paisaje permítaseme decir algo de las montañas desde el punto de vista del trepador, pues proporcionan una gran esfera de acción para su energía y su habilidad.

Los Andes son no sólo una cordillera más larga y más alta que las que acabo de nombrar, con excepción de los Himalayas, sino que son de una escala inmensamente superior, sus mesetas más altas y más extensas, sus valles más largos y más hondos. Así es que tienen lo que puede llamarse una razón inversa al hombre—esto es, que su facultad de andar y de trepar le permite cumplir menos en un tiempo determinado en estas dos cordilleras más grandes que en las más pequeñas. Puede contender menos con sus altitudes y sus distancias, y en particular más arriba de cierta altitud donde la rareza del aire reduce sus facultades. En la Gran Bretaña un hombre activo puede subir a una de las dos montañas más altas en un día sin cansarse. En los Alpes uno de los picos más importantes requiere la tarde de un día y la mañana de otro. En el Cáucaso se necesita un poco

más de tiempo y en los Pirineos o el Tatra menos. Pero en los Andes centrales probablemente tendrá que dedicar algunos días para una subida, pues se requiere tanto esfuerzo para llegar a la cumbre desde su base de operaciones. Raras veces es posible un golpe maestro; hay que tomarse el tiempo y hacer preparativos detallados.

Cuando montañas enormes con bases extendidas están situadas a distancia unas de otras se mezclan menos frecuentemente que las montañas de sierras más bajas para formar un paisaje perfecto en la variedad de sus distintivos. El tamaño es sólo un elemento en la grandeza. Un picacho solo, y hasta uno de sus precipicios, puede ser sublime por la prominencia de sus contornos o por su enorme tamaño, y sin embargo demasiado aislado para esa especie de belleza que depende de la mezcla de formas primorosas o del contraste de colores vivos. Una montaña que se levanta solitaria en una región desolada, llena de rocas esparcidas por el suelo y de antiguas morenas, o si es un volcán, de bancos de ceniza y de lava que se extienden por millas desde su base, puede carecer de los elementos que forman el encanto de los paisajes en Europa o en las regiones templadas de la América del Norte. Los montes andinos presentan su mejor apariencia desde una gran distancia, de manera que formen grupos, o se vean unos detrás de otros, presentando variedad de posición y de contraste en la forma. De este modo los disformes montones de cascajo y de piedra o ceniza dejan de afear el paisaje, pues la distancia, retocándolos con un color delicado, les presta una belleza que no es suya propia.

Estos efectos atmosféricos son de valor supremo en los paisajes de las partes áridas de la América del Sud, en las cuales puede incluir uno casi todos los Andes peruanos, bolivianos y del norte de Argentina. La sequedad que es propia de la costa del Pacífico y de la meseta central desde Titicaca hacia el sud hasta el desierto de Atacama quita un elemento que proporciona la mitad de su encanto a las mejores partes de Europa, pues no permite que la yerba cubra las laderas de los montes ni que las alamedas interrumpan la monotonía de los llanos. Desde el ecuador hasta que llega uno al centro de Chile hay apenas agua en los paisajes andinos, muy po-

cos lagos, excepto el Titicaca, pocos ríos, y éstos por lo común son torrentes que braman al fondo de barrancos profundos, donde pueden oírse pero apenas verse. Excepto en los valles más hondos no hay bosques, y raras veces ni aun arbustos vidriosos ni árboles achaparrados y nudosos tales como se hallan en las islas y costas secas del Mar Egeo y del Levante, o en los montes igualmente secos de California y de Arizona. Ni tampoco, con excepción de algunos valles en las alturas, puede verse el verdor de laderas yerbosas. El color verde, el más delicado y más suave de todos los matices, falta casi completamente en las grandes sierras y en la meseta. Al lado oriental de los Andes hay, en verdad, bastante vegetación, y de sobra, pero de internarse uno en el bosque ya pierde de vista todos los paisajes en la distancia, pues el bosque es tan espeso por todos lados que ni puede verse éste ni las montañas arriba. Salvo cuando se halla en la cumbre de un monte, el viajero se abrasa bajo un techo no interrumpido de follaje no impenetrable.

Lo que recompensa al paisaje de los Andes superiores es la intensidad y la suavidad de los colores que da la luz brillante del desierto a objetos distantes. Un picacho negro se pone de color morado obscuro; una inclinación de tierra seca gris se pone de un color lila delicado; y la noche al caer transforma las piedras esparcidas en las laderas de un valle con una brillantez suave. La nieve brilla y reluce al mediodía y a la puesta del sol se enrojece con un esplendor desconocido en nuestros climas. Esto es lo que reemplaza en estas regiones el encanto de los bosques espesos y de los charcos pantanosos de la Nueva Inglaterra, de las praderas muy herbosas en las riberas en los ríos de Francia, o de las matosas laderas de la Escocia, y lo que mitiga la severidad de esos vastos panoramas que presenta la cordillera. Y sin embargo, esto no les puede hacer inspirar esa especie de afecto que sentimos por las montañas de los climas templados con sus cambios continuos de la lluvia al sol, sus corrientes frescas y sus manantiales murmuradores y las flores que motean los pastos en las alturas. Así es que lo más primoroso en los Andes es, o el panorama de un solitario pico gigantesco como el Aconcagua,

descrito ya en una página anterior, o la perspectiva lejana de un grande grupo o cadena de montañas, tales como la de la línea nevada de la Cordillera Real como se ve más allá del Titicaca, o de los picachos volcánicos de Arequipa vistos del desierto de la costa.

Se entiende por lo que se ha dicho que los Andes ofrecen al pintor de paisajes una esfera menos favorable que las montañas más bajas de países europeos, tales como las de Escocia o Noruega, como los Pirineos o los Apeninos. Lo primores más cercanos y menos importantes que ama el pintor faltan aquí. A veces se encuentra uno con paisajes que algún maestro de estilo sublime podría representar en un gran lienzo. Hay varios de éstos en el valle de Vilcañota, en especial más abajo de Sicuani, y aun más abajo de Ollantaytambo. Pero la falta de lo que se llama "ambiente" y la relativa escasez de los objetos que constituyen un buen primer plano son desventajas importantes. La distinción de estas regiones no es la belleza, sino la grandiosidad y la selvatiquez. Profundidades y altitudes inmensas, vastos espacios, demasiado áridos y rasos para que pueda vivir el hombre en ellos, la realización de las tremendas fuerzas que están amontonando enormes conos volcánicos, de increíbles períodos de tiempo durante las cuales las duras rocas se han ido desmoronando e insondables barrancos han sido excavados por ríos,—de estas cosas son testimonio los Andes y se dirigen no a nuestra concepción de la belleza, sino a nuestra imaginación. Son terribles, no son atractivas.

Es con los paisajes europeos, probablemente los más conocidos a mis lectores, que he procurado comparar los paisajes de la cordillera. Pero debo añadir algunas palabras sobre los Himalayas, pues también son en grande escala y más a propósito para ser comparados con los Andes porque se hallan cerca, aunque no en los trópicos.

Se asemejan a los Andes en que son demasiado extensos para ser hermosos y para permitir esa especie de gozo que se siente cuando vaga uno por montañas de tamaño regular, a cuyas cumbres puede llegar uno sin cansarse demasiado. En ellos es aun más dificultoso que en las cordilleras el explorar los valles y llegar hasta

la base de las grandes cimas. Presentan panoramas más extensos y más grandiosos que los de la América del Sud, tales como el de Phalut en los confines de Nepal y de Sikkim, donde hay cuarenta picachos, cada uno de más de veinte mil pies, al este, norte y oeste del expectador.* La diferencia principal entre las dos cadenas, además de la diferencia en las formas que han resultado del carácter geológico, pues los Himalayas están compuestos de antiguas rocas cristalinas, mientras que muchos de los Andes son de origen volcánico, consiste en el hecho de que la parte meridional de los Himalayas recibe lluvia en abundancia y se halla cubierta de bosques espesos. Esto añade a la sublimidad de los grandes paisajes himalayos cierta proporción de belleza de que carecen los Andes. En cambio, esos efectos de color en superficies rasas que son propios de una región seca bajo un sol ardiente faltan en la parte de los Himalayas que están de frente a la India. Cuando pasa uno por detrás de los montes externos hasta la gran meseta del Tibet se encuentra con condiciones materiales que se asemejan a las de los desiertos andinos; y lo mismo puede decirse de los valles interiores del Himalaya del noroeste, tales como el del Indo superior. La semejanza puede extenderse aún más, pues de igual manera que la cadena himalaya tiene una región seca, la que hace frente a la altísima meseta de Tibet al norte, así la cordillera andina tiene un lado húmedo, el oriental, de frente a los bosques del Amazonas. Esta parte no la he visto yo, pero según lo que dicen los que la han visto me figuro que sus paisajes de peñascos y de ríos son de una belleza grandiosa en los valles, pero que es más difícil que en los Himalayas el obtener una perspectiva lejana de la gran cordillera, pues son pocos los parajes en que puede uno hallarse sobre los bosques.

Por lo que toca a la accesibilidad y a lo que puede llamarse aprovechamiento de su belleza natural, Europa, aunque el más pequeño de los continentes, es sin embargo, el más afortunado. Menos grandiosos y extensos que los Himalayas o los Andes, los Alpes tienen atracti-

* El paisaje lejano de Badrinath y de Trisul desde las alturas arriba de Naini Tal en Kumaon es también casi tan imponente como cualquiera que vimos en los Andes.

vos más variados y contienen más esplendor y encanto mezclados que ninguna otra cadena de montañas. Para tratar de los méritos respectivos de los paisajes sud y norteamericanos me tomaría demasiado tiempo. Pero los que han visto ambas regiones convendrán en que no hay nada en los Andes que una mejor la belleza con la grandiosidad que el Yosemita y los cañones vecinos en la Sierra Nevada de California, ni nada tan extraordinario como el Gran Cañón del Río Colorado en Arizona.

Parece más natural el comparar la meseta andina con lo que corresponde más a ella en Norte América, la meseta de Anahuac, en el centro de la cual se hallan los lagos y la ciudad de Méjico. Las partes al norte de este país consisten principalmente de desnudas montañas y de desiertos áridos, pero en esta meseta, a siete mil pies sobre el nivel del mar, hay bastante lluvia que proporcione campos y bosques fértiles y una profusión de flores en las laderas. Aquí tenemos el brillante sol de los trópicos, mas no una vegetación exuberante. Sierras de montes escabrosos atraviesan la región y unos cuantos conos nevados, tales como el Popocatepetl y el Citlaltetepl (cerca del pueblo de Orizava), se levantan de la superficie, grandiosos en su soledad, hasta una altitud de diez y siete mil pies. La presencia de todos estos elementos juntos forma paisajes de una belleza superior. Ni siquiera en Italia ni en las costas del Asia Menor he visto nada que se asemeje al panorama del llano y de los lagos de Méjico visto desde el castillo de Chapultepec, o al del ancho valle de Cuernavaca visto desde aquella ciudad o desde las alturas que lo rodean. Estos paisajes no son hermosos sólo por su mezcla de montes y llanos, de peñascos y de bosques, con cumbres nevadas allá en el fondo: son también del "estilo sublime", paisajes extensos y proporcionados, tales como vemos en las obras maestras de Claudio Lorrain o de Turner. No sé si hay al lado oriental de los Andes paisajes que sean iguales a éstos. Los del lado del oeste tienen estensión y grandiosidad semejantes, pero no tienen belleza tan acabada.

¿Debe aconsejarse a uno aficionado a la naturaleza y a las montañas en particular que haga el largo viaje al oeste de la América del Sud solamente por sus paisajes?

Si es un trepador de montañas a quien le guste la exploración y que ansíe por subir a picos no hollados por pie humano, hallará allí una esfera intacta para su actividad, cumbres de todos grados de dificultad de diez y ocho a veinte y dos mil pies de alto con la ventaja de tener en cierta estación del año buen tiempo y un aire de una claridad sorprendente. Si en lugar de tener tal ambición ama, sin embargo, la belleza de la naturaleza lo bastante para no hacer caso de algunas incomodidades, y si, de corazón y pulmones sanos, no teme las grandes altitudes, será recompensado al ver algo diferente de lo que pueden proporcionar las montañas de Europa, de Norte América y de África y semejante a lo cual se halla sólo en el Himalaya y en las cadenas yermas menos accesibles del Asia central, tales como las de Thian-Shan y las de Kuen-Lun. Los Andes tienen un distintivo que es suyo propio, mientras que en las regiones templadas de la cordillera del sud de Chile halla uno paisajes que, aunque no tan diferentes como los peruanos de los del oeste de Europa y de la costa del Pacífico de la América del Norte, tienen también atractivos suyos propios que los hacen estimables en la mente de los que hayan atravesado sus bosques y sus lagos rodeados de nieve.

Apuntaciones al Capítulo VII

EL PASO DE LOS ANDES POR EL GENERAL SAN MARTÍN

El paso de los Andes por el ejército del general San Martín es considerado por historiadores militares de gran autoridad como uno de los movimientos más notables jamás efectuados en la guerra por montañas. Las fuerzas que mandaba eran sin duda pequeñas comparadas con las que Suvarof y Macdonald comandaron en sus famosas campañas suizas, y comparadas también con las que Aníbal y Napoleón condujeron por sobre los Alpes. Pero los valles que los dos destacamentos del ejército de San Martín tenían que atravesar se hallan en una región árida y casi por completo despoblada y los pasos por los cuales tuvieron que pasar son mucho más altos. Todo esto aumentaba muchísimo las fatigas y las dificultades de la marcha, y sin embargo fueron pocos los hombres que perecieron.

San Martín dividió su ejército en dos grupos. El más pequeño, bajo el coronel Las Heras, consistía de ochocientos hombres, llevaba dos cañones y alguna caballería. Avanzó por el paso de Uspallata, sobre la Cumbre, mientras que el grupo más grande, bajo San Martín mismo, marchó por el camino sobre el Paso de los Patos al norte del Aconcagua, camino más largo y más frío, aunque no tan alto. El encuentro se efectuó con éxito precisamente en el punto escogido por San Martín, donde los caminos, bajando por los dos valles en el lado chileno de la cordillera, convergen un poco más abajo de la aldea de Santa Rosa de los Andes, hoy día el término del ferrocarril transandino. San Martín, encubierto por los Andes, desde su posición en Mendoza había maquinado tan diestramente para engañar y confundir al general del ejército español en Chile que lo incitó a esparcir sus fuerzas mucho más superiores sobre un territorio demasiado extenso para guardar los diferentes pasos, todos muy dificultosos, que se hallan al sur de Uspallata. Así es que cuando San Martín, habiendo efectuado su propia concentración cerca de Santa Rosa, marchó derecho a Santiago, pudo derrotar el ejército español, aun más numeroso que el suyo, cuando trató de oponerse a su marcha en Chacabuco. El general español huyó a la costa, y aunque había de pasar algún tiempo aun antes de que San Martín ganase su triunfo definitivo en Maipo, y de que Lord Cochrane echase a los españoles de su última plaza fuerte naval en Corral, el paso de los Andes había sido no sólo el movimiento más brillante de toda la guerra, sino que fué también lo que más contribuyó a la liberación de Chile y del Perú.

La mejor relación que he podido hallar de esta campaña es la detallada "Historia de San Martín" por Mitre con sus acompañantes volúmenes de "Documentos". Sin embargo, a su descripción del trayecto de los pasos faltan, por desgracia, pormenores topográficos.

José de San Martín, hombre fuerte y taciturno, cuyo carácter y cuyas proezas son poco conocidas o estimadas fuera de su país, había estudiado el arte de la guerra bajo el duque de Wéllington en España. Más que ningún otro hombre bien puede ser llamado el Jorge Wáshington de la América española.

CAPÍTULO VIII

EL ESTRECHO DE MAGALLANES

En las crónicas de descubrimientos marítimos tres grandes viajes descuellan como los más arriesgados en sus comienzos, los más notables por sus incidentes, los más importantes por sus resultados. Estos tres viajes son el de Cristóbal Colón en 1492, el de Vasco de Gama a las costas de la India en 1498 y el de Magallanes en 1519 a 1522, y de los tres el de Magallanes es por varios conceptos el más notable. Fué con mucho el más largo, y fué efectuado con fatigas y sufrimientos que no se contaron en los otros. Vasco de Gama tenía un equipo suficiente, podía obtener prácticos y sabía a donde dirigirse. Pero Magallanes se atrevió a entrar en los mares más tempestuosos de nuestro planeta y luego que hubo hallado un estrecho que conducía por soledades silvestres hasta el Pacífico, tuvo que atravesar un océano de ocho mil millas de ancho antes de llegar a las islas asiáticas donde perdió la vida. Como el interés del estrecho, fuera de la grandiosidad de sus paisajes, consiste principalmente en las circunstancias de su descubrimiento y en el carácter heroico del hombre que probó experimentalmente (por decir así) que nuestra tierra es un globo, debemos dedicar algunas líneas a describir su hazaña antes de describir el estrecho mismo.

Colón parece haberse embarcado no tanto para descubrir nuevos países, sino para hallar un camino hasta la India por el oeste más corto que el que se sabía que existía por el Mar Rojo,* y que el que Bartolomé Díaz, pasando por el cabo de Buena Esperanza, casi probó que existía por al rededor de África. Como James

* Si el descubrimiento de la India fué su intención original, asunto que se ha discutido últimamente, no cabe duda que después de su primer viaje el mismo creía que había descubierto una parte del Asia oriental.

Russell Lowell dijo felizmente, ''pensando entrar por la puerta trasera del Viejo Mundo, Colón llamó a la puerta de un Nuevo Mundo''. Hasta el fin de su vida, después de cuatro viajes, en dos de los cuales navegó por cientos de millas a lo largo de las costas de lo que hoy día llamamos América Central y América Meridional, continuó creyendo que había llegado a las Indias, aunque no había podido dar con ninguna de las islas o de los distritos que se suponía que existían allí. Cuando empezó a parecer aparente que había tierras que se extendían por largas distancias al norte y al sud de la parte que Colón había descubierto al principio, comenzaron los hombres a buscar por estas tierras un camino que condujese al Asia, que aun se creía bastante cerca. Navegantes portugueses y españoles siguieron por largas distancias hacia el sur la costa de los que llamamos Sud América, mientras que otros exploraron hacia el norte. En 1513 Vasco Núñez de Balboa, atravesando el istmo de Darién, descubrió el Océano Pacífico, al cual dió el nombre de Mar Meridional; y se empezó entonces a creer que debía de haber una grande extensión de agua que había de atravesarse antes de llegar a la India, aunque no había nada que demostrase cuan ancho era este mar o si se juntaba en alguna parte con el Océano Atlántico. Seis años más tarde, en 1519, Magallanes fué diputado por Carlos, rey de España (quien no era aún el emperador Carlos V), para que buscase un pasaje desde el Atlántico hasta el mar que baña las costas del Asia oriental, y que llegase, si era posible, hasta las Islas Molucas las cuales se sabía ya que yacían a corta distancia de la costa asiática. Se dió a la vela con tres buques el mes de agosto de aquel mismo año, y empezó su reconocimiento de un pasaje hacia el oeste en el Río de La Plata, al cual habían llegado ya en 1516 algunos navegantes españoles. Pasó el invierno en la costa de Patagonia en un paraje donde Sir Francis Drake también invernó cincuenta y ocho años más tarde, y el veinte y uno de octubre, el día de las Once Mil Vírgenes, descubrió un promontorio bajo que llamó por esas santas y que es aún el cabo Vírgenes de nuestros mapas. Más allá y hacia el interior de este promontorio se extiende hacia el oeste un brazo de mar al cual mandó dos buques para que lo

explorasen. Según la narración de Pigafetta, el cronista de la expedición que se hallaba a bordo, parecen haber pasado por dos pasajes angostos, llamados ahora Primer Estrecho y Segundo Estrecho, hasta un grande cuerpo de agua descubierto enfrente del lugar que llamamos Punta Arenas (aunque es posible que se hayan parado a la entrada del Segundo Estrecho), y de allí regresaron con una relación tan favorable que Magallanes entró en el estrecho el día de Todos los Santos (el primero de noviembre). Si no hubiese hallado este pasaje su intención era continuar bajando hacia el sur hasta llegar a la latitud 75° meridional. Mucho antes de llegar a tal latitud habría sido impedido por la costa glacial de la Tierra de Graham (Graham Land), pues nadie pudo llegar allí hasta el año de 1823. Magallanes pasó ambos estrechos, atravesó la extensión de agua abierta, y luego, parándose en un lugar donde se divide el canal mandó dos de sus buques a que examinasen el pasaje al sudeste mientras que él se fué por el del sudoeste. Poco después, parándose otra vez, y habiendo mandado a un piloto a que subiese a una elevación para ver si se terminaba el estrecho allí, expidió algunos botes a que explorasen un poco más. Regresaron éstos—según dice Pigafetta *—después de tres días y contaron que habían descubierto un cabo y un poco más allá el mar. Al saber esto Magallanes se echó a la vela desde la costa donde había anclado y con dos de sus tres buques (pues uno de los que había enviado a reconocer había desertado y regresado a España), navegó hacia el oeste, y el 28 de noviembre entró en el Pacífico. Cuando percibió que había un mar extenso enfrente de él llamó el cabo el Deseado y lloró de alegría. Después, volviéndose primero hacia el norte y luego hacia el noroeste, entró en los vientos alisios del sudeste y con ellos navegó rápidamente a razón de cincuenta o setenta millas por día. Con esta brisa continua navegó tres meses y veinte días por sobre esta ilimitada expansión de agua, reducidas sus tripulaciones al último extremo por el hambre y el escorbuto, hasta que llegó a las Islas Ladrones. "Si Dios y su

* A menos que Magallanes no hubiese llegado más hacia el oeste que lo que parece indicar el resto de la relación, tres días no parece suficiente tiempo para que los botes navegasen hasta la entrada occidental y volviesen a su punto de partida.

Santísima Madre no nos hubiesen otorgado buen tiempo''—dice el cronista italiano—''todos hubiésemos muerto de hambre en aquel mar inmenso. No creo que nunca jamás se hará viaje semejante'' Quizás porque en comparación con los sufrimientos subsiguientes el tiempo que pasaron en el estrecho les pareció agradable, no tiene sino nada bueno que decir de este último. ''Había'' —dice—''puertos seguros a cada media legua, bastante agua y amenos bosques. No creo que haya en todo el mundo país más hermoso o estrecho mejor que éste''.

Sir Francis Drake, cuyo pasaje por el estrecho en 1578, en su famoso viaje al rededor del mundo, parece haber sido el próximo conocido después del de Magallanes, se tomó diez y seis días en atravesarlo, pero se encontró con un tiempo terrible al llegar al Pacífico que lo desvió a gran distancia hacia el sur, tal vez hasta cerca del cabo de Hornos. El pasaje del este al oeste que siguieron Magallanes y Drake es más grandioso que el del oeste al este, pues empieza entre costas bajas en paisajes apacibles y hasta insípidos que aumentan en grandiosidad a medida que se acerca uno al Pacífico. Nosotros tuvimos que seguir el rumbo opuesto, sin embargo, y lo describiré en este orden.

El último puerto chileno en que hacen escala los vapores navegantes con rumbo al Atlántico es Lota, cerca de Talcahuano, del cual he hablado ya (véase página 181). Desde este puerto hasta la entrada occidental del estrecho se requiere un viaje de tres días. El vapor navega tan lejos de la costa que en el tiempo nublado que por lo común predomina aquí es difícil ver los altos montes excepto a intervalos. Ésta es una de las partes más húmedas y más borrascosas del Pacífico, y es en esta región entre la latitud 45° meridional y el cabo de Hornos que puede encontrarse uno con las oleadas más gruesas del mundo. Tuvimos el tiempo ordinario, frío y húmedo, con un viento del sudoeste que a veces llegaba a ser casi un vendaval desatado. Es buena costumbre, sin embargo, permanecer sobre cubierta siempre que se pueda hacer sin peligro de mojarse o de ser arrojado al suelo y arrastrado por una ola que suba a bordo; y a falta de otra cosa en que fijarnos fuimos compensados con el deleite de mirar las manadas de aves marinas que

seguían al buque y lo rodeaban día tras día. La más importante de éstas es el alcatraz que se asemeja a una gaviota grandísima. Había por lo común dos o tres de ellos y, como se ha dicho a menudo, apenas parecían mover las alas, sino que se ciernen, subiendo y bajando sin esfuerzo y a menudo yendo más a prisa que el buque, quedándose por lo general a la popa de éste. A pesar de que su vuelo es tan uniforme se hubiese requerido un tirador para acertar a matar uno con un arco, si por desgracia hubiese habido tal arma abordo. De las otras aves,—había a lo menos cuarenta o cincuenta revoloteando al rededor del vapor, pero era imposible contarlas con exactitud—la más grande era el gigante petrel o ''rompehuesos'' que se asemeja algo al alcatraz, excepto que es negruzco, y la más bonita es la llamada paloma del cabo. Es más grande que una paloma, y no se asemeja a una de éstas más que si se dijese que se parece a una paloma más que a una gaviota. El donaire de su vuelo circulante y las pintas negras o negruzcas en sus deslumbrantes alas blancas proporcionaban un placer continuo mirándolas, pues es tan difícil seguir el vuelo de una en especial como estar seguros de que nuestra cuenta de las pintas estaba correcta. Cuando se echaban al agua restos de la comida, toda la manada se lanzaba al punto sobre ellos, revoloteando y agitándose juntas en la superficie del mar, chapoteando y empujándose, pero según pudimos ver, sin pelear. Ni siquiera usaba el gigante alcatraz su fuerza superior en contra de la paloma del cabo. Cuando habían cogido lo que podían, fácilmente alcanzaban al buque todas, aunque se hallase entonces a unas dos o trescientas varas lejos de ellas. La pesadez de tres días tempestuosos bajo un cielo nublado fué compensada por el placer de observar estas aves hermosas, dichosas en su suerte de hallarse en una costa salvaje y solitaria, donde se hallan seguras del instinto rapaz del hombre.

Esta larga línea de islas, que se extiende a lo largo de la costa desde Chiloé por setecientas millas hasta la entrada del estrecho, están casi por completo despobladas, aunque algunos indios miserables que van de un lado al otro en canoas viven aquí de la pesca. Entre las islas y el continente hay un laberinto de estuarios y ba-

hías tachonados de otras islas, grandes y pequeñas, todas cubiertas de bosques tan espesos y tan densos que son casi impenetrables. El paisaje, especialmente hacia el sud en el largo mar interior llamado canal de Smyth, ha excitado la admiración de los pocos viajeros que han tenido la suerte de verlo. Nosotros esperábamos contarnos entre ellos, pero hallamos conque los vapores alemanes que pasaban por estos canales hasta el estrecho han dejado de hacerlo a causa del peligro de la navegación por ellos, pues hay tanta neblina y tanta lluvia, corrientes tan fuertes y tan inciertas y tantas rocas hundidas, que aun con la ayuda de las cartas de marear publicadas por el Almirantazgo inglés es arriesgado pasar por ellos excepto en pleno día. No hay ningunos faros. Hay una línea de vaporcitos que hace escala entre Punta Arenas en el estrecho y los puertos al sud de Chile, pasando por los canales, pero el esperar un buque de esta línea hubiera significado una tardanza de un mes; así es que tuvimos que conformarnos con la reflexión de que aun si hubiésemos podido tomar uno que atravesase esta región maravillosa de bosques y de agua y de picos nevados que se elevan sobre rías cercadas de altas rocas, las probabilidades de que el tiempo fuese bastante bueno para que nosotros viésemos todo esto y disfrutásemos de ello habrían sido escasas. El lector puede hallar una descripción de esta región en el libro de Mr. Ball.* Si no estuviese tan lejos de países donde hombres acaudalados poseen yates, sería un campo soberbio para la navegación en yates por los que pueden dedicar el tiempo para explorar los lugares apartados, navegando sólo de día y observando continuo cuidado.

Entre los promontorios que vimos a lo largo de esta costa severa y alta, dos eran en particular notables por su altura y su forma. Uno se llama Tres Montes. Su cumbre estaba encubierta por nubes espesas, pero podíamos ver hasta unos dos mil pies del lado que se levantaba sobre el mar. Más allá hacia el sur la gigante mole tabular del cabo San Jorge, grandiosa y gris con su ropaje de nieblas, se asomaba por sobre las oleadas, la espuma de cuyas crestas al romperse éstas contra las rocas podía verse a una distancia de quince millas. No

* "Apuntaciones de un naturalista en Sud América".

hay en todo el mundo una costa más terrible que ésta. No hay esperanza para un buque que sea arrastrado en contra de ella por las fuertes corrientes y por la irresistible marejada del oeste. Aun más hacia el sud, al cuarto día de nuestro viaje, después de una noche en que nuestro vapor, a pesar de ser estable, cabeceaba tanto que era difícil impedir el que fuésemos arrojados de nuestros camarotes, llegamos a un grupo de altas islas peñascosas, llamadas los Evangelistas,—a la distancia parecen ser cuatro, aunque en realidad son cinco —en las cuales el gobierno chileno, a pesar de la dificultad de desembarcar en un mar siempre agitado, ha hecho erigir un faro. Su luz, a una altura de 190 pies, puede verse por treinta millas y era muy necesaria, pues los buques tenían mucha dificultad en entrar al estrecho con el tiempo nebuloso que hace aquí tan a menudo. El grupo es notable por una cavidad a través de uno de los riscos más altos y por una capa torcida y de curva larga de cuarzo blanco en la superficie de otro. Ni siquiera en la costa de Noruega me acuerdo de haber visto nada más grandioso que este mar turbulento, fulgurante y agitado al rededor de estas islas solitarias. No había otra tierra a la vista, aunque la negrura de una nube lejana demostraba que había montes detrás de ella. Hora y media más tarde se apareció al sud, por entre impetuosas nubes de lluvia, una mole negra que poco después resultó ser una torre de roca que surgía del mar, risco sobre risco hasta formar un pico altísimo detrás. Esta torre de roca—el cabo Pilar—marca la entrada del estrecho. Más allá se extiende una fragosa costa por cuatrocientas millas hacia el sudeste hasta el cabo de Hornos. Es una costa que pocas veces ven los vapores, pues, éstos, por supuesto, prefieren seguir por el estrecho; y los pocos buques de vela que vienen aún hasta el Atlántico por esta ruta desde San Francisco, Valparaíso o Australia se apartan de esta costa bravía azotada por las tormentas. Cuando habíamos pasado diez millas más adelante, el vapor volvió su rumbo al este y entró por la abertura, de quince millas de ancho, entre el cabo Pilar al sud y el cabo Formosa al norte. Nos hallábamos ahora en el pasaje de Magallanes, pues Pilar es el cabo que el vió y que nombró Deseado cuando el

camino al mar que se abría al oeste le convenció que había hallado el océano que buscaba. De pie en alto en la proa de nuestro buque y mirando por ella al hundirse en las grandes olas ¡qué pequeño nos parecía este vapor comparado con el inmenso paisaje al rededor! Y sin embargo ¡cuánto más pequeños no eran los dos buques con que Magallanes se atrevió a salir a las ondas de un mar desconocido!

Delante de nosotros el brazo de mar se redujo a un punto apenas perceptible en la niebla vaporosa. Al sur se levantaban con escabrosidad terrible los picos desnudos de la Isla de la Desolación, empezando desde el cabo Pilar, columnas inaccesibles y torres de roca que recordaban las formas de los montes Coolin en Skye o las cumbres aun más altas de las Islas Lofoten en Noruega. Al norte una orla extraña de islas y de peñascos rodeados de espuma, grises y confusos en su neblina, ocultaban la entrada del estrecho de Smyth y el laberinto de estuarios y de brazos de mar casi inexplorados más allá a lo largo de la costa chilena. Detrás de nosotros el sol, ya cerca a ponerse, lanzaba por entre las nubes que iban esparciéndose una plétora de luz amarilla sobre las oleadas de crestas blancas que se movían aceleradamente en nuestra estela. Hubimos de pensar en las lágrimas de alegría de Magallanes cuando estas oleadas largas, sobre las cuales se elevaba su buque, le indicaron que aquí se hallaba al fin el océano que había salido a buscar, sobre el cual se hallaba el camino de la gloria, que para él conducía sólo a la muerte. Tal momento valía toda una vida.

A medida que nuestro vapor avanzaba más y más por entre las costas que iban estrechándose, las aves empezaron a quedarse atrás, primero el gran alcatraz que ama el mar extenso, luego las más pequeñas. Las olas bajaron gradualmente, aunque hacía aún mucho viento, y el mar era profundo y detrás de nosotros muy extenso, hasta que habiendo llegado a unas quince millas más allá del cabo Pilar, el oleaje era apenas perceptible.

Entre las islas al lado del norte del estrecho la más notable es la que ha sido llamada Westminster Hall por su loma central con altos faldones. Parece extraño hallar en esta región apartada que casi todos los promon-

torios las bahías y los estrechos tienen nombres ingleses, pero la explicación es simple. Como los naturales no les habían puesto nombres, pues los fueguenses no habían alcanzado ese grado de civilización que da nombres distintos a los lugares, y como pocos tenían nombres españoles porque el gobierno colonial español no hizo medir el estrecho, además de que eran pocos los buques coloniales que pasaban por él, los oficiales navales ingleses que hicieron su trabajo hidrográfico en el archipiélago fueguense y a su derredor fueron obligados a darles nombres. De igual manera que Cook y Vancouver en el norte del Pacífico, dieron a lugares los nombres de sus buques o de sus camaradas marinos o de personas relacionadas con el Almirantazgo inglés en su patria, y así tenemos el Estrecho de Smyth, el Estrecho de Cockburn, la Península de Croker, el Estuario Beagle, el Cabo de Fitzroy, la Isla Fury, y el Monte de Darwin. Los capitanes holandeses, piratas o balleneros, han contribuido otros nombres tales como la Isla de Barnevelt y la Isla de Staten, la Bahía de Nassau y tambien el Cabo de Horn (Hornos). Así es que una carta de esta región tiene el mismo interés histórico que el plano de una ciudad antigua, cuyos nombres de calles y plazas nos recuerdan los personajes famosos en el tiempo que cada una fué edificada, como las calles de la Reina Ana, de Harley y de Wéllington en Londres o las muchas en París que llevan los nombres de victorias napoleónicas.

El reconocimiento del Almirantazgo ha resultado también en nombres para las diferentes partes del largo estrecho. Primero tenemos, empezando desde el oeste, Sea Reach, que estrechándose gradualmente hasta que no tiene mas que cuatro millas de ancho, tiene una largura de treinta millas; luego Long Reach de treinta y cinco millas de largo y de un promedio de dos de ancho; después los más cortos y en partes más estrechos, Crooked Reach e English Reach que se extienden hasta el cabo Froward, casi a la mitad del camino hacia el Atlántico. La noche se nos vino encima antes que llegásemos al final de Sea Reach, y vimos por última vez la cadena de picachos y precipicios tremendos que, principiando en el cabo Pilar, se extienden a lo largo de la costa de la Isla de la Desolación la más al norte de las islas montañosas que

yacen entre el estrecho y el cabo de Hornos. Se halla separada de las dos islas inmediatas al sudeste por estrechos tan angostos que por mucho tiempo se creyó que las tres formaban una sola isla. Los picos, algunos al parecer inaccesibles, son de rocas desnudas y se levantan a cuatro mil pies. En las laderas cerca de la costa hay alguna yerba pequeña, pero no hay árboles, pues los vientos son demasiado fuertes y continuos. El mar es absolutamente solitario. Por tres días no habíamos visto un buque. En tiempos pasados algunos fueguenses rondaban estas costas en canoas, pero ya no vienen. Restos diseminados de sus pequeñas tribus, los yaganes y los alakalufes, vagan por las costas de las islas más al sud, viviendo de mariscos y de bayas silvestres. Con excepción de los ya casi extintos manigüeros del sud de África y los vedas de Ceilón, son éstos los salvajes más bárbaros que existen, pues van casi o completamente desnudos, a pesar del clima riguroso, no poseen viviendas, y no han tomado del hombre civilizado más que una afición extremada al tabaco. Hay misioneros que procuran evangelizarlos y que han hecho todo lo posible para mejorar su suerte, la cual sería aún más miserable si supiesen ellos mismos que es miserable. A juzgar por los extensos restos de sus antiguas viviendas viles parece que han habitado estas regiones inhospitalarias desde tiempos muy remotos y su baja condición presenta un contraste notable con la inteligencia superior y el avance en algunas ciencias de la vida que distinguen a los lapones y a los esquimales y a otras tribus bárbaras de regiones más cercanas al polo norte de lo que lo está ésta al polo sur. El contraste se debe probablemente a la escasez más grande en esta extremidad de Sud América de animales bravos, así en tierra como en el mar.* Aquí no se ven osos, ni negros ni pardos ni polares, ni hay animal como el reno de la Laponia, ni carnero almizcleño; ni se ha acostumbrado a enganchar los perros.

A la mañana siguiente nos hallamos en el puente al lado de nuestro amigable capitán al apuntar el alba. El

* Para informes concernientes a los fueguenses no parece necesario referir el lector al libro clásico de Carlos Darwin, ''El viaje del vapor Beagle'', en el cual se dió a conocer al mundo el genio de observación y de especulativa de aquel hombre insigne.

buque, andando a media velocidad durante la noche, no había adelantado mucho, pero la apariencia del paisaje había cambiado ya. Aquí en Long Reach el estrecho tenía sólo tres millas de ancho. Los picachos piramidales de la Isla de la Desolación habían sido reemplazados por montañas que eran tan altas o poco menos, pero de contornos más redondos, precipitándose sus frentes a veces en peñascos, aunque más a menudo en empinadas inclinaciones rasas de roca que llegaban hasta la profundidad del mar, y con sus inclinaciones más altas cubiertas de nieve o nieve endurecida que parecía formar extensos bancos de hielo que llegaban hasta muy al interior. Nubes espesas cerníanse sobre estas nieves, de manera que sólo aquí y allí podía uno distinguir los contornos de un pico y conjeturar su altitud. Las cumbres parecían tener un promedio de dos mil quinientos a cuatro mil pies y el nivel de la línea de nieves perpetuas parecía ser de algo más de tres mil pies, variando según la vista, pues al sur era más alto que en las vertientes del norte. En las declives más bajas había ahora alguna yerba cerca del mar y en lugares abrigados, tales como en lo más interior de un brazo de mar, había pequeños matorrales espesos de árboles, probablemente de las dos hayas † antárticas, que son los árboles más comunes aquí. Lo que más nos sorprendió es la semejanza de los contornos de las montañas y su carácter general a los de las más al norte de Noruega entre Tromso y el cabo del Norte. Todo parecía indicar una época cuando los ventisqueros, antiguamente más extensos que ahora, redondeaban las cumbres de los montes y alisaban la superficie de igual manera que se hallan redondeadas y alisadas a lo largo de la ría Lyngen a este lado del cabo del Norte. Es muy lógico suponer también que la lluvia y el viento, que parecen ser menos copiosa y menos violento en esta parte del estrecho que a su entrada occidental han obrado menos aquí que allí para labrar los picos en espiras agudas y precipicios mellados.

Vino por fin el día, pero obscuro, pues un manto gris de nubes cubría el mar y las montañas; pero como era éste el tiempo ordinario y sentaba bien a la severidad del paisaje, sentimos sólo el no poder ver las cumbres de los

† Fagus (o Nothofagus) betuloides, o Fagus antarctica.

picos más altos que se levantaban de la ondulante meseta de nieve que yace hacia el interior desde la costa. Este largo canal, que serpentea un poco, es muy solemne, profundo y apacible, empañado apenas por isla o peñasco, mostrando de cuando en cuando pequeñas bahías seductivas con trechos de verdor. A veces en cañadas que se extendían hasta la base de un ventisquero podía uno distinguir el destelleo blanco de una cascada. La extraordinaria pureza del agua y la pequeñez de las morenas pueden ser atribuidas al hecho de que raras veces parecían colgar sobre los ventisqueros peñascos de donde cayesen piedras, y de que las rocas eran al parecer extremadamente duras. Parecían pertenecer a un antiguo grupo cristalino, granito y gneis o micacita con pedazos de cuarzo blanco, que no dejan ver en ninguna parte indicios de acción volcánica. Es probable que esta región a ambos lados del estrecho es una prolongación no de la gran cordillera andina, sino de la cadena del litoral de Chile que, como ya he dicho, consiste principalmente de esas rocas más antiguas que acabo de nombrar.

En Crooked Reach el paisaje, mirando hacia atrás al oeste, era particularmente sublime. En una ladera verde arriba de un brazo de mar abrigado al lado del sud hay algunas casas, tristes ruinas de una colonia suiza establecida hace unos veinte años que no pudo mantenerse en esta región inclemente. Detrás había, cual un telón, una larga línea de nieves. Al norte dos o tres islitas orlaban la escarpada costa roqueña con un fondo de picachos que apenas podían verse por entre la nieve llevada por el viento al caer. Al medio caía la vista en la plácida superficie de azul gris del gran canal, aquí de sólo una milla de ancho, obscuro como las nubes arriba, y más obscuro aún donde bajaba hasta él una ráfaga de los montes, silencioso como cuando la proa del buque de Magallanes se abrió paso por él. La navegación de vapores no es peligrosa aquí, pues, aunque no hay faros en esta parte angosta, hay pocos escollos hundidos. Éstos se distinguen siempre por montones de largas algas marinas de un color pardo amarillento que se adhieren a ellos y se agitan con la marea. Pero de las cañadas vienen chubascos y el agua es tan honda que a menudo es difícil anclar, o si ya se ha anclado, es difí-

cil impedir que el buque rastree. Magallanes amarraba sus buques a la costa todas las noches. ¿Cómo se las arregló para pasar tan rápidamente contra los vientos predominantes del oeste, virando en un estrecho tan angosto, especialmente en aquel tiempo cuando los marineros no podían ceñir el viento tanto como los de hoy día? Probablemente se aprovechó mucho de la marea, amarrando cuando estaba contra él y avanzando cuando la marea menguante iba en dirección al Pacífico. Esta marea, sin embargo, no es tan fuerte como la que entra del Atlántico, la cual sube a una altura mucho más grande.

Cerca de aquí se presenta otro cambio en el paisaje. Empieza a haber más bosques, y aunque los árboles son aún achaparrados, se notan trechos de vegetación hasta unos ochocientos pies arriba. En la costa del norte capas sedimentarias más recientes, al parecer de piedra arenisca y caliza, reemplazan el gneis y una vegetación de plantas herbáceas y de helechos cubre la superficie de los peñascos, y más allá, al final de English Reach, se levanta un promontorio relevado, el cabo Froward, de mil doscientos pies de alto, destacándose del monte Victoria, más alto, que está detrás. Señala este promontorio el estremo más meridional del continente sudamericano, en la latitud 52°. Aquí el litoral que se extendía por lo general hacia el este sudeste desde el Pacífico se vuelve repentinamente hacia el norte y, después de navegar unas cuantas millas, nos encontramos con un paisaje diferente. El estrecho se ensancha y al nordeste vemos una extensión descubierta de agua con una costa baja apenas perceptible detrás; y al sur, casi enfrente del cabo Froward empieza otro canal hacia el sudeste entre altas montañas en su lado occidental y montes más bajos al este. Éste es el extremo del norte del estrecho de Cockburn, el cual, después de serpentear muchísimo por entre islas, se extiende hacia el sudoeste al Pacífico, y parece ser el lugar donde se paró Magallanes y de donde mandó dos buques—uno de los cuales desertó—a explorar el canal del sudeste. Mirando por él puede uno ver en tiempo claro, a unas cuarenta millas de distancia, el monte Sarmiento, el más alto de todos en esta región, doble pirámide de picos de roca que surge de la nieve.

Es de antigua roca cristalina y tiene fama de ser el objeto más notable en todos los paisajes magallánicos. Nubes espesas lo cubrían de nuestros ojos ansiosos. Se calcula que tiene una altitud de seis mil pies, y no ha sido ascendido aún, que yo sepa. Ese trepador intrépido, Sir Martin Conway, que se acercó más a su cumbre que ninguna otra persona fué rechazado por una tempestad desatada más abajo del último picacho de roca.

Al este del cabo Froward se halla uno al punto en una región diferente con un clima distinto. El aire es más seco y más claro. Las costas son más bajas, y la vegetación, en su mayor parte aún de hayas antárticas, es más espesa, con muchos troncos podridos que se queman fácilmente. Los montes retroceden desde el mar, sus contornos poniéndose más lisos, y se colocan por fin en bajas cadenas de cumbres planas a seis u ocho millas de la costa. Hasta el horizonte al este se extiende una ancha extensión de agua, y un espacio de tierra casi tan uniforme como el agua, de manera que al principio se imagina uno que este mar, al parecer sin costas, es parte del Atlántico el cual, en realidad, se halla casi a cien millas de distancia. Señales de civilización son evidentes en un faro en San Isidro, y cerca de él en un puerto pequeño en el continente donde se reunen algunos balleneros para reducir a aceite el resultado de su pesca. Dentro de poco surgen del mar las chimeneas y los mástiles de buques anclados cerca de la costa y nosotros viramos y desembarcamos en el pequeño pueblo de Punta Arenas en la costa de Patagonia. Ésta es la población más al sur, no sólo en Chile sino en todo el mundo, y se halla veinte grados más lejos del polo sur de lo que está Hammerfest, lugar más grande y más antiguo, del norte. Consiste de unas seis calles muy anchas, edificadas sólo en parte y paralelas a la playa, las cuales son atravesadas por otras tantas semejantes que se dirigen monte arriba, y de casas bajas, muchas de las cuales son construidas y casi todas cobijadas de hierro encarrujado. No contiene, por lo tanto, belleza alguna, excepto la que presenta el extenso paisaje de la cuenca abierta del estrecho, de veinte millas de ancho aquí, y más allá los llanos de la Tierra del Fuego, la grande isla que yace enfrente. En tiempo bueno pueden verse en

lontananza al sur de la isla montes entre los cuales descuella el Sarmiento.

Punta Arenas fué por mucho tiempo sólo un lugar de escala para balleneros, pues pasaban por el estrecho buques mercantes antes de la invención del vapor, y después fué por algún tiempo un presidio chileno. Creció gradualmente y se aprovechó del descubrimiento de carbón lignito en sus cercanías, aunque el filón es pequeño y de calidad inferior; y durante los últimos veinte años ha crecido y prosperado porque se ha empezado a criar ganado lanar en extensa escala en el interior de Patagonia así como también en la Tierra del Fuego y en algunas de las islas contiguas. Todos los ganaderos a distancia de algunos días vienen a buscar sus provisiones aquí y de aquí también exportan toda su lana, de manera que la población puede jactarse ahora de ser la plaza comercial de más importancia en la región, sin rival por mil millas. Es dudoso que pueda desarrollarse más, pues el tráfico por el estrecho no aumentará mucho contra la concurrencia del ferrocarril transandino para viajeros y del canal de Panamá para mercancías, y la mayor parte del terreno propio para la ganadería ha sido tomado ya. Ni se continúa la pesca de ballenas, ni la caza de focas en grande escala.

El pueblo es un lugar cosmopolita, donde se habla inglés, así como español, y hasta cierto punto alemán (pues hacen escala en él los vapores de una línea alemana bien equipada); gente ocupada en el comercio del ganado lanar van y vienen de las Islas Malvinas, y los vapores lo mantienen en relaciones con el mundo lejano en Valparaíso, Buenos Aires y Europa. Se halla a la misma distancia al sur del ecuador que el estrecho de Bella Isla en el Labrador al norte, pero el clima aquí es más uniforme. Nunca hace calor, pero los inviernos no son intensos, hay poca nieve, y la escarcha es moderada por el mar contiguo. El aire es seco y agradable con una caída de lluvia de sólo diez pulgadas al año. Aunque la campiña es rasa, pues es con dificultad que pueden hacerse crecer los árboles, y aunque hace mucho viento y no hay abrigo, sin embargo, hallamos algo atractivo en este lugar apartado y singular, pues siente uno esa realización constante de la vasta bóveda del cielo, de la ex-

tensión del mar y del lejano llano de Tierra del Fuego, con un rasgo de misterio en las cadenas aun más lejanas de esa isla que apenas descubren sus picos nevados en el horizonte. La claridad del día sobre la mar y la costa tiene esa exquisita transparencia perlina que recuerda a uno la luz semejante que se cierne sobre las lagunas entre Venecia y Aquilia. ¿Es posible que se deba esta cualidad peculiar de la atmósfera, aquí lo mismo que allí, a la existencia de un inmenso cuerpo de agua relativamente mansa y somera que refleja en el cielo la luz que de él recibe?

La Tierra del Fuego, que solíamos creer era una tierra de bosques espesos y de montañas agrestes, es, vista desde este punto hasta el Atlántico, un llano uniforme. Su parte del norte es plana, como el continente en Patagonia, que es en verdad la región más al sud del gran llano argentino. Algunas partes son áridas, pero la mayor parte son buenos pastos a propósito para la crianza de ovejas. Sólo en el extremo meridional hay montañas, la prolongación oriental de la cadena que se extiende (interrumpida por pequeños estrechos entre las islas) al sudeste desde el cabo Pilar. Ni a lo largo de la costa del estrecho, ni en esas montañas al sud, hay vestigios de acción volcánica, pero se me dijo que sí existen pruebas al extremo oriental de la isla, y hay en tierra firme de Patagonia, a alguna distancia del estrecho, un cráter grande y una corriente de lava de diez y ocho millas de largo, los últimos indicios al sud de esas fuerzas volcánicas que pueden verse a lo largo de todos los Andes hacia el norte hasta Panamá. En la Tierra del Fuego así como en el continente, quedan ya pocos aborígenes patagones. Los que moran en la isla son de la tribu ona, hombres altos que, como los tehuelches que vagan por el continente, corresponden a la descripción de los gigantes patagones hecha por los primeros navegantes españoles e ingleses. Pigafetta cuenta que cuando la tripulación de Magallanes apresó alevosamente y encadenó a uno de estos gigantes cerca del puerto San Julián, donde habían pasado el invierno, él llamó a su ayuda a Setebos, "esto es", dice Pigafetta, "el gran demonio". Podría creerse que Shakespeare ha tomado de esta relación, por medio de las "Decadas del Nuevo

Mundo'' de Eden, el Setebos que Calibán llama ''el dios de su madre'' en la ''Tempestad''.* Los onas que acostumbraban a bajar hasta Punta Arenas a vender pieles de guanaco y a obtener licores espirituosos, casi apenas se ven ahora. El licor fuerte ha sido demasiado injurioso, como lo fué en el caso de Calibán, y ha reducido su número. Es extraño que los mucho más bajos fueguenses que se vuelven locos por el tabaco, aborrecen el licor. Pero la principal calamidad que le sucedió a esta tribu interesante fué el descubrimiento que las partes más llanas de la Tierra del Fuego son propias para la crianza de ovejas. Los ganaderos ahuyentaron a los onas, y éstos se vengaron robando las ovejas y cuando se les presentaba la ocasión matando a los ganaderos con flechas, pues apenas tienen armas de fuego. Los ganaderos entonces se pusieron a matar a los onas al verlos de modo que de tres mil que moraban en la Tierra del Fuego se dice que quedan sólo trescientos, defendiéndose en los lugares apartados de las montañas arboladas al extremo del sud de la isla. Son hombres viriles de gran brío y fuerza y van vestidos con sólo una piel de guanaco. Pocos son los guanacos que quedan ahora, pues también han tenido que ceder su lugar a las ovejas.†

Después de media noche el vapor salió de Punta Arenas para el Atlántico, lo más desemejante a la parte occidental que puede existir. Después de atravesar por alguna distancia la ancha concha entre el continente y la

* Se llama Settabath en las crónicas del viaje de Sir Francis Drake (''Al rededor del mundo'' p. 487, edición de la Sociedad Hakluyt). (Tomo esta alusión de la edición de Pigafetta por Robertson). ''Sycorax mi madre'' ''la vil bruja Sicorax'' no se nombra en Pigafetta, y proviene de otra fuente: el nombre parece griego. En cuanto a Calibán y los patagones, véanse las apuntaciones a la edición monumental de la ''Tempestad'' por el Doctor H. H. Furness, p. 379. Todo el mundo se acuerda de ''Calibán Setebos'' o ''Teología Natural de la Isla'' por Roberto Browning. El Settaboth nombrado en la relación del viaje es probablemente una pura repetición de la obra de Eden, pues los indios a quien se refiere Fletcher (en su narración de ese viaje) se hallaban en la costa chilena en la latitud 38° grados meridional, raza completamente diferente. La relación de Fletcher es en algunas partes casi inverosímil. Véase la ''Vida de Sir Francis Drake'' por Barrow.

† El guanaco es el único grande cuadrúpedo silvestre de estas regiones. Pertenece al mismo género que la llama, la alpaca y la vicuña, pero es más grande que cualquiera de éstos. Pigafetta los describe de esta suerte: tienen ''una cabeza de mula, un cuerpo de camello, patas de ciervo y un rabo de caballo''.

Tierra del Fuego, en la costa occidental de la cual se halla situada Punta Arenas, llegamos a la parte del estrecho que se llama Segundo Estrecho, donde el pasaje por entre bajos riscos escarpados de tierra dura a cada lado tiene sólo algunas millas de ancho, y después salimos a otra concha grande. Veinte millas más adelante se halla el Primer Estrecho, más angosto que el Segundo, y después hay una bahía ancha que a su turno se extiende hacia el Atlántico entre dos cabos bajos, el del norte el cabo Vírgenes y el del sur el del Espíritu Santo. Fué aquí que ancló Magallanes mientras sus dos buques pequeños siguieron adelante para explorar. El espacio entre los cabos, que es la entrada oriental del estrecho, tiene unas diez millas de ancho. La costa aquí, así como en ambos lados del estrecho desde Punta Arenas, es completamente plana, con una elevación muy pequeña a algunas millas hacia el interior de Patagonia. A pesar de ser transparente el aire, no podían verse montes en lontananza, ni los que se hallan al sud de la Tierra del Fuego, ni los que se hallan al oeste detrás del cabo Froward, donde terminan los Andes. Sobre todo este llano inmenso no podía distinguirse morada ni señal de vida, excepto el faro en el cabo Vírgenes donde llega hasta el mar la línea fronteriza entre Chile y la Argentina. La parte del nordeste de la Tierra del Fuego pertenece a la última, la del sudoeste a la primera. Desde abajo del cabo se extiende hasta el mar una punta baja a la cual han dado los marinos ingleses el nombre conocido de Dungeness por su semejanza a aquel extraño banco de cascajo que han amontonado las mareas del canal de la Mancha en la costa de Kent. Es, sin embargo, mucho más corto que nuestro Dungeness y las guijas de cascajo son más pequeñas.

Antes de concluir esta descripción del estrecho, debemos añadir algunas observaciones en cuanto a su aspecto material general, el cual pueden habérselo imaginado algunos de mis lectores muy diferente de lo que en realidad es. A mí me había sucedido esto, habiéndome figurado que el estrecho era largo y angosto de un océano al otro, un canal entre escarpados montes negruzcos cubiertos de bosques espesos, con volcanes más o menos ex-

tintos hacia el interior. Nada puede ser más diferente de la realidad.

El estrecho de Magallanes es distinto de otros estrechos en que el aspecto material de cada extremo es completamente diferente del otro. La índole de las costas a cada lado es igual en cada parte del estrecho, pero ambas costas de la mitad oriental desde el Atlántico hasta el cabo Froward son distintas de las costas de la mitad occidental desde el cabo Froward hasta el Pacífico. La primera tiene riberas bajas con contornos uniformes, inclinaciones de tierra o arena que se sumergen en el agua, y un clima sumamente seco. La segunda está encerrada entre altos montes escarpados que son calados por lluvias continuas. La mitad oriental es un canal, angosto en sólo dos puntos, que pasa por la parte más al sud del vasto llano argentino, el cual al parecer ha sido levantado del fondo del mar en una época relativamente reciente. La parte occidental es una honda cortadura angosta por la cola de una gran cadena de montañas que se extiende hacia el norte por miles de millas, formando la extremidad occidental de Sud América, y las rocas a cada lado son antiguas (paleozoicas o de época anterior). La mitad occidental es grandiosa y solemne y sus aguas azules reflejan despeñaderos blancos y ventisqueros azules. La baja mitad oriental no tiene belleza alguna, excepto la que es propia de inmensos espacios descubiertos de tierra plana y de agua mansa cobijados por el silencio de un aire reluciente y transparente. Sería difícil hallar un diferencia más singular con pocas horas de navegación. Sin embargo, a pesar de que estas dos porciones de estrecho son tan desemejantes, ambas son notables por la sensación que inspiran de la distancia y el misterio, formando un pasaje entre dos océanos por medio de un yermo la mayor parte del cual quedará probablemente abandonada por siempre a esos elementos irresistibles de la naturaleza, la lluvia, el viento, y el frío, que lo hacen inservible al hombre.

El descubrimiento del estrecho por Magallanes y su circumnavegación del globo fué un suceso de gran importancia geográfica, pues probó por fin no sólo que la tierra era redonda y que la ruta marítima por el occidente

hasta la India, lo cual había sido el ensueño de Colón, existía en realidad, sino también que la tierra era muchísimo más grande de lo que se había creído. Pocos años después del descubrimiento de Magallanes, Pizarro y sus compañeros, navegando hacia el sud desde Panamá hasta Chile, probaron que el "Mar Meridional" descubierto por Balboa se extendía tanto hacia el Sur que debía de ser parte del que Magallanes había atravesado en su viaje a Filipinas. Después de esto no se hizo mucho hasta el descubrimiento de la Nueva Zelandia y la Australia dos siglos más tarde. Pero a un estrecho largo y angosto, por el cual era difícil navegar en contra de los reinantes vientos del oeste, no cabía mucha importancia comercial o política, y así cuando poco después se descubrió que había un mar abierto poco más hacia el sur, fué por el cabo de Hornos y no por el estrecho que pasaban la mayor parte de los piratas ingleses y holandeses a saquear a los españoles en la costa del Pacífico; y cuando a fines del siglo diez y ocho desaparecieron por fin las limitaciones comerciales que había impuesto España, el comercio también siguió la ruta por el cabo de Hornos, a pesar de ser el pasaje pesado y peligroso para los que tenían que ir contra los reinantes vendavales del oeste. Aun cuando Carlos Darwin hizo su viaje en el vapor "Beagle" bajo el capitán Fitzroy casi ningunos buques mercantiles atravesaban el estrecho. El uso del vapor para buques navegantes dió a esta ruta la importancia que ha tenido desde entonces.* Su importancia está amenazada ahora por el ferrocarril transandino por lo que toca al tráfico de pasajeros; en cuanto al tráfico de mercancías se halla amenazada también por el canal de Panamá y es posible que conserve sólo la parte de este tráfico que pasa entre puertos del Pacífico al sud del Callao y puertos del Atlántico al sud del ecuador.

Brillaba el sol de la mañana sobre olitas azules agitadas por una brisa leve cuando salimos al este y vimos sumergirse en el horizonte el bajo risco plano del cabo Vírgenes. Pero el viento se hinchó más y más y la ma-

* Los vapores de la "Compañía de Vapores del Pacífico" (Pacific Steam Navigation Company) empezaron a navegar por el estrecho cerca del año de 1840.

ñana siguiente se estrellaban las olas contra el buque cuando percibimos, por entre nubes movedizas, las costas de las Islas Malvinas. Eran rocas desiertas y tristes orladas de islas peñascosas y de escollos apartados, y no se veía vivienda en tierra, ni botes en el mar. Por la tarde, habiendo pasado, sin verla, la entrada del canal que separa a la isla Malvina oriental de la occidental, anclamos en la bahía honda que forma el abrigo exterior de Puerto Stanley, puerto y aldea principal de las islas. Hacía tanto viento aún que nuestro prudente capitán decidió no llevar su buque por el pasaje muy angosto que conduce al puerto interior, y así nos metimos en la pequeña lancha que había venido a traer la correspondencia y, después de luchar con las olas y de pasar por el estrecho, nos hallamos en un brazo de mar cercado de tierra, en la orilla del cual se halla la capital de esta porción remota y solitaria del imperio británico con algunos centenares de habitantes. Aquí está la Casa de Gobierno, una quinta de piedra gris. Dentro de ella hallamos una salita placentera con un fuego animado en el hogar, cuadro agradable para los que no habíamos visto fuego durante tres semanas de tiempo casi siempre frío. Había un árbol junto a la casa, el único en las islas, y un invernadero lleno de flores gayas que parecían tanto más bonitas en aquel lugar. Y en la parte superior de su alta asta revoloteaba en el ventarrón la bandera meteórica de Inglaterra. La aldea—parece ser la única en la colonia—consiste de una calle con casas fabricadas en su mayor parte de madera y de cinc y algunas mejores de piedra enjabelgadas, y nos recordaron un poco los pequeños caseríos en la costa de las islas de Zetlandia o de las Hebridas, aunque aquí no había ese olor a pescado ni señales de la industria que predomina en aquellas islas. Todo era simple y humilde, más limpio, y sin que faltase indicaciones de comodidad casera. El único color era proporcionado por espléndidos arbustos de aulaga amarilla en plena flor, prueba de que aunque nunca hace calor, el termómetro no baja mucho. El clima es extremadamente sano, pero hace un viento tan fuerte y tan continuo que todo el mundo va encorvado.

Las islas estaban despobladas cuando fueron descubiertas, hecho que honra a los aborígenes de Sud Amé-

rica, pues no puede uno imaginarse lugar que dé menos esperanza a una colonia de salvajes; no hay bosques ni alimento ni en tierra ni en el mar. Al presente hay unos dos mil trescientos habitantes casi todos de origen británico, contando a muchos escoceces que han sido traídos para pastores, pues la colonia es ahora un enorme rancho de ganado lanar, quizás el más grande del mundo, y vive de la lana y de los cueros que manda a Inglaterra y las ovejas que exportan para criar en Punta Arenas. El ganado vacuno bravo, descendientes de algunos pocos traídos hace mucho tiempo por los primeros pobladores, era numeroso en un tiempo, pero ya ha desaparecido casi por completo; y la alta yerba de Guinea, tan notable en tiempo de la expedición antártica de Sir James Ross (1840) se ha desvanecido, excepto en algunas de las islas más pequeñas. Las oportunidades para un agricultor son escasas, pues el clima no permite que se madure nada, excepto patatas y nabos, y algunas grosellas y uvas crespas. Como en la mayor parte de las islas oceánicas, la fauna terrestre nativa, especialmente de mamíferos, es sumamente limitada y, lo que es aún más extraño, se dice que hay tan pocos peces en el mar que no vale la pena hacer frente a las tormentas para cogerlos. Tal vez sea esto una exageración que tiene por objeto defender la pereza de los que no quieren salir a pescar. Sí es verdad que el mar siempre es grueso y que no se ven lanchas pescadoras. No hay caminos tampoco; la población es tan escasa que su costo de construcción sería más de lo que justifica su urgencia, y la locomoción, aun a caballo, es estorbada por pantanos y por ciénagas que llenan las concavidades.

Impulsado por el sentimiento que reina entre nosotros al presente, nos preguntaríamos naturalmente si no se puede hacer nada para "desarrollar la región", esto es, hallar recursos para los habitantes y ayudarles a sacar más provecho de sus islas. Pues bien, contemos con las focas que frecuentan la costa. Són de una especie diferente a la del norte del Océano Pacífico, pero de piel de igual valor. Algunas son cogidas por las pocas lanchas balleneras que llegan hasta este mar borrascoso, pero nadie se toma la molestia de impedir su destrucción en el agua cerca de la costa o de mantener manadas en

tierra, aunque no sería difícil atender a esto eficazmente en una costa tan solitaria y tan escasamente poblada. Y sin embargo, lo que se decía aquí parece indicar que podrían darse pasos por convenio internacional para proteger y aprovecharse de estos y otros grandes mamíferos marinos en estas y otras islas del océano. Algunas de las especies más raras están en peligro de llegar a extinguirse. El arreglo hecho recientemente por medio de un tratado entre la Gran Bretaña, los Estados Unidos, Rusia y el Japón concerniente a la crianza de focas es un ejemplo conveniente.

Hay puertos bastantes para proveer abrigo en toda la costa occidental de la América del Sud, pero no sirven de nada, pues son pocos los buques que vienen por aquí y, como se ha dicho, nadie sale a pescar. Y sin embargo, a pesar de hallarse a distancia de las rutas marítimas importantes, y de tener poco valor crematológico o político, las Islas Malvinas han tenido historia larga y variada. Fueron descubiertas en 1592 por un navegante inglés, Davis, y fueron exploradas luego por un viajero francés del puerto de San Malo, y de aquí el nombre de Islas Malvinas, el nombre que le dan los franceses aún. En 1764 Bouganville, uno de esos famosos navegantes que glorificaron la historia de Francia en aquel siglo, y cuyo nombre ha sido salvado del olvido por esa linda flor de color de malva que adorna todas las chozas y estaciones de ferrocarril en la India, fundó una colonia aquí con el objeto, que hoy nos parece ilusorio, de hacer de este lugar apartado de la tierra un punto central para establecer un imperio transocéanico francés en el hemisferio meridional que reemplazase al que fué perdido en Quebec en 1759. Los españoles, no queriendo tener vecinos en aquel hemisferio, desalojaron a los pobladores. Una colonia inglesa establecida poco después allí fué luego expulsada por los españoles, reestablecida más tarde, y por fin removida en 1774. Por último, en 1832, el gobierno inglés tomó de nuevo posesión de las islas, entonces casi completamente despobladas, para utilizarlas en la pesca de ballenas, y en 1843 se organizó un gobierno local. En su forma presente es del plan regular en las pequeñas colonias inglesas, esto es, consiste de un gobernador y de una cámara ejecutiva y legislativa, am-

bos cuerpos elegidos y formados casi enteramente de las mismas personas.

Estas mudanzas políticas no han dejado marca permanente, excepto en algunas ruinas en el apostadero de Puerto Luis que los franceses constituyeron en capital, pues nunca hubo bastante población allí hasta que empezó a criarse ganado lanar. Los vapores del Pacífico hacen escala una vez al mes en sus viajes hacia y fuera del estrecho, y algunos vapores van de cuando en cuando a Punta Arenas, pero no hay posesiones británicas más cerca que la colonia del Cabo al nordeste y que la isla de Pitcairn al noroeste, a miles de millas de distancia.

Con el gobernador interino anduvimos hasta la cima de un monte que se halla detrás de Puerto Stanley para tomar observaciones de la campiña. Florecían entonces sólo dos o tres flores, y lo que más nos sorprendió fué la semejanza de los tallos y troncos gruesos y bajos de las plantas a los de algunas especies que crecen en las partes más altas de las montañas escocesas. Entre estas plantas hay una llamada "dillydilly" que produce bayas dulces, de las que se hace excelente conserva, el único producto silvestre del país que es comestible. Las capas de tierra que predominan son de esquistos cuarzosos y de piedras areniscas, y se levantan en dos montañas de más de dos mil trescientos pies, y como no existen en ninguna parte indicios de acción volcánica, las islas no son evidentemente una conexión entre los grandes volcanes antárticos y los de la cordillera andina, sino quizás parte separada de las rocas más antiguas a través de las cuales se han levantado aquellos volcanes.

Desde la cima del monte paseamos la vista por sobre un gran espacio de montes ondulantes cubiertos de yerba corta que en los valles húmedos era amarillenta o parda. Aquí y allí se levantaban hasta formar montañas en miniatura lomas o picachos de rasas rocas blancas o azules, y había recorridos de piedras desprendidas en las inclinaciones entre las lomas—en su conjunto una campiña agreste, sin bosques, ni sembrados, ni señales de vida humana, excepto en la aldea abajo, y sin embargo recompensada de la melancolía por la brillantez de color de esmeralda del aire y por la variedad de matices y de sombras que reposaban en las laderas lejanas.

Los matices vespertinos eran reflejados en el brazo de mar cercado de tierra abajo y más allá de la bahía exterior se extendía hacia el polo sur el mar gris glacial siempre agitado. Nos imaginamos cerca del polo sur, aunque en verdad no nos hallábamos más cerca de lo que está Liverpool del polo norte. Nos pareció haber llegado hasta el fin del mundo. Aunque esta región recuerde a uno las Islas Hébridas—todas las islas azotadas por el viento tienen puntos de semejanza—sin embargo, el paisaje no se asemejaba en nada a ninguna parte de nuestro hemisferio septentrional, sino que tiene un carácter suyo propio. Yo he visto muchas islas incultas en mares agitados, algunas más desnudas y más repulsivas que éstas, pero nunca he visto lugar poblado que parezca tan completamente desolado y solitario y que carezca tanto de rasgos distintivos. No había nada que deleitase la vista—ningún lago, ni río, ni montaña—sólo montes apartados y disformes, de cierta belleza simple y primitiva en los colores de la yerba amarilla y las rocas de color azul pardusco que relucían en el aire transparente mientras que el aire del mar murmuraba sobre todo. No hay lugar que hubiese agradado más a los ermitaños que en los primeros siglos de la era cristiana se establecían en islas peñascosas o en las cumbres de montes solitarios en las costas de Irlanda, pues no hay nada aquí, aun en la naturaleza misma, que distraiga a una alma piadosa en su meditación. Cualquiera que hoy día desee retraimiento para inventar un nuevo credo filosófico podría hallar éste un lugar conveniente para su quietud, con tal que pueda acostumbrarse a soportar la fuerza constante del viento.

El último flujo de luz del sol poniente enrojecía el brazo de mar cuando regresamos nosotros a nuestro vapor y, pasando por el faro, navegamos hasta alta mar, donde se presentó otra manada de aves para acompañarnos en nuestro viaje. ¡Tres días y tres noches tempestuosos navegando hacia el norte hasta llegar a Montevideo!

CAPÍTULO IX

ARGENTINA

El interés que excita Argentina es enteramente diferente del que llama la atención del viajero en el Perú, Bolivia o Chile. En cada uno de estos tres países hay paisajes en grande escala y de estilo diferente a los que puede mostrar cualquiera otra parte del mundo. En el Perú y en Bolivia hay además ruinas de una civilización primitiva, escasas, a no dudar, pero tanto más atractivas porque estimulan nuestra curiosidad más bien que la satisfacen. Son pruebas de la antigüedad, y en efecto, estos tres países tienen la cualidad distintiva de la antigüedad, aunque Chile tiene apenas reliquias de ella. Pero en la región del Río de la Plata no hay (excepto a lo largo de los Andes y en el extremo del norte) mucha belleza natural ni nada que recuerde el pasado. Todo es nuevo y moderno; todo pertenece al presente próspero y da muestras de un porvenir aún más próspero. Argentina es como el occidente de la América del Norte. El aumento rápido y continuo de su producción agrícola, con un aumento correspondiente en extensión de transportación interna, es lo que da importancia al país y lo que muestra que esta región representará un gran papel en el mundo. Es los Estados Unidos del hemisferio meridional.

Ni la entrada por mar hasta Alejandría de Egipto o hasta la desembocadura del Hooghly más abajo de Calcuta es más pesada que la de Buenos Aires. Antes de que se vea tierra el buque entra en un mar enturbiado de color pardo rojizo y poco después el canal tortuoso, señalado por larga distancia por medio de boyas, prueba cuan somero es el agua a ambos lados. Éste es el estuario, de doscientas millas de largo, y en este punto de unas

treinta de ancho, del Río de la Plata, formado por la unión del río grande Uruguay con el aún más grande Paraná, corrientes que desaguan entre las dos casi la cuarta parte del continente sudamericano. Al acercarse a la costa argentina ve uno algunos mástiles y muchas chimeneas por sobre los altos cascos de los vapores anclados a lo largo de inmensos muelles. Más allá del espacio descubierto de los muelles hay una hilera de oficinas y de almacenes, pero no se ve nada más, ni puede uno decir, excepto por el tamaño de los diques y por el gran número de buques, que hay detrás una gran ciudad. No puede verse nada, porque Buenos Aires está situada a sólo unos treinta pies sobre el nivel del mar en un llano aluvial enteramente plano, sin apenas elevación alguna en el terreno por centenares de millas ni un peñasco en ninguna parte. Al entrar en la ciudad se sorprende uno al ver que a pesar de hallarse la ciudad en una sabana sin límites sus calles son tan angostas que en la mayor parte de ellas el tráfico de vehículos no puede ir más que en una dirección. Una gran vía pública, la Avenida de Mayo, atraviesa el centro de la ciudad desde la plaza grande donde se hallan los edificios del gobierno hasta la más grande y hermosísima adornada por el palacio de la legislatura. Afortunadamente, es ancha y como hay muchos árboles es por completo una calle magnífica más grandiosa que la de Picadilly en Londres o Unterden Linden en Berlín o la Avenida de Pensilvania en Wáshington. En las partes más modernas de la ciudad se van construyendo las calles más anchas ahora, pero la congestión de la parte central es un grave obstáculo para la locomoción rápida que por otra parte está bien provista por muchas líneas de tranvías eléctricos. No hay ciudad en la América del Norte que tenga mejor sistema de carros eléctricos. Aunque todavía no se ven edificios altísimos, las casas son más altas que en las ciudades de la costa occidental porque no hay miedo a los terremotos; y muchas mansiones en los distritos residenciales, construidas al estilo moderno francés, tienen mérito arquitectural. Y las muchas plazoletas, en las cuales hay por lo común árboles o arbustos y asientos, compensan la falta de espacio en las calles. Debe añadirse que las estatuas que adornan estas plazas no in-

ducen al transeunte a detenerse para gozarse en su belleza. Le recuerdan a uno mucho los guerreros a caballo de bronce tan comunes en Wáshington. Las ciudades del mundo occidental, con una historia tan reciente, parecen inclinadas a conmemorar héroes cuyos nombres, poco conocidos en otros países, serán olvidados en los suyos mismos, mientras que las naciones antiguas, salvo Italia, parecen olvidarse de los personajes que los visitadores del occidente desearían ver reverenciados.

Buenos Aires merece su nombre, pues su aire es transparente y penetrante y no hay grandes fábricas que lo vicien con el humo. Las calles son bien cuidadas; todo es flamante y resplandesciente. Los edificios más notables además del nuevo Palacio de la Legislatura con su cúpola alta y hermosa, son la Ópera, cuyo interior es igual al de cualquier teatro de ópera en Europa y el Jockey Club cuya magnitud y equipos primorosos superan hasta a los de los clubs de Nueva York.

Buenos Aires es algo entre París y Nueva York. Tiene la precipitación en negocios y el fausto de la una, la animación y el aspecto placentero de la otra. Todo el mundo parece tener dinero, y parece divertirse en gastarlo y en hacer saber a los demás que lo está gastando. La diversión favorita es la apuesta en las carreras de caballos, las cuales presentan la mejor oportunidad para la ostentación social. En el hipódromo se reune una concurrencia enorme que llena las tribunas. Allí se ven los más altos funcionarios de la nación y de la ciudad así como el buen mundo de dinero y de la moda. Las mujeres van engalanadas con todos los aderezos y joyas parisienses que pueden obtenerse con dinero; y aunque la naturaleza ha concedido a muchas de ellas buenas faciones y a las más hermosos ojos, la moda parece ordenar que hay que ayudar a la naturaleza. Cuando hace buen tiempo por las tardes, hay una gran salida por las principales alamedas del parque de coches tirados por espléndidos caballos y aun mayor de automóviles costosos; se agolpan tanto que a menudo los vehículos se apiñan sin poder seguir adelante por quince o veinte minutos. En ninguna parte del mundo recibe uno una impresión tan fuerte de riqueza abundante y de extravagancia. El parque, llamado Palermo, se halla

en la margen de la ciudad hacia el río y se entra a él por una avenida bien delineada y con muchos árboles. Tiene la desventaja de hallarse en tierra llana, pues no hay lugar bastante alto de donde se pueda ver un buen panorama del estuario, y también de haber sido arbolado recientemente, pues hasta hace poco toda esta región era una pampa rasa. Pero con su grande extensión y el dinero y el talento que se están usando en él, este parque dentro de treinta años será una de las maravillas de la ciudad. El Jardín Botánico, aunque demasiado pequeño, está sumamente bien arreglado y posee un interés grandísimo para el naturalista, quien halla en él una colección interesante de árboles y de arbustos sudamericanos.

Así como la ópera, las carreras y el parque dan a conocer una parte de las actividades de esta comunidad entusiasta, los muelles y el puerto dan a conocer otra. Hace veinte años los buques transatlánticos tenían que anclar a dos o tres millas de Buenos Aires, descargando sus cargamentos por medio de lanchones, y sus pasajeros en parte por medio de pequeñas lanchas, y en parte por medio de carros de ruedas altas que llevaban a la gente desde las lanchas por el agua somera hasta tierra firme. Ya se ha excavado un largo canal hondo, dragado continuamente para mantenerlo servible, por el cual pasan grandes vapores hasta el margen mismo de la ciudad. Se han construido muelles de muchas millas de largo para recibir cargamentos y se han reclamado grandes trechos de terreno, habiéndose erigido enormes almacenes e instalado líneas férreas a lo largo de los muelles. Ni Glascow cuando profundizó la cuenca de su río para recibir los vapores más grandes, ni Manchéster cuando construyó su canal para buques, ni apenas siquiera Chicago cuando ideó un nuevo parque y lagunas en el lago que baña su frente, mostraron mayor atrevimiento ni concepciones más osadas que los hombres de Buenos Aires al hacer un gran puerto marítimo a lo largo de su ciudad en una playa descubierta y somera. Son estos hombres del estilo de nuestros tiempos en cuanto a su devoción semejante a los negocios y al placer, las dos y únicas deidades de este carácter moderno del género humano.

Aunque las mejores partes de Buenos Aires son tan agradables a la vista como las de París, hay sin embargo bastante fealdad en los peores suburbios. Hacia el lado interior la ciudad termina en una extensión de chozas esparcidas, sucias y escuálidas, cobijadas de cinc y con aberturas entre las tablas de sus paredes que se asemejan a rasgaduras en ropa desgarrada. Aquí viven los más recientes y más pobres de los inmigrantes del sud de Italia y del de España, elemento populoso y no muy deseable en el cual reina el anarquismo. Este distrito que aunque no puede llamarse ciudad, tampoco puede llamarse campo, se extiende muy lejos por la pampa. Así es que aunque en la parte central los edificios han sido construidos muy cerca unos de otros, en estos suburbios la construcción de casas no es tan densa, de manera que la ciudad en su conjunto se extiende sobre un grande espacio de terreno. Más hacia afuera, y después de caminar algunas millas por entre huertas y sembrados divididos por cercas de alambre, sin setos de ninguna clase, llega uno por fin al verdadero campo, una zona exterior en la cual algunos de los ricos hacendados han dispuesto sus fincas y han hecho construir quintas amenas. Fuimos invitados a una de éstas y hubimos de admirar el artificio con que se había sembrado el terreno, habiéndose elegido varias clases de árboles con tan buen gusto que aun en esta llanura de tan poca esperanza se ha logrado carácter pintoresco y belleza. Toda planta que no requiere humedad crece lozanamente. Vimos rosales de cuarenta pies de alto que derramaban una catarata de flores. Nuestro huésped hospitalario había gastado, como lo hacen ricos estancieros a menudo, enormes cantidades en ganado, habiendo comprado en la Gran Bretaña toros y vacas de linaje costoso, y, cruzando las mejores castas europeas con el ganado argentino (de origen español) ha logrado juntar una manada comparable con las mejores de Inglaterra. El tener animales de primera clase es aquí cuestión de orgullo, aun más que de negocio. Es el único interés que rivaliza con las carreras de caballos. Nuestro amigo tenía de ganaderos varios gauchos, los cuales nos enseñaron suertes de equitación y de lazar que recordaron los tiempos antiguos de las pampas extensas antes que se pensase en

la crianza de ganado escogido y cuando los jinetes gauchos se disputaban la posesión de estas regiones con los indios que han desaparecido.

Aunque Buenos Aires es a menudo llamada ciudad cosmopolita, su población tiene menos elementos que los que se hallan en cualquiera de las grandes ciudades de los Estados Unidos. Hay colonias inglesa y alemana, ambas compuestas casi por completo de hombres de negocio e interesados en asuntos de ferrocarriles, los cuales en materia de vida social no se mezclan con otros. Hay una colonia francesa cuya porción más alta comprende personas de mucho intelecto, mientras que los miembros de la clase más baja trabajan en sitios de placer y recreo, más bien que en los mercantiles. De los Estados Unidos no han ido a establecerse mucha gente como negociantes o hacendados, pero las grandes compañías de carne ya están trabajando allí. Del elemento llamado ''latino'' de la población la mitad o poco más se compone de argentinos, menos de una cuarta parte de españoles o vascuences y más de una cuarta parte de italianos, principalmente de Sicilia y de Calabria. Esas regiones eslavas de la Europa central y oriental que han inundado a los Estados Unidos con inmigrantes han enviado muy pocos a la América del Sud. Así es que la mayor parte de la población habla español o italiano, y los dos idiomas son tan semejantes que los italianos aprenden el español fácilmente modificándolo al mismo tiempo con sus modismos y vocablos. El resultado es un español mezclado, por no decir corrompido. El que haya una gran variedad de tipos en facciones no es sorprendente si nos acordamos de cuanta variedad existe en España, así como en Italia, entre los naturales de las diferentes provincias de estos dos reinos.

El crecimiento de algunas pocas ciudades a razón más rápida que la de los países a que pertenecen es uno de los hechos más extraordinarios en tiempos recientes el cual está cargado de consecuencias. Esto es especialmente notable en los países más modernos. En el Nuevo Gales del Sud la población de Sidney es casi de las dos quintas partes de todo el territorio, en Victoria la de Melbourne es más de las dos quintas partes. En California dos grandes ciudades, San Francisco y Los Ánge-

les tienen la tercera parte de toda la población del estado.* La misma tendencia es de notarse en Sud América. De toda la población de Argentina con su inmensa área de 1'135,000 millas cuadradas, la quinta parte vive en Buenos Aires.† Es probable que esta razón sea mantenida de modo que cuando de aquí a treinta años Argentina tenga veinte millones, Buenos Aires tendrá cuatro. Hay otras ciudades grandes y una de ellas, Córdoba, tiene una universidad antigua y una sociedad de hombres cultos. Pero la vida comercial y política, así como la literaria e intelectual, están tan concentradas en Buenos Aires que empequeñecen a las otras ciudades y le dan a aquélla una influencia comparable a la de París en Francia. La historia de la república fué por muchos años una de luchas entre la capital—ya prominente en tiempo de la revolución—y las provincias. Así es que la gente de Buenos Aires dividen a la nación argentina en dos clases—ellos mismos, que se llaman porteños, y el resto de la población, que vive en el campo.‡ Y aunque el desarrollo notable de los ferrocarriles ha acelerado la colonización del interior y ha llevado las conveniencias de la civilización a sus ciudades, Buenos Aires ha continuado manteniendo su supremacía atrayendo continuamente a la gente del interior. Es, además, la entrada por la cual deben pasar los que van y vienen de Europa. Así es que el porteño es el tipo y lo mejor de Argentina—el tipo de su carácter, lo mejor de su civilización. Cuando tratamos de entender y de valuar la nación argentina, el estudio más interesante para Argentina y en verdad el único (sin contar las estadísticas de la producción), debemos fijar la vista en él. Sin embargo, deja de ser con mucho el único elemento. La nación está diseminada sobre un espacio extenso. Para conjeturar su porvenir debemos pensar bajo que condiciones materiales y crematológicas se ha de desarrollar. Por lo tanto, procuraré describirlas brevemente, confesando, sin embargo, que mis conocimientos personales

* Para este fin considero a Oakland y Berkeley partes de San Francisco.

† La población de la república es de 7'000,000 y la de Buenos Aires es de 1'300,000.

‡ Los ingleses, habiendo inglesado la palabra española *campo*, llaman a las partes rurales de Argentina ''the Camp'' (el campamento), vocablo que al principio confunde al extranjero.

están limitados a Buenos Aires y a sus cercanías y a la región al rededor de Mendoza ya nombrada en el capítulo VII; me ocuparé primero del carácter distintivo del país y luego de los naturales y de los colonos que se han establecido entre ellos, antes de describir la Argentina de nuestro tiempo.

La parte del nordeste de la república, situada al oeste de Chile y al sud del oeste de Bolivia, es una planicie en partes escabrosa, en partes ondulante, cuyas regiones más altas se parecen mucho a la meseta contigua de Bolivia. Pero el resto del país, nueve décimas partes del todo, es una llanura inmensa de más de dos mil millas de largo desde el estrecho de Magallanes hasta las confines de la Bolivia oriental y del Paraguay. En algunos lugares la uniformidad se halla interrumpida por cadenas bajas, pero hablando en general la llanura es como la que se halla en Norte América entre los montes de la Oklahoma meridional y la frontera canadiense, aunque más plana, pues carece de las ondulaciones y de las serranías de Kansas y de Iowa, y es menos hendida por cuencas de ríos. El clima varía con la latitud. Es riguroso en el sud de Patagonia y casi tropical al norte. Pero en la región llamada las Pampas, esto es, una especie de cuadrado de seiscientas millas de ancho desde el estuario del Río de la Plata hasta los distantes montes de los Andes y casi de la misma largura de norte a sud, se asemeja al del oeste de la Europa central, pues el calor es intenso sólo en pleno verano y el frío del invierno es moderado. Excepto en el extremo del norte que tiene una estación de lluvias en el verano con una precipitación considerable, la lluvia es escasa y disminuye a medida que va uno de este a oeste, de manera que gran parte de la región occidental, situada bajo los Andes, es demasiado seca para ser cultivada excepto por medio de riego. Afortunadamente, las corrientes que descienden de las nieves proporcionan riego a lo largo de sus riberas. Muchas de ellas se desvanecen en su curso por tierra árida más hacia el este, pero como esta región tiene una pequeña inclinación uniforme hacia este punto, proveen cierta cantidad de humedad subterránea de modo que en muchos distritos donde no hay corrientes superficiales puede obtenerse agua excavando la tierra.

Toda esta pampa plana, excepto en la región subtropical al norte a que ya me he referido, es una llanura rasa y descubierta, como lo eran las antiguas llanuras de Norte América, llena de flores y yerba de seis a siete pies de alto en algunas partes; pero no hay árboles, salvo aquí y allí a lo largo de las madres de las pocas corrientes débiles. La fauna nativa, especialmente en las especies a que pertenecen los grandes mamíferos, fué de peor calidad y mucho más limitada que la de las partes meridionales del África en la misma latitud. No había bufalos ni antas y pocos animales de cuernos correspondientes a las diferentes clases de antílopes del sud de África. Contraste tan notable se debe sin duda a las diferentes historias geológicas de los dos continentes.

Cuando llegaron los españoles esta vasta región estaba ocupada solamente por algunas tribus indias nómadas, la mayor parte de las cuales se hallaban en estado bajo de civilización. No cultivaban la tierra ni tenían animales de leche, ni en verdad apenas ningunos animales de alimento excepto el guanaco y el pequeño avestruz sudamericano. Como la caza proporcionaba poco alimento a estos nómadas, su número no aumentó. Sólo en las regiones montañosas del noroeste había tribus asentadas que habían aprendido parte de la ciencia de la vida de sus vecinos peruanos. El resto del país era un vasto desierto descubierto como las tierras más allá del río Misuri, pero las tribus eran menos en número o menos temibles que los sioux, los pawnees, o los comanches.

Por tres siglos después de su llegada los españoles se ocuparon poco de explorar o poblar los distritos orientales o meridionales del país. Establecieron pequeños puestos desde Buenos Aires hacia el norte a lo largo de los ríos Paraná y Paraguay y por medio de ellos se comunicaban con el Potosí y Lima al otro lado de la extensa meseta andina. Como el gobierno prohibió a los argentinos que negociasen directamente con Europa, las mercancías españolas tenían que ser llevadas por una ruta terrestre larga y difícil por Panamá y los puertos del Perú y desde éstos al través de los Andes. Las inconveniencias de este sistema atroz ideado para

el provecho de un grupo de negociantes españoles eran mitigadas por el contrabando en Buenos Aires, efectuado por vapores ingleses y holandeses. No estaba uno seguro de su vida, pues las tribus indias a veces saqueaban la región hasta las entradas de las pequeñas poblaciones como Córdoba y Tucumán, pero los salvajes no tenían armas de fuego ni disciplina y por lo general era fácil rechazarlos. Entretanto el ganado vacuno y caballar que había sido soltado en las pampas después de la mitad del siglo diez y seis empezó a multiplicarse hasta que al principio del siglo diez y ocho había grandes manadas de ambos por sobre todos los llanos donde crecía yerba, extendiéndose en el sud hasta Patagonia.

Cuando el desarrollo del país recibió en 1776 un ímpetu a causa del establecimiento de un virreinato en Buenos Aires y a causa del permiso que se concedió a los puertos del Atlántico de comerciar con Europa, el ganado mayor llegó a ser una fuente de riqueza, los hombres se pusieron a criarlo estableciendo grandes dehesas, y la población se extendió hasta los despoblados. Luego, en 1810, tuvo lugar la revolución que liberó a Argentina de España y dió a sus habitantes la oportunidad de prosperar. Desgraciadamente, a esto siguió un período de guerras civiles y no fué hasta la caída del dictador Rosas en 1852 que empezó la era del verdadero progreso.

Durante todo este tiempo los indios nativos habían ido desapareciendo, en partes a causa de guerras, en parte por esas causas que por lo común arruinan a los aborígenes en contacto con los blancos. Una campaña organizada en contra de ellos en 1879 aniquiló casi por completo a los que quedaban de los que solían vagar por las pampas centrales. Los indios más civilizados de la meseta del noroeste son sosegados e industriosos. Todavía quedan en Patagonia algunos nómadas que ya son pacíficos y en la región arbolada y cenagosa del Gran Chaco al extremo del norte hay algunas tribus más bárbaras que conservan una independencia casi completa. Con excepción de éstos los aborígenes se han desvanecido sin dejar vestigios, y habiendo dejado sólo muy poca infusión de sangre nativa en las venas de los argentinos del presente. Entre tanto, las luchas con los

indios y las guerras civiles que siguieron a la independencia, así como la ocupación de atrapar ganado bravío y de reunir en hatos al domesticado, produjeron una clase de colonos y de ganaderos muy semejantes a los del oeste de Norte América entre 1800 y 1880 y que se asemejaban más a los Cosacos del sur de Rusia de hace siglo y medio. Éstos eran los gauchos, cuyo nombre según se dice, fué tomado de uno de los idiomas nativos, en el cual significa "extranjero". Eran sobre todo jinetes, sin desmontarse de sus caballos nunca, excepto para dormir a su lado. Sus armas contra el ganado y los hombres era el lazo y las boletas, bolas de metal o de piedras atadas con correas, las cuales eran arrojadas de manera que se enrollasen en las piernas de los hombres o animales a que las tiraban. Estas armas arrojadizas eran usadas en guerra por algunas de las tribus andinas. Su vestido consistía en el poncho, pedazo de paño de lana con un boquete para pasar la cabeza, y un par de pantalones. El gaucho podía existir con muy poco que comer y no sabía lo que era el cansancio. Á él se adhiere todo el romance de las pampas, pues se le tomó por la personificación de las virtudes primitivas de la osadía, la resistencia y la lealtad. Ya ha desaparecido también de igual manera que los colonos de América del Norte como Daniel Boone desaparecieron hace ochenta o noventa años y que el vaquero de Tejas o Wyoming va desapareciendo ahora rápidamente.

Tal era el país y los que lo habitaban: llanuras sin límites, rasas y sin rasgos distintivos, pero fértiles donde caía lluvia que las regase y sin ser demasiado calientes para que las cultivasen una raza de la Europa meridional, una tierra, en fin, a propósito para la crianza de ganado y para el cultivo, fácil de atravesar y fácil de cultivar, pues no había piedras que remover ni árboles que cortar, y sin embargo en 1852 sólo parte insignificante de ella estaba cultivada y la riqueza de la región consistía en las grandes manadas de ganado. La población apenas era de millón y medio. ¿A cuánto asciende ahora?

Con la paz relativa que siguió a la caída de Rosas llegaron los nuevos elementos que han posibilitado el rápido desarrollo del país; la inversión del capital europeo

y la inmigración de obreros de Italia y de España. No hay país que ofrezca más facilidades para la construcción de ferrocarriles. Construidos rápidamente y a poco costo por sobre una superficie uniforme y plana se ramifican de la capital y ya han penetrado el país excepto los despoblados cenagosos del Gran Chaco al norte y el desierto árido de la apartada Patagonia al sur. La parte central de la república dentro de trescientas millas de Buenos Aires está tan marcada con líneas férreas como Westphalia u Ohio. Pobladores, siguiendo en su mayor parte los ferrocarriles, han cultivado y dividido en ranchos bien equipados toda esta región central y gran parte del terreno al norte de ella. El resto de la llanura está lleno de ganado vacuno o lanar con excepción de donde la falta de agua imposibilita la crianza. De las $102^{1}389{,}100$ hectáreas que se supone ser aproximadamente la superficie utilizable para el cultivo o la ganadería en Argentina—mientras que la área total del país es de $249^{1}621{,}600$ hectáreas—había cultivadas $19^{1}020{,}900$ hectáreas en el año 1910 incluyendo esto por supuesto, las laderas de los Andes en el noroeste en las inmediaciones de Tucumán y Jujuy donde se cultivan azúcar y otros productos semitropicales.

Todavía queda una enorme área utilizable para el cultivo, aunque nada más que los experimentos podrán determinar hasta que punto pueden hacerse productivas las tierras consideradas áridas hasta ahora, por medio de los nuevos métodos de cultivar tierras secas, seguidos con tanto éxito ahora en el oeste de la América del Norte y que van introduciéndose ya en el sud de África y en Australia también. De este trecho central ahora cultivado la más grande parte es fértil. Hay porciones arenosas aquí y allí, pero la mayor parte es de rica arcilla honda que produce gran ganancia en su estado natural. Así es que los llanos ondulantes de yerba por los cuales vagaban los nómadas indios y los gauchos corrían enlazando el ganado bravo van convirtiéndose ahora rápidamente en una campiña cultivada.

La historia de estas regiones y el procedimiento de su colonización se asemejan en muchos puntos a los del oeste de los Estados Unidos y del Canadá pero difieren en un punto de gran importancia. En Norte América

la colonización de las nuevas tierras ha sido efectuada desde el principio por pobladores agrícolas procedentes de las clases media u obrera de los países más viejos o de Europa, y el terreno ha sido dividido entre ellos en pequeñas fincas raras veces de más de setenta y cinco hectáreas. Así es que en los estados del valle de Misisipí y en todo el noroeste del Canadá se ha desarrollado una población de pequeños propietarios que poseen la tierra que cultivan y que forman una base sólida para el establecimiento de instituciones democráticas entre hombres inteligentes e instruidos que están interesados en el orden y en una buena administración pública. En Argentina, sin embargo—y lo mismo puede decirse de Méjico, Chile, el Perú y el Brasil—la tierra antes de ser poblada, y también después de serlo, pasó en grandes porciones a pocas manos. No había una clase de hombres como los que poblaron la Nueva Inglaterra en el siglo diez y siete cuyos descendientes poblaron luego el oeste de Norte América en el. siglo diez y nueve. Las nociones del feudalismo español existían aún entre los colonos argentinos de hace un siglo. Hombres de influencia o de caudal tomaron posesión de cuanto terreno pudieron obtener en las pampas; y puesto que había poca rivalidad pudieron obtener casi todo lo que querían. Así es que el país llegó a ser, y lo es aún, uno de grandes fincas. Estas son medidas por leguas cuadradas, cada una de las cuales tiene más de 2,428 hectáreas. Aunque ha surgido una propensión a subdividir el terreno, lo cual continuará, no es difícil hallar estancias de más de 24,000 hectáreas; y según se dice, las propiedades ordinarias son aún hoy día de seis millas cuadradas de superficie. Por supuesto, este elemento ha causado resultados importantes en el carácter de la población rural. Consiste ésta, hablando en general, de dos clases, los estancieros ricos y los obreros. Aunque muchos ingleses y otros extranjeros se han comprado estancias y tienen la intención de quedarse en ellas, de manera que ellos mismos o sus descendientes llegarán a ser sin duda argentinos, sin embargo, la mayor parte de los grandes estancieros han nacido en Argentina. Muchos son ya acaudalados o lo llegarán a ser no sólo por medio de la venta de sus cosechas o de sus ganados, sino que también simplemente

por el aumento en valor de sus tierras. Viven en su estilo liberal, holgado, libre, en mansiones extendidas como chozas de la India, bajas y grandes, que ahora, gracias a los ferrocarriles, pueden equipar con aparatos modernos para su comodidad. La clase obrera que se reune como subordinados feudales al rededor de la estancia, se divide en otras dos clases. Algunos son naturales, en su mayor parte descendientes de los antiguos gauchos, que se han asentado al trabajo como peones, y que van olvidando sus costumbres toscas y empiezan a mandar a sus hijos a las escuelas. Los demás son inmigrantes que vienen de España llamados por la gran demanda de jornaleros. Los más numerosos son los naturales del norte de Italia, hombres industriosos que no temen el calor y que pueden vivir de poco. Muchos vienen durante la cosecha en los meses de diciembre y de enero y regresan luego a su país a segar sus propias cosechas o vendimiar sus viñas durante el verano y el otoño de Italia, sacando así todo el provecho posible de ambos hemisferios, casi como el pastor desvelado en la Odisea ganaba su sueldo trabajando de día y de noche. Así como los peones nativos son los hombres competentes para cuidarse del ganado, estos italianos son las más aptos para toda clase de trabajos agrícolas. Algunos reciben un sueldo; a otros que se quedan por algunos años en la finca se les proporciona terreno para que lo cultiven y lo acondicionen y por esto pagan ellos parte de la cosecha, quizás la cuarta parte, por arrendamiento. Parecen acostumbrarse al país, y aunque muchos regresan a Europa cuando han acumulado lo que a ellos les parece un caudal, una parte grande y que continúa aumentando se queda en el país. Probablemente más y más de ellos tratarán de adquirir pequeñas propiedades y, como el valor de terreno va aumentando, es posible que muchos de los grandes propietarios, ya que la extravagancia va siempre creciendo, se hallen inclinados a vender porciones de sus terrenos. Así es posible que se forme una clase media de propietarios campesinos entre los grandes estancieros y los humildes peones. Pero al presente las fincas pequeñas son raras. El país, diferente del oeste del Canadá, no es conveniente para inmigrantes ingleses o escandinavos de pocos recursos, no

sólo a causa del clima, sino porque no podrían obtener fácilmente pequeñas fincas ni los medios de cultivarlas. Al presente no se puede aconsejar sino a personas de capital que vayan de Inglaterra a cultivar el terreno.

La prosperidad agrícola, más general aquí que casi en ninguna otra parte del mundo, es moderada por dos peligros, y cualquiera de los dos puede extinguir la ganancia de todo el año. Uno de ellos es la seca. Como la caída de lluvia es en la mayor parte del país sólo lo suficiente para proporcionar humedad a la tierra cultivable, además de la bebida y la yerba para los animales, una caída insuficiente tiene por resultado cosechas escasas y mortandad de ganado. Sólo a lo largo del borde de los Andes puede hacerse buen uso de un sistema de riego, pues los ríos permanentes son pocos y las lagunas, antiguamente más numerosas, se han ido secando. Además, muchas de ellas son cenagosas. El otro peligro es el de las cigarras. Estos animales horrendos vienen en catervas tan grandes que son casi irresistibles. Pueden usarse medios para destruirlas mientras caminan por la tierra haciéndose zanjas en su camino, echándolas en ellas y quemándolas, pero muchas sobreviven estos esfuerzos, y cuando se echan a volar no hay nada que impida su vuelo destructivo. Si estas catervas viniesen todos los años, no valdría la pena cultivar la tierra, pero al presente las cosechas de los años abundantes reparan las pérdidas causadas por las secas y las cigarras. Se ha propuesto erigir una gran palizada de cinc para atajar la marcha de estos animales al sud desde el Gran Chaco, pues aquí, como en el sud de África, parecen salir de la selvatiquez. Cuando empiece a reclamarse el Gran Chaco también es posible que se ponga freno a la plaga.

Así como la aridez es el defecto más grande de las pampas en su aspecto agrícola, la monotonía lo es en cuanto a su paisaje. Hay algo de belleza en una llanura inmensa, pero ésta es tan plana que uno no puede ver su inmensidad. Habría una encantadora variedad de colores, pues el verde brillante de la alfalfa y la profusión de azul claro de las flores del lino contrastan con el trigo amarillento y los más apagados matices del maíz y de los pastos descoloridos; pero todos éstos, así como las sombras de las nubes que pasan, dejan de verse

cuando está uno de pie sobre el terreno y no puede ver más allá de una milla o dos. El país de las pampas ha sido convertido de una sabana de yerba y flores en grandes sembrados divididos por cercas de alambre, y cruzados por caminos derechos, o más bien rutas de carros, caracterizados por nubes de polvo pardusco que levantan las manadas de ganado o los vehículos. En tiempo de los gauchos la campiña era semejante por centenares de millas. Aun es así, pero le faltan la selvatiquez y las flores y también los hondos cauces de ríos y los riscos colgantes que mitigan aquí y allí la uniformidad de las sabanas en algunos estados de la América del Norte. Sin embargo, en muchas partes se están cultivando huertas y grupos de árboles al rededor de las mansiones. Estos grupos, la única clase de elevación que varía la derecha línea del horizonte, se llaman *montes*. El caucho australiano que crece tan aprisa y que ya se ha aclimatado en la mayor parte de las regiones más calientes del mundo, agita su copa flexible al aire, más pintoresco en la distancia que de cerca. Aunque el artificio del hombre despoja a la naturaleza de parte de su encanto agreste, al mismo tiempo crea gradualmente ese atractivo que pertenece a la vida rural, de manera que pasando el tiempo esta tierra llegará a ser menos triste y más cómoda. Parques de recreo en las cercanías de las estancias mitigarán la dureza de un poblado primitivo y habrá alamedas con obscuros escondrijos en sus espesuras que excitarán la imaginación de los niños. En las pampas hay siempre una amplitud de aire y un esplendor augusto de luz vespertina que se lleva al alma hasta más allá de su circunambiente más cercano.

Sin embargo, uno se alegra de no haber nacido en las pampas.

Quizás los que han pasado sus tempranos años en países llanos no sienten la necesidad de tener montes en la campiña, de igual manera que los naturales de Escocia o de Nueva Inglaterra. ¿Podría uno de éstos vivir por un año entero en Argentina sin anhelar salir precipitadamente a refrescarse en las montañas y lagos de los Andes del sud de Chile?

Antes de tratar de los habitantes debo decir algunas palabras más sobre las faces crematológicas de Argen-

tina. La riqueza del país depende de la agricultura y de la ganadería. Sus tres productos agrícolas de más importancia son el trigo, el maíz y la linaza, por cada uno de los cuales se halla ahora en la primera clase de países exportadores. En el norte se cultiva la caña de azúcar y el algodón, y es posible que su cultivo aumente a medida que se pueble esta región, y en Mendoza se hace vino para el consumo nacional. Las cosechas más importantes, sin embargo, serán siempre las de cereales. A pesar de que el aumento del ganado ha sido inmenso, no se ha llegado aún a los límites del área disponible para tal industria.* La exportación de carne recibió un gran estímulo con la introducción de frigoríficos y de medios de transportación y ya se ha invertido en esta industria mucho capital europeo y norteamericano así como también argentino. Que se sepa, no hay casi ningún carbón de piedra en el país, y las fuentes de fuerza hidráulica se hallan sólo en los Andes meridionales, de manera que por esto no se han establecido grandes fábricas. En las laderas de la cordillera hay minas de oro, plata, cobre y plomo, pero la producción de estos minerales es escasa comparada con la del Perú y Bolivia. Los habitantes no han tomado afición al mar como marineros mercantiles o como pescadores, pues la demanda de labradores agrícolas ha sido tan grande que no ha habido ocasión para que nadie procure ganarse la vida en esas ocupaciones. Así es que podemos decir que entre los grandes países del mundo que han sido poblados por europeos Argentina es ahora, y probablemente continuará siendo, el más agrícola en su carácter industrial.

La mejor prueba o ejemplo del rápido progreso de la república y de la seguridad que tienen los capitalistas europeos en sus recursos hállase en el desarrollo de su sistema ferroviario. La primera línea fué abierta al público en 1857 y tenía doce millas de largo. En 1911 había casi 20,000 millas en operación y las entradas en 1910 montaron a 20'000,000 de libras esterlinas. La mayor parte de estos ferrocarriles, muchos de los cuales tienen vías más anchas que las usadas en los Estados Unidos o en la Gran Bretaña, han sido construidos y son

* En 1911 había 30'000,000 de ganado vacuno, 68'000,000 de ganado lanar y 7'500,000 de ganado caballar.

manejados por compañías inglesas, y algunas por el gobierno.*

En este país templado de una fertilidad tan grande, con menos de seis habitantes por milla cuadrada ¿qué limitación puede señalarse al aumento de riqueza y población? Ya la nación es más grande que la holandesa, la portuguesa o la sueca. Dentro de treinta años es posible que sea igual a Italia. Dentro de cincuenta será poco menos que Francia o Inglaterra, aun si disminuye su presente razón de aumento. Puede que llegue a ser la más numerosa entre todas las naciones que hablan un idioma derivado del latín, de igual manera que los Estados Unidos es ahora la nación más numerosa de todas las que hablan un lenguaje teutón. Puede que sucedan muchas cosas que cambien su carácter presente, pero sin embargo, vale bien la pena estudiar el carácter crudo de esta joven nación para la cual parece existir un porvenir tan brillante.

Primero algunas palabras sobre la raza. No hay ningún otro país hispanoamericano, con excepción del Uruguay, cuya población tenga una descendencia tan europea. El elemento indio indígeno es demasiado pequeño para que se tome en consideración. Ahora está limitado a la región del Gran Chaco muy al norte, pero en otras partes la mezcla con la raza india es imperceptible entre los habitantes de hoy día.† Los aborígenes de las pampas centrales han desaparecido—casi todos fueron muertos—y los de Patagonia van extinguiéndose. Tenemos aquí, por consiguiente, una nación casi enteramente de sangre pura sudeuropea, cuya diferencia de su descendencia primitiva se debe, no a la infusión de elementos nativos, sino a motivos locales e históricos.

Hasta hace treinta o cuarenta años la población era casi enteramente de descendencia española. Luego el rápido desarrollo de las pampas para el cultivo empezó

* El capital total inglés invertido en ferrocarriles argentinos, tranvías, bancos y terreno era en 1910, 295'000,000 de libras esterlinas. Al escribir sobre un país que llama la atención del mundo en particular por su desarrollo material es imposible dejar de usar estadísticas, pero es mi intención citar aquí sólo las que son absolutamente necesarias.

† Sin embargo, hay un pequeño grupo de mezcla india y española de tiempos coloniales en la meseta al noroeste de los Andes contigua a Bolivia.

a crear una demanda de obreros, la cual, aunque aumentó la inmigración de España, produjo una nueva y más numerosa procedente de Italia. Los españoles que venían eran principalmente de las provincias del norte, entre ellos muchos vascuences, raza tan honrada y tan enérgica como cualquiera de Europa. Aun en 1875 ya se veían en la región vascuence de Francia entre Biarritz y el paso de Roncesvalles muchas casas bonitas y cómodas construidas por hombres que habían traído sus ahorros de la región del Río de la Plata. Los italianos han venido de toda la península, pero los naturales del norte se aficionan a la tierra y proporcionan gran parte de los labradores agrícolas, mientras que los de las provincias del sud, llamados por lo común napolitanos, se quedan en las ciudades y trabajan de mozos en los ferrocarriles o en los muelles, o de boteros, o en varias otras ocupaciones. En 1909, de 1'750,000 personas de descendencia extranjera en la república * había dos veces más italianos que españoles, además de cien mil franceses, entre los que se contaban muchos vascuences de Francia, que en realidad no son más franceses que españoles. Entre 1904 y 1909 la entrada de inmigrantes subió de 125,000 por año a 255,000. Por supuesto, los españoles se mezclan fácil y rápidamente con los naturales, pues hablan la misma lengua. Los italianos no se han mezcladó aún, pues apenas ha habido tiempo para ello, pero hay tanta semejanza no sólo en el carácter, sino también en el idioma y en las costumbres, que a no dudar serán absorbidos por la población general. Los que nacen en el país llegan a ser argentinos por sentimiento y son quizás aún más patrióticos que los jóvenes de familias nativas.

En Argentina, como en los Estados Unidos, la natalidad es más numerosa entre los inmigrantes que entre los nativos. Entre los italianos es dos veces más grande, entre los españoles vez y media.

Qué efecto tendrá en el carácter y las inclinaciones de la nación del futuro esta infusión italiana es difícil pronosticar, pues nadie sabe hasta que punto modifica el carácter nacional la mezcla de sangre. No tenemos datos para calcular la importancia relativa de la heren-

* De Italia había 844,000; de España, 424,000.

cia y del circunambiente en una población que es el producto de dos elementos, en el cual el elemento extranjero es introducido en un elemento nativo más numeroso, y cuyas influencias predominantes modifican a los hijos del elemento extranjero.*

Al considerar el resultado probable de la mezcla y al explicar por cierto la facilidad con que los inmigrantes italianos se dejan argentinizar, debemos tener presente que éstos provienen de las clases más humildes y de las más incultas de la nación italiana. Como todos los italianos, son inteligentes por naturaleza, pero no han llegado a ese grado de cultura que atrae a los hombres a la literatura y las tradiciones históricas de su propio país. Así es que la insuficiencia de su educación les impide que hagan a la vida intelectual o al arte de su patria adoptiva esas contribuciones que se esperan de un pueblo que ha ocupado siempre un puesto en la primera fila de las letras, las artes y las ciencias europeas. Sin embargo, puede esperarse que dentro de una generación o dos la inteligenica ingénita italiana se aseverará en los descendientes de los italianos.

Los demás extranjeros, franceses, ingleses (hombres de negocio y propietarios de fincas) y alemanes (principalmente hombres de negocio en las ciudades), son apenas bastante numerosos para modificar el tipo argentino, y los dos últimos han permanecido hasta ahora elementos distintos, en su mayor parte protestantes que se casan con gente de su propia raza. Éstos se ocupan enteramente de sus negocios; sin embargo, como muchos de ellos piensan quedarse en el país y sus hijos que han nacido en él son por eso ciudadanos argentinos, es probable que ellos también sean absorbidos luego, y que sus descendientes argentinos tomen parte en la política del país como lo hacen en Chile familias de origen irlandés o inglés.

La estructura social de la nación es el resultado de las condiciones crematológicas ya descritas. En los distritos rurales hay sólo dos clases—los propietarios, mu-

* Se hallarán algunas observaciones sobre esta cuestión abstrusa en el capítulo XCII (edición de 1910) del libro ''La república norteamericana'' por el autor del presente libro. El problema es más simple aquí que en los Estados Unidos, pues los elementos introducidos recientemente son menos variados.

chos de los cuales tienen fincas extensas, y los labradores, los nativos asentados y los italianos hasta cierto punto migratorios. En las ciudades hay, entre los acaudalados y los jornaleros, un grupo numeroso de hombres de profesión, tenderos y dependientes, que forman una clase media algo menos definida de lo que sería en países europeos. La sociedad es algo semejante a la de las ciudades norteamericanas, pues las líneas divisorias entre las diferentes clases no son claramente definidas y el intento de la igualidad social ha excedido al de Francia y, por supuesto, muchísimo más al de Alemania o España. No se puede decir que hay una aristocracia, aun en el sentido modificado con que podría usarse esta palabra en el Perú o en Chile, pues aunque algunas antiguas familias coloniales retienen el orgullo español de su linaje, por lo común, es el dinero y nada más que el dinero lo que da posición e importancia social. Los modales, que en todo Sud América han perdido algo de la urbanidad de Castilla, son aquí bastante más ''modernos'' que en Méjico o en Lima, porque el aumento de riqueza ha producido nueva gente y ha hecho del dinero el criterio de la distinción o a lo menos de la prominencia social. Aquí, de igual manera que en Inglaterra y los Estados Unidos, es de notarse que aunque la constitución es democrática, la sociedad tiene algunos de los elementos de una plutocracia.

Lo poco que tengo que decir sobre la vida política del país debe ser reservado para otro capítulo más general, y así indicaré sólo dos hechos propios de Argentina. De todas las repúblicas hispanoamericanas en ésta tiene la Iglesia menos que ver con la política. Aunque la constitución declara que la Católica Romana es la mantenida por el Estado, y aunque el presidente y el vicepresidente deben profesar esta fe, la tolerancia religiosa garantizada por la ley es cumplida, y todas las sectas pueden erigir iglesias y predicar y enseñar su fe sin ser molestadas. La legislatura ha sido tan tolerante que ha concedido subsidios para un sistema de escuelas protestantes fundadas al principio como especie de misión por un sacerdote protestante episcopal, y muchas de las familias católicas de Buenos Aires mandan a sus hijos a las escuelas mantenidas por la Iglesia Metodista Epis-

copal norteamericana. En la libertad de ideas Argentina está algo más adelantada que el Perú o Chile y aún más que el intolerante Ecuador. Aun más notable es el hecho que la Iglesia parece hacer pocos o casi ningunos esfuerzos para influir en los asuntos públicos. No hay partido político que esté confederado con ella, ni se nota su influencia en las elecciones. La separación agradable de estos dos elementos que nota y admira el viajero en Norte América tiene más mérito en un país como Argentina donde por mucho tiempo reinó suprema la intolerancia religiosa.

El otro fenómeno que nadie relaciona con la libertad de cultos, pues se ha manifestado en casi todos los países de Europa y en la América del Norte, cualesquiera que sean las condiciones religiosas que privan, es la aparición aquí, en la única parte de la América del Sud, de una extremosa propaganda anarquista. Entre los inmigrantes de Italia y del este de España ha habido bastantes personas ocupadas en este movimiento para alarmar mucho al gobierno. No hace mucho que el jefe de la policía fué asesinado por medio de un explosivo arrojado por un anarquista ruso, y en el verano de 1910 fué arrojada una bomba en la ópera durante una función, saliendo heridas varias personas de resultado de la explosión. Estos acontecimientos forzaron una proclamación de la ley marcial que duró por muchas semanas. Se dice que la policía es competente,* y el presidente no titubeó en usar privilegios que son menos fáciles de obtener o de usar en los Estados Unidos o en Inglaterra. En nuestra era se han presenciado demasiados incidentes extraños para sorprendernos de que estos actos violentos se cometan en un país donde, aunque a no dudar hay mucha ostentación de riqueza, hay más abundancia de trabajo y los gajes son más subidos que en cualquiera otra parte del mundo. Tales conatos no son el resultado de tiranía, ni de intolerables condiciones, sino del gobierno mismo.

Aquí, como por lo general en Sud América, aunque menos en Chile que en otras partes, la política está en manos de los abogados. Muchos de los hombres de ta-

* A mí me dijeron que muchos de los guardias de orden público son indios del norte del país.

lento del país, probablemente más en comparación con cualquier país europeo o con los Estados Unidos, siguen esta carrera; y las contribuciones al caudal de conceptos y de conocimientos del mundo hechas por los escritores argentinos han sido quizá más considerables en este ramo de investigación que en cualquiera otro. En la esfera de la literatura histórica, filosófica o imaginada no se ha hecho gran cosa aún, ni es grande tampoco la población dispuesta a leer tales libros. La literatura novelesca viene de Francia. La prensa es un factor en los asuntos públicos cuyo poder es comparable al ejercido por los periódicos principales en Australia. La publicación de periódicos es conducida en grande y ardiente escala, notable especialmente en dos diarios de la capital * que tienen ya una gran historia de éxito y de vigor. La concentración de actividad política y comercial en Buenos Aires les proporciona la misma ventaja que es propia de los órganos más importantes de Sidney y de Melbourne.

Hoy el mundo está regido por las ciencias físicas y por los negocios, los cuales, en las proporciones inmensas a que han llegado la industria y el comercio, son ellos mismos el producto de las ciencias físicas. Argentina es una nación completamente moderna por la preponderancia de los negocios sobre todos los otros intereses. Hay sólo otro que se le aproxima. El hombre de letras de Boston que se lamentaba de que Londres no era lugar a propósito para vivir porque la gente no hablaba nada más que de sports y de política, habría sido menos dichoso en Buenos Aires porque allí, cuando la gente no habla de sports habla de negocios. La política se deja para los politicastros; las estancias, con su ganado y sus cosechas, y el hipódromo, con sus apuestas, se hallan siempre en la cabeza y en la boca de la gente más rica, cuyo carácter van formando. A no dudar, los negocios están hasta tal extremo en manos de extranjeros

* Tienen a corta distancia un número de lectores y réditos de anuncios que son comparables a los de los Estados Unidos y de Australia, pero que no se hallan en ninguna otra ciudad en Sud América fuera de Buenos Aires.

Mr. F. Seebey dice que en 1903 se publicaron en Buenos Aires 212 periódicos y revistas en varios idiomas o dialectos, contando el vascuence, el catalán y el genovés.

que no se puede decir que el argentino ha desarrollado una facultad para ellos que pueda compararse a la de los que el llama norteamericanos, tomándose en cuenta que gran parte de su riqueza le ha venido a causa del aumento en el valor de sus tierras y de la gran demanda de sus productos. Pocos de ellos son muy industriosos, pues han tenido la buena suerte de adquirir sentados lo que otros han adquirido trabajando, pero en lo que se llama ''espíritu de adelanto'' no le van en zaga a los habitantes de Nueva York. El bonaerense es enteramente moderno. Tiene ese patriotismo alborozado y esa seguridad exuberante en su país que distinguió a los norteamericanos entre los años 1830 y 1860. Su orgullo en su ciudad ha tenido por resultado magnífico el que ansíe ponerla y conservarla al frente del progreso universal, con los edificios más hermosos, los parques más extensos, el mayor abastecimiento de agua y las más perfectas disposiciones sanitarias que se puede obtener con el dinero o que puede idear la ciencia. La riqueza y la expansión de Buenos Aires le animan, de igual manera que la riqueza y la expansión de Chicago han animado a sus ciudadanos, y le dan si no toda su energía potente a lo menos mucho de su idealismo cívico.

Es la única clase de idealismo que halla uno en las ciudades o en el campo. Todos los viajeros se sorprenden de la predominancia de intereses materiales y de los conceptos materiales de todas las cosas. Si se compara con la ganancia crecida de dinero y con su gasto en apuestas o en fausto ostentativo, el afán de desarrollar los recursos del país y de ornamentar su capital resalta como fin que ensancha la visión y exalta el alma. Un observador perspicaz y amistoso dijo hace poco tiempo que el patriotismo entre los argentinos equivale a una manía. Tal exceso de sentimiento no sólo es natural en una nación joven que va desarrollándose, y también es inocente (siempre que no sea agresivo), sino que ayuda a dar a los hombres algo más allá de sus propios goces materiales y vanidades en que puedan pensar y por lo que puedan trabajar. Les hace desear parecer bien ante los ojos del universo, y hacer de la mejor manera posible lo que ve que hacen otros. Si existe tal exceso de sentimiento, ya disminuirá con el tiempo.

Vagando por la gran Avenida de Mayo y mirando la multitud apresurada, los automóviles que pasan, los abigarrados escaparates, los cafés al aire libre en las aceras y el esplendor parisiense de los vestidos de las mujeres se siente uno más cercano a Europa que en cualquiera otra parte en Sud América. Bolivia sugiere a uno el siglo diez y siete y el Perú el diez y ocho, y aun en el activo Chile hay cierto aire de tiempo antiguo y un no sé dulcificante de separación. Pero aquí todo es del siglo veinte, con indicaciones del veinte y uno. Sin embargo, a pesar de ser tan modernos, recordándonos a veces la alegría de París y a otras el bullicio y la precipitación de la ciudad de Kansas, los argentinos son absolutamente diferentes de los europeos o de los norteamericanos. Es muy difícil decir en que consiste la diferencia, pues dudamos que exista ya un tipo definitivo argentino. Han dejado de ser españoles sin haber llegado a ser algo distintivo diferente. Parecen ser una nación que va formándose ahora, por lo tanto no formada aún. Los ingredientes, más de la mitad de los cuales son españoles y vascuences y una tercera parte italiana, se van sacudiendo juntos y ya empiezan a mezclarse y a fundirse bajo condiciones nunca vistas antes de ahora en la vida sudamericana. Lo que resulte, aunque más español que italiano por su sangre, será enteramente sudamericano por su manera de sentir y muy francés por su manera de pensar, pues de Francia viene la principal influencia intelectual que se deja sentir allí. Será el resultado de nuevas condiciones y de nuevas fuerzas, obrando sobre un pueblo que ha dejado todas sus tradiciones y muchas de sus costumbres en el pasado y que ha retenido sólo una parte pequeña de esa religión que fué el más fuerte de los influjos en su antigua patria. Es posible que los hombres de esta generación vean a esta nueva nación con su población y su riqueza creciente tomar un puesto semejante al de Francia, Italia y España. Puede llegar a ser en el Nuevo Mundo la cabeza y el adalid de lo que se llama las razas latinas. ¿Florecerá de nuevo el genio literario y artístico de Italia, Francia y España en sus descendientes transplantados, ahora que parecen haber brotado al fin de esas largas guerras civiles y revoluciones que siguieron a su

separación de España? La inmensidad misma de los intereses comprometidos por nuevas guerras civiles proporciona una seguridad contra su repetición, y el temple del pueblo parece enteramente inclinado a la paz nacional. No han surgido problemas de raza o de color y los problemas religiosos han dejado ya de molestarles. Tienen una área agrícola no desarrollada aún que por cincuenta años más será bastante extensa para atraer inmigrantes así como para proveer las necesidades de sus habitantes. Pocas veces ha prodigado la naturaleza mercedes en un pueblo con mano más generosa.

CAPÍTULO X

EL URUGUAY

El que quiera saber algo para distinguir el Uruguay de sus muchas hermanas repúblicas, la superficie y la índole de cada una de las cuales nos son desconocidas a muchos de nosotros en Europa, puede acordarse de que es el más pequeño de los países sudamericanos, que no tiene montañas ni desiertos, ni antigüedades, ni indios indígenas. Sin embargo, no es de ninguna manera un país que debe describirse negativamente, pues tiene, como veremos dentro de poco, un carácter distintivo propio.

Como pertenecía al virreinato de Buenos Aires y como fué poblado por gente de la misma descendencia pura española que los que habitaban Argentina, probablemente hubiera continuado siendo parte de aquel país a no haber sido porque como estaba tan contiguo al Brasil fué ocupado varias veces y retenido por los portugueses de este país, a veces por conquista y otras por cesión formal de la Corona española. Así es que los habitantes que habían tenido, cuando el país era parte del dominio español, un gobernador suyo propio bajo el virrey, empezaron a sentir una especie de sentimiento nacional como comunidad diferente de sus conciudadanos en las riberas opuestas de los ríos de la Plata y del Uruguay. Recibieron el nombre de la Banda oriental en distinción del resto de Argentina al lado oeste del Uruguay. Cuando los colonos empezaron desde 1810 en adelante a afirmar su independencia de la Corona de España, los orientales, así se llamaban los uruguayos entonces, tuvieron que pelear por su propia independencia, lo cual hicieron heroicamente. Los portugueses del Brasil hicieron una alianza con España en defensa del régimen monárquico e invadieron el país, pero su expulsión en

1814, resultado final de una larga contienda bajo el famoso patriota Artigas, aseguró la independencia del Uruguay. Después que los argentinos procuraron más de una vez forzarla a unirse a su federación y que los portugueses volvieron a invadir y a ocupar el país desolado, el Uruguay fué por fin reconocido como nación soberana en 1828 por ambas Argentina y el Brasil, ésta última ya independiente de Portugal. Por aquel entonces las guerras continuas y los sufrimientos habían formado ya un carácter distintivo y habían encendido la pasión del patriotismo que desde entonces ha perseverado vehemente.

Con una superficie de 72,000 millas cuadradas, comparada con la de 1^{1}135,000 de Argentina y la de 3^{1}208,000 del Brasil, el Uruguay parece un jardincito entre dos grandes fincas. Y es en verdad un jardín. Apenas hay una hectárea de terreno infructuoso en sus confines. Con excepción de unas cuantas rasas cumbres de montes y algunos trechos arenosos en la costa, todo el resto es utilizable para ganado vacuno y lanar, o para el cultivo o la selvicultura. No hay país más favorecido por la naturaleza. La superficie es un poco ondulante a lo largo de la costa y hacia el interior se levanta en lomas abultadas cruzadas aquí y allí por cadenas de montes. La yerba abundante es considerada la mejor para el ganado en todo Sud América y por esto durante muchos años la ganadería fué la única industria. Últimamente, sin embargo, gran parte del terreno ha sido dedicado al cultivo. El trigo y el maíz son los principales productos y hay ya muchos viñedos. Aunque el clima, parecido generalmente al de la Argentina central, es templado por la proximidad del Atlántico, hace menos frío en el invierno y más fresco en el verano en Montevideo que al otro lado del estuario de la Plata. Más hacia el norte donde el Uruguay colinda con el Brasil el calor de pleno verano es más intenso y la vegetación es subtropical. Es un país agradable con su campiña arreglada, por decirlo así, en pequeña escala, como corresponde a una pequeña república. Extensas alturas de yerba ondulante con grupos de árboles aquí y allí, y al centro y al norte del país cañadas frondosas que serpentean por entre montes peñascosos hacen el paisaje siempre ameno y a

veces romántico. No hay grandes bosques ni desiertos, ni volcanes, nada tan grandioso como los picos de los Andes argentinos, pero tampoco nada tan monótono como las llanuras de la pampa argentina.

La capital, Montevideo, tiene esa misma apariencia de viveza y de amenidad que es propia del boscaje y del clima uruguayo. Ha llegado a ser una ciudad grande y próspera en cuanto a su puerto, por lo cual es la primera plaza comercial de la república. El estuario del Río de la Plata es más hondo al lado del norte que al del sud, de manera que grandes vapores pueden acercarse más a esta playa que a la de Argentina. Profundizando la entrada y construyendo rompeolas se ha creado ahora un puerto magnífico, accesible para vapores de mucho calado que en 1910 no podían acercarse a los muelles de Buenos Aires. La ciudad también es más afortunada en su localidad, pues el terreno, una llanura completa al lado argentino, se eleva aquí desde la playa hasta formar una elevación bastante empinada para proporcionar paisajes del mar magníficos y para permitir que las torres de las iglesias y otros edificios altos formen una línea de techados vistosa.

Montevideo con sus 300,000 habitantes, en comparación con los 1^{1}300,000 de Buenos Aires no tiene calles tan atestadas como las de la capital argentina. No hay casas tan altas, ni la misma seguridad de un vasto país hacia el interior que vierte sus productos por este paso de mar que conduce a Europa. Pero aquí, de igual manera que en Buenos Aires, todo es moderno. Sólo un edificio público, la antigua casa consistorial en la plaza principal, se remonta a tiempos coloniales y tiene, o parece tener por su rareza, una especie de cualidad artística no presente en la arquitectura de los últimos sesenta años, la cual es francesa en su carácter más bien que española. Las plazas son hermosas, bien proyectadas y con muchos árboles, y la arquitectura de las calles es apreciable, con menos contrastes entre la mezquindad y la magnificencia de los que se ven por lo común en las ciudades prósperas de Norte América. No se nota en esta ciudad la escualidez exterior ni tampoco indicios de pobreza, pues los habitantes parecen ser activos y prósperos con muchas rentas. Por muchas millas al

rededor las cercanías están tachonadas por quintas magníficas y los caminos bien conservados que las cruzan tienen a cada lado espléndidas hileras de cauchos australianos. Merecen nombrarse especialmente tres puntos de interés. Uno es el Cerro, un monte cónico aislado al lado del sudoeste de la bahía, enfrente de la parte principal de la ciudad, y es un objeto tan conspicuo y tan pintoresco en esta costa por lo general tan uniforme que su representación ha llegado a ocupar un puesto en el escudo de la república. El castillo en su cima no es un edificio apreciable, pero el panorama es magnífico a lo largo de la costa y afuera hacia el mar donde las aguas de un gris claro del Paraná y del Uruguay se mezclan con las azules del océano. El otro ornamento de los alrededores es el Jardín Botánico. Su ostentación de flores primaverales así nativas como europeas, y la maravillosa variedad de árboles de las regiones templadas y semitropicales dan una idea exacta de las virtudes de este clima admirable que no es sofocante por el ardor del sol, aunque es bastante caliente para producir rosas dos veces más lozanas que las que se producen en Europa. Por último, hay una colección excelente de animales bravos en un jardín particular que pertenece a un caballero acaudalado, quien es singular por las relaciones personales que por su disposición ha podido establecer con las fieras, aun con las de rapiña. Había magníficos jaguares y pumas y tamándoas sudamericanas con lenguas más largas que su propio cuerpo. Pero lo que más agradó a la multitud de día festivo, a la cual se le permite pasearse por el jardín, fué ver un par de leoncillos que se paseaban amigablemente por entre hombres, mujeres y niños, mientras que el propietario nos llevó hasta cerca de las rejas de la jaula en la cual estaba sentado tranquilamente con los ojos entreabiertos su león favorito, un gigante soberbio, y nos hizo acariciarlo y sobarle las espaldas. El león recibió las caricias benignamente y miró a su amo, pero el ademán de la hembra en la esquina de la jaula no inspiraba tal confianza.

De igual modo que Argentina, el Uruguay está destinado a ser un país pastoril y agrícola y no minero o industrial. Hay algunos minerales, entre ellos oro, man-

ganeso, hierro y carbón, pero ningunos de éstos son explotados en grande escala, y no se ha probado aún que el hierro o el carbón se hallen en cantidades suficientes para ser base de industrias importantes. El ganado es al presente la principal fuente de riqueza, habiendo aumentado mucho la exportación de carne a causa de la invención reciente de métodos de helar y resfriar. Es probable que la carne, las pieles, la lana, el trigo y el maíz continúen siendo la fuente principal de la prosperidad del país; y como sólo una octava parte del país está cultivada al presente, hay todavía mucha oportunidad para el desarrollo. No existe mejor prueba del progreso material que la extensión de los ferrocarriles. El primero fué instalado en 1866. En 1910 había 1,472 millas en operación y se continúa construyendo rápidamente. Los principales centros de población se hallan en la costa o en las riberas del gran río navegable Uruguay, de los cuales se exporta ganado, carne y lana.

Hasta el presente el Uruguay posee, por lo tanto, todas las condiciones materiales que se requieren para la prosperidad y la felicidad; abundancia de terreno bueno, clima templado y agradable, canales para el tráfico provistos por la naturaleza por medio de ríos y caminos artificiales de hierro por tierra provistos por emprendedores capitalistas ingleses. ¿Qué puede decirse de los habitantes?

Hasta hace pocos años los habitantes eran casi enteramente de descendencia española. Los indios nativos belicosos, una de cuyas tribus, los charruas, se componía de guerreros impetuosos, han sido aniquilados, mientras que las tribus más pacíficas se han desvanecido, y por consiguiente poca es la sangre indígena que se ha mezclado con la ibera. A lo largo de la frontera brasileña se hallan algunos negros, pero éstos no parecen haber perjudicado mucho el elemento europeo. En años recientes ha habido mucha inmigración de Italia, pero no tanto como a Argentina. Hay también una afluencia continua, aunque más pequeña, de España; entre éstos hay afortunadamente muchos vascuences industriosos. Algo más de la quinta parte de la población es de procedencia extranjera, proporción pequeña, comparada con la de Rhode Island o Massachusetts. Estos recién llegados

serán asimilados pronto y no es probable que modifiquen el tipo nacional.

El tipo nacional parece al observador extranjero ser ya distinto y bien caracterizado. El uruguayo es en primer lugar un español colonial, pero un español en quien han influido las condiciones de su vida durante los últimos noventa años. Ha sido un hombre de provincia y del aire libre, fuerte, activo y desaforado, continuamente a caballo tras su ganado, diestro con el lazo y el fusil. Hace cincuenta años que era un gaucho, muy semejante a su vecino argentino al otro lado del río. De igual manera que su vecino, va asentándose ahora, pero ha retenido parte de la temeridad airosa y de la audacia, de la sinceridad y liberalidad de tiempos pasados. Todavía se nota un rasgo del carácter gaucho en todas las clases de la sociedad uruguaya, aunque en forma leve. La democracia en sus modales va acompañada de la nobleza personal, una disposición admirable, una aptitud impulsiva para probar toda clase de experimentos, una realización nacional no menos intensa por gozar ya de los triunfos que va a alcanzar. No puedo decir si hay más ''idealidad'' que en Argentina, pero sí que hay menos riqueza y ostentación. Los ingleses y los norteamericanos establecidos en Montevideo tienen a los uruguayos en buen concepto y dicen que son muy amables. Debe haber algo atractivo en ellos cuando los hijos de tales pobladores llegan a querer al país y les gusta ser ciudadanos del mismo, enorgulleciéndose de serlo. Cuando se le pregunta a un inglés o norteamericano nacido allí si es inglés o norteamericano, por lo general contesta: soy uruguayo.

Mientras estuvimos en Montevideo estalló una revolución en el país. Hubo batallas sangrientas a unas cuarenta millas de la ciudad y los heridos venían en el ferrocarril. No causó gran excitación, pues se había esperado tal cosa por algunas semanas, y los periódicos dieron pocas noticias de lo que sucedía. No se sabía gran cosa, pues las autoridades militares habían suspendido todos los medios de comunicación. Esto, sin embargo, hubiese sido de por sí motivo insuficiente para no relatar pormenores. Había otras razones más perentorias para que se observase tal reticencia. Desgra-

ciadamente, no pudimos ver ni saber nada de la revolución, pero nos sorprendimos de su causa y de la sangre fría de los habitantes de Montevideo, nativos así como ingleses. Una breve explicación de las condiciones que acompañan tales disturbios podría aclarar los acontecimientos de otras repúblicas, así como del Uruguay.

Desde que los colonos declararon su independencia de España ha habido guerras casi continuas en esta tierra risueña. Primero lucharon contra el ejército español y luego contra los gobernadores portugueses del Brasil; pelearon varias veces contra Argentina y el Paraguay y casi continuamente entre sí. Así que hubieron asegurado su independencia y expulsado por fin a los portugueses, los dos generales principales (Rivera y Oribe), quienes habían mandado a los patriotas, tuvieron un disgusto y al poco tiempo estaban disputándose el puesto de honor en la república. Sus partidarios se dividieron en dos facciones, que pronto desunieron la nación, o aquella parte de ella que tenía interés activo en la política. En la primera batalla el general Oribe, que estaba a la cabeza de uno de los partidos, iba montado en un caballo blanco y sus lanceros llevaban banderolas blancas en las puntas de sus lanzas; por esto se llamaron "los blancos". Los adherentes de su rival, el general Rivera, llevaban banderolas coloradas y él mismo iba montado en un caballo bayo. Por consiguiente, a éstos se les llamó "los colorados". Desde ese día los uruguayos han estado divididos entre los blancos y los colorados. Ya hace setenta y cinco años de esto y los descendientes de los hombres que pelearon bajo el mando de los generales Oribe y Rivera en 1835 estaban peleando aún en 1910.

¿Por qué peleaban? Al comenzar no había principios implicados; fué una enemistad personal entre dos soldados que habían peleado lado a lado contra el invasor brasileño. Pero de igual manera que partidos políticos a veces abandonan los dogmas con que han empezado y continúan existiendo como sociedades, así también a veces las facciones que comienzan sin dogmas los obtienen más adelante y hacen de ellos sus consignas. Un partido puede adaptar una cuestión del día o puede dejarse llevar por ella y luego puede llegar a verse comprometido

o implicado en ella. Así es que pasando el tiempo los blancos vinieron a ser el partido de los campesinos, opuesto a los colorados de las ciudades, y en especial de Montevideo, y así como en las ciudades se originan nuevos conceptos y deseos de cambio, los colorados han llegado a ser el partido opuesto al clero, mientras que los blancos es el partido de la Iglesia. Podría parecer que los colores no tienen nada que ver con la expresión ya casi olvidada, (común en Francia en los años de 1848 a 1851), de ''República colorada'', pero puede descubrirse otra especie de relación con Europa en la historia de que la camisa roja de Garibaldi, la cual figuró en tantos campos de batalla en Sicilia y en Italia, se debe a que José Garibaldi peleó en el bando de los colorados en los años de 1842 a 1846, en contra de Rosas y de los invasores argentinos, habiéndose conservado el emblema cuando el último de aquellos héroes enarboló su estandarte en la revolución italiana de 1848.*

Cuando se proyecta una insurrección en el Uruguay se notifica a los partidarios que se reunan armados y a caballo en ciertos lugares el mismo día, y cuando el gobierno llega a saber el plan, lo primero que hace es secuestrar todos los caballos en los distritos desafectos y llevarlos a un lugar donde los custodia una guardia numerosa. El caballo es el espíritu de un movimiento revolucionario, una tradición del buen tiempo de los gauchos; y sin caballos los insurrectos son impotentes.

Los blancos han estado fuera del poder en el Uruguay desde 1864, pero se mantienen muy juntos y forman una oposición que obra por métodos constitucionales en la legislatura (cuando uno de sus partidarios puede hallar la oportunidad), o por métodos militares fuera de la constitución, en el campo libre, cuando se creen inútiles los medios pacíficos. Los partidos han llegado a ser hereditarios en sumo grado; un niño nace ''blanco'' o ''colorado'' y raras veces deserta su color. La parcialidad es tan intensa que en los distritos blancos no se puede ver a un hombre que lleve una corbata colorada, de igual manera que un botanista inocente de Inglaterra

* La descripción del origen de la camisa colorada que Mr. G. M. Trevelyan hace en su libro interesante ''Garibaldi y la defensa de Roma'' no es exactamente la misma que me hicieron en el Uruguay, pero no es incompatible con ella.

al pasar por ciertas villas irlandesas, y al acercarse a ciertos distritos, puede ser prevenido por su cochero que bote o tape los helechos que ha recogido en alguna cañada de la montaña, porque la vista del color ofensivo podría exponerle a que sea apedreado por los que consideran su exhibición un insulto.

Sin embargo, pasando el tiempo, estas revoluciones han propendido a ser algo menos frecuentes y, por cierto, menos sangrientas, así como en partes de Sud América hay volcanes que fueron en tiempos pasados terribles por sus erupciones, pero que ahora están satisfechos de emitir unas cuantas lluvias de ceniza o de arrojar una corriente de lava de un pequeño cráter cerca de su base. La revolución que ocurrió durante mi visita terminó con una rendición acompañada de una anmestía que comprendía la omisión de decretos de confiiscación de propiedad, y así no se derramó sangre, excepto en el campo de batalla mismo.

Cuando yo pregunté qué injusticias motivaron la sublevación de noviembre de 1910 se me dijo que pronto habría una elección del cuerpo legislativo, que el nuevo cuerpo, después de elegido, se ocuparía inmediatamente de la elección de un presidente de la república para los cuatro años siguientes, que los blancos estaban seguros de que la elección sería manejada por el gobierno en el poder de tal modo que le asegurase una mayoría que a no dudar escogería cierto candidato a quien los blancos temían y de quien desaprobaban, y que por consiguiente el único recurso que les quedaba a éstos era impedir por medio de las armas el agravio que se haría a la nación interviniendo con los derechos de los electores. El viajero no podía determinar hasta que punto son ciertas estas alegaciones, ni le corresponde a él juzgar si justificaban el recurso a las armas.

Las condiciones en algunas de las repúblicas latinoamericanas son singulares y paralelas a las de sólo otras dos o tres partes en el mundo moderno. Entre los años 1848 y 1859, cuando en la mayor parte de las naciones de Europa había gobiernos despóticos, la juventud ingenua de la Gran Bretaña suponía, de igual manera que Tomás Jefferson cincuenta años antes, que todas las insurrecciones eran justificadas y que merecían la simpatía de

todos los hombres amantes de la libertad. Al presente, habiéndose establecido gobiernos constitucionales en casi todos los países, se cree que la suposición es diferente y que se desaprueban las rebeliones al instante. Sin embargo, en algunas repúblicas americanas—yo no me refiero al Uruguay, sino a otras repúblicas menos adelantadas—no hay suposición de ninguna clase. Un gobierno en Honduras o en Nicaragua, por ejemplo, por lo común obtiene el poder por fuerza de las armas o por una elección falsa llevada a cabo bajo presión militar. Su derribo por medios semejantes no es, por consiguiente, según jurisconsultos constitucionales, una infracción de la ley y del orden, porque el gobierno que se procura derribar no tiene derecho legal, pues es el producto de la maleficencia. En cambio, los insurrectos probablemente no son más amigos de la ley y del orden que el gobierno mismo. Si tienen éxito por medio de las armas no celebran elecciones, sino que gobiernan por la fuerza lo mismo que sus predecesores. Por lo tanto, no hay motivo para otorgar nuestra simpatía ni nuestra aprobación moral a ninguno de los dos partidos, mientras que los gobiernos extranjeros por su parte tienen en manos un problema difícil al decidir cuando deben reconocer un gobierno que ha subido al poder por medio del sable y que dentro de poco ha de perecer por medio del sable como el sacerdote de la Alameda de Nemi. Este problema debe ser resuelto por lo común esperando a que el nuevo gobierno se establezca firmemente de tal suerte que tenga derecho de hecho para continuar en poder por algún tiempo después y para llegar a tener por fin derecho legal.*

Volviendo al Uruguay, el rasgo más extraño y más instructivo en su historia es que estas periódicas guerras civiles y conatos de revolución no parecen haber dilatado su prosperidad. Desde 1810 a 1876 ha habido en este país guerras más incesantes que en ningún otro país del mundo durante los últimos cien años. Aun desde entonces han sido frecuentes los levantamientos y las contiendas, y aunque no ha habido guerras extranjeras desde 1870, cuando terminó la guerra con el Paraguay,

* Tales problemas legales o semilegales han surgido varias veces en la América central.

la presencia a cada lado de dos grandes potencias, no siempre amigables entre sí o para con el Uruguay, ha causado a menudo mucha ansiedad. Sin embargo, el país continúa aumentando en riqueza y población. Se ha introducido mucho capital para la construcción de ferrocarriles y la buena opinión que tienen los capitalistas europeos está probada por el hecho que los bonos de a cinco por ciento uruguayos tienen valor casi a la par en la Bolsa inglesa. Desde 1862 el comercio con el extranjero ha aumentado hasta ser hoy cinco veces más grande. Sin olvidar su amor a la guerra, los habitantes han recurrido al trabajo y el propietario de ganado o de terreno depende menos de los obreros extranjeros que en Argentina. Así podría parecer que como muchos países han sido arruinados por guerras—de igual manera que lo fué el Asia Menor central por la larga contienda entre los turcos seljukianos y los emperadores romanos del Oriente, y de igual manera que Alemania, a consecuencia de la guerra de treinta años, sufrió daños de los cuales no pudo recuperar hasta después de casi dos años,—también hay otros países que han prosperado en medio de la guerra. En los siglos cinco y seis raras veces hubo paz entre las ciudades griegas en Sicilia. Pelearon con los cartagineses, entre sí, y a favor y en contra de tiranos en sus confines; y todas estas guerras fueron efectuadas por soldados que eran ciudadanos. Y sin embargo, prosperaron y erigieron esos templos majestuosos cuyas ruinas admiramos en Girgenti y en Selinunte, mientras que la paz severa de Roma, en tiempos más modernos cuando la isla llegó a ser una provincia, resultó para los campesinos en miseria que fué interrumpida sólo por insurrecciones serviles.

La repetición periódica de tales sucesos como el de noviembre de 1910 no había impedido que por algunos años anteriores a mi visita el gobierno del Uruguay imitase al de Argentina en sus esfuerzos de mantenerse al nivel de Europa en cuanto a toda clase de proyectos administrativos para el adelanto en la enseñanza y para el desarrollo del país. Por dos partes se ha adoptado un programa diferente del de otros países sudamericanos. Es el único en el cual se han fomentado por el poder ejecutivo planes o ideas que conduzcan al so-

cialismo nacional y es también el único donde hay un partido distintamente antirreligioso. En el Perú la Iglesia tiene alguna influencia política. En Chile tiene menos, y en Argentina casi ninguna, pero ni en uno ni en otro país es blanco de hostilidad. Aquí, sin embargo, una parte del partido dominante es abiertamente opuesta a la Iglesia, y esto parece deberse, no a ninguna provocación reciente del clero, cuyos aliados blancos han estado fuera del poder por tanto tiempo, sino más bien a un móvil que procura atacar y eliminar la religión misma.

Tal movimiento no parece ser, ni aun más que las ideas socialistas, producto natural del suelo uruguayo. Así como la propaganda anárquica en Argentina ha sido introducida recientemente de Europa por inmigrantes, también esta expresión menos severa del espíritu revolucionario tiene apariencia de haber sido trasplantada de aquellas partes del sud de Europa donde los abogados más violentos de un cambio consideran no sólo a la Iglesia Católica Romana, sino a la religión misma hostil al progreso y la reconstrucción de la sociedad bajo nuevos principios. La población rural del Uruguay no es de la clase de gente entre la cual surgirían tales ideas espontáneamente, pues pertenece, por lo que toca a sus creencias y a sus ideas de la vida, más bien al siglo diez y ocho que al veinte. En otras partes de Sud América la enemistad a la Iglesia se debe al poder que ha ejercido en el mundo secular o al recuerdo de sus antiguas mañas de represión. No se oye decir, sin embargo, que la Iglesia haya sido, desde hace mucho tiempo, políticamente ofensiva aquí; ni puede haber tampoco recuerdos de persecución considerable que exciten odio, pues ya iba pasando la época de la persecución cuando empezaron a poblarse mucho estas regiones.

Con su clima y su suelo fértil, el Uruguay es un país atractivo. En ninguna parte de Sud América, salvo quizás en el sud de Chile, se sentiría un europeo más dispuesto a establecerse por siempre. Los habitantes son de pura descendencia española y poseen muchas de las cualidades—sinceridad y energía, brío y mucho honor—que resultan en adelanto político. El país es sin duda relativamente pequeño y hoy día la moda es rendir culto

a lo grande y menospreciar naciones pequeñas. Con todo, las ciudades independientes—o las pequeñas naciones—tales como lo eran Inglaterra y la Holanda en el siglo diez y siete han producido no sólo la mayor parte de la mejor literatura y del mejor arte, sino también la mayor parte de los hombres grandes y de los sucesos de importancia que registra la historia. La vida nacional puede ser más intensa y más interesante cuando está concentrada en una área que no sea bastante grande para evitar que los habitantes se conozcan los unos a los otros y que conozcan también a sus gobernadores. Así no puede uno menos de esperar que bajo condiciones favorables y sin la desventaja de una riqueza enorme obtenida repentinamente, los uruguayos harán serios esfuerzos para allanar el camino, escabroso y peligroso ahora, por el cual ha de pasar la carroza de su gobierno republicano. No es la constitución lo que ha de culparse, sino la manera como es interpretada. A la condición retrógada de la enseñanza y a la consiguiente incompetencia del ciudadano ordinario se atribuye por lo común la causa de disturbios políticos. Hay en efecto aquí, y en general en todo Sud América, provisión inadecuada de escuelas elementales y secundarias. Mas la experiencia de muchos países ha demostrado que la enseñanza del vulgo no es suficiente para asegurar reformas en métodos políticos. A no dudar hay bastante razón en el parecer expresado en mi presencia que si toda la población, o siquiera toda la parte culta de la población, se esforzasen en tomar parte más activa en la política, podrían arreglar muy bien las cosas, evitando los abusos o las injusticias de que resultan las revoluciones, y templando el temperamento partidario que acude a las armas cuando no se reparan los agravios.

CAPÍTULO XI

EL BRASIL

El que más de la mitad de Sud América fuese poblado por hombres de Portugal y que pertenezca a ellos aún se debe a lo que puede llamarse una casualidad histórica. El año siguiente al del descubrimiento de las Indias occidentales por Colón, el Papa Alejandro VI expidió su famosa bula pontífica (el año de 1493) que asignaba a Castilla y a León ''todas las islas y tierras descubiertas en el mar al oeste y al sud de un meridiano que había de extenderse del polo ártico al antártico, a cien leguas del Cabo Verde y de las Azores''. Aunque en la bula no se hace mención de Portugal, se proponía reservar sus derechos en lo que hubiese descubierto al otro lado (el oriental) de la línea de limitación. Los portugueses, sin embargo, no estaban satisfechos, y el año siguiente un tratado con España cambió la línea a trescientas setenta leguas más hacia el oeste. El resultado de esto fué que a medida que continuaba descubriéndose tierras y más tierras, la parte oriental del continente que Colón había descubierto en su tercer viaje (1498) le tocó a Portugal y la parte occidental a España. Sucedió además que uno de los primeros navegantes en ver efectivamente esta parte oriental fué un Portugués llamado Cabral. Impulsado fuera de su rumbo mientras navegaba hacia la India en 1500, hizo escala en la costa sudamericana, en la latitud 8° meridional, y tomó posesión de ella en nombre de su rey. Pocos meses antes, el navegante español Pinzón había hecho escala en la misma costa y tomado posesión de ella en nombre de España, pero como esta nación tenía ya bastante tierra descubierta y no tenía intención de apartarse del tratado de 1494, se dejó el terreno a Portugal. Ambas naciones habían reconocido en el Papa la autoridad que podía disponer de todas

las tierras recién descubiertas, y probablemente pudieron haber creído en 1500 que estas nuevas tierras eran parte de las mismas Indias que Portugal había descubierto por la ruta oriental seis años después que Colón las hubo descubierto yendo por la ruta occidental.* Así es que el Brasil llegó a ser y ha sido siempre país portugués, con excepción de durante el perigeo de Portugal, cuando, después de la muerte del rey Sebastián, cayó por algún tiempo bajo el poderío de España.

El área del Brasil es de cerca de 3'300,000 millas cuadradas, más grande que la de los Estados Unidos, y dos veces más grande que la de la India. La mayor parte de su territorio está habitado sólo por indios aborígenes, muchos de ellos salvajes feroces, y gran parte de él está casi sin explorar aún. Como yo ví sólo una pequeña parte, lo único que puedo describir, para que el lector no se crea que esa parte es característica del todo, conviene hacer una breve descripción de los rasgos generales del país.

Por su geología, el Brasil es una de las partes más viejas del continente sudamericano. Las montañas que forman su núcleo central estaban donde están ahora muchísimo antes de que se hubiesen levantado los grandes volcanes de los Andes, tales como el Aconcagua y el Chimborazo. Este centro montañoso del país desciende precipitadamente al este hacia el Atlántico y más gradualmente al oeste hacia las planicies en el medio del continente, y se compone de antiguas rocas cristalinas que probablemente han disminuido en altura por la acción de la lluvia, del sol y del viento, acción continuada por siglos sin cuento. Puede describirse de manera general como una meseta ondulante, de 800 millas de largo por 300 de ancho, atravesada por varias cordilleras que son altísimas sólo en partes. Su cumbre más alta es el Italiaya a unas cincuenta millas al sudoeste de Río de Janeiro, y de casi 10,000 pies de alto. Pocos montes llegan a más de 7,000 pies, mientras que la elevación media de las alturas es de 2,000 a 3,000 pies. El boscaje de su lado oriental bien arbolado, donde descienden pre-

* Esta cuestión está mezclada con la que se relaciona con los viaejs, verdaderos o fingidos, de Américo Vespucio en 1497, y es muy complicada para discutirse en estas páginas.

cipitadamente hacia el Atlántico, es de lo más primoroso que puede hallarse en cualquier parte de los trópicos. Continúan hacia el norte y hacia el sur en montes más bajos y al oeste descienden gradualmente, en partes en grandes inclinaciones, y en otras en una continuación de terraplenes anchos, hasta un llano extenso sólo a poca altitud sobre el nivel del mar, de cuyo plano manan hacia el sud corrientes que van a desaguar al Paraná y hacia el norte al Amazonas. En este llano, no explorado completamente aún, colinda el Brasil con Bolivia y el Paraguay. Las regiones interiores, así alturas como llanuras, son menos húmedas y por lo tanto menos arboladas que la hilera de montañas que está de frente al Atlántico, mientras que el clima se pone más seco a medida que va uno hacia el interior desde el océano pluvioso. Se cree que gran parte de estas montañas es apropiada sólo para la ganadería, pero los distritos occidentales no han sido poblados lo bastante para poder determinar su condición para el cultivo, aunque se sabe que algunos son infructíferos por ser pantanosos y otros por ser arenosos. En cambio, el país al sud de la latitud 20° es en su mayor parte fértil y bien regado y está más desarrollado que cualquiera otra parte del Brasil, excepto la banda de la costa.

Queda aún otra región más grande, la cual está situada al noroeste de la república; me refiero al vasto llano del Amazonas y de sus tributarios. Es la región llamada las Selvas, y se halla cubierta por todas partes de bosques espesos y en cierta estación del año es tan inundada por las lluvias tropicales que elevan el agua de sus ríos por sobres sus riberas de tal manera que gran parte de la región puede ser recorrida sólo en botes. Con excepción de algunos blancos aquí y allí, sus únicos habitantes son de las tribus indias bárbaras de los cuales es posible que haya varios cientos de miles, número escaso si se compara con el vasto espacio por el cual están esparcidos. De estas selvas y de sus posibilidades en el futuro volveré a hablar luego.* Entretanto, el lector debe de haber colegido que: 1. Toda la parte oriental del Brasil desde la latitud 5° meridional hasta la 30° meridional es montañosa o ondulante, con muchos valles

* Véase Capítulo XVI.

aquí y allí. Toda esta parte del país es aprovechable para el cultivo, la ganadería o por la madera, y contiene ricas minas. 2. La parte oriental y todo el llano del Marañón y de sus tributarios es plana casi por completo, y es en su mayor parte una selvatiquez arbolada. 3. Aunque hay algunos distritos áridos a lo largo de la costa al sur y al norte de la desembocadura del Amazonas, no hay en ninguna parte del Brasil tales desiertos como los que llenan espacios tan vastos en el Perú, en Bolivia, Chile y Argentina. 4. Los únicos distritos que hasta ahora han sido relativamente bien poblados son la banda del litoral y los valles fértiles que terminan en la misma, algunos distritos interiores en el estado de Minas Geraes y en los estados meridionales de San Pablo, Santa Catalina y de Río Grande del Sud. Aun en estos distritos la población es todavía muchísimo menos de lo que permite la condición del país.

He hecho estas pocas observaciones para dar al lector una idea de los rasgos generales de este país inmenso. Las únicas partes que ví fueron en la costa oriental; y procuraré describir éstas antes de volver a la discusión de los habitantes y de las posibilidades del Brasil en su conjunto.

El Atlántico meridional desde Buenos Aires hasta el Amazonas tiene fama de proporcionar travesías de las más plácidas y agradables de todo el mundo. Entre Montevideo y Santos nuestra experiencia fué muy distinta, pues llovió, hizo mucho viento, el mar estuvo bastante grueso y había tal neblina que era poco lo que se podía ver de la costa a lo largo de la cual navegábamos. Se nos dijo, por supuesto, que el tiempo era bastante excepcional, pero los viajeros experimentados sabemos que no hay nada más común que el tiempo excepcional.

Cuando por fin nuestro vapor, después de virar por un cabo altísimo, volvió su proa hacia la costa para entrar en el puerto de Santos ¡qué diferente era el panorama de los que habíamos visto después de pasar el ecuador al extremo septentrional del Perú! Por todo el litoral occidental hacia el sud nos habíamos encontrado con una costa severa y en su mayor parte estéril, con nubes de un gris apagado sobre un mar del mismo color. Pero, por fin, ya nos hallábamos en los trópicos. Era ésta la

región de vegetación abundante y lozana, de un apacible aire húmedo, de un mar de un azul vivo y de aves acuáticas de largas alas y raros cuerpos que volaban allá arriba. Al acercarnos bastante para ver las olas estrellarse en las rocas, divisamos un anfiteatro de montañas que rodeaban un ancho valle plano por el cual desciende un río a formar el puerto de Santos. Al norte se extendía a lo largo de la costa una hilera de promontorios altísimos hasta los cuales se levantaban las oleadas. Las montañas detrás, muy bien arboladas, estaban encubiertas por espesas nieblas, pero el sol esparcía sus rayos por las riberas del río, llenas de bajos árboles y de arbustos florecientes, y por las abigarradas casas del suburbio que se extiende desde la ciudad de Santos hasta la arena blanca de la playa, y que se halla adornado por alamedas de palmares.

Andando lentamente por el estuario tortuoso hasta entrar en aguas apacibles, hallamos muchos vapores ingleses y alemanes anclados en los muelles, pues el puerto ha sido dragado de manera que puedan entrar grandes vapores, y sus mejoras, con las de desagüe, han hecho al lugar bastante sano. Hace veinte años que era un foco de fiebre amarilla. A mí me dijeron que durante una irrupción de esa plaga había cuarenta y tres buques ingleses en la ría sin poder navegar porque todos los miembros de las tripulaciones habían muerto o estaban muriéndose. La enfermedad ha desaparecido ya casi por completo y el puerto es uno de los más activos en Sud América, pues es el centro exportador de la gran región cafetera que se halla al interior. En algunas estaciones se ve todo el día y toda la noche una hilera sin fin de mozos robustos que llevan sacos de café desde los vagones del ferrocarril en los muelles hasta los buques anclados en la orilla. En 1910 se exportó de Santos café por valor de casi 19^{1}000,000 de libras esterlinas, más de la mitad del cual fué exportado del Brasil a todas las partes del mundo.

Tal comercio proporciona bastante tráfico al ferrocarril que une el interior cafetero y la próspera ciudad de San Pablo con el mar. Construido primeramente en 1867, su porción más difícil, que sube por una inclinación muy empinada, fué construida de nuevo a lo largo

de una línea mejor entre los años de 1895 y 1901, y es en verdad una obra de ingeniería hábil e interesante ejecutada para una compañía inglesa por ingenieros y constructores ingleses. Como se dijo en una página anterior, hay detrás de esta parte de la costa brasileña una meseta, aquí de una altura media de 2,500 a 3,000 pies, que desciende rápidamente hacia el mar. El borde de la meseta, que desde abajo parece una cadena de montanas, se llama la Sierra del Mar. Para llegar a la meseta desde las llanuras al nivel del mar nos fué necesario ascender unos 2,500 pies, y esto tuvo que ser en una distancia de seis millas, de modo que la pendiente media es de cerca de ocho por ciento desde la base hasta la cumbre de la inclinación. La línea ha sido construida, por lo tanto, en una serie de cinco declives, de las cuales son manejados los trenes por medio de guías de alambre, con una planta para la fuerza motriz y para el arrastre en cada declive, y para la seguridad, no sólo el ''freno locomotor'' que va conectado como último vagón al extremo de cada tren ascendiente y descendiente, sino también por el movimiento simultáneo de trenes procedentes de direcciones opuestas y por otros muchos artificios que no es necesario describir. Todos ellos juntos son lo bastante para garantizar seguridad. La perfección y el acabamiento extraordinarios de las diferentes partes, no sólo de la superconstrucción del camino y de los rieles, sino también de las estaciones y de otros edificios y de los puentes de hierro y los trece túneles, además de los desaguaderos de teja que han sido instalados tan cuidadosamente por las inclinaciones abajo para llevar en conductos el agua de lluvia que de otra manera podría desprender la tierra suelta de la parte superior y aflojar los terraplenes abajo,—todo esto es prueba del éxito extraodinario y de la prosperidad de la línea como empresa mercantil. Después del de Panamá ha sido el ferrocarril más productivo en Sud América. Como los dividendos asignables a los accionistas están limitados, los directores gastan el capital sobrante en la adquisición no sólo de eficiencia y de seguridad, sino hasta de elegancia. El dicho, común entre los europeos en el Brasil, es que lo único que queda que hacer en el ferrocarril de San Pablo a Santos es dorar la cabeza de los postes del telégrafo.

El paisaje que vimos magníficamente bien desde nuestros asientos, colocados en frente del vagón delantero, se presenta sumamente hermoso a medida que el tren serpentea por las empinadas inclinaciones, de las cuales puede uno ver abajo cañadas bien arboladas con cascaditas que descienden por entre hondonadas en medio de una profusión de altos helechos. Es un trecho de terreno muy húmedo y, antes de llegar a la cima, nos hallamos cubiertos por nubes y una lluvia fuerte, de modo que perdimos las vistas más bonitas, que son las que se ven desde arriba mirando hacia el valle principal y al lejano océano. En la cumbre le parece a uno perder de vista las montañas, pues se halla en tierra plana sin bajada al otro lado del monte. El tiempo aclaró luego, y a través de un llano undulado escasamente arbolado, que en partes es un marjal descubierto y en otras está cultivado, pudimos distinguir picos lejanos que descollaban distintos y claros en el aire menos húmedo. El que haya viajado en España del norte al sud recordará una transición, de igual manera repentina, cuando el tren, después de subir por las montañas al sud de Santander, calado por las lluvias que vienen constantemente de la bahía de Vizcaya, sale a la rasa meseta seca de Castilla la Vieja.

El tren, marchando a toda velocidad por el camino completamente uniforme que posee este ferrocarril tan excelente, nos condujo después de un viaje de cincuenta millas a la ciudad de San Pablo, la ciudad más activa y más progresiva del Brasil, aunque con menos de la mitad de la población de Río de Janeiro. Es una de las ciudades más antiguas del país, fundada en 1553 por un misionero jesuita. Los primeros pobladores, muchos de los cuales se casaron con indios nativos, fueron los progenitores de una raza en especial intrépida y enérgica, la cual, en busca de oro y plata, exploró el terreno y atacó a indios y a blancos, dondequiera que se encontrasen éstos, desde aquí hasta los ríos Uruguay y Paraná. En aquellos tiempos el gobierno portugués en Bahía, lejano y poco fuerte, se metía raras veces con sus súbditos. El ánimo libre de estos paulistas ha pasado a sus descendientes. Como viven en alturas sanas, han demostrado más actividad industrial y política que los

habitantes de cualquiera otro estado de la federación. Desde el año 1875 el cultivo de enormes trechos de terreno de café ha aumentado rápidamente la riqueza de la región y esta ciudad, su corazón y centro, ha cambiado de un pequeño lugar en una ciudad de cuatrocientos mil habitantes.

Se halla situada sobre varias lomas, de la más alta de las cuales se ven vistas encantadoras de las pintorescas cadenas al norte y del valle de su río, el Tiete. De su nacimiento a treinta millas del mar este río corre hacia el noroeste a unirse al Paraná y desembocar al océano más arriba de Buenos Aires, pues la vertiente de toda esta región, después de pasar la Sierra del Mar, es de este a oeste. La ciudad ha adelantado tanto que tiene ya pocos vestigios de la antigüedad, excepto en el centro, donde las calles angostas y tortuosas del distrito comercial tienen una variedad pintoresca que se halla pocas veces en las ciudades rectangulares del Nuevo Mundo. Las caras alertas y la apariencia de bullicio y movimiento, así como los hermosos edificios públicos que se levantan a cada lado, con un grande jardín bien arbolado en el centro de la ciudad, causan una impresión de energía y de progreso. El aire de la meseta es claro y penetrante y, aunque el sol de verano era caliente, pues estábamos en pleno noviembre, hacía fresco por la noche, y el invierno, que a veces trae consigo escarchas de poca importancia, restituye el vigor físico a los hombres. Fuimos en coche algunas millas para ver el edificio de la Independencia, edificio grande y macizo que desde su cima domina un vasto trecho de terreno undulado. Fué erigido para conmemorar la sublevación del Brasil del poderío de Portugal en 1822 y contiene uno de los frescos más grandes del mundo, en el cual Don Pedro de Braganza, regente del Brasil, rodeado de sus generales, proclama la independencia de la nación, pintura viva aunque teatral. Hay una colección de objetos de historia natural, así como de armas y ornamentos nativos, pero aquí y también en todo el Brasil y, en verdad, por lo general en la América del Sud, se sorprende uno de ver el poco interés que se tiene en todos los ramos de la ciencia, excepto los que tienen una relación práctica y valor pecuniario. Tomando en cuenta el enorme campo

de investigación que presenta este continente y el adelanto que se ha hecho en la historia natural científica durante los ultimos sesenta años, demasiado poco es lo que se ha hecho aquí para colegir o arreglar y clasificar los especimens ilustrativos de la naturaleza o del hombre prehistórico y salvaje. Las colecciones son por la mayor parte inferiores a las de los museos europeos de hace setenta años. Debe decirse, en cambio, que el estado de San Pablo ha dado un ejemplo admirable al resto del Brasil en la provisión liberal que está haciendo para sus escuelas elementales.

Muchos inmigrantes de Italia han entrado en el estado y en la ciudad en la última decada, y ahora contribuyen a la prosperidad de ambos con su trabajo. Hay relativamente pocos negros; son los italianos los que hacen la mayor y la mejor parte del trabajo. Los negocios más importantes, comerciales e industriales, pues hay ahora muchas fábricas, están principalmente en manos de extranjeros, italianos, alemanes e ingleses y algunos franceses, condición que acelera el progreso material y permite que los brasileños nativos o portugueses se dediquen más libremente a la política, esfera de acción a la cual, como ya se ha dicho, los paulistas modernos han traído la energía de sus antepasados. El estado es no sólo el más próspero, sino también el más influyente de la república. De cualquier manera, con los paulistas y los extranjeros, la ciudad y el estado son comunidades vigorosas y el verlas saca al viajero del error común de que los sudamericanos son negligentes y flojos.

El ferrocarril—manejado por el gobierno—de San Pablo a Río se dirige al principio por ese alto terreno undulado que se halla detrás de la escarpa que está de frente a la costa. Su variedad de superficie, y sus trechos de selvas, con árboles hermosos aunque raras veces altos, lo hacen muy bonito y hay vistas fugaces de la cadena de montañas al oeste, una de cuyas cumbres es la más alta de todo el Brasil. La línea, al acercarse a la costa, empieza a descender, pasando a lo largo del borde de hondos desfiladeros donde el herbaje verde claro y la vegetación lozana contrastan con el rojo obscuro del suelo, producido por la descomposición de rocas graníticas. Después de la severa aridez de los valles

andinos de Argentina y de Bolivia y del rigor de la fría Patagonia había un no sé que confortante en esta exuberancia en la vegetación, esa realización de que la naturaleza hace lo más que puede para proporcionar al hombre una oportunidad de vivir feliz y contento. El tren desciende rápidamente por una barranca larga y pasa por cerca de muchas cascadas hasta que al fin la barranca se convierte en un valle ancho que se extiende hasta las inmediaciones de Río de Janeiro.

¿Cómo vamos a describir a Río? Yo había leído una veintena de descripciones, mas ninguna me había preparado para la verdad de lo que Río es. ¿Cómo podría tener más éxito una nueva descripción? Su bahía ha sido comparada a la de Nápoles, Palermo, Sidney, San Francisco, Hongkong y Bombay, así como el Bósforo. No se parece en nada a ninguna, excepto en ser bella, ni me figuro que se parezca a ninguna en el mundo. Imagínese uno el fondo del valle Yosemita, o el del valle de Auronzo en los Alpes venecianos, lleno de agua, y el efecto sería algo semejante al de la bahía de Río. Sin embargo, faltaría la lozana vegetación y el panorama de las lejanas montañas y la realización de la presencia del océano azul fuera de los cabos que guardan la entrada.

El nombre (Río de Enero) sugiere un río, pero esto fué un error de los descubridores portugueses, pues son sólo corrientes insignificantes las que desembocan en esta gran ensenada. Es un golfo cercado de tierra, de veinte millas de largo y de cinco a diez de ancho, al que se llega desde el océano por un estrecho de menos de una milla de ancho entre promontorios peñascosos en los cuales se han erigido fuertes. Al lado del norte y dentro de la entrada está la villa de Nictheroy cuyo nombre conmemora una tribu de indios extinta desde hace muchísimo tiempo. En frente de ella hay peñascos escarpados y detrás se levantan altos montes.

La ciudad de Río se halla situada al lado del sud del golfo, en su mayor parte adentro, aunque ya se han desarrollado dos o tres suburbios que tiran a la mar a través de una garganta de tierra. La ciudad se extiende a lo largo de la costa por cinco o seis millas, ocupando todo el espacio entre el agua y las montañas al interior, y

está dividida en varias secciones por lomas empinadas que descienden de las montañas y sobresalen al mar. El litoral es sumamente irregular, pues retrocede entre estos promontorios sobresalientes formando ensenadas, de manera que cuando uno mira a Río desde a cierta distancia de la costa, o desde las montañas al interior, parece una continuación de villas situadas al rededor de ensenadas y separadas unas de otras por eminencias arboladas. Todas estas secciones están unidas por una hilera de avenidas casi paralelas a la costas, de manera que la ciudad a veces se estrecha hasta unas doscientas varas, a veces se ensancha donde hay un trecho plano entre el mar y las montañas, y a veces sube por las laderas y mezcla sus casas blancas con las alamedas que cubren los lados de aquéllas. Detrás del todo está la muralla montañosa, cubierta en su mayor parte de bosques lozanos, pero en otras en forma de precipicios de granito gris o de simples columnas de roca. Así es que Río está encerrado entre montañas y bahías. Apenas hay un lugar de donde no se vea al final del panorama o la ondulante verdura del bosque o el azul espumoso del mar.

Hay otras ciudades donde las montañas que se levantan al rededor forman un fondo magnífico y rejuvenecen el corazón de los habitantes que se han acostumbrado a amarlas. ''Alzaré la vista a las montañas de donde me viene ayuda''. Tales ciudades son Atenas y Esmirna, Génova y Palermo, San Francisco y Santiago de Chile. Pero en Río las montañas parecen ser casi parte de la ciudad, pues ella se adhiere y se sobrepone al rededor de sus riscos de igual manera que el mar abajo se sobrepone al rededor de los cabos que sobresalen a la bahía. Ni ve uno en ninguna otra parte figuras tan extrañas levantarse directamente de los patios y los jardines de las casas. Apenas puede uno apartar la vista de las dos más curiosas entre ellas, las cuales son también las más prominentes por todos conceptos. El Pan de Azúcar es un cono de granito raso, tan empinado que puede ser ascendido sólo por una parte y por los trepadores más intrépidos, y se halla en la loma entre la bahía y el océano. El otro pico, el Corcovado, es más alto y es una columna de roca vertical algo parecida a la Aguja de

Dru,* y se eleva por sobre las casas a una altura de más de dos mil trescientos pies. Formas montañosas tan extrañas dan al paisaje de la ciudad un aspecto raro. Son cosas para soñar, no para describir. Recuerdan a uno esos fragmentos de paisajes roqueños fantásticos que le gustaba a Leonardo de Vinci poner como fondos de sus obras, aunque las rocas de Río son más altas y también más duras. Podría ser que un pintor creyese que los paisajes son demasiado raros para ser pintados y, en verdad, pocos pintores podrían manejar un lienzo tan grande como el que sería necesario para reflejar la impresión que causa el panorama general. Con todo, lo grotesco de las formas se desvanece en el esplendor del conjunto—abundancia de sol, una playa de una blancura reluciente, un mar de azul de turquesa, un bosque plúmeo pronto a caer de los peñascos sobre la ciudad en una cascada de vivo verdor.

Al hombre le es difícil construir una ciudad digna de tales contornos como los que la naturaleza ha otorgado a Río. Con excepción de dos o tres calles antiguas en el distrito mercantil cerca del puerto y del arsenal, Río es una ciudad moderna y su carácter pintoresco proviene de los contornos variados de la costa y de las montañas y de los jardines esparcidos por todas partes. Una hermosa vía pública moderna, la Avenida Central, ha sido abierta por lo que era anteriormente un grupo de casas mezquinas y tiene el efecto alegre de un paseo parisiense. Los montes que se levantan aquí y allí están coronados por quintas rodeadas de árboles; y en una calle hay dos hileras de magníficas palmas reales, con troncos derechos y uniformes coronados con penachos de verdura. Al extremo oriental de la ciudad la bahía semicircular de Botafuego se halla rodeada por una espléndida ribera con muchas palmas, de cuyo antepecho se ve la mejor vista general de la entrada a la bahía y de las alturas detrás de Nictheroy, hasta los Montes Órganos que se levantan en forma de una hilera de picachos altísimos a treinta millas de distancia.

En una ciudad como ésta el viajero no tiene que buscar iglesias del siglo diez y seis o curiosas casas antiguas del tiempo colonial. Le basta los contornos tan notables de

* Enfrente del Montanvert en Chamuni.

los edificios. La luz viva y las sombras obscuras y los colores variados de las paredes y de los techados de las casas, las flores de color de escarlata que trepan por las paredes y las grandes y relucientes hojas verdes obscuras de los árboles que llenan los jardines, con fondos incomparables de roca y del mar—todo esto es bastante para hacer a las calles encantadoras.

Los alrededores no son menos amenos. El Jardín Botánico a eso de una milla de distancia ha sido famoso por mucho tiempo a causa de su magnífica alameda de palmas reales, cada una de cien pies de alto y todas producto de las semillas de una que fué plantada hace cien años, cuando el rey de Portugal tuvo su corte aquí. Pero puede mostrar otras cosas tan hermosas y aun más interesantes para el botánico. Ni siquiera el jardín de Calcuta contiene una colección de árboles tropicales más notable, y sus paisajes del follaje y de cuevas frondosas abovedadas por altos bambúes son encantadores. En cuanto a la situación, por supuesto que no existe comparación; pues en Calcuta, como en nuestro propio Kew (quiu), todo es plano, mientras que aquí los precipicios del Corcovado a un lado y los despeñaderos aun más grandiosos del Tijuca y del Gavea al otro se levantan a miles de pies en el espacio.

Una excursión más larga al sur de la ciudad nos lleva después de un paseo de cinco horas por entre una continuación de paisajes montañosos sin rival aun en el mismo Brasil. Un camino sube serpenteando por la ladera por entre cañadas frondosas, donde las plantas trepadoras y los helechos arborescentes llenan el espacio entre los troncos de los árboles corpulentos. De vez en cuando el camino sale a la cima de una loma y puede uno mirar abajo el abismo profundo del bosque inundado por la nebulosa luz del sol. Por entre un laberinto de valles llega uno a un claro en el bosque, más arriba del cual se ve el magnífico pico de Tijuca y aún más allá, y más alto, el sorprendente Gavea, torre de granito de lados rectangulares y de cima plana. Por sus contornos distintos estos picos recuerdan a uno los que se hallan alrededor del Mar de Hielo en Chamuni. Estas morenas y moles de piedra caídas están amontonadas en las bases de estas agujas y no hay nada que interrumpa la desnu-

dez inculta de sus lados, excepto los bancos de nieve en sus desagües. Los picos se levantan aquí de un ondulante mar de verdura. Lo escarpado de sus laderas parece desafiar al trepador; sin embargo, en sus frontales hay grietas bastante grandes para que crezcan arbustos en ellos con la ayuda de los cuales podría un hombre intrépido subir a la cima. La naturaleza, después de haber cortado estos picos en precipicios aterradores, se puso a adornarlos con plantas trepadoras, a hallar pie firme para árboles en peñascos angostos y a cubrir la superficie con los vivos matices de musgos y de líquenes y a llenar las grietas y las hendeduras con helechos y flores colgantes que ondean y se inclinan con la brisa. Un poco más adelante, desde la cima de una brecha entre los picos, se ve de pronto el inmenso océano a mil pies abajo, su azul obscuro en un marco de verdes montes, con grandes oleadas que se precipitan hacia la arena blanca de la bahía y líneas de espuma que relucen al rededor de las islas roqueñas que se levantan en lontananza, semejantes a cimas de montañas sumergidas.

Aunque la bahía de Río fué descubierta ya en 1531 por el navegante portugués que creyó que su entrada era la desembocadura de un río, y aunque fué poblada poco después, primero por los franceses en 1558 y luego por los portugueses en 1567, la población aumentó lentamente, y no fué hasta el año de 1762 que el centro de gobierno fué trasladado a este lugar desde Bahía a setecientas millas más al norte. Ahora la población, calculada en un millón, es excedida sólo por la de Buenos Aires y en últimos años se ha procurado mucho mejorar la ciudad, su puerto y sus muelles. Se ha prestado aún más servicio por medio de medidas sanitarias que no sólo han desbastado los barrios bajos, sino que han suprimido casi por completo la fiebre amarilla y han reducido la mortandad por otras enfermedades tropicales. Río es ahora un lugar agradable para residencia en el invierno y la brisa del mar hace el clima deleitoso durante todo el año, excepto en los meses más calurosos que son enervantes para los europeos. Hace cincuenta años, Pedro II, emperador entonces, hizo construir una casa de verano entre las montañas que se levantan más allá del extremo más lejano de la bahía y este lugar llegó a

ser luego la "estación del tiempo caluroso", como dice el vulgo en la India, para las clases pudientes y para los representantes de las naciones extranjeras. Ahora que Río es más saludable no es tan necesario emigrar todos los años, pero el encanto natural y el aire mucho más fresco de Petrópolis—así se llamar el lugar—lo han conservado como lugar veraniego. Es un centro excelente para el naturalista así como para el aficionado a la belleza natural.

El ferrocarril de Río, después de atravesar el terreno bajo y pantanoso a lo largo de la orilla de la bahía por más de veinte millas llega hasta la base de la Sierra de los Órganos, los cuales forman parte de la cadena de la costa ya nombrada.* Estos montes de los Órganos, en forma de una hilera de torres de granito de una altitud de 7,300 pies, con las hondonadas entre sus picos cubiertas de una vegetación lozana, son un final magnífico del panorama que se ve de Río a todo lo largo de la bahía. Un botanista podría pasarse una semana muy agradable vagando por entre ellas en la estación cuando las lluvias no son fuertes. El ferrocarril sube hasta la sierra por su lado más bajo a unos 2,600 pies sobre el nivel del mar, descendiendo un poco al otro lado al nordeste de Petrópolis. La declive es tan empinada que es necesario arrastrar los trenes por medio de cuerdas de alambre. No hay nada que supere a la belleza del panorama que esta subida ofrece de la bahía con sus islas y hacia el sudeste hasta las montañas que rodean a Río.

Petrópolis es un paraje delicioso, anidado bajo montes empinados, con calles bien arboladas y umbrosas, e hileras de tiendas que procuran abastecer a los visitadores de verano a los que recuerdan los balnearios de los Pirineos o del Rin. Pero el encanto de sus contornos es mayor que el de cualquier lugar de Europa, pues no hay ninguno de clima templado que tenga paisajes de tales bosques y matices. Aquí, aun con más facilidad que en las cercanías de Río, puede uno explorar las cañadas y penetrar por los bosques a pie, por dondequiera que se halle un camino, pues el caminar por donde no haya vereda, abriéndose paso por entre la espesura de arbustos y de plantas trepadoras con un machete es una tarea casi

* Véase página 288.

imposible para un paseante solitario. No es tan fácil familiarizarse con las montañas como en Europa, pues el caminante no puede ir a donde se le antoje. La espesura del bosque se lo impide. No puede escoger una cumbre atractiva y determinar subir hasta ella para mirar la campiña, pues el subir a pie, y aun a caballo, es posible sólo por donde haya un sendero regular o una vereda bien marcada. Sin embargo, es un país agradable, que merece ser apreciado, y no es en escala tan vasta como las regiones de los Himalayas o de los Andes. Cuando vaga uno por los valles se le presentan continuamente nuevos paisajes hermosos al agruparse una y otra vez las montañas, con picachos de roca que surgen repentinamente de los bosques y se descubren nuevas cascadas formadas por arroyos, pues en esta región de lluvias toda oquedad tiene su corriente. Las alturas son suficientes para prestar cierta majestuosidad * al todo, y aquí y allí hay pastos extensos e inclinaciones peñascosas que se elevan hasta picos roqueños, mientras que el calor es templado por la altitud y por la brisa que nunca falta.

LLegamos a conocer aún algo más de la índole del país en una excursión que hicimos en el ferrocarril Leopoldina hasta el valle del río Paraíba y de vuelta subimos por una de sus cañadas tributarias hasta la sierra del litoral de donde bajamos a la costa hasta Nictheroy enfrente de Río. Por lo general no puede uno obtener buena impresión de la campiña, y menos de un bosque, cuando viaja en ferrocarril. Aquí, sin embargo, hay que aprovecharse del ferrocarril, porque son pocos los caminos y es dificultoso pasearse en coche por los que hay. Nuestro tren marchaba despacio y las lluvias habían bajado el polvo.

Este ferrocarril Leopoldina (propiedad de una compañía inglesa, y a los directores del cual debíamos muchos favores), desciende por un valle estrecho encorralado por montes empinados cuyos riscos y estribos saledizos cambian de un lado a otro el curso del río espumoso. A derecha e izquierda caen cascadas por sobre peñascos, las cuales van a aumentar las aguas del río. La mayor parte de las laderas son demasiado em-

* Las cumbres varían de 4,500 a 7,000 pies.

pinadas para poder ser cultivadas, pero aquí y allí se hallan pegadas a las declives grupos de casas al rededor de las cuales hay árboles frutales y sembrados de maíz o pequeños jardines. Por fin se ensancha la hondonada y salimos al ancho valle, rodeado de montes más bajos, del río Paraíba, uno de los principales en el lado del Atlántico del Brasil. Bajando por él, por medio de campos fértiles, nos paramos en una estación intermediaria para tomar caballos y viajar a una hacienda cuyo dueño hospitalario nos había invitado a que fuésemos a ver sus cafetales y su ganado. La casa, situada en una loma, con un jardín lindo abajo y una campiña encantadora al rededor y ocupada por una familia numerosa de hijos y nietos, presentaba una impresión grata de la vida rural brasileña. Era de verse aquí la simpleza con la abundancia, la hermosura de las alamedas y las flores, una naturaleza generosa, labradores, casi todos negros, al parecer satisfechos y apegados a su bondadoso amo. Una banda de negros salió a recibirnos tocando el himno nacional de Inglaterra. La plantación y los criaderos de ganado son administrados por el propietario y por su hijo, a quienes les da gusto hacer hacer todo de la mejor manera posible. Vimos el procedimiento, bastante elaborado y ejecutado por maquinaria, de lavar y secar el café, de separarlo según su tamaño y calidad, de descascararlo y despellejarlo antes de ser empaquetado y expedido para la venta. La siembra de café es muy empobreciente para el terreno. De vez en cuando hay que cultivar nuevas tierras y dejar las ya cultivadas en barbecho; y al día siguiente hubimos de ver muchos trechos anteriormente sembrados de café y que han sido dedicados para bosques porque el suelo ha dejado de ser bastante fructífero para el café. Se había preparado un gran trecho de terreno para plantar arbolitos de café, y se nos pidió que lo inaugurásemos plantando los primeros árboles, lo cual hicimos con acompañamiento de cohetes tirados por los negros en medio de la tarde. La afición a los fuegos artificiales, introducidos por los inmigrantes de la Europa meridional al Nuevo Mundo, llega a su colmo entre sus negros subordinados.

Dejando con pesar este hogar idílico, bajamos dema-

siado rápidamente por el valle del Paraíba. Todo el mundo sabe que no hay nada más hermoso que los paisajes que se ven siguiendo el curso de un río. Pero aquí nos pareció que no sabíamos antes lo que era un hermoso valle hasta ver este brasileño con su luz viva, con las sombras espesas de nubes tropicales que cubrían los bosques y los pastos y la ancha corriente que murmuraba en los parajes someros o reflejaba las nubes en su plácido seno. Los montes más cercanos que descendían gradualmente estaban coronados de villas agrupadas al rededor de blancas torres de iglesias; hacia el oeste se levantaban otras lomas una detrás de otra, desvaneciéndose sus formas en la confusa distancia. No es a menudo que se ve en los trópicos la inmensidad y la mezcla de sembrados de maíz y de praderas con bosques, todo lo cual forma el encanto de las campiñas sudeuropeas. Aquí el paisaje tenía esa cualidad italiana que es de notarse en Claudio y en los fondos del Tiziano, pero bañado por la luz más intensa del sol brasileño. En el Brasil, como en Méjico, paisajes espléndidos y románticos aguardan a un pintor digno de trasladarlos al lienzo.

Por fin, apartándonos del Paraíba, al cual sigue la línea principal hasta el mar, subimos por un ramal hasta un valle lateral, pasamos por grandes trechos de ásperos pastos hasta la región más alta de bosques espesos, y nos detuvimos en la noche en medio de una tronada que bramó, rugió y fulguró toda la noche como sucede a menudo en estas latitudes donde un banco de nubes se sucede a otro para renovar las descargas. Al día siguiente el ferrocarril, después de continuar alguna distancia por las alturas, bajó por un bosque más maravilloso por su lozanía que cualquiera que los que habíamos visto hasta entonces. Desde la cumbre vimos una selvatiquez de valles profundos, con el verdor ondulante de las copas de los árboles hendido por el blanco resplandor de las cascadas y con muchos montes y picos en lontananza, de cuyas cimas pocas habían sido holladas por pies europeos, pues es sólo los fondos de los valles lo que está poblado. Las vistas eran tanto más hermosas cuanto que los precipicios de las laderas por debajo de las cuales pasamos estaban goteando arroyuelos de la lluvia de la noche anterior, y las cascadas saltaban de

roca en roca y bajaban apresuradamente por causes espumosos en los fondos de las cañadas.

En la concavidad del valle está situada la tranquila villa de Nuevo Friburgo, llamada así porque fué poblada primeramente por una colonia suiza traída aquí hace muchos años para cultivar café. Estas aldeas brasileñas están construidas sin cohesión alguna, con sus casas diseminadas a lo largo de anchas calles, entre árboles extendidos, y ésta había conservado la compostura de sus primeros pobladores. Muchas de las plantaciones de café de hace cuarenta y aun treinta años han sido abandonadas y sus situaciones son ahora casi por completo indistinguibles del resto de los bosques. No se sabe aún cuanto tiempo se toma el terreno en recobrar su fertilidad primitiva, y como hay todavía bastante terreno virgen que está listo para ser cultivado, la cuestión es de más importancia para el propietario particular que para la nación en general.

Desde este valle risueño el ferrocarril sube a otro monte alto, y luego desciende de nuevo por un valle largo a la tierra plana que se halla detrás de la bahía de Río, saliendo por fin a la villa de Nictheroy enfrente de la ciudad.

Este largo viaje por las montañas por sobre las cumbres de los montes y a lo largo de los terraplenes cortados en sus laderas, de los cuales puede uno ver grandes trechos selváticos, completó la impresión que del bosque nos habían causado nuestras excursiones al rededor de Río y de Petrópolis. Considerados como parte de la obra de la naturaleza, estos bosques brasileños son más notables que los de los Himalayas orientales o de los montes Nilghiri en la India, más notables aún que aquel hermoso bosquecito de Hilo en el Hawai, el cual no puede ser olvidado por nadie que haya visitado esta isla extraordinaria. No es que sean muy altos los árboles brasileños. A mí me dijeron que más hacia el norte hay árboles cuyos troncos llegan a tener unos doscientos pies, pero aquí ninguno parecía tener más de cien pies y no había muchos que tuviesen tantos. Así es que en cuanto a la altura o circunferencia o majestuosidad en el aspecto, estos árboles de la Sierra del Mar no pueden

compararse ni con los llamados "árboles gigantescos"* de California ni tampoco con los pinos gigantescos de la cadena del Pacífico,† ni llegan a igualar a los bosques de la Sierra de las Cascadas más arriba del estuario de Puget, donde muchos de los abetos llamados de Douglas y de los llamados "cedros" llegan a tener hasta cerca de trescientos pies y algunos más. Pero sí tienen una maravillosa variedad y viveza de color en sus flores y sus hojas. Muy pocos de ellos—en esta región no pude ver ningunos—son coníferos, pero muchísimos son siempre verdes, cambiando sus hojas no todos al mismo tiempo, como los árboles caedizos de los países templados, sino cada uno a su propio tiempo, de manera que siempre hay algunos con hojas nuevas a tiempo que otros empiezan a cambiar. La variedad de matices no tiene límites, desde el lustroso verde obscuro de muchos árboles de los bosques hasta el verde claro de los bambúes. Algunas hojas tienen caras inferiores blancas las cuales, cuando son vueltas hacia arriba por el viento, son bastante relucientes para producir el efecto de flores; y un árbol común en estas montañas tiene un grupo de lo que parecen ser brácteas blancas al rededor del corimbo del extremo de sus retoños de flores. Las flores son aún más variadas y más relucientes. Estas pueden verse mejor desde arriba, pues los ramos más altos tocados por el sol son los que se abren mostrando flores en mayor abundancia. Aunque nosotros estuvimos allí demasiado temprano en la estación calurosa para poder ver los árboles florecientes en todo su esplendor, la viveza de color era deliciosa aún en noviembre. Los colores más comunes eran tal vez el amarillo y el blanco, pero había también matices vivos de rosa, de púrpura y violados. Las palmas que se levantaban aquí y allí, muchas a grande altura sobre los demás árboles, presentaban una variedad de matices y de formas, mientras que los espacios entre los troncos estaban cubiertos de helechos que tenían unos veinte pies de altura y de una profusión pasmosa de plantas trepadoras, colgantes y parásitas, muchas de las cuales ceñían los ramos con flores. Había muchas más de las que me pudieron nombrar, y como

* *Sequoia gigantea,* de las alamedas de Mariposa y de Calaveras.
† *Sequoia sempervirens.*

yo no tenía medios de averiguar los nombres científicos, no serviría de nada al lector el que yo diese los nombres portugueses comunes, en particular por la razón de que yo observé que el mismo nombre lo usaban a veces para diferentes plantas por tener color semejante.

En una región como ésta es donde empieza uno a realizar la energía asombrosa de la naturaleza. En los Andes vimos la potencia de las llamadas fuerzas inanimadas que obran desde abajo para sacudir la tierra y romper su capa sólida. Allí el calor, actuando sobre el agua, ha causado explosiones volcánicas y ha acumulado conos volcánicos como el Misti y el Tupungato y ha destruido por medio de terremotos ciudades como Valparaíso y Mendoza. Aquí el calor y el agua son también la fuerza y la materia sobre la cual obra la fuerza; pero aquí actúan para dar vida. Todo palmo de tierra está cubierto de objetos animados o que crecen. Mientras que los altos troncos se elevan hasta descollar sobre sus semejantes y permitir que sus retoños más altos muestren sus flores al sol, las plantas trepadoras finas como retoños de parra o las gruesas como el jagüey se adhieren al tronco y suben por los ramos y cuelgan de árbol en árbol como festones. Los troncos caídos estaban bien cubiertos de helechos y de musgos. Las orquídeas y muchas otras plantas parásitas se arraigan a los troncos vivos y los engalanan, aunque para su ruina final, con flores que no les son propias. Aun en la desnuda superficie de roca gneis, muy empinada para que pueda permanecer en ella la tierra, crece una planta con un grueso verticilo de hojas jugosas, la cual de cierta manera procura su subsistencia del aire y de la humedad y tiene sus raíces aferradas en pequeñas escabrosidades en la roca. Después que se han cortado los árboles hasta las raíces en un trecho de bosque, sólo bastan cinco años para que de nuevo se cubra el suelo de árboles y arbustos tan cerrados que apenas puede distinguirse el lugar de la parte del bosque al rededor que no ha sido cortada. Pero esta diligente actividad de la vida es apenas más maravillosa que la variedad de formas. Cada uno de los grandes bosques de Europa y de Norte América consiste de unas cuantas especies de árboles. En la Nueva Selva de Inglaterra, la más bonita de todas, se hallan

en un lugar principalmente abedules, en otro robles, mezclados quizá con abedules y espinos blancos. Los bosques de Maine y de Nuevo Hampshire se componen de meples y de abedules, de pinos blancos y de pinabetes y de abetos, con árboles menos comunes aquí y allí. En las majestuosas selvas de la costa del Pacífico raras veces se hallan en grandes cantidades más de tres o cuatro de las especies más importantes y creo que sucede lo mismo con los bosques de eucaliptos en Australia. Pero en esta costa brasileña no tiene límites la variedad. Los que han atravesado los bosques del Amazonas han declarado lo mismo. En éstos, así como en aquéllos, puede uno hallar en un radio de ochenta varas, cuarenta clases de árboles lado a lado, de especies que pertenecen a diferentes familias y de miles de formas y de matices en sus hojas y flores. No satisfecha con la abundancia en la producción, esta energía creativa de la naturaleza persiste en demostrarse también por medio de una variedad de formas sin límites. ¿Explican algunas de las leyes descubiertas por los naturalistas esta diferencia notable entre regiones donde las condiciones son semejantes?

Luego que hubo sido propuesta la doctrina de la "lucha por la existencia" por dos grandes naturalistas que habían visto, uno la América del Sud y el otro las islas tropicales del Oriente, los hombres empezaron a reconocer y a observar la operación de la regla en todas las partes de la tierra hasta que en los desiertos áridos o en el helado norte se llegó a una tierra donde la vida misma estaba extinta. Pero es en el Brasil donde se ve el tal principio en la plenitud de su acción. Aquí, donde la naturaleza es tan pródiga, tan diversa, agitándose tan continuamente como las oleadas de un mar grueso, esta ley de la acción de la naturaleza parece dar testimonio en cada hoja susurrante y el bosque lo proclama con millares de voces.

Vagando por los alrededores de Río y observando los característicos materiales del terreno que ocupa, los montes roqueños y los promontorios y las islas, el viajero se recuerda de las ciudades históricas de Grecia y de Italia, y naturalmente se pregunta: Suponiendo que Río hubiese sido una de esas ciudades ¿dónde ha-

bría estado situado el Acrópolis, dónde se habrían reunido sus ciudadanos en asamblea antes de precipitarse a acometer un tirano, y a qué fortaleza rodeada por el mar hubiera el gobernante mandado sus prisioneros por mar como los emperadores romanos del Oriente cogían a sus enemigos y los mandaban en destierro al Bósforo? Además, recordándose que pocas calles o montes en Río tienen asociaciones históricas con el pasado, se pregunta si existirán tales asociaciones en el porvenir y si las insurrecciones y contiendas cívicas harán famosos a algunos de estos parajes. En ciudades antiguas como Florencia, París y Edinburgo los recuerdos históricos forman gran parte de su interés. ¡Qué parte tan prominente está asociada con la Torre de Londres y con Westminster Hall! Mas resultó que durante nuestra permanencia en Río acaeció un incidente que vino a probar que la apariencia apacible de las cosas puede ser, aun en nuestro tiempo, perturbada por pasiones violentas, y fué un incidente que reveló una nueva especie de peligro a que puede ser expuesta una ciudad marítima por modernas máquinas de guerra en tiempo de lucha civil.

El mismo día en que habíamos de embarcarnos para Bahía y Europa salimos por la mañana temprano de Petrópolis para bajar por tren hasta Río, y oímos en la estación rumores de revolución, rumores confusos, pues nadie podía decir de donde provenía la revolución, si en verdad la había de haber, o en contra de quien iba dirigida. Cuando llegamos a Río el aspecto de la situación empezó a aclararse. No era una revolución política, ni un pronunciamento militar, sino un motín marino. Las tripulaciones, casi enteramente de negros, de los dos grandes acorazados que el gobierno brasileño había pedido y comprado recientemente a una casa constructora de buques inglesa, y que hacía poco que habían llegado al puerto, se habían rebelado durante la noche. El capitán de uno de los buques, el "Minas Geraes", había sido asesinado por la tripulación al subir a bordo a su vuelta de un buque francés donde había cenado. Se decía que primeramente había sido acribillado con bayonetas y que luego su cuerpo había sido hecho pedazos con hachas. Algunos de los otros oficiales habían sido muertos, los demás habían sido llevados a tierra. Los únicos blancos que que-

daban a bordo eran algunos ingenieros ingleses detenidos por fuerza para que manejasen las máquinas. Las tripulaciones de un crucero y de dos pequeños buques de guerra se habían aliado a las ya amotinadas. Los buques estaban en poder de las tripulaciones, aunque se creía que obedecían órdenes de sargentos o cabos, negros también, y estaban comandadas por un negro llamado Juan Cándido, hombre grande, enérgico y determinado, quien había demostrado su comprensión de la situación mandando echar al agua todo el licor que había en el Minas Geraes. Las injusticias alegadas por los marinos eran poco sueldo, demasiado trabajo y la frecuencia del castigo corporal. Había rumores que ligaban los nombres de hombres políticos de importancia con la rebelión, pero, que se supiese entonces o más luego, no había motivo para tales sospechas. El motín parece haber sido el resultado de acción espontánea por las tripulaciones, las cuales, como ya se dijo, acababan de llegar de Lisboa, últimamente teatro de una revolución, y pudieron haber sido contagiados allí por ella. Al demandar reparación de las injusticias, que habían de ser acompañadas, por supuesto, del indulto para todos ellos, los amotinados amenazaron destruir la ciudad, dando fuerza a su amenaza con algunos tiros de cañón (aunque, sin embargo, no de los más grandes). Uno de los tiros mató a dos niños, y varias otras personas fueron heridas.

El aspecto de la ciudad estaba algo menos alterado de lo que podía esperarse. Marchaban algunas tropas, por aquí de infantería, por allá de caballería. Por las calles se veían pocos carruajes y pocas mujeres. Los negocios estaban flojos, y en las esquinas de las calles había grupos de hombres que hablaban, al parecer comunicándose los cuentos y las sospechas y conjeturas de causas invisibles que llenaban el aire. Todo el tráfico marítimo del otro lado de la bahía había sido paralizado por los amotinados, quienes habían forzado también la rendición de uno de los puertos de la entrada. Paseándome bajo las palmas por la explanada de Botafuego llegué hasta una batería de artillería de campo con los cañones dirigidos hacia los dos acorazados el Minas Geraes y el San Pablo en contra de los cuales sus tiros hubieran sido inútiles como bolas de papel. Los grandiosos monstruos de un color

gris amarillento acabados de llegar del astillero de los Armstrongs en Newcastle, tenían enarbolada la bandera del Brasil, pero en la proa tenían también la bandera roja de la revolución. Así se pasó el día, disminuyéndose el terror aunque aumentando el sentimiento de impotencia. Almorzábamos en casa del señor ministro del Estado—éramos pocos, pues mirando por su seguridad no habían venido las señoras que habían sido invitadas—cuando de repente empezó a oírse el ronco estampido de los cañones, lo cual continuó a intervalos durante la comida. Cuando nos hallamos de nuevo en la calle supe que los dos acorazados estaban bombeardeando algunos torpederos, cuyas tripulaciones eran aún leales, que se les habían acercado. La puntería era mala, y no acertaron a tocar a ninguno de los torpederos, pero éstos se apresuraron prudentemente a entrar en la bahía en agua somera a donde no podían seguirle los acorazados. Y así pasaban las horas y todo el mundo continuaba preguntando. "¿Qué vamos a hacer?" "No podemos matar de hambre a los amotinados"—decían los hombres—"pues han amenazado destruir la ciudad si se les rehusa comestibles, y la ciudad está en su poder. Con esta amenaza nos han obligado a darles agua. No podemos volar sus buques con torpedos, en primer lugar porque han puesto mallas para torpedos al rededor de sus cascos, y en segundo lugar porque sería cosa grave destruir propiedad por la cual hemos pagado con buena parte de nuestras rentas públicas. ¿No parece como si tuviésemos que rendirnos a los amotinados? ¿Qué otra cosa podemos hacer?" Poco más tarde empezó de nuevo el bombardeo y yo subí al tercer piso del consulado inglés para ver lo que pasaba. Los buques estaban bombardeando el cuartel naval en la Isla de las Serpientes en el puerto, y la isla contestaba, hallándonos nosotros bastante cerca para ver la llamarada que salía de la boca de los cañones antes de oírse el estampido. Anclado en la bahía se hallaba el vapor inglés por el cual habíamos de embarcarnos para Liverpool. Los lanchones que llevaban carbón para su abastecimiento fueron embargados por los amotinados, pero nuestro vapor tenía bastante carbón para llegar hasta Bahía. La dificultad consistía ahora en que los pasajeros llegásemos hasta

él a través de la línea de fuego. Sin embargo, al fin se mandó un bote de la playa con bandera de parlamento y el San Pablo consintió en dejar de cañonear y permitir a que los pasajeros subiésemos a bordo del buque inglés. Así fué que nos metimos en una lancha la cual, con la bandera del consulado enarbolada, atravesó la zona peligrosa sin que le ocurriese nada. Era nuestra única oportunidad, pero todos nos alegramos de hallarnos por fin a bordo, pues si se le hubiese antojado a uno de los negros cañoneros disparar una vez más hacia la Isla de las Serpientes, la bala mal apuntada podría haber dado en la lancha y hundirla. Cuando empezamos a navegar lentamente hacia mar arriba el magnífico San Pablo se acercó a nosotros y pudimos ver sus cubiertas llenas de negros y la bandera roja enarbolada aún. "Un bosquejo de negro y rojo" dijo alguien. Fuera de la entrada se hallaban el Minas Geraes y el Bahía, para protegerse de los torpedos y también para guardar la entrada de la ensenada. En la luz apagada de un ocaso gris, con nubes cerradas sobre el Corcovado, aunque la altísima atalaya del Pan de Azúcar podía verse aún por entre las espesas sombras, nos volvimos hacia el norte y nos despedimos de Río. Dos horas más tarde, mirando atrás en una noche sin luna, podíamos ver aún, de más abajo del horizonte, el destello de los proyectores que el Minas Geraes dirigía por todo el mar al rededor para guardarse en contra de la llegada furtiva de un torpedero leal.

Pocos días más tarde supimos en Pernambuco que se había restablecido la paz. Las cámaras decidieron conceder el indulto después de hacer discursos elocuentes sobre la nobleza de la indulgencia y prometió remediar los agravios de los amotinados. Luego estalló otro motín el cual, después de causar la muerte de muchas personas, fué suprimido con severidad, pero estos acontecimientos ocurrieron cuando ya nos hallábamos lejos, cerca de las playas de Europa, y por eso no tengo nada que decir de ellos.

La costa por alguna distancia hacia el norte de Río continúa siendo alta, pero los vapores marchan muy hacia alta mar para que puedan verse sus primores. Antes de acercarse el vapor a Bahía las montañas han retrocedido ya y en esta ciudad, aunque aun se ven alturas pinto-

rescas, se hallan muy hacia el interior y figuran apenas en el paisaje. Aun más al norte, en dirección de Pernambuco, y en la mayor parte del camino al noroeste hasta Pará, la costa es mucho más baja. La ensenada de Bahía es de hermosura singular por su extremo recorrido, así como por el verdor que orla sus estuarios y las vistas de montes distantes iluminados por el sol. Ni deja de tener interés la ciudad, que fué por mucho tiempo la capital del Brasil; pues, aunque ninguno de los edificios tiene mucho mérito arquitectural, las calles y las plazas tienen una apariencia curiosa y anticuada y muchas casas no han sido renovadas desde el siglo diez y ocho. La ciudad alta se extiende a lo largo de un peñasco empinado, a unos sesenta u ochenta pies sobre la ciudad baja, la cual consiste de una sola calle, más sucia que pintoresca, que ocupa la banda estrecha entre el puerto y el peñasco. Aquí, aun más que en el parisiense Río de Janeiro, ve uno reproducidos los distintivos conocidos de una ciudad portuguesa, calles estrechas e irregulares, casas, muchas de las cuales son altas, techadas con tejas rojas, y pintadas con toda clase de jalbegues, rosado, verde, azul y amarillo. A veces toda la fachada o los lados de una casa están cubiertos de tejas azules o de color pardo amarillento, distintivo de las ciudades portuguesas—es cosa muy frecuente en Oporto y en Braga—el cual se remonta a los tiempos moriscos. Pero en la población hay un contraste aún mayor entre esta parte y el sur del Brasil. En San Pablo hay pocos negros, en Río no hay muchos, pero en Bahía casi toda la población parece ser negra. Es lo mismo que si estuviese uno en África o en las Antillas. Sucede esto también en Pernambuco y en verdad por toda esta región hasta la desembocadura del Amazonas.

Como esta región está llena de negros, así como San Pablo lo está de blancos, y sabiendo que a mil millas más hacia el oeste se halla un distrito enteramente indio, empieza uno a realizar que inmenso país es el Brasil, bastante grande para ser dividido entre diez y seis países como Francia. Si hubiese límites naturales, esto es, tales formas materiales como sierras de montañas o desiertos, para dividir esta región en secciones, las partes pobladas del Brasil podrían haber sido divididas antes de

ahora en distintas comunidades políticas. Tal como es, sin embargo, no hay esas divisiones naturales, y si la república llegase a separarse en diferentes partes sería a causa de las diferencias en la población o de algún conflicto de intereses materiales que forzase tal división.

¿Cómo sucede que un país tan inmenso ha venido a caer en manos de una población tan limitada, pues apenas se pueden contar siete millones de verdaderos brasileños blancos?

Lo que sucedió fué que los franceses, ingleses y holandeses, teniendo bastante que hacer en Europa, no prosiguieron en sus propósitos de ocupar el país con bastante persistencia y fuerzas adecuadas y por eso perdieron las partes que habían tomado. Y así les fué posible a un puñado de portugueses en la costa del Atlántico enviar pequeñas colonias a las regiones desocupadas del interior, y como no había habitantes civilizados que se les opusiesen, pudieron continuar adquiriendo derecho a las mismas sin ninguna oposición hasta que se encontraron con las avanzadas del gobierno español, las cuales habían venido del Pacífico a través de los Andes, así como los portugueses habían avanzado del Atlántico. Ni los portugueses ni los españoles habían sido tan numerosos para poder colonizar esta región interior del continente y así permanece (con excepción de algunos puestos de negocios en los ríos), una selvatiquez despoblada.

Sin embargo, aunque el Brasil es materialmente un solo país, contiene regiones diferentes por el clima, recursos crematólogicos y por la población. En pocas palabras procuraré describir la índole de cada una de ellas.

La parte más al norte a lo largo de la frontera de Guayana y también a lo largo de gran parte de la costa entre la desembocadura del Amazonas y el cabo de San Roque es la menos apreciable, pues grandes trechos de ella son pedregosos, y no son infrecuentes las secas prolongadas. La región más septentrional ha sido poblada apenas.

La parte oriental del centro, que consiste de las cadenas de montañas y de las mesetas nombradas en la página 288 a la par que de inclinaciones que descienden a todos lados de estas alturas, es una región de grandes

recursos naturales donde pueden cultivarse toda clase de cosechas y de frutos tropicales. La mayor parte de ella es saludable y gran parte no es demasiado caliente para que puedan trabajar y prosperar en ella los blancos, y los magníficos bosques, no menos que las minas, harán de las montañas una fuente de riqueza tan importante como los trechos más planos. Su gran inconveniencia es la escasez de jornaleros blancos y la ineficacia de los obreros negros.

De esta región tropical se pasa imperceptiblemente a la región templada que consiste de los estados de San Pablo, Paraná, Santa Catalina y Río Grande, parte del país no menos fértil que la tropical y más conveniente para los europeos. Allí se pueden cultivar todos los productos subtropicales; también hay bosques; y como el terreno no ha sido preparado aún para el cultivo, hay pastos abundantes y excelentes para toda clase de ganado. Así como la parte oriental de la región central produce algodón y azúcar, esta región meridional es la tierra del café y del ganado—del café en su parte más septentrional, del ganado y de cereales en la más meridional.

Quedan aún las vastas extensiones de terreno en el oeste y el noroeste, tan imperfectamente exploradas aún que es difícil calcular su valor crematológico. De los bosques del Amazonas, las Selvas, tendré algo que decir en otro capítulo.* Esta es la región de otro producto principal brasileño—el caucho. La mayor parte de la región donde el Brasil confina con Bolivia, región muy plana o un poco undulada, en partes herbosa, y en otras cubiertas de bosques o matorrales, parece ser utilizable para el cultivo o para la ganadería. Al presente es dificultoso el acceso a ella y los mercados se hallan distantes, pero cuando sean poblados más los distritos del Brasil, del Uruguay y de Argentina que están situados entre esta región y la costa, entonces le llegará su turno.

Considerando el Brasil en su conjunto, no hay grande país poseído por un raza europea en todo el mundo que tenga su inmensa proporción de tierras utilizables para la manutención del hombre y para la industria productiva. En los Estados Unidos hay desiertos, mientras

* Capítulo XVI.

que gran parte del extenso imperio ruso es un yermo y gran parte una extensión glacial. Pero la naturaleza no ha otorgado a los portugueses del Brasil nada de que no pueda sacar provecho el hombre. Esta posesión fué mucho más de lo suficiente para compensar al pequeño reino por la pérdida del imperio que empezó a edificar en la India en el siglo diez y seis, antes de que llegasen los malos tiempos después de la muerte del rey Sebastián.

Sin embargo, la prosperidad material de un país no depende tanto de sus recursos naturales como de la índole del trabajo invertido en su desarrollo y del talento que dirige a los obreros. En este punto el Brasil no ha sido tan afortunado. Cuando los portugueses poblaron al principio el terreno de la costa, forzaron a los indios a trabajar para su provecho y por su severidad aniquilaron en muchos lugares a la mayor parte de la población nativa. Empezaron a importar negros cerca del año 1660, pero no en grandes cantidades hasta que el descubrimiento de minas de brillantes y de otros minerales creó una demanda repentina de obreros. Después de esto hubo una gran importación de esclavos, para el trabajo agícola así como para el minero, de todas las posesiones portuguesas en África y especialmente de las regiones del Congo; y esto continuó, aunque en pequeña escala últimamente, hasta nuestro tiempo. Se dice que entre 1825 y 1850 fueron desembarcados en el Brasil 1'250,000 esclavos y consignaciones de ellos vinieron aún más tarde. Así es que la clase obrera de la región tropical, contando las ciudades de la costa, llegó a ser en su mayor parte negra, siendo especialmente predominante en el norte. La esclavitud fué abolida poco a poco, consumiéndose por fin en 1888. Por algún tiempo el cultivo de las plantaciones fué perjudicado a causa de esto, pero al fin la mayor parte de los libertos reanudaron su trabajo. Con éste se cultiva hoy el algodón y el azúcar, aunque viven holgadamente y a menudo están satisfechos de trabajar solamente lo necesario cada semana para proveerse de alimento y de otros escasos requisitos para la vida. Aquí, como en otras partes, la raza es alegre e irreflexiva, ocupándose poco del porvenir, y es aficionada a las diversiones más pueriles que

pueden imaginarse. Es amable y obediente, pero excitable hasta ser temible, y es fácilmente desmoralizada por el licor. Los hacendados no puedan contar con sus empleados, los cuales dejan de presentarse a trabajar cuando se sienten más perezosos que de costumbre y, si no se hallan satisfechos, buscan empleo con otros hacendados, quienes, por ser tan escasos los obreros, acogen la oportunidad de emplear a todos los que se presentan en busca de trabajo. Entre ellos hay muchos nacimientos, pero muchos niños mueren en la infancia, de manera que, considerando el país en su conjunto, los negros no parecen aumentar más rápidamente que las otras clases de la población.

Tales son las condiciones en las regiones del algodón y del azúcar: volvamos ahora a los estados meridionales de la república, cuyos productos principales son el café, el ganado y los cereales. En ellos, especialmente en San Pablo y en Río Grande, las condiciones son completamente distintas. La cantidad de negros nunca fué considerable en ellos, ni tampoco aumenta. Debido a la elevación del terreno y al sol menos caliente no hace demasiado calor en ninguno de los dos estados y por esto los inmigrantes europeos pueden trabajar, prosperar y ser felices. Así es que los europeos se han atropado en esa región. Entre 1843 y 1859 fueron de Alemania a Río Grande del Sur unos veinte mil inmigrantes, y se dice que hay ahora unos doscientos mil, los cuales forman una comunidad bien unida que conserva sus costumbres nacionales y maneja sus propios asuntos sin intervención alguna de parte del gobierno central. En efecto, la comunidad está dispuesta a oponerse a tal intervención y a "manejar las cosas" a su firme manera alemana. Aun más grande es el número de italianos que en años más recientes han inmigrado a estos estados meridionales. Los obreros en las grandes haciendas de café en San Pablo son casi todos italianos; y en Río Grande han llegado a hacerse aldeanos pudientes que viven con menos comodidad que sus vecinos alemanes, pero que trabajan tan asiduamente. Esta clase superior de la población ha tenido gran parte en hacer los estados meridionales la región más progresista del Brasil. Si los italianos y los brasileños nativos del sud, los cuales

tienen menos sangre negra que los de los estados centrales, continúan esparciéndose y poblando los distritos del sudoeste poco poblados aún, probablemente harán prosperar esa región también. La ganadería en el sud es fomentada por gauchos muy semejantes a los del Uruguay o de Argentina. Se dice que han transmitido su afición a los caballos a los alemanes y a los italianos, de manera que en días de fiesta hasta las mujeres de esas razas se presentan a caballo, lo cual sorprendería a sus paisanas aldeanas que se han quedado en sus hogares nativos en Suabia o en la Lombardía.

El elemento extranjero en el Brasil es más importante por su actividad y su laboriosidad que por su número, pues probablemente llega sólo a poco más de un millón y la población total de la república es de diez y nueve a veinte millones. En 1910 entraron en el país unos 88,000 inmigrantes, la mayor parte de ellos italianos y el resto portugueses, españoles y sirios, éstos últimos en su mayor parte vendedores ambulantes de baratijas o comerciantes en pequeña escala que se establecen en las ciudades. El influjo de sirios que durante los últimos años pasados se han encaminado a Sud América y a las Antillas es un distintivo nuevo y curioso en las corrientes del movimiento étnico que distinguen nuestro tiempo.

Mas ¿qué hay que decirse de los brasileños mismos? Las influencias que tienden a hacer este pueblo diferente de su tipo original son contrarrestradas por la inmigración continua de Portugal, y de España también, pues aunque los españoles (con excepción de los gallegos) difieren materialmente de los portugueses, las dos razas no son tan diferentes una de otra como lo son de otras razas europeas. El brasileño es ante todo portugués en cuanto a su modo de pensar y a su carácter. Sin embargo, ha sido modificado por su mezcla con otras dos razas. La primera de éstas es la de los indios nativos. Los pobladores de San Pablo, así como de la región a lo largo de la costa del nordeste, a pesar de haber aniquilado la mayor parte de los indios en guerras o haciéndolos trabajar como esclavos, se casaron sin reserva con indias. Los hijos de esta mezcla se llamaban ''mamelucos'', vocablo oriental que parece curioso hallar aquí y que ya empieza a ser olvidado. En

el sur esta raza mezclada, así como los indios puros, han sido absorbidos por el resto de la población.* Es tan natural esperar hallar un pawnee en Filadelfia como un indio en Santos. En el norte los mestizos se llaman por lo general "caboclos", nombre dado al principio a los indios pacíficos, en distinción de los indios bravos; en esa región gran parte de la población agrícola es de esta raza mezclada.

La otra influencia modificante es la de los africanos importados. Cuando los primeros buques cargados de esclavos descargaron sus consignaciones en la costa del Atlántico, los indígenas de estos distritos habían sido aniquilados o absorbidos ya por la población portuguesa, y así la mezcla de sangre india y negra, la cual según se supone produce una clase de ciudadanos muy poco deseables, fué insignificante. Sin embargo, los casamientos entre los blancos y los negros han continuado aumentando, y los negros constituyen una buena parte de la población, mientras que los mulatos y los cuarterones forman una proporción mayor. Algunos observadores contienden que la gente de color, tomada en su conjunto, iguala o excede en cantidad a la gente blanca. La mezcla continúa, pues aquí, de igual manera que en el África oriental portuguesa, no hay sentimiento de aversión a la raza que se oponga a ello.† Los cálculos que puedan darse no serían más que conjeturales, pues la línea divisoria entre los de sangre mezclada de blanca y negra y los blancos no puede definirse ni con asomo de proximidad. Aun en los Estados Unidos, donde las condiciones permiten distinción más exacta, nadie puede decir cual es la justa proporción de los mulatos a la población total de color, ni cuantos cuarterones o mulatos muy claros

* Nadie sabe exactamente cuantos indios hay, pero el cálculo más común (probablemente exagerado), es que hay 2'000,000, la mitad de ellos paganos en los bosques del Amazonas, mientras que la raza mezclada consiste de 1'700,000 personas.

† Sir H. H. Jackson (en su libro "El negro en el Nuevo Mundo") calcula que los negros puros llegan a 2'720,000 y que el número de mulatos y de cuarterones asciende a 5'600,000. El resto de la población, la que se puede llamar blanca porque no tiene señales conspicuas de infusión de sangre negra, llega a unos 8'000,000. Los indios y los mestizos (de indios y blancos) constituyen el resto de la población no europea. De los negros puros, 20,000 ó 30,000 que viven en la costa del norte son musulmanes o idólatras paganos.

han sido clasificados como blancos, pues mucha gente que tiene sangre negra logran disimularla, mientras que hay otros clasificados como gente de color que en Europa pasarían como blancos. Es aún mucho más difícil poder decir en el Brasil a quien se ha de clasificar como gente de color.

Hasta que punto las diferencias entre los brasileños y los portugueses del presente se deben a la mezcla de raza y hasta que punto se deben a las condiciones del coloniage y de un nuevo circunambiente material es una cuestión sobre la cual podría uno especular por siempre sin llegar nunca a una conclusión. Lqs descendientes de los ingleses que vivían en Massachusetts y en Virginia en 1840, antes de que la inmigración de la Europa continental hubiese empezado a cambiar la raza inglesa, mostraban ya diferencias marcadas de los ingleses de la antigua Inglaterra, y es imposible decir hasta que punto se deben los cambios que se han efectuado en el carácter de los habitantes de los Estados Unidos desde entonces al influjo de nuevos inmigrantes de Europa o hasta que punto se deben a otras causas. El brasileño conserva aún rasgos del tipo portugués más que de otros. Su manera de pensar y sus gustos, su vida, sus cambios de negligencia a actividad y viceversa, su carácter amable, su susceptibilidad a las emociones y a la elocuencia que despierta la emoción, todo esto es propio del país de donde vino.

El Brasil fué la ultima nación en el continente americano en hacerse república. Esto ocurrió en 1888. En 1807, cuando el ejército de Napoleón invadió a Portugal, el rey reinante entonces, Juan, de la casa de Braganza, atravesó el Atlántico y estableció su corte en Río hasta que con la expulsión de los franceses le fué posible reasumir su trono europeo. Para el año de 1822 el pueblo estaba ya disgustado con el mal gobierno portugués. Privaban ya ideas republicanas, estimuladas por la destrucción del poder español en la costa del Pacífico, y el regente Don Pedro, hijo del rey Juan, proclamó la independencia del Brasil que fué otorgada por la madre patria en 1825 después de una corta guerra. Su acción retuvo probablemente la monarquía y cuando él abdicó, disgustado con las dificultades que le rodeaban y la im-

popularidad que le habían granjeado sus defectos, fué sucedido por su hijo, quien gobernó bajo el título de Emperador Pedro II. Este príncipe amable e ilustre, aficionado a las ciencias naturales, así como a las artes y a las letras, se dedicó principalmente a viajar por Europa y a velar por el desarrollo crematológico y educacional de su país, ocupándose muy poco de la política. Una conspiración militar, y el resentimiento de los hacendados a causa de la abolición de la esclavitud, resultaron en la revolución de 1888, proclamándose la república y mandándose al emperador a Europa. En 1891 se reunió un congreso y estatuyó una constitución federal que tuvo por pauta a la de los Estados Unidos. La inmensidad del país y su falta de homogeneidad sugirieron un sistema federal para el cual había ya un fundamento en las asambleas legislativas de las provincias. Desde entonces el Brasil ha tenido su parte de rebeliones y de guerras civiles.

Al principio fué otorgado a los estados el pleno ejercicio de las grandes funciones que les había asignado la constitución, incluyendo la colección de derechos de exportación y el mantenimiento de un cuerpo de policía, el cual en algunos estados era indistinguible del ejército. Dentro de poco se procuró apretar los tornillos y esto ha continuado hasta ahora. El gobierno nacional tiene a su disposición la esfera importante de legislación financiera y arancelaria, el dominio del ejército y de la marina y la oportunidad de ayudar estados necesitados o flojos por medio de concesiones de dinero o por medio de la construcción de obras públicas. Por medio del uso de estas facultades ha procurado últimamente ejercer sobre los estados más dominio del que algunos están dispuestos a conceder. Ni es ésta tampoco la única dificultad. Mientras que algunos de los estados, en particular los del sur, tienen una población inteligente y activa, otros se han quedado en zaga, pues sus habitantes son demasiado ignorantes y perezosos, o demasiado inconstantes e impresionables para poder gobernarse a sí mismos. El sufragio universal en distritos donde la mayoría de los electores son ignorantes personas de color sugiere medios ilegales en el manejo de las elecciones, aunque no los justifica. Un desaguisado produce otro y así se per-

petúa la desconfianza en la autoridad y el recurso a las armas. Como ha dicho uno de los viajeros europeos más recientes y más ilustres * en un pasaje que comunica su admiración de las cualidades atractivas que descubrió en los brasileños: ''La constitución disfruta de una autoridad principalmente teórica. . . . Hay falta de equilibrio entre los estados que tienen ya una civilización bien perfeccionada y los distritos que en teoría están a su nivel de igualidad política, pero cuya población negra o india permite sólo una democracia nominal manchada por esas irresponsables explosiones que distinguen al hombre primitivo''. El que la autoridad de una constitución sea ''teórica más bien que práctica'' debe esperarse cuando la ''democracia es nominal''; pues si se imponen en indios y negros instituciones que requieren inteligencia y espiritu cívico, su fracaso es inevitable.

En la política del Brasil del presente hay muchas facciones, pero no hay partidos organizados ni principios ni programas definidos abogados por ningún grupo o por grupos de personas. Las cuestiones federales son frustradas y desbaratadas por las de los estados, las de los estados confundidas por las federales, y ambas clases tienen que ver con personajes más bien que con principios generales o definitivas proposiciones generales. No se halla aquí, sin embargo, un motivo de discordia—la contienda de la Iglesia y del clero contra los principios de igualdad religiosa, contienda que ha perturbado a las repúblicas sudamericanas. En el Brasil la separación de la Iglesia y del Estado es completa, y aunque el cuerpo diplomático cuenta con un nuncio papal entre ellos, esta adhesión a la tradición no tiene significancia política en el día de hoy. Aquí, además, de igual manera que en Argentina y en el Uruguay, la Iglesia y la religión parecen tener poca influencia sobre la manera de pensar y la conducta de los legos. La falta o la inconsistencia de partidos políticos hace al poder ejecutivo más fuerte que al cuerpo legislativo en la política nacional o de los estados. Hay muchos hombres de talento, en particular de talento oratorio, y muchos hombres enérgicos, pero no hay bastantes que tengan facultades constructivas y la comprensión necesaria para dirigir

* M. Georges Clémenceau en su libro ''La América del Sur del presente''.

los enormes problemas crematológicos que presenta un país tan vasto, tan rico y tan variado.

Entre las cuestiones crematológicas del día ha de contarse la del proteccionismo en oposición al libre cambio. El programa brasileño es al presente de proteccionismo estricto, y no se titubea en doblar o aumentar aún más los derechos protectores existentes cuando lo pida alguna industria poderosa. Las cuestiones sociales principales son las que se refieren a la extensión de la instrucción y a la promulgación de mejores leyes industriales para el provecho de los niños y para mayor seguridad de los obreros. La cuestión constitucional de más importancia es las relaciones entre el gobierno nacional y los de los estados. Los críticos europeos se quejan de que no hay grupos legislativos que parezcan concertar un programa definitivo y consistente en esta cuestión. Y sin embargo, hay que recordar a estos críticos que el país ha sido una república sólo desde 1891 y libre de la mancha de la esclavitud desde 1888, y que desde ese tiempo su tranquilidad ha sido perturbada muchas veces. No hay que mostrar pesimismo tan pronto.

Al observador la sociedad brasileña parece hallarse en un estado de transición, y es probable que por mucho tiempo no acierte a ajustar los contrastes que exhibe entre lo antiguo y lo presente y entre lo teórico y lo práctico. El antiguo sistema era aristocrático no sólo porque varias familias importantes relacionadas con la corte imperial disfrutaban de rango extraordinario, sino también porque se había constituido una nueva clase de familias ricas, principalmente de hacendados. La aristocracia dignitaria casi ha desaparecido ya, pero queda la aristocracia acaudalada, la cual domina en los asuntos públicos. En la mayor parte del país se halla muy por sobre la clase obrera, sin que haya apenas entre las dos una clase media. Se han proclamado principios democráticos en los términos más liberales, pero todo hombre inteligente puede comprender, y aun los que no son inteligentes pueden realizar un poco, que ningún gobierno, por buenos que sean sus propósitos, puede aplicar tales principios en un país donde las siete octavas partes de la población consisten de gente ignorante, la mitad de ellas de razas retrógradas, incapaces de ejercer sus dere-

chos políticos. Estas condiciones apuntadas aquí parecen ser semejantes a las de los estados del sud de la federación norteamericana. Pero hay dos diferencias notables. En el Brasil no existe una "división de color" y los casamientos entre blancos y negros continúan mezclando las dos razas. En el Brasil el elemento puro blanco, aunque predominante en los distritos templados del sud, constituye menos de la mitad de la nación, mientras que en los Estados Unidos forma ocho novenas partes de la población. Con todo, en el sud de los Estados Unidos casi toda la población negra ha sido privada de sus derechos políticos, y se sobreentiende que los principios democráticos existentes están sujetos al principio fundamental de que la predominancia de la raza blanca debe ser completa.

Aunque se dice que la estabilidad monetaria del Brasil es apenas igual a la que disfrutaba Argentina en 1910, y aunque el aumènto de la riqueza nacional y particular hà sido menos rápida, hay evidencia de abundancia, y la clase pudiente vive de manera muy holgada. La posesión de esclavos resulta en costumbres extravagantes, particularmente entre los hacendados, pues ¿de qué vale ocuparse de los pormenores de gastos cuando tiene uno obreros extravagantes cuya negligencia infecciona a los que los dirigen? Semejantes a sus antepasados portugueses, los brasileños son amables y hospitalarios y tienen siempre ante sí el ejemplo y la justificación de una naturaleza liberal. Parecen menos dados a las carreras de caballos y a las apuestas que los argentinos y los chilenos, pero el instinto del jugador halla bastantes oportunidades en las fluctuaciones del cambio, así como en las variaciones rápidas en las lonjas de víveres.

El brasileño es principalmente hombre del campo, no de la ciudad. Río, a pesar de ser tan grande, es un factor menos potente que Buenos Aires en Argentina o que Santiago en Chile. El propietario ama su vida rural, de igual manera que los plantadores virginianos en Norte América antes de la guerra civil, y vive en su hacienda de una manera patriarcal semifeudal, rodeado a menudo de hijos adultos. Las fincas (excepto en el extremo meridional) son extensas; hay pocos vecinos cercanos; las

familias a menudo son grandes; la hacienda es una especie de pequeña principalidad, y a pesar de la teoría se le permite al propietario que junto con sus vecinos propietarios dirija la política del distrito, de igual manera que en Inglaterra, hace ochenta años, las familias principales en los condados dominaban los asuntos locales y dirigían la elección de sus representantes en el Parlamento.

Ya he dicho que el brasileño, aunque inficionado en algunas partes del país por sangre india o negra, es principalmente portugués. Los portugueses, gente atractiva para los que han vivido entre ellos, han tenido también una historia notable. Son gente briosa, aventurosa y poética. Por más de un siglo, mientras estaban explorando mares desconocidos y fundando un imperio en la India, hicieron un papel importante en los asuntos del mundo, y aunque no han vuelto a recobrar la posición que mantenían entonces, sorprendente para un país tan pequeño, y no han vuelto a producir un poeta como Camoens, no faltan hombres de energía práctica y de facultades intelectuales. Ni tampoco faltan éstos en el Brasil. En la clase superior se estiman mucho las bellas letras, y la facultad de escribir buenos versos es común. El idioma ha conservado las cualidades que exhibe en las Lusiadas, y la posesión de ese gran poema ha ayudado a retener el gusto y el talento de la nación. Hay oradores admirables, letrados perspicaces e ingeniosos, astutos hombres de política, gobernantes cuyo talento es demostrado por tales hechos como la supresión de la fiebre amarilla en Río y en Santos. El difunto barón de Río Branco era un estadista que se hubiera distinguido en cualquier país. Sin embargo, es curioso que aquí y en otras partes de Sud América hombres de gran talento a menudo son seducidos por frases elocuentes y parecen preferir las palabras a los hechos. Hay poca diferencia entre la vanidad nacional y la costumbre de la alabanza propia de las diferentes naciones, pero en países como Inglaterra y los Estados Unidos, la retórica de los discursos de sobremesa es considerada distintamente y con seguridad por la gente de talento y por los oradores, y casi tan bien por la mayor parte de las audiencias, como retórica y nada más. Éstos están enterados de sus faltas

y defectos nacionales, y no se creen más talentosos o más virtuosos que otras naciones.

En la América latina, donde la elocuencia es natural y parece ser parte de los conceptos, es diferente el caso. La imaginación fértil confunde sus esperanzas y sus profesías con la realidad y en las nubes doradas de la fantasía halla una base sobre que formar planes prácticos. Orgullosos de lo que titulan su idealismo democrático, suponen que ya existen en sus conciudadanos esas virtudes que deben poseer los ciudadanos de un país libre. Es posible que sea preferible retener en la mente estos ideales quiméricos a no tener ideales de ninguna especie, pero para fines de la política el resultado sería el mismo, pues lo que no se obtiene por medio de los principios contenidos en las leyes es precisamente lo que M. Clémenceau llama ''autoridad principalmente teórica''. Recordemos, sin embargo, que aunque la costumbre de confundir los hechos con las palabras y las aspiraciones con lo realizado aumenta las dificultades de los gobiernos constitucionales actuales en los países sudamericanos, estas dificultades existirían de cualquier manera. Son inherentes a las condiciones de estos países. No es justo esperar que una constitución ideada a imitación de la de los Estados Unidos funcione fácilmente en el Brasil, así como es imposible esperar que el sistema del ministerio y del parlamento ingleses funcione fácilmente en esas pequeñas naciones que lo han imitado últimamente, sin que haya un contraste continuo y muchas veces ridículo entre la teoría y la práctica. Un pueblo es el producto de su pasado, así como dice Cervantes que cada hombre es hijo de sus obras.

Los brasileños, no olvidándose nunca de que durante la invasión francesa de Portugal fueron por algún tiempo su propia madre patria y cabeza de toda la nación portuguesa, estiman su tradición literaria nacional en más que los españoles del Nuevo Mundo estiman la suya, y producen casi tanto en la poesía y las bellas letras como los escritores de Portugal. Son muy susceptibles a las ideas, de igual manera que los franceses o los rusos, pero hasta ahora no han hecho grandes contribuciones a las ciencias, en las investigaciones de física o de economía política, ni a la filología o la historia. No puede uno

sorprenderse apenas de que el estudio y la parte refinada de las ciencias naturales sean menospreciadas en un país que carece de una universidad y que no tiene nada más que facultades para la instrucción de las materias prácticas del derecho, la medicina, la ingeniería y la agricultura. Esta falta de gusto y de interés en los ramos del conocimiento que no son prácticos directamente es aún más notable, pues los brasileños no parecen a nadie un pueblo moderno. A uno le parece que esta nación no está, tanto como Argentina o el Uruguay, en los primeros años de su juventud, pues procura ávidamente explorar y arreglar su hogar y desarrollar recursos de cuya posesión empieza ahora a hacerse cargo. Los negocios y los sports no son asuntos de conversación tan preocupantes como en Argentina; ni hay tanta ostentación de riqueza, ni tanto deseo de gastar dinero. Con todo, es dudoso si esta inmunidad de las preocupaciones de la industria y del comercio, el último en manos de extranjeros, resulta en beneficio del público. La mayor parte de los que se ocupan de la política parecen preocupados con intrigas personales. Son pocos relativamente los que parecen interesados en los grandes problemas que tiene que resolver la nación, la unión de los esparcidos centros de población, la extensión de los medios de comunicación, el mantenimiento del crédito nacional, el propio ahorro de las rentas públicas y su aplicación para fines provechosos, sobre todo, la educación y la civilización de la población negra e india. En ninguna parte del mundo se necesita más una prudente política constructiva.

Es difícil transmitir la impresión que recibe uno al ver las playas del Brasil hundirse bajo el horizonte después de navegar por ellas tres mil millas desde la frontera uruguaya hasta Pernambuco y después de conocer algo de la riqueza que la naturaleza ha prodigado al hombre en este inmenso país. ¿Qué futuro tendrá? ¿Son sus habitantes merecedores de tal patrimonio?

Lo primero que se les ocurre a los que están poseídos (en estos tiempos todos lo estamos más o menos) de la pasión del desarrollo de los recursos naturales, es sentir que una raza del oeste de Europa, potente por su número y su habilidad, digamos los norteamericanos, los ale-

manes o los ingleses, no tenga, por decirlo así, ''manejo del asunto''. La parte blanca de la nación brasileña—y es sólo esta parte que debemos considerar—parece demasiado pequeña para las faenas que impone la posesión de este país. ¡Qué actividad desplegarían los hombres del Misisipí en los valles del Amazonas y del Paraná! ha dicho un viajero procedente de los Estados Unidos. En treinta años el Brasil tendría cincuenta millones de habitantes. Por los ríos navegarían vapores, los ferrocarriles se internarían hasta los lugares más apartados de los bosques, y este vasto dominio sería engrandecido a costa de sus vecinos menos poderosos hasta llegar a la base de los Andes. Después de pensar detenidamente nos hemos de preguntar si tal consumación podría verdaderamente resultar en beneficio del mundo. ¿No resulta perjuicio alguno del desarrollo rápido de algunos territorios? ¿No hubiera sido mejor para los Estados Unidos, por ejemplo, si su desarrollo hubiese sido más lento, si no hubiese dispuesto tan apresuradamente de los terrenos públicos, si en su avidez en procurar obreros no hubiesen atraído una multitud de inmigrantes ignorantes de la Europa central y meridional? Con una vida tan larga como los hombres conceden aún a nuestro planeta ¿por qué queremos explotar todas las minas y cortar todos los bosques, no dejando nada en la explotación de los recursos naturales para las generaciones venideras? Al fin y al cabo, a no dudar, las tierras, de igual manera que las herramientas caerán en manos de los que pueden hacer uso de ellas. Pero sería conveniente aguardar hasta ver que nuevas condiciones causa otro siglo en el mundo; y es posible que en ese tiempo los pueblos latino-americanos lleguen a ser diferente de lo que parecen ser ahora a los críticos de Europa y de Norte América.

CAPÍTULO XII

EL DESARROLLO DE LAS NUEVAS NACIONES

En 1808, cuando Napoleón Bonaparte, el verdadero liberador de la América española, trasladó sus fuerzas a España, el dominio de la monarquía española se extendía ocho mil millas desde la bahía de San Francisco hasta el estrecho de Magallanes. La población que estaba escasamente esparcida por esta vasta región era en su mayor parte india aborigen, pero probablemente había un millón de pura descendencia española y muchos más de sangres española e india mezcladas. Todos hablaban español, con excepción de los indios; todos eran católicos romanos con excepción de las salvajes tribus paganas, y los blancos eran católicos ortodoxos, con intensa apatía universal y genuina de la herejía. Todos los que eran de sangre pura europea o de sangre mezclada seguían costumbres y tenían ideas que por lo general eran semejantes; todos habían sido gobernados por gobernadores enviados de España bajo leyes y bajo un sistema administrativo formado y ejercido en estilo semejante. La Iglesia Católica dominaba en todas las regiones y los monasterios abundaban por todas partes. No había distinciones locales bien definidas entre la población española y la indo-española. Estaba prohibido el comercio entre las colonias y era preciso obtener permiso para viajar de una a otra. Pero como todos eran súbditos de un mismo rey y miembros de la misma iglesia, no había ninguna política, excepto la que había de existir en las varias jurisdicciones locales. Un natural de Méjico no era un extranjero en las riberas del Orinoco o del Paraná, de igual manera que el bostoniense Benjamín Franklin no lo fué cuando se estableció en Filadelfia. No se puede decir que formaban todos una nación, pues no

tenían organización nacional, pero todos pertenecían igualmente a la misma nacionalidad hispanoamericana.

En 1908 había en la misma tierra, aunque ahora está reducida entre el Río Grande del Norte y el cabo de Hornos (pues los territorios llamados California, Arizona y Nuevo Méjico habían sido anexados a los Estados Unidos), diez y seis * repúblicas independientes todas las cuales se habían liberado del dominio español entre 1810, cuando ocurrieron los primeros levantamientos en Méjico y en Argentina, y 1826, cuando la bandera de España fué por fin arriada en la fortaleza del Callao, la última plaza fuerte del sucesor de Carlos V en el continente americano. Lo que había sido un pueblo muy esparcido y sin cohesión alguna llegó a dividirse en muchas comunidades distintas, cada una con su propio gobierno, sus tradiciones históricas diferentes, su orgullo local y sus contiendas también locales, su individualidad nacional más o menos definida y delineada. De la masa heterogénea de protoplasma, por decirlo así, del año 1808, cada parte de la cual era por lo general semejante a las otras, habían resultado diez y seis organismos distintos, algunos bastante diferentes, sin parecerse ninguno a otro, aunque esos rasgos distintivos que forman el carácter nacional se hallaban ya desarrollados en algunos más que en otros. Es decir, en lugar de un pueblo, hay ahora diez y seis naciones nuevas.

Mas ¿podemos llamar naciones a estas repúblicas?

¿Qué es una nación?

No conviene dar una definición que no acuerde con el uso, pues el uso es el único arbitrio verdadero e intérprete de las palabras; y en este caso el uso es vago y variante. Pero no erraríamos gran cosa si dijésemos que aunque una nacionalidad se compone de una población relacionada por ciertos lazos, como por ejemplo, el idioma y la literatura, las ideas, las costumbres y las tradiciones, de tal manera que se considera a sí misma una unidad coherente, diferente de otras poblaciones que se sienten de igual manera relacionadas por lazos propios, una Nación es una nacionalidad, o parte de una

* Con el Brasil serían diez y siete, pero en 1808 el Brasil pertenecía a Portugal. Las tres islas repúblicas de Cuba, Haití y Santo Domingo aumentan el total de repúblicas latino-americanas independientes a veinte.

nacionalidad, que se ha organizado en un cuerpo político, el cual es independiente o desea ser independiente. Tal descripción se hallaría opuesta a algunos casos dudosos. Los atenienses en la antigüedad y los florentinos en la Edad Media apenas eran naciones, aunque eran estados independientes, pues eran partes de un pueblo griego o italiano más extenso. Los suizos, al principio parte de la tribu alemana de los teutones, se desarrollaron poco a poco en una nación, aunque apenas se les podía llamar así antes del año 1648. Al presente, aunque hablan tres idiomas y provienen de a lo menos tres nacionalidades, forman una nación tan bien unida como cualquiera otra. Los magiares no dejaron de ser una nación cuando fueron privados de los derechos de su libertad constitucional y de la autonomía política en 1849, los cuales no volvieron a recobrar hasta veinte años más tarde. ¿Eran las trece colonias norteamericanas una nación antes de 1776, o lo llegaron a ser en aquel año, o no hasta que fué asegurada su unión en 1791? Toscana, aunque independiente, bajo sus gobernadores locales hasta 1859, no era una nación, y mucho menos lo eran los Estados Papales. Pero ¿hemos de considerar a la Baviera de hoy una nación? En los días de sus santos patrones la Irlanda y la Escocia son consideradas como naciones en discursos de sobremesa: pero ¿lo son en otros días? y si lo son ¿se puede decir que Gales es una nación también? ¿Eran naciones los estados de Transvaal y de Orange antes de la guerra sudafricana de 1899? Á no dudar eran partes de una nacionalidad holandesa del sud de África. Si el Canadá y la Australia son naciones ¿lo es también la Unión del África Meridional? ¿O constituye el pueblo bretón esparcido por todo el mundo una sola nación?

Sin embargo, sin aumentar los casos dudosos, la definición hecha antes, y cualquiera que procure conformarse al uso corriente, convendría con el hecho de que siempre que una comunidad tenga independencia política y también un carácter distintivo presente en sus miembros, así como en el conjunto, la llamamos nación. Acomodando tal prueba a las repúblicas hispanoamericanas, algunas, tales como Méjico, Argentina y Chile, son indudablemente naciones, mientras que aun algunas de las más pe-

queñas tales como Cuba, Ecuador y el Paraguay, han alcanzado bastante individualidad y bastante seguridad de unidad social para sentir y obrar como una y para desear conservar su independencia.* Si mantienen esa seguridad y esa independencia por cincuenta años más su nacionalidad será indisputable. Empieza a abrirse el capullo, aunque aun no pueden verse por completo la forma y los colores de los pétalos.

¿Por qué procedimiento, pues, y por medio de la operación de qué fuerzas vino a diferenciarse en las diez y seis repúblicas de hoy esta substancia común más o menos uniforme, este material crudo para la hechura de estados que estaba diseminado por todo el vasto imperio colonial español?

No hay nada más interesante en la historia que el estudio del procedimiento por el cual se desarrollaron las naciones de las razas o las tribus. Donde se halla el mayor número de fenómenos es en la formación de los reinos de la Europa moderna a consecuencia de la mezcla o contacto de los pueblos comprendidos en el imperio romano con las tribus bárbaras que inmigraron a él o recibieron su civilización. El desarrollo de Francia, Alemania, España, Portugal, Inglaterra, Escocia y (por contacto, aunque con poca mezcla) de la Polonia, Rusia, y las naciones escandinavas, y en tiempos más recientes el establecimiento de Grecia, Bélgica y Rumania, y la nueva fundación como naciones de Servia y Bulgaria son todos ejemplos de este procedimiento. Pero en el caso de las naciones más grandes y más antiguas se tomó este procedimiento muchos siglos y sus primeros estados son aún algo desconocidos. Aquí en la América española se ha obrado a la vista del mundo civilizado en una época cuando todo se sabe o puede ser averiguado, y para ello ha sido necesario sólo un transcurso de cien años. En toda probabilidad nunca más sucederá nada semejante a esto, ni tampoco se formarán en tan poco tiempo nuevas naciones en una área tan extensa. Las causas que han producido este cambio de una entidad en muchas otras, transformando al español colonial, que en lo principal era muy semejante no importa donde morase, en

* No creo que se pueda decir lo mismo de algunas de las repúblicas centroamericanas.

mejicano o uruguayo, peruano, chileno, o argentino (nombrando algunas de las nacionalidades distintivas) es uno de los asuntos para investigación y reflexión más interesantes que pueden ocupar la mente de un historiador filosófico.

Lo más que puedo hacer aquí es indicar algunas de estas causas que se presentan a la mente del que viaja por la América española. Para tratar el asunto en todos sus pormenores se necesitan muchos años de estudio así como también muchos viajes. Hasta el presente pocos de los que han leído han viajado y pocos de los que han viajado han leído. En ambas direcciones he hecho tantísimo menos de lo que requiere la importancia del asunto que debo suplicar la indulgencia de mis lectores por indicar siquiera sugestiones que tienen por objeto estimular a otros con mejor preparación que yo, para que continuén la investigación.

El elemento principal que determinó los límites territoriales de cada república hállase en la existencia en el tiempo colonial de ciertas divisiones administrativas. Los virreinatos y las capitanías generales constituyeron otros tantos distritos gubernamentales, los habitantes de cada cual se sentían unidos en una comunidad, aunque no tomaban parte en el gobierno. En pocos de estos distritos había lo que podría llamarse rudimentos de una índole distintiva propia de los habitantes del distrito y que los distinguía de los que habitaban en otras regiones. En la mayor parte de los distritos no había aún tal distinción. Cuando estallaron las insurrecciones, y a medida que continuó la guerra de la independencia, los habitantes de cada virreinato o capitanía general pelearon por sí (con alguna ayuda de bandas insurgentes de otras partes) y cuando establecieron un gobierno revolucionario procuraron hacer de la antigua capital de su provincia su centro de gobierno, de manera que a causa de esto los límites de los antiguos distritos resultaron ser los mismos, y lo que había sido antes una división administrativa pasó a ser una república. Sin embargo, la población continuaba siendo un conjunto de habitantes en un distrito, no una nación. Lo que tenemos que preguntar es—¿Cómo es que estos grupos de habitantes, cada uno en su territorio, en sólo algunos de los

cuales existían los rudimentos de un carácter nacional distintivo—cómo es que llegaron a ser naciones en el propio sentido de la palabra?

El fin de este capítulo será por lo tanto:

I. Indicar las influencias principales que han hecho de la América española naciones diferentes. Estas influencias son en parte materiales, en parte genealógicas y en parte históricas.

II. Investigar hasta que punto las diferencias han hecho de las poblaciones de algunas de las repúblicas verdaderas naciones, y cuáles, esto es, dándoles rasgos distintivos de carácter y una potente seguridad nacional.

III. Indagar hasta que punto existe aún entre los habitantes de estas repúblicas un sentimiento común hispanoamericano, o un sentimiento de parentesco que los una a pesar de su separación política, probablemente hasta hostilidad política fundamental.

I. Entre las causas o influencias que han producido esas diferencias debe darse primer lugar a la posición geográfica. Cuando parte de una nación se halla separada del resto por el mar, o por desiertos o bosques espesos, las particularidades que ya les eran propias propenden a desarrollarse más y a volverse más pronunciadas, pues no son influidas por el contacto con otras de afuera, y tal porción, hallándose, además, aislada, alcanza mayor distinción suya propia como diferente entidad social y política. Las dos islas repúblicas de Cuba y de Santo Domingo habían de ser por su naturaleza distintas de las repúblicas del continente tan pronto como hubiesen sacudido el yugo del soberano europeo. Los habitantes de Chile, separados de los del Perú por un desierto extenso sin agua, se diferenciaron más y más de éstos. Los chilenos y los argentinos están separados unos de otros por una cordillera altísima, transitable sólo en algunos puntos, y aun por ellos con dificultad, de manera que las diferencias entre ellos que podrían haber disminuido con un trato frecuente han aumentado por el contrario. El Paraguay se halla casi aislado en sus bosques, y hasta que empezaron a navegar vapores por el grande Paraná no se podía llegar hasta él sino después de un viaje pesado por el río o uno más penoso por tierra.

La influencia del medio ambiente material no es tampoco de menos importancia en la modificación de la raza y de las condiciones crematológicas de su vida. En Méjico, por ejemplo, la existencia de una superficie compacta de tierra fértil al rededor de los lagos en cuyas riberas se desarrolló la semicivilización de los hombres de Tezcuco y Tenochtitlán (ciudad de Méjico) atrajo a aquella área una población relativamente numerosa de sangre pura española y una más numerosa aún de sangre mezclada que al fin llegó a ser el núcleo de la república mejicana, y que pudo no sólo mantener en dependencia los territorios cercanos, sino que también bajo un gobernante enérgico pudo establecer una fuerte administración central. El Perú está dividido por los altos y estériles Andes en varios valles, cada uno más o menos aislado. Algunas de sus ciudades, como Arequipa, se hallan en oasis solitarios rodeados de desiertos, mientras que las ciudades al este se hallan separadas de la capital por tantos montes y tantos desfiladeros que la formación de una opinión pública activa y uniforme ha sido tardía. En Chile, en cambio, hasta hace poco, casi todos los habitantes estaban agrupados en un trecho de terreno arable relativamente pequeño, favorable al desarrollo de un pueblo unido, y condiciones semejantes han acelerado el progreso material y han hecho más intenso el patriotismo del Uruguay. En los vastos territorios de Colombia y de Venezuela, donde aparte de tres o cuatro ciudades bastante remotas unas de otras, hay sólo pequeñas poblaciones diseminadas por una región de montañas y de bosques, la unión política y el espíritu de vida nacional tiene necesariamente que adelantar más despacio que en una tierra plana cultivada como Argentina traspasada por una verdadera red de líneas férreas.

El clima ha forzado a los habitantes de las regiones frías a trabajar mucho y ha posibilitado el que los de las regiones calurosas vivan más holgadamente. Los países tropicales por lo general le van en zaga a los templados y hay entre ellos una diferencia perceptible de carácter y de costumbres. En Bolivia el efecto resultante de la temperatura baja, el aire raro, la seca y el poco alimento no sólo ha hecho de la meseta un desierto estéril, sino que también ha contrarrestado el adelanto

de la raza indígena y ha limitado la población de origen español a unas cuantas ciudades tan separadas unas de otras que se hace difícil obrar en conjunto en la política, y el antagonismo social es aún tan intenso como antes.

Aunque estas diferencias materiales han influido en todos los distritos de la América española, en algunos han sido más eficaces que en otros porque han ido acompañadas de consecuencias crematológicas y han producido ciertas formas de vida industrial. El ganado y el caballo han determinado las costumbres del argentino y del uruguayo. La minería ha tenido más influencia en el peruano y en el mejicano. Ninguna de estas naciones se ha ocupado de la marinería, excepto Chile.

El que compare la América española con la inglesa (esto es, los Estados Unidos y el Canadá) notará las grandísimas diferencias del medio ambiente material que existen entre las varias partes de la primera y de la última, donde en ninguna región del país, salvo en la Florida, en Luisiana y en Tejas, hace un calor sofocante aún en el verano, y donde hasta que se llega a Labrador no hay distrito que tenga un clima tan frío y tan húmedo como el que impide el desarrollo del extremo meridional de Chile y de Argentina. La naturaleza es menos activa en dividir al angloamericano en clases que al hispanoamericano.

Aun más importante que la influencia de las condiciones materiales ha sido la existencia en la América española de las tribus indígenas. Éstas se diferenciaban mucho en cuanto a su inteligencia, su valor y su disposición industriosa. En algunas regiones eran numerosas y también amantes de la guerra, como en Méjico y Chile. En otras eran numerosas, pero sin embargo fueron conquistadas fácilmente, como en las alturas peruanas, en la América central y en el Paraguay. En algunas su número era demasiado pequeño para poder oponerse al invasor, como en la Argentina central y en el Uruguay, o tan flojos que no pudieron ofrecer resistencia ni servir para el trabajo manual. Esto fué lo que sucedió en Cuba y en algunas de las costas del Mar Caribe. Las diferencias en la facultad intelectual son evidentes en el adelanto que habían hecho hacia la civilización; los mejicanos y los súbditos de los Incas peruanos se hallaban

a la cabeza, y los salvajes amazónicos de la Colombia oriental, del Ecuador y del Perú eran los menos civilizados. Como en otro capítulo se trata de sus relaciones presentes con la parte europea de la población, basta llamar la atención aquí al efecto de la infusión de la sangre nativa en la distinción entre sí de varias partes de la antigua población colonial. El total de la infusión ha sido mayor en algunas partes que en otras, y la sangre nativa ha sido diferente en calidad. Un pueblo mestizo propende a ser diferente de uno blanco. El que sea mejor o peor es otro asunto. Un pueblo mezclado con indios de una raza robusta como los indígenas mejicanos es distinto de uno que ha recibido una mezcla de sangre nativa inferior. En la gente de una raza mezclada predomina el elemento blanco, aunque menos patente en la apariencia física que en el característico mental. Los mestizos son todos cristianos y la mayoría son instruidos; adoptan las ideas y las costumbres de sus progenitores europeos más bien que de los naturales a los cuales prefieren olvidar.

Además de esta influencia que podemos llamar fisiológica, hemos de considerar también, como factor que produce diferencia, el efecto social que la existencia de una clase medio esclava tiene sobre el carácter del elemento predominante de la población. Cuando de esa clase salen los braceros, el elemento predominante por lo general aborrece el trabajo manual y rehusa ocuparse en él. Cuando la primera es numerosa e ignorante, por lo común rebaja la norma moral y probablemente también la intelectual de los habitantes europeos. En algunas de las repúblicas la existencia de esta clase ha fomentado guerras civiles y revoluciones, pues de ella provienen guerreros indios que pueden ser forzados a pelear y que pelean bien en pro de principios en que no tienen ellos el menor interés. Ha sido causa además de que los artículos de las constituciones que otorgan el sufragio universal no sean nada más que una farsa.

En algunos cuantos países de habla española, en particular a lo largo de las costas caribes y en algunas de las ciudades marítimas de Colombia y del Perú, los negros, importados después de la conquista, han llegado a ser un factor racial, habiéndose mezclado con los blan-

cos y habiendo producido una raza intermedia que por lo común es superior a la pura negra, y habiéndose mezclado con la india para producir una que según parece tiene las faltas de ambas, pero no sus méritos. Pero fué sólo la colonia de Portugal, anteriormente el imperio y ahora la república del Brasil, la que recibió esclavos en grandes cantidades. Se cree que hay al presente a lo menos ocho millones de negros y de mulatos en aquel país, probablemente dos quintas partes de la población. La sangre india que se mezcló con los pobladores portugueses es apenas perceptible ahora, excepto en Pará y a lo largo de las riberas del Amazonas. El Brasil es, sin embargo, tan distinto de las repúblicas españolas en otros puntos que no es necesario insistir en este elemento de desemejanza.

Pasemos de estas influencias materiales y raciales a las históricas. Las principales entre ellas han sido la lucha prolongada por la independencia y las interminables guerras civiles que se siguieron al logro de la misma. Bajo el dominio de España la vida unitiva de todos los habitantes de su imperio colonial, así como de los habitantes de las diferentes regiones, estaba paralizada. La independencia le avivó el pulso y aceleró el desarrollo bajo nuevas formas de las fuerzas que yacían latentes. Los eventos políticos de la época revolucionaria y de los noventa años después han sido causa no sólo de que se hayan formado nuevas naciones, sino que también, mientras éstas iban desarrollándose, les han dado diferentes formas. En algunas repúblicas las guerras civiles duraron más que en otras y dejaron al país más empobrecido y más perturbado; en otras la intervención extranjera produjo el efecto de unir al pueblo y de crear un patriotismo más intenso que el que existía antes. Es esto precisamente lo que sucedió en Méjico. La invasión francesa y la prolongada contienda que resultó en el destronamiento y en la muerte del infortunado Maximiliano de Hapsburgo estableció el futuro de aquel país, destruyendo el poder de la Iglesia y restaurando la confianza propia de la nación, la cual se había desvanecido a consecuencia de la desastrosa guerra con los Estados Unidos. Así también los esfuerzos heroicos hechos por los uruguayos bajo Artigas para sacudir el yugo del Brasil, y

su contienda subsiguiente con Argentina, gobernada entonces por el tirano Rosas, dejaron marca indeleble en su carácter. En cambio, en la mayor parte de los países centroamericanos, el progreso en la instrucción, en el orden cívico y en la utilización de los recursos naturales ha sido contrarrestado por las luchas entre sí, así como por las contiendas externas.

El resultado general de las guerras y de las revoluciones que constituyen parte tan prominente de la historia hispanoamericana ha sido sin duda diferenciar los pueblos y fundar naciones distintas y fortalecer el sentimiento nacional de casi todas las repúblicas. No procuro discurrir aquí sobre si tal fortalecimiento ha sido o no conveniente. Prescindiendo de esto, las otras consecuencias de un período tan prolongado de lucha y de matanza han sido deplorables.

Indudablemente, el trabajo y la fatiga prueban y exasperan una comunidad. La guerra, sea civil o extranjera, nunca deja a los hombres tal como los halló, aunque la suposición común de que los hace más fuertes o más prudentes en el ejercicio de sus facultades es tan falsa como lo es peligrosa. Si la guerra, fuera de los fines puros y del noble espíritu por los cuales y bajo los cuales puede ser emprendida, aunque lo ha sido raras veces, ennoblece el alma, así como también endurece la contextura de una nación ¡qué de virtudes no debe de haber producido en estos países sudamericanos, donde continuamente relucía al aire la lanza y se oía el eco de las descargas?

Hay poco que decir de las otras influencias formativas y estimulantes que a consecuencia de su liberación del dominio de España han podido producir efecto en la población de estas repúblicas y del desarrollo de las ciencias, de las artes y de las letras y, en particular, de esa parte de la vida intelectual que se instila más en el alma del pueblo, la teología y la fe, y de todo como influencias que constituyen una individualidad nacional, porque las alteradas condiciones políticas y el estado retrógado de la instrucción han contrarrestado tal desarrollo. Hasta los últimos treinta años ha habido poca oportunidad para ello, y en algunas repúblicas la hay muy poca aun ahora. Puede uno notar, sin embargo, que en el escaso progreso evidente la Iglesia ha tenido

apenas parte. Sus pretensiones a la autoridad terrenal y a su propiedad han sido causa varias veces (aunque no tanto en tiempos recientes) de contiendas políticas en la mayor parte de las repúblicas. Pero las condiciones desfavorables mencionadas han producido efecto en la Iglesia misma, sin contar que sus sacerdotes se hallaban bajo el gobierno español y han continuado siendo menos instruidos y (por supuesto, con muchas excepciones) menos ejemplares en su vida que los sacerdotes católicos romanos de Francia, de Alemania o de los Estados Unidos.

El reciente desarrollo crematológico de algunos cuantos de estos países, y especialmente la expansión de su agricultura y de su minería se han dirigido naturalmente a producir un aspecto práctico a las ideas y a las acciones, concentrando la atención del hombre en los negocios, en las mejoras públicas que posibilitan el aumento de riqueza y en los goces a que ésta invita. Si hasta las antiguas y bien cultivadas naciones, como las de Alemania y de Italia, se sienten y parecen a sus vecinos algo cambiadas en su espíritu y fines bajo nuevas condiciones industriales y comerciales ¿cuánto más efecto no pueden producir semejantes condiciones en comunidades que intelectualmente son más jovenes y que, por decirlo así, son más variables, menos "asentadas" en un molde determinado? Estas causas han ido aumentando las desemejanzas entre las repúblicas más progresivas y las más retrógadas. Han ido dejando su marca en Argentina y Chile. En Méjico, en los últimos años de Porfirio Díaz, podía notarse también un cambio semejante, aunque influyendo sólo en una clase pequeña.

La inmigración de Europa no ha valido de mucho aun para cambiar el tipo de ningún pueblo sudamericano o para tomar parte en el procedimiento de diferenciación nacional. Sin embargo, es posible que tal sea su efecto en el futuro, pues en los países donde la prosperidad ha causado gran demanda de brazos, y donde no se altera mucho el orden público, empieza pronto a haber una inmigración de pobladores del extranjero. En Méjico y en Cuba la inmigración es continua, aunque no numerosa, y proviene casi toda de España. En el Perú es escasa, pues los chinos y los japoneses que van allí no son sufi-

cientes para cambiar el carácter de la población. Hace treinta años fueron a Chile algunos alemanes que constituyen ahora un elemento relativamente pequeño, aunque valioso. Muchísimos más se han establecido en el sur del Brasil. El Uruguay recibe de España y de Italia una inmigración considerable, aunque al presente (1912) va disminuyendo. A Argentina han ido no sólo muchos españoles, sino también mayor número de italianos, los cuales forman ahora un elemento tan importante que probablemente la tercera parte de la sangre que corra en las venas del argentino del futuro será italiana.* Al presente hay poca inmigración a las otras partes españolas del Nuevo Mundo, pues las regiones tropicales no son propias para los pobladores agrícolas de Europa. Los peones chinos, japoneses o indios podrían servir mejor y así hay ya bastantes indostanos en la Guayana inglesa. Si en lugares como Colombia, Venezuela y el norte del Brasil, donde hay pocos obreros, se descubriesen minerales preciosos, sería difícil resistir la tentación de importar asiáticos.

II. Tenemos que averiguar ahora cuales han sido los resultados de este procedimiento de la formación de naciones. ¿Cuántas y cuáles de las repúblicas que fueron parte del gran imperio español han llegado a ser verdaderas naciones? Aquí nos encontramos con una dificultad preliminar. Al hablar de los pueblos de estas repúblicas ¿hemos de considerar a todos sus habitantes, o sólo el elemento sudamericano predominante, excluyendo a los aborígenes? Al determinar qué comunidades merecen ser llamadas naciones ¿hemos de contar en el conjunto a los aborígenes y a las peculiaridades comunes que les son propias, o deben ser considerados como tribus avasalladas fuera de la genuina vida nacional, en la cual no tienen parte?

Sin anticipar lo que se dirá en un capítulo subsecuente, basta observar aquí que desde la frontera de los Estados Unidos en El Paso, en la latitud 32° septentrional, hasta el trópico de Capricornio (en la latitud 23° meridional) gran parte de la población, aunque no se ha averiguado ni podrá averiguarse al presente cuanta,—probablemente la mayoría—consiste de indios, la mayor parte de los

* Véase Cap. IX.

cuales hablan sus lenguas natales, mientras que algunos son aún puros salvajes. Aun los que, como los quichuas y los aimarás de la meseta andina, son civilizados hasta cierto punto viven una vida aparte, y aunque en la mayor parte de las repúblicas son ciudadanos por la ley, no tienen casi nada que ver con el gobierno de los países que habitan, excepto como guerreros en sus guerras extranjeras o civiles. En Argentina la cuestión es casi insignificante, pues casi toda la población es de descendencia europea, mientras que en Chile los araucanos son virtualmente los únicos indios puros que quedan. Por lo tanto, debemos limitar nuestro estudio a los otros dos elementos, el europeo y el mezclado, pues para casi todos los fines prácticos forman un agregado. A ellos, y a no a los indios, debemos considerar cuando deseamos saber hasta que punto han avanzado a la verdadera nacionalidad los habitantes de cada república.

Con el fin de determinar si debemos juzgar a una comunidad como nación, es preciso que sepamos dos cosas que podemos confundir fácilmente. La primera es la existencia en la comunidad de un carácter nacional distintivo, la otra es la presencia de un fuerte sentimiento nacional. Aquélla consiste en que los componentes de la comunidad tienen ciertos atributos y ciertas cualidades, perceptibles en su acción colectiva, que les son propios y que los distinguen de otras comunidades. La segunda es la confianza en la unión política, la cual toma cuerpo con el esfuerzo de la aseveración propia en contra de otras comunidades, produciéndose en el empeño en mantener la posición de la comunidad en el mundo, de adelantar sus pretensiones y de defender sus derechos. En práctica, la primera va por lo común acompañada de la segunda; esto es, una comunidad cuyos miembros se creen ser una entidad política, con ideas distintivas y tradiciones suyas propias, naturalmente desea evitar el que otras comunidades le pasen por encima o la arruinen. Sin embargo, la segunda no lleva consigo a la primera. Una comunidad puede tener poco que sea distintivo o característico; puede ser que no tenga rasgos raciales propios, ni literatura, ni creencias ni costumbres especiales y una historia que sea demasiado corta para haberse formado tradiciones. Con

todo, las circunstancias de esa misma historia unidas a la vanidad (colectiva e individual) y a un ánimo beligerente pueden haber creado un patriotismo sensible e inflamable que tiene por efecto el que la comunidad se crea ser una nación y obre como tal, por poco que sea lo que la distingue de pueblos vecinos, fuera del hecho de que los sucesos históricos la han separado de las demás y la han puesto en camino aparte. En casos como éste, es posible que el investigador que estudie la comunidad no descubra nada que constituya un carácter nacional distintivo. Probablemente sus ciudadanos se parecerán mucho en sus ideas y costumbres a los de las otras subdivisiones independientes de la misma nacionalidad a su rededor. Y sin embargo, es posible que odien a los pueblos vecinos de la misma habla con tanto rencor como se odian las razas que han sido enemigos seculares, como por ejemplo los turcomanos y los persas.

Aplicando estas pruebas a las repúblicas latinoamericanas, resulta por ambas que varias de las más grandes son incontestablemente naciones. Chile y Argentina tienen cada una de ellas una cualidad nacional distintiva que las distingue de sus vecinas de manera que aun el transeunte puede percibirla. Tienen carácter, así como también sentimiento nacional. Y también los tienen Méjico y el Perú.* Lo mismo sucede con el Uruguay, cuyos habitantes, al principio los mismos que de Argentina, en el transcurso de una historia borrascosa se han desarrollado en un tipo algo diferente. El Brasil, como es portugués, ha tenido siempre un carácter suyo propio. Estas seis repúblicas pueden ser consideradas todas como naciones en el sentido europeo de la palabra. No he visitado el Paraguay, pero supongo que en él la preponderancia numérica de los nativos guaraníes produce un resultado semejante al producido por la infusión de sangre negra en Cuba, aunque más marcado.

En la mayor parte de las otras repúblicas parece haber mucho menos que pueda llamarse distintivo de cada una. Los colombianos, los venezolanos y los ecuatoria-

* Aunque, en verdad, no existe gran diferencia entre los habitantes del sur de Méjico y sus vecinos, los habitantes de Guatemala y de Honduras, así como tampoco hay mucha diferencia entre los del Perú del norte y sus vecinos de Ecuador.

nos habitan regiones que por lo general son semejantes, han tenido una historia semejante, y todos han recibido casi la misma infusión de sangre indígena, aunque en cada una de ellas—especialmente en Colombia—hay unas cuantas familias españolas que han permanecido inafectadas. Se dice que un habitante típico de cualquiera de esos países es muy poco diferente de un habitante típico de uno de los otros dos.* Lo mismo pasa con Guatemala, Honduras y Nicaragua. Pero en cada uno de todos estos países hay una profusión de espíritu militante nacionalista, el cual ha sido alentado en la América Central por guerras frecuentes. Varias veces Ecuador ha estado a punto de tomar armas en contra de Colombia a un lado y del Perú al otro a causa de disputas sobre territorio. En tanto que el sentimiento nacional puede constituir una nación, estas repúblicas sí que lo tienen en extremo. Su nacionalidad común hispanoamericana no contrarresta la agresiva exhibición de enemistad más que la descendencia común toscana mitigó la lucha entre Florencia y Siena o el origen común beocio disminuyó el odio entre Tebas y Platea.

La república cuya individualidad se ha desarrollado más es la de Chile. Sus ciudadanos pueden ser conocidos como chilenos a la primera ojeada, de igual manera que en Europa reconocemos inmediatamente cualquier individuo de las razas principales. La mayor parte de los hispanoamericanos son buenos guerreros, pero los chilenos son quizá los mejores, pues son descendientes de la tribu más tenaz y también de los más fornidos de los pobladores españoles. En los uruguayos hay también la misma combinación de patriotismo y de pugnacidad. En su carácter, así como en su habla, los argentinos empiezan también a mostrar un carácter distinto del de los otros pueblos; pero el tipo mental y moral no se ha formado aún, lo cual es natural en un país que va desarrollándose rápidamente y que está lleno de inmigrantes.

Podría preguntarse si la mejor prueba de la formación de una vida nacional genuina y distintiva no debe hallarse en el desarrollo de una literatura que expresa

* Sin embargo, un amigo norteamericano me ha dicho que por lo común él puede distinguir a un venezolano de un colombiano.

de cualquier manera el ardor y la inspiración del pueblo. Los que citan como ejemplos la época de la reina Isabel de Inglaterra y la de Luis XIV de Francia para abogar por la teoría de que las épocas de guerras afortunadas y de un poder creciente son precursoras o coinciden con épocas de producción literaria, pueden estar seguros de que la lucha continua que ha conservado ardiendo la sangre de la gente en algunas repúblicas y el rápido progreso material de otras conciben esperanzas de una era de producción intelectual en Sud América. Pero no ha habido aún indicaciones de tal cosa. El espíritu nacional parece poco dispuesto a inclinarse en esta dirección. En las repúblicas del sud hay bastante energía, pero es poca de ella la que se gasta en las artes, las ciencias o las letras. La contienda larga y violenta entre Chile y el Perú se distinguió en ambos lados por el mucho valor y algún heroismo, pero de ella no resultó ningún poema como el "Araucana". En los países más retrógados la lucha continua ha impedido en vez de estimular el progreso intelectual, así como también el crematológico. En los países prósperos los esfuerzos de los habitantes tienen por objeto el desarrollo de los recursos naturales, y en los más ricos, donde debiera haber más tiempo para el cultivo intelectual, sus esfuerzos se concentran en los goces y faustos materiales.

III. Nos queda aún una cuestión que resolver antes de terminar estas reflexiones sobre el procedimiento bajo el cual resultaron estas naciones de las antiguas divisiones gubernativas de la América española, divisiones que se debieron al principio a sucesos históricos que en tiempos coloniales asignaron diferentes distritos al gobierno de diferentes oficiales ¿Hasta qué punto existe entre los habitantes de estas repúblicas un sentimiento de nacionalidad hispanoamericana común a todos? ¿Consideran que su origen común español, junto con la literatura española y las ideas y costumbres sociales que les son propias a todos, son causa de orgullo general y de un vínculo que los une a todos a pesar de las disensiones y de las contiendas políticas? Hasta cierto punto, los españoles tenían un sentimiento español común antes de que se uniesen Castilla y Aragón, y los italianos, lejos de dejar de considerarse italianos durante los siglos que

precedieron al año de 1848, divididos en ese tiempo en muchos estados, algunos de ellos gobernados por monarcas extranjeros, fueron animados aquel año por un nacionalismo más vehemente que antes. Para cualesquier fines ¿se puede considerar a la América española como una sola entidad, sea bajo el punto de vista intelectual o el sentimental?

Ya se ha dicho que al viajero las desemejanzas entre una república y otra parecen relativamente insignificantes, pues no son más grandes que las que podría haber notado viajando detenidamente por Alemania antes de los años 1866 y 1870 cuando se establecieron primeramente la Confederación del Norte de Alemania, y luego el nuevo Imperio Alemán. No sólo es el idioma el mismo en todas, con variaciones dialécticas que son relativamente pocas si se considera la inmensa área y el grande elemento indígena en la población, sino que también las costumbres y los usos sociales son semejantes en todas partes, aunque menos refinados en las regiones incultas.

La semejanza se extiende aún más, pues se halla también en las ideas y en los usos intelectuales. Un costarriqueño y un argentino son menos desemejantes que un tejano y un vermontés o que un habitante de Caithness y uno de Devonshire. Hasta cierto sentido todos son españoles aún; esto es, se asemejan más a los españoles y entre sí que a los franceses o los italianos. Se asemejan más los unos a los otros que los norteamericanos a los ingleses. Tienen los rasgos generales del carácter y del temperamento español—la afición a frases retumbantes, la sensibilidad a la amistad o al insulto, el sentimiento de dignidad personal, ánimo firme en la guerra y la facultad de sufrir en paciencia. Y entre las personas instruidas e intelectuales el fundamento de su carácter intelectual y de su sentimiento de las virtudes morales es el mismo.

Sin embargo, el sentimiento de hermandad general hispanoamericana no es fuerte. En la antigua España había antes y durante el siglo diez y seis un localismo bastante potente que hizo que los catalanes, los castellanos y los andaluces amasen más a sus distintas provincias que a la España, a menos que, por supuesto, se tratase de unirse en contra de un invasor extranjero.

El sentimiento de fraternidad racial contenido en la frase "la fuerza de la sangre" es vencido fácilmente y hasta anulado o suprimido por el momento por las contiendas políticas. Según la historia, los tebeos multaron a su gran poeta porque dedicó dos líneas magníficas al elogio de Atenas. Ni el estrecho trato literario y comercial, ni el orgullo en su descendencia antigua y gloriosa impidió el que los habitantes de la Nueva Inglaterra aborreciesen a los de la Vieja Inglaterra por más de una generación después de la guerra de 1812. Entre los hispanoamericanos las tradiciones literarias e históricas no han sido causas resultantes en unión, pues en la mayor parte de las repúblicas ha habido poca producción literaria y sus tradiciones no se remontan más allá de la guerra de la independencia.

¿No existían, pues, recuerdos de la grandeza española? Es posible que éstos hayan tenido alguna influencia en tiempos coloniales cuando era más intensa la lucha de España y el Catolicismo en contra de Inglaterra y de Holanda. Pero luego, la preferencia que mostraban los virreyes a las personas enviadas de la madre patria, y la costumbre de reservar para ellas todos los puestos lucrativos llegó a exasperar a los criollos, nombre dado a los colonos nacidos en América. Éstos se enajenaron más y más a causa del gobierno colonial de estúpida índole represiva. Estos desatinos y abusos, a la par que las crueldades que acompañaron a la larga guerra de la independencia, parecen haber destruido el sentimiento de hermandad dependiente del nombre de español. En el odio común a España y en la simpatía entre sí a causa de la lucha en contra de su poder, debiera existir un lazo común a todas las repúblicas. Pero sin embargo, la guerra fué mantenida independientemente por cada colonia. El ejército argentino de San Martín ayudó eficazmente a Chile, y con las tropas chilenas casi llegó a lograr la liberación del Perú donde se hallaba más fuerte la causa de la monarquía; y en este resultado tuvo parte el venezolano Bolivar. Colombia y Venezuela se ayudaron la una a la otra, y ambas ayudaron a Ecuador. Pero lejos de ser esta cooperación una base de amistad, la enemistad más intensa en Sud América es la de Chile y el Perú, y es sólo en tiempos

recientes que ha desaparecido el peligro de una guerra entre Chile y Argentina.

Ni tampoco ha servido la profesión común de la religión católica para estrechar los lazos de amistad entre las repúblicas. Como no existía el Protestantismo en la América española, nunca hubo necesidad de unirse en defensa de la Iglesia; antes al contrario, an algunas de las repúblicas muchos hombres se unieron para combatir sus privilegios o su propiedad. Muchas veces la Iglesia en lugar de predicar la paz ha presentado la espada. Lo único que uniría en estrechos lazos a las repúblicas hoy día sería el peligro de un ataque del exterior. Hace tiempo ya que han dejado de temer la invasión, y mucho menos su sujeción por una potencia europea. Pero el enorme poder de los Estados Unidos y el recuerdo de la guerra que hizo en contra de Méjico en 1846, así como de sucesos más recientes, las hacen velar las acciones de aquel país con mucho recelo que no ha sido disipado completamente ni aún después de la corrección de su conducta en evacuar a Cuba dos veces.

El observador que se ha hecho cargo de que muchos de estos países no son entidades políticas naturales, sino más bien el resultado de una serie de acontecimientos, se pregunta naturalmente si es probable que continúen como al presente. ¿No es posible que los dos o tres más grandes absorban a los menos fuertes o que algunos de los más pequeños procuren fortalecerse por medio de una unión voluntaria, federal al principio, y que quizá lleguen a formar por fin una sola nación? Tal cosa no es imposible. Las tres repúblicas de Colombia, Venezuela y Ecuador podrían renovar la unión federal que deshicieron en 1831. Algunas o todas las repúblicas centroamericanas podrían formar de igual manera una confederación. Cuando Mr. Root fué Ministro de Estado de los Estados Unidos, obrando con diplomacia en unión de Méjico, logró persuadir a todas esas repúblicas a que estableciesen una especie de tribunal federal para la decisión de disputas entre ellas, el cual debían acatar todas, y el tribunal existe aún, aunque la promesa de usarlo ha sido olvidada cuando se ha presentado la oportunidad. Hay quien piensa que posiblemente Bolivia, uno de los países sudamericanos menos homogé-

neos será dividido, como la Polonia, por sus vecinos más poderosos, pero al presente no parece haber tal peligro. Es en la América Central donde en particular la situación parece carecer de estabilidad, pues mientras Costa Rica y Salvador son países relativamente pacíficos y bien gobernados, y Guatemala ha tenido paz últimamente, en Nicaragua y Honduras ha reinado el desorden continuamente, y cualquier presidente codicioso que llegue a lograr mucho poder en una de ellas podría atacar a las vecinas repúblicas.

Es de más importancia considerar que esperanzas hay de que se conserve paz continua y verdadera en el continente sudamericano. Aquí descuellan tres naciones mucho más poderosas que las demás. Chile, Argentina y el Brasil tienen ejércitos considerables y se han provisto ya de armadas, contando algunos fuertes acorazados, no porque sea amenazada ninguna de ellas con una guerra inmediata o en el futuro, ni porque sea ninguna rivalizada por otra potencia naval, sino al parecer en imitación de los Estados Unidos y de las más grandes naciones del Viejo Mundo. Parece que se cree hoy día que la dignidad y posición de una nación depende de una armada grande, de igual manera que en el siglo diez y seis un grande de mucho rango debía llevar consigo y mantener una multitud de paniaguados inútiles. Después de estas tres repúblicas hay que contar el Perú y el Uruguay, mientras que en los países del norte, en Ecuador, Colombia y Venezuela la principal fuerza defensiva consiste en la naturaleza agreste de su territorio.

En Sud América no ha habido guerras (excepto guerras civiles) desde 1883 cuando se hizo la paz entre Chile, el Perú y Bolivia. La tirantez de relaciones a causa de la disputa de la línea fronteriza entre Argentina y Chile terminó con la aceptación del fallo hecho por el rey de Inglaterra en 1902. El enojo que surgió entre Argentina y el Brasil una o dos veces más tarde parece haber pasado ya, y las relaciones amistosas que existen entre estas tres repúblicas, que bien pueden llamarse las Grandes Potencias del continente, son de buen agüero para el impedimento de hostilidades que ya han estado a punto de declararse más de una vez entre Ecuador y el Perú y entre Colombia y Ecuador. La influencia de los

Estados Unidos ha sido usada con provecho para el mismo fin. La mayor parte de las causas a que se han debido las guerras europeas no existen en este continente. No hay contiendas religiosas. Como naciones, no hay problemas raciales, ni tampoco unas sometidas a otras en contra de su voluntad, las cuales procuran liberarse. No hay pretenciones rivales al derecho de ocupar territorios despoblados o semicivilizados en otras partes del mundo. La pesca, y el elemento de donde se saca, ha sido motivo de guerras en otras partes, pero en Sud América no hay derechos de pesca por los cuales valga la pena ponerse a pelear (excepto quizá la pesquería de perlas en Panamá), y las únicas contiendas por derechos acuáticos que han importunado un poco son los que se refieren a la jurisdicción respectiva de Argentina y del Uruguay en el estuario del Plata y también las que tienen que ver con los derechos de navegación de Colombia y de Venezuela en el río Orinoco. Las disputas sobre los confines existen aún. Algunas de ellas, como la de Chile y Argentina, la de Bolivia y Argentina y la del Brasil y del Perú han sido arregladas últimamente, pero todavía quedan no sólo la controversia entre el Perú y Chile concerniente a Tacua y Arica, sino también la disputa triangular de Colombia, Ecuador y el Perú sobre sus pretensiones respectivas a la región medio explorada donde se encuentran sus territorios en el lado oriental de los Andes.

Quedan aún un número de posibles sucesos inclasificables que podrían hacer entrar en guerra a los habitantes de las repúblicas más retrógadas, los cuales tienen un carácter muy sensible y ligero y consideran toda cuestión una de honor y que aun cuando hayan sido persuadidos a arbitrar el asunto rehusan luego aceptar el fallo. Así es que no se puede decir que se haya desvanecido el peligro de guerras en este continente, aunque sí ha disminuido tanto que parece acercarse su conclusión. Sin embargo, tengamos presente una contingencia. Algunas veces se han levantado en alguna que otra república hombres de fuerza formidable cuya ambición desmesurada, después de hacerles dictadores de su país, vuelve sus armas en contra de los vecinos. Aunque hay indicaciones de que va pasando la era de revoluciones

y de tiranías, podría aparecer otra vez uno de estos hombres el cual, subiendo al poder por medio de la protección del pueblo y gobernando con fuerza militar, podría procurar afirmar su gobierno doméstico por medio de la conquista extranjera.

Desde hace mucho tiempo no ha habido peligro de guerras con las potencias europeas, y como éstas no desean anexarse territorios sudamericanos y no tienen motivos para contiendas, excepto cuando se quejan sus súbditos de que no se les paga lo que se les debe o de que han sido injuriados, los sudamericanos no han tomado parte en la política del Viejo Mundo, ni deben inclinarse a hacerlo ahora, pues en las relaciones variables entre las repúblicas hay bastante para ocupar la atención de los estadistas más hábiles. Parece inútil reflexionar sobre lo que sucederá cuando uno o dos de los países sudamericanos lleguen a tener la misma población y riqueza que Francia o Italia. Los que logren ver tales condiciones verán un mundo completamente diferente del nuestro.

CAPÍTULO XIII

RELACIONES ENTRE LAS RAZAS DE SUD AMÉRICA

Aunque razas de carácter desemejante y separadas en la escala del adelantamiento deben haberse unido desde tiempos primitivos, no ha sido sino hasta en años recientes que se ha observado y estudiado cuidadosamente el fenómeno resultante de tal contacto. Desde a fines del siglo quince las naciones europeas han ido conquistando las razas retrógadas. En algunos países las avasallaron y en otros las extirparon. Ya se han repartido todo el mundo salvaje bárbaro semicivilizado, de manera que a consecuencia de descubrimientos, guerras y tratados seis potencias grandes y tres más pequeñas * se han apropiado todos los países habitados por razas que no descienden de las europeas, con excepción de tres o cuatro antiguos pueblos asiáticos. En nuestro tiempo las cuestiones relacionadas con la unión de razas ha despertado nuevo interés moral porque el antiguo método de destruir las llamadas subdivisiones inferiores del género humano por medio de la espada o por medio de la esclavitud ha sido desacreditado, y han despertado también nuevo interés científico debido a que ansiamos conocer los efectos de la mezcla de razas completamente diferentes. Tal mezcla produce problemas de los más enigmáticos en la teoría de la descendencia del hombre. La mezcla de una raza con otra ¿relaja o mejora la progenie? ¿Hasta qué punto son transmisibles por medio de la sangre las cualidades pronunciadas de la raza parental a una progenie mezclada colocada en diferente medio ambiente y afectada eficazmente por el mismo? La América española presenta un campo extenso y variado para el estudio de ésta y cuestiones semejantes,

* La Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia, Rusia, los Estados Unidos, Bélgica, Holanda y Portugal.

campo que ha sido hasta ahora poco investigado. Con mi poco conocimiento del asunto no puedo hacer nada más que exponer algunos hechos generales y sugerir a los que tengan mejores oportunidades para su estudio algunos de los problemas contenidos en el asunto.

Cuando los conquistadores españoles y portugueses empezaron a ocupar el Nuevo Mundo lo hallaron poblado por todas partes por tribus nativas cuyos característicos físicos y hasta cierto punto sus idiomas también, indicaban que aunque habían morado en la América por siglos sin número, probablemente todas eran de origen asiático. No había parte de los continentes desde el estrecho de Behring hasta el cabo de Hornos (con excepción de algunos desiertos sumamente estériles) que no estuviese poblada, aunque algunas regiones lo estaban más que otras. Estas regiones eran las altiplanicies de Anahuac (en Méjico) con las regiones contiguas más bajas del Yucatán y de Guatemala, la meseta de Bogotá y la del Perú. En estas partes se había adelantado más hacia la civilización y hacia una asentada vida agrícola; mientras que las selvas más abajo y las sabanas más o menos áridas, como las de Misuri y las del sur de Argentina, estaban más escasamente pobladas. Es posible que en Anahuac y el Yucatán haya habido tanta gente como en todo el resto de la América del Norte, y en el imperio peruano de los Incas pudo haber habido tanta como en todo el resto de la del Sud.

Ahora bien, la presencia de esta población indígena ha sido y continúa siendo un factor de mucha grandeza en todo el continente (con excepción de Argentina y el Uruguay), y en este hecho tiene su base uno de los contrastes más notables entre las partes septentrional y meridional del hemisferio occidental. La importancia del elemento indio nativo en Sud América—y lo mismo puede decirse de Méjico y de la América Central—consiste en parte en el hecho de que proporciona la mayor parte de los braceros y gran parte del ejército y en cierto modo en la influencia que ha ejercido y ejerce aún sobre los blancos, mezclando su sangre con la de ellos y cambiando sus costumbres y su vida de varias maneras.

Cuando los españoles vinieron al Nuevo Mundo, vinieron sólo por el oro. Ni la extensión del comercio, en esperanzas de lo cual vinieron los holandeses, ni la adquisición de terrenos para la colonización y el cultivo, extendiendo así sus dominios, lo cual movió a la mayor parte de los ingleses y los franceses, ni siquiera el deseo de tener libertad para adorar a Dios a su manera, lo cual atrajo a los Puritanos de la Nueva Inglaterra—ninguna de estas cosas ocupaban la mente de los compañeros de Colón y Ponce de León, de Vasco Núñez de Balboa, y de Cortés y Pizarro. Sin duda, deseaban también propagar la fe, pero sus fines espirituales no habían de intervenir nunca con sus empresas seculares. Pocos fueron los pobladores que vinieron de España a cultivar la tierra. El primer intento era apoderarse de todos los metales preciosos que pudiesen hallarse, con gran asombro de los naturales que creían que el oro sería para ellos una especie de fetiche. Después lo que había de hacerse era descubrir minas de esos metales y hacer que los indios las explotasen. A esto hay que añadirse el que dividían los distritos más fértiles en grandes haciendas, destinando a cada aventurero parte de los obreros nativos con su porción de terreno. No vinieron pobladores a desmontar la tierra y a construir casas en ella como lo hicieron los colonos de la Nueva Inglaterra y los que procuraron crear una nueva Francia en el río San Lorenzo. No hubo español que se ocupase de cultivar la tierra él mismo. ¿Y para qué, si podría hacer que otros la cultivasen por él? En partes donde el terreno estaba ya cultivado por los aldeanos nativos éstos eran hechos esclavos asignados a la encomienda. Donde había bosques raras eran las veces que se ocupaban los conquistadores de desmontarlos, y lo que era desierto permanecía desierto en manos de las tribus salvajes. Donde había una llanura descubierta había así mismo poco motivo para molestar a los nómadas que vagaban por ella. Así es que los invasores llegaron a ser la casta predominante, mantenida por el trabajo de los esclavos indios, y por mucho tiempo no salieron de las tierras donde aquéllos estaban establecidos anteriormente. Sucedió, pues, que los aborígenes, los cuales en el extremo septentrional de Norte América habían sido aniquilados o ex-

pulsados al oeste, continuaron siendo en la América española la mitad de la población, o más, los ya medio civilizados como jornaleros, mientras que los salvajes no eran molestados en sus bosques o en sus sabanas casi estériles. En los distritos poblados no se desarrolló una población agrícola europea. Como había aborígenes allí mismo para cultivar el terreno ya preparado, se importaron de África relativamente pocos negros y la mayor parte de ellos fueron transportados a las playas del Caribe y al Perú. Fué sólo en las regiones tropicales de las Antillas y (algo más tarde) del Brasil que se desarrolló la esclavitud en grande escala; y aun a esos lugares los negros fueron llevados de África, no para cultivar la tierra, sino principalmente para explotar las minas. En Méjico y en el Perú no eran muy necesarios los negros porque los indios nativos eran de una línea más robusta que los débiles arawaks de las Antillas y continuaron viviendo bajo sus amos europeos, aunque oprimidos y mermados por el mal tratamiento. Así es que cuando por fin las colonias españolas afirmaron su independencia empezaron su nueva vida política sin esa carga de una población de esclavos negros que causó tanta inquietud en los estados meridionales de la Unión Norteamericana.

Entre las muchas tribus indígenas había diferencias muy notables, no sólo por su grado de adelanto hacia la civilización, sino también por su inteligencia, virilidad y cualidades pugnantes y por esa especie de facultad resistente que hace que un pueblo sobreviva a pesar de la opresión. Parece que los mejores guerreros eran—no cuento las tribus de Norte América oriental—los aztecas de Méjico y los mapoches o araucanos de Chile. Los caribes en algunas de las Antillas menores y en Venezuela eran bárbaros y temerarios, mientras que sus vecinos los arawaks de las otras Antillas parecen haberse extinguido en medio siglo bajo la crueldad española. No tenemos datos para hacernos ni siquiera una conjetura muy indefinida sobre el total de estas tribus, pero parece cierto que algunas desaparecieron por completo, y que otras disminuyeron muchísimo. Los chibchas de Bogotá, estimados en un millón cuando vinieron los conquistadores, fueron exterminados en veinte años,

según nos dice un cronista español. De los mochicas o yuncas de la costa peruana, numerosos aun a la llegada de Pizarro, aunque muchos habían perecido cuando fueron conquistados por los Incas, pocos fueron los que quedaron después de medio siglo, y desde hace mucho tiempo sus ciudades son moles de ruinas, debido quizá en parte a que dejaron derruirse las obras de riego que les proporcionaban el agua. Un empadronamiento hecho en el Perú por el virrey Toledo en 1575 demuestra que había ocho millones de indios en lo que es ahora el Perú y Bolivia. Dos siglos más tarde había menos de la mitad de ese número. Y se dice que los indios por Panamá disminuyeron rápidamente cuando los españoles se establecieron allí. Los naturales del nordeste del Brasil fueron aniquilados hacia el fin del siglo diez y seis, aunque apenas puede creerse la relación de que dos millones fueron exterminados en unos veinte años; y las tribus menos numerosas de la Argentina central y del Uruguay han desaparecido por completo. La reducción continúa aún hoy día, aunque por lo común los métodos son menos violentos. Las bebidas alcohólicas y las enfermedades europeas y no el mal trato de los chilenos es lo que ha ido reduciendo a los robustos araucanos hasta la cuarta o quinta parte de lo que eran hace ochenta años, y los tehuelches y otras tribus de la Patagonia, así como los infelices fueguenses, van extinguiéndose por causas naturales. Pero en los bosques del Amazonas y a lo largo del río Putumayo—y eso en los últimos pocos años—la crueldad y la opresión de los acopiadores de gaucho para con los indios sin protección han causado la muerte de muchos millares de ellos y al parecer han exterminado por completo algunas tribus.

Es imposible averiguar cuantos aborígenes quedan en la América latina. Aun en países tan adelantados como Méjico y el Perú no hay datos fidedignos no sólo porque es imposible hallar medio de contar los nómadas salvajes del noroeste de Méjico y aun los más salvajes del este del Perú, sino también porque aun en los distritos civilizados es difícil determinar a quien se le ha de considerar indio, y a quien mestizo. Sin embargo, más vale cualquier cálculo, entendiéndose perfectamente bien que

es sólo conjetural, y así puedo decir que en Méjico * probablemente de los quince millones de habitantes, cerca de ocho son indios, con seis millones a lo menos de sangre mezclada y el resto españoles; mientras que en el Perú y en Bolivia, de un total de cerca de seis millones, tres y medio son indios mestizos y el resto españoles más o menos puros.† El único país que es casi por completo indio, de manera que el guaraní es el lenguaje predominante, es la región interior del Paraguay, y el país que no tiene ningunos indios es el Uruguay en la costa y no lejos del Paraguay. De la población total de Sud América, estimada en cuarenta y cinco millones, probablemente ocho o nueve millones son indios puros. Además de éstos, hay posiblemente trece millones de mestizos y quince de personas que se consideran blancos, aunque algunos tengan sangre indígena.‡ Pero si omitimos a Argentina que es casi por completo blanca y el Uruguay que lo es del todo, así como al Brasil, y nos limitamos a considerar las otras ocho repúblicas donde el elemento indio es preponderante, es probable que un cálculo de la población fijaría el número de indios puros en dos veces más que el de los blancos y algo menos que el de los mestizos. Según tal cálculo la suma total de habitantes de sangre nativa excedería en mucho a la de los europeos. No obstante, tal cómputo no puede ser considerado exacto. Lo indico aquí solamente porque me parece, según lo que he podido colegir, que representa aproximadamente las proporciones de las razas. Los que prefieren considerar como blancos a los mestizos más cultos o como mestizos a los indios que tengan un poco de sangre

* Los cálculos más comunes (por ejemplo, el Anuario del Estadista de 1912) aseguran que hay 19 por ciento de puros españoles, 43 por ciento de mestizos y 38 por ciento de indios, pero las preguntas que yo hice a personas bien informadas en Méjico me han hecho creer que la proporción de indios es mucho mayor y que es probablemente cerca de la indicada en el texto.

† Se supone que el Brasil tiene casi dos millones de aborígenes, la mayor parte de ellos salvajes, Argentina quizá cincuenta mil y Chile ciento veinte mil (contando los fueguenses). No hay datos concernientes a la población india de las cuatro repúblicas del norte y las cinco de la América Central, pero la mayor parte de la población, que en número redondo puede considerarse de nueve millones, es india, y los blancos puros constituyen una minoría, que probablemente es más numerosa en Costa Rica, Colombia, y Panamá que en las otras repúblicas.

‡ Hay además ocho o nueve millones de negros y mulatos (casi todos en el Brasil).

blanca presentarían cantidades diferentes. La propensión de las estadísticas oficiales sigue tal curso, aunque este método no representa verdaderamente los datos genealógicos.

Del total de cerca de nueve millones de indios, como dos o tres son bravos y tienen poca comunicación con los blancos civilizados o con los mestizos. A esta clase pertenecen muchos de los indígenas del Brasil, Colombia, el Ecuador y Venezuela, así como la mayor parte del muy pequeño número que queda aún en Argentina. De los indios más o menos civilizados y asentados, más de la mitad, unos tres millones y medio, se hallan en el Perú y en Bolivia; y de éstos pasaré a decir algo ahora, pues en esos países tuve ocasión de averiguar su posición y por que en sí son más interesantes, siendo los descendientes de lo que era antes de la conquista española un pueblo relativamente adelantado. Además, lo que puede decirse de ellos puede decirse en sentido general con respecto de los aborígenes asentados de las repúblicas del norte. Sin embargo, en estos países no hay tantos indios agrícolas sedentarios como los que habitan las mesetas y los valles andinos del Perú y de Bolivia.

Aunque en tiempo de la conquista probablemente había en el imperio de los Incas muchas tribus diferentes que hablaban lenguajes diferentes, todas han sido unidas en dos, la de los quichuas al norte del lago Titicaca y la de los aimarás en sus riberas y al sur de él en Bolivia. Como ya he hecho una descripción de ambas razas en capítulos anteriores,* me basta añadir aquí que se hablan los dos lenguajes generalmente por todos los Andes centrales desde la frontera de Ecuador al norte hasta la de Chile y Argentina al sur. Relativamente pocos de estos indios, probablemente menos de una quinta parte, pueden hablar español. Algunos de ellos viven en las ciudades y se ejercen en las artes mecánicas. Las tres cuartas partes de la población de La Paz es aimará, mientras que en el Cuzco a lo menos una tercera parte es quichua. Con todo, la gran mayoría se compone de campesinos que cultivan la tierra como arrendadores o jornaleros, o se cuidan del ganado lanar o del vacuno como pastores de los propietarios que son, por

* Capítulos III y IV.

supuesto, de sangre española o mezclada. Los indios que poseen pequeños trechos de terreno son relativamente pocos. Los propietarios que en el tiempo colonial oprimieron a los aldeanos de manera tan cruel que de vez en cuando hacían rebelar a esta raza tan pacífica por naturaleza no se atreven ya a imponer las exigencias y las crueldades de aquellos tiempos. No se teme a la autoridad tanto como entonces, ni puede usarse tampoco para mantener injusticia tan notoria. Ni el clero tampoco exige dinero a sus feligreses como en aquellos malos tiempos, aunque aun hoy día los honorarios que hay que pagar por el casamiento son tan subidos que la ceremonia es omitida a menudo. El antiguo sistema gentilicio se ha desvanecido ya, y el cacique, llamado así por los españoles, que fué jefe de una comunidad local hasta fines del siglo diez y ocho, ha desaparecido, pero la antigua organización de los habitantes de una aldea por medio de hermandades y que dependía, o se supone que dependía, de relación consanguínea existe aún y los asuntos locales son manejados por los funcionarios locales mencionados en un capítulo anterior.* Así es que nadie interviene con el indio, con excepción de que tiene que pagar arrendamiento al propietario y de que a menudo está obligado a hacerle servicios personales en su residencia durante parte del año. Esto se llama "mita". Su alimento no es muy nutritivo y consiste principalmente de "chuno", esto es, patatas heladas, que por lo común son convertidas en harina. Van vestidos escasamente y su vida es penosa y miserable, especialmente en las áridas mesetas. Sin embargo, no han llegado a esa pobreza vil amenazada por la indigencia; quizá, en verdad, ni tan cerca al mínimo plano de la vida como millones de gente en China y en la India. No contrastan su vil manera de vivir con el fausto de los ricos, como lo hacen los habitantes de los barrios bajos en las ciudades europeas, ni consideran que es su condición mala, pues no es peor que la que sufrieron sus antepasados por diez generaciones, y no conocen otra.

No sólo los quichuas y los aimarás, sino también los indios de las repúblicas del norte y los del sud de Chile son completamente ignorantes, y en cuanto a la ins-

* Véase Capítulo V, p. 145.

trucción se hallan en igual condición que bajo los Incas, tal vez aun más atrasados, pues entonces había una especie de vida nacional que ha sido extinguida desde hace mucho tiempo. Parece que entre ellos no hay sino poco o ningún deseo de instruirse. Aunque alguno procurase elevarse en su posición, no hallaría medio de hacerlo a menos que un cura bondadoso enseñe los elementos del conocimiento a un chico más inteligente que los demás. La religión no hace nada que pueda despertarles la mente. Nominalmente son cristianos, pero de muchos de ellos puede decirse hoy lo que fué dicho en 1746 por el español humanitario y ortodoxo, Juan Ulloa, cuyo informe particular al rey de España sobre la condición de los indios en el Perú y en el Ecuador fué publicado en Inglaterra un siglo más tarde. Dice el comisionado:

''Su religión no se asemeja a la religión cristiana más de lo que se asemeja a la que tenían cuando eran paganos, pues si examinamos el asunto detenidamente se verá que, no obstante la conversión nominal de estas tribus, el progreso que han hecho en las ciencias es tan insignificante que será difícil hallar una diferencia entre la condición en que viven ahora y en la que se hallaban en el tiempo de la conquista''. *

La influencia del clero no ensalzaba la religión al pueblo ni mitigaba su miseria como puede deducirse de esta otra cita del mismo informe particular.

''El estado miserable de los indios debe atribuirse a los vicios de los sacerdotes, a las exacciones de los corregidores y al mal trato que por lo general reciben de todos los españoles. No pudiendo aguantar las injusticias y deseosos de librarse de la esclavitud, muchos de ellos se han rebelado y se han dirigido a los distritos no conquistados para continuar allí en las costumbres bárbaras de sus vecinos idólatras, y en vista de los antecedentes ¿qué inferencias han de hacer de la vida escandalosa de sus sacerdotes, especialmente si consideramos que los indios son civilizados sólo hasta cierto punto y

* Cito esto del interesante libro del profesor Bernard Moses, ''Sud América en víspera de su emancipación'', Las colonias meridionales, página 192. Las citas dadas allí de las ''Noticias Secretas'' de Ulloa hacen una descripción terrible de las crueldades y opresiones cometidas con los indios. El profesor Moses dice que había dos Ulloas; Juan y Antonio; otros dicen que había sólo uno.

que aprenden más bien por el ejemplo que por el precepto? . . . En la población de Pimampiro la conducta del cura desesperó a los indios. Uniéndose en masa se rebelaron y marcharon por la noche a las cordilleras donde se mezclaron con los indios gentiles con los cuales han continuado hasta el presente''.*

Debe recordarse que la avaricia y las faltas morales atribuidas al clero en estas noticias, así como en otras relaciones del siglo diez y ocho, son en contra de los curas más bien que en contra de las órdenes religiosas, aunque según la descripción de Ulloa el plano de conducta de éstas había decaído también. Mucho crédito ha de darse a algunas de las órdenes religiosas, en especial a la de los Jesuitas y poco menos a los primeros Domínicos por sus esfuerzos en propagar la fe a menudo a riesgo de sus vidas, sino también en obtener justicia para los infortunados indios. El gran Las Casas fué sólo el ejemplo más admirable entre los religiosos españoles que pusieron su alma en esta campaña de humanidad, aunque raras veces triunfaron de la rapacidad empedernida de los hacendados y de los propietarios de minas que deseaban conservar a los indios en esclavitud y que se preocupaban poco de cuantos habían perecido bajo ellos. Estos dignos religiosos a veces obtuvieron buenas ordenanzas del Consejo de Indias en España, pero los gobernadores españoles sabían que lo más fácil de hacer era promulgar la ordenanza y hacer la vista gorda en cuanto a ejecución. Respecto a muchas leyes se hacía la siguiente apuntación: ''Se obedece pero no se ejecuta''. En el Paraguay donde la población era casi por completo india, el predominio de los Jesuitas fué benéfico por lo general. No podían hacer gran cosa en cuanto a la instrucción de la mayoría de los súbditos, pero mientras educaron a algunos de los jóvenes más aprovechados, inculcaron hábitos de industria y de buena conducta en los demás. Quizá a esta extremada inculcación de obediencia se debe en parte la ciega sumisión de los paraguayos más modernos a tales déspotas como Francia y López.†

* ''Noticias sècretas'', página 192 del libro de Bernard Moses, como arriba.

† La mitad de la población del Paraguay pereció en la guerra de López hijo, el tercero de los dictadores que gobernaron el país desde 1818 hasta 1870.

Las opresiones civiles y eclesiásticas mencionadas en las citas dadas arriba, han dejado de existir desde hace mucho tiempo, pero sus consecuencias quedan aún en la condición vil de los indios y en su ignorancia de las verdades y de los preceptos del Cristianismo. Como ha dicho un docto estudiante de las costumbres indias, el Cristianismo es para ellos una especie de magia más potente para ciertos fines que su propia magia antigua basada en el culto de la naturaleza. ''Creen en Dios''—dice Bandelier *—''pero creen más en Nuestra Señora de la Luz de Copacavana''. Rinden culto a los espíritus malos y hacen ofrecimientos a los ''achachilas'' de las montañas y a la Tierra. Aun en Méjico, donde por lo común los indios se hallan mucho más sujetos a influencias esclarecedoras, se me dijo en 1901 que un arzobispo, al visitar las parroquias de su diócesis poco tiempo antes, había hallado los ídolos antiguos escondidos detrás de los altares, de donde eran sacados a veces para rendírsele culto por la noche. En tiempo de la conquista los peruanos habían llegado apenas al estado de una mitología en regla con imágenes de las deidades, y por eso los ídolos eran menos comunes y prominentes, mientras que el culto de los espíritus inherentes en los objetos naturales era universal.

Cuando la Iglesia no logra poner en movimiento las corrientes de la vida intelectual en la multitud de un pueblo como éste ¿qué otras influencias hay que produzcan progreso?

Estas razas peruanas fueron especialmente desgraciadas porque sus cabecillas naturales, los caciques o jefes locales que habían formado una especie de aristocracia antes de la conquista, fueron asesinados o en algunos casos incorporados en la clase alta colonial, de manera que como protectores desaparecieron para la clase sometida, la cual a causa de su poco brío cayó en la esclavitud sin resistirse. Una vez, en 1781 a 1783, bajo la dirección de Tupac Amaru, de quien he dicho algo en un capítulo anterior, se levantaron en armas durante tres años. Pero como no eran guerreros y carecían de práctica, y como no estaban bien armados ni bien dirigidos, fueron derrotados con muchas pérdidas después de

* ''Las Islas de Titicaca y Koati'', citado en el Capítulo IV.

haberse cometido crueldades atroces en ambos lados. Pero llevaron a cabo un hecho raro en los anales de la guerra al destruir, con la guarnición española, la ciudad de Sorata que habían sitiado en vano por mucho tiempo, represando un torrente de la montaña y soltando toda la corriente sobre la ciudad. Desde ese tiempo, aun los pocos caciques que quedan han desaparecido, y la raza indígena consiste por completo de la parte más pobre y más desdeñada de la población. Lo que les hace la vida llevadera es el continuo mascar de coca, costumbre muy antigua, pero menos costosa ahora que en el tiempo de los Incas, porque la coca puede ser importada con más facilidad de los países calientes al este de los Andes.

Sus diversiones no son más que dos. Una es la embriaguez, principalmente con la chicha, la antigua bebida nativa, pero ahora también con el aguardiente hecho de la caña de azúcar. La otra es bailar en las fiestas. Los curas al convertir los naturales creyeron que era mejor no cambiar los antiguos bailes paganos sino trasladarlos a los días que la Iglesia designa para sus fiestas, expurgando en todo lo posible los rasgos ofensivos del baile, aunque lo que queda es bastante repulsivo. Esas funciones ceremoniales son comunes entre los indios de Norte América y a menudo eran continuadas por varios días sin cesar antes de la declaración de una guerra. Los bailes de los hopíes y de otros indios que el visitador ve hoy en día en Arizona son sosos y decorosos. Squier * hace una descripción de los bailes que vió en Tiahuanaco el día de Corpus Christi y la relación mucho más reciente de Bandelier de los bailes que vió en otra ocasión en Copacavana demuestra que las condiciones son casi las mismas hoy día.† La música, a semejanza de la del tambor y flauta de Norte América, es ruidosa, desagradable al oído y disonante, pero no quiere decir esto que falte el gusto a la música sonora, pues el indio en sus viajes lleva consigo a menudo una flauta o caramillo y goza de las cantinelas monótonas que hace salir de su instrumento.

* "Viajes por el Perú", p. 305 y las que siguen.

† "Las Islas de Titicaca y de Koati", página 40 y las que siguen. Este docto investigador de las costumbres de los indios opina que la costumbre de embriagarse se originó probablemente en los ofrecimientos ceremoniales de chicha a los espíritus. No es necesario explicar su continuación.

Otros tres hechos pueden ser aducidos para ilustrar la condición de los aborígenes. No existe literatura reciente en su lenguaje, ni siquiera un periódico o revista. Muy pocas veces parecen recibir las órdenes, aunque en Méjico me dijeron que allí hay muchos sacerdotes indios; y es muy raro que un indio se eleve a la clase docta ni siquiera a la instruida. Supe de uno en Lima que tenía un conocimiento notable de la historia natural; puede que hayan otros.

Débase al carácter de los indios o a su miedo a los blancos, los robos y los asaltos son raros no sólo entre los más mansos quichuas, sino también en Bolivia, donde los aimarás, raza más hosca y adusta, tienen a menudo peleas entre sí, y entonces los habitantes de una aldea atacan a los de otra con palos y hondas, mientras que las mujeres cargan con sacos de piedras para proveer municiones para las hondas de los hombres. En efecto, la seguridad del solitario viajero europeo en la mayoría de las partes en Sud América es un hecho tan notable como lo es en la India.

En cuanto a derechos civiles no hay distinción legal entre los indios y los blancos. Ambos disfrutan del mismo derecho de ciudadanía para fines públicos. Hasta cierto punto esto es una garantía para el indio en contra del mal trato, pero no le levanta en la escala social. Los indios votan sólo raras veces; no que importe mucho en estos países que los ciudadanos voten o no, pues los gobiernos paternales se encargan de las elecciones. Que yo sepa, los indios no presentan nunca su candidatura para puestos nacionales. Las leyes de las dos repúblicas intervienen muy poco con su manera de vivir, la cual es regulada por costumbre hereditaria. Aun en las revoluciones los indios no parecen venir al frente. Sin embargo, están dispuestos a pelear y son buenos guerreros en las guerras civiles y extranjeras por poco que sea el interés que tengan en la causa por la cual pelean. Si no fuera por esto hubiera habido menos revoluciones y ésas más cortas. Así es que el indio es un miembro de la nación para fines militares, no políticos. Los primeros les son más fáciles de comprender que los segundos, pues él se ocupa y piensa en ocuparse de la política tan poco como el menesteroso amolador en los

versos de Canning. Hasta ahora nadie le ha enseñado el evangelio de la democracia; nadie le ha dicho que tiene algo que sacar de su cumplimiento de sus deberes de ciudadano. Todo está tan fuera de su alcance como si estuviese viviendo aún bajo el gobierno de los virreyes españoles, o en verdad bajo el gobierno del Inca Huayna Capac. Por lo tanto, no existe en Sud América aún el ''problema indio''.* Debiera haber tal problema, esto es, debiera haber un movimiento para levantar a los indios a un plano crematológico y docente. Pero ellos mismos no han empezado a exigir aún que sean levantados a tal esfera.

Basta en cuanto a los indios tal como se hallan en el Perú y en Bolivia; y al parecer, también en las regiones pobladas del noroeste de Argentina donde quedan aún algunos indios. En el Paraguay su posición es tan diferente que forman no la clase más baja, sino la mayoría de la nación. En las regiones arboladas del Amazonas y sus tributarios los indios bravos se hallan fuera de la esfera de la civilización.

Para comprender las relaciones sociales entre las razas blanca e india debe uno recordarse desde el principio que en los países españoles y portugueses no hay tal distinción definida de color como en donde los hombres de descendencia teutónica se han establecido en países fuera de Europa. Como tal es el caso con referencia a los negros, lo es aún más cierto con los indios. Se le desprecia como a persona inútil, no se le hace caso como ciudadano, puede que como en tiempos pasados se le oprima de manera abominable y se le trate mal, pero a pesar de esto no causa repulsión personal. No es su raza lo que le perjudica, sino su vil condición. Si sufre es porque es ignorante o tímido o desmañado, no porque sea de sangre y color diferentes. Así es que los hispanoamericanos no se esfuerzan en tener en distancia y en oprimir a los indios de la misma manera que los norteamericanos, los ingleses y los holandeses—no me refiero a los gobiernos sino a los ciudadanos—tratan a sus vecinos de color. No se le tiene tanta inquina como en Cali-

* En Lima se ha constituido una sociedad para la protección de los indios, pero no pude averiguar que haya hecho mucho para mejorar su posición en las regiones del Perú lejos de la capital.

fornia y en Australia a los chinos, japoneses e indostanos. La distinción entre las clases en la América española es más bien de rango o clase que de color. Por consiguiente, en contra del matrimonio entre las dos razas no hay más oposición de la que hay cuando un hombre o una mujer se casa con una persona de posición social inferior. Si es raro el que un blanco puro se case con una india pura es porque son de diferentes clases, de igual manera que es raro el que un inglés de familia noble se case con una aldeana. No hay ley que se oponga a tal unión, y aunque los blancos raras veces se casan con indios puros, puesto que las dos clases no tienen nada común, la existencia clara de sangre india en un pretendiente no perjudica en nada su agrado a una mujer blanca de la misma clase. El que este contraste entre la actitud del español hacia el indio y del norteamericano hacia el negro se deba a las diferencias entre el Catolicismo y el Protestantismo * o al hecho de que el indio nunca fué esclavo, o al hecho de que las razas indígenas americanas tienen diferencias menos marcadas de color y de característicos que los negros, es una cuestión que no es necesario discutir aquí. Probablemente esas tres causas han contribuido al resultado; y probablemente la circunstancia de que los primeros españoles, no habiendo traído esposas, trataron a sus muchos hijos de mujeres indias como hijos legítimos o que pertenecían a su propia raza ha sido también un factor importante. Tal costumbre, establecida en tiempo de la conquista, naturalmente continuó produciendo efecto en la actitud de los hombres. De cualquier manera que sea, el resultado es uno de gran importancia y hace que el problema racial aquí sea muy diferente de lo que lo es en los estados meridionales de Norte América.

El punto de diferencia más notable tiene que ver con la posición del mestizo. En Norte América un mulato, un cuarterón o un mulato muy claro se cuenta como ne-

* El sentimiento de ser uno miembro de una comunidad concreta (una Iglesia visible) que consiste de personas de cualesquier razas que tomen parte en los mismos sacramentos está más arraigado en la Iglesia Católica que en la Protestante; y de igual manera que un miembro de una clase más baja que ha recibido las órdenes sacerdotales es por eso elevado a una posición que en cierto sentido es superior a la de cualquier lego, así la raza se halla elevada en su persona.

gro. En Sud América, excepto quizás en algunas de las ciudades más antiguas, un mestizo es considerado blanco. Su sangre medio india no es detracción a su rango social, ni obstáculo que le impida obtener cualquier puesto público. Puede uno decir de tal y tal persona que tiene evidentemente mucha sangre india, o de otra que parece española de pies a cabeza, y a no dudar éste último alimenta una satisfacción secreta por su pura descendencia ibérica. Pero para fines prácticos de negocio y de política los dos, suponiendo que pertenezcan a la misma clase culta, se hallan en la misma esfera social. Las familias que estiman su linaje tanto que consideran que el enlace de uno de los suyos con una persona de sangre mezclada, persona deseable por otros respectos, es una mala alianza, deben de ser pocas ahora y existen apenas fuera de cinco o seis ciudades—tales como Bogotá, Lima, Arequipa, y Santiago.

Así es que puede decirse que no hay ''distinción de color'' en Sud América. Sus repúblicas tienen bastantes problemas políticos y crematológicos, pero se han salvado de una causa de compromiso y de peligro presente continuamente en la mente de los norteamericanos previsores y presentes también (aunque sin ser tan penosa) en la mente de los sudafricanos. Por lo tanto, aunque en la América española y en los Estados Unidos también hay distinciones sociales que coinciden con distinciones de razas, el carácter de esas distinciones es diferente. En ambos países hay dos grupos. Pero en los Estados Unidos todo el que no sea blanco es considerado de color, por leve que sea el indicio. En la América española todo el que no sea completamente indio, es considerado blanco, por marcado que sea el color indio.* Así es que la población mezclada que en los Estados Unidos va a aumentar la negra, en la América española forma parte de la población blanca y sirve para dar a ese elemento la preponderancia que tiene. Y otra diferencia depende del hecho que mientras que para los fines sociales en los Estados Unidos se establecen diferencias en contra de

* Una infusión de sangre negra, lo cual se halla a veces en las poblaciones de la costa del Perú, es despreciada más que una infusión semejante de sangre india, pues mientras que el primer progenitor negro pudo haber sido un esclavo, el progenitor indio pudo haber sido un Inca.

los habitantes de color, cualesquiera que sean su riqueza, su educación o sus cualidades personales, en los países españoles la raza tiene tan poco que ver con eso que cuando salen de la pobreza y de la ignorancia que caracterizan a los indios, su igualdad con los blancos es reconocida. Sin embargo, son tan pocos los que salen de esa condición que podemos decir en sentido general que en estas repúblicas la nación consiste sólo de blancos y mestizos, pues los indios constituyen si no otra nación, a lo menos una nacionalidad distinta, separada no sólo por su pobreza, sino también por su lenguaje y su adhesión a las antiguas supersticiones. Con excepción del culto de los santos y del gusto al aguardiente, no tienen nada común con la clase sobre ellos, pues hablan un idioma diferente, su manera de pensar y sus sentimientos son distintos, tienen sus propias diversiones y alimentan, aunque imperceptiblemente, vagos recuerdos de una época cuando sus antepasados gobernaban estas tierras. No demuestran hostilidad activa en contra de los blancos y, en verdad, se las entienden mejor con los propietarios que alguna gente campesina de Europa con los suyos. Pero viven aparte, en la nación misma, pero sin formar parte de ella. Los aimarás son sigilosos, desconfiados, adustos. Los quichuas son más amables, pero a duras penas menos esquivos. Esta reticencia y este sigilo caracterizan también a los indios mejicanos, los cuales son por lo general más inteligentes que los peruanos.* Los aimarás y también los quichuas son constantes en sus costumbres y no procuran asimilar nada de esa vida y de ese saber modernos que han llegado a internarse lentamente hasta en los lugares apartados de los Andes. Nadie de afuera trata de dárselos, ni de entre ellos se levanta nadie excitado por el deseo de alcanzarlos y comunicarlos después a sus semejantes.

Esta falta de dirección y falta no sólo de luz sino del

* Hace algunos años en el norte de Méjico se notó que un vagón con una carga de dinamita que había de usarse en una mina estaba quemándose en una estación de aldea. El peligro era inminente y el maquinista de una locomotora acercó su máquina y a toda velocidad llevó el vagón muy lejos hacia el interior del campo. Mandó al guardafreno a que se bajase y se escapase, añadiendo ''Voy a mi muerte''. Cuando había viajado una milla explotó la dinamita. Todas las ventanas en la aldea fueron rotas y él fué volado en átomos, pero los habitantes fueron salvados. Era él un indio de sangre pura.

deseo de adquirirla es el característico de la población india que sorprende más al viajero, pues no conoce él un paralelo entre las razas avasalladas en Europa en tiempos pasados ni en los del Asia occidental hoy día. Los griegos y los armenios en la Turquía a veces han sufrido a manos de los turcos tanto como los quichuas a manos de sus conquistadores en el Perú, pero en inteligencia y en facultad para el adelanto han sido superiores a los turcos; y si su número fuese mayor, hace ya tiempo que hubieran sacudido el yugo.

A la pregunta de cómo la existencia de esta sólida población india no asimilada por la población blanca ha tenido efecto en la nación y en el progreso del país en su conjunto, debe contestarse que en primer lugar impidió la oportunidad del desarrollo de una libre población agrícola europea, aun en esos valles altos donde los europeos podrían trabajar y prosperar. Si los robustos e industriosos lugareños de Galicia, Asturias y Aragón se hubiesen establecido en estas regiones ¡cuánto más robusta no sería la nación! ¡Cuánto no hubiera mejorado la agricultura si hubiese habido labradores inteligentes! Pero además de esta falta, además del decaimiento del país a causa de la falta de sentimiento nacional en la mitad de su población, la existencia de mucha ignorancia y superstición ha hecho bajar el nivel intelectual general. Ha habido países donde una pequeña clase rica y predominante, dependiente del trabajo de sus inferiores, ha cultivado las artes y las letras con éxito brillante, pero aquí no se halla tal cosa. La población ignorante ha deprimido el todo, de igual manera que un ventisquero enfría el aire del valle.

Es más fácil determinar si la raza española ha deteriorado a causa de la mezcla de la sangre india. Los peruanos y los bolivianos de hoy día, los blancos así como también los mestizos—y lo mismo puede decirse de los venezolanos y de los ecuatorianos—se diferencian mucho de los españoles del siglo diez y seis y de los españoles europeos de hoy día. Probablemente son más excitables; son naturalmente menos diligentes porque viven en países cálidos y tienen a los indios que puedan trabajar por ellos. Pero en España misma hay desemejanzas entre la gente del norte y la del sur y del este.

Los catalanes son más enérgicos que los andaluces, los gallegos más industriosos que los valencianos. Las condiciones de la vida colonial con la existencia de una vasta población indígena, a la par que un mal gobierno prolongado y la paralización de la actividad intelectual dan razón de gran parte de la variación del tipo español. Una máxima sólida nos dice que nunca debemos prestar importancia a causas inciertas cuando hay causas ciertas que son explicativas. Además, nuestro conocimiento de la influencia de la descendencia sobre el desarrollo de las razas es incompleto aún. Los argentinos que son de raza blanca casi pura, se diferencian mucho también de los españoles del presente.

Parece natural suponer desde el principio que los hombres de pura raza europea debían continuar ocupando el puesto más importante en estos países y que son ellos los que deben mostrar más talento y un carácter más humano que los que tienen sangre india. Algunos de los jefes más poderosos que han figurado en la política de estos países han sido mestizos. Me acuerdo de uno tan competente, enérgico y honrado como cualquiera que he conocido en el continente, que a lo menos parecía medio indio y muy poco español. En la historia de Sud América no ha habido figuras más funestas desde el tiempo de Pedro Arias, el infame gobernador de Darién que ejecutó a Vasco Núñez de Balboa, que algunos que han sido españoles puros. Ningún mestizo ha demostrado más crueldad que el español Carbajal en tiempo de Pizarro, o que Rosas, el dictador argentino de hace setenta años. Y en respecto a esto conviene decir que aunque los antiguos indios peruanos no titubeaban en matar sin distinciones y en ocasiones atormentaban a sus prisioneros enemigos, por lo general no mostraban esa afición a la sangre que los aztecas mostraron en sus sacrificios, ni las mismas propensiones a los métodos de tortura elaborada y prolongada de las pieles rojas de Norte América. Como hasta ahora he venido hablando principalmente del Perú y de Bolivia donde la población india es más grande y más civilizada que en otras partes, conviene añadir algunas observaciones concernientes a las otras repúblicas donde queda una población indígena considerable. Omito el Uruguay

porque no tiene indios. En Argentina hay algunos indios civilizados en los distritos del noroeste en las cercanías de las ciudades de Jujuy y de Tucumán y a éstos pueden aplicarse las observaciones hechas con respecto a sus vecinos, los indios bolivianos. Hay también indios bravos, quizás unos cien mil, quizás más, en el Gran Chaco del extremo del norte * y los restos esparcidos de los nómadas de la Patagonia en el extremo del sur y en la Tierra del Fuego. Parece que éstos van desapareciendo. Los onas en esa isla han sido muertos sin restricción por los rancheros cuyas manadas robaban, y la tuberculosis está matando el resto. En Chile, además de los araucanos, descritos en el Capítulo VI, quedan unas cuantas tribus pequeñas en un bajo estado de barbarismo, las cuales habitan el archipiélago de islas húmedas y arboladas a lo largo de la costa del Pacífico. La población rural de la república—en verdad, casi toda la porción más pobre y menos instruida—es mestiza, una raza intrépida y vigorosa, buenos trabajadores y guerreros excelentes. El Paraguay es un país puro indio casi por completo.

De las cuatro repúblicas del norte, Panamá, Colombia, Venezuela y Ecuador, sólo he visto la primera. En cada una de éstas el número de puras familias españolas es pequeño. Probablemente en Colombia es mayor que en las demás. En Venezuela los indios han sido absorbidos por la población general más que en Colombia y el Ecuador. En estos cuatro países los indios que habitan aún los bosques silvestres son pasivos y casi no forman parte de la nación la cual, como entidad social y política, es mayormente mestiza. Lo que sucede con el Perú y Bolivia, sucede también en estos países: no hay distinción de razas; los mestizos son considerados iguales a los blancos, y en su conjunto no son inferiores a ellos por su intelecto. Los indios forman la clase baja, y pocos salen de ella.

Queda aún el Brasil, diferenciada de las otras repúblicas por el hecho de que además de su pequeña población mestiza y de su pura población india, la mayor parte de la cual es brava, tiene un gran número de negros y aún

* Algunos de éstos se han ido hacia el sur a trabajar en las haciendas argentinas.

más mulatos y cuarterones. No exageramos con decir que a lo largo de la costa desde Río hasta Bahía y Pernambuco, así como en partes del interior más allá de estas ciudades, los negros forman la mayoría de la población. En el carácter y en sus costumbres se asemejan a los negros de las Antillas inglesas y a los de Santo Domingo, y son superiores a los de Haití, pero inferiores por su instrucción y genio emprendedor a la gente de color de los estados meridionales de Norte América. Aunque su fecundidad es grande, su mortalidad lo es también tanto, a causa de la inobservancia general de precauciones sanitarias, que no parecen aumentar en relación a la población general. Son bien considerados—la esclavitud fué raras veces severa entre los bondadosos y llanos portugueses—y no conservan inquina contra sus antiguos amos. Ni se les tiene esa repulsión que caracteriza la actitud de los blancos hacia los negros en Norte América y en el sur de África. La clase baja brasileña se casa sin reserva con los negros; la clase media se casa con los mulatos y cuarterones. El Brasil es el único país en el mundo, con excepción de las colonias portuguesas en las costas oriental y occidental de África, donde se va efectuando sin ser impedido por la ley la fusión de las razas europea y africana. Las doctrinas de la igualdad y mancomunidad humanas tienen aquí su realización perfecta. El resultado es tan satisfactorio que no hay rencor entre las clases o a lo menos poco. Los blancos no linchan ni maltratan a los negros: en verdad, no sé de que se haya linchado nunca a nadie en Sud América, excepto a veces en una rebelión política. No se acusa a los negros de ser insolentes ni parecen ser más criminales de lo que son naturalmente los miembros de una población que tiene ideas relajadas de la moralidad y de la propiedad.

No me aventuraré a pronosticar que efecto final tendrá la mezcla de sangre en el elemento europeo en el Brasil. A juzgar por algunos casos notables no rebajará necesariamente la norma intelectual. Uno de los brasileños más competentes y más finos que he conocido tenía sangre negra; y he sabido de varios otros casos semejantes. Debemos evitar suposiciones y conceptos anticipados por plausibles que sean.

Las deducciones principales que sugieren las relaciones entre las razas en el continente sudamericano son tres. La primera puede parecer dudosa. Es más bien negativa que positiva, y aunque al parecer vale la pena nombrarla, es con difidencia que lo hago.

La fusión de dos razas, una más adelantada, la otra más retrógrada, no resulta necesariamente en la producción de una raza inferior a la original más potente, ni superior a la más débil. Los mestizos en el Perú no parecen ser inferiores en cuanto al intelecto a los colonos españoles de sangre pura, pero substancialmente parecen más bien ser iguales a ellos. Los mestizos en Méjico no son aparentemente superiores—algunos dudan que lo sean de cualquier manera, física, moral o intelectualmente—a los puros indios tarascanos o zapotecas que, a no dudar, son más fuertes que los quichuas o aimarás de Sud América.

La segunda deducción es: la conquista y gobierno por una raza más fuerte tiene un efecto desalentador y casi funesto sobre algunas razas. Los súbditos peruanos de los Incas habían llegado a un estado de cultura, que, aunque muy inferior al de los antiguos egipcios y babilónicos, era notable si se considera que su aislamiento los privaba del enorme beneficio del contacto con otros pueblos progresistas y si considera uno también la desventaja de vivir a una grande altura, la falta de animales lecheros y la escasez de animales domesticables y también de plantas cereales. El choque de la invasión española no sólo hizo pedazos esta civilización rudimentaria, sino que los desanimó de tal manera que durante cuatro siglos casi no han adelantado nada y apenas se han aprovechado de la civilización occidental de sus conquistadores. Los aborígenes de Méjico, los cuales tienen más fuerzas de intelecto y de voluntad, han sufrido menos por el choque, pero han hecho casi tan poco para asimilar las artes y las ideas de Europa.

La tercera deducción es: la naturalidad con que los españoles se han mezclado en matrimonio con las tribus indias—y los portugueses han hecho lo mismo, no sólo con los indios sino también con los negros que físicamente son tan diferentes—demuestra que la distinción de razas no es un factor tan constante y tan permanente

en los asuntos humanos como pueden suponerse los miembros de los pueblos teutónicos. En lugar de ser la regla en este caso, como nos suponemos los teutones, somos más bien la excepción, pues en el Antiguo Mundo, parece haber habido poca repulsión entre las razas; muy poca es la que existe entre los mahometanos de hoy día; entre los chinos no hay ninguna. Esto parece sugerir que como este fenómeno no es parte íntegra de la naturaleza humana, puede ser que entre los pueblos teutónicos no sea siempre tan potente como lo es al presente. En el pasado la religión ha sido una fuerza separadora tan poderosa como el antagonismo entre las razas. En cuanto a los españoles y los portugueses, la religión, tan pronto como fueron bautizados los indios, hizo parecer insignificantes las diferencias entre las razas. El islamismo ha hecho lo mismo siempre en el Oriente y en África.

Respecto al futuro, parece cierto, tanto como lo puede ser cualquier cosa en los asuntos humanos, que las razas que habitan hoy día la América meridional, los indígenas, los europeos, y los africanos, llegarán por fin a formar una sola raza. Las repúblicas españolas (excepto las puramente blancas de Argentina y del Uruguay) serán ibero-americanas, y el Brasil sera ibero-americano-africano. Todos los hechos al presente confirman esto y parece muy inverosímil que se desarrolle una aversión que no se ha dejado sentir hasta ahora. Sin embargo ¿cuándo se completará ese procedimiento? En las repúblicas españolas con dificultad en menos de dos siglos, ni probablemente tampoco en todo ese tiempo. No parece más cerca a su realización de lo que estaba en 1810, cuando empezó la guerra de la independencia, aunque cualquier cosa que excitase la población andina, como el descubrimiento de un gran número de nuevas minas ricas, lo cual atraería braceros extranjeros y aumentaría la demanda de jornaleros domésticos, o cualquier cosa que promoviese un deseo de cambio crematológico o político, podría acelerar la consumación.

Es más difícil aún predecir que clase de raza resultará de la fusión. No puede menos de temerse que los portugueses del Brasil serán perjudicados por una infusión más grande de un elemento cuyo temple moral es clara-

mente débil, aunque hay personas que contienden que la sangre de la raza superior predominará en el resultado común. No debe suponerse que los habitantes de las repúblicas españolas decaerán por fuerza, pues puede que el presente envilecimiento de los indios se deba tanto a su triste historia como a defectos inherentes. Es demasiado temprano para dejarnos llevar por el pesimismo. Puede que haya en la raza india una reserva de vigor latente, no extinto, pronto a responder a un nuevo estímulo y a levantarse bajo condiciones más alentadoras.

CAPÍTULO XIV

LAS DOS AMÉRICAS Y LAS RELACIONES DE LA DEL SUD CON EUROPA

Alejandro Hámilton dijo a sus conciudadanos que pensasen continentalmente; y Herodoto, en la corta introducción antepuesta a su historia, explica que su argumento es una narración de las relaciones entre dos grandes continentes, Europa y Asia, y de los motivos que produjeron una lucha tan continua entre los dos. Procuremos pensar un poco en la parte meridional del mundo occidental en su conjunto, con respecto a sus relaciones del continente con otros continentes, y especialmente con ese continente al cual está unido por una delgada garganta de tierra, el istmo de Panamá, y el cual ha recibido su nombre del mismo navegante. La serie de sucesos a consecuencia de los cuales se dió el nombre de un aventurero florentino, en primer lugar a un continente que no fué descubierto por él, y en segundo lugar a otro que nunca llegó a ver, es uno de los hechos más curiosos en la historia geográfica.

Todo el mundo sabe que Cristóbal Colón navegó hacia el oeste en busca de nuevas tierras, que él creía serían parte del Asia, y que hasta el día de su muerte, después de cuatro viajes, creía aún que había llegado a la India.* En el último de estos viajes, cuando navegaba penosamente a lo largo de la costa de Darién en contra de la corriente, él creía hallarse cerca del estrecho de Malaca. Por lo tanto, es natural que ni él ni sus primeros sucesores en la exploración diesen un nombre a las nuevas tierras occidentales al sur del Mar Caribe, aun cuando, algo más tarde, lo habían explorado bastante para conocer que

* Aunque últimamente se ha refutado la carta de Toscanelli y la creencia general de que Colón buscaba a la India, él mismo creía a su vuelta a España que lo que había hallado era la India.

era un continente. A algunas regiones particulares les dieron nombres, pero no parecía necesario un nombre general porque se creía que las partes descubiertas resultarían ser de Asia. Luego en 1497 otros navegantes que se dieron a la vela a explorar dijeron que habían descubierto una nueva tierra, a gran distancia en el océano al sudoeste de las Islas Canarias. El siguiente año Colón descubrió al sur del Mar Caribe la "Tierra Firme" que hoy llamamos Venezuela. Américo Vespucio, natural de Florencia, uno de los navegantes en el viaje de 1497, escribió cartas haciendo una relación de este viaje (y también de otro más tarde) a la nueva tierra muy allá hacia el sudoeste, en cuyas cartas llamaba las nuevas tierras "un Nuevo Mundo, una nueva cuarta parte del Globo", pues las otras tres eran Europa, Asia y África. Sus cartas causaron gran sensación; y una de ellas fué la base de un libro titulado "Cosmographiae Introductio", publicado en 1507, en St. Dié, Francia, por un tal Waldseemuller (Hylacomylus), profesor allí, quien sugirió que como Américo fué el descubridor de la Cuarta Parte del Globo debía llevar su nombre.* El libro tuvo muchos lectores; el nombre tuvo éxito. No había de aplicarse a las tierras al oeste y al sur del Mar Caribe que habían sido descubiertas por Colón y otros entre 1497 y 1507; ni mucho menos a las descubiertas por Juan Cabot muy hacia el norte, sino a un tierra completamente diferente muy hacia el sur y el este de lo que Colón había descubierto. Pero cuando se hubieron explorado bastante todas las tierras que confinaban aquella parte del Atlántico, y cuando se hubieron comparado los informes de los viajes, se echó de ver que las tierras en aquella parte del océano a las cuales se referían las descripciones de Américo eran, en verdad, una prolongación de las costas del Caribe y del golfo de Méjico.

* La cuestión de la veracidad de la relación de los viajes de Américo Vespucio, y en particular del primero (1497), en el cual, según pretende él, descubrió una nueva tierra a 1,000 leguas al oeste sudoeste de las Islas Canarias, es asunto de discusión aún entre los hombres doctos, pero la opinión predominante es que no se debe creer tal relación. Las cartas fueron traducidas al latín y tuvieron varias ediciones. El nombre "Américo, Amérigo" es la forma italiana de Amalrich, nombre que traían algunos de los reyes góticos mencionados por Jordanes, y también dos de los reyes latinos de Jerusalén en el siglo doce. En alemán es Emeric y en francés Amaury.

Por consiguiente, toda la tierra desde el Río de la Plata (descubierto en 1516) hacia el norte hasta el istmo de Panamá fué incluida bajo el nombre América sólo porque no había otro nombre general para lo que, a lo menos hasta 1513 cuando se descubrió el Pacífico atravesando el istmo en Darién, se creía aún ser parte de Asia. Luego que se hubo llegado al Pacífico, y aún más cuando el celebrado viaje de Magallanes demostró que Asia se hallaba a miles de millas más lejos allende de este mar, empezó a desearse un nombre general. Mucho más tarde, y por la misma razón de que no había otro nombre, el de América fué extendido para incluir todo el territorio al norte del golfo de Méjico hasta las regiones árticas, y cuando hubo necesidad de distinguir las dos partes, se añadieron las palabras Norte y Sud. Aunque se aplicó primero al continente meridional, el nombre América sin ningún calificativo representa ahora el continente septentrional para la mayor parte de los europeos.

¡Cuánto más simple y mejor no hubiera sido si cada continente hubiese tenido un nombre suyo propio! Sud América podría haber sido llamada por Colón, por haber sido el primer hombre que vió su tierra firme, y Norte América podría haberse llamado Cabotia, o Pinzonia o Ponceana por cualquiera de estos tres navegantes que tenga el mejor derecho a ser considerado su primero y verdadero descubridor. ¡Cuánta molestia no se hubiera ahorrado y cuántas equivocaciones no se hubieran evitado! Los campesinos italianos no se creerían que un primo que ha emigrado a Buenos Aires es un vecino cercano de otro que se ha ido a Nueva York. No se hubieran imaginado semejanzas entre dos regiones cuando verdaderamente hay más distinciones. Los sudamericanos no se hubieran resentido de que los habitantes de los Estados Unidos hayan tomado un nombre al cual ellos tienen el mismo derecho, y los habitantes de los Estados Unidos no se habrían acostumbrado a creer que los habitantes españoles y portugueses del continente meridional son parientes cariñosos porque tengan el mismo nombre patronímico.

Sin embargo, esto es deplorar en vano. Desde hace siglos los nombres han sido determinados, aunque por largo tiempo los españoles rehusaron usar el nombre

Norte América. El todo es uno de muchos ejemplos que van a probar cuanto puede resultar de un nombre que es también el resultado de un accidente.

Dejando los nombres a un lado, volvamos a las cosas mismas y consideremos hasta que punto las dos Américas y sus poblaciones se asemejan y hasta que punto constituyen por su política y cualquiera otro motivo un mundo aparte, y cuales son las relaciones del continente meridional, o español y portugués, con el otro continente, ahora principalmente teutónico, y con los países de Europa, y si la voz ''Panamericanismo'' describe un hecho o solamente infiere una aspiración interesante. Algunos puntos en la historia de cada continente serían aclarados y llegarían a ser más significantes si los dos fuesen comparados, pues la historia de cada uno elucida la del otro.

En la estructura topográfica de los dos continentes se pueden ver algunas semejanzas. Los dos son atravesados de norte a sur por una gran cordillera de montañas que a veces arrancan en serranías paralelas y a veces se extienden en altas mesetas. En cada uno de los continentes la cordillera se halla más hacia la costa occidental que hacia la oriental, y en las dos hay erupciones volcánicas en los puntos elevados los cuales son más continuados y en escala más vasta en el continente meridional. Además, en cada uno hay una sierra independiente al lado oriental, los Montes Apalaches en Norte América y en Sud América las alturas brasileñas. Cada continente tiene más contiguo a la costa occidental que a la oriental un desierto y en ese desierto una cuenca de río interior con lagos, pues el Great Salt Lake en Utah corresponde hasta cierto punto al lago Titicaca y Poopo en Bolivia. Los dos tienen ríos enormes, aunque el Misisipí y el San Lorenzo no igualan en volumen al Amazonas y al Paraná. Las playas de ambos son lavadas por poderosas corrientes oceánicas, pero mientras que la corriente del golfo calienta la costa oriental del continente septentrional, la corriente antártica enfría la costa occidental del continente meridional.* Sus cli-

* Cada uno tiene además otras corrientes de menos importancia climatológica: la corriente del Japón en el Pacífico y la corriente ártica en la costa del Atlántico de Norte América, así como la corriente ecuatorial en parte de la costa oriental de Sud América.

mas son semejantes en cuanto que en ambos continentes cae más lluvia en el lado oriental que en el occidental, pero como Sud América tiene su parte más ancha en los trópicos se halla por esto principalmente en la zona tórrida. Pero el verdadero interés en la comparación empieza con la población y la subsiguiente historia de los dos continentes. Hay tres puntos de semejanza notables, pero los puntos de diferencia son más numerosos e instructivos y al notarlos veremos cuan potente ha sido cada uno en la dirección de los sucesos y en la formación del carácter de las comunidades que se han desarrollado.

Los puntos de semejanza son los que siguen. Cuando fueron descubiertos ambos continentes estaban habitados por razas completamente diferentes de las de Europa, razas que en la mayor parte de este territorio eran más salvajes, pero que en algunas regiones favorecidas por la naturaleza habían hecho algún progreso hacia la civilización. Ambos fueron conquistados fácilmente por los europeos, debido a la superioridad de los invasores por sus armas y su disciplina. Los habitantes de ambos continentes (con una excepción importante en el septentrional y tres de poca importancia en el meridional) se rebelaron al fin en contra de los reinos de donde procedía la parte europea de su población, y desde entonces han manejado sus propios asuntos como repúblicas, siete en el norte y once en el sur.

Apuntadas estas semejanzas generales en la historia de los dos continentes, pasemos a ver cuales eran las diferencias naturales y políticas que han hecho apartarse las líneas del desarrollo subsiguiente.

Sin embargo, conviene aquí dejar de hablar de Norte y de Sud América, pues la parte meridional del primero pertenece por su historia y hasta cierto punto por su configuración al segundo. Así como Alejandro Dumas dijo al escribir de su viaje a España, "África empieza en los Pirineos"—dicho que los españoles no han perdonado—podemos nosotros decir también "Sud América empieza en Río Grande del Norte". Méjico y los países de la América Central hasta el istmo de Panamá eran parte del imperio colonial español, conquistados, poblados y gobernados casi de la misma manera que la parte más grande aun del imperio que quedaba más al sur.

Por lo tanto, debemos considerar todas las regiones que pertenecieron a ese imperio como un grupo al que podemos llamar español, y cuando queremos incluir al Brasil (país portugués) lo podemos llamar la América "latina" y a las otras partes del continente septentrional podemos dar el nombre de "América teutónica".*

Las tribus indígenas con que tuvieron que tratar los ingleses y los franceses cuando se establecieron en la costa del Atlántico de Norte América estaban esparcidas por una vasta región selvática, vivían principalmente del producto de la caza, y no habían formado hábitos de ninguna industria regular. Por la mayor parte eran terribles guerreros, orgullosos y tenaces, opuestos a ser dominados y resultó ser imposible esclavizarlos o usarlos para ninguna clase de trabajo regular. No eran hechos para esto y les hubiera costado más trabajo a los colonizadores obligar a los indios a desmontar y cultivar el terreno que hacer esto ellos mismos. Por consiguiente, no existió nunca el problema de la esclavitud en la costa o en el interior cuando la colonización siguió extendiéndose, ni tampoco hubo nada más que pocos matrimonios entre los colonizadores y los naturales.

Otros motivos además de los relacionados con el trabajo evitaron el que en estas regiones se mezclasen las razas blanca y nativa. Había poco trato social porque los indios, aun la mayoría de las menos belicosas tribus de Virginia y de las regiones al sur de este estado, fueron expulsadas, o se retiraron o se extinguieron. Su manera salvaje de vivir formaba una barrera entre ellos y los invasores blancos. Además, éstos habían traído consigo a sus mujeres, y por lo tanto tenían menos tentaciones de casarse con las indias. Así es que fué sólo entre los viajeros y los cazadores franceses al rededor y más allá de los Grandes Lagos que se desarrolló una raza mezclada medio blanca, medio india, y esta raza ha desaparecido ya.

En la América española la situación fué bastante dife-

* Este nombre de teutónica no parece satisfactorio, si consideramos no sólo a la población francesa del Canadá sino a los numerosos elementos céltico, italiano, y eslavónico en los Estados Unidos. No obstante, el tipo social general de este país y del Canadá es teutónico, así como lo son también sus instituciones y su idioma.

rente. En Méjico, así como en parte de la América Central y en el Perú, había una inmensa población indígena sedentaria que cultivaba la tierra y que conocía algunas industrias desde hacía muchas generaciones. Los conquistadores los hicieron sus esclavos inmediatamente, dividiéndolos entre las personas que habían recibido concesiones de terrenos y que desde luego vivieron del producto de este trabajo medio servil. El resultado fué que mientras que en la América teutónica se desarrolló lentamente al principio una población blanca agrícola y al fin una población manufacturera también, en la América española la agricultura se dejó casi por completo en manos de los aborígenes, y la pura población blanca aumentó apenas porque eran pocos los nuevos pobladores que venían. Sin embargo, dentro de dos o tres generaciones se desarrolló una población considerable de mestizos la cual, después de tres siglos, ha venido a constituir la mayor parte de la clase alta y prácticamente toda la clase media en todas las repúblicas, con excepción de dos.

Éste fué el principio de los cursos divergentes de los dos grupos de colonos europeos, los españoles y los ingleses, divergencia que al fin dió al sistema social de cada grupo su propia estructura particular. Otras dos circunstancias ayudaron a marcar esta divergencia. Una de ellas es el clima cálido de gran parte de la América española, lo cual hacía que el trabajo del campo, o en verdad, cualquiera otro trabajo fuese más desagradable para los hombres de descendencia europea que la misma clase de trabajo en las partes del norte de la América teutónica. Además, es necesario decir que esta misma causa tuvo que ver con la importación de negros en grande escala en las partes meridionales de las colonias inglesas en Norte América. Tal recurso fué menos necesario en Méjico y en el Perú, porque estos países tenían (como se ha dicho antes) una población nativa que pudo ser reducida a la esclavitud. Así pues, en la América española, toda clase de trabajo relacionado con la tierra fueron confiados por los pobladores europeos a los naturales y por lo tanto no se desarrolló una población agrícola blanca.

La otra circunstancia es que mientras que en la Amé-

rica teutónica fueron pocas las minas descubiertas y explotadas por mucho tiempo después que se empezó a poblar el país, los españoles, habiendo hallado regiones ricas, algunas por su oro, muchas por la plata, se pusieron a explotar ávidamente esta riqueza natural y obligaron a los naturales a que trabajasen por ellos en esta clase de trabajo, el cual les era en particular odioso a éstos. La pérdida de vidas humanas fué terrible, pero en aquel tiempo la vida era apreciada en poco. El tráfico de esclavos fué también terrible por las muertes y el sufrimiento que causó, pero la conciencia de los ingleses no se despertó en contra de él hasta a fines del siglo diez y ocho. El desarrollo de la minería en la América española, que fué inmenso en los siglos diez y seis, diez y siete y diez y ocho, cuando relativamente era poco lo que ocurría en el resto del mundo, tuvo muchos resultados para España y para el mundo entero. En Méjico y en el Perú el resultado más directo fué que muchas personas se enriquecieron sin hacer esfuerzos industriales ellas mismas * y que los pobladores llegaron a contar con la agricultura menos que los de las colonias inglesas. En las ciudades de Méjico y de Lima se instituyó una manera de vivir suntuosa muy diferente de la simpleza frugal de Boston o Providencia o hasta de Filadelfia o Nueva York en el siglo diez y ocho.

Se ha dicho a menudo que mientras que los pobladores que fueron a las colonias inglesas del norte eran en su mayor parte labradores, artesanos o mercaderes, los emigrantes españoles eran aventureros mayormente, cuyo principal objeto el oro y la plata y luego la adquisición de haciendas o minas que fuesen trabajadas por los naturales. Esto dió a la sociedad colonial española un carácter que apenas puede ser llamado aristocrático, pues muchos de los emigrantes aventureros como los hermanos Pizarro, por ejemplo, provenían de la clase baja, pero sí es verdad que este carácter carecía del sentimiento de igualdad y del respeto al trabajo.

Las diferencias relacionadas con el gobierno y la administración no eran menos pronunciadas que las diferencias sociales. A las colonias inglesas se les permitió

* Aunque la quinta parte de la producción era por lo general mandada al gobierno nacional.

en su mayor parte que se gobernasen a sí propias. Cada una tenía no sólo su asamblea colonial, sino también asambleas locales en las poblaciones y en los condados y además las mismas providencias que en la madre patria para la ejecución de la justicia por medio de jurados en asuntos civiles y criminales. Hasta los gobernadores enviados de Inglaterra, en las colonias donde los había, intervenían muy poco con el poder de los colonos de arreglar sus propios asuntos. De vez en cuando el gobierno patrio aseveraba sus prerrogativas, pero estos casos y la resistencia evocada por la intervención arbitraria son pruebas de la adhesión general a los principios de gobierno propio local. En cambio, en las colonias españolas el gobierno nacional era todopoderoso, y ejercía su poder directamente desde España por medio de ordenanzas promulgadas allí, o por medio del virrey o del capitán general de cada colonia. Los puestos lucrativos eran reservados para personas de origen español que los obtenían por medio de su influencia en la corte, o quizá por medio de un virrey en cuyo séquito hubiesen venido al Nuevo Mundo. En la esfera de la religión el contraste fué aún mayor. En la América española el poder eclesiástico había sido casi igual al civil. Aunque el soberano de España cedía menos privilegios al papa en sus dominios transatlánticos que en los europeos, la Iglesia en su conjunto, los arzobispos y los obispos, las órdenes religiosas y el Santo Oficio, formaban en América una fuerza grande y omnipresente con la cual habían de contar aún los virreyes, pues su influencia en la corte era inmensa, así como lo era también en la imaginación y en la conducta de los colonos. La sociedad estaba impregnada con el clericalismo, y una acusación de heterodoxia era más peligrosa que una de deslealtad.

Tomando todas estas cosas en cuenta puede verse qué poco tenían de común las Américas teutónica y española a la conclusión del período colonial de cada una y a su separación de la madre patria. En efecto, eran desemejantes en todo, excepto en que ambas se hallan en el hemisferio occidental. Sus relaciones habían sido limitadas y muy poco amistosas. Los filibusteros y los piratas ingleses y americanos—todos resultaban ser casi lo mismo—solían hacer presa del comercio colonial y

saquear las poblaciones coloniales españolas. Probablemente había más odio entre las dos razas en América que en Europa, pues en su enemistad hacia Francia en el siglo diez y ocho los habitantes de la Gran Bretaña se habían olvidado de su enemistad hacia España. Para los habitantes de Nueva Inglaterra o de Virginia los españoles coloniales habían sido papistas y perseguidores, para los españoles coloniales sus vecinos del norte eran piratas y herejes.

¿Qué cambios resultaron de las guerras en contra de la madre patria y de la independencia que siguió a las mismas? Podría haberse creído que ya que ambas partes del Nuevo Mundo se hallaban separadas del antiguo y que ambas tenían gobiernos republicanos los lazos de amistad entre ellas se estrecharían poco a poco. Aunque la independencia se verificó en la América española cuarenta años más tarde, tuvo más efecto allí que en las colonias inglesas. Los que habían ido de la mano de España, habían de entendérselas ahora por sí mismos. El bajel que los conducía fué mal construido y peor dirigido, pero ahora, sin brújula ni piloto, se dejaron llevar y sacudir por la corriente. LLegó una era de guerras civiles y revoluciones militares que duró en Méjico casi medio siglo, aún más en el Perú y Argentina, y que parece ser crónica en algunos de los países más atrasados. Mientras que la América teutónica adelantaba rápidamente en población y en prosperidad, en los países españoles las dos contiendas impidieron todo progreso educacional y material durante dos generaciones. El desarrollo de Méjico, Argentina, Chile y el Uruguay se ha efectuado durante los últimos treinta años del siglo diez y nueve. Después que los países latinoamericanos se hicieron independientes no hubo más trato comercial entre ellos y los Estados Unidos ni más sentimiento de amistad que en el tiempo colonial. Esta última nación había expresado su sincera simpatía hacia las hispanoamericanas en su contienda contra España, y la declaración hecha por Juan Quincy Adams de acuerdo con el inglés Jorge Canning en contra de intervención por la Santa Alianza en defensa de la monarquía en el Nuevo Mundo fué recibida reconocidamente por los insurgentes. Pero no se formaron otros lazos de amistad entre los

ingleses y los españoles, y la guerra de los Estados Unidos en contra de Méjico en 1846, que tuvo por objeto no reparar ofensas de este país, sino más bien extender la esfera de esclavitud en los Estados Unidos y fortalecer así la esclavitud misma, excitó graves sospechas en contra de esta última nación.

Habiendo considerado las relaciones en el pasado de los dos continentes americanos, volvamos a la divergencia de su historia más reciente. Cuando fueron descubiertas, las regiones que fueron a formar parte del imperio de España eran más ricas, más adelantadas en la ciencia de la vida y mucho más populosas que las regiones cuya colonización empezó con las expediciones de Champlain y de Raleigh. No tenemos datos para conjeturar la población del Nuevo Mundo en 1500 a 1600, pero en ambas fechas había en Méjico y en la América Central evidentemente muchos más habitantes que en todo el resto del continente septentrional. En cuanto a Sud América, el imperio de los Incas solo tenía de nueve a once millones * de personas, suma muchas veces mayor que la de todos los indígenas que habitaron en cualquier tiempo la región entre el círculo ártico y el golfo de Méjico. Aun en 1800 la población de Méjico solo, sin contar Sud América, era mucho mayor que la de los Estados Unidos y el Canadá. Pero desde 1810, cuando empezó la revolución de las colonias españolas, hasta 1860, el adelanto de estas colonias fué lento y en algunas hasta hubo algún retroceso. Entretanto los Estados Unidos, y recientemente el Canadá también, han ido avanzando con ligereza inusitada, de manera que ahora su población, cerca de 108 millones, excede con mucho a la de las repúblicas españolas en ambos continentes. Los países cálidos fueron en un tiempo más populosos que los templados; ahora es todo lo contrario. Con respecto a la riqueza, no puede de ninguna manera compararse a la América teutónica, tal como lo es hoy, con las regiones meridionales. Y sin embargo, por mucho tiempo se supuso que España había tomado las regiones mucho más ricas del Nuevo Mundo, no tanto por

* En cuanto al Perú, que era sólo la parte central de aquel imperio, compárese el número de 8'000,000, en 1575 después de la gran matanza de la conquista española (pp. 130-131).

su producción tropical, como por la cantidad de metales preciosos que contenían. El cambio crematológico del siglo diez y seis al veinte producido por el adelanto de las ciencias naturales y por las invenciones mecánicas, apenas puede ser demostrado más claro que por la trastocada importancia que tienen hoy día el carbón, el hierro y el cobre comparada con la que tenían en tiempo de Carlos V el oro y la plata.

Cuando las colonias norteamericanas se separaron de Inglaterra formaban una nación de menos de tres millones en la costa del Atlántico. Desde aquí se extendieron por sobre el vasto espacio más allá de las montañas Alleghany, después a través del Misisipí y por fin por sobre las Montañas Roqueñas hasta el Pacífico, permaneciendo siempre una sola nación por sobre un territorio treinta veces más grande que el que había sido poblado en tiempo de la revolución. Lo mismo pasó más tarde, aunque en menos escala, en el dominio que le quedaba a Inglaterra en el norte. Los canadienses sin dividirse se han esparcido desde las riberas del río San Lorenzo hasta la isla Vancouver. Así es que la América teutónica consiste ahora de sólo dos naciones.* Mas, ¡cuán diferente ha sido la suerte de las colonias españolas! Esparcidas por una área de ocho mil millas de largo desde San Francisco hasta el estrecho de Magallanes, cuando aun no había ferrocarriles y la navegación a vapor estaba en su infancia, no se les ocurrió tratar de conservar la unión política por vastas distancias, y naturalmente se dividieron en muchos países independientes que correspondían poco más o menos a las divisiones administrativas del tiempo colonial. El número de estos países ha cambiado varias veces. Al presente hay seis en el continente septentrional y diez en el meridional sin contar al Brasil y las tres islas repúblicas de Cuba, Santo Domingo y Haití. De las tierras que pertenecían al imperio de Carlos V se han formado diez y nueve naciones, las cuales (excepto Haití) ha-

* Si los estados meridionales hubiesen logrado separarse de los septentrionales y occidentales en la guerra civil de 1861-1865, habría ahora a lo menos tres naciones. Puede decirse asimismo que si no hubiese habido vapores ni ferrocarriles la costa del Pacífico de Norte América (California, Oregón y Wáshington) podría haber llegado a ser la patria de otra nación independiente.

blan español, mientras que hay sólo dos naciones donde se habla inglés. Aunque la extensión del territorio ocupado por estas diez y nueve naciones es la causa principal de su división en pequeñas naciones, hay también otras causas políticas y sociales, las cuales han sido tratadas en un capítulo anterior.* Todas tenían un lazo de unión, una fundación sólida de sentimiento común, lo cual, sin embargo, no valió para conservarlas unidas. Todas profesaban la religión católica y obedecían al soberano espiritual en Roma, mientras que entre los habitantes de habla inglesa en la América teutónica había y hay, no sólo muchos católicos romanos, sino también muchas clases de protestantes, y no había ninguna autoridad eclesiástica común.

Podemos concluir este resumen de las causas que han verificado el que la marcha de la historia hispanoamericana y angloamericana siga direcciones diferentes y divergentes, examinando lo que tienen de común hoy día las dos divisiones del Nuevo Mundo.

Se asemejan en que (exceptuando el Canadá, por supuesto), sus gobiernos son al parecer republicanos; esto es, no hay en ninguno de esos países un personaje que se titule rey. Todo el mundo sabe hasta que punto los gobiernos de la mayor parte de los países hispanoamericanos dejan de ser republicanos en esencia y en práctica. Para muchos hombres, sin embargo, la forma tiene gran significancia. En la América española misma la gente que consiente dictaduras transitorias se opondría decididamente al plan de una soberanía hereditaria por constitucional que fuese. Y aun en los Estados Unidos hay gente que confían en el simple nombre de república.

Las dos divisiones se asemejan también en que pertenecen a un nuevo mundo, esto es, han abandonado muchas de las nociones y costumbres que pertenecían y pertenecen aún al viejo mundo de Europa. La América española ha hecho esto más completamente que la teutónica, porque aun en el tiempo colonial los lazos de pensamiento y de amistad que unían a los colonos y a España, eran en verdad menos fuertes que los que unían a los ingleses de los Estados Unidos con su madre patria, y porque éstos al separarse habían llegado a un plano

* Capítulo XII.

más alto de desarrollo institucional e intelectual. El ejemplo más notable del rompimiento general de América con el Viejo Mundo es el sentimiento de igualdad social que prevalece igualmente en los países de habla inglesa y española. Las formas bajo las cuales se presenta este sentimiento no son exactamente iguales. Entre los hispanoamericanos hay una diferencia más aparente de la gente de clase baja hacia los de la clase alta, y al pobre indio se le trata como de clase inferior en la sociedad, y él se somete a ello. En Chile, por ejemplo, el "roto", o labrador mestizo, se halla distintamente en posición más inferior al propietario que el jornalero norteamericano a su patrón; aunque es su ignorancia, y no su sangre mezclada, lo que le ha llevado a tal extremo. Pero en ambos continentes la falta completa de distinción de rango artificial y formal contrasta notablemente con las nociones y costumbres que predominan aún en la mayor parte de Europa.*

Debe añadirse que estas repúblicas del Poniente, consideradas bajo el punto de vista político, tienen un característico común. Constituyen lo que historiadores alemanes llaman "sistema de estados" suyo propio; esto es, no toman parte en la política del Viejo Mundo, sólo en la del Nuevo. No sucede lo mismo ya con los Estados Unidos, pues aunque no intervienen en cuestiones puramente europeas, y se han ocupado de las africanas sólo hasta cierto punto en el Congo, y con más efecto en Siberia, a la cual dieron entidad política, conquistando a Filipinas se han hecho un poder asiático, y anexándose al Hawai y una de las Islas Samoanas se han hecho un poder en el Mar Pacífico. Las repúblicas latinoamericanas no han intervenido (que yo sepa) ni en los asuntos europeos ni en los asiáticos, contentándose con ocuparse absolutamente de sus propios asuntos, los cuales toman bastante tiempo.

La América latina consiste de dos diferentes sistemas de estados. Uno comprende a Méjico y las cinco pequeñas repúblicas de la América Central, dos de las cuales, Costa Rica y Salvador, gozan de paz doméstica y raras veces tienen contiendas con el extranjero, mien-

* No hay títulos de nobleza en la América latina, excepto en el Brasil, donde unas cuantas familias tienen aún los títulos de vizconde y de barón.

tras que las otras tres han tenido una historia más variada. Los miembros de este grupo han tenido bastante que ver con los Estados Unidos, pero raras veces con los países sudamericanos. La pequeña república de Panamá, que virtualmente está bajo la protección de los Estados Unidos, puede ser considerada ahora como una especie de "muelle" entre Colombia y las repúblicas del norte. Ninguna de las repúblicas centroamericanas tiene armada. El grupo mayor está compuesto de los once países sudamericanos. Tiene algunas semejanzas con la Europa del siglo diez y ocho en la que había varias grandes potencias opuestas las unas a las otras o a las potencias más pequeñas, pretendiendo conservar el equilibrio del poder que había de impedir que cualquiera de ellas dominase a las demás, pero a menudo era en realidad con el objeto de apropiarse territorio cuando pudiese hallarse cualquier pretexto dinástico. En este grupo hay tres grandes potencias, Argentina, el Brasil y Chile; y cuando estas tres están unidas pueden conservar a las demás en paz, especialmente si (como puede esperarse generalmente) los Estados Unidos usan su influencia a favor de la paz. Al presente estas tres potencias son bastante amistosas y no existe motivo para suponer que no continúen siéndolo. Entre ellas no hay ya las controversias territoriales que perturban la paz en el Ecuador, Colombia, y el Perú.* La política de Sud América ofrece un buen campo de estudio, pero no me es posible ocuparme de eso aquí.

Algunos publicistas han indicado que del exterior podrían presentarse causas que tuviesen efecto en la tranquilidad de Sud América si el Japón o China insistiesen en llenarla de sus emigrantes, y que si esto fuera atentado contra una de las repúblicas sudamericanas más pequeñas, las potencias más grandes de Sud América, o los Estados Unidos o ambos partidos juntos se sentirían inclinados a intervenir. Hay al presente algunos chinos y muy pocos japoneses en la costa del Pacífico, pues en años recientes parecen no haber venido más. El peligro por esta parte parece ser remoto e improbable.

* Existe un motivo que podría quizá causar una contienda entre Argentina y el Brasil, pero hay motivo para creer que tal conflicto sería evitado.

Sin embargo, con estas tres cosas—gobierno aparentemente republicano, igualdad social y separación de la política de Europa—se acaba la enumeración de las cosas que tienen de común las dos Américas. Mucho más numerosos y más importantes son los puntos de desemejanza.

Las causas que han producido tal desemejanza son muchas. La raza y la religión, el clima y la historia, todas éstas han tenido parte en ello. El contraste es aparente en la manera de pensar así como en el temperamento. El hispanoamericano es más orgulloso y más sensible cuando se le desaira. No es tan formal en su etiqueta como el español de Europa y, en verdad, en algunos países es algo áspero y no gasta de cumplidos en sus modales ni en su lenguaje. Pero un desaire le toca en lo vivo; y sabe respetar la delicadeza de su prójimo. No diré que le guste más el placer que al norteamericano, pues en años recientes éste último ha tomado tal afición a la diversión que sus progenitores puritanos se escandalizarían. Pero es menos aplicado y menos persistente en el trabajo, pues en este punto no es como el inmigrante de la Vieja España, especialmente el asturiano y el gallego, el cual es la economía misma y el trabajador más competente que pueda haber. No es tan aficionado al comercio, ni es tan competente en él, ni desea tanto adelantar y hacerse rico. El deseo de ganar dinero no tiene para él ese funesto atractivo que avasalla a tantos hombres capaces en los Estados Unidos y (aunque no tanto) en Inglaterra y Alemania, llevándolos a olvidar las cosas que hacen la vida agradable hasta que es demasiado tarde para disfrutar de ellas. En Sud América no hay tanta preocupación, y el comercio está en su mayor parte en manos de extranjeros. El sudamericano —contando al mejicano también—es un sér excitable y dispuesto a expresar sus sentimientos de manera violenta, pues no ha tomado de los indios ni pizca de su taciturnidad impasible. Por lo general es amable y hospitalario, y corresponde prontamente a lo que se diga o haga que demuestre apreciación de su país y sus costumbres. La amistad particular y las relaciones consanguíneas tienen mucho efecto en su conducta, a menudo un efecto desmedido, pues en todas partes se le

dice a uno que la dificultad en obtener justicia en estas repúblicas se debe no tanto a la corruptibilidad de los magistrados como a su propensión a ser influidos por la parcialidad personal. La preferencia personal determina el resultado.

Estos contrastes de naturaleza entre los norte y los sudamericanos causan gustos varios y diferentes opiniones de la vida humana de manera que, hablando en sentido general, éstos últimos no alimentan simpatía por los primeros ni por los ingleses.* Sería demasiado decir que son hostiles, pues no hay nada que cause enemistad, ni por cierto puede decirse que existe enemistad alguna. Pero los norteamericanos y los ingleses son tan diferentes de los sudamericanos por su manera de pensar y por sus sentimientos que es natural que las dos razas no tengan nada común y que con dificultad aprecien debidamente las buenas cualidades que cada una tiene.†

La costumbre de dar apodos tiene cierta importancia. En Sud América se llama "gringo" a un norteamericano o a un inglés, así como en Norte América se llama "dago" (pronúnciese *deigo*) a un italiano, o a un español o portugués. Ni un vocablo ni el otro es laudatorio.

Así es que volvemos a la pregunta con la cual empezamos, reiterándola aquí, esto es ¿hay algo común entre las dos Américas o algo que las una? ¿Forman los habitantes de estos continentes un grupo aparte, con relaciones más estrechas entre sí que con otros pueblos, y poseen un carácter común y lazos comunes de interés y de sentimiento? ¿O es que el nombre común de "americanos" no quiere decir nada más que la contigüidad local allende del Atlántico? ¿Representa, en verdad, algo más que un accidente histórico?

La respuesta parece ser que los americanos teutónicos y los latinos no tienen en común nada más que dos nom-

* Se dice, aunque no tuve oportunidad de corroborar la afirmación, que los escoceses, los irlandeses y los alemanes se las entienden mejor con los latinoamericanos.

† En un discurso notable pronunciado en Nueva York en 1909, discurso que demuestra su conocimiento de las buenas cualidades del carácter hispanoamericano, el Sr. Root se lamentó del hecho que la prensa norteamericana estaba dispuesta a permitirse criticar a los hispanoamericanos de manera que los disgustaba, lo cual no realizaban los mismos autores de tales censuras, acostumbrados como estáu a censurar a sus compatriotas sin reserva alguna.

bres, el de americanos y el de republicanos. En principio se distinguen tanto como cualquiera de los dos elementos se diferencia de cualquiera otro grupo de hombres, y mucho más que los ciudadanos de los Estados Unidos de los ingleses, o los chilenos y los argentinos de los españoles y de los franceses.

Sin embargo, la contigüidad ha producido contacto, pero contacto que según podemos ver ha sido más bien político que intelectual o social. Vale la pena estudiar la actitud de cada una de las nacionalidades hacia la otra.

Cuando las colonias españolas se rebelaron * en contra del gobierno de España, las simpatías de los Estados Unidos fueron extendidas con profusión y continuaron extendidas durante la guerra y por mucho tiempo después. Sus triunfos fueron aplaudidos como triunfos de la independencia y de América, y a los niños se les daba el nombre de Simón Bolívar, cuyas hazañas en Venezuela llamaron la atención del mundo desde el principio y le han dado una fama muy por sobre de sus méritos.

Los colonos batalladores fueron animados por esta simpatía y por la que recibieron de Inglaterra. Como ya se ha dicho, se mostraron reconocidos a la ayuda prestada por la diplomacia de Canning y de Juan Quincy Adams, y cuando idearon su constitución tomaron por pauta a la de los Estados Unidos. Su estimación de los Estados Unidos y su confianza en sus propósitos disminuyeron después del terrible golpe de la guerra con Méjico en 1846 y de la anexión de California; pero este cambio de sentimiento no tuvo efecto en el patrocinio y la buena voluntad demostrados por los Estados Unidos, cuyos habitantes, así como también por algún tiempo los liberales ingleses se mantuvieron fieles a la creencia patética de que los países llamados repúblicas están necesariamente dotados de virtudes republicanas y que se les debía favorecer cuandoquiera que luchaban en contra de la monarquía. Esta manera de pensar, natural cuando las monarquías de la Europa continental eran

* En algunas de las colonias la rebelión fué al principio a favor del rey de España y en contra del gobierno de Napoleón en la península, pero pronto el movimiento se cambió en uno con miras de independencia.

más o menos despóticas, ha ido desapareciendo en años recientes, pues los hombres consideran ahora los hechos más que los nombres, y los estadistas de los Estados Unidos han sido vejados de vez en cuando por la perversidad o los fraudes de los dictadores militares que han gobernado y gobiernan algunos países hispanoamericanos. Sin embargo, esa potencia más grande ha aguantado tales provocaciones con paciencia y ha abusado de su fuerza menos que los gobernadores de las pequeñas naciones han abusado de su propia impotencia. Por muchos años después de la realización de la independencia de las colonias españolas hubo un lazo político entre ellas y los Estados Unidos en la intención manifestada por esta última potencia de no permitir que las europeas derrocasen ningún gobierno republicano en América o probasen anexar territorio. Mientras que se temía que Europa hiciese tal cosa se confiaba en la protección ofrecida, y los Estados Unidos tenían un interés correspondiente en sus clientes. Pero las circunstancias han cambiado. Hoy día cuando ya han desaparecido los antiguos temores, y cuando algunas de las naciones sudamericanas se creen fuertes, se dice que han empezado a considerar la situación bajo diferente punto de vista. Puesto que ya no asoman nubes negras por el este ¿qué necesidad hay de que un amigo, por buenas que sean sus intenciones, insista en protegernos con un paraguas? Nosotros mismos podemos hacerlo bastante bien si fuese necesario. En un libro muy reciente escrito por un viajero norteamericano de los más perspicaces y observadores hay un pasaje en el cual se ofrece esta opinión:—

''Muchos chilenos y argentinos se resienten de que nuestra doctrina de Monroe se aplique de cualquier manera a sus países y declaran que es mejor que la usemos para nosotros mismos. Consideran a la tal doctrina sólo como una indicación más de nuestra arrogancia nacional: y después de pensarlo bien no parece sino que no existe motivo ahora para la doctrina ni en su forma original ni en la presente. Europa no es gobernada ya por déspotas que desean destruir la libertad de sus súbditos. Como se dice a menudo, Inglaterra tiene un gobierno más democrático que los Estados Unidos. En todos los países principales de Europa el pueblo tiene casi tanto que ver

con el gobierno como en América. No existe el menor peligro de que ningún tirano europeo pruebe subyugar a las repúblicas débiles de este hemisferio. Además, repúblicas como las de Méjico, Argentina y el Brasil, Chile y el Perú no necesitan nuestra doctrina de Monroe para impedir que las naciones europeas les roben sus territorios más de lo que lo necesitan Italia o España. Si es verdad que algunas de las otras, como el bien conocido grupo desordenado de la América Central, necesitan ser protegidas por sus vecinos, enmendemos nuestra vieja doctrina de Monroe, como ha sido sugerido ya por uno de nuestros escritores sobre la ley internacional, de manera que comprenda en la policía del hemisferio occidental a las repúblicas que han demostrado poder gobernarse a sí propias.*

En los últimos capítulos del libro de otro Norteamericano, ''Los Sudamericanos'' de Alberto Hale, y en particular en un pasaje (página 303 a 309) que vale bien la pena leerse, pero que es demasiado largo para ser citado aquí, se hallará una explicación inteligente de la manera como los sudamericanos consideran sus relaciones con los Estados Unidos. Pero de examinar este asunto, sin embargo, entraría yo en el campo de la política y no es mi intención ocuparme de tal cosa en este capítulo ni en todo el libro. Mi propósito es indicar sólo las influencias de interés, de conformidad intelectual y de simpatía natural que unen los pueblos de la América española a uno u otro de los grandes pueblos en el hemisferio septentrional.†

* El escritor a quien se alude es el señor Hiram Bingham cuyo libro ''A través de Sud América'' fué publicado en 1911. En cuanto a lo dicho añade el señor Bingham: El número de norteamericanos en Buenos Aires es muy pequeño. Mientras que poco a poco hemos llegado a realizar que Sud América es algo más que una región de fiebres y de revoluciones, nuestros amigos los alemanes han invadido el campo por todos lados. Los alemanes en el sud del Brasil no son de importancia alguna en los asuntos internacionales, pero los jóvenes alemanes educados que son enviados para atraer el comercio de Sud América forman un elemento contra el cual hay que contender. Va a hacer más daño a Inglaterra que acorazados o globos enormes.

† El plan de unir a todas las repúblicas americanas en asambleas para discutir asuntos de interés común fué empezado por Bolívar con el objeto de organizar resistencia común en caso de que la Alianza Sagrada intentase algo en contra de las nuevas repúblicas. A su solicitación se celebró una reunión en Panamá en 1826. En 1883 se reunieron los delegados en Caracas y en Buenos Aires, pero de su reunión no resultó nada. En 1899 se

En cuanto a los Estados Unidos hay un balance entre el interés y el recelo. Los sudamericanos desean estar en buenas relaciones con ella, y sus estadistas más cuerdos reconocen el valor de su acción diplomática en procurar conservar la paz entre esas repúblicas cuya enemistad latente amenaza estallar. En años recientes tal valor ha sido probado más de una vez. En cambio, como ya se ha dicho antes, están orgullosos de su dignidad propia, y no desean ser protegidos y se resienten prontamente de cualquier cosa que raye en amenaza, aun cuando no sea dirigida a cada una misma, sino a otras repúblicas. Como nación medianera en paz y buena voluntad, absolutamente desinteresada y generosa, los Estados Unidos tendrán más influencia en el hemisferio occidental, influencia que usada con moderación y tacto puede llegar a ser de ventaja incalculable al género humano.

En lo que estas repúblicas suelen imitar o sacar partido de los Estados Unidos es en la educación, especialmente la científica y la técnica, y en la ingeniería. Ya he hablado de la influencia de la constitución federal norteamericana en sus constituciones. Sus publicistas continúan prestando atención a las decisiones sobre la aplicación de sus principios a cualesquiera nuevas condiciones que surjan, y consideran en mucho las opiniones de los juristas internacionales norteamericanos. Por otra parte, poca es la conformidad intelectual que existe, y la simpatía de temperamento es aún menos. Los sudamericanos no consideran que el nombre de ''americano'' implica mayor unión o cooperación con la gran república teutónica al norte que con cualquiera otro pueblo o pueblos. Son una raza o grupo de pueblos de por sí, tanto como si las tierras que ocupan fueran ese continente completamente apartado allá en el mar meridional, continente que se supone estaba muy distante de los demás y al cual se dió al principio el nombre de Américo Vespucio.

celebró en Wáshington una asamblea con muchos más delegados, el resultado principal de la cual fué la formación allí de una institución llamada ahora la Unión Panamericana, la cual bajo su enérgico y entusiasta director se ocupa mucho de compilar, publicar y distribuir informes, en particular de estadística y comerciales, sobre las diferentes repúblicas. Desde entonces se han celebrado reuniones en Méjico, Río de Janeiro y Buenos Aires en las cuales se han cambiado expresiones de amistad nacional.

Entonces ¿con qué pueblos tienen los hispanoamericanos conformidad en cuanto a su constitución mental y moral? Con los del sud de Europa. Si se les quiere llamar los pueblos latinos,* no importa, siempre que no se olvide uno de que hay gran diferencia entre los italianos, los franceses y los españoles, pues el que haya estudiado la historia y la literatura de estos pueblos sabe que sólo por la diferencia más marcada entre ellos y los teutónicos parecen ellos mismos asemejarse tanto los unos a los otros.

Podría suponerse que las relaciones de la América española son más íntimas con su madre patria, la vieja España, que con cualquiera otra nación. Pero, al contrario, estas relaciones ni son íntimas ahora ni lo han sido desde la guerra de la independencia. Aun en el tiempo colonial cuando no se permitía en los puertos más que a los buques españoles, para impedir así el comercio de importación y de exportación con otros países, cuando los ingleses y los holandeses eran odiados como herejes y los franceses considerados rivales temibles, había un sentimiento por lo bajo en contra de los españoles. Se debía principalmente a la costumbre de dejar los puestos más lucrativos para los naturales de España. Los criollos nacidos en las colonias, tenían naturalmente envidia de los extranjeros y se resentían de su propia exclusión y menosprecio. Fueron perjudicados en muchos sentidos crematológicos, así como sentimentales, por las leyes promulgadas desde España y también por el poder ejercido por naturales de Europa, los cuales tenían diferente carácter, los trataban como inferiores y se burlaban de su opinión local. Así es que cuando por fin se efectuó la separación, se pareció menos al rompimiento de un lazo de familia que la separación de los colonos norteamericanos de su madre patria en las primeras eta-

* Cuando Luis Napoleón procuraba establecer su supremacía por sobre los pueblos neolatinos de Europa, al mismo tiempo que fué publicada su ''Vida de Julio César'' y que despachó su expedición a Méjico, fué cuando empezó a usarse este vocablo. Su corte literaria tenía la costumbre de representar al pueblo francés como el heredero de la antigua Roma, como el perpetuador moderno de su espíritu y de su grandeza. Y sin embargo, en realidad, la índole y la conducta del gobierno inglés durante los siglos diez y ocho y diez y nueve se asemejan más que las del gobierno francés, en sus buenas cualidades, así como en sus defectos, a las de la república romana.

pas de su revolución. Este antagonismo al gobierno español fué, por supuesto, acentuado e irritado por la larga duración de la lucha por la independencia, la cual duró quince años en el Perú, y durante la cual fueron cometidas muchas atrocidades por los gobernadores y los generales que peleaban por la monarquía. En cuanto a los indios, las opresiones que habían sufrido y el recuerdo de las severas crueldades con que fué suprimida la rebelión de Tupac Amaru les habían hecho odiar a España. Después que la bandera de España dejó de ser enarbolada en el continente y que los últimos oficiales españoles se habían marchado, pocas fueron las ocasiones que hubo para comunicación de ninguna especie. España misma se halló deprimida y aturdida por muchos años después de 1825. Al presente hay poco tráfico entre ella y el Nuevo Mundo, ni hay mucha inmigración de España, con excepción de a Méjico y Argentina. En estos países se aprecia esto, pues los hombres que vienen del norte de España (de allá vienen casi todos) son de carácter excelente.

Además, los lazos consanguíneos entre los colonos y la madre patria se habían disminuido o aflojado. Raras veces se oye a una persona hablar en la América española del lugar natal de donde vinieron sus antepasados como oye uno a menudo a los norteamericanos hablar de la aldea inglesa donde se halla la tumba de sus progenitores. Al parecer los sudamericanos o los mejicanos visitan a España raras veces para ver sus antiguas ciudades y sus magníficos cuadros o para estudiar sus problemas crematológicos del presente. No creen tener mucho que aprender de sus métodos gubernamentales y su literatura moderna tiene al parecer poca significación para ellos. Para los hispanoamericanos parece no haber un pasado anterior a su propia guerra de la independencia. En todos estos puntos, el contraste entre la posición de España con relación a Sud América y la de la Gran Bretaña con relación a Norte América asombra al inglés. Si ese renacimiento de la literatura y del arte españolas, de que ha habido indicios últimamente, continuase, es probable que esa posición cambie, pues el lazo de afección que tiene por base el mismo lenguaje será siempre importante.

A esto puede añadirse que entre las clases instruidas de la América española pueden hallarse pocos indicios de ese interés en la historia de la antigua España que los norteamericanos más cultos se toman en la historia de Inglaterra. Los primeros no cuentan con ese lazo debido a las instituciones libres traídas de la madre patria para establecerlas en las nuevas tierras. El que no haya en la América española estatuas ni monumentos honoríficos a los terribles y brillantes conquistadores, ¿se debe a que ellos eran españoles, o a que muchas de sus hazañas repugnan a la conciencia de los hombres de hoy, o a que el glorificarlos sería lo mismo que causar ofensa a los indios, por más que no se les considere mucho en Méjico y aún menos en el Perú? Hasta la estatua de la reina Isabel la Católica, que se hallaba en la Habana, fué mandada a España después que se declaró la independencia de Cuba en 1898. No existe monumento a Cortés en Méjico, ni a Pizarro en Lima, ni (que yo sepa) estatua en honor de ninguno de sus compañeros, excepto una a Pedro de Valdivia instalada en el cerro de Santa Lucía en Santiago donde hizo construir él su fuerte y fundó la capital de Chile. En cambio, de Cuahtemoc o Guatemozín, el último de los reyes aztecas,* hay una magnífica estatua en el parque que está entre la ciudad de Méjico y el castillo palacio de Capultepec, y el nombre de Caupolicán, el caudillo araucano que los españoles mataron con flechas, como fué muerto San Sebastián, va a ser conmemorado con una institución caritativa en Temuco, ciudad de Chile.

Entre Italia y la América latina no existieron nunca relaciones directas, con excepción, por supuesto, de las relaciones eclesiásticas con Roma, hasta que en años recientes inmigrantes italianos empezaron a invadir Argentina y el sud del Brasil. Como muchos de éstos van de una parte a otra, y como se han abierto al público rápidas líneas de vapores entre Buenos Aires e Italia, hay ahora mucha comunicación, pero todavía no ha resultado en íntima conexión política o intelectual. Los inmigrantes italianos pertenecen a las clases poco instruidas y han traído consigo poco que sea italiano ex-

* Cortés lo hizo torturar para obligarle a que descubriese el lugar donde había tesoros escondidos.

cepto su lenguaje y sus hábitos industriales. No obstante, si los italianos, que en Argentina constituyen ahora casi la tercera parte de la población, no olvidan demasiado pronto su idioma y se mezclan con los naturales, llegarán no sólo a formar un lazo de unión intelectual entre su madre patria y la adoptada, sino que también es posible que den un ímpetu al progreso del arte y de la música, y tal vez de la literatura también.

Con Inglaterra y con Alemania las relaciones comerciales de la mayor parte de los países sudamericanos son estrechas y continuas. Casi 300'000,000 libras esterlinas ($1,500'000,000) han sido invertidas por capitalistas ingleses en ferrocarriles y otros negocios en Argentina nada más, además de cantidades considerables en el Uruguay, el Brasil y algunos de los países más pequeños. Muchos ingleses poseen ranchos o haciendas en Argentina. Los alemanes se han ocupado menos en la construcción de ferrocarriles y en la adquisición de bienes raíces, pero manejan líneas de vapores transatlánticos, y además gran parte del comercio de las repúblicas más adelantadas está en sus manos. Se toman más trabajo que los ingleses en aprender el español y conocer las costumbres de los habitantes. El ejército alemán y su organización es el modelo que siguen los ministros y oficiales sudamericanos y se presta igual atención a la armada inglesa y sus métodos. Sin embargo, ni uno ni otro de estos países tiene mucha influencia sobre el pensamiento, el arte ni el gusto, aunque ciertos de los argentinos, chilenos y brasileños pueden leer inglés y menos de ellos el alemán, y aunque los estadistas y los doctos estiman en mucho el sistema político inglés y el administrativo alemán, y estudian el progreso científico hecho en ambos países, no se leen muchos libros escritos en aquellos idiomas. Los miembros de las colonias inglesa y alemana en puertos marítimos como Buenos Aires, Montevideo, Río y Valparaíso son estimados y respetados, pero no se han ocupado mucho de popularizar las ideas, costumbres y gustos de sus países. La cualidad mental y la estimación de la vida son enteramente diferentes. Entre las razas no hay casi nada más que buena voluntad mutua y lo que Tomás Carlyle llamó ''nexo

monetario". Sin embargo, en las carreras de caballos y en otros sports se sigue la moda inglesa.

Ahora en cuanto a Francia. Su influencia puede ser descubierta en varias causas. Aunque la revolución de los norteamericanos en los años de 1775 a 1783 había sugerido a los hispanoamericanos la idea de separarse de su madre patria, la revolución francesa de 1789 a 1799 agitó más sus ánimos, y la literatura que fué producida en Francia antes de la revolución, durante ella y después fué la agencia intelectual más original y más fuerte introducida en aquellos países atrasados hasta entonces y que influyó también los ánimos de los pocos colonos que visitaron a Europa a fines del siglo diez y ocho. Durante un siglo el francés había sido el idioma extranjero que aprendían los hombres que deseaban hablar otro además del suyo propio. Los que viajaban por Europa necesitaban saberlo y la semejanza de su vocabulario al del español lo hacía más fácil que cualquier lenguaje teutónico. En aquel tiempo había poca comunicación con Inglaterra, y menos aun con Alemania y los Estados Unidos, pues el comercio era insignificante. Así es que el idioma francés llegó a ser lo que podría llamarse la entrada a las ideas europeas. Además, la literatura francesa tiene un doble atractivo para los sudamericanos, contando también a los brasileños. Satisface su inclinación a la expresión fácil, epigramática y retórica. A los españoles, como a los franceses, les gusta el estilo, y el estilo francés tiene para ellos un encanto singular. Gustándoles mucho lo que ellos llaman "ideas generales" dan menos importancia a una acumulación de datos y a un cuidadosa investigación de los mismos que los alemanes o los ingleses y prefieren lo que puede llamarse el método francés de tratar un asunto. Por último, tienen afinidad intelectual con Francia, con la agudeza de sus ideas, la alegría de su ánimo, el acabamiento de sus métodos literarios, y la calidad de sus sentimientos.

También hay que contar a París. Cuando los sudamericanos empezaron a enriquecerse lo bastante para poder viajar a Europa y divertirse allí, París fué la meca de estos peregrinos en pos del placer. Muchos hacendados argentinos, muchos cafeteros brasileños, todo dictador de república en el Mar Caribe que, como Guz-

mán Blanco de Venezuela, ha sacado del Tesoro público dinero que invertir en valores europeos, van a la metrópolis de la moda y del placer a gastar su dinero. Todos los jóvenes literatos, todos los jóvenes artistas que tienen dinero para hacer el viaje, se apresuran a ir allí. Hay una numerosa colonia sudamericana en París, y por medio de ella, así como por medio de libros y revistas, el drama y el arte francés, y las ideas y gustos franceses dominan el mundo elegante y el mundo intelectual en las ciudades de Sud América. Los escritores de Francia han manifestado a menudo que existe en verdad eso que se llama "el espíritu francés", evidente en su manera de pensar y en la manera de expresar su pensamiento y que, diferente de ellos mismos, tiene, sin embargo, una especie de universalidad o adaptibilidad al entendimiento de todos los hombres que más de una vez en la historia ha dado a su literatura una preeminencia de que no ha gozado otra literatura moderna. Esta pretensión se ha verificado con respecto a Sud América, pues allí la influencia francesa es suprema.

Por supuesto, todo esto no tiene que ver con las relaciones políticas entre estas repúblicas y las potencias extranjeras más que la posesión de los ferrocarriles argentinos por capitalistas ingleses. Pero es otra prueba del hecho que Sud América no tiene nada en común con la América teutónica fuera del nombre y la forma (en algunos países sin significancia) de instituciones llamadas republicanas. Sud América es más bien un grupo de naciones ibero-célticas del oeste de Europa, trasplantadas allá lejos en medio de mares meridionales.

Pero ¿podemos clasificar a los sudamericanos entre los pueblos del sud o del oeste de Europa? ¿No es posible que sean—si los consideramos a todos juntos, olvidándonos de las diferencias entre chilenos, argentinos y brasileños—un nuevo elemento en el mundo, un grupo racial con un carácter suyo propio?

Éste es su propio concepto de sí mismos. Sería necesario más conocimiento que el que yo poseo para refutarlo o afirmarlo. Con excepción de los argentinos y de los uruguayos, los sudamericanos en su mayor parte son de descendencia india o (en el Brasil) negra. Aun los uruguayos y los argentinos parecen diferir de los

españoles a lo menos tanto como los norteamericanos difieren de los ingleses. Todos dan la impresión de componer naciones que van formándose ahora, cuyo tipo o tipos, el general de toda la América española así como los tipos particulares de cada nación, llegarán a ser más distintos y definidos pasando el tiempo, y a medida que la vida va siendo para ellos más agradable y más productiva.

Cuando ocurra esto y el mundo del año 2000 de nuestra era reconozca un tipo (o tipos) distinto sudamericano ¿puede esperarse de ellos una contribución completamente nueva al acopio universal de conceptos, de literatura y de arte? Al fin y al cabo toda nación es juzgada y estimada por el resto del mundo más bien por su contribución a lo susodicho que por cualquiera otra cosa. En cierto sentido Shakespeare es más gloria a Inglaterra que su imperio de la India. Homero y Virgilio, Platón y Tácito son un presente del antiguo mundo a todos los siglos subsiguientes, presente más precioso, porque durará más, que cualquier proeza en guerra, gobierno o comercio. Las oportunidades para el desarrollo de nuevas naciones con dotes creadores propios parecen ir disminuyendo porque el mundo está lleno; no hay lugar ya para nuevas naciones.

Parece que hay vitalidad y virilidad en los pueblos hispanoamericanos a juzgar por el número de hombres fuertes, osados y enérgicos que han figurado en su historia, contando a uno de sangre pura, el Mejicano Juárez, y a muchos de sangre india mezclada. Pocos son, en verdad, los que han mostrado esa clase superior de grandeza que consiste en la continuación de grandes ideas constructivas con energía decisiva en la acción, dotes de un Napoleón o de un Bismarck. En la mayor parte de las repúblicas, las condiciones políticas han sido tan instables que han permitido poca oportunidad para el propio arte de gobernar. Sin embargo, no hay falta de vigor y ya es algo el haber producido en San Martín una figura verdaderamente heroica en quien el brillante talento político y militar iba acompañado de un carácter grande y desinteresado.

Si la América latina no ha producido aún un pensador, poeta o artista siquiera de segunda clase, no sor-

prenderá al que sepa cuál fué su condición antes de la guerra de la independencia y lo que ha sido desde entonces hasta hace poco. Si hubiese sido posible traer a la tierra uno de esos antiguos sabios que Dante oyó en el limbo hablando en voz baja y meliflua, para permitirle observar a Europa tal como era en la conmoción del siglo décimo, tal sabio habría pensado que las artes y las letras, así como la libertad y el orden se habían desvanecido de la tierra para siempre. Y sin embargo ¡qué glorias en el arte y en las letras habrían de resultar de aquella agitación!

CAPÍTULO XV

CONDICIONES DE LA VIDA POLÍTICA EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA

No es mi objeto describir o discutir las instituciones políticas o la política actual de los países sudamericanos. Aun con conocimiento más extenso del que me fué posible adquirir en el corto tiempo que tuve a mi disposición me hubiera sido difícil tratar de esos asuntos con la franqueza necesaria. Pero lo que puede hacer sin ofender a nadie un viajero a quien se le ha prodigado infinitas finezas, y lo que puede hacer aún con escaso conocimiento, es presentar una relación sucinta de esos característicos materiales, crematológicos y sociales de los países sudamericanos, cuyos característicos forman la base de su vida política y constituyen las condiciones bajo las cuales se efectúa esa vida. Los que las han observado y las comprenden, dándose cuenta de cuan diferentes son de las de cualquier país europeo, podrá juzgar la historia inquieta y las presentes probabilidades de estos países con más imparcialidad que los que las juzgan bajo una norma europea o norteamericana. La máxima, "El que todo lo comprende, todo lo excusa", es muy general, pero la verdad que implica es muy aplicable a estas naciones. Es preciso que conozca uno sus condiciones antes de formar juicio de sus defectos.

Cuando se levantaron en las Américas central y meridional gobiernos republicanos a medida que la autoridad de España era retirada gradualmente de región tras región, esos gobiernos fueron acogidos ávidamente por los liberales europeos y aplaudidos con más efusión aún por el pueblo de los Estados Unidos. Para éstos últimos eran motivo doble de satisfacción. Su formación significaba la desaparición de un antiguo enemigo, y sus instituciones democráticas eran un tributo de imitación

al éxito del gobierno popular en los Estados Unidos donde la gente creía aún que la libertad no podía existir en una monarquía. Aunque por mucho tiempo los norteamericanos continuaron extendiendo su simpatía a las nuevas repúblicas, en particular cuando tenían desavenencias con las potencias europeas, los amigos de la libertad en Europa dejaron por fin de interesarse en comunidades que no honraban a la democracia; y los escritores europeos del bando opuesto empezaron pronto a referirse a ellas considerándolas malos ejemplos de libertad que había degenerado en desorden y violencia. Las últimas tropas españolas abandonaron el continente americano en 1826. Pasábase el tiempo sin que hubiese mejora política. Las revoluciones y los dictadores se sucedían tan rápidamente y parecían tener tan poca significancia que después de algún tiempo los únicos europeos que se ocupaban de Sud América eran los tenedores de bonos cuyos empréstitos no habían sido pagados aún. El crédito financiero así como el carácter político de las nuevas naciones bajaron mucho. Los periódicos las ridiculizaban. Los estadistas conservativos y los filósofos políticos retirados sacaron provecho de ellas para hacer amonestaciones. Cuando Sir Henry Maine, uno de los escritores más ilustres de la pasada generación, quiere añadir algo o dar un ejemplo en su larga invectiva en contra de la democracia en su ingenioso libro sobre el gobierno popular, libro que es ilusivo y que no sacia, continuamente se refiere a las repúblicas sudamericanas como ejemplos de fiascos en esto y lo otro y lo de más allá. Sin embargo, tal clase de argumentación no es más legítima que la de los entusiásticos norteamericanos que estaban dispuestos a defender el gobierno de cualquier país sudamericano que se llamase republicano. El crítico así como también el defensor se fijaban sólo en el nombre y no se ocupaban de examinar la verdad. Las razones de Sir Henry Maine valían sólo en contra de los que, como los norteamericanos, contendían que el nombre de república basta para asegurar buen gobierno. Siempre hay personas dispuestas a creer que las cosas son lo que sus nombres implican, pues es más fácil tener que ver con nombres que ocuparse de indagar la verdad. Bajo las tiranías militares de Francia y de los López, padre e

hijo, el Paraguay era una república y tenía una constitución republicana.* Sucedió lo mismo en Venezuela bajo los gobiernos tiránicos de Guzmán Blanco y de Castro. Por lo tanto ¿eran el Paraguay y Venezuela verdaderas repúblicas, merecedoras a la simpatía otorgada por los demócratas a los "gobiernos que derivan su poder justo del consentimiento de los gobernados"? Si lo eran, entonces los argumentos basados en las fechorías de López y de Castro son buenos argumentos en contra de los defensores del gobierno republicano o democrático. Si no lo son, desde luego la simpatía de los norteamericanos hacia estas llamadas repúblicas es infundada y los sucesos de su historia no constituyen prueba en pro o en contra de la democracia. Todo se resuelve a una cuestión de nombres y no de hechos.

Prescindiendo de los nombres, ocupémonos de los hechos. Tendré que referirme a estas naciones llamándolas repúblicas, porque éste es su nombre, pero el vocablo lo uso aquí no para describir, sino más bien para denotarlas. Hasta hace poco los europeos solían agruparlas todas en la misma condenación. Eso fué siempre injusto y hoy día lo es aún más que antes. Existe una diferencia tan grande entre las mejores y las peores de ellas como la que hay entre las mejores y las peores de las monarquías europeas. Algunas de ellas son verdaderas repúblicas en el sentido europeo, países en los cuales la administración constitucional es una realidad y no una farsa, otras son organismos despóticos creados y mantenidos por fuerza militar. En la clase bastante numerosa entre estos dos grupos funciona la constitución, pero más o menos irregular e imperfectamente. La legislatura tiene alguna influencia por ser la expresión de la opinión pública; los derechos individuales de seguridad y propiedad son respetados hasta cierto punto; la ejecución y observancia de la ley, aunque inciertas, no se hallan sujetas a la voluntad arbitraria de la autoridad ejecutiva.

El examinar las causas que han determinado la historia de los países hispanoamericanos en su conjunto y que los han impedido realizar las esperanzas que iluminaron su nacimiento hace noventa años sería empresa

* Aunque Francia había sido hecho dictador vitalicio.

larga e importante, demasiado extensa para este libro. Sin embargo, lo que se puede hacer de manera sucinta es indicar las condiciones bajo las cuales la vida política independiente había de empezar en las tierras que habían sacudido el yugo de España. Esas condiciones las dividiré yo en cinco grupos:

I. Condiciones materiales o geográficas.

II. Condiciones genealógicas.

III. Condiciones sociales y económicas.

IV. Condiciones históricas pertenecientes al período colonial.

V. Condiciones históricas que acompañaron la lucha por la independencia.

I. *Condiciones materiales.* En casi todas las repúblicas la población era, y lo es aún, pequeña en comparación con la superficie, y en la mayor parte de ellas la comunicación por sobre esta área tan escasamente poblada era obstruida por montañas, desiertos o bosques. Por ejemplo, Colombia con un territorio de 435,000 millas cuadradas (más del doble de la superficie de Francia) tiene sólo diez personas por milla (mientras que Francia tiene doscientas), y está cruzada por serranías muy altas y selváticas de tal manera que la mayor parte de sus distritos son accesibles sólo por caminos de herradura, por los cuales los viajes son largos y penosos. Bolivia, que tiene una superficie tres veces más grande que la de Francia, no tiene más que tres personas y media por milla, y sus pocas poblaciones, sólo una de las cuales tiene más de veinte y cinco mil habitantes, están separadas por grandes trechos de selvatiquez. El Perú está dividido en valles angostos por las muchas cadenas de los Andes, y cada uno de esos valles tiene poco trato con los otros. En tales países—y esto se refiere a casi todos ellos—puede haber y hay muy poca opinión pública que es común a la nación, pues los medios de comunicación interna son defectuosos y tardíos. Los funcionarios que representan al gobierno central no pueden ser superentendidos o dirigidos fácilmente. Cuando hay descontento local, no es posible que halle expresión constitucional, pues la legislatura está lejos y no se le puede hacer que comprenda la situación. Cuando estalla una rebelión, puede extenderse rápidamente y llegar a ser

formidable antes de que puedan reunirse fuerzas adecuadas para mandarlas a suprimirla. Todas estas condiciones impiden también el desarrollo de una prensa capaz de informar y de ayudar a fomentar la opinión pública. Nada más que un sistema eficaz de gobierno propio local y popular podría asegurar una buena administración bajo tales condiciones, aunque es casi imposible instituir aquí el gobierno por la opinión pública a tan alto grado como lo poseen Inglaterra y los Estados Unidos, pues la gente se conocen tan poco y tienen tan pocos informes de las cuestiones del día o de la conducta de sus diputados enviados a la capital. Es verdad que hay patriotismo y que la ira puede ser excitada generalmente por sobre todo el país a consecuencia de algún suceso que tiene que ver con el honor o con el interés imaginado de la nación, pero apenas puede existir esa influencia predominante de todo el pueblo que es necesaria en los gobiernos libres para mantener firme a los gobernadores y para inculcar en ellos una realización de su responsabilidad.

II. *Condiciones genealógicas.* En un capítulo anterior se dijo que en todas las repúblicas, excepto en Argentina y el Uruguay, los indios nativos y los mestizos forman un elemento importante en la población. En el Perú, en Bolivia, Ecuador y el Paraguay los indios puros forman una mayoría de toda la población. En Chile la clase pobre es casi toda de mestizos; en Venezuela, Colombia y Panamá hay pocos europeos puros. Con poco o ningún conocimiento de la lengua española, los indios constituyen una nación virtualmente distinta. No tienen nada que ver con los blancos, excepto en pagar contribuciones o trabajar para sus empleados. En muchos países son ciudadanos según la constitución y tienen el derecho de votar. Pero no saben nada de la constitución y no piensan nunca en votar, y, aunque libres, no tienen que ver con el gobierno más que los antiguos esclavos en el sur de los Estados Unidos antes de la guerra civil.

Aunque su población no es en tal extremo indígena como la del Paraguay, Bolivia ofrece un buen ejemplo. Los indios, en su mayor parte aimarás, son agricultores o se ocupan en el transporte de mercancías en mulas o en llamas o son toscos artesanos. Son completamente igno-

rantes. Católicos de nombre, su religión consiste en el culto primitivo de los espíritus de sus progenitores con un disimulo de formas cristianas y del culto de los santos cristianos. La política se halla enteramente a cargo de algunos cuantos españoles y mestizos que viven en cuatro o cinco poblaciones, cada una de las cuales, a falta de interés común y de opinión pública general tiene que procurar por sí de sacar el mejor partido posible. Así es que, bajo el punto de vista de la política, la nación boliviana de dos millones se reduce a unos cuantos miles de habitantes. Algunos cuantos miles de habitantes reunidos en una ciudad pueden dar una vida vigorosa a una verdadera república, como sucedió en muchas ciudades de la antigua Grecia y de la Italia medioeval; pero cuando los ciudadanos se hallan esparcidos por sobre muchos miles de millas cuadradas, sin ferrocarriles que los puedan reunir y sin periódicos que transmitan las ideas de un grupo a otro, entonces el gobierno democrático casi llega a ser imposible. Lo que todo grupo de tal población puede hacer es pelear, pues los defectos que los imposibilitan en ser votantes no los imposibilitan en ser soldados. Las razas indígenas de los Andes centrales y septentrionales no tienen esa afición a la guerra por sí misma que tenían los aztecas o los araucanos. Pero tienen poco temor a la muerte y pueden ser forzados fácilmente o inducidos a aumentar las fuerzas de un general insurgente. Aunque en Venezuela, Colombia y Panamá es mayor la proporción de los blancos y los mestizos, el resultado general es el mismo, pues la gran mayoría del pueblo es ignorante y propia sólo para la parte beligerente de la vida pública.*

Algunos pueden suponer que las condiciones de raza de un país son desventajosas por otra parte. Una suposición que se ofrece naturalmente a la mente de los europeos orgullosos es que la mezcla con una raza inferior ha de perjudicar al elemento blanco. Hasta hay personas que creen que las llamadas razas arias, o sea indoeuropeas, son superiores a las demás,—suposición injustificada, pues en Europa hay tres razas que no son arias, y los miembros típicos de cada cual son iguales en talento y carácter a los miembros típicos de los otros

* Por supuesto, los indios bravos no tienen votos.

pueblos con los cuales viven.* Por supuesto, es posible que la raza española haya sido perjudicada por los casamientos con los indios, pero ¿quién sabe que parte de la diferencia entre los españoles de España y los del Perú o Venezuela se debe a la sangre, y que parte de ella a las condiciones climatológicas y a otras condiciones locales? Un eminente autor chileno cree que sus paisanos son tanto mejor por haber fortalecido su sangre con la de los fuertes indios del sud.†

Hay también personas que llevan más allá el menosprecio de la raza y mantienen que la española o ibérica es inepta para el gobierno constitucional, acompañando en esto según parece, a los celtas y a los eslavos y a todas las demás razas, excepto los favorecidos teutones. No vale la pena discutir esta creencia porque no puede ser probada por medio de la historia, y es por esto solo que se pueden probar tales teorías. El fracaso en el siglo diez y seis de aquel libre gobierno constitucional para el cual parecía existir en España oportunidad casi tan excelente como en Inglaterra al mismo tiempo se debe a causas que no tienen nada que ver con la raza. La importancia de problemas de raza en cuanto a Sud América no se halla en la inferioridad hipotética de la raza pura o la mezclada, sino en el hecho de que la existencia de diferentes razas en la misma región, razas que hablan idiomas diferentes, impide esa homogeneidad y solidaridad de la comunidad que son condiciones casi indispensables para el éxito de un gobierno democrático.‡

III. *Condiciones sociales y crematológicas.* Las cuestiones crematológicas y las sociales pueden ser discutidas juntas porque las últimas dependen en gran parte de las primeras. Todas las repúblicas, con excepción de Argentina, Chile y el Brasil, de las que diré algo luego, son países pobres, no porque carezcan de recursos naturales, sino porque éstos han sido desarrollados tan impropiamente que no han producido sino poca ri-

* Los magiares de la Hungría, los finlandeses de Finlandia y los vascuences de los Pirineos occidentales.

† Véase el interesante libro del Dr. Palacios, ''La raza chilena''.

‡ Considerando a Suiza con sus tres idiomas, no podemos hacer esta aserción absoluta. Pero en Suiza las tres razas se hallan, en cuanto a su inteligencia e instrucción, casi al mismo nivel, mientras que en la América del Sud los indios se hallan en esfera muy baja.

queza a la población nativa. Casi todas las fortunas hechas en ellos son hechas por extranjeros o por compañías extranjeras que han obtenido concesiones de minas, o que han comprado haciendas, pues hay poco capital nativo y poca habilidad o experiencia para explotar minas o desarrollar propiedades.* Es verdad que el terreno pertenece a grandes propietarios, pero éstos no forman una clase de hombres que, con interés sólido y común en su país, constituyen una especie de aristocracia natural interesada en la preservación del orden y en hacer el gobierno estable. De igual manera, no hay más que una clase reducida de naturales importantes en negocios que se tomen el mismo interés en el orden público y en un buen gobierno. La falta de capital local ha permitido que las empresas industriales y monetarias más grandes se hallen en manos de extranjeros. Vale más que el país sea desarrollado por capital extranjero que el que no lo sea de ninguna manera, pero podemos deplorar que la experiencia y el dinero ganados no sean ganados por los naturales del país. Lo que los europeos titulan la ''clase media baja'', compuesta de tenderos y de artífices, es de poca importancia, y las poblaciones en donde existe son tan pocas y tan remotas unas de otras que hasta ahora ha sido un factor político insignificante. Por último, la población agrícola consiste en algunos países principalmente, y en otros casi enteramente, de esos aborígenes ignorantes que no parecen interesarse en el progreso o en el propio gobierno. La falta de esa clase de pequeños propietarios inteligentes, elemento el más firme y más estable en los Estados Unidos y en Suiza, y que es de igual manera estable aunque de menos conocimientos políticos en Francia y en partes de Alemania, es una verdadera desgracia para las Américas central y meridional. Lo que hace falta en estos países es un número suficiente de ciudadanos que no tengan miras personales ni nada que sacar del gobierno, excepto una buena administración, pero cuyo interés en tal administración es lo bastante inteligente y consistente para animarlos a ocuparse de sus deberes cívicos. El patriotismo y la participación activa en los asuntos públicos sin expectativas de la ganancia personal que los politi-

* Bajo el gobierno de Porfirio Díaz esto iba dejando de ser así en Méjico.

castros sacan de la política—esto y nada más que esto es lo que crea en todo país la opinión pública que se necesita para guíar y dirigir a los gobernantes de un país.

Podría decirse que en ninguna parte del mundo hemos de esperar hallar condiciones utópicas para un gobierno popular. En países donde las condiciones materiales y también las genealógicas podrían haber parecido desventajosas han existido tales gobiernos y han alcanzado resultados apreciables porque el pueblo poseía las dotes y la instrucción que posibilitan el éxito del gobierno por el pueblo.

Suponiendo que esto sea verdad, cabe dudar que los que fueron llamados a gobernar las nuevas repúblicas que surgieron de la guerra de la independencia poseían, o podría esperarse que poseyesen, los dotes y la instrucción necesarios. Tales dotes no son naturales. Son el resultado de la vida anterior de un pueblo y de la experiencia ganada en ella. ¿Cuál había sido, pues, la historia del dominio colonial de España y que método gubernamental había sido permitido a los súbditos hispanoamericanos por los soberanos españoles?

Esto nos trae a la cuarta división de nuestro estudio, esto es:

IV. *Condiciones históricas durante el período colonial.* Los conquistadores españoles del Nuevo Mundo eran hombres de audacia y de energía extraordinarias. Desde el tiempo de los hombres del Norte en el siglo diez y de sus descendientes, los normandos del siglo once, no se han visto en el mundo hombres tan enérgicos. Eran, sin embargo, súbditos leales de los soberanos españoles y no pensaron nunca en pedir, o en establecer ellos mismos, el gobierno propio de los países donde moraban. Ni tampoco pensaron los soberanos españoles en otorgar tal privilegio. El gobierno democrático que existía en Castilla acababa de desaparecer; y aun si hubiese continuado, no es probable que se les hubiese ocurrido reproducirlo en las colonias. El gobierno inglés concedió cartas de privilegio a las compañías que emprendieron la colonización de Norte América y los pobladores mismos se organizaron pronto por condados en Virginia y por villas y condados en Massachusetts y Connecticut. Por todo el siglo diez y ocho y hasta que se separaron de la

madre patria funcionaron perfectamente en aquellas colonias formas de gobierno propio local más eficaces que las que existían entonces en Inglaterra. Pero por toda la América española la autoridad del virrey, o capitán general, o de la Audiencia y sus oficiales subalternos, era suprema y comprendía todo el territorio. No había asambleas ni funcionarios elegidos por voto popular. Todo el poder venía de arriba; el pueblo no tenía nada que ver con la administración y no se le permitía expresar su opinión sobre ella. La única excepción consistía en una especie de concejo municipal en las villas llamado cabildo o ayuntamiento, los miembros del cual, aunque elegidos en algunas villas por los propietarios, quizá por los más importantes, eran nombrados en otras y muchas veces porque habían comprado el nombramiento. El poder despótico de un virrey o de otro gobernador era limitado, por supuesto, por las direcciones que recibía y por las leyes estatuidas por el gobierno patrio para las colonias y hasta cierto punto también por los magnates eclesiásticos o por el sentimiento local. Pero al pueblo no le tocaba ninguna responsabilidad ni había institución alguna por medio de la cual recibiese instrucción en el manejo de los asuntos públicos. En las colonias inglesas de Norte América el estado seglar así como el clero se ocupaba del manejo de los asuntos eclesiásticos; y en particular las Iglesias Congregacionalistas, basadas en el principio de la libertad, llegaron a ser los expositores directos del sentimiento popular. En las colonias españolas la Iglesia Católica Romana representaba el principio de la autoridad y por medio de las sanciones que tenía inculcaba lo mismo en la mente del estado lego. Todos los libros y publicaciones de cualesquier especie que fuesen habían de ser sometidos a la censura rigurosa de la Iglesia; y fué prohibido siempre el derecho de expresar la opinión personal de palabra o por escrito.

V. *Condiciones históricas a la conclusión de la guerra de la independencia.* Así es que cuando a consecuencia de la separación de España todo el poder recayó sobre el pueblo, éste no se hallaba preparado para ejercerlo. Era fácil idear constituciones a semejanza de la de los Estados Unidos. Pero ¿qué clase de pueblo era

éste y qué sabían sobre la función de un gobierno libre? ¿Con qué grado de inteligencia contaban los ciudadanos que habían de elegir las legislaturas y de qué clase de personas iban a componerse tales cuerpos legislativos?

Diez o doce años de guerra en contra de las tropas españolas, guerra durante la cual se cometieron muchas atrocidades y crueldades por ambos partidos, habían acostumbrado a todo el mundo a la violencia y habían hecho a los soldados los únicos jefes. La imaginación de todo el mundo estaba llena de ensueños de libertad, pero no había nadie que supiese asegurarla uniendo la libertad a la ley. Aun en los Estados Unidos los primeros años después de la declaración de la independencia de las trece colonias habían sido caracterizados por tantos errores y por tanta futilidad legislativa que los hombres más cuerdos de aquel tiempo creían que la convención constitucional de 1787 era la única oportunidad que quedaba para salvar la nación. Y sin embargo, los estados norteamericanos mantenían gobiernos que habían existido por varias generaciones y seguían principios que sus antepasados habían establecido en Inglaterra cinco siglos antes. No hay que extrañar que entre los hispanoamericanos que no tenían ninguna experiencia en la empresa humana más complicada que pueda existir,—el mantenimiento del gobierno según la voluntad de la mayoría, pero en conformidad con las leyes establecidas y con el propio respeto a los derechos de la minoría,—no hay que extrañar, pues, que las legislaturas no fuesen elegidas legalmente, que después de elegidas gastaran el tiempo en vanas disputas y se olvidaran de las necesidades públicas, que cada partido a su turno echase a sus contrarios del poder o los intimidase por medios violentos, que se contrayesen deudas que no se pagaban, que el gobierno fuese no un gobierno por leyes, sino más bien por hombres, y éstos mayormente aventureros militares a la cabeza de partidas armadas.

Los habitantes, acostumbrados a ser gobernados por otros en el Estado y en la Iglesia, no habían tenido nunca la oportunidad de aprender a considerar que el gobierno era su propio interés ni a considerarse ellos mismos responsables por el orden público. Cuando una guerra larga y sangrienta hubo destruido su costumbre de obe-

diencia a la autoridad constituida, fueron trasladados—aunque existiese una constitución—a ese estado primitivo en el cual predomina la fuerza bruta. Como a menudo no había autoridad legal, o había una muy débil para proteger a los que apelaban a ella, era necesario reconocer una autoridad de hecho, y así se desvaneció la idea del derecho y del deber legal. Debemos recordar que estas comunidades eran pequeñas y esparcidas y que en cada una de ellas no había sino unos cuantos hombres que eran ordenados al mismo tiempo que inteligentes, capaces de imponer una restricción a los partidarios de uno u otro de los aventureros que peleaban por el poder. Los partidos eran por lo común facciones que seguían el estandarte de algún cabecilla en particular. Sólo un grupo de controversias que comprendían cuestiones de principios surgían de vez en cuando en alguna que otra república, esto es, las controversias que tenían que ver con la propiedad y las pretensiones de la Iglesia. Otras controversias eran locales o personales, raras veces crematológicas, apenas de raza.

Algunos sudamericanos previsores en tiempo de la revolución comprendieron que sus países no estaban preparados para tener gobiernos democráticos. El ilustre San Martín estaba a favor de un gobierno republicano basado en un sufragio limitado; Bolívar deseaba ser presidente vitalicio de una confederación de países. Sin embargo, además de la dificultad de proponer constituciones que excluyesen a gran parte de los hombres cuyas armas habían asegurado la independencia, el entusiasmo por la libertad que privaba, y la creencia arrebatada de que la libertad era suficiente para asegurar paz y prosperidad requerían instituciones democráticas, y fué sólo en luchas subsiguientes entre partidos rivales que algunos de los jefes promulgaron requisitos con la intención de excluir a sus contrarios. En todas partes se adoptó el sistema de revestir con poder ejecutivo a un presidente elegido por un cierto número de años. Parecía ser el plan más simple y se hallaba recomendado por el ejemplo de los Estados Unidos, pero estableció un premio atractivo para la ambición y resultó por lo general en dictaduras. Hombres malos abusaron de él para enriquecerse a sí mismos o a sus amigos, y los buenos compren-

dieron que el modo más rápido, y probablemente el único, de llevar a cabo reformas necesarias en el país era el extender su autoridad constitucional. No faltaban gobernantes magnánimos y patrióticos, pero con la mejor voluntad del mundo no podían crear los requisitos de una verdadera democracia.

El que viaje por estos países,—cuento aquí a Méjico y la América Central, pero no a Chile o Argentina, de los que diré algo dentro de poco,—y el que después de haber obtenido así algún conocimiento de su carácter físico y de raza, estudie su historia, se hallará obligado a formar tres conclusiones. La primera es que estos países no han sido nunca repúblicas en el verdadero sentido de la palabra. La segunda es que no podrían haber sido verdaderas repúblicas. El esperar que pueblos de tal índole, pueblos muy pequeños, diseminados por una vasta área, pueblos sin práctica alguna en el gobierno propio, pudiesen crear y funcionar instituciones democráticas, era absurdo, aunque el mundo necesitaba la experiencia que ha presentado la historia de esos pueblos para demostrar el disparate. La tercera conclusión es que la censura y la crítica que se hace de los hispanoamericanos sin previo conocimiento de estos hechos fundamentales es una injusticia. Entre ellos no existe el pecado original más que entre otros pueblos. Muchos de sus estadistas y generales fueron patriotas fieles que amaban la libertad y procuraron dar a sus países tanta libertad como podían recibir entonces. No fué culpa suya ni del pueblo que las condiciones existentes entonces imposibilitasen un gobierno verdaderamente representativo y responsable. Las constituciones no se avenían con los hechos y éstos hubieron de predominar en contra de aquéllas, a veces en contra de la letra, por lo común en contra de la intención. Cuando era aparente que los electores no eran capaces de votar propiamente, y cuando no era posible tener elecciones justas, no había que extrañar que alguien agarrase el poder sin derecho legal o que las elecciones fuesen manejadas por fuerza o arregladas y llevadas a cabo fraudulentamente de tal manera que aunque se respetase la forma, no expresaban la voluntad del pueblo. Cuando un partido había hecho esto, el otro repetía el procedimiento luego que tuviese

la oportunidad y así continuaban las cosas siguiendo el mismo círculo corrompido.

¿Por qué es que el sistema de gobierno constitucional funciona propiamente en Suiza, los Estados Unidos e Inglaterra? Porque sus formas, consagradas por la tradición y apoyadas por la opinión pública, son respetadas por los funcionarios que tienen que hacer uso de ellas. En estas repúblicas sudamericanas no había tradiciones y sólo muy poca opinión pública; y esto se debía no a defectos innatos del pueblo, sino a causas históricas que los habían privado de las ventajas que tienen los suizos y les habían dado constituciones muy impropias en su caso.

Si las formas democráticas de gobierno que adoptaron eran inconvenientes ¿qué otras formas hubieran sido propias? Bolívar deseaba una especie de monarquía electiva vitalicia, sin duda con él mismo de monarca. San Martín (como ya se ha dicho) prefería una república oligárquica. Una de las dos podría haber tenido mejores resultados que la forma de gobierno adoptado por fin. Una oligarquía "sincera", esto es, una que dice ser lo que verdaderamente es, puede ser—a no dudar lo es—mejor que una democracia falsa. En un país donde sólo una minoría—quizás una pequeña minoría—de los ciudadanos es capaz de tomar parte en el gobierno, puede ser legalmente más seguro reconocer a esa minoría como a la clase regente y hacer así conformar a la teoría con los hechos, más bien que el que la diferencia entre los hechos y la teoría resulte ser una tentación irresistible para usar fuerza o superchería. Sin embargo, esto es aún cuestión de conjetura, pues ningún país ha establecido permanentemente la monarquía electiva, y son pocos los que han incorporado disposiciones oligárquicas en sus constituciones. Añádase que las condiciones políticas más o menos malas de estos países dependen raras veces de la latitud del sufragio, pues en aquéllos donde privan métodos violentos el resultado sería el mismo, sea grande o pequeño el número de los votantes.

Aunque por brevedad he hablado de todas estas repúblicas en general, pues las observaciones que he hecho son más o menos aplicables a todas ellas, hay, no obstante, diferencias marcadas entre las que han adelan-

tado y van adelantando y otras cuya salud política parece ahora poco mejor de lo que lo era hace cincuenta años. Podemos distinguir tres clases de naciones. La primera consiste de aquéllas en las cuales las instituciones republicanas, que por implicación existen legalmente, son meramente un fiasco, pues, en verdad, el gobierno es un despotismo militar más o menos cruel y corrompido según el carácter del gobernante, pero que es mantenido para el provecho de éste y sus amigos. La segunda clase comprende naciones en las cuales hay legislaturas que imponen una limitación al poder ejecutivo y en las cuales hay bastante opinión pública para tener influjo en la conducta del cuerpo legislativo así como del ejecutivo también. En estos países los gobernantes, aunque no son escrupulosos en sus métodos de agarrar el poder, reconocen que deben cierta responsabilidad a los ciudadanos y tienen cuidado de no cometer violencia manifiesta o crasa injusticia. La tercera clase la componen las verdaderas repúblicas en las cuales la autoridad ha sido adquirida por medios constitucionales, y no por la fuerza, y en donde el mecanismo gubernamental funciona con regularidad e imparcialidad razonable, donde se hacen leyes por cuerpos elegidos sin coerción y los cuerpos judiciales y administrativos cumplen su deber de manera legal.

De la primera clase se conocen bastantes ejemplos para que sea necesario nombrarlos. El peor con mucho es el de Haití. El ejemplo más notable de la segunda clase fué Méjico bajo el gobierno de Porfirio Díaz. El gobierno de este hombre de estado, uno de los más notables de nuestro tiempo, fué autocrático. Adquirió su poder peleando, pero lo mantuvo por medios legales. La legislatura le obedecía implícitamente. Las elecciones fueron manejadas por su gobierno sin mucha dificultad porque hasta 1910, cuando empezó a perder su influencia, nadie se atrevía a votar contra él. Su superioridad personal a todas las tentaciones vulgares era reconocida y admirada. Sus ministros hacían discursos ante las cámaras, pero no obedecían a nadie más que a él. Su programa consistía en el desarrollo material del país por medio de la construcción de ferrocarriles, el estímulo de las fábricas, la explotación de las minas y la exten-

sión del sistema de riego. El orden era mantenido por un cuerpo de policía rural compuesto de hombres que habían sido bandidos anteriormente y que después de ser enlistados, disciplinados y pagados regularmente llegaron a ser miembros útiles de la sociedad. La tentación de la conquista que ofrecía el decaimiento de las repúblicas al sud fué vencida con firmeza y sólo se mantuvo en pie un pequeño ejército. Bajo este régimen iba progresando el país en su riqueza e iba formándose una clase de personas interesadas en el orden y la prosperidad. Si el presidente, cuando llegó a su ancianidad, hubiese podido encontrar a una persona de su misma estampa a quien entregar las riendas del gobierno, a no dudar hubiese continuado el orden y la prosperidad. La clase de gobierno que daba al país era probablemente la que más le convenía.* La población india, que constituye la mayoría, era (aunque inteligente por naturaleza) claramente incompetente para el cumplimiento de sus deberes cívicos. La población inculta de mestizos era casi tan incompetente. Un gobierno oligárquico, derivado de la clase más rica habría proporcionado una administración menos eficaz, y después de algunos años de contiendas probablemente hubiera cedido su puesto a un jefe militar.

Buenos ejemplos de la tercera clase son Chile y Argentina, las cuales son verdaderas repúblicas. De todos los países latinoamericanos Chile es el que representa mejor las nociones de una república libre constitucional, y una de las principales razones es que su población es extraordinariamente homogénea y concentrada en una área relativamente pequeña. El norte de Chile es un desierto árido y el sud una selvatiquez, pero en el centro hay un trecho de quinientas millas de largo por cincuenta de ancho en el cual moran la mayor parte de sus 3'300,000 habitantes. El sufragio es limitado y el poder gubernativo se halla prácticamente en manos de una aristocracia propietaria relativamente pequeña y de algunos abogados. El gobierno, incluyendo lo que hemos llamado el "juego de los partidos" es conducido con los mismos móviles y por los mismos métodos que en Ingla-

* Había algunos, sin embargo, que opinaban que se debió haber procurado mucho más resolver los problemas del terreno y extender la instrucción.

terra durante el siglo diez y ocho, deduciendo las diferencias entre una monarquía y una república. Hay cambios continuos en el ministerio, pero el mecanismo funciona y se conserva el plan general de la política nacional. No ha habido revoluciones en tiempo de los hombres de hoy, pero sí hubo una guerra civil una vez. El presidente Balmaceda, viendo que no podía llevar a cabo sus planes en conformidad con las limitaciones estrictas de la constitución, excedió sus atribuciones y desafió a la legislatura. Cada partido, de igual manera que el rey Carlos I y su Parlamento, tomó las armas para decidir la cuestión del derecho de cada uno. Balmaceda, vencido en batalla, dió fin a su vida él mismo. Su contienda legalmente era la más floja, pero él era hombre de buenas ideas muy por sobre el tipo común de los aventureros ambiciosos. Después de su muerte la política chilena reasumió su acostumbrado curso constitucional. En 1910 había seis partidos, uno conservador y cinco grupos del liberal que a veces obraban separadamente y a veces todos juntos. El nivel de aptitud, así como de elocuencia, es alto, siendo también lo mismo el patriotismo del pueblo.

Argentina ha tenido una historia más inquieta y más sanguinaria que Chile, y hace menos tiempo que salió de entre los rompientes a una mar plácida. Hace sesenta años tuvo en Rosas un tirano tan cruel como Barrios de Guatemala y como López de Paraguay y aun más tarde hubo guerras civiles entre los habitantes de Buenos Aires y los de los estados del norte. Pero a medida que empezó a poblarse el país y que se construyeron ferrocarriles, que la entrada de inmigrantes italianos y españoles proporcionó braceros y que se levantaron grandes ciudades, el efecto de la prosperidad general influyó en la realización creciente del valor del orden y de la paz. Aunque los comerciantes extranjeros cuyos intereses estaban comprometidos no tomaron parte directa en la política, su influencia se dejó sentir no sólo en la extensión de una ciencia rentística más segura, sino también en hacer ver a los hombres más importantes naturales del país que las revoluciones frecuentes retardaban el desarrollo de sus fincas. Así es que desde 1893 no ha habido luchas civiles de la clase conocida y la tranquili-

dad pública es perturbada sólo por alarmas semejantes a las que han causado en algunas parte de Europa la propagación y los métodos violentos de los anarquistas. Esa apariencia de militarismo que era tan notable en años pasados ha desaparecido ya casi por completo. La administración es dirigida por paisanos y se halla compenetrada por móviles legales. En suma, Argentina es ahora, como Chile, una república constitucional cuyos defectos, cualesquiera que sean, son los defectos de una república y no de un despotismo desfigurado bajo formas republicanas.

Estos dos ejemplos prueban que no hay nada en el ambiente sudamericano o en la sangre española que impida la función de las instituciones republicanas. No funcionan perfectamente, pero tampoco funcionan así en ninguna parte del mundo. Lo que estos países han demostrado es que bajo condiciones favorables el verdadero espíritu constitucional puede ser infiltrado más y más en formas constitucionales y que los antiguos usos de violencia pueden ser extirpados. El caso de Argentina en particular sugiere el procedimiento por medio del cual podemos esperar que otros países latinoamericanos adelantarán gradualmente hasta llegar a tener un gobierno más fijo y genuinamente más legal. ¿Qué es lo primero que se requiere para hacer posible que prospere una comunidad? ¿No es el deseo y el respeto al orden, la realización de que debe haber una restricción para los impulsos y las pasiones del individuo, una ley ejecutada debidamente, medios de contrarrestar la violencia y de proteger las vidas y la propiedad en contra de la fuerza física? Esta realización aumenta con el acrecentamiento de bienes y con el desarrollo de hábitos industriales. Mientras más grande es el número y más grande la influencia en la comunidad de los que creen que las revoluciones perjudican no solo el país, sino también a ellos mismos, tanto mayor es la probabilidad de destruir la manía revolucionaria, pues se desarrolla una opinión pública que condena la violencia y se opone activamente a los que recurren a ella. Además, cuanta más propiedad y más industria hay en un país, tanta menor es la proporción de los que toman parte en una revolución por pelear o con la esperanza de mejorar su suerte. En

un país próspero se puede hacer más a favor de la instrucción pública, una de las necesidades más urgentes de estas naciones. Los esfuerzos recientes de Argentina en esta dirección son un buen ejemplo, y la instrucción, si no hace buenos ciudadanos a los hombres a lo menos les ayuda a serlos.

El decir que la riqueza creciente es un factor que contribuye al progreso político de un país podría parecer extraño a los que en Europa y los Estados Unidos han de ver que la operación de las instituciones libres pueden ser comprometidas y pervertidas por las influencias seducientes del dinero y del poder monetario. Sin embargo, según el dicho ''lo que no mata engorda'', hay estados en el desarrollo de una nación cuando es tan importante establecer la seguridad e inculcar en todo el mundo el reconocimiento de su necesidad, que todo lo que contribuye a la seguridad contribuye al progreso. La conciencia vale más que el bolsillo, pero es más fácil llenar el bolsillo que purificar la conciencia. El amor a la libertad es más noble que el amor a la seguridad, pero a veces tiene que ser propagado éste último antes de que pueda funcionar perfectamente el primero.

Es verdad que el deseo de orden y seguridad puede conducir a los hombres a que se sometan de buena gana a un poder arbitrario. Esto ha sucedido muchas veces desde la época de Julio César y su sobrino. Pero por lo común ha acontecido no porque los hombres hayan dejado de estimar la libertad, sino porque, comprendiendo que no pueden obtener ni ésta ni la seguridad, creen que tener una de ellas es mejor que no tener ninguna.

En la América española hay aún algunas comunidades tan lejos de ser capaces de mantener un gobierno propio verdaderamente popular que lo mejor para ellas es un gobierno enérgico de un jefe apto que les dé prosperidad por medio de la paz, que les enseñe a desarrollar sus recursos y que por medio de la instrucción y de comunicaciones mejores las haga un pueblo más homogéneo. Hecho esto, tales comunidades se hallarán como Argentina, más preparadas a operar instituciones libres. Al presente, bajo el gobierno de aventureros egoistas y de legislaturas corrompidas que son el instrumento de aquéllos, faltan las condiciones que contribuyen al progreso.

Dos o tres de las repúblicas sudamericanas—no de las que yo visité—se hallan aún en estas circunstancias. Parece que el gobierno de un hombre como Porfirio Díaz les proporcionaría la mejor oportunidad de salir de su condición. Al presente no adelantan moral ni materialmente.

Sin embargo, considerando los once países sudamericanos en su conjunto, su condición es mejor de lo que era hace sesenta años. En la mayor parte de ellas el elemento paisano ha propendido a aumentar mientras que el militar ha disminuido. El abogado político no es siempre un politicastro ordenado, pero después de todo es preferible al soldado político. Sus métodos son menos crueles. ¿No es hasta la perversión de la ley un poco mejor que el desprecio de ella? Las revoluciones y las guerras civiles han llegado a ser menos sanguinarias; la ejecución de los enemigos políticos es cosa menos frecuente. Los asesinatos políticos que desgraciadamente van siendo más frecuentes en Europa,* son ya más raros aquí. La barbarie que existía cuando Artigas, luchando por la independencia de su país, solía (según la historia) coser grupos de prisioneros en cueros de buey y echarlos a rodar por el monte hasta el río, ha desaparecido desde hace mucho tiempo. Ni hay que olvidarse que hay muy poco latrocinio e inseguridad en la mayor parte de estos países, muchísimo menos que en Sicilia hace algunos años. El ciudadano ordinario parece ser impresionado poco aun por las revoluciones que, cuando ocurren, son efectuadas por una parte pequeña de la población. Tal vez si el ciudadano ordinario sufriese más las revoluciones disminurían.

En los países más grandes y en algunos de los pequeños las cuestiones religiosas han sido eliminadas, y la libertad de cultos ha sido establecida en fundaciones que no es probable que sean sacudidas. De esta manera se ha removido una causa de guerra desagradable y prolongada.

Todos los países hispanoamericanos, aun el Paraguay, son más accesibles al mundo de lo que lo eran antes; y las corrientes de su opinión llegan hasta ellos

* Parece haber habido más en Europa durante los últimos cincuenta años que en cualquier período de tiempo igual desde el siglo diez y siete.

más y más voluminosas. Como pocos de ellos tienen tradiciones políticas pacíficas propias que los guíen o inspiren—pues cuando invocan el pasado, les viene a la mente sólo las proezas de los héroes revolucionarios—tienen que buscar en las teorías y prácticas de las naciones más viejas principios y antecedentes en el arte de gobernar; y así cualquier cosa que los haga entrar en relaciones intelectuales con Europa y Norte América es provechosa. Ya empieza a notarse un grupo creciente de hombres que comprenden que de la única manera que pueden adelantar sus naciones es por medio del imperio sobre sí mismo de cada uno y por una realización más elevada de su deber cívico.

Para comprender estos países, debe uno considerar que bajo el gobierno de la Corona española y de la Iglesia se quedaron dos siglos atrás en la marcha general del mundo civilizado. Cuando por fin fueron librados en 1825 se hallaban aún virtualmente en el siglo diez y siete, mientras que Europa y los Estados Unidos se hallaban en el diez y nueve, con la desventaja adicional de una extensa población indígena, tierras escasamente pobladas, quince años de efusión de sangre y de desorden cual no se habían visto en Europa por casi trescientos años, y sin formas ni usos constitucionales preexistentes. Algunos de ellos, favorecidos por condiciones físicas o de raza han empezado ya a vencer estas dificultades. Su ejemplo tendrá efecto en los demás y los animará.

A mediados del siglo pasado, cuando los liberales europeos, desanimados por el fracaso de sus primeras esperanzas, empezaron a formar juicios acerbos de los pueblos de estas repúblicas porque su libertad no les había hecho virtuosos, felices y prósperos inmediatamente ¿no fueron ellos mismos alucinados por su disposición demasiado entusiasta? ¿No tenían ellos confianza demasiado implícita en el poder de la libertad? Ellos atribuían todas las faltas de los gobiernos existentes a las monarquías u oligarquías del pasado y no comprendían, pues no tenían ninguna experiencia en el gobierno popular, que muchos defectos de los gobiernos se han debido y se deberán no a la forma del gobierno, sino a la naturaleza humana. Desde 1859 la autoridad ha pasado en muchos países de las manos de unos pocos a las

de muchos, pero no ha llegado aún el milenario de paz y de virtud. Hay aún amargura y descontento, hay quejas de que la ley no es imparcial a las diferentes clases, desconfianza de los cuerpos legislativos, demandas de la extensión de dirección directa popular de todo el mecanismo de la administración y, en Norte América, hasta de la magistratura. Ninguna persona sensata desea volver al absolutismo y a la represión de tiempos pasados; pero todo hombre cuerdo comprende que los problemas de gobierno son mucho más difíciles de lo que creyeron nuestros antepasados y que la raza humana tiene aún mucho que aprender de una experiencia más vasta. Puesto que son éstas las circunstancias ¿no debiéramos ser más indulgentes en nuestro juicio de los hispanoamericanos? Tuvieron que contender con dificultades mayores que las de cualquier pueblo europeo, y así pues no hay que desesperar de su porvenir.

CAPÍTULO XVI

REFLEXIONES Y PRONÓSTICOS

El que sea bueno alegrarse de que la población de nuestro planeta haya aumentado tan rápidamente durante el último siglo, de igual manera que los habitantes de una ciudad se alegran cuando un censo decenal manifiesta el desarrollo rápido de la misma, es una cuestión que puede considerarse parte de una más importante, esto es, si vale la pena vivir. Sin embargo, como el hecho es indiscutible, se nos viene a la mente una pregunta práctica. Si la población continuase aumentando por algunos siglos a la misma razón que a lo presente, quedará luego poco lugar desocupado en el planeta. ¿Qué sucederá entonces? Durante el siglo diez y nueve la superficie de la tierra ha sido explorada lo bastante para que podamos saber qué parte de ella es utilizable para la producción de alimento. Una gran parte de la porción que era utilizable y que no había sido usada en 1800 había sido poblada ya para el año de 1900. En Europa ya no hay tierras que puedan ser ocupadas, pues las extensiones desoladas del sud de Rusia han sido pobladas casi completamente por pobladores del resto de aquel país. Aunque ha habido bastante emigración de Rusia al oeste de Siberia y de China a Manchuria, quedan todavía en las partes templadas de Asia grandes trechos desocupados y que no son demasiado secos para poder cultivarse. Puede dudarse aún que parte del terreno en Australia cuya aridez ha impedido el que sea poblado pueda ser aprovechado para el cultivo o para la ganadería. En Norte América la tremenda precipitación al oeste, la cual empezó después de 1830 con la construcción de ferrocarriles, ha llenado ya casi todos los Estados Unidos y gran parte del Canadá, de manera que es posible que dentro de cuarenta o cincuenta años se halle el país

bien poblado hasta el norte glacial. En África hay partes de Tunisia y de Algeria que podrían ser reclamadas con el riego, partes de Marruecos que podrían mantener una población más extensa que la que vive en ellas ahora, y hay también un pequeño trecho montañoso en la parte oriental del continente propio para ser habitado por hombres de descendencia europea. El resto, incluyendo no sólo el desierto de Sahara, sino también la mayor parte del país al sud del trópico de Capricornio, o es un desierto árido o es tan caluroso y tan húmedo que tiene que ser abandonado a las razas negras que hasta ahora han demostrado poca facultad para la industria formal cuando se les deja por sí solas. Así es que, no contando los países tropicales habitados por salvajes (el África central y las islas del sudeste de Asia), se verá que si continúa la razón actual de aumento de los pueblos civilizados, el resto del mundo no bastará para su expansión agrícola por más de un corto período de tiempo, es decir, un período más corto que los cuatro siglos que han pasado desde que empezó la emigración transoceánica de los pueblos europeos después del descubrimiento del Nuevo Mundo.

¿Qué hay, pues, que decirse sobre la América del Sud? Antes de tratar de ella, permítaseme hacer referencia a dos reflexiones que podrían modificar las conclusiones sugeridas por un examen de la área total utilizable para satisfacer el aumento continuo de la población.

¿No es posible que el cultivo intensivo y el desarrollo más amplio de la química aumente en sumo grado la facultad productiva de las tierras que están ocupadas ya? A no dudar que sí. Ya va sucediendo eso. Pero no se puede esperar que tal aumento continúe por siempre. Se aplaza la urgencia del problema, pero éste continúa siempre en el futuro.

¿No es posible que disminuya la razón de aumento de la población y que quizás continúe disminuyendo hasta que se llegue a un equilibrio entre el aumento y la producción de alimento? Es posible que sea así. Observaciones que se han hecho durante los últimos treinta años nos han hecho dudar de las proposiciones propuestas por Maltus hace tres generaciones, proposiciones que por mucho tiempo fueron consideradas incontestables.

No es circunstancia agradable el que los indicios de una natalidad menguante sean evidentes sólo en los pueblos más adelantados, pues lo que debemos desear en provecho de toda la raza humana es que las razas más adelantadas aumenten más rápidamente que las atrasadas para que así las primeras puedan prevalecer no sólo por su fuerza, sino por su número total y por su influencia amistosa. Sin embargo, todas estas reflexiones sobre la natalidad son aún demasiado conjeturales para que deban tener efecto sobre nuestros estudios de la cuestión del abastecimiento de alimento en el porvenir y de las regiones de donde ha de provenir el mismo. Por mucho que sea lo que aprendamos sobre el primer problema durante un cierto número de decadas, el segundo merece ser investigado ahora por ser asunto de más y más significancia.

Volvamos ahora a la América del Sud, el único continente que contiene una extensa área templada y también una extensa área tropical utilizables para el cultivo y que no se halla bien poblado aún. Por consiguiente, es el recurso principal de que pueden aprovecharse los países partes de cuyas numerosas poblaciones creen conveniente emigrar, y al cual puede considerar el mundo entero capaz de aumentar el abastecimiento de alimento. El que no haya sido ocupado antes se debe en parte a los desórdenes políticos que le han dado un mal nombre y en parte a que es menos accesible que la América del Norte. Estas condiciones adversas no son propias ya de sus regiones templadas.

Considerada como meta de emigración, la América del Sud puede ser dividida en tres partes. En primer lugar se hallan las regiones tropicales y selváticas de Colombia, Venezuela, Guayana y el este del Brasil; en segundo lugar, las regiones templadas y herbosas o arboladas de Argentina, del Uruguay y del sur del Brasil más allá de los trópicos; y por fin, el gran llano central del Amazonas y sus tributarios que los brasileños llaman las Selvas. Exceptúo por completo las partes montañosas del Ecuador, del Perú y de Bolivia porque se hallan ya tan pobladas como pueden serlo. Una parte muy pequeña de éstas es propia para la ganadería o para la agricultura, y las condiciones climatológicas (excepto en

algunos valles) son repelentes a las personas que no están acostumbradas a grandes altitudes. No se puede esperar que ni siquiera los italianos cultiven terrenos que se hallan a doce mil pies sobre el nivel del mar.

Las otras tres partes que acabamos de nombrar se hallan muy escasamente pobladas. La primera es más a propósito para los labradores o indios que para los blancos, aunque hay muchos distritos donde hombres de descendencia sudeuropea pueden trabajar al aire libre y prosperar. En una superficie de cerca de dos millones de millas cuadradas tiene siete millones y medio de habitantes, una pequeña minoría de los cuales son puros blancos y los demás son indios o negros o de raza mezclada. En esta región podría hallar espacio fácilmente una población cuatro o cinco veces más extensa que la presente.

La segunda parte es con mucho la más propia para morada del blanco. Podemos suponer que su área aproximada es de un millón y medio de millas cuadradas, pero tanto del terreno de Argentina es yermo que no parece conveniente considerar más de dos terceras partes de la región como propia para la población. Como al presente no hay más que doce millones de habitantes en este millón de millas cuadradas, es claro que hay espacio para muchos más.

Ésta es la parte de Sud América que ha atraído más inmigrantes durante los ultimos sesenta años, especialmente el sur del Brasil y después Argentina y el Uruguay. Es también la región que por muchos años continuará atrayendo más inmigrantes que las otras.

En Argentina y en la mayor parte del Uruguay, de igual manera que en los estados llanos de los Estados Unidos y en el nordeste del Canadá, no hay que desmontar el terreno que es sumamente fértil y que puede ser por lo tanto cultivado inmediatamente. Al presente las haciendas son grandes, pero si hubiese pobladores con capital suficiente para comprar pequeñas fincas, éstas podrían ser adquiridas fácilmente, y en verdad, ya van estableciéndose algunos italianos como labradores propietarios.* Es una región donde hay pocos labradores

* Los pequeños propietarios tienen la desventaja en Argentina de que pueden ser arruinados por una seca prolongada o por una caterva de saltamontes, mientras que los propietarios acaudalados pueden sostener las pérdidas de sus cosechas.

al presente en comparación con la área que está cultivada, y esto se debe a que gran parte del terreno es pastos, a que su llanura permite con mucha facilidad el uso de maquinaria agrícola y a que las cosechas son segadas principalmente por europeos migratorios que se vuelven a su hogar nativo por parte del año. No obstante, después de hacernos cargo de todo, Argentina y también los otros distritos a que me he referido, son capaces de proveer trabajo y moradas para los inmigrantes durante los próximos sesenta o setenta años, suponiendo que la razón de inmigración continúe como al presente. Se dice que las cigarras destruyen las cosechas cada tres o cuatro años, pero se considera probable que disminuya esta plaga a medida que la población y la civilización se extiendan hacia al norte hasta las regiones de donde viene. La suposición que es posible que antes del fin del siglo Argentina tenga cincuenta millones de habitantes, el Uruguay diez, y el sur del Brasil treinta (dando por sentado que la razón de la natalidad continuará la misma) no debe parecer extravagante al que sepa cuan rápidamente ha aumentado la población en Norte América y que comprenda que dentro de poco la corriente de inmigración agrícola dejará de correr a los Estados Unidos y que es posible que baje un poco en el Canadá.

Las partes de Chile que son cultivables son relativamente pequeñas; y los chilenos mismos creen que necesitan más terreno para su desarrollo nacional. Sin embargo, al que viaje por el sud de Chile le parece que en sus valles bien regados, los cuales tienen un clima agradable, hay aún bastante espacio para una población muchísimo más extensa. En tanto que las mercedes de la naturaleza pueden asegurarlo, el porvenir de estos cuatro países está asegurado. El mundo querrá siempre lo que ellos producen.

Mucho más dudoso es el porvenir de la tercera parte, las Selvas, el selvático llano amazónico. Comprende casi toda la mitad occidental del Brasil y los distritos orientales de Bolivia, del Perú y de Ecuador. No sería exagerado computar su área en 2¹300,000 millas cuadradas, incluyendo el valle del río Tocantins. Es un llano casi por completo de 1,200 millas de largo de norte a sur

y de 1,500 de ancho. Las regiones que se hallan a lo largo del inmenso río y de sus tributarios más grandes son tan bajas que cuando estos ríos crecen en la estación de las lluvias sus aguas se extienden de sesenta a ochenta millas o más a cada lado y grandes trechos de terreno que no son inundados llegan a ser pantanos intransitables. Pero a bastante distancia de los ríos hay alturas planas, pero lo suficiente altas para hallarse por sobre las inundaciones; y en el borde occidental el gran llano confina con un trecho de terreno undulado antes de llegar a la base de los Andes. Toda la región, plana u ondulante, está cubierta de bosques. Los árboles crecen tan contiguos los unos a los otros que no es posible viajar excepto en bote por las corrientes. El calor intenso y la mucha humedad se unen para hacer la vegetación tan pródiga y tan lozana que después de tres o cuatro años de ser desmontado el terreno se halla cubierto de nuevo tan espesamente como antes.

Con excepción de en unos cuantos lugares mercantiles a lo largo del río, sólo uno de los cuales es una población importante,* casi no hay habitantes en esta inmensa área, quizás menos de un habitante por milla cuadrada. Los pocos habitantes esparcidos fuera de estos lugares son indios, casi todos salvajes, la mayor parte de ellos paganos. Algunos son belicosos y experimentados en el uso de sus arcos y del soplete, con el cual tiran flechas envenenadas, pero los más son tímidos y cobardes y son presa fácil para los cosechadores de caucho, quienes en algunos lugares se han mostrado más crueles que los indios más bravos.† Aquí y allí en el Perú y en Bolivia hay algunos distritos cultivados en el terreno undulado a lo largo de la base de los Andes, en los cuales se cultiva azúcar, café y cacao. Pero el único producto de importancia comercial es el caucho, sacado de varias clases de árboles y llevado en grandes cantidades por los tributarios hasta el Amazonas y de allí al mar. Sin embargo, toda la región parece ser sumamente fértil, y prueba de esto es el tamaño de los árboles así como

* Manaos en territorio brasileño. Más arriba en el territorio peruano se halla la población más pequeña de Iquitos. Algunos vapores transatlánticos navegan hasta Manaos.

† Véase pags. 63-64.

también la exuberancia de la vegetación. La mayor parte de ella está cubierta de suelo vegetal acumulado durante muchos miles de años y no ha sido tocado por la mano del hombre. Como gran parte de la madera es valuable, es posible que haya bastante negocio en esto, pero el coste de transportar grandes leños es enorme, pues los árboles son de tantas clases diferentes que es difícil obtener una buena cantidad de los mismos en una área determinada, y hasta ahora no ha habido medios de transportación, excepto por los ríos.

¿Puede el hombre reclamar para su provecho estas selvas amazónicas que constituyen el espacio fértil desocupado más grande que pueda haber sobre la superficie de la tierra?

El asunto no es practicable para nuestra generación, y lo nombro aquí simplemente porque sugiere un problema interesante, cuya solución se buscará algún día, pues no se ha de dejar sin utilizar por siempre una superficie tan inmensa y tan fértil. Desde que el hombre empezó a construir ferrocarriles por montes y desiertos, y a construir puentes sobre brazos de mar como el estuario de Forth, y en particular desde la construcción del canal de Panamá, se cree generalmente que toda obra es sólo cuestión de coste.

Si algún día, cuando el mundo se halle más lleno de lo que lo está ahora, valiese la pena probar reclamar esta vasta región, probablemente se empezaría esto estableciendo colonos en las partes más elevadas sobre la área inundada todos los años y poniéndolos a desmontar y cultivar el terreno. Se necesitaría mucho trabajo para sujetar a la naturaleza en sus esfuerzos en contra del hombre con su tremendo poder vegetativo, pero los que conocen el suelo dicen que sería posible hacer esto y también que podrían vencerse las dificultades en el transporte por las partes más bajas de los bosques hasta las riberas de los ríos navegables. De esta manera podrían hacerse habitables y cultivables cientos de miles de millas cuadradas, suponiendo que pudiesen obtenerse el capital necesario y la propia clase de trabajadores. Sería empresa más ardua reclamar la tierra más baja a lo largo de las riberas de los ríos construyendo diques o malecones como los que se han construido a lo largo de

la parte inferior del Misisipí, y podría requerir gastos desproporcionados a los resultados.

¿De dónde vendría el capital? Si la región perteneciese a una nación grande y rica, donde hubiese muchos hombres emprendedores que procurasen invertir su dinero, podría probarse la reclamación en grande escala, quizás por la nación misma. Es dudoso que capitalistas de otros países se aventuren en esto, pues a duras penas podría ser efectuado sin la ayuda del gobierno. Si se probase, tendría que ser en grande escala, pues la colonización gradual por pobladores que vienen en pequeños grupos, procedimiento natural en las regiones templadas, es apenas posible en un país donde el hombre tiene que vencer una naturaleza tan poderosa.

Suponiendo que se hallase el capital queda aún la cuestión de los trabajadores. ¿A quienes se pondría a trabajar? Y cuando ya se hubiese hecho el trabajo ¿quienes habrían de habitar y cultivar las tierras reclamadas? Hace treinta años el temor a las enfermedades tropicales hubiera hecho creer que estas regiones eran absolutamente inconvenientes para los blancos, aunque no se ocupasen más que de ser capataces o sobrestantes. Hoy día el descubrimiento que los insectos son los principales portadores de las enfermedades ha disminuido nuestros temores. Pero se duda aún que hombres de razas europeas puedan conservar salud y vigor en un clima tan húmedo y tan caluroso, y tan distante de las brisas de mar o de las montañas como se hallan las partes centrales de las Selvas. De cualquier manera, es improbable que puedan trabajar allí al aire libre continuamente. Si no se pueden emplear trabajadores blancos ¿qué otros trabajadores han de emplearse? Como los indios nativos son demasiado pocos y demasiado flojos para que valga la pena considerarlos, sería necesario traer otra raza indígena de los trópicos que haya formado hábitos de industria asentada. Sería cosa fácil si el mundo fuese hoy lo que era hace un siglo. Se secuestrarían negros en África y se llevarían por los ríos a trabajar bajo sobrestantes blancos o mulatos. Hoy día, siendo imposible usar fuerza, queda sólo la persuasiva. Hay abundancia de negros en el este del Brasil, pero poseen bastante terreno allí y dominan la situación, puesto que los hacenda-

dos ansían conseguir negros que trabajen en sus fincas más de lo que éstos desean trabajar en ellas. En ninguna parte de la América del Sud existe el problema de una parte de la población sin empleo. El que sea posible traer peones chinos o indios a las Selvas, y que después de traídos se queden bajo la dirección de los patrones blancos que los han empleado, son cuestiones que tendrán importancia algún día. Al presente no se está haciendo nada para explotar estas regiones, excepto por la abundancia de caucho. Pero parece cierto que las generaciones venideras probarán desarrollar para provecho del hombre el más grande trecho de suelo productivo no usado que queda en toda la superficie de la tierra.

Sin tomar en consideración esta región selvática, y limitando nuestra mirada al futuro inmediato ¿podría hacerse un cómputo del probable aumento de la población de Sud América en general y del total a que podría ascender para fines del siglo presente?

En cuanto a las regiones templadas, hay algunos datos para poder hacer nuestras conjeturas: Si continúa la entrada de inmigrantes que pertenecen como los italianos a una raza prolífica, es posible que los países al sur del trópico de Capricornio tengan en el año 2000 a lo menos cien millones de habitantes.

En cuanto a las regiones ecuatoriales, que apenas reciben ahora inmigración alguna, y en las cuales el aumento de la población es lento, no podemos contar con tales datos. Considerando, no obstante, el desarrollo material que va efectuándose en algunas, y que puede esperarse que se efectúe en todas ellas, es probable que su población aumente y que ascienda de veinte y ocho hasta a lo menos cuarenta millones.* Si sucediese esto, para el año 2000 el continente tendría una población de poco menos de ciento cincuenta millones. Al presente, con sólo cerca de cuarenta y cinco millones, tiene mucho menos de la mitad de la población de Norte América, la cual es ahora de cerca de ciento veinte millones. El rápido desarrollo de la América del Norte, que continuará probablemente por dos generaciones más, puede hacer la proporción entre los dos en el año 2000 muy semejante a la del presente.

* Contando las Guayanas inglesa, holandesa y francesa.

Sin embargo, todas estas conjeturas se hallan expuestas a la posibilidad que la natalidad en las regiones templadas o generalmente disminuya. En Australia la disminución de la natalidad ha excluido los cálculos que se hicieron hace cincuenta o sesenta años.*

Más importante que el total de una población es su índole. Un estudio para determinar cuál será la de los países sudamericanos cuando se hallen bastante llenos al final del presente siglo tiene importancia sólo bajo un punto de vista, esto es, las diferentes razas y sus relaciones mutuas. Al presente hay tres razas, la blanca (de origen español, portugués e italiano),† la india, compuesta de muchas tribus que hablan diferentes lenguajes, y la negra. Un cómputo aproximado de los elementos genealógicos de todo el continente‡ podría dar resultados como los que siguen:

Blancos, 15^{1}000,000 (más de la mitad de ellos en Argentina y el Uruguay).

Indios, 8^{1}000,000.

Negros,¶ 3^{1}000,000.

Mestizos, 13^{1}000,000.

Mulatos y cuarterones, 5^{1}700,000.

Zambos (de negros e indios, principalmente en el Brasil), tal vez unos 300,000.

El lector comprenderá que estas cantidades, basadas en parte en una comparación de las que se hallan en varios libros y en parte en indagaciones personales hechas por medio de observadores competentes son presentadas aquí como cálculo aproximado nada más. No hay datos para hacer un cómputo exacto, y la dificultad de establecer la distinción entre los que deben ser considerados puros blancos y los que deben ser clasificados como mestizos o mulatos sería insuperable aunque se

* En 1871 la razón anual de aumento de la población en Victoria era 3.07 por ciento, en 1901 era sólo .48 por ciento. En Nueva Gales del Sud era 3.7 por ciento en 1871, y 1.8 por ciento en 1901.

† Los italianos se hallan principalmente en Argentina, el Uruguay y el sur del Brasil.

‡ Hay también algunos peones de las Indias orientales en Guayana, quizá unos 100,000.

¶ Los negros se hallan casi todos en el Brasil, pero hay algunos en las costas del Perú, Colombia, Panamá y Venezuela.

hiciese un censo en toda regla y con mucho cuidado.* Para fines de nuestro cálculo conjetural, los que tienen tres cuartas partes o más de sangre blanca son considerados blancos, y los que tienen menos mestizos o mulatos.

Si estas cantidades son aproximadamente correctas, se verá que si deducimos $8^{1}000,000$ que representan las dos repúblicas puras blancas de Argentina y del Uruguay, el resultado será que en las otras repúblicas españolas, considerándolas todas, el elemento mestizo es mucho más grande que el blanco, y que el indio es también algo más grande. Para explicar la significancia práctica de estos números permítaseme repetir lo que dije ya en un capítulo anterior, que para fines políticos y sociales, los mestizos y los blancos son una sola clase, la clase predominante, pues los indios son pasivos y en el sentido político no forman parte de la nación. Aun en el Paraguay, país casi completamente indio, los mestizos, que son relativamente pocos, son los que dominan la política. En el Brasil dominan los blancos, pero muchos de ellos tienen sangre negra y algunos tienen sangre india.

Pueden hacerse cuatro preguntas concernientes al futuro de las razas:

1. ¿Cuál, o cuáles de las razas van aumentando?
2. ¿Es probable que continúe la mezcla de razas?
3. ¿Qué tipo predomina en las personas de raza mezclada?
4. ¿Cuál podrá ser el probable resultado final de la mezcla?

1. Por lo que toca a las repúblicas del norte y de los Andes, no hay estadísticas oficiales que proporcionen una respuesta a esta pregunta; pero el viajero recibe la impresión que los indios son más prolíficos que los blancos, aunque su inobservancia de medidas sanitarias causa una mortandad subida, especialmente entre los niños. Raras veces se ve un anciano entre ellos. Si ellos o los mestizos van aumentando ahora, no es a razón subida.

* Las tablas de estadísticas del censo de los Estados Unidos no pretenden diferenciar entre mulatos, cuarterones y los más claros; todos son considerados como gente de color; y sin duda algunos cuarterones y mulatos muy claros pasan por blancos.

Los puros blancos en Argentina, el Uruguay y el sud del Brasil van aumentando por cierto, y así la proporción de los blancos a las otras razas en el continente acrecienta en general.

2. Todo parece indicar que el procedimiento de la mezcla de razas se prolongará. Es de regla en todo el mundo, excepto donde la religión o un fuerte sentimiento antagónico lo impide (como en los Estados Unidos). No existe ninguno de estos obstáculos en la América del Sud. Sin embargo, en el Perú y en Bolivia el procedimiento es tan lento que es posible que se pasen algunos siglos antes de que se mezclen completamente los elementos blanco e indígena hasta formar una sola raza y no dejar indios puros.

3. Por lo común el elemento blanco parece predominar en la raza mezclada (mestiza o mulata). No propongo esto como hecho fisiológico. Es posible que sea verdad o no; nadie parece haber investigado el asunto. Pero como hecho social es verdad; es decir, el mestizo se considera blanco, desea ser blanco, procura vivir y pensar como uno y es prácticamente reconocido como tal por sus semejantes. No sucede esto con el negro, porque considerado físicamente se halla más distante del blanco que el indio. Pero en el Brasil, cuando en punto a instrucción y propiedad puede el negro mancomunarse con el blanco, también piensa y es tratado como a uno de éstos.

4. Los hechos que acabamos de nombrar hacen probable el que las naciones que aparentemente resultarán cuando se concluya el procedimiento de unión, quizá de aquí a mucho tiempo, serán más blancas que indias. La sangre es sólo un factor en la producción de razas, y no es el más importante. El circunambiente y la influencia del tipo intelectual predominante valen más. En los Estadas Unidos los hijos de inmigrantes poloneses, gitanos o italianos se vuelven norteamericanos. Es posible que sea un norteamericano más impresionable y más arrebatado, más violento o más criminal, más artístico y más sensible; pero en él se distingue el sello de la nueva patria. Y al parecer sucederá lo mismo, a lo menos ha sido así, con el indio. Modificado, aunque poco, por la raza más elevada llegará a ser un español de la clase colonial,

diferente de la clase europea a lo menos tanto como lo es un norteamericano inglés de un inglés europeo. Sin embargo, estas naciones mezcladas se aproximarán intelectual y socialmente más al grupo de naciones sudeuropeas que a otros pueblos blancos.

Podría parecer natural suponer que tales naciones mezcladas serán inferiores a sus parientes europeos, en cuanto a su sangre indígena. Pero esto es meramente una suposición. No hay nadie que haya investigado aún de manera científica los resultados de la unión de razas. La historia ofrece pocas indicaciones sobre esto, pues dondequiera que ha habido una mezcla de razas ha habido también circunstancias concomitantes que han influido en el pueblo que ha resultado de tal mezcla y que han dificultado el determinar si su menoscabo (o mejora) se debe a ésta o a otra causa. Así es que es posible que haya en estas antiguas razas nativas repuestos de energía latente que sea invertida por condiciones mejores que las que les ha proporcionado la suerte desde el tiempo de la conquista. ¿Quién puede decir que cuando la unión sea completa que el boliviano de dos o tres siglos más adelante, el cual tendrá nueve décimas partes de sangre india, o que el paraguayo, que tendrá diez y nueve veintavos, será inferior a sus vecinos, los cuales tendrán menos sangre india? El aldeano chileno de hoy día, que es a lo menos medio indio por su sangre, no es inferior al aldeano argentino que es casi blanco puro.

Al referirme al tipo sudamericano del futuro y decir que probablemente será en general "español colonial", no quiero indicar que será uniforme. Aun ya hay diferencias en el carácter de los habitantes de las varias repúblicas; y es más probable que estas diferencias aumenten que el que se desvanezcan. La diferencia en el grado a que llegan a ser absorbidos los elementos indígenas, y las desemejanzas entre los elementos mismos, serán de los factores que producirán lo que puede llamarse "tipos secundarios" del carácter nacional. Pero además de tales causas parece ser ley general—por no decir universal—del desarrollo social que una comunidad política independiente, aunque al principio de la misma raza, la misma religión y las mismas costumbres que sus vecinos, propende a separarse de ellos y a crear una indivi-

dualidad suya propia, formando un tipo nacional y estampándolo en todos sus miembros.

Si hubiese motivos que obligasen a estas diferentes repúblicas a formar estrechas alianzas políticas, tales como el temor a los ataques de una potencia fuera de su continente, podrían entonces contener sus celos, aliarse estrechamente y llegar a realizar así mejor que hoy día que es mucho lo que tienen en común. Pero ni son, ni es probable que sea amenazadas por ese lado. Francia, Holanda e Inglaterra se entremetieron todas una vez en Sud América, pero las tres, aunque cada una ha conservado su posición en Guayana, se han separado desde hace mucho tiempo y han dejado a la América latina en paz. En cuanto a la política, sus repúblicas viven en un mundo pequeño suyo propio; tienen sus propias alianzas, sus propias guerras y rencores, con los cuales no se meten los extranjeros. Desde 1825 han tenido bastantes guerras; ni ha desaparecido aún el peligro de ellas. No parece probable que de su propia voluntad se una ninguna republica a otra, pero sí es posible que algunas de las más pequeñas sean anexadas o divididas entre las más grandes, su decaimiento y desórdenes internos siendo al mismo tiempo la tentación y el pretexto para los vecinos más poderosos, como en el famoso caso de la división de la Polonia.

De igual manera que el Viejo Mundo no interviene en los asuntos de los países sudamericanos, así también no es probable que éstos se metan con los de aquél. No han proclamado nunca reglamento abnegado de esta especie, y hasta ahora no han parecido bastante fuertes para haber parecido necesario. Pero aun cuando alguno de ellos llegue a ser potencia de primera clase, no es mucha la oportunidad de adquirir intereses en otras partes del mundo que estén en conflicto con los de otras naciones. Si Colombia y Venezuela fuesen países poderosos con armadas potentes, podría haber problemas en el Mar Caribe que las embrollasen con otras naciones marítimas. Pero las tres potencias principales de Sud América se hallan en la parte más meridional, y no hay ya tierras desocupadas que pueden ser adquiridas como colonias.

Poco hay que añadir aquí a lo que se ha dicho en un

capítulo anterior en cuanto a las condiciones políticas internas y a las probabilidades políticas de las repúblicas sudamericanas. Al que estudie su historia desde la independencia con conocimiento exacto de lo que eran cuando se logró aquélla en 1825, no le sorprenderán las tempestades contra las cuales han luchado, ni desesperará de que lleguen por fin a un mar plácido. La moraleja de su historia es que las naciones han de ser instruidas en el gobierno propio, de igual manera que los hombres tienen que ser instruidos en todo trabajo que requiera paciencia y habilidad. El error que cometieron los colonos victoriosos de creer que la libertad y la seguridad seguiría inmediatamente a su independencia de España no fué error suyo sólo. Fué compartido por sus amigos en Europa y aún más por los de la América del Norte. Éstos habían tenido éxito en el establecimiento de gobiernos provinciales eficaces y después de un gobierno federal eficaz. Atribuían esto en parte a la libertad, esto es, a que habían deshecho su lazo de unión con una monarquía europea, en parte a las influencias benignas de un nuevo continente libre de las tradiciones perversas del Viejo Mundo. Muchos de ellos se equivocaron en creer, lo que no hace ningún norteamericano inteligente hoy día, que su historia empezó en 1776, en olvidarse de los siglos durante los cuales sus antepasados habían estado aprendiendo los principios del gobierno propio en Inglaterra y también el siglo y medio durante el cual ellos mismos habían estado practicando esos principios en las primeras colonias. Con esta inteligencia, y atribuyendo significancia mágica al nombre de una república, los habitantes de los Estados Unidos no podían comprender porqué los habitantes de la América española que los habían imitado rechazando el gobierno de un rey europeo y que, como ellos, se hallaban en una nueva tierra, no podrían gozar ellos mismos de su experiencia. Los entusiastas liberales en Inglaterra, en Francia y en Italia eran apenas menos confiados. Ninguno de ellos realizaba que en 1825 la América española pertenecía a una época que Inglaterra y la América del Norte habían pasado desde hacía mucho tiempo. La mayor parte del terreno era más agreste que el de Inglaterra o Alemania en el siglo doce, la población era

escasa, no había caminos, y las colonias se hallaban esparcidas por acá y por allá en bosques o desiertos. Los aldeanos se hallaban más atrasados que los de Europa en el siglo diez y seis, y eran no sólo rústicos e ignorantes, sino que también hablaban lenguajes nativos y estaban impregnados con sus supersticiones primitivas. La clase superior se hallaba más atrasada que las de Europa en el siglo diez y siete, pues pocos de ellos habían adquirido instrucción excelente y ninguno tenía conocimiento personal de las instituciones libres ni experiencia en el gobierno civil. Así es que en ambas clases faltaban las fundaciones sobre las cuales deben ser erigidos los gobiernos libres. La clase inferior no sabía ni podía saber elegir representantes ni vigilar a los que habían elegido. La clase alta no sabía legislar ni gobernar. Procuraron erigir una estructura de instituciones políticas complicadas cuando en verdad no había fundaciones para la misma, y cuando sólo algunas de las personas más inteligentes sabía lo que era el orden y la libertad y cuales eran las relaciones entre los dos. Tales tentativas estaban predestinadas a fracasar.

Por lo tanto, la confusión que ha reinado durante los últimos años no debe desalentar a los amigos de la América española o de la libertad constitucional. Los que deben considerar de nuevo su posición son los que mantienen que cualquier grupo de gente que lleva el nombre de ''pueblo'' tiene siempre razón, que la mejor y la única manera de enseñar al hombre a gobernar es poniéndolo a gobernar y que el nombre de República tiene el don talismánico de comunicar virtud y sabiduría a la comunidad que lo adopta. El confundir los nombres y las cosas es un error antiguo y a veces ha probado funesto.

Con todo, había algo sublime en la confidencia sumamente entusiasta de los liberales europeos y norteamericanos, así como de los hombres más inteligentes entre los sudamericanos al esperar que la libertad obraría milagros. El ideal de la libertad que se formaron estos hombres, aunque se ha realizado muy pocas veces, no se ha desvanecido por completo. La esclavitud y el obscurantismo no han recuperado su antiguo poder en la América del Sud. Y así como es verdad que el hombre tiene que ser instruido en la ciencia del gobierno autónomo,

también es verdad que no llega nunca a ser apto en ella hasta que no la experimenta. Los noventa años de confusión no han sido perdidos del todo. De ella han salido repúblicas verdaderamente constitucionales y su ejemplo no puede menos de influir en las que, oprimidas por circunstancias menos favorables, se quedan aún atrás. Esa especie de progreso que consiste en deshacerse de nociones antiguas y de primitivas maneras de pensar y de obrar, y en reemplazarlas con otras mejores, tiene que ser un procedimiento lento. Ya se ha hecho algo, y las relaciones más estrechas y más frecuentes en que van entrando estos países hispanoamericanos con Europa y Norte América debiera acelerar el procedimiento. En esto debe ayudar también el deseo del orden producido por el acrecentamiento del progreso material. La presencia de extranjeros impone una restricción, y su propiedad es respetada por lo general en las revoluciones. Mientras más capital adquieran los ciudadanos y mientras más se metan ellos en empresas comerciales, adquieran costumbres de negociantes y consideren las cosas bajo un aspecto de vista práctico, tanto más fuerte y más general se hará el sentimiento público que insiste en reemplazar el gobierno de la fuerza por el de la ley. Cuando se haya eliminado la fuerza, la obra de purificar los gobiernos y de extirpar los métodos fraudulentos llegará a ser menos difícil. Es una conclusión imparcial derivada de la historia europea, que la violencia es el primer mal que debe ser destruido de todos los que perjudican un país. En Inglaterra comenzó un período de corrupción después que hubo la gran guerra civil, y las formas del gobierno constitucional fueron pervertidas muchas veces de una manera atroz, pero la corrupción y la perversión desaparecieron cuando se desarrolló un sentimiento más noble.

Los países sudamericanos que tienen una población indígena numerosa, aunque no puedan llegar a ser repúblicas del tipo moderno,—¿es conveniente que lo lleguen a ser con poblaciones semejantes?—pueden a lo menos procurar asegurar el orden y la prosperidad material que las relacione con el mundo extranjero y que posibilite el que sus habitantes aprendan y sean influi-

dos por las ideas y los métodos de gobierno que están en boga en las naciones más adelantadas.

En la antigüedad y en la Edad Media el progreso intelectual y social se debía principalmente a las influencias recíprocas entre las naciones. Así como la falta de estas influencias retardaron el movimiento hacia la civilizacion de los peruanos y de los mejicanos antes de la conquista, el aislamiento de la América española ha retardado su desarrollo desde entonces. Permanecieron casi por completo fuera de la corriente del pensamiento europeo y tuvieron pocas relaciones personales con los europeos hasta que los comerciantes ingleses y alemanes, los constructores ingleses de ferrocarriles y los ingenieros mineros norteamericanos empezaron a establecerse entre ellos desde el año 1860 en adelante, y hasta que un poco más tarde los argentinos y brasileños acaudalados empezaron a encaminarse a París. Aunque estas relaciones han sido seguidas de la introducción de capital y ha dado un principio al desarrollo material, ha sido una influencia entre los habitantes más bien que producida por ellos. Proviene del exterior y es administrada como el oxígeno por medio de un tubo. Influye sólo en parte de la población y de su vida. Les está enseñando métodos comerciales y todo lo que se relaciona con esto, pero su efecto en la parte literaria, científica o artística es insignificante. No sucede esto tanto con Argentina y Chile como con las repúblicas más pequeñas del norte, aunque sin embargo en aquéllas los intereses materiales predominan. A no dudar, pasa lo mismo hoy día en todos los países europeos, así como en el Norte de América. Sin embargo, en Europa y también en los Estados Unidos y en el Canadá el número de hombres que se ocupan de las ciencias y las letras es mucho más grande en proporción a la población que en los países sudamericanos, y las disposiciones que se han hecho para la instrucción superior son incomparablemente más extensas. En verdad, Argentina tiene no sólo la universidad de Buenos Aires, con un cuerpo de profesores competentes e inteligentes, sino también la más antigua y más eclesiástica universidad de Córdoba y la nueva universidad de La Plata y su excelente escuela militar, así como Chile tiene su universidad en Santiago y el Uruguay la de Monte-

video. Pero éstas son las únicas. El aislamiento, así como también la pobreza, han sido la causa de la futilidad de estos organismos de la vida nacional, defecto que el orden y la prosperidad deben extirpar en otros países de igual manera que lo han hecho en Argentina.

Una causa del aislamiento a que me he referido se halla en el hecho que ha habido relativamente poca producción literaria durante los dos siglos pasados en el lenguaje que hablan estas naciones. El español es indudablemente lo que los alemanes llaman un ''lenguaje universal''. Se habla ahora por sesenta millones de personas en el Nuevo Mundo y por veinte en España. Pero esta nación no ha proporcionado nunca a sus colonias por medio de libros nada que se aproxime al caudal de esa corriente continua de instrucción y de estímulo que por cuatro siglos han proporcionado los escritores ingleses a todas las personas de habla inglesa en el mundo y que Francia también ha proporcionado a los que hablan su idioma. En la América del Sud más y más gente van aprendiendo francés, pero éstos son aún una pequeña proporción de la población culta de la América española.

De los ocho o nueve millones de habitantes en Ecuador, el Perú, Bolivia y el Paraguay probablemente la mitad no sólo son ignorantes, sino que no pueden ni siquiera hablar español. Estos hechos no son un baldón para los habitantes de estos países. Son el resultado de las circunstancias que acompañaron la conquista en el siglo diez y seis y de la manera como España administró desde entonces su imperio colonial.

Parece muy probable que las condiciones políticas mejorarán durante el próximo siglo, y aunque el adelanto social debe ser lento, especialmente donde la población nativa es muy grande, el progreso político es a veces bastante rápido. A cualquiera que hubiese estudiado a Inglaterra durante la guerra de las Rosas le hubiera parecido que la lucha civil estaba tan arraigada en el carácter del pueblo que probablemente duraría cuatro generaciones. Y sin embargo, después del advenimiento del primero de los Tudores hubo sólo algunos levantamientos insignificantes hasta 1641, cuando se presentó una disputa de verdadera importancia que tenía que ser combatida, y que lo fué dentro de cuatro años. Y en nues-

tros días hemos visto que un nuevo país, Bulgaria, luego que fué librado del despotismo extranjero se adelantó hacia el gobierno asentado con pie tan firme que ha sorprendido a Europa. En el sentido norteamericano es posible que la democracia se halle aún lejos, pero también puede ser que más cerca de lo que las perturbaciones continuas de los últimos noventa años han hecho creer a los europeos se halle un gobierno fijo que mantenga el orden, que proporcione oportunidades para mejoras educacionales y sociales así como materiales, y que sea responsable a la opinión de las clases cultas.

Es mucho más difícil pronosticar cual será el futuro creativo intelectual de los hispanoamericanos. Considerándose no españoles, sino un nuevo pueblo, o grupo de pueblos, contienden que los pareceres o profesías sobre ellos que están basados en la historia y en las inclinaciones de los españoles no son muy acertados. Sin embargo, como los otros factores genealógicos—la calidad del elemento indígena y los resultados de la mezcla de las razas aborigen y española de las colonias—son enigmáticos, es sólo en el elemento español que podemos hallar una especie de base para nuestras conjeturas. Ahora bien, la raza española, llamada ibérica, más o menos latinizada durante la época de la dominación romana, y alemanizada un poco por las invasiones de los teutones en el siglo quince, ha sido siempre una raza robusta. Lo era cuando peleó en contra de Roma, y también cuando resistió a los moros en sus fortalezas en las montañas y poco a poco los rechazó hasta echarlos de la península. En la Edad Media y después produjo muchos guerreros y estadistas excelentes. Pero el genio de la raza ha propendido siempre más bien a las cosas prácticas que a la creación intelectual. Dos o tres de sus escritores tienen fama universal, y también dos o tres artistas, sin contar los muchos arquitectos desconocidos de la Edad Media que construyeron edificios eclesiásticos de belleza excelente. El talento metafísico, inclinado a la teología, produjo escritos dogmáticos y casuísticos de influjo indisputable. Mas la cantidad total de la producción literaria o artística de mucho valor es pequeña comparada con la de Italia o la de Francia. El que se pueda decir esto de los siglos diez y siete y diez y ocho

más que de los anteriores se debe a que la libertad intelectual fué suprimida en el siglo diez y seis. La literatura francesa florecía aún cuando la española decaía bajo el peso de la censura eclesiástica.

En la América española, donde la separación de las influencias europeas obscurecía aún más el firmamento, apenas se produjo obra literaria o científica de mérito duradero, aunque no cesó de manar la corriente de la poesía amena.* Los años tempestuosos de la guerra de la independencia y la confusión doméstica que siguió a ésta en todas partes impidieron el que se adquiriese conocimientos o que se usasen los adquiridos. Ha sido sólo recientemente y principalmente en los países más meridionales que al parecer ha rompido el día de condiciones más favorables. Es verdad que en ellos, al calmarse las perturbaciones políticas, los intereses materiales cogen la delantera, y, cual vegetación lozana, cubren el terreno de tal manera que no queda mucho lugar para el funcionamento del intelecto en materias que no prometen provecho pecuniario directo ni a la nación ni al individuo. Esto había de esperarse cuando el desarrollo de los recursos naturales va atrayendo capital extranjero y preocupa enteramente las mentes de hombres emprendedores. Es el rasgo más prominente de la vida actual en Argentina, el Uruguay, el Brasil y poco menos en Chile también. Pero no ha de ser permanente. Así como en la América del Norte se desarrolló poco después de la guerra civil una avidez intensa en fundar universidades y en extender la esfera de la instrucción superior científica y literaria y en mejorar su actividad, es posible también que los hombres importantes de estos países más adelantados reconozcan la necesidad de basar su civilización en la instrucción del pueblo. La tarea que han de emprender es más dificultosa que la que llevaron a cabo los norteamericanos, pues su sistema de instrucción elemental y secundaria no ha llegado a tan alto grado de perfección. Con esta extensión de la instrucción superior y con relaciones más estrechas entre los hombres

* A mi parecer, el país que en años recientes ha producido mucha poesía excelente es Colombia. Los escritores argentinos se han distinguido especialmente en el campo de la jurisprudencia teorética y de la ley internacional.

más inteligentes y los del hemisferio del norte, es posible que resulte algún día una erupción de actividad puramente intelectual. Es tanto más difícil hacer predicciones sobre esto que sobre la política que es mejor abstenerse de hacerlas. Observadores perspicaces de a mediados del siglo diez y ocho pudieron pronosticar que Francia se hallaba en víspera de un cataclismo político; pero no hubo nadie que predijese el florecimiento en Alemania de la gran literatura que empezó con Kant y Lessing y continuó con Goethe y Schiller, Fichte y Hegel.

El viajero en la América del Sud que se limita, como muchos, a visitar las ciudades más grandes, las encuentra tan semejantes a las de Europa y de Norte América por su posesión de las conveniencias de la civilización moderna, por sus sistemas de tranvías eléctricos y sus hermosos parques, por su prensa tan bien redactada y por el mucho negocio que hacen—podría añadir por la apariencia de las legislaturas y el mecanismo administrativo de sus gobiernos—que puede imaginarse que entre todos los países hay una semejanza igual. Pero las poblaciones pequeñas y los distritos rurales se hallan muy atrasados, aunque no tanto en Chile y en Argentina. Si se consideran estas diferentes naciones en su conjunto, se sorprende uno al notar la falta de esa "atmósfera de ideas", si se puede usar la expresión, que respiran los hombres en Europa y en Norte América. Son pocos los hombres instruidos, también hay pocos libros, muy poca comunicación de ideas, y el funcionamiento de la inteligencia culta en los problemas de la sociedad moderna es limitado. La mayor parte de estos países parecen hallarse apartados de la corriente de la vida intelectual, oyendo sólo su murmullo lejano. Esto se debe en parte a la existencia de una población indígena que es ignorante e inactiva; y no debemos olvidarnos de la dificultad de proveer escuelas y de la escasez de una población que se halla diseminada por regiones montañosas, yermas o incultas. Es posible que en el futuro estas desventajas sean disminuidas, pero entretanto los que vienen al mundo con inteligencias superiores se hallan en un circunambiente poco deseable, y no tienen la oportunidad de desarrollar y pulir su talento para su propio provecho y el del público. De vez en cuando el viajero se encuen-

tra en estos países con hombres talentosos que serían insignes en cualquier país del mundo. Uno que yo conocí en Méjico hace algunos años era tan inteligente y tan instruido en muchos ramos del conocimiento como cualquiera que yo haya conocido. Pero se requieren muchos hombres como éste para influir en una nación y dirigir el curso de su opinión. Abundan los hombres de reconocida inteligencia, pero su talento, así como el sistema de instrucción del país, se inclina casi exclusivamente a fines prácticos y no hace tanto como debe para ayudar el progreso político o el desarrollo de la inteligencia nacional. Su interés en la ciencia se limita enteramente a su aplicación, y el inventor es un héroe. La ciencia y el saber, seguidos como fin, no han obenido aún la importancia que merecen. Los que tienen afición a la especulación filosófica o a cualquier ciencia abstracta no se dedican a la investigación perseverante. Son captivados fácilmente por frases y fórmulas, probablemente de poco significado, las cuales parecen formar atajos al conocimiento y la verdad.*

Hay otro hecho que sorprende al viajero. La vida intelectual y también la norma de la conducta de estos países parecen hallarse separadas de la religión. Las mujeres son casi todas católicas ''de hecho'', así como también los aldeanos, aunque el cristianismo de los indios se asemeja muy poco al de Europa. Pero los hombres de la clase alta o instruida parecen ser completamente indiferentes a la teología y al culto cristiano. No les interesa en nada. Raras veces son hostiles al Cristianismo, y mucho menos ofensivos cuando se refieren a él, pero creen que no les atañe y que puede ser dejado para las mujeres y los aldeanos. El despertamiento o reacción católica de la primera mitad del siglo diez y nueve no llegó hasta la América española, la cual se halla aún bajo la influencia del movimiento anticatólico de a fines del siglo diez y ocho. A ese tiempo la Iglesia Católica se hallaba en España y Portugal, y se halla aún, en nivel más bajo que en Francia, Alemania e Italia. Su

* Se dice que los libros europeos más populares entre los que se ocupan de materias abstractas son los de Herbert Spencer, cuya influencia ha sido siempre mayor en los países del sur de Europa y en Rusia que en Inglaterra o los Estados Unidos. A duras penas creen éstos que en su propio país no se le considera gran filósofo.

culto era más ceremonioso, su opresión del estado lego mucho mayor y su clero no era tan ejemplar. En la América española el obscurantismo era tan grande a lo menos y las otras faltas probablemente más evidentes. No había mucha persecución, sin duda debido en parte a que casi no había ninguna heterodoxia, y las víctimas de la Inquisición eran relativamente pocas. Pero los ministros de la religión habían dejado no sólo de excitar el alma, sino también de suministrar una norma para la conducta. Siempre se hallaban entre ellos hombres admirables, prelados que eran modelos de virtud y de piedad y frailes que eran misioneros devotos y que se esforzaban humamente en proteger a los indios. Mas la Iglesia en general había perdido su influencia en la conciencia y la mente de las mejores personas, influencia que no ha recobrado nunca. Al decir esto comparo a la América del Sud católica no con los países protestantes de Europa, sino con países católicos romanos como Francia, Prusia y Baviera en todos los cuales la Iglesia Católica es un poder en el mundo intelectual y moral. En la Europa oriental la Iglesia Ortodoxa se ha marchitado de igual manera y ha dejado de ser una influencia intelectual, pero a lo menos ha retenido el afecto de la clase superior y es reverenciada por su lealtad durante siglos de opresión musulmana. En las partes más adelantadas de la América del Sud parece ser considerada como cosa del Viejo Mundo que no es perjudicial y que pertenece a lo antiguo de igual manera que el dominio de España, y que puede ser tratada con el respeto que exige su antigüedad siempre que no se entremeta en la política. En ambos casos, la importancia desmedida que se ha dado al aspecto dogmático de la teología y al externo o ceremonioso del culto ha resultado en la pérdida de influencia espiritual. En todos los países españoles la Iglesia ha pisoteado el estado lego y le ha quitado la libertad y la responsabilidad más que en ninguna otra parte en el mundo cristiano, y esto ha hecho que la devoción consista en obediencia absoluta. Así es que cuando por fin desapareció su predominio, su influencia moral desapareció con él. Esta falta de fundación religiosa para el pensamiento y la conducta es desdicha grave para la América latina.

El parecer que expreso aquí se halla basado principalmente en lo que ví en Méjico, Argentina y el Brasil, los tres países en que hay una población culta más numerosa que en las repúblicas más escasamente pobladas. Aunque no tanto, se acomoda también a Chile; y en las tres repúblicas nombradas al principio hay excepciones, por supuesto, aunque no son bastante numerosas para que tengan efecto en la exactitud de lo que he querido exponer. El fenómeno es tanto más curioso porque cuando se empezó a poblar el Nuevo Mundo no había parte de Europa donde tuviese la Iglesia tanto dominio como en España y Portugal. Los conquistadores, sea lo que se piense de la influencia de su religión en su conducta, eran devotos a su propia manera. Aun en el deseo que manifestaron de propagar su fe entre los indios no eran hipócritas a sabiendas, aunque es verdad que su piedad no fué nunca obstáculo a sus avaricia.

El vigor fogoso de aquel grupo extraordinario de hombres ha resplandecido muchas veces en sus descendientes. La apariencia en casi todo país de hombres de energía incansable y de voluntad activa es lo que da interés predominante a las guerras y a las revoluciones de los últimos cien años. Pocos de éstos, fuera de los héroes de la guerra de la independencia, tales como San Martín, Belgrano, Miranda, Bolívar y Sucre son conocidas en Europa, y de los que son conocidos, hombres como Francia, Artigas, Rosas y López han llegado a ser famosos por su crueldad más bien que por su talento. En años recientes los hombres de importancia han sido estadistas por lo común, algunos han sido soldados. En muchas de las repúblicas ambas clases son bien representadas hoy día. Hay bastante vigor en la raza, y Juárez de Méjico es sólo uno de los muchos ejemplos que demuestran que la sangre india no reduce indispensablemente su calidad. Qué curso seguirá de aquí en adelante, y el que desarrolle el don de la especulativa y de la creación artística proporcionado a la actividad que ha demostrado en otras esferas, son cuestiones que su historia ha aclarado muy poco. El viento sopla de donde se oye.

En los países más progresivos las condiciones van cambiando tan rápidamente como en cualquiera otra

parte en esta época de cambios. En ellos, como en todo el mundo, el presente es el resultado del pasado, pero las circunstancias de aquél van cambiando a medida que pasa el tiempo, y lo único que podemos decir del futuro es que será diferente del pasado. No hay países que tengan más posibilidades de cambios que los de Sud América. Inmigrantes europeos continúan yendo a las repúblicas meridionales. La raza blanca se va mezclando con los indios aborígenes en el oeste y con los negros en el este. La ciencia va introduciendo sus aparatos más modernos en países que no han sido desarrollados aún y entre gente que desde hace tiempo se han quedado atrás en la marcha hacia el progreso. Hasta a mediados del siglo diez y ocho el comercio, la política y la especulativa estaban casi por completo sólo al alcance de los europeos. Se extendió después hasta la América del Norte, después al sur de Asia y Australia, y por fin a las antiguas naciones del Oriente. Sud América que hasta ahora, excepto a raros intervalos, se ha quedado aparte, ha empezado recientemente a influir en los movimientos comerciales y rentísticos del mundo. Es posible que dentro de poco empiece a influir en otros movimientos, y, aunque no podamos hacer pronósticos, la parte que tomen sus habitantes será de muchísima significancia para el Viejo así como para el Nuevo Mundo.

Apuntaciones

I. Es posible que el lector que desee más informes respecto de los países de que hemos tratado aquí querrá saber de algunos libros en inglés. Las relaciones históricas más convenientes son quizás las que se hallan en los libros de Mr. Aked, *Historia de la América del Sud, 1854-1904,* y de Mr. T. C. Dawson, *Las repúblicas sudamericanas* (2 tomos). En cuanto al Perú la *Historia del Perú* por Sir Clement Markham es la mejor, a la cual puede añadirse su obra más reciente, *Los Incas del Perú.* La *Historia de Chile* por Mr. Scott Elliot es útil. Los capítulos sobre el Perú en *La historia del Nuevo Mundo* por Mr. E. J. Payne, hombre docto de gran talento que la ciencia histórica perdió demasiado pronto, contienen

un estudio valioso de las causas a que se debió el adelanto hacia la civilización de los antiguos peruanos. Los dos libros del profesor Moses, *El establecimiento del dominio español en América* y *La América del Sud en víspera de su emancipación,* son imparciales y aclaran materias sobre las cuales no se ha escrito mucho en inglés. La relación más completa y más esmerada de las antigüedades peruanas y bolivianas es aún la de Mr. Squier: *El Perú, Viajes y exploraciones en la tierra de los Incas* (1877). De los libros de viajes más recientes el primero en el campo de la historia natural es el de Juan Ball, *Apuntaciones de un naturalista en la América del Sud* (1887). Entre otros más generales pueden nombrarse los siguientes: *A través de Sud América,* por Hiram Bingham; *Los sudamericanos,* por Alberto Hale; *Los otros americanos,* por Arturo Ruhl; *El Uruguay,* por W. H. Koebel; *Los llanos argentinos y los ventisqueros andinos,* por Walter Larden; *Panamá,* por Alberto Edwards; *La República de Argentina,* por W. A. Hirst y *Diez Repúblicas* por Roberto P. Porter. El libro *Viajes y exploraciones en los Andes bolivianos,* por Sir Martin Conway, interesa principalmente a los trepadores de montañas, pero contiene muchos informes que han de interesar a cualquier lector. En francés se ha publicado recientemente un libro, *El Brasil en el siglo veinte,* por M. Pierre Denis, que es corto, pero que es claro y sensato y contiene buenas noticias.

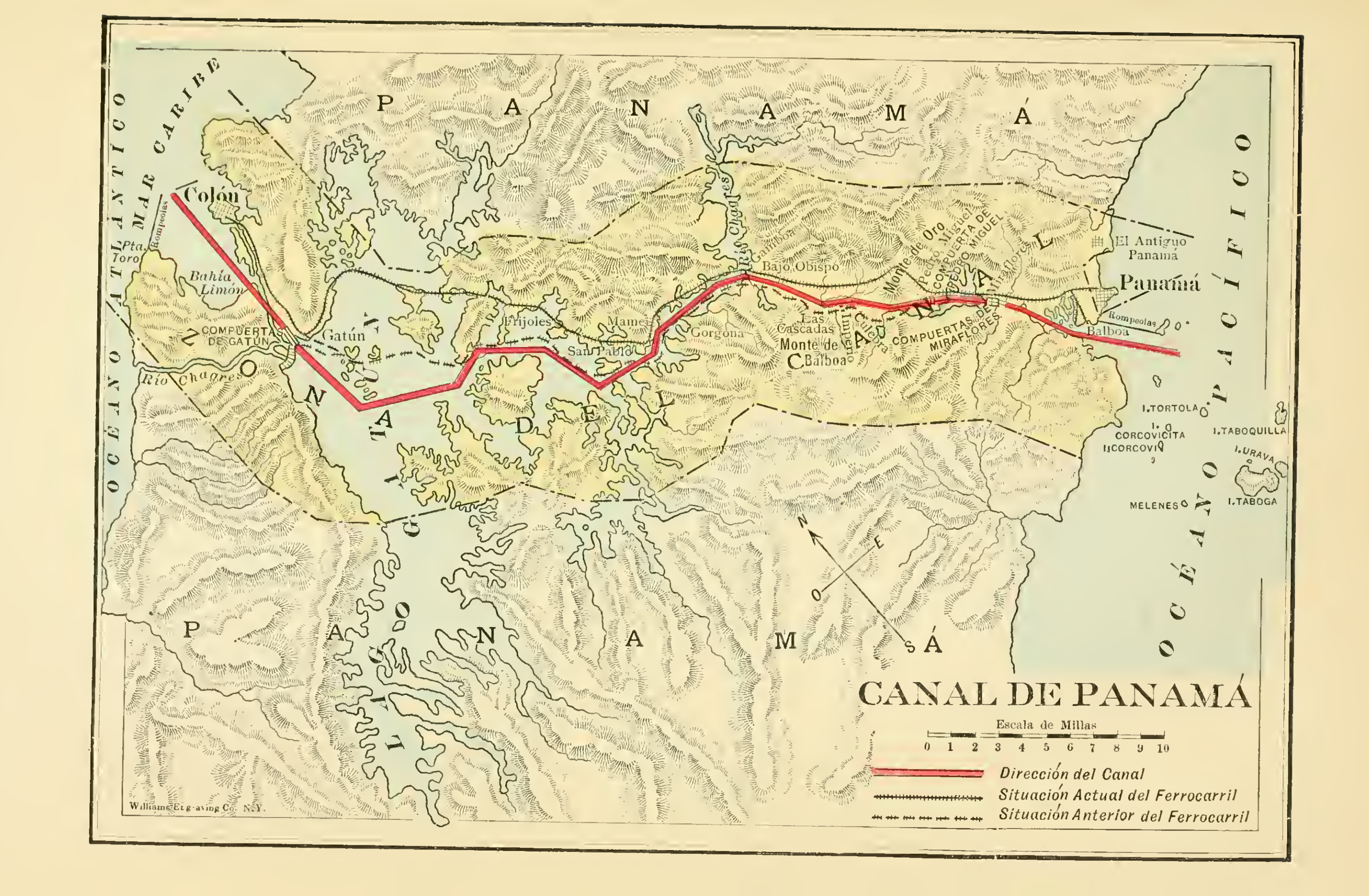
En las publicaciones dadas a luz por la Unión Panamericana en Wáshington se hallarán informes estadísticos hasta la fecha. Los Suplementos Sudamericanos publicados una vez al mes por el *Times* de Londres son bien redactados y constituyen una relación útil de lo que va pasando.

II. Es posible también que algunos de mis lectores deseen saber que facilidades existen para viajar en las partes de Sud América que se han descrito en este libro. Al presente hay ferrocarriles bien equipados en Argentina y el Uruguay, y algunos menos en Chile y el Brasil, y en estos países así como en otros se van construyendo más. Los caminos propios para el paseo a caballo o en coche o automóvil son relativamente pocos, y los que hay

son escabrosos, pero en países planos como Argentina puede uno pasearse por la pampa siempre que no sea impedido por los cercados de alambre. Los viajes por los Andes han de hacerse mayormente en mula; esto es penoso y se ha vuelto costoso. Las ciudades capitales de las repúblicas tienen buenos hoteles. En Arequipa, las ciudades más grandes de la costa de Chile y en tres o cuatro de las brasileñas y argentinas, puede uno conseguir acomodación regular. En otras partes es inferior, y las comidas también malas. Los precios son subidos en todas partes, pero principalmente en Buenos Aires y en Montevideo, los cuales han logrado la fama de ser los lugares más costosos del mundo, excediendo hasta Petersburgo y Wáshington.

Mucho de lo que es más interesante en las seis repúblicas nombradas en el párrafo anterior puede verse por ferrocarril; pero si hubiese aquí y allí en los caminos peruanos, chilenos y brasileños algunos hoteles simples aunque cómodos como el de Santa Rosa de los Andes en el Ferrocarril Transandino, los viajes por estas regiones no serían muy dificultosos. No existe ya la fiebre amarilla, excepto en Guayaquil y en el Amazonas; las condiciones sanitarias son en general bastante favorables. Sin embargo, los que piensen viajar por las partes más altas de los Andes deben asegurarse de que su corazón y sus pulmones se hallan en condición perfecta.

FIN

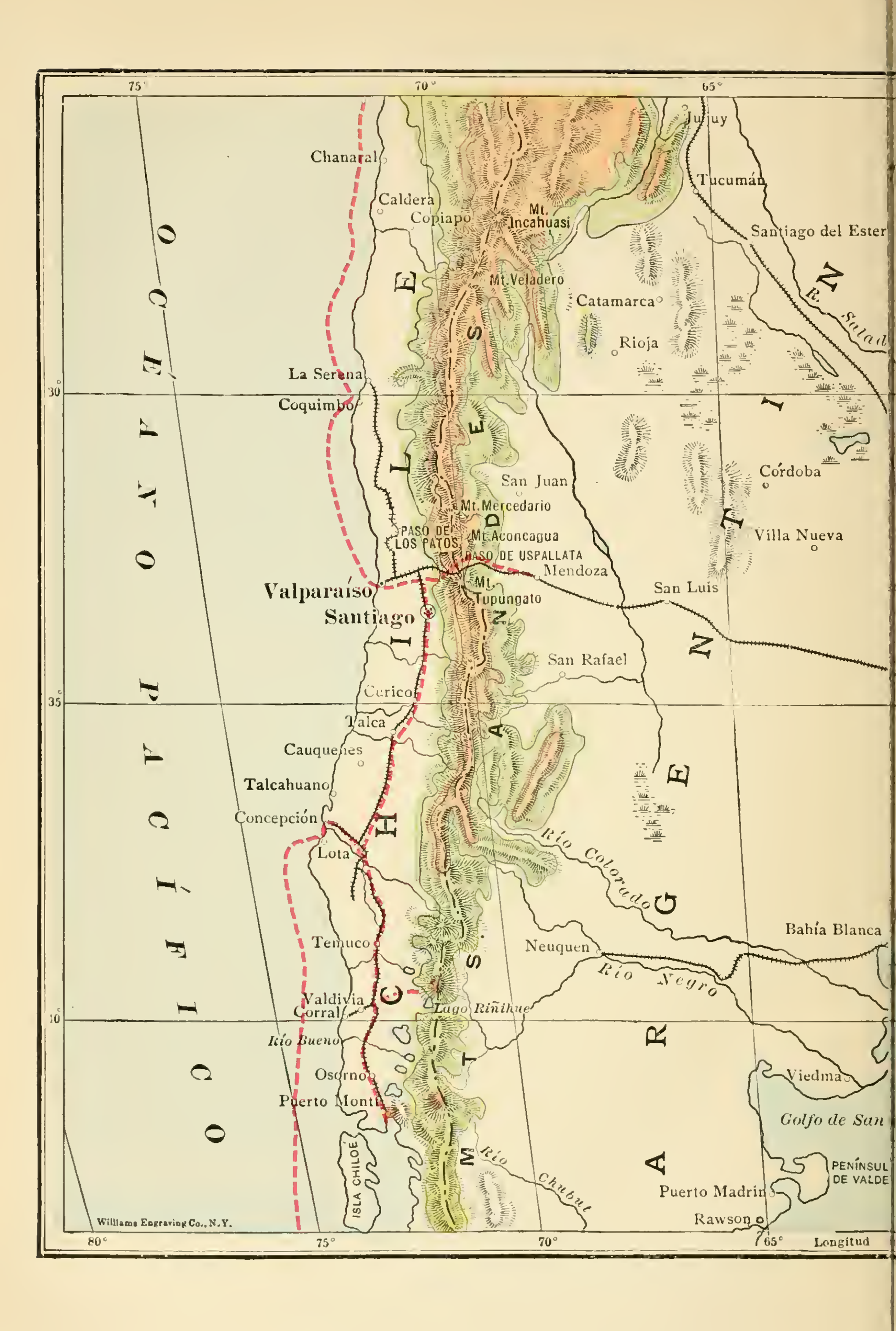

CANAL DE PANAMÁ
Escala de Millas
0 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10
Dirección del Canal
Situación Actual del Ferrocarril
Situación Anterior del Ferrocarril
OCÉANO ATLÁNTICO
MAR CARIBE
OCÉANO PACÍFICO
PANAMÁ
PANAMÁ
ZONA DEL CANAL
LAGO GATÚN
Colón
Rompeolas
Pta. Toro
Bahía Limón
COMPUERTAS DE GATÚN
Gatún
Río Chagres
Frijoles
Mamei
San Pablo
Gorgona
Río Chagres
Gamboa
Bajo Obispo
Las Cascadas
Imperio
Culebra
Monte de Balboa
C
Monte de Oro
Pedro Miguel
COMPUERTA DE PEDRO MIGUEL
COMPUERTAS DE MIRAFLORES
Miraflores
El Antiguo Panamá
Panamá
Rompeolas
Balboa
I. TORTOLA
I. CORCOVICITA
I. CORCOVI
MELENES
I. TABOQUILLA
I. URAVA
I. TABOGA
N
E
S
O
Williams Eng-aving Co. N.Y.



BOLIVIA
y
EL PERÚ
Escala de Millas
0 a 5,000 pies
5,000 a 10,000 pies
10,000 pies y más
Itinerario del Autor
OCÉANO PACÍFICO
Huacho
Salinas
El Callao
Lima
Cerro de Pasco
Bahía de Pisco
Pisco
Ica
Ayacucho
Abancay
Mt. Salcantay
Cuzco
Sicuani
Mt. Vilcanota
Mt. Coropuna
Juliaca
Puno
Titicaca
Tiahuanaco
Arequipa
Islay
Mollendo
Moquegua
Tacna
Arica
Pisagua
Iquique
La Noria
Calama
Mejillones
Antofagasta
Río Madre de



B R A S I L
Villa Bella
Riberalta
Rio Beni
Rio Mamore
Rio San Miguel
Rio Guapore
MTS. GERAL
Rio Paraguay
Trinidad
Matto Grosso
Illampu
Mt. Illimani
Cochabamba
Oruro
Rio Grande
Santa Cruz
B O L I V I A
Lago Aullagas
Sucre
El Potosi
R. Pilcomayo
Huanchaca
Uyuni
Camargo
Mt. Ollagüe
Tupiza
Tarija
A R G E N T I N A
Oran
EL PARAGUAY
Rio Paraguay
65°
60°
10°
15°
20°
Occidental de Greenwich
Williams Engraving Co., N.Y.



OCÉANO PACÍFICO
CHILE
ANDES
ARGENTINA
Chanaral
Caldera
Copiapo
Mt. Incahuasi
Mt. Veladero
Jujuy
Tucumán
Santiago del Ester
Catamarca
Rioja
R. Salad
La Serena
Coquimbo
San Juan
Córdoba
Mt. Mercedario
PASO DE LOS PATOS
Mt. Aconcagua
PASO DE USPALLATA
Villa Nueva
Mendoza
San Luis
Valparaíso
Santiago
Mt. Tupungato
San Rafael
Curico
Talca
Cauquenes
Talcahuano
Concepción
Lota
Río Colorado
Temuco
Neuquen
Bahía Blanca
Río Negro
Valdivia
Corral
Lago Riñihue
Río Bueno
Osorno
Puerto Montt
Viedma
Golfo de San
ISLA CHILOE
Río Chubut
PENÍNSUL DE VALDE
Puerto Madrin
Rawson
Williams Engraving Co., N.Y.
75°
70°
65°
30°
35°
80°
Longitud



Asunción
Villa Rica
EL PARAGUAY
Río Paraguay
Uniao
Paranagua
Blumenau
Destierro
ISLA DE SANTA CATALINA
Corrientes
Río Paraná
Río Uruguay
Passa Fundo
EL BRASIL
R. Paraná
Puerto Alegre
L. Patos
Santa Fe
Concordia
Salto
Rivera
Pelotas
Paraná
Paysandu
EL URUGUAY
Río Grande del Sur
Concepción
L. Mirim
Fray Bentos
Colonia
S. José
Buenos Aires
La Plata
Montevideo
Río de La Plata
Cabo de San Antonio
Azu
Tandil
Mar del Plata
Cabo Corrientes
OCÉANO ATLÁNTICO
PARTES DE
ARGENTINA
EL URUGUAY
y
CHILE
Escala de Millas
0 50 100 200 300
0 a 5,000 pies
5,000 a 10,000 pies
10,000 pies y más
Itinerario del Autor
60° 55° 50° 45°
30° 35° 40°
de Greenwich

ÍNDICE

B

C

CH

D

E

F

G

LL

M

N

Q

R

T

FIN


BROWN UNIVERSITY LIBRARIES
3 1236 00745 2405

